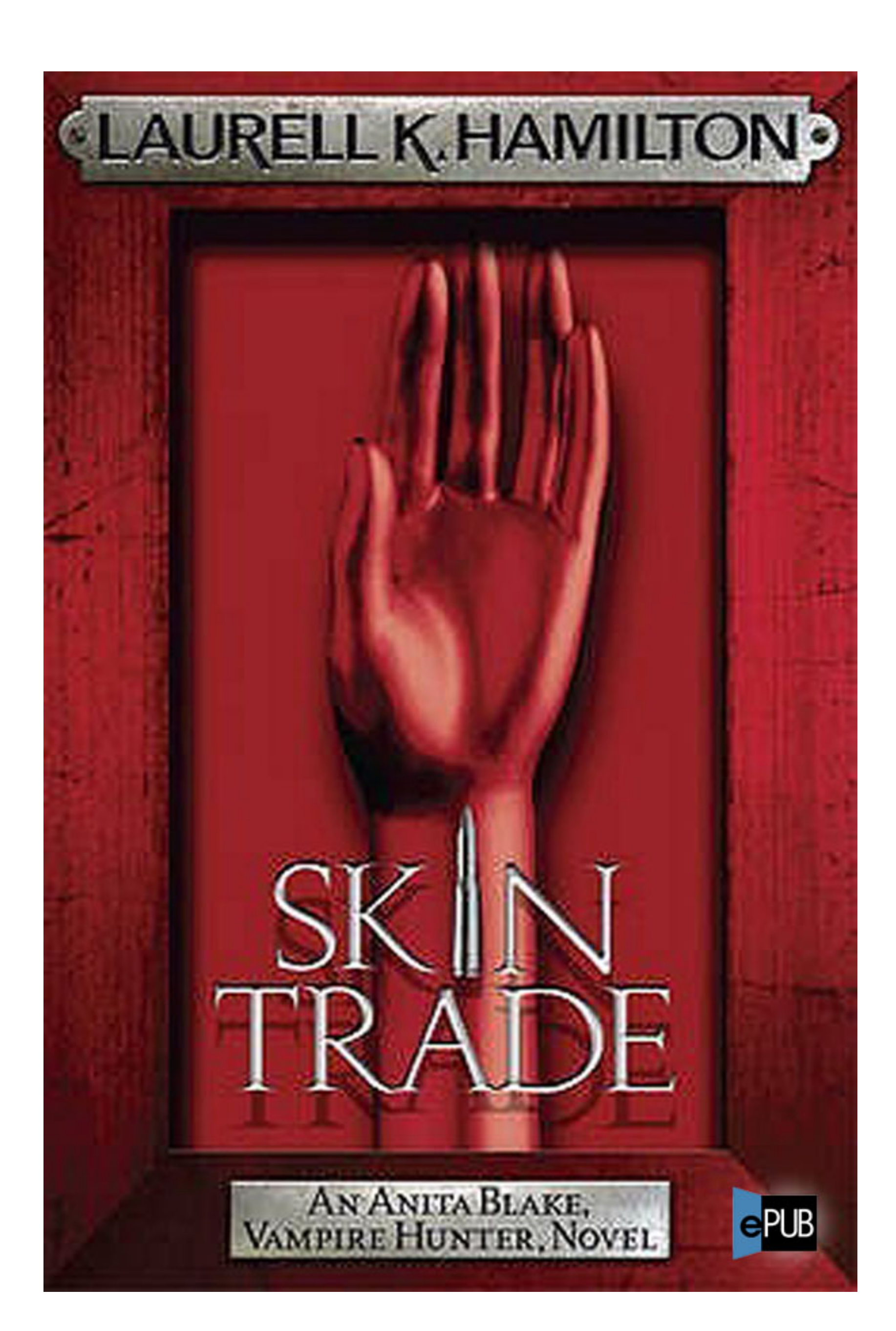

LAURELL K. HAMILTON
SKIN TRADE
AN ANITA BLAKE, VAMPIRE HUNTER, NOVEL
ePUB

Cuando un vampiro asesino en serie le envía un espeluznante souvenir a Anita Blake desde Las Vegas, debe informar a las autoridades locales de la Ciudad del Pecado de a lo que se enfrentan. Sólo que la cosa es peor de lo que se pensaba. Diez agentes y un verdugo han sido asesinados al estilo paranormal.

Anita se dirige a Las Vegas, donde se unirán a ella otros tres agentes federales, incluyendo al despiadado Edward. Menos mal que él siempre le cubre las espaldas, porque cuando se acerca a los cadáveres, Anita siente la presencia de un tigre con demasiada intensidad como para ignorarlo. Los hombres–tigre son muy poderosos en Las Vegas, lo que significa que las probabilidades de fastidiar a alguien importante aumentan asombrosamente.



eBooks con estilo

Laurell K. Hamilton

Skin trade

Anita Blake, cazavampiros-17

ePUB v1.1
fenikz 14.01.13

más libros en epubgratis.me

Título original: *Skin Trade*
Laurell K. Hamilton, June 2009
Traducción «NO OFICIAL»

Editor original: fenikz (v1.0 a v1.1)
ePub base v2.1



Había compartido mis trabajos sobre casos de asesinos en serie, pero ninguno de ellos nunca me había enviado una cabeza humana por correo. Eso era nuevo. Miré hacia abajo a la cabeza, fantasmal, a través de la bolsa de plástico en la que estaba envuelta, sobre mi escritorio, en la parte superior de la superficie, como cientos de otros paquetes que habían sido entregados a Animators Inc., donde nuestro lema era «Donde la vida resucita a los muertos por un homicidio». La cabeza había sido conservada en hielo, para todo el mundo un empleado del servicio postal lo había hecho. Tal vez lo hizo; los vampiros pueden ser muy persuasivos, y fue un vampiro el que me envió el paquete. Un vampiro llamado Vittorio. Había incluido una carta con mi nombre escrito en el sobre con una hermosa caligrafía: Anita Blake. Él quería que yo supiera a quién dar las gracias por mi pequeña sorpresa. Él y su gente habían matado a más de diez personas en St. Louis antes de huir a un lugar desconocido. Bueno, no era

desconocido, a lo mejor. No había una dirección de retorno en el paquete. Había sido enviado desde Las Vegas, Nevada.

O Vittorio estaba todavía allí, o sería otro de sus actos de desaparición. ¿Estaba en Las Vegas, o lo había enviado por correo desde allí y estaría en otro lugar en el momento que di la información a la policía de allí?

No había manera de saber. Todavía podía oír a nuestra secretaria del turno del día, María, histérica en la otra habitación. Afortunadamente no teníamos clientes en la oficina. Había atendido a mi primer cliente hacía apenas unos treinta minutos, y había sido el primero del día para Animators Inc.; suerte. María podía tener su crisis, mientras que nuestro encargado de negocios, Bert, trataba de calmarla. Tal vez debería haber ayudado, pero era un U.S. Marshall, y los negocios tenían que venir primero. Tuve que llamar a Las Vegas y decirles que podría haber un asesino en serie en la ciudad. Feliz puto lunes.

Me senté en mi escritorio, con el teléfono en mi mano, pero no marqué. Me quedé mirando las fotos de las familias de los otros compañeros en mi escritorio. Una vez que la mesa común de trabajo estuvo vacía, sólo los archivos se mezclaban en los cajones, pero Manny Rodríguez fue el primero que trajo un retrato de su familia. Era lo que cada familia parecía tener, donde las personas están demasiado serias, y sólo uno o dos daban una buena sonrisa. Manny parecía rígido e incómodo con su traje y corbata. Dejando sus propios recursos siempre olvidaba la corbata, pero Rosita, su esposa, que era escasos centímetros más alta que él, y otros cuantos más ancha que su forma delgada, había insistido en ello. Por lo general se salía con la suya en cosas así. Manny no era un gilipollas, pero tampoco era exactamente la voz de autoridad en su casa.

Sus dos hijas, Mercedes y Consuelo «Connie», estaban muy crecidas, de estatura alta y recta como su padre pero delicadas, y sus rostros tan bonitos, que brillaban a la sombra de los años de Rosita, con cara pesada. Sus hijas me hicieron ver lo que el podría haber visto todos estos años atrás, cuando Rosita, «Pequeña rosa» deberían hacer juego con su nombre. Su hijo, Tomas, era todavía un niño, en la escuela primaria. ¿Estaba en tercer grado ahora, o en cuarto? No podía recordarlo.

El otro portarretratos tenía un par de fotos en uno de esos marcos con bisagras. Una foto era de Larry Kirkland y su esposa, la detective Tammy Reynolds, el día de su boda. Ellos se miraban uno al otro como si vieran algo maravilloso, todo brillante y lleno de promesas. La otra foto era de

ellos con su hija, Angelica, quien rápidamente se había convertido simplemente en Angel. El bebé tenía los rizos de su padre, como un halo rojizo en la cabeza. Mantenía su pelo naranja-rojo cortado tan corto que no había rizos, pero el pelo castaño de Tammy había oscurecido el de Angel, de manera que era castaño rojizo. Era un poco más chocolate, y un poco menos rojo que el pelo castaño de Nathaniel.

¿Debo llevar una foto de Nathaniel, Micah y yo, para colocarla sobre la mesa? Sabía que los otros reanimadores de Animators Inc. tenían fotos de sus familias en sus escritorios, también.

Pero, por supuesto, ¿iba a necesitar más fotos? Si trajera una foto mía con los dos hombres, entonces ¿tenía que traer una foto mía con mis otros caramelos? Cuando se está viviendo con una especie de, en el último recuento, cuatro hombres y que datan de cinco o seis años, ¿a quién pones en las fotos?

No sentí nada acerca del paquete en mi escritorio. No tenía miedo o asco. No sentía nada más que un enorme vacío, inmenso dentro de mí, casi como el silencio que había en mi cabeza cuando apretaba el gatillo a alguien. ¿Estaba bien de verdad mi forma de manejar, o estaba en estado de shock? Hmm, no podría decirlo, lo que significaba que era probable alguna versión de descarga. Genial.

Me levanté y miré a la cabeza en su envoltura de plástico y pensé, No habrá fotos de mis novios, no en el trabajo. Había tenido un puñado de clientes que habían resultado ser los chicos malos, y las chicas. No quería que vieran fotos de a quién amaba. Nunca le des ideas a los malos, sino encuentran suficientes cosas horribles que hacer, sin darles pistas.

No, nada de fotos personales en el trabajo. Mala idea.

Marqué a información, porque nunca había hablado con la policía de Las Vegas antes. Era una oportunidad para hacer nuevos amigos o joder a todo un nuevo conjunto de personas; conmigo, podría ir en cualquier dirección. No lo hacía a propósito, pero sí tenía una tendencia a llevar a la gente por el camino equivocado. Parte de ello era ser mujer en un ámbito predominantemente masculino; parte de ello era simplemente mi personalidad ganadora.

Volví a sentarme, así no podía ver el interior de la caja. Había llamado ya a la policía local. Quería forenses para examinar la caja, que encontrarán algunas pistas, nos ayudarían a atrapar a ese hijo de puta. ¿De quién era, y por qué me salió el premio? ¿Por qué enviármelo a mí? ¿Era una señal de

que él me guardaba rencor por haber matado a muchos de sus vampiros cuando estaban asesinando a personas en nuestra ciudad, o decía en serio algo más, algo que nunca, nunca, se me ocurrió pensar?

Había un montón de buenos perfiles publicados sobre asesinos en serie, pero creo que faltaba alguno. Realmente no puedes pensar como estas personas. Simplemente no puedes. Puedes intentarlo. Puedes rastrear en sus cabezas hasta el momento que te sientas como que nunca estarás limpio de nuevo, pero al final, a menos que seas uno de ellos, no podrás realmente entender que les motiva. Y ellos son criaturas egoístas, cuidando sólo de su propio placer, su propia patología. Los asesinos en serie no te ayudan a capturar otros asesinos en serie, a menos que les ayudes en su agenda. Por supuesto, había gente que decía que yo era una asesina en serie. Todavía tenía los más altos niveles de verdugos y de matar a todos los vampiros legalmente en los Estados Unidos. Había rematado a un centenar este año.

¿Realmente importa que no me guste matar? ¿Realmente cambia algo que no tomé placer sexual por eso? ¿Importa que al principio haya vomitado? ¿El hecho de que hubiera tenido una orden de ejecución y que la mayoría de mis muertes eran mejores, menos brutales? Hubo asesinos en serie que usaban sólo veneno, lo que causaba la muerte casi sin dolor, pero eran menos brutales que yo. Últimamente, había empezado a preguntarme exactamente lo que me diferenciaba de personas como Vittorio. Había empezado a preguntarme si a mis víctimas-oh-tan-legales les importaba que fueran mis motivos.

Una mujer contestó el teléfono en Las Vegas, y comencé el proceso de conseguir pasar la línea a la persona que podría ser capaz de decirme de quién era la cabeza que tenía en la caja.



DOS

El sheriff Rupert Shaw tenía una voz áspera, había estado gritando mucho o había fumado demasiado, durante demasiados años.

—¿Quién te dijo que era así? —Preguntó.

Suspiré y repetí por enésima vez.

—Soy el U.S. Marshall Anita Blake. Necesito hablar con alguien a cargo y supongo que usted es el Sheriff Shaw.

—Voy a patear el culo de quien dio el nombre a los medios de comunicación.

—¿De qué está hablando, sheriff?

—¿No lo ha oído en los medios de comunicación?

—Si se refiere a la televisión o a la radio, no lo he visto. ¿Hay algo que deba saber?

—¿Cómo sabía para que llamarnos, Marshall?

Me senté en mi silla, totalmente desconcertada.

—Tengo la sensación de que si no le hubiera llamado, lo abría hecho usted, sheriff Shaw.

—¿Cómo sabía para que llamarnos? —Dijo otra vez, pronunciando, con un poco de tensión, palabra por palabra, tal vez incluso con ira.

—Le he llamado porque tengo un paquete sobre mi mesa, que fue enviado desde Las Vegas.

—¿Qué tipo de paquete? —Preguntó.

¿Era el momento de contar toda la historia? No lo hice antes, porque una vez le cuentas a alguien ciertas cosas, por ejemplo, que ha llegado por correo una cabeza humana en una caja, tienden a pensar que estás loco. Salía en los medios de comunicación lo suficiente para que alguien pretendiera ser yo, así que quería que me tomaran en serio antes de que me calificaran como algún chiflado psicótico.

—Alguien me envió una cabeza humana. La dirección del remitente es de su ciudad.

Él guardó silencio durante casi un minuto. Podía oír su respiración ronca. Estaba apostando por el hábito de fumar. En el momento en que iba a sentarme, dijo:

—¿Puede describir la cabeza?

Él pudo haber dicho muchas cosas, pero no me figuré eso. Muy tranquilo y práctico, incluso para un policía. En el momento en que me pidió que lo describiera, supe que había alguien en mente, alguien a quien le faltaba la cabeza. Mierda.

—La cabeza está cubierta de plástico, envasada en hielo. El cabello parece oscuro, pero podría ser en parte, por la forma en que está repartido. Parece liso, pero una vez más, no puedo estar segura ya que puede ser por la manera en que está empaquetada. Caucásico, estoy segura y los ojos de color claro. Gris, tal vez azul pálido, aunque la muerte puede cambiar el color de los ojos. No tengo forma de decir la hora de la muerte, así que no sé cuánto se ha descompuesto.

—¿Ha encontrado cualquier otra cosa?

—¿A su hombre le falta algo más que la cabeza? —Pregunté.

—Una tarjeta de identificación y un dedo. El dedo debe tener un anillo de matrimonio.

—Siento lo de la última parte.

—¿Por qué?

—No envidio al que tenga que decírselo a la esposa.

—¿Lo ha tenido que hacer alguna vez?

—He visto la aflicción de la familia de los vampiros con suficiente frecuencia. Siempre es una mierda.

—Sí, siempre es una mierda —dijo.

—Estoy esperando al análisis forense antes de tocar nada. Si hay alguna pista, no quiero estropearla por impacientarme.

—Quiero saber lo que encuentran.

—Lo haré. —Esperé a que añadiera algo, pero no lo hizo. Todo lo que oía era su respiración, demasiado áspera, demasiado laboriosa. Me pregunté cuándo fue la última vez que se había sometido a un examen médico.

—¿Qué pasó en Las Vegas, Sheriff Shaw? ¿Por qué tengo un pedazo de uno de sus oficiales en mi escritorio? —Dije finalmente.

—No estamos seguros de quién es.

—No, pero sería una coincidencia muy grande si tiene a un oficial que le falta la cabeza y si tengo una cabeza en una caja enviada desde la misma ciudad en que está el cuerpo del agente. Es demasiada coincidencia, Sheriff.

Suspiró y luego tosió, era una tos fuerte. Tal vez estaba sobre algo más.

—Yo tampoco, Blake, yo tampoco. Estamos dejando a un lado el hecho de que falta una cabeza y una placa. También estamos ocultando a los medios de comunicación que hay un mensaje en la pared donde mis hombres fueron asesinados. Está escrito con sangre, está dirigida a usted.

—A mí —dije con un tono un poco nervioso que no quería que se notara. Era mi turno para aclarar mi garganta.

—Sí, ponía: Dile a Anita Blake que la voy a estar esperando.

—Bueno, eso es algo… espeluznante —dije, finalmente. No podía pensar en qué más decir, pero sabía que el escalofrío no duraría un segundo ya que sabía que ese escalofrío era de miedo.

—Espeluznante, ¿Es lo único que puede decir? Ese vampiro le envió una cabeza humana. ¿Qué pensaría si fuera la cabeza de nuestro verdugo de vampiros local?

Pensé en eso respirando varias veces, sentía esa sacudida de nuevo, en algún lugar entre una descarga eléctrica y la sensación de champagne en las venas.

—¿Qué palabra le haría feliz, Shaw? ¿Cogió algún recuerdo de alguno de los otros oficiales?

—¿Quiere decir si decapitó a alguien más?

—Sí, eso es lo que quiero decir.

—No. Él y sus monstruos mataron a tres agentes, pero a los cuerpos no les falta nada.

—Oficiales… ¿por qué el verdugo de vampiros estaba con sus SWAT?

—Todas las órdenes de ejecución son consideradas de alto riesgo, así que los SWAT ayudan a entregar el mensaje.

—Sí, hablan de eso en St. Louis, también. —Todavía estaba segura de cómo me sentía acerca de que me obligarán a emplear a los SWAT en la caza de vampiros. Una parte de mí estaba feliz por la iniciativa y otra parte estaba totalmente en contra de ella. La última vez que los SWAT me habían apoyado, algunos de ellos murieron. No me gustaba ser responsable de más personas. Además, siempre era una tarea convencerlos de que era digno poner el hombro al lado suyo y golpear la puerta.

—Si nuestros hombres mataron a algunos de los monstruos, no tenemos ninguna prueba para demostrarlo.

No supe qué decir a eso, así que lo ignoré.

—¿Cuánto tiempo hace que todo esto ocurrió?

—Ayer, no, anteanoche, sí. He estado un tiempo, siguiendo la pista.

—Ya lo sé —dije.

—¿Qué demonios le hiciste a ese vampiro para que le gustes tanto?

—No tengo ni idea. Tal vez dejarlo y no perseguirlo. ¡Oh, maldita sea Shaw, sabe que no hay lógica con estos asesinos en serie!

—Muy bien, asesinos en serie. Vivo o muerto operan con una lógica que les es propia. No tiene sentido para el resto de nosotros porque no estamos en sus cabezas.

Hizo un sonido que creo que fue una risa.

—No, no estamos en sus cabezas todavía. Los periódicos y la televisión dicen que mataron a unos cuantos en su ciudad.

—Tuve ayuda. Los SWAT estaban conmigo. Perdieron hombres.

—He visto los artículos, pero, francamente, pensé que hablarían del tema y no mencionarían a la policía.

—Entraron conmigo. Ellos arriesgaron sus vidas. Algunos de ellos murieron. Es malo. No creo que me olvide.

—Se rumorea que es un perro de caza de publicidad —dijo cambiando la palabra que iba a utilizar por algo menos ofensivo.

De hecho, me reí, era una buena señal. No estaba completamente en

shock.

—No soy un perro de publicidad, o una puta de la publicidad, Sheriff Shaw. Confía en mí, llamar la atención de los medios no es lo que quiero.

—Para alguien que no quiere llamar la atención, no lo ha hecho muy bien.

Me encogí de hombros, me di cuenta que no podía verlo y dije:

—Estoy involucrada en algunos casos bastante horribles, el Sheriff atrae a los medios de comunicación.

—También eres una mujer joven y bella y estás con el maestro de la ciudad.

—¿Debo darle las gracias por comentar mi belleza cuando le diga que mi vida personal no es de su interés?

—Se trata de si interfiere con tu trabajo.

—Compruebe el registro, Sheriff Shaw. He matado a más vampiros desde que he estado saliendo con Jean-Claude que antes.

—He oído que se ha negado a hacer estacadas en la morgue.

—He perdido el gusto por clavar una estaca en el corazón de alguien encadenado e indefenso en una camilla.

—Están dormidos, o lo que sea, ¿no?

—No siempre y confía en mí, la primera vez que tienes que hacerlo con alguien a la cara mientras que ruega por su vida… Digamos que, incluso con la práctica, poner una estaca en el corazón de alguien es una forma lenta de morir.

—Pero han hecho algo para merecer la muerte —dijo.

—No siempre, a veces caen en la trampa de la ley de los tres delitos para vampiros. Está escrito de manera que no importa el crimen, incluso con un delito menor hecho tres veces, se obtiene una orden de ejecución. No me gusta matar a gente por robar cuando no hay violencia involucrada.

—Pero roban artículos valiosos, ¿verdad?

—No, Sheriff, una mujer fue ejecutada por el robo de menos de mil dólares de mierda. Era una cleptómana diagnosticada antes de convertirse en vampiro; morir no era la cura, como ella pensó que sería.

—¿Alguien puso una estaca en su corazón por hurto?

—Lo hicieron.

—La ley no da a la rama preternatural del programa de los Marshall un derecho a rechazar trabajos.

—Técnicamente, no, pero yo no estaco. Había dejado de hacerlo antes

de que los ejecutores de vampiros consiguieran los derechos adquiridos por el programa de U.S. Marshall.

—Y te dejan.

—Vamos a decir que tengo un acuerdo con mis superiores.

El acuerdo había sido que no iba a testificar a favor de la familia de la mujer ejecutada por robar, si simplemente no tenía que matar a alguien que no hubiera tomado una vida. Una vida por una vida tenía algún sentido. Una vida por algunas joyas de fantasía no tenía sentido para mí. Muchos de nosotros habían rechazado a la mujer. Al final había tenido que ir a Washington, DC, a por Gerald Mallory, que era uno de los cazadores de vampiros que seguía en activo. Todavía pensaba que todos los vampiros eran monstruos malvados, por lo que había apostado a que no tendría el menor escrúpulo. Tipos como Mallory me asustaban. Había algo en sus ojos cuando miraba a algún vampiro que no era del todo normal.

—¿Sigue ahí?

—Perdón, Sheriff, estaba pensando en el ladrón.

—En las noticias apareció que la familia había puesto una demanda por muerte negligente.

—Sí.

—No habla mucho, ¿verdad?

—Digo lo que hay que decir.

—El maldito silencio de una mujer.

—No es necesario que yo hable. Supongo que necesita que vaya a Las Vegas y haga mi trabajo.

—Es una trampa, Blake. Una trampa para usted.

—Probablemente y el envío de la cabeza del verdugo es una amenaza muy directa.

—¿Va a venir?

Me puse de pie y miré hacia la caja y la cabeza miraba hacia mí. Se le veía en algún lugar entre sorprendido y con sueño.

—Él me envió la cabeza del verdugo de vampiro. La envió a mi oficina. Escribió un mensaje para mí con sangre en la pared donde se sacrificaron a tres agentes. Maldita sea, sí, voy a ir a Las Vegas.

—Parece enfadada.

Pensé, mejor enfadada que asustada. Si podía mantenerme enfadada a lo mejor lograba que el miedo no creciera. Porque estaba allí, en la boca del estómago, en el fondo de mi mente un pensamiento negro, insignificante

que crecería más si me lo permitía.

—¿No estaría usted enfadado?

—Estaría asustado.

Eso me detuvo, porque los policías casi nunca admiten que tienen miedo.

—Ha roto la regla, Shaw, nunca admita que tiene miedo.

—Sólo quiero que lo sepa, Blake, que sepa en lo que se está metiendo, eso es todo.

—Debe haber sido malo.

—He visto a muchos hombres muertos. Maldita sea, he perdido a muchos hombres bajo mi mando.

—Debe ser ex militar —dije.

—Lo soy —dijo.

Esperé a que dijera qué tipo de servicio, pero no lo hizo.

—¿Adónde estaba destinado? —Pregunté.

—Clasificado, la mayor parte.

—¿De los cuerpos especiales? —Dije preguntando pero afirmando.

—Sí.

—¿Preguntó que favor o solamente lo dejo caer, antes de que me amenace con los antiguos si le digo entonces que tengo que matar por rutina? —Lo dije como una broma, pero Shaw, no se lo tomó de esa manera.

—Está haciendo una broma. Si puede hacer eso, entonces no entiende lo que está pasando.

—Tiene a tres agentes muertos, un verdugo de vampiros muerto y decapitado; eso es malo, pero no envió a tan sólo tres agentes con el Marshall, por lo que la mayor parte de su equipo escapó, Sheriff.

—No llegaran lejos —dijo, algo en su voz hizo que el miedo subiera un poco más en mis entrañas.

—Pero no está muerto —dije—, o eso dijo.

—No, no está muerto, no exactamente.

—¿Está mal herido?

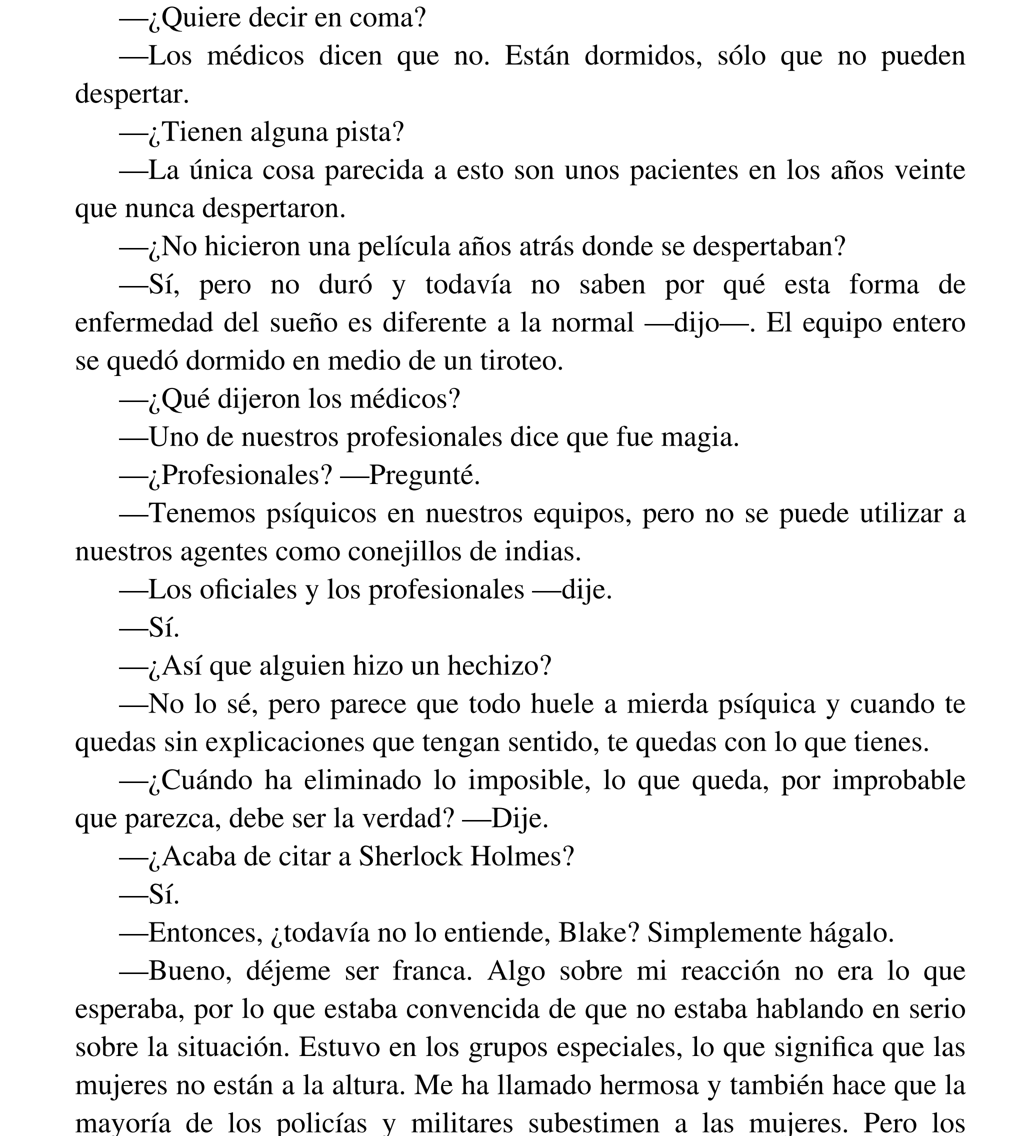
—No exactamente —dijo.

—Deje de especular con la muerte y dígamelo Shaw.

—Siete de nuestros hombres están en el hospital. No hay una marca en ellos. Se desplomaron.

—Si no hay marcas en ellos, ¿por qué se desplomaron y por qué están

en el hospital?



—Están dormidos.

—¿Qué?

—Ya me ha oído.

—¿Quiere decir en coma?

—Los médicos dicen que no. Están dormidos, sólo que no pueden despertar.

—¿Tienen alguna pista?

—La única cosa parecida a esto son unos pacientes en los años veinte que nunca despertaron.

—¿No hicieron una película años atrás donde se despertaban?

—Sí, pero no duró y todavía no saben por qué esta forma de enfermedad del sueño es diferente a la normal —dijo—. El equipo entero se quedó dormido en medio de un tiroteo.

—¿Qué dijeron los médicos?

—Uno de nuestros profesionales dice que fue magia.

—¿Profesionales? —Pregunté.

—Tenemos psíquicos en nuestros equipos, pero no se puede utilizar a nuestros agentes como conejillos de indias.

—Los oficiales y los profesionales —dije.

—Sí.

—¿Así que alguien hizo un hechizo?

—No lo sé, pero parece que todo huele a mierda psíquica y cuando te quedas sin explicaciones que tengan sentido, te quedas con lo que tienes.

—¿Cuándo ha eliminado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad? —Dije.

—¿Acaba de citar a Sherlock Holmes?

—Sí.

—Entonces, ¿todavía no lo entiende, Blake? Simplemente hágalo.

—Bueno, déjeme ser franca. Algo sobre mi reacción no era lo que esperaba, por lo que estaba convencida de que no estaba hablando en serio sobre la situación. Estuvo en los grupos especiales, lo que significa que las mujeres no están a la altura. Me ha llamado hermosa y también hace que la mayoría de los policías y militares subestimen a las mujeres. Pero los grupos especiales, demonios, no es que la mayoría de los militares no estén a su altura si no otros policías. Así que soy una chica y tengo que superarle. Soy pequeña y lo hago bien, tengo que superar eso, también. Estoy saliendo

con un vampiro, el maestro de mi ciudad, ¿y qué? No tiene nada que ver con mi trabajo o por qué Vittorio me invitó a darle caza en Las Vegas.

—¿Por qué huir de St. Louis? ¿Por qué no huyó de esta ciudad cuando sabía que íbamos a venir? ¿Por qué emboscar a nuestros hombres y no a los suyos?

—Tal vez no podía permitirse el lujo de perder a muchos de sus vampiros o tal vez es sólo que decidió hacer una última parada en su ciudad.

—Maldita suerte la nuestra.

—Sí.

—Llamé a mis contactos, hablé con algunos de los otros policías con los que he trabajado y algunos de los otros verdugos de vampiros, sobre ti. ¿Quieren saber por qué algunos de ellos consideran que el vampiro huyó de St. Louis?

—Soy todo oídos.

—Pensaron que huía. El Maestro de la ciudad me dijo que los vampiros la llaman verdugo por lo que has estado haciendo desde hace años.

—Sí, ese es el mote que me han puesto.

—¿Por qué? ¿Por qué, no a Mallory y Gerald? Él ha estado más tiempo.

—Han estado más años más que yo, pero yo tengo el número de muertos más alto. Piense en ello.

—¿Cómo puede tener el número de muertos más alto si él ha estado haciendo esto por lo menos diez años más que usted?

—Uno, es de los que utiliza la estaca y el martillo. Se niega a ir con munición de plata y armas. Eso significa que tiene que incapacitar totalmente a los vampiros antes de que se puedan matar. Incapacitar a un vampiro es realmente difícil de hacer. Pueden herirte.

Dos, creo que su odio a los vampiros le hace menos efectivo cuando se les caza. Hacen falta pistas y no pensar las cosas.

—Así que mata mejor que nadie.

—Eso parece.

—Voy a ser honesto, Blake, me sentiría mejor si fuera un hombre. Me sentiría mucho mejor si tuviera alguna experiencia militar. La he investigado; a no ser por alguna vez que haya ido de caza con su padre, nunca había usado un arma antes de empezar a matar a los monstruos. Nunca había poseído un arma de fuego.

—Todos hemos sido novatos alguna vez, Shaw. Pero confía en mí, le

detendré.

—Nuestro Maestro de la Ciudad está cooperando plenamente con nosotros.

—Voy a apostar por ello.

—Él dice traerla a Las Vegas, y lo resolverá.

Eso me detuvo. Maximiliano, Max, lo había visto una sola vez, cuando llegó a la ciudad con algunos de sus hombres tigres después de un accidente metafísico desafortunado. El desafortunado accidente había terminado conmigo casi poseída por uno de sus hombres león, Crispin. Él había pedido a Crispin que volviera con él a Las Vegas, pero no fue porque el león quisiera dejarme. Él estaba alarmántemente unido a mí. No fue culpa mía, realmente, pero el daño ya estaba hecho. Últimamente, algunos de los poderes que había adquirido como sirviente humano de Jean-Claude parecía traducirse en atraer a los hombres metafísicamente. Vampiros, seres animales, hasta ahora sólo eso, pero era suficiente. Algunos días era demasiado. No recuerdo hacer nada tan impresionante cuando Max estuvo de visita.

Había pasado la mayor parte de su visita intentando ser el pequeño buen siervo humano de Jean-Claude y de alguna manera se convirtió en mío, como un hombres león, se convirtió en mi maestro, también. Habíamos hecho algo de metafísica bastante inquietante, mi señor y yo, para beneficio de nuestros huéspedes. Le habíamos dejado los pelos de punta, al menos él era más bisexual de lo que admitiría nunca.

—Blake, ¿está ahí?

—Estoy aquí, Shaw, sólo pensaba en su maestro de la ciudad. Me halaga que piense que puedo resolverlo.

—Es de la mafia de los viejos tiempos. No lo tome a mal, pero si cree que si mi opinión sobre las mujeres es algo mala, la de los mafiosos de antaño será peor.

—Sí, sí, sólo que las mujeres no cuentan para el trabajo. Ya que sólo servimos para tener bebés y follar.

Se rió.

—Es una hija de puta contundente.

Lo tomé como un cumplido, no me había llamado hija de puta. Si podía conseguir que me tratara como a uno de sus chicos yo podría hacer mi trabajo.

—Probablemente soy una de las personas más contundentes de las que

se ha encontrado jamás, Shaw.

—Estoy empezando a creer eso.

—Créalo, advierta a los otros chicos. Le ahorrará tiempo.

—¿Advertirles sobre que eres contundente?

—Sobre todo, una chica, bonita, con citas con los vampiros, lo que sea. Sáquelo de su sistema antes de que toque el suelo en Las Vegas. No quiero tener que vadear a través de la mierda machista para hacer mi trabajo.

—No puedo hacer nada al respecto, Blake. Tendrá que demostrarle su valía, como cualquier otro… oficial.

—Mujer, iba a decir mujer. Sé cómo funciona, Shaw. Porque soy una chica, tengo que ser mejor que los chicos para conseguir el mismo nivel de respeto. Pero con tres hombres muertos en Las Vegas y siete más en una especie de hechizo, diez muertos aquí en St. Louis, cinco en Nueva Orleans, dos en Pittsburgh, me gustaría pensar que sus oficiales estarán más interesados en la captura de este hijo de puta que darme un mal rato.

—Están motivados, Blake, pero sigue siendo una mujer hermosa y todavía están los policías.

Ignoré el cumplido porque no sabía cómo tomármelo.

—Y tienen miedo —dije.

—Yo no he dicho eso.

—No tenía por qué, es de los grupos especiales y lo admitió. Si está asustado, entonces es seguro que el resto están asustados. Van a estar nervioso y en busca de alguien a quien culpar.

—Culpamos a los vampiros que matan a nuestra gente.

—Sí, pero todavía soy el chivo expiatorio de algunos de ellos.

—¿Por qué dice eso?

—El mensaje en la pared era para mí. La cabeza vino a mí. Ya me preguntó lo que hice para molestar a Vittorio. Algunos de su personal van a decir que le molesté lo suficiente como para hacer que él hiciera todo esto, o incluso que lo hizo todo p ara impresionarme en esta manera de dulce asesino en serie.

Shaw estaba en silencio, sólo se escuchaba su respiración lenta en el teléfono. No hablé, sólo esperé y finalmente dijo:

—Es mucho más cínica que yo, Blake.

—¿Cree que estoy equivocada?

Él se quedó callado un segundo o dos o más.

—No, Blake, no creo que se equivoque. Creo que tiene toda la razón.

Mis hombres están asustados y quieren a alguien a quien culpar. Este vampiro se ha asegurado de que la policía aquí en Las Vegas tenga sentimientos encontrados sobre usted.

—Lo que hay que preguntarse, Shaw, es ¿lo hizo a propósito, para hacer mi trabajo más difícil o le importa un bledo el efecto que tuvo sobre usted y sus hombres?

—Le conoce mejor que yo, Blake. ¿Lo cuál es, a propósito, o no importa un bledo?

—No conozco a este vampiro, Shaw. Conozco a sus víctimas y a los vampiros que dejó para matar. Pensé que la mayoría de estos tipos no pueden parar una vez que llegan a un cierto nivel de violencia. Es como una droga y ellos son adictos. Pero nunca soñé que me iba a enviar regalos o mensajes especiales. Sinceramente, no pensé que le hubiera impresionado tanto.

—Le vamos a mostrar la escena del crimen cuando tome tierra. Confíe en mí, Blake, hizo mella en él.

—No es la impresión lo que quería conseguir —dije.

—¿Y qué era?

—Un agujero en la cabeza y uno en el corazón lo suficientemente grande como para ver a través de él la luz del día.

—La ayudaré a hacerlo.

—No pensé que hiciera trabajo de campo.

—Esta vez, haré una excepción. ¿Cuándo podrá llegar?

—Voy a tener que revisar el calendario de las aerolíneas y tendré que revisar los reglamentos para mi kit de vampiro. Parece que las reglas cambian cada vez que tengo que volar.

—Nuestro Marshall no llevaba nada especial con él pero usted no puede subir a un avión sin pasar el arco de seguridad.

Me dije a mí misma, Tal vez por eso está muerto. En voz alta, dije:

—Llevaré granadas de fósforo si puedo subir al avión.

—Las granadas de fósforo no son ninguna tontería.

—No me diga. ¿Hacen daño a los vampiros?

—Hacen daño a todo, Shaw, y el agua los hace arder más rápido.

—¿Alguna vez ha visto a un hombre en el agua, pensando que se va a apagar, pero las llamas aumentan? —Preguntó Shaw.

Tuve un recuerdo brusco de un ghoul que había corrido a través del agua tratando de escapar. Él, o uno de su grupo, había matado a un hombre

sin hogar que se había quedado dormido en el cementerio donde los ghouls salieron de las tumbas. Nunca lo habría atacado despierto, pero aún así se lo comió y eso aún les valió un exterminio. Yo acababa de conseguir un equipo de exterminadores lanzallamas. Pero los ghouls eran lo suficientemente valientes para atacar y matar a los vivos en lugar de hurgar entre los muertos que podían volver mortalmente. Lo que significaba que no envías a civiles sin insignias que los respalde. Había sido la primera vez que utilicé las granadas. Que funcionaron mejor que cualquier cosa que había usado alguna vez con vampiros. Cuando van mal, son tan fuertes como un vampiro, más rápido y más fuerte que un zombi, inmune a las balas de plata y casi imposible de matar con nada que no sea el fuego.

—Vi algunos atravesar un arroyo. El fósforo se encendió a su alrededor como un aura caliente, blanco por todas partes salpicados de agua. Tan brillante, que el agua provocó la luz.

—¿Y los hombres gritaron durante mucho tiempo? —Dijo Shaw.

—Sí, ghouls, pero sí, lo hicieron —dije con la voz totalmente fría. No podía permitirme el lujo de sentir nada.

—Pensé que el fósforo moderno no hacía todo eso —dijo.

—Todo lo viejo es nuevo otra vez —dije.

—Estoy empezando a ver por qué los vampiros creen que es aterradora, Blake.

—Las granadas no son lo que me da miedo, Shaw.

—¿Qué lo hace? —Preguntó.

—Que estoy dispuesta a usarlas.

—No está dispuesta a usarlas, Blake. Está dispuesta a usarlas de nuevo.

Pensé en eso, y finalmente dije:

—Sí.

—Llámeme cuando tenga su vuelo arreglado. —Por su voz no parecía muy feliz conmigo, como si hubiera dicho algo que no quisiera oír.

—Se lo haré saber tan pronto como lo sepa. Deme su número directo, si va a ser mi contacto.

Suspiró lo suficientemente fuerte como para escucharlo.

—Sí, soy su contacto.

Me dio su extensión y su número de teléfono móvil.

—No vamos a esperarla, Blake. Si somos capaces de atrapar a estos hijos de puta, lo haremos.

—La orden de ejecución murió con su verdugo vampiro, Shaw. Si los

matan sin que yo u otro verdugo este, entonces se buscaran cargos.

—Si los encontramos y dudo, nos matarán.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿qué me está diciendo que haga?

—Le estoy recordando la ley.

—¿Qué pasa si la digo que no necesito a un verdugo de mierda que me recuerde la ley?

—Estaré allí tan pronto como pueda. Tengo un amigo con un avión privado. Esa es probablemente la manera más rápida de llegar.

—¿Su amigo o su maestro?

—¿Qué diría si le mando a la mierda, Shaw?

—No estoy seguro, quizás me recuerda algo de lo que no quiero acordarme. Tal vez acaba de asegurarme que sabe lo que tiene que ocurrir en mi ciudad antes de que esto termine.

—Si quiere mentiras bonitas, ha escogido mal.

—He oído eso de usted y por eso cogeré a cualquier cosa que se mueva.

Sí, lo había cabreado.

—No se preocupe, Shaw, su virtud está segura.

—¿Por qué, no es lo suficientemente bonita para usted?

—Probablemente no, pero no lo hago con policías.

—¿Con que lo hace usted?

—Con monstruos.

Colgué. No debería haberlo hecho. Tendría que haberle explicado que los rumores no eran ciertos pero nunca dejaba que el sexo interfiriera en un caso. Pero llega un punto en el que te cansas de dar explicaciones. Y, seamos sinceros, no se puede probar con una negación. No podía demostrar que no me acostaba con todos. Sólo podía hacer mi trabajo lo mejor posible y tratar de mantenerme con vida, ah y tratar de mantener a todo el mundo vivo. Matar a los vampiros malos. Sí, no hay que olvidar esa parte.

Conseguí otro teléfono para hacer llamadas antes de que pudiera salir de la ciudad. Los teléfonos móviles son cosas maravillosas. La primera llamada fue a Larry Kirkland, compañero de los U.S. Marshall. Marshall y verdugo vampiro. Él respondió al segundo tono.

—Hola Anita, ¿qué pasa?

Todavía sonaba joven y fresco, durante los cuatro años que lo conocía había adquirido cicatrices y tenía una esposa y un bebé y seguía siendo el principal estacador de la morgue. Él también se había negado a matar a la

ladrona. De hecho, había sido el que me llamó desde la morgue para preguntar qué diablos podía hacer con ella. Era de mi estatura, con cabello de color rojo brillante rizado, corto y con pecas. Parecía que había salido de Tom Sawyer para jugar un poco con Becky, pero estuvo hombro con hombro conmigo, en algunas malas situaciones. Si tuviera un defecto, era que yo no era del todo fan de su esposa, y que él no era buen tirador. Él todavía pensaba más como un policía que como un asesino y a veces no era bueno en nuestra línea de trabajo. Ah, ¿qué tengo en contra de su esposa, la detective Tammy Reynolds? Ella no estaba de acuerdo con mis decisiones en novios, seguía queriendo convertirme a su secta del cristianismo. De hecho, era una de las últimas formas gnósticas del cristianismo basado en haber sobrevivido a los primeros días de la iglesia. Permitía a las brujas, psíquicos leer en este caso. Tammy pensé que sería una buena hermana de la Fe. Larry era ahora un Hermano de la Fe, ya que, como yo, podría levantar a zombis de la tumba. No es malo si lo estás haciendo por la iglesia.

—Tengo que volar a Las Vegas con una orden judicial.

—¿Me necesitas para cubrirte? —Preguntó.

—Sí.

—Entonces lo haré —dijo.

Pensé en darle más detalles, pero tenía miedo de que quisiera venir conmigo. Ponerme en peligro a mí misma era una cosa, poner en peligro a Larry era otra. En parte era porque él estaba casado y tenía un bebé, la otra era que me sentía protectora con él. Sólo era un par de años más joven que yo, pero había algo todavía inocente él. Valoraba eso y lo temía. La inocencia en nuestro negocio no existía o te mataba.

—Gracias, Larry. Te veré cuando vuelva.

—Ten cuidado —dijo.

—¿No lo tengo siempre?

Se echó a reír.

—No.

Colgamos. Él estaría molesto cuando se enterara de los detalles acerca de Las Vegas. Molesto porque no había confiado en él y enfadado porque todavía le protegía. Podía soportar que se enfadara conmigo pero que muriera, no estaba segura.

También llamé a Nueva Orleans. Al cazador de vampiros locales, Denis-Luc St. John, me había hecho la promesa de que si alguna vez

resurgía Vittorio le daría la oportunidad de participar en la caza. St. John había sido casi una de las víctimas de Vittorio. Meses en el hospital y rehabilitación. Después de lo que le había hecho, estaba muy animado en ayudar a matar a los vampiros que le hicieron eso.

La voz de una mujer en el otro extremo del teléfono, me sorprendió. Que yo supiera, St. John no tenía esposa.

—Lo siento, no estoy segura de que haya llamado a donde quería. Estoy buscando a Denis-Luc St. John.

—¿De parte de quien? —Preguntó la mujer.

—U.S. Marshall Anita Blake.

—El verdugo de vampiros, —lo dijo como si fuera un delito.

—Sí.

—Soy la hermana de Denis-Luc. —Dijo Denis-Luc con un acento que no podía igualar.

—Hola, ¿podría hablar con su hermano?

—Ha salido, pero puedo coger el recado.

—Está bien —dije y a continuación le conté lo de Vittorio.

—¿Habla del vampiro que casi le mató? —Preguntó.

—Sí —dije.

—¿Por qué le llama entonces? —Su voz era definitivamente hostil ahora.

—Porque él me hizo prometer que si ese vampiro resurgía le llamaría.

—Habla como mi hermano. —Una vez más, ella no parecía feliz.

—¿Va a darle el mensaje?

—Claro que sí. —Luego me colgó.

No estaba segura de que la hermana le diera el mensaje, pero era el único número que tenía para localizar a St. John. Podría haberle llamado a la policía local y probablemente le llegaría el mensaje, pero lo que si hice, y ¿esta vez Vittorio le mataría? ¿Qué le diría a su hermana, entonces? Lo dejé en sus manos. Si ella le daba el mensaje, bien, si no, entonces no era culpa mía. De cualquier manera, mantuve mi promesa y no estaba provocando que le mataran. Parecía un tanto para mí.



TRES

En las películas, siempre ves al héroe sólo subirse a un avión e ir a combatir a los malos, en realidad tenía que hacer las maletas primero. Ropa que probablemente podría haber comprado en Las Vegas, pero las armas… las necesitaba.

Mi casa, por el momento, estaba debajo del Circo de los Malditos. Algo así como la vieja idea de la vivienda de un dueño de una tienda por encima de su tienda, a excepción de la de convivir con un vampiro. No había ventanas, el lugar era cavernoso. Además, era también uno de los lugares más defendibles en todo St. Louis. Cuando tu pareja vampiro es también el Maestro de la Ciudad no tienes que preocuparte por la defensa. No de los seres humanos, sino cuando otros vampiros quieren tomar un bocado de tu acción. Bueno, una vez había sido un grupo de delincuentes cambiaformas, pero el problema era el mismo. Los monstruos fuera de la ley eran tan peligrosos como los seres humanos fuera de ella, pero con más habilidades.

Razón por la cual sabía que había guardias que me miraban mientras estaba haciendo las maletas y me dirigiría a la puerta de atrás.

Mi teléfono sonó cuando estaba cogiendo mis llaves de la puerta de atrás. La música había cambiado otra vez, ahora era «Wild Boys» de Duran Duran. A Nathaniel le parecía divertido que no pudiera entender cómo programar mi propio tono de llamada, por lo que se cambiaba periódicamente sin previo aviso. Al parecer, este era mi tono de llamada predeterminado ahora. «Wild Boys».

—Soy Blake.

La voz al otro lado del teléfono me detuvo en el estacionamiento.

—Anita, soy Edward.

Edward era un asesino especializado en matar monstruos porque los seres humanos se habían convertido en algo demasiado fácil. Como Ted Forrester él era un U.S. Marshall y verdugo de vampiros. Fue uno de los asesinos más eficaces que jamás había conocido.

—¿Qué pasa, Edward?

—Nada concreto, pero he oído que estás en una época interesante.

Me quedé allí en el calor del verano, con las llaves colgando de mi mano y con miedo.

—¿De qué estás hablando, Edward?

—Dime que me ibas a llamar y que nos íbamos a reunir en Las Vegas. Dime que no ibas a cazar a éste sin haberme invitado.

—¿Cómo diablos sabes eso? —Érase una vez, no hace mucho tiempo, si alguien moría, de manera especialmente espectacular, Edward era una buena apuesta para ello. Me pregunté durante un momento si él sabía más acerca de Las Vegas que yo.

—Soy un U.S. Marshall., también, ¿recuerdas?

—Sí, pero sólo hace que me he enterado menos de una hora. ¿Cómo te avisaron y quién?

—Mataron a uno de los nuestros, Anita. Para la policía es difícil.

Había hecho la primera frase como propia y a continuación habló de la policía como si no lo fuera. Edward era como yo, teníamos una tarjeta de identificación, pero a veces no se ajustaba del todo.

¿Cómo te enteraste, Edward?

—Suena sospechoso.

—No me jodas, habla.

Él respiro profundamente e inhaló.

—Muy bien. Vivo en Nuevo México, ¿recuerdas? No es que este lejos de Nevada. Probablemente van a llamar a todos los verdugos del oeste del estado.

—¿Cómo sabías que llamé? —Pregunté.

—Ellos saben lo que se ha dicho en los medios de comunicación no lo que opinan otros Marshalls.

—Así que, sabes lo de la nota de la pared. ¿Es por eso por lo que me llamaste? —La pregunta era, ¿sabía lo de la cabeza? ¿Cómo de buenas eran sus fuentes en estos días? Una vez fue como un gurú del misterio para mí. Que todo lo sabe, que todo lo ve y mucho mejor en todo que yo.

—¿Me estás diciendo que no vas a volar a Las Vegas para buscar a ese hijo de puta?

—No, definitivamente voy.

—Hay algo que no me estás contando —dijo.

Me apoyé en el lateral del edificio.

—¿Qué sabes sobre la cabeza? —Dije.

—Que los vampiros cortaron la cabeza del verdugo de Las Vegas, sí. Me he estado preguntando por qué mandaron la cabeza. Son vampiros, no ghouls o zombis sin escrúpulos. No comen carne.

—Incluso los ghouls que se alimentan de carne no cogen la cabeza. Prefieren cosas más sustanciosas.

—¿Has visto alimentarse a los ghouls? —Preguntó.

—Una vez —dije.

Sonrió un poco.

—A veces olvido eso de ti.

—¿Qué?

—Que eres una de las pocas personas que han visto tanta mierda como yo.

—No sé si sentirme insultada, halagada o asustada —dije.

—Halagada —dijo y supe lo que quería decir.

—No cogieron la cabeza para comérsela —dije.

—¿Sabes qué pasó con ella?

—Sí.

—¿Qué, necesito preguntar?

Suspiré—. No, —y lo dije acerca del pequeño presente que había encontrado en el trabajo esta mañana.

Él se quedó callado por tanto tiempo que seguí hablando.

—Tuve suerte, llegó por la mañana antes de mis reuniones. Dios sabe lo que Bert, mi gerente de negocios, habría hecho con él si no hubiera estado allí para hacerle esperar para el análisis forense.

—Realmente creo que fue una coincidencia que el paquete llegara esta mañana cuando sabían que ibas a estar allí —dijo Edward.

Me incliné un poco más contra la pared, agarrando el teléfono con una mano y las llaves con la otra. De repente me sentí expuesta en el estacionamiento, porque entendí muy bien lo que Edward quería decir.

—¿Crees que Vittorio me ha estado de vigilando? ¿Qué conoce mis movimientos?

Miré el estacionamiento con luz natural. No había ningún lugar donde esconderse. La luz del día significaba que no había muchos coches. Tuve este repentino deseo de estar dentro, fuera de la vista. Puse la llave en la puerta y utilicé el hombro para sostener el teléfono mientras la abría.

—Sí —dijo. Este era Edward: alto en la verdad, bajo en consuelo.

Entre y cerré la puerta detrás de mí, vi a los dos guardias del interior apoyados en la pared. Los dos vestían camisetas y vaqueros negros, sólo las armas arruinaban el look casual. Trataron de hablar conmigo, me saludaron con la mano, yo estaba al teléfono. Volvieron a su lugar y fui a la puerta del fondo. La puerta era una de los dos accesos al espacio subterráneo donde Jean-Claude y sus vampiros dormían. Era por eso que había dos guardias en el almacén en todo momento. Derechos y aburridos, lo que significaba que eran dos de las contrataciones más recientes, me acordé de que uno de ellos era Brian, pero por mi vida no podía recordar el nombre del otro.

—¿Anita, sigues ahí? —Preguntó Edward.

—Dame un minuto para encontrar un poco de intimidad.

Abrí la puerta de abajo y se cerró detrás de mí. Estaba de pie en el primer escalón de piedra que bajaba. Mantuve una mano en la pared cuando comencé a bajar. Los tacones altos no eran para estos escalones. Maldita sea parecían construidas para algo que no caminaba como un ser humano en absoluto. Algo más grande que una persona, con las piernas tal vez diferentes.

—Vittorio no ha regresado a St. Louis —dije.

—Probablemente no, pero sabes mejor que la mayoría de cazadores de vampiros que los vampiros tienen otros recursos.

—Sí, yo soy el siervo humano de Jean-Claude, por lo que podría haber uno de Vittorio, también.

—Maldita sea, Anita, podría poseer a personas con un par de mordeduras. Sabes que una vez un vampiro utiliza su mirada en alguien y le muerde ya puede ser su amo.

—No habría sentido a un ser humano con unas pocas mordeduras de ellos. Mi intuición lo vería como cualquier humano.

—Así que, sí, crees que te vigilan te diría que no vinieras, Anita, pero sé que no vas a escuchar.

Me tropecé en las escaleras y tuve que recuperar el equilibrio antes de que dijera:

—Honestamente ¿me dices que debo quedarme en casa en este caso? Tú, que siempre me invitabas a cazar monstruos más grande y más malos.

—Esto es algo personal, Anita. Él quiere tu cabeza.

—Gracias por esas imágenes, después de mi pequeño presente de esta mañana.

—Lo dije a propósito, Anita. Eres como yo ahora, hay gente que amas y no quieren que te vayas. Sólo te estoy recordando, que realmente tienes una elección. Puedes sentarte y quedarte fuera.

—¿Quieres decir que me quede a salvo en St. Louis, mientras que el resto caza a ese hijo de puta?

—Sí.

—Me puedes decir, honestamente, ¿qué no podrías pensar mal de mí por quedarme sin hacer nada?

Él no respondió durante tanto tiempo que estaba casi girando la esquina ciega en el punto medio de la escalera. Pensé que lo escuchaba respirar y me concentré en los tacones sobre los peldaños irregulares.

—No te culparía por quedarte en casa.

—Pero podrías pensar mal de mí —dije.

Él se quedó en silencio.

—Yo he tratado de no hacerlo.

—Sí y el resto de los policías que ya piensan que soy una chica, que duerme con los vampiros y que estoy durmiendo por ahí con otros policías, ¿no podrían pensar mal de mí?

—No dejes que te maten por orgullo, Anita. Esa es una razón de hombres para morir. Eres una chica, piensa como una chica por una vez.

—Edward, si me han estado vigilando en St. Louis, no puedo estar a salvo aquí.

—Tal vez, o tal vez deberías atraerlo, Anita. Tal vez iría a St. Louis por

ti, pero con toda la gente que Jean-Claude tiene a su alrededor no podría llegar a ti.

Di la vuelta a la esquina, pensando en eso.

—Mierda, espero que estés equivocado.

—Sabes que es una trampa, Anita.

—Sí, pero a sabiendas de que Vittorio a tirado el guante en Las Vegas. Creyendo que está en algún lugar lejano en el que voy a estar lejos de Jean-Claude y sus guardias es… aterrador.

—Bueno, sería bueno que tuvieras miedo, porque deberías tenerlo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Eso significa que Vittorio ha estado observando o tiene alguien haciéndolo. Envió la cabeza en un día que ibas a estar allí. Lo envió por la mañana temprano antes de que tu amante vampiro estuviera despierto, así que nadie puede decir nada sobre que no tomes tus precauciones o no ir. En St. Louis, estás a salvo aunque Jean-Claude esté abajo por el día, estarás protegida.

—Hemos estado trabajando realmente duro para hacerme más siervo humano y a Jean-Claude un Maestro más poderoso.

—Sí, tan duro que te has mudado al Circo con él. Los otros Marshall l no piensan muy bien de ti por convivir con el maestro de tu ciudad.

—Los prejuicios bastardos.

Estaba en la gran puerta que conducía a la cámara.

—También he oído que Jean-Claude y tus novios han salido del armario. Puedo considerar la idea de que Jean-Claude te estaba follando a ti y a tus novios para explicar por qué te ha estado dejando follar con otros hombres.

—Se lo dijimos a la comunidad de vampiros, no a los Marshall. ¿Cómo saben todo esto?

—No eres la única que está cerca de los vampiros locales, Anita.

—Conozco a los vampiros locales y sé que no hablan con Obsidian Butterfly. Ella es tan aterradora que la comunidad de vampiros en todo el mundo ha hecho que Alburquerque, Nuevo México, esté fuera de los límites.

—Yo vivo en Santa Fe.

—Sí y está aún demasiado cerca de Obsidian Butterfly y su grupo. Es por eso que tienes que viajar fuera del estado para la caza de vampiros, tu maestro local tiene demasiado miedo a compartir.

—Ella piensa que es una diosa azteca, Anita. Los dioses no comparten.

—Ella es un vampiro, Edward, pero en realidad puede ser que los aztecas adoraban su nombre.

—Ella sigue siendo un vampiro, Anita.

—No me gusta el tono de tu voz, Edward. Prométeme que si alguna vez tienes la orden de ejecución contra ella o cualquiera de sus vampiros me vas a dejar ayudar.

—Tendrías que volar a Las Vegas sin mí.

—Tal vez o tal vez conseguir una cabeza humana en una caja era extraño, incluso para mí. Tal vez tengo miedo de Vittorio y no me gusta correr hacia una trampa como un conejo. Tal vez no había tenido tiempo en pensar en llamarte.

—Esos son muchos tal vez, Anita.

—Puede que no tenga cobertura en un momento, Edward, pero tengo que hacer la maleta, así que…

—Es un vuelo corto para mí a Las Vegas, así que te veré en tierra.

—Edward —dije.

—Sí.

—¿De verdad crees que Vittorio previó que yo tuviera que volar a Las Vegas antes de que Jean-Claude pudiera estar despierto para discutir conmigo o hacer que llevara guardias?

—No sé, pero si lo planeó así, entonces tiene miedo de tus guardias. Tiene miedo de Jean-Claude. Tiene miedo de todos tus amigos cambiaformas. Pero no te tendrá miedo a ti sola.

—No voy a estar sola —dije.

—No, no lo estarás —dijo.

—No me refiero sólo a ti, Edward. Vittorio mató a policías. No creo que él entienda lo grave que es.

—Vamos a explicárselo —dijo Edward, la voz con acento se fue, vacía de casi cualquier cosa. Era la voz que usaba cuando estaba en su más mortal.

—Sí —dije—. Lo haremos.

Edward colgó.

Colgué y me dirigí a la puerta de la sala de estar de Jean-Claude.



CUATRO

Dos de mis amantes estaban muertos en la cama que compartían. Estarían de nuevo vivos más tarde en el día, o antes de la noche, pero por ahora, Jean-Claude y Asher realmente estaban muertos. Yo había tocado suficientes cadáveres para saber que el sueño no imita a la muerte. Hay una soltura, un vacío entre los muertos que ni siquiera el coma puede imitar.

Les miré. Estaban en una maraña de sábanas de seda blanca. Jean-Claude con todos sus rizos negros y hermoso rostro, una línea más o menos, y había sido demasiado hermoso, demasiado femenino, pero nunca le mirabas a la cara y pensabas en una chica. No, era todo un hombre, no importa lo guapo que se viera. Ayudaba que estaba desnudo encima de las sábanas. Desnudo, no había duda para alguien de que era un hombre.

Olas de oro se derramaban en el rostro de Asher, ocultando uno de los perfiles más perfectos que jamás haya existido. Tuve algunos recuerdos del vampiro que le había creado: *Belle Morte*, Muerte Maravillosa. Ella tenía

más de dos mil años, y todavía pensaba que su perfil izquierdo era el más perfecto que jamás había visto en un hombre. Su perfil derecho se veía empañado, a sus ojos, por las cicatrices, hechas con ácido de agua bendita que la Iglesia había utilizado para tratar de quemar al demonio dentro de él. Las cicatrices ocupaban gran parte de su cara, desde la mitad de la mejilla a la barbilla en un lado. Su boca seguía siendo demasiado besable, su rostro aún tenía una desgarradora belleza, pero para Belle, las cicatrices habían cubierto todo.

Su cuello estaba intacto, pero desde el pecho hasta la ingle a la parte del muslo, el lado derecho de su cuerpo estaba cubierto de cicatrices por el agua bendita.

Parecía como si la carne se hubiera derretido y reformado parcialmente, como la cera. La piel era de textura diferente a su mitad sin cicatrices, pero no estaba en ruinas. Aún podía sentir mi tacto, los lametones y las caricias, y las mordeduras. Era simplemente diferente. Era Asher, y yo lo amaba.

No era de la misma manera en la que amaba a Jean-Claude, pero había aprendido que el amor puede significar muchas cosas, y no importaba el grado de similitud que se veía desde el exterior, dentro de una se podía sentir muy diferente. Todavía bueno, pero diferente.

Estaba cargada, a pesar de que iba a conseguir algunos de los guardaespaldas para ayudarme a llevar las bolsas de los equipos de armas por las escaleras. Tenía que llegar al aeropuerto y al avión que fue reservado y que me esperaba. Quería estar en el suelo de Las Vegas, cuando todavía había luz del día. Si Vittorio tenía la intención de sacarme de St. Louis antes de que Jean-Claude pudiera despertar y quizás insistir en que llevara guardias conmigo, entonces está bien, me gustaría llegar a Las Vegas, mientras que Vittorio todavía estaba muerto para el mundo, también. Era el gran nivelador, que los vampiros fueran impotentes durante el día. Quisiera aprovechar todas las ventajas de la misma que pudiera. Por supuesto, Vittorio sabría eso de mí, si me hubiera estado espiando. La idea de que probablemente tenía ojos a la luz del día y oídos esperándome en Las Vegas no era reconfortante.

Miré a los dos vampiros y deseé poder decirles adiós.

La puerta del baño se abrió y Jason salió, vestido con una bata que no se había molestado en cerrar, pero había estado completamente desnudo entre los dos vampiros cuando entré en la habitación. Además, no sé como no lo había visto todo antes. Era el Pomme de sang de Jean-Claude, la

manzana de sangre, una especie parte mujer y parte merienda en la mañana. La mayoría de la gente en realidad no se follaba a sus pommes de sang, y Jean-Claude tampoco, pero la reputación de Jason se había reducido a la necesidad de hacer a nuestro común maestro parecer más poderoso a los ojos de la comunidad de vampiros más grande. Él también iba a tener el divertido trabajo de decirle a Jean-Claude dónde estaba y qué estaba haciendo cuando el vampiro se despertara.

Jason era de mi altura, tal vez una pulgada más corta para un hombre y creo que la apropiada para una mujer. Su pelo rubio estaba hasta los hombros ahora. Había empezado a dejar que volviera a crecer, aunque sinceramente era uno de los pocos hombres que me parecían realmente mejor con el corte de pelo ejecutivo. Pero yo era sólo su buena amiga y amante, no su novia, por lo que el largo de su pelo era su propio problema.

Me sonrió, sus ojos azules primavera empezaron a brillar con alguna broma que sólo él conocía. A continuación, el aspecto cambió, de bromear por uno serio… Estaba repentinamente consciente de que estaba desnudo, y la bata cubría muy poco, y…

—Basta, Jason —dije, en voz baja. No sé por qué siempre susurro alrededor de los vampiros cuando dormían, como si estuvieran realmente dormidos, pero, a menos que me detuvieras, los trataría como si pudieran escuchar y no quisiera molestarlos.

—¿Dejar qué? —Preguntó, con una voz que era un poco baja de lo que era necesario. No podría haber dicho lo que estaba haciendo de manera diferente con su caminar, pero de repente fui consciente de que su trabajo era de bailarín de striptease.

—¿En serio estás flirteando, Jason? Sabes que no tengo tiempo para eso.

Llegó al final de la cama, y o tenía que apoyarme o quedarme en mi sitio mientras él coqueteaba. Apoyarme parecía de cobardes, y una vez podría haber resistido las atenciones de Jason, pero desde que accidentalmente lo había hecho mi hombre lobo para llamar, parecía tener más tirón en mi libido. Él no solía tomar ventaja de eso, así que ¿por qué estaba subiendo el calor ahora?

Me quedé en mi sitio, pero estaba casi dolorosamente consciente de lo cerca que estaba de mí.

—Sabes, Jean-Claude se va a poner como una fiera cuando se despierte —dijo.

—Jean-Claude nunca se pone como una fiera.

—Vittorio te ha tendido una trampa, Anita. Estás caminando hacia ella. —Él estaba detrás de mí, tan cerca que los bordes de su bata rozaban mi cuerpo por la espalda.

—Jason, por favor, tengo que ir, —y esta vez no susurré para no despertar a los vampiros. Susurré, porque era lo mejor que podía hacer. Uno de los inconvenientes reales de avanzar en el circo y vivir con todos los hombres que estaban atados a mí metafísicamente era que todos parecían estar ganando poder, poder sobre mí. De Jean-Claude lo podía entender, era el Maestro de la Ciudad. A Asher también, porque era un maestro vampiro. Pero Jason era un hombre lobo, un donante de sangre, y mi lobo para llamar. Debería haber sido su maestro, pero no lo era.

Se movió a mi alrededor, tan cerca, muy cerca, de modo que sin tener nuestros cuerpos tocándose llevara más esfuerzo del que acaba de cerrar esa pequeña distancia. Mantuve una mano en el poste de la cama como si fuera mi ancla a la realidad. Se puso de pie frente a mí, con los ojos un poco por debajo de los míos porque yo todavía estaba de pie.

—Entonces, ve, —susurró.

Tragué saliva, pero no me aparté. Tuve un momento para preguntarme si podía alejarme, y la idea fue suficiente. Cerré los ojos y di un paso atrás. Podía hacer esto. Fuese Jason o, Jean-Claude, podía hacer esto.

Jason cogió mis brazos.

—No vayas.

—Tengo que ir. —Pero tener que mantener mis ojos cerrados llevaba mucho para marcar la declaración.

Puso mis manos en su cuerpo, así que toqué la musculatura suave de su estómago. Puse una mano en la ingle, y ya estaba más feliz de estar cerca de mí que la última vez que había mirado. Llenaba mi mano, y era grueso y perfecto otra vez. Hace dos meses, algunos hombres muy malos le habían capturado. Le habían torturado con cigarrillos, fuego, lo único que un licántropo no podía curar. Habían marcado un cuerpo muy bonito y casi le mataron.

Mis manos se deslizaron sobre él, bajo la bata, así que lo tenía cerca, sintiendo cuán desnudo estaba, en mis brazos. Le sujetaba, y él me sujetaba también. Le mantenía y recordé mi dolor mientras él sangraba. Sosteniéndole mientras pensaba que se estaba muriendo.

Su voz era normal, no seductora, cuando dijo:

—Anita, lo siento.

Me aparté lo suficiente como para verle la cara.

—¿Trataste de utilizar tus nuevos poderes sobre mí para que me quedara en casa?

Él sonrió.

—Sí, pero lo hago porque admiras mi reciente curación.

—Me alegro de que la doctora Lillian averiguara que si te cortaban las partes quemadas te curarías por ti mismo.

—Estoy contento de que encontraran la anestesia que funciona en nuestros rápidos metabolismos. No hubiera querido que gran parte de mí fuera cortado sin ser sometido.

—Por supuesto.

—Ya sabes, están hablando de tratar de cortar algunas de las cicatrices de Asher y ver si se cura por sí mismo.

—Él es un vampiro, no un cambiaformas, Jason. La carne de vampiro no se cura igual.

—Tú puedes sanar las heridas frescas de todo tipo de carne muerta, incluyendo la de los vampiros.

—Esas son heridas frescas, Jason, y nunca una quemadura.

—Tal vez si el médico corta las cicatrices, eso contará como una herida fresca, entonces podrías curarle.

—¿Y si no funciona? ¿Qué pasa si la Doctora Lillian corta el cuerpo de Asher y no se puede curar, o no se cura por sí solo? ¿Irá por ahí con un gran agujero en el costado, o cualquier otro lugar?

—Ya sabes, tenemos que intentarlo.

Negué con la cabeza.

—Todo lo que sé con certeza es que tengo que coger un avión, y tengo que llamar a algunos guardias de abajo para ayudarme a llevar las armas.

—Sabes, los guardias tienen miedo de ti ahora.

—Sí, creen que soy un súcubo y que me comeré sus almas.

—Te alimentas de sexo, Anita, y si no te alimentas lo suficiente, te mueres. Eso es más o menos la definición de súcubo, ¿no?

Le fruncí el ceño.

—Gracias, Jason, me haces sentir mucho mejor.

Él sonrió y se encogió de hombros.

—¿Quién te va a alimentar en Las Vegas?

—Está Crispin —dije.

—No te puedes alimentar de un hombre león por mucho tiempo.

—Ahora puedo alimentarme de la ira, ¿recuerdas? —Había descubierto la capacidad sólo recientemente. Jean-Claude no podía hacerlo, y no podía nadie en su línea de sangre, lo que significaba, que si yo estuviera ganando poderes a través de él, no debería haber sido capaz de hacerlo tampoco, pero podía.

—Sabes que no has conseguido dominarlo todavía —dijo.

—No, pero funciona.

—¿Y de que ira te vas a alimentar en Las Vegas?

—Voy a estar dando vueltas con los policías y los sospechosos; por favor, somos un grupo enfadado.

—Si te alimentas de ellos sin su permiso, es ilegal. Creo que es incluso un delito grave.

—Si me alimento de sangre, sí, pero la ley no ha alcanzado a los vampiros que pueden alimentarse a través de otras cosas. Si me alimento del sexo involuntario, entonces sería cubierta por la ley de violación por capacidad psíquica y magia, pero si me alimento de la ira, es una zona gris.

—¿Qué pasa si se enteran? La policía ya piensa que eres uno de nosotros.

Pensé en ello, me encogí de hombros.

—Honestamente, muchas de las órdenes judiciales son avisos, yo soy una especie de reanimadora que usa cualquier habilidad metafísica para la búsqueda de los chicos malos.

—No creo que alimentarse de ellos sea a lo que las órdenes judiciales se refieran —dijo.

—No, —sonreí—, pero es la forma en la que está escrito. La ley es todo acerca de cómo se escribe y cómo se puede interpretar.

—¿Qué pasó con la chica que conocí hace unos años que creía en la verdad, la justicia, y el estilo americano?

—Creció —dije.

Su rostro se suavizó.

—¿Por qué siento como si tuviera que pedir disculpas en nombre de todos los hombres en tu vida por eso?

—No te alagues a tí mismo; la policía ayudó a endurecerme un poco, también.

—Sólo te has alimentado de la ira un par de veces, y no es por lo general una buena alimentación como la del *ardeur*.

—Jean-Claude puede dividir mi *ardeur* entre todos ustedes mientras no esté. Lo ha hecho antes, cuando he trabajado con la policía.

—Sí, pero eso es sólo una medida temporal, y funciona mejor si has tenido una muy buena alimentación antes de irte.

—¿Te ofreces? —Pregunté. Me dio una amplia sonrisa.

—Y si digo que sí, ¿entonces qué?

—Este es un truco que me retrasa hasta que Jean-Claude se despierte, porque piensas que con él despierto no voy a ser capaz de volar lejos sola.

—Creo que tienes un momento bastante difícil diciendo no a mi viejo yo; si nuestro maestro se levanta y dice, =No vas,‘ ¿podrías desobedecerle?

De repente sentí miedo. Porque Jason tenía razón, lo que fuera lo que estaba pasando conmigo y los hombres, Jean-Claude era el más difícil de resistir. Era casi como si no hubiera sido mi nigromancia la que me mantuviera a salvo de su control sobre mí, sino mi falta de proximidad. Era casi como si el simple hecho de estar demasiado cerca de él gran parte del tiempo estuviera alejando mi resistencia y mi independencia.

—Gracias, Jason —dije.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Ahora me voy, porque no sé si podría irme si se despertara y me dijera que me quedara. Eso no está bien. Soy un U.S. Marshall y una verdugo de vampiros. Tengo que ser capaz de hacer mi trabajo, ¿o qué soy?

—Eres Anita Blake, siervo humano de Jean-Claude, y la primera verdadera nigromante en mil años.

—Sí, su mascota nigromante. —Fui a la puerta para decirle a los guardias que enviaran más guardias para ayudarme a llevar la bolsa.

Jason llamó detrás de mí.

—Eres una de mis mejores amigas, y tengo miedo por ti en Las Vegas.

Asentí con la cabeza, pero sin girarme por si acaso ver a uno de mis mejores amigos desnudo me hacía cambiar de opinión.

—Tengo miedo, también, Jason… de las Vegas, y de Vittorio, pero estoy empezando a tener miedo de quedarme aquí —envolviendo mi mano alrededor de la manija de la puerta dije—: cuando está despierto, cuando me mira, cada vez tengo más problemas en decir que no. Me estoy perdiendo, Jason.

—Soy tu animal para llamar, Anita, me tocas y ganas fuerza para resistir a los demás vampiros.

—El problema es, Jason, que eres una de las personas por las que me estoy perdiendo. No se trata sólo de Jean-Claude, son todos ustedes. Puedo pelear con uno o dos, pero no puedo pelear con seis. Estoy en inferioridad numérica.

Abrí la puerta y le dije a los guardias de camisa negra que les necesitaba de criados. No volví de nuevo al dormitorio. No quería hablar más con Jason, y no quería mirar a la cama con los dos bellos vampiros en ella. Si no hubiera estado convencida de que Vittorio quería matarme y enviar mi cabeza a alguna parte, hubiera estado ansiosa por viajar a Las Vegas. Necesitaba un poco de distancia entre los hombres de mi vida y yo.



CINCO

El avión aterrizó en Las Vegas sin que estuviera histérica. Punto Brownie para mí. Lo realmente triste era que volaba mejor si tenía a alguien a mi lado, así que mientras estaba feliz por un poco de privacidad, también echaba de menos la mano de un novio para celebrarlo. No podía desear huir de todos ellos y extrañarlos, ¿no? Quiero decir, que no tenía sentido incluso para mí.

En St. Louis hacía calor, pero en Las Vegas hacía más calor. Se puede decir que era un calor seco, pero también lo es un horno. Hacía tanto calor que me quitó la respiración por un segundo. Era como si mi cuerpo se fuera. ¿Estás de broma, verdad? No, por desgracia, no sólo era fuerte, sino que sería la caza vampiros con este calor. Genial.

Me puse las gafas de sol, como si eso hiciera alguna diferencia para el calor, pero sí ayudaba con el brillo. El piloto me estaba ayudando a descargar el equipaje cuando vio a un tipo grande de uniforme en nuestro

camino. Tenía algunos otros de uniforme a sus espaldas. Mantuvo una respetuosa distancia, y no tenía que ver la placa de identificación que decía Sub-Sheriff para imaginarme que era el Sheriff Shaw.

Shaw era un tipo grande, con una mano que se tragó la mía cuando nos saludamos. Sus ojos se perdieron detrás de mis gafas de sol, pero entonces mis ojos se perdieron en él, también. Las gafas de sol pueden parecer bien, pero ocultan una de las mejores maneras de descifrar a otra persona. La gente puede mentir muchísimo, pero los ojos pueden traicionar mucho… a veces no por lo que te muestran, sino cuando están muy escondidos. Puedes juzgar mucho por lo que una persona quiere ocultar. Por supuesto, todos estábamos de pie en medio de un desierto, así que tal vez las gafas no eran para ocultar nada, sólo para mayor comodidad.

—Fry y Reddick recibirán su equipaje —dijo Shaw—. Usted puede ir delante conmigo.

—Lo siento, Sheriff, pero una vez que una orden de ejecución está en vigor y empieza la caza, estoy legalmente obligada a mantener mi equipo a la vista, o asegurado por mí, o tenerlo vigilado, en una zona fuera de la vista del público en general.

—¿Cuándo hicieron el cambio? —Preguntó.

—Hace aproximadamente un mes. —Fue Grimes quien respondió.

Asentí con la cabeza al teniente.

—Me impresiona que lo sepas.

De hecho sonrió.

—Hemos ido con nuestro verdugo local durante un año. Nuestro trabajo consiste en saber si la ley ha cambiado.

Asentí con la cabeza otra vez. No dije en voz alta que muchos policías siguen considerando el poder sobrenatural del servicio Marshall como una unidad menor, o tal vez una vergüenza. Realmente no podía culpar su actitud, y algunos de nosotros estábamos un poco mejor que los asesinos con insignias, pero el resto de hacíamos lo mejor que podíamos.

—¿Qué causó el cambio? —Preguntó Shaw.

Me gustó que lo preguntara. La mayoría no lo hacía. Yo respondí esta vez.

—Un cazador de vampiros en Colorado dejó su bolsa de trucos en el asiento trasero de su coche, donde unos ladrones adolescentes por diversión lo robaron. Probablemente no tenían ni idea de lo que había en ella, pero vendieron las armas, y una de ellas fue utilizada en un atraco donde hubo

una muerte.

Shaw miró las bolsas de equipo pesado.

—No las puede llevar todas en una cacería. Algunas de las bolsas deben pesar más que usted.

—Las almacenaré, después, tomaré lo que necesite para la caza. Llevaré una mochila y algunas armas.

—Podemos guardarlas en nuestro casa. Vamos a estar con usted cuando se dicte la orden de caza, para que pueda volver y llevarlas con nosotros —dijo Grimes.

Asentí con la cabeza.

—Suena bien.

Grimes me dio esa sonrisa de nuevo, yo todavía no estaba segura de si era una sonrisa real o su versión de la cara de policía. Algunos dan una cara en blanco, algunos dan sonrisas, pero todos los policías tienen una cara que no sabes leer. Ni siquiera podría saber qué fue de esta visita, ya que el teniente no iba a ayudar a servir la orden. Él estaría de vuelta en el centro de mando.

—Sonny nos llevará de vuelta, entonces usted podrá guardar su equipo. —No estaba segura de quien era Sonny, pero lo averiguaría cuando alguien se pusiera detrás del volante.

—Necesitaré tomar a la Marshall Blake para el interrogatorio —dijo Shaw.

—¿Quieres venir con nosotros, Sheriff? —Preguntó Grimes.

Shaw pareció pensar en ello durante un segundo o dos. Se quitó el sombrero y se limpió el sudor de la frente, demostrando que su corte de pelo era más corto que el del SWAT. Tenía lo que los marines llamaban uno alto y espeso, casi rapado por los lados, y no mucho más alto en la parte superior, como si nunca hubiera dejado el servicio, o al menos no en su peluquería.

—Te seguiré, salgamos del calor.

Todos asintieron, y yo sólo esperaba que alguien se moviera hacia el coche que tomaríamos. Esperaba más velocidad al tocar el suelo. Todo el mundo estaba demasiado tranquilo, pero entonces, yo también. Todo lo que sentía por dentro y por fuera era todo negocio. No habría tiempo para la emoción, más tarde tal vez. A veces me mantenía posponiendo una reacción emocional, hasta que sólo se convertía en irrelevante. Se convertiría en sólo algo más que no podía permitirme el lujo de dejar de

sentir.

Cogí una de las bolsas de aparatos de grandes dimensiones y comencé a ir a por otra, pero Rocco llegó primero. Le dejé hacerlo. Hooper alcanzó la última bolsa, y estuve bien con eso, también. Fue cuando Grimes comenzó a alcanzar la bolsa que llevaba que tendríamos problemas.

—Ya lo tengo, teniente, gracias.

Tuvimos un momento en que dudó, y nos miramos el uno al otro. Finalmente me dijo:

—Puede llevar el equipaje si lo desea.

Él asintió con su pequeña cabeza y se fue hacia el equipaje. Me enteré de que Hooper era Sonny, porque él fue quien abrió la parte trasera de una camioneta. La parte de atrás estaba llena de su propio equipo. Su chaleco de asalto era visible, así como dos cascos diferentes. Había un montón de cosas, pero las armas de fuego no eran visibles.

Él contestó, como si yo lo hubiera preguntado. —Arma segura—. Él se movió del vehículo lo suficiente para que lo viera.

—¿Modificado después de comprado? —Pregunté.

Él asintió con la cabeza.

—Voy a tener que ver eso. Sería satisfacer la nueva ley, como está escrito, y ser un demonio mucho más conveniente.

—Tenemos que estar listos para rodar en cualquier momento.

—Yo, también. —Había bastante de su equipo y había que añadir mi equipaje el cual entró por completo.

Grimes se unió a nosotros con mi única maleta en el maletero.

—El piloto dijo que este es todo el equipaje.

—Lo es —dije.

—Tres bolsas, mas grandes que usted, llenas de armas, pero sólo tiene una maleta para la ropa —dijo Rocco.

—Sí —dije.

Todos asintieron con la cabeza mientras trabajaban para encontrar un espacio a la maleta en la parte de atrás. Yo había aprendido mucho tiempo atrás que si hago las maletas como una niña, pierdo puntos brownie con la policía. La idea era tratar de ser uno de los chicos, lo que significaba no llevar tu guardarropa completo a un trabajo. Además, era el continente de los Estados Unidos, habría un centro comercial en alguna parte, si me quedaba sin ropa limpia.

Hooper también conocido como Sonny se puso en el asiento del

conductor. Grimes montó adelante. La clasificación más alta por lo general iba delante, o detrás. Dependía del oficial. El sargento Rocco se sentó junto a mí. El montón de armas y bolsas parecía una especie de presa atrás, como si el potencial de destrucción pudiera salirse de las bolsas, ¿o tal vez estaba nerviosa? Sabía que tenía granadas en las bolsas. Sí, el Sr. Granada es tu amigo hasta que pulsas, tiras, o de lo contrario, activas, pero aún así, explota y las cosas ardientes eran bastante nuevas para que las llevara. Una parte de mí no estaba exactamente confiada, sin lógica, sólo nerviosa. No me gustaban los explosivos.

Nos retiramos, y Shaw aún estaba allí de pie en su círculo de oficiales uniformados. Había sido el primero en sugerir que saliéramos del calor, pero él seguía de pie en él, mirándome desde detrás de sus oscuras gafas. Me di cuenta de que nunca había visto sus ojos, ni una sola vez. Supongo que, para ser justos, él nunca había visto los míos.

—Él sabe que todavía podemos verle, ¿verdad? —Dije mientras nos dirigíamos al coche.

—Sí —dijo Grimes—. ¿Por qué?

—Porque de repente no parece feliz.

—Hemos perdido hombres —dijo Grimes.

Le miré y encontré que el rostro agradable se había deslizado un poco. Algunos de los dolores que tenían que estar allí se mostraron alrededor de los bordes. El dolor, y el borde delgado de la ira que todos llevamos con nosotros.

—Nada de lo que puede hacer les traerá de vuelta, pero haré todo lo posible para matar al vampiro que lo hizo.

—Nosotros salvamos vidas, Marshall, no las tomamos —dijo Grimes.

Abrí la boca, la cerré, y traté de decir algo que no le molestara más.

—Yo no salvo vidas, teniente, me las llevo.

—¿No cree que matar a los vampiros salva a sus futuras víctimas? —Dijo Rocco.

Pensé en ello, luego sacudí la cabeza.

—Solía creerlo, e incluso puede ser cierto, pero sólo se siente como si matara a personas.

—Personas —dijo—, no monstruos.

—Una vez creí que eran monstruos.

—¿Y ahora? —Preguntó Rocco.

Me encogí de hombros y miré hacia otro lado. Estaba viendo un

montón de tierra vacía y los comienzos de los centros comerciales. Podría haber sido Las Vegas, pero el paisaje era más de cualquier lugar de EE.UU.

—¿No me diga que la infame Anita Blake se ha vuelto suave? —Esto fue de Hooper.

—Hooper —dijo Grimes, con una voz que claramente significaba que estaba en problemas con el jefe.

Hooper no se disculpó.

—Usted le ha dicho a mi equipo que esté, ella. Necesito saberlo, teniente. Todos necesitamos saberlo.

Rocco no hizo mucho cuando se movió o incluso se estremeció, él se quedó muy quieto, como si no estuviera seguro de lo que iba a suceder. Sólo su reacción me hizo saber que no preguntaban mucho, por si acaso. Lo que Hooper hizo ahora demostró lo molestos que estaban todos por los hombres que habían perdido y los hombres en el hospital. Ese momento era la forma de duelo de Hooper. Me senté al lado de Rocco y dejé que el peso del silencio se extendiera en la furgoneta. Iba a seguir el ejemplo del sargento.

—No aprendes si puedes confiar en alguien que hace preguntas, Sonny —dijo Grimes finalmente.

—Lo sé, teniente, pero es todo el tiempo que tenemos para hacerlo.

Sentí la tensión abandonando a Rocco mientras se sentaba a mi lado. Lo tomé como una buena señal, y esperé.

Grimes me miró.

—No podemos preguntar si te has vuelto suave, Marshall. Eso sería grosero, y creo que tendría que responder de la forma en que lo haríamos cualquiera de nosotros: no.

Sonreí y sacudí la cabeza.

—Mataré a su vampiro por usted, Grimes. Mataré a cualquiera que le ayude. Mataré a todos a los que la orden me permita matar. Vengaré a sus hombres.

—No, no somos vengativos —dijo Grimes.

—Yo sí —dije.

Grimes me miró con una gran mano que yacía en el asiento. Levantó los ojos marrones hacia mí entonces, con cara solemne.

—No podemos estar buscando venganza, Marshall Blake. Estamos en la policía. Nosotros somos los buenos. Sólo a los criminales se le da la oportunidad de vengarse. Confirmamos la ley. La venganza aleja la ley.

Le miré y vi que hablaba en serio, hasta el fondo de sus ojos. —Es un sentimiento maravilloso y valiente, teniente, pero he tenido a gente que me importaba muerta a manos de estas cosas. He visto familias destrozadas—. Negué con la cabeza. —Vittorio es malo, no porque sea un vampiro, sino porque es un asesino en serie. Se complace con la muerte y el dolor de los demás. Seguirá matando hasta que le detenga. La ley me da el derecho legal de hacerlo para detenerlo. Si no quiere que se trate de una venganza por sus hombres, entonces eso es asunto suyo. Él morirá sin importar la muerte de quien estoy vengando.

—¿Y cuáles muertes va a vengar? —Preguntó Hooper.

Nadie le dijo que parara esta vez.

Pensé en ello, y tenía mi respuesta.

—Melbourne y Baldwin.

—Los dos SWAT que perdió en St. Louis —dijo Grimes.

Asentí con la cabeza.

—¿Estaba usted cerca de ellos? —Preguntó.

Negué con la cabeza.

—Nos vimos una vez.

—¿Por qué vengar dos hombres con los que se encontró una vez? —Me preguntó Rocco, y allí estaba el primer goteo de su energía. Había bajado sus escudos psíquicos sólo un poco. Era un empático, ¿con ganas de leer cómo me sentía?

La furgoneta se estaba deteniendo, y Hooper estaba aparcando. Miré a los oscuros ojos de Rocco, más oscuros que los del teniente. Los de Rocco eran tan oscuros, que casi cruzaban esa línea de marrón a negro. Eso hacía sus ojos difíciles de encontrar, como los ojos de un vampiro cuando su poder empieza a llenarlos, todo el color del iris y sin la pupila.

—¿Qué sabor es usted?

—¿Sabor de qué? —Preguntó.

—Es demasiado alto para jugar a ser tímido, Sargento.

Él sonrió.

—Soy empático.

Le miré con los ojos entornados, estudiando su rostro. Su pulso se aceleró, al igual diminuto trozo, alguno separando los labios. Se lamió el labio inferior.

—Usted sabe a mentira, —le dije.

—Soy empático. —Dijo, muy firme.

—¿Y? —Dije.

—¿Y qué? —Preguntó.

—Un empático y… —dije. Nos miramos el uno al otro en el asiento trasero, el aire era cada vez más espeso, más pesado, como si hubiéramos bajado nuestros escudos.

—¿Podemos ir dentro? —Preguntó Grimes.

—Sí, señor —dijo Rocco.

—Claro —dije.

—¿Está dispuesta a que la lea?

—Grimes lo mencionó, las preguntas no le dirán si digo la verdad, pero algo me dice que una parte de Rocco aquí que no es empática le dirá un infierno de mucho más.

—Queremos saber sobre la última vez que cazó a este vampiro, Marshall. ¿Está lista para volver a vivir eso?

Ni siquiera miré a Grimes; yo sólo sujetaba esa oscura mirada fija de mi compañero psíquico, porque sabía algo que el teniente probablemente no sabía de su sargento. Rocco estaba ansioso por probarme. Era parte del instinto masculino para ver quién es el perro más grande, pero era más que eso. Su poder estaba ansioso, como si él mismo tuviera un borde de hambre. No podía pensar en una forma educada para preguntar si su capacidad psíquica se alimentaba con los recuerdos que había recaudado. Si así fuera, si podía, entonces yo no era la única vampiro viva en Las Vegas.



SEIS

Rocco y yo bajamos nuestros escudos en la manera que otros se encogen de hombros en sus chaquetas. Los dos éramos profesionales; agradable.

—Llévanos a través del garaje. La sala de reuniones debe estar lista para la reunión. —Grimes le dijo a Hooper.

Hooper salió del punto de aparcamiento y maniobró alrededor de una puerta de garaje muy grande. Condujimos el SUV adentro, y de pronto pude ver por qué la puerta era tan grande.

Diría que el garaje estaba lleno de camiones, pero la palabra no les hacía justicia. Había visto el equipo que el SWAT de St. Louis tenía, y de repente me llené de envidia.

Todos salimos. Noté de forma periférica que había una zona con alfombra de ejercicio a la izquierda, pero sobre todo miré los vehículos. Reconocí un B.E.A.R. Lenco, ya que St. Louis tenía uno, pero el resto eran nuevos para mí. Había dos camiones más pequeños que parecían los

hermanitos del B.E.A.R., y probablemente lo eran, pero el resto, no tenía ni idea. Quiero decir, podía adivinar lo que hacían, pero no conocía los nombres. Tenían una de las RVs más grandes que había visto nunca. Sólo los vehículos eran intimidantes y extrañamente masculinos. Sé que la mayoría de los hombres hablan de sus coches favoritos como si fueran mujeres hermosas, pero no había nada femenino sobre cualquier cosa que se sentaba en ese garaje.

—Marshall Blake —dijo Grimes, con algo de fuerza.

Me giré y les miré, agrupados y girados hacia mí.

—Lo siento, Teniente, pero tengo un minuto de envidia por el equipo.

Sonrió.

—Si hay tiempo antes de salir, estaremos encantados de darle una visita.

—Se lo agradezco.

La puerta del garaje se bajó.

—Sus armas están seguras en la parte trasera del camión de Sonny.

—De acuerdo —dije.

Hizo un gesto.

—Sala de Reuniones entonces.

Asentí con la cabeza, y los seguí por el borde del área de ejercicio. Me di cuenta de los armarios de almacenamiento de color beige con cerraduras contra la pared. Las taquillas de las armas, me imaginé, y eventualmente encerrarían mis cosas, pero francamente, si los malos entraran aquí, estaba apostando por nosotros. La parte trasera del camión de Sonny era excelente.

La sala de reuniones era una sala bastante grande con largas mesas y sillas en filas. Había una pizarra en la parte delantera de la habitación. Todo era muy salón de clases. Los seis hombres que esperaban en la sala no parecían estudiantes, sin embargo. Nadie había llamado desde el camión, por lo tanto, o Rocco era incluso mejor psíquico de lo que pensaba, o habían planeado presentarme a sus profesionales desde el principio. No podía decidir si sentirme emboscada o si habría hecho lo mismo en su lugar. ¿Habría confiado en mí?

Todos tenían el mismo corte de pelo que el resto, como si fueran a la misma peluquería, pero tenía al alto y ceñido de Shaw para comparar, lo que significaba que todos tenían mucho pelo, era solamente corto. Todos eran altos, tal vez los más bajos tenían cinco con diez, los demás tenían seis

pies o más. Eran grandes de hombros, y el uniforme no podía ocultar que todo el mundo se ejercitaba. Pero eran SWAT, por lo que o se ponían en forma o perdían su puesto. La principal diferencia entre todos ellos era el color del pelo, los ojos y el tono de piel. Incluso allí de pie, sin hacer nada, estaban muy juntos, una unidad, un equipo. ¿Me sentía excluida? No. ¿Me sentía como si fuera la exhibición del día de mostrar y compartir? Un poco.

El Sargento Rocco entró en la habitación y me presentó. El Teniente y Hooper se quedaron junto a la puerta, ahora cerrada.

—Este es Davis, Davey.

Davey era rubio, con ojos azul claro y una hendidura en la barbilla que ayudaba a enmarcar una boca agradable. ¿Debería no haber notado la boca de Davey? Probablemente.

Le ofrecí mi mano, la tomó y la sacudió agradable y sólido. Dado que su mano era al menos dos veces el tamaño de la mía, era bueno que no dudara de la sacudida. Algunos hombres tienen grandes problemas con mis manos pequeñas, como si tuvieran miedo de romperme. Davey se mostró confiado en que no me haría daño. Bien.

—Este es Mercer, Mercy.

Mercy tenía el pelo castaño medio y ojos grandes, tan pálidos que no podía decidir si eran de color azul o gris. Mirándome mientras me estrechaba la mano, eran azules, pero era un color incierto, como si la luz los cambiara. Tenía un buen apretón de manos, también. Tal vez todos practicaban.

El pelo del siguiente hombre era casi del mismo color, pero era tan rizado que incluso el corte de pelo tan corto no podía ocultarlo por completo. Sus ojos eran de un puro, sólido marrón chocolate con leche. No habría cambio de color aquí.

Cuando fue presentado como Rusterman, habría esperado que su apodo fuera Rusty, pero no era así. «Spider».

Luché contra la tentación de preguntar: ¿Por qué Spider? y dejé que Rocco me moviera en la línea. El siguiente era Sánchez, coincidía con el nombre, pero se las arregló tan bien para verse como todos los otros hombres que era como mirar a Army Man, ahora en los nuevos hispanos. No era sólo que todos fueran altos y atléticos, sino que había una uniformidad en ellos, como si el que los contrató para la unidad tuviera un tipo que le gustara y se apegara a él.

El nombre de Sánchez era Arrio, y no estaba segura de si era su

verdadero nombre u otro apodo. No le pregunté porque, francamente, no me importaba. Me estaban dando sus nombres, y yo los tomé.

La mano de Sánchez en la mía dio una pequeña chispa, como una pequeña sacudida de electricidad cuando nos tocamos. Luchamos por no saltar, pero los demás se dieron cuenta, o tal vez lo sintieron. Estaba de pie en una habitación llena de psíquicos entrenados.

—La pinchaste, Arrio; practicante malo. Sin galleta —dijo Spider. Los otros hombres se rieron con esa risa masculina que las mujeres, incluso las mujeres poco femeninas, nunca pueden imitar.

—Lo siento, Marshall —dijo Sánchez.

—Sin daño, no hay castigo —dije.

Sonrió y asintió con la cabeza, pero estaba avergonzado. Me di cuenta de que el apretón de manos había sido una prueba no sólo para mí sino para todos. Así como los hombres ponían a prueba sus cuerpos en el entrenamiento con pesas, el campo de tiro, ejercicios, esto era una prueba, también. ¿Podrías reprimir lo que eres, de la mano con otro psíquico? Yo había conocido a un montón que no podrían haberlo hecho.

—Hay que trabajar en tu escudo de contacto, Arrio —dijo Rocco.

—Lo siento, Sargento, lo haré.

Rocco asintió con la cabeza y se traslado al siguiente hombre. Era Theodoros, sonaba y se veía muy griego, pero era «Santa», aunque Santa nunca lucia así cuando era una niña. Su pelo lacio y negro como el de Sánchez y el mio propio. Era proverbialmente alto, moreno y hermoso, si te gustaban los deportistas. Me preguntaba como demonios se había ganado el apodo de «Santa». En español era Santo, pero de alguna manera no creo que eso fuera a lo que se referían.

Santa no tenía ninguna dificultad para estrechar mi mano y no dejarme sentir otra cosa que un apretón de manos. Sería un motivo de orgullo para él y el último hombre. Sánchez lo había arruinado, trabajarían más duro por eso.

El último hombre también era étnico, pero no estaba del todo segura de qué raza. Su pelo corto era lo suficientemente rizado para ser afro-americano, pero el tono de piel y rasgos faciales no eran eso. También era alto, moreno y guapo, pero de una manera diferente. Sus ojos no podían decidir si eran de color marrón oscuro o negro. Estaban en algún lugar entre mi marrón oscuro y los casi negros de Rocco. Pero cualquiera que fuera el color, estaban enmarcados por unas cortas, pero extrañamente, muy

espesas pestañas, por lo que sus ojos parecían más grandes y más delicados de lo que eran, como algo bordeado de encaje negro.

—Moonus, Luna —dijo Rocco.

Nos sonreímos, nos sacudimos. Rocco me indicó que le siguiera al frente de la sala. Nos pusimos de pie delante de la pizarra. —Soy Cannibal —. Al igual que Spider, Cannibal me hizo preguntarme por qué ese nombre.

—Si hemos acabado de nombres y apodos, entonces yo soy Anita.

—Hemos oído que tienes un apodo —dijo Cannibal.

Le miré y esperé a que lo dijera.

—La Ejecutora.

Asentí con la cabeza.

—Los vampiros me llaman así, sí.

—Te ves un poco bajita para ser la Ejecutora —gritó Davey.

—Todo el mundo parece bajito para ti, Davis —dije—. ¿Qué tienes, seis-cuatro?

—Seis-cinco —dijo.

—Jesús, la mayoría de la población humana debe verse bajita para ti, a menos que estés en el trabajo.

Se rieron de él, y conmigo, lo que era bueno. El Sargento calmó la risa con un gesto y dijo:

—Hacemos uso de los apodos, Marshall; ¿Desea que utilicemos el suyo?

Le miré.

—¿Quiere decir que me llamen «La Ejecutora» en lugar de Anita o Blake?

Él asintió con la cabeza.

—No, infiernos no. En primer lugar, es demasiado largo para una señal de llamada. En segundo lugar, no es un nombre que haya oído decir de una manera feliz.

—¿Está avergonzada por el nombre? —Preguntó.

—No, pero es como Iván el Terrible. Dudo seriamente que alguien alguna vez lo dijera en su cara.

—Los vampiros lo dicen en su cara —dijo Cannibal, como si lo supiera a ciencia cierta. Tal vez lo hacía.

Asentí con la cabeza.

—A veces lo hacen, pero soy principalmente «La Ejecutora» cuando se

refieren a mi. Sólo dejan fuera el «el».

—Nosotros te podemos llamar verdugo —dijo.

Suspiré.

—Preferiría que no, Sargento. He tenido demasiados malos que me llamaban Verdugo mientras trataban de matarme. Ven el paquete y me llaman verdugo para burlarse de mí. Tan pequeña, tan delicada, que no parece mortífera.

—¿Y después que se burlan de ti? —Preguntó, la voz grave, los ojos estudiando mi cara.

Me encontré con su mirada.

—Luego mueren, Sargento, o yo no estaría aquí.

—Prometo no volver a llamarte bajita otra vez —dijo Davey.

Esto rompió el grave estado de ánimo, y estaba feliz de reír con todos los demás.

—Anita, entonces, sí sales con nosotros.

—El que me dejes ir con tu equipo depende de cómo vaya esta pequeña prueba, ¿no?

—Sí.

El Teniente Grimes habló desde la puerta, y todo el mundo se giró para prestarle atención. Era automático para ellos.

—Hay una gran cantidad de psíquicos en el mundo, Marshall Blake, pero no hay muchos que sean lo suficientemente poderosos como para ser útiles y lo suficientemente controlados como para estar en un tiroteo con usted. Tenemos que saber lo bueno que es su control, y exactamente qué tipo de psíquico es. Algunos tipos de habilidades chocan, y si choca con uno de los hombres en esta sala, vamos a asegurarnos de que no los pongan en el mismo equipo.

—Aprecio toda la reflexión que ha puesto en esto, Teniente, pero también sé que Cannibal aquí está probando a sus hombres a la vez que me prueba a mí. Él quiere saber si pueden permanecer en la habitación, mientras prueba mi poder y no se ven afectados. Sí, quieren saber si mi poder choca con sus hombres, pero también es otra prueba para sus propios practicantes.

—Hemos perdido a uno de ellos, Marshall. Uno de los mejores. Tenemos muy poco tiempo para ponernos al día, y para que nos ponga al día. Usted ha cazado a éste vampiro antes, y tenemos que saber lo que sabe.

—Está en los informes —dije.

Él negó con la cabeza.

—Las habilidades de Cannibal nos dirán si los informes eran exactos.

—¿Quiere decir, si he mentido? —Él sonrió y sacudió la cabeza.

—Si omitió algunas cosas, no mintió. Está saliendo con el amo de su ciudad, Marshall, vive con él, tenemos que saber si eso ha comprometido su lealtad.

—Gracias por la cortesía, Teniente. El último policía de las Vegas que preguntó, me acusó de follar con todo lo que se movía.

Grimes hizo una mueca de disgusto.

—Ninguno de mis hombres jamás habría dicho eso, pero me disculpo por el abuso de la hospitalidad de nuestra ciudad.

—Gracias, Teniente, lo agradezco.

—Mago era el segundo de Cannibal al mando de este equipo.

—Mago fue el hombre que perdió —dije.

Él asintió con la cabeza. —Tenemos que ver cómo encaja aquí, y tenemos quizás una hora para hacerlo, antes de tener que entregarla de nuevo a Shaw—. No Sheriff Shaw, me di cuenta, me pregunté si él había averiguado que me había insultado.

Caníbal habló, girándome de vuelta para mirarlo.

—Si fueras como nuestro verdugo y solamente usaras armas, trataríamos de encontrar tiempo para ponerte en el rango, pero son tus habilidades psíquicas las que se harán un lío con la mayoría. Siempre podemos alejar las armas, pero no podemos tomar el resto.

—Si no paso la prueba, entonces, ¿qué?

—No voy a poner en peligro a mis hombres —dijo Grimes—, si usted es el peligro, Marshall Blake.

—¿Y si la paso? —Pregunté.

—Entonces le ayudaremos a cumplir su orden —dijo Grimes.

—Si no pasas, hay otros cazadores de vampiros en la ciudad —dijo Cannibal—, los que no son lo suficientemente psíquicos para ser un problema.

—O bien tampoco son psíquicos suficientes para ser una ayuda —dije.

—Nosotros podemos ayudar —dijo Cannibal.

—¿Quién de ustedes siente a los muertos vivientes? —Pregunté.

—Ninguno de nosotros tiene un talento con los vampiros en particular, no.

Miré a los ojos oscuros de Cannibal cuando dije:

—Los muertos vienen en muchos sabores, no sólo vampiros, Cannibal. —Tomé ese pequeño paso más cerca de él, no del todo invadiendo su espacio personal. Hablé bajo—. Así como los vampiros vienen en diferentes sabores, también.

Cannibal sonrió, y de nuevo tuve ese destello de anticipación de él.

—Vamos a hacer esto, entonces.

—Vamos.

Más fuerte, para la sala, el Teniente y sus hombres dijo:

—¿Estás lista, Anita?

—¿Qué tan preparada quieres que esté?

—¿Qué quieres decir?

—¿Quieres que trate de mantenerte fuera, o quieres que colabore con tu pequeño acto de leer la mente?

—Me encantaría tratar de violar tu escudo en algún momento, pero no tenemos tiempo y el último psíquico que jugó aquel juego conmigo tuvo que ser sacado en una ambulancia.

—¿Eres tan bueno o tan malo? —Pregunté.

Uno de los hombres hizo un ruido, como ooh. No le hicimos caso.

—Soy bueno —dijo Cannibal—, a menos que pelees conmigo, entonces es malo para ti.

—Si tuviéramos tiempo te haría probar eso, pero no lo tenemos, así que voy a bajar mis escudos lo suficiente como para dejarte entrar, pero no voy a dejarlos caer por completo. Por favor, no trates de forzarlos a bajarlos por completo.

—¿Por qué no? —Preguntó.

—Debido a que no sólo puedo sentir a los muertos, a veces ellos pueden sentirme. Si bajas totalmente mis escudos, voy a brillar como un faro, y todos los vampiros en la zona sabrán que algo sobrenatural está en la ciudad. Prefiero no hacer publicidad muy fuerte todavía.

—No creo que estés mintiendo en eso, lo que significa que no estás exagerando.

—Trato de no exagerar, Sargento, la verdad es bastante extraña sin eso.

—Seré cuidadoso con tus escudos, Anita.

—Muy bien, ¿cómo hacemos esto?

—Sentándonos —dijo.

—En caso de que uno de nosotros caiga —dije.

—Algo así.

—Realmente crees que eres el psíquico más fuerte en esta habitación, ¿no? —Pregunté.

—Sí.

Me encogí de hombros.

—Muy bien, vamos a las sillas.

Los hombres nos entregaron una silla a cada uno. Nos sentamos uno frente al otro. Bajé los escudos un poco, como una puerta parcialmente abierta. No sólo podía sentir la energía de Cannibal tarareando por mi piel ahora, sino que había zumbidos y destellos y el calor de algunos de los otros hombres. Luché para no concentrarme en ellos, sólo para ignorarlos de la forma en que hacía con los fantasmas. Ignóralo y se va.

—Funciona mejor si te puedo tocar —dijo.

Le miré.

Él sonrió.

—Muy joven para ser tan cínica.

Le tendí la mano, aún con el ceño fruncido.

—Bien.

Él tomó mis manos entre las suyas, y sólo entonces bajó su propio escudo, sólo entonces llegó a mí con esa energía zumbante. Sólo entonces caí en la cuenta de que el toque hacía que todos los poderes de vampiro fueran peor, más, incluso si el vampiro en cuestión llevaba un uniforme y tenía un latido de corazón.



SIETE

Su poder fluyó a través del agujero en mi escudo como algo caliente y vivo. La energía de los cambiaformas era caliente, pero ésta mantenía un borde de electricidad, al igual que su piel no podía decidir si se sentía bien o hacía daño. La energía de los cambiaformas montaba el borde del dolor y del placer, pero este poder era cálido, casi reconfortante. ¿Qué demonios?

Sus manos se sentían más calientes en las mías de lo que habían sido hacía un momento, como si su temperatura fuera en aumento. Una vez más, seguía tratando de equipararlo con un licántropo, porque no era el tacto frío de la tumba.

Me di cuenta de que estaba mirando nuestras manos. Le estaba tratando como a un vampiro real. No le miras a uno a los ojos, pero eso fue hace años para mí. No había conocido a un vampiro que pudiera rodarme con su mirada en mucho tiempo. Un muy vivo vampiro psíquico no iba a ser capaz de hacerlo, ¿verdad? Así que ¿por qué no quería encontrar sus ojos? Me di

cuenta de que estaba nerviosa, casi asustada, y no podría haber dicho por qué. Excepto con alguien tratando de matarme, o mi vida amorosa, mis nervios eran firmes como una roca. ¿Entonces por qué el caso de los nervios?

Me obligué a apartar la mirada de sus manos en las mías y a mirarle a los ojos. Eran los mismos casi negros, las pupilas habían perdido el color, pero no eran ojos de vampiro. No había sangrado su color en fuego brillante en el conjunto de sus ojos. Eran ojos humanos, y él era un ser humano. Podía hacer esto, maldita sea.

Su voz parecía más baja, suave, de la forma en que ves a la gente hablar cuando están tratando de hipnotizar a alguien.

—¿Estás lista, Anita?

Fruncí el ceño.

—Sigue con esto, Sargento, el juego previo está siendo aburrido.

Él sonrió.

Uno de los psíquicos en la sala, no conocía sus voces lo suficientemente bien como para reconocer quien, dijo:

—Déjelo ser suave, Marshall, no quiere ver lo que puede hacer.

Encontré los oscuros, ojos de Cannibal, y dije la verdad.

—Sí, quiero ver lo que puede hacer.

—¿Estás segura? —Me preguntó, la voz todavía baja, suave, como si estuviera tratando de no despertar a alguien.

Hablé bajo, también.

—Tanto como tú quieres ver lo que puedo hacer.

—¿Vas a luchar?

—Hazme daño, y lo haré.

Él dio aquella risa que era más feroz que feliz.

—Bien. —Se inclinó hacia adelante, aproximándose hacia abajo toda la altura suplementaria de su cintura mucho más larga para traer nuestras caras cerca, y susurró—, muéstreme a Baldwin, muéstreme al operador que perdiste. Muéstreme a Baldwin, Anita.

No debería haber sido tan fácil, pero era como si las palabras fueran mágicas. Los recuerdos llegaron a la parte delantera de mi cabeza, y no pude pararlos, como si él hubiera iniciado una película en mi cabeza.

La única luz era la del barrido de las linternas por delante y por detrás. Como yo no tenía una luz, esto arruinó mi visión nocturna, pero en realidad no me ayudaba. Derry saltó por encima de algo, y miré hacia abajo para

encontrar que había cuerpos en el pasillo. El vistazo hacia abajo me hizo tropezar con el tercer cuerpo. Sólo tuve tiempo para registrar que se trataba de nuestro hombre, y el resto no. Había demasiada sangre, demasiado daño. No podría decir quién de ellos era. Estaba clavado a la pared con una espada. Parecía una tortuga sin caparazón, todo lo que la armadura había cuidado, arrancado, mostrando el rojo ruina la parte superior de su cuerpo. El escudo grande de metal estaba aplastado un poco más allá del cuerpo. ¿Estaba la parte inferior de Baldwin allí atrás? Había piernas saliendo de una de las puertas. Derry fue hacia allá, confiando en que los oficiales delante de él no hubieran dejado nada peligroso o vivo detrás de ellos. Era un nivel de confianza con el que tenía problemas, pero seguí. Me quedé con Derry y Méndez, como me habían dicho.

Me quedé sin aliento en la silla, mirando fijamente a Cannibal, sus manos apretadas en las mías.

—Eso no era sólo un recuerdo. Me pusiste de nuevo en ese vestíbulo, en ese momento. —Mi voz estaba tensa cuando lo dije.

—Necesitaba sentir lo que sentías, Anita. Muéstrame lo peor de esa noche.

—No —dije, pero una vez más, estaba de vuelta en la sala de más allá del vestíbulo. El vampiro que aún estaba vivo se encogió. Ella apretó la cara ensangrentada en la esquina detrás de la cama, las manos pequeñas extendidas como si quisiera evitarlo. Al principio parecía que llevaba guantes rojos, entonces la luz brilló en la sangre, y sabía que no eran guantes largos, que tenía sangre hasta los codos. Aún a sabiendas de que era, aún teniendo a Melbourne inmóvil en el suelo delante de ella, todavía Méndez no le disparaba. Jung estaba apoyada contra la pared, como si fuera a caer si no se concentraba. Tenía el cuello rasgado, pero la sangre no brotaba. Había perdido la yugular. Oigamos la inexperiencia.

—Dispárale —dije.

La vampiro gimió, como una niña asustada.

—Por favor, por favor, no me hagas daño, no me hagas daño. Él me obligó. Él me obligó. —Su voz sonó alta y lastimera.

—Dispárale, Méndez —dije por el micrófono.

—Ella está rogando por su vida —dijo, y su voz no sonaba bien.

Despegué los cartuchos de escopeta de la funda de reserva y los cargué en el arma mientras caminaba hacia Méndez y la vampiro. Ella seguía llorando, todavía rogaba.

—Nos hizo hacerlo, nos hizo hacerlo.

Jung estaba tratando de mantener la presión sobre la herida del cuello. El cuerpo de Melbourne yacía sobre un lado, una mano extendida hacia el vampiro servil. Melbourne no se movía, pero el vampiro se quedó inmóvil. Eso me parecía mal. Pero sabía exactamente cómo solucionarlo.

Tenía el arma recargada, pero la dejé oscilar hacia abajo a mi lado. A esta distancia, la recortada era más rápida, sin munición desperdiciada.

Méndez había apartado la mirada de la vampiro hacia mí, y luego más atrás a su Sargento.

—No puedo matar a alguien que está rogando por su vida.

—Está bien, Méndez, yo puedo.

—No —dijo, y me miró, sus ojos mostraban demasiado blanco—. No.

—Retrocede, Méndez —dijo Hudson.

—Señor…

—Retrocede y deja al Marshall Blake hacer su trabajo.

—Señor… no está bien.

—¿Estás desobedeciendo una orden directa, Méndez?

—No, señor, pero…

—Entonces, un paso atrás y deja al Marshall hacer su trabajo.

Méndez todavía dudaba.

—¡Ahora, Méndez!

Él retrocedió, pero no confiaba en él a mis espaldas. No estaba hechizado, ella no lo había rodado con sus ojos. Era mucho más simple que eso. La policía está capacitada para salvar vidas, no quitarlas. Si ella le hubiera atacado, Méndez le habría disparado. Si hubiera atacado a alguien más, él habría disparado. Si se hubiera visto como un monstruo delirante, habría disparado. Pero no parecía un monstruo cuando se encogió en un rincón, con las manos levantadas tan pequeñas como las mías, tratando de detener lo que se avecinaba. Su cuerpo pegado a la esquina, como el último refugio de un niño antes de que la paliza comience, cuando te quedas sin lugares donde esconderte y estás literalmente acorralado, y no hay nada que puedas hacer. Ni una palabra, ninguna acción, ni cosa que lo detenga.

—Vaya a apoyar a su Sargento —dije.

Él me miró, y su respiración era demasiado rápida.

—Méndez —dijo Hudson—, te quiero aquí.

Méndez obedeció la orden, como había sido entrenado, pero no dejaba de mirar hacia mí y al vampiro en la esquina.

Miró más allá de su brazo, y porque no tenía un elemento santo a la vista, ella era capaz de darme sus ojos. Estaban pálidos a la luz incierta, pálida y asustada.

—Por favor —dijo ella—, por favor no me hagas daño. Él nos obligó a hacer cosas terribles. Yo no quería, pero la sangre, tenía que tenerla. —Levantó la delicada cara ovalada hacia mí—. Tenía que tenerla. —La mitad inferior de su rostro era una máscara de color carmesí.

Asentí con la cabeza y preparé la escopeta en mis brazos, utilizando mi cadera y mi brazo en lugar de mi hombro como punto de apoyo.

—Ya lo sé —dije.

—No —dijo, y levantó sus manos.

Le disparé en la cara a menos de dos metros de distancia. Su rostro se desvaneció en un chorro de sangre y cosas más gruesas. Su cuerpo se sentó muy derecho durante el tiempo suficiente para apretar el gatillo en el centro de su pecho. Era pequeña, no había mucha carne en ella, tuve la luz del día con un solo tiro.

—¿Cómo pudiste mirarla a los ojos y hacer eso?

Me giré y encontré a Méndez viniendo hacia mí. Se había quitado la máscara y el casco, aunque yo estaba apostando a que estaba en contra de las normas hasta que saliera del edificio. Cubrí mi micrófono con la mano, porque nadie debía saber lo de la muerte de alguien por accidente.

—Ella le arrancó la garganta de Melbourne.

—Dijo que el otro vampiro la obligó a hacerlo, ¿es cierto?

—Tal vez —dije.

—Entonces, ¿cómo pudiste dispararle?

—Debido a que era culpable.

—¿Y quién murió y te hizo juez, jurado y ej…? —Se detuvo en mitad de la frase.

—Ejecutora, —terminé por él—. El gobierno federal y estatal.

—Pensé que eran los buenos —dijo.

—Lo somos.

Él negó con la cabeza.

—Usted no lo es.

Y a través de todo eso, pude sentir la energía de Cannibal como una canción que no te puedes sacar de la cabeza, pero podía sentir que esa canción estaba alimentando el dolor, el terror, incluso la confusión.

Empujé el poder, lo empujé lejos, pero fue como tratar de agarrar una

tela de araña cuando corres a través de ella. La sientes en tu piel, pero cuanto más la quitas, más encuentras, hasta que te das cuenta de que la araña está sobre ti ya, en alguna parte, fabricando la seda más rápido de lo que puedes conseguir sacarlo de ti. Tienes que luchar contra el deseo de entrar en pánico, simplemente empezar a gritar, porque sabes que está en ti, avanzando lentamente, lista para morder. Pero el recuerdo se desvaneció como bajar una radio, sigue ahí, pero podía pensar otra vez. Podía sentir las manos de Cannibal en las mías, y pude abrir los ojos, mirarle, verle ahora.

—Basta ya —dije con los dientes apretados.

—Todavía no, —empujó su poder en mí otra vez, era como ahogarse, cuando crees que has llegado a la superficie, sólo para que otra ola te golpeara en pleno rostro. Pero el truco para no ahogarse es no entrar en pánico. No le daría mi miedo. El recuerdo no podía hacerme daño, había vivido ya través de eso.

Traté de detener el recuerdo, pero no pude. Tiré de mis manos, todavía en las suyas, y obtuve un parpadeo de imagen, como cambiar de canales en Televisión. La breve imagen de él, su recuerdo.

Aparté mis manos y obtuve más, una mujer bajo sus manos, él la sujetaba hacia abajo. Ella se estaba riendo, luchando, no de verdad, y supe que era su esposa. Su pelo era tan oscuro como el suyo, y rizado como el mío. Se lanzó sobre la almohada, y se veía maravillosa en la seda de color rojo. La luz del sol se derramó sobre la cama cuando él se inclinó por un beso.

De repente estaba de nuevo en esa otra habitación, en la oscuridad con los muertos. Me giré, mis manos en las de Cannibal, acariciando con un dedo a través de su muñeca, justo donde la piel es más delgada y la sangre fluye cerca. Estábamos de nuevo en la memoria iluminada por el sol, y la seda de color rojo en sábanas de algodón, y una mujer que lo miraba como si fuera su mundo.

Sentí su cuerpo debajo de él, sentí lo mucho que la deseaba, lo mucho que la amaba. La emoción era demasiado fuerte, y, así sin más, me alimenté. Tirando de la emoción del momento.

Pero Cannibal no se dio por vencido; empujó hacia atrás, y yo estaba en mi habitación, en casa. La cara de Micah estaba por encima de mí, su ojos verde-oro a pulgadas de los míos, su cuerpo enterrado profundamente dentro del mío, mis manos trazando su espalda desnuda hasta encontrar la curva de su culo, por lo que podía sentir sus músculos trabajando,

bombeando dentro y fuera de mí.

Empujé el poder de vuelta a Cannibal, lo perseguí fuera de mi memoria, y nos encontramos de nuevo en su habitación iluminada por el sol. Tenían menos ropa ahora, y yo tenía una idea confusa de su cuerpo dentro de ella, y entonces él me echó. Hizo un gesto con las manos alejándose de las mías, y en el momento en que dejó de tocarme, se acabó, terminó. Estaba de vuelta en mi cabeza, con mis propios recuerdos, y él estaba de vuelta con los suyos.

Se levantó muy rápido y tiró su silla al suelo con un ruido fuerte. Me quedé sentada, me abracé, agrupándome en torno al sentimiento de su poder dentro de mí, rebuscando en mi cabeza, sin embargo, esto no describía cómo se sentía. Se sentía íntimo, y no era sobre sexo, sino que se trataba de tener su poder abriéndose paso en mí.

Cannibal fue al otro lado de la sala, mirando a la pared y dándome la espalda.

—Sargento Rocco —dijo el Teniente Grimes.

Oí la voz de Cannibal, pero no estaba lista para mirarle todavía, tampoco.

—Los informes son exactos. Ella sintió la pérdida de los operadores. Está cansada de matar.

—Cállate —dije, y me puse en pie, pero no tiré mi silla. Punto para mí —. Eso era privado. Ese último recuerdo no tenía nada que ver con la muerte de los dos hombres.

Se dio la vuelta, bajando los brazos, como si se hubiera estado abrazando a sí mismo, también. Me miró, pero vi el esfuerzo en su rostro.

—Mataste al vampiro que mató a Melbourne, la mataste mientras ella rogaba por su vida, y odiaste hacerlo, pero la mataste por él. Lo sentí, tomaste su vida porque ella tomó la de él.

—Tomé su vida porque estoy obligada por la mierda de la ley a tomarla.

—Sé por qué lo hiciste, Anita. Sé lo que sentías cuando lo hiciste.

—Y sé lo que estaba sintiendo en ese otro cuarto, Sargento. ¿Quieres compartir eso?

—Eso era algo personal, no del trabajo —dijo.

Me acerqué a él, más allá del Teniente. Los hombres estaban de pie, como si sintieran que algo iba a suceder. Me acerqué lo suficiente como para silbar en la cara de Rocco, un áspero susurro.

—Sobrepasaste los límites y lo sabes. Te alimentaste de mis recuerdos, de mis emociones.

—Tú te alimentaste de los míos —dijo. Mantuvo su voz tan baja como la mía. Técnicamente lo que habíamos hecho no era ilegal, porque la ley simplemente no había alcanzado el hecho de que pudieras ser un vampiro y no estar muerto. Por definición legal, ninguno de nosotros podía ser un vampiro.

—Tú empezaste —dije.

—Te llevaste mi habilidad y la utilizaste en mi contra —dijo. Hablaba bajo, pero no susurraba ahora. Comprendí, que teníamos que hablar sobre algo de lo que había sucedido.

—Si un vampiro usa una habilidad en mi contra, a veces, puedo tomarla prestada —dije.

—Explíquese, Cannibal —dijo Grimes.

Los dos le miramos, luego a los demás. Siempre he odiado tratar de explicar la capacidad psíquica a las personas que no la tenían. Nunca se traduce correctamente.

—Todo lo que puedo sentir, la mayoría de las veces, son recuerdos de violencia, miedo, dolor. Cuando Anita trató de detenerme, señaló un recuerdo mío, y no se trataba de violencia. ¿Cómo hiciste eso? —comenzó Cannibal.

—Si no era violencia, ¿De qué fue el recuerdo? —Preguntó Grimes.

Caníbal y yo intercambiamos otra mirada. Me encogí de hombros.

—Era personal, sobre mi familia.

Miró del Teniente a mí, y preguntó de nuevo.

—¿Cómo hiciste eso?

—En la vida real hago violencia, pero para cosas psíquicas hago otras cosas mejores. —Ahí, eso era lo suficientemente críptico, una cosa que no quería que la policía supiera era que yo era un súcubo. Lo único que mantenía a Cannibal de derramar los granos era que no quería que chismeara sobre él. Nos gustaría mantener entre nosotros los secretos, si fuésemos inteligentes.

Una mirada pasó sobre su rostro, como si estuviera tratando de decidir qué expresión mostrarme. —Ella me mostró amor, ternura, como la versión de chica de lo que puedo hacer—. Una vez más, había dicho la verdad, pero no demasiado.

—Has aprendido lo suficientemente rápido, Cannibal. El último

recuerdo que obtuvo de mí no se trataba de violencia, tampoco.

Él asintió con la cabeza.

—Así que tú echaste una ojeada a la mía y yo eché una ojeada a la tuya.

—Sí.

—¿Se asomó a qué? —Preguntó Grimes.

—A la gente que amamos —respondió Cannibal.

Grimes nos frunció el ceño de uno a otro.

—El hombre en su memoria no era un vampiro —dijo el Cannibal—. Pensé que estabas viviendo con el Maestro de tu Ciudad.

—Lo hago.

—Entonces, ¿quién es el hombre? Vi sus ojos, no eran humanos.

—Es un hombre leopardo —dije.

—¿No hay ningún hombre humano en tu vida?

—No —dije.

—¿Por qué no? —Preguntó.

Pensé en un montón de respuestas, pero me decidí por:

—¿Tú planeabas enamorarte de tu esposa?

Abrió la boca, luego la cerró, y dijo:

—No, se suponía que era una aventura de una noche. —Él no había querido decir eso en voz alta. Frunció el ceño, y la mirada fue suficiente—. Si fueras hombre, no sé lo que haría ahora mismo.

—¿Qué, me pegarías?

—Tal vez.

—Me arrastraste a través de una de las peores matanzas de mi pasado reciente, y te quedas ahí parado y yo soy una perra porque te hice recordar algo maravilloso.

Creo que estoy delante en puntos brownie kármicos aquí. Nunca intentes joderme la mente así de nuevo.

—¿O qué? —Preguntó.

—No puedo dispararte, pero si alguna vez me tocas y lo haces de nuevo, voy a averiguar algo muy desagradable para hacerte que sea tan legal como lo que has hecho conmigo.

Nos miramos airadamente el uno al otro. Grimes llegó a nuestro lado.

—Está bien, ¿Qué salió mal, Cannibal?

—Ella tomó mi poder y lo volvió contra mí. Lo tengo de vuelta, pero tuve que luchar por ello.

Los ojos de Grimes se abrieron, entonces me miró. Me miró de la forma

en que lo haría con un arma nueva, o con otro camión nuevo brillante para poner en su garaje de testosterona del infierno.

—¿Qué tan buena es?

—Buena —dijo Cannibal—, y controlada. Podríamos habernos herido de gravedad el uno al otro, pero ambos estábamos siendo cuidadosos. Honestamente, Teniente, si yo hubiera sabido que era así de poderosa habría sido más suave. Si ella hubiera tenido menos control de sus habilidades, es posible que hubiera tenido que acarrearnos a los dos al hospital.

Grimes siguió mirándome, como si recién acabara de verme, pero él habló con Cannibal como si yo no estuviera allí.

—Usted vio sus puntuaciones de tiro cuando se clasificó para la insignia.

—Sí, señor.

—¿Es tan buena psíquicamente como con un arma?

—Mejor —dijo Cannibal.

Grimes pareció complacido.

—Mejor, de verdad.

—Ya sabe, Grimes, que es un poco desconcertante tenerle mirándome directamente, pero hablando como si no estuviera aquí.

—Lo siento, de verdad, es inexcusable, pero nunca he visto a nadie haciendo que Cannibal se comporte así. Es el mejor profesional de su clase que tenemos.

—Sí, apuesto a que es el infierno sobre ruedas en un interrogatorio.

—Él recoge la información que nos ayuda a salvar vidas, Marshall Blake.

—Sí, he sentido cómo recoge su información, Grimes, y no me gusta.

—Te dije que si luchabas, podías salir lastimada —dijo Cannibal.

—No, dijiste que si luchaba para mantener mis escudos por lo que no podías pasar, que podrías hacerme daño. Te dejo entrar, y francamente, creo que lo que acabas de hacer es el equivalente a tener un invitado robando la plata.

—¿Me estoy perdiendo algo? —Preguntó Grimes.

—No, señor.

—Se está perdiendo el hecho de que no es psíquico y que está tratando de estar a cargo de hombres que lo son. No es nada personal, Teniente, pero si usted no tiene habilidades, entonces va a perderse las cosas.

—Yo no soy médico tampoco, Marshall, por lo que cada equipo tiene uno, más un técnico en medicina que sale en cada carrera. Puesto que hemos añadido a los profesionales de nuestros equipos, hemos salvado más vidas sin lesiones a cualquier persona involucrada que cualquier unidad en el país. No puedo entender todo lo que acaba de suceder entre usted y Cannibal, pero sí sé que si eres tan buena como él, entonces nos puedes ayudar a salvar vidas.

Yo no sabía qué decir a eso. Era demasiado sincero. Incluso podría tener razón, pero eso no cambiaba el hecho de que Cannibal me había jodido la mente y disfrutó alimentándose de mi dolor. Por supuesto, me alimenté de la energía de su recuerdo sexual con su esposa, y ambos nos alimentamos del recuerdo de Micah conmigo. ¿Había encontrado otra manera de alimentar al *ardeur*, o sin las habilidades de Cannibal nunca sería capaz de repetirlo otra vez? No lo sabía, y no estaba segura de que me importara.

Está cansada de matar, había dicho Cannibal. Ese fue el peor insulto de todos, porque tenía razón. Tenía seis años de sangre en mis manos, y estaba cansada. Todavía podía ver a la vampiro con sus manos ensangrentadas, rogándome que no la matara. Había soñado con ella durante varios días, despertando a Micah y a Nathaniel, teniéndolos acariciándome para dormir o turnándose para levantarse conmigo y beber interminables tazas de café y esperando el amanecer, o esperar hasta que fuera hora de prepararse para ir a trabajar, así podría levantar a los muertos o conseguir una nueva autorización y tal vez matar a alguien más.

Empujé todo de nuevo en esa parte de mí misma en donde empujaba toda la otra fealdad, pero lo que Cannibal había hecho lo había rastrillado hasta tener una cicatriz que comenzaba a sangrar de nuevo. Pensé que lo había superado pero no lo hice. Sólo traté de ignorarlo.

—Tenemos que llevarla con el Sheriff Shaw ahora, Marshall —dijo Grimes—, pero queremos llevarla al hospital, que le permitan ver a nuestros hombres. Todos nuestros profesionales, y todos nuestros médicos, han llegado con las manos vacías en lo que está mal con ellos. Confío en Cannibal, él está impresionado. No es fácil de impresionar.

—Estaría feliz de ir al hospital y verlos. Si puedo ayudar, lo haré.

Me dio todo el peso de sus ojos marrones sinceros, había peso en ellos. No era el poder psíquico, sino el poder. El poder de la fe, y una especie de pureza de propósito. Esta unidad SWAT era la llamada de Grimes, su

religión, y él era un verdadero creyente. Uno de esos seres aterradores cuya fe puede ser contagiosa, por lo que te encuentras creyendo en sus sueños, sus metas, como si fueran propias. La última persona que conocí que tenía ese tipo de energía había sido un vampiro. Había pensado que Malcolm, el jefe de la Iglesia de la Vida Eterna, había sido peligroso porque era un maestro vampiro, pero me di cuenta cuando me encontré con los ojos de color marrón sincero de Grimes que tal vez no hubieran sido los poderes de vampiro en Malcolm tampoco. Tal vez fue simplemente la fe.

Grimes creía en lo que hacía, sin dudas. A pesar de que era mayor que yo por más de una década, de repente me sentí vieja. Hay cosas que marcan tu alma, no con los años sino con sangre y dolor y las partes de sí mismo que vendes para conseguir a los chicos malos, hasta que finalmente te miras en el espejo y no estás seguro sobre qué lado estás. Llega un momento en que una placa no te hace el bueno, sólo te hace uno de los chicos. Necesitaba ser uno de los chicos buenos, o ¿qué diablos haría?



OCHO

Me había dirigido hacia los gabinetes de color beige de la pared y ahora me encontraba arrodillada frente a los armarios para armas mirando las tres bolsas intentando decidir que conservar conmigo. Estaba sola con Grimes, Hooper y Rocco. El resto de los hombres habían sido despedidos, aunque no se habían ido muy lejos. La mayoría de ellos simplemente se habían movido a la zona de levantamiento de pesas y comenzado a ejercitarse. Aparté mi atención de las bolsas para centrarme en el tintineo de las pesas y los pequeños ruidos que hace la gente cuando entrena. El gran espacio abierto parecía tragarse más ruido que la mayoría de los gimnasios, así que este era muy tenue.

Hooper habló sobre mi hombro.

—Espera, ¿Qué es eso?

—Dime a que te refieres y te lo diré —dije mirando hacia abajo a la bolsa abierta.

Se puso en cuclillas a mi lado y señaló.

—Eso.

—Es una granada de fósforo.

—No se parece a ninguna que haya visto nunca.

—Se basa en los modelos más antiguos.

Ahora tenía su atención. Todos ellos se pusieron en cuclillas o rodillas alrededor de la bolsa.

—¿Cuántos años tiene esa cosa? —Preguntó Hooper.

—No es vieja; en realidad es de nueva fabricación. Se trata de un arma especial.

—¿Qué tipo de arma especial? —Preguntó Grimes con sospecha en la voz.

—Una que entiende que el anticuado fósforo funciona mejor contra los nomuertos.

—¿Por qué es mejor? —Preguntó Hooper.

—No quiero que sean capaces de correr hacia el agua y largarse, quiero que los bastardos se quemen.

—¿Tiene el mismo alcance que los sistemas más antiguos? —Preguntó Rocco mientras me estudiaba con esos oscuros ojos.

Luché para mantenerle la mirada aunque deseaba mirar hacia otro lado. No me gustaba demasiado en ese momento.

—Realmente, no. No necesitas estar a 15 metros de distancia para no quedar frito junto a tu objetivo. Tiene una zona de peligro de unos tres metros, es más fácil lanzarla y conseguir apartarte. —Metí la mano en la bolsa y saqué una aún más pequeña—. Esta es de sólo un metro.

—El fósforo nunca se utilizó como una granada, eran marcadores —dijo Hooper.

—Sí, un marcador que si estabas a quince metros o menos, te dejaba vaporizado, o deseando estarlo. Vamos a llamar las cosas por su nombre, señores. Se trata de un arma.

—Fueron retiradas del servicio. No deberías de ser capaz de obtener nueva tecnología con ese material en ella —dijo Grimes.

—El gobierno ha hecho una excepción para los no-muertos y los cambiaformas.

—No he oído nada de eso. —Grimes sonaba como que lo hubiese oído si fuese cierto.

—Gerald Mallory de Washington DC, cabeza de los caza vampiros,

impulsó un proyecto de ley que permitía conseguir armas especiales para nosotros. Tuvimos un par de Marshalls de lo sobrenatural que fueron asesinados cuando las granadas más modernas se humedecieron.

—Escuché algo sobre eso —dijo Grimes—. Los vampiros los quemaron vivos y lo grabaron.

—Sí —dije—. Lo colgaron en YouTube antes de que pudiesen ser atrapados. Sirvió para conseguir una orden contra ellos y juguetes nuevos para nosotros.

—¿Viste la grabación? —Preguntó Rocco, y de nuevo hubo demasiado peso en su mirada. Yo la mantuve, pero estaba deseando apartarla. Se podría pensar que me sentía incómoda con él ahora. ¿Quién yo? No.

—No, —contesté.

—¿Por qué no? —Preguntó.

Esperaba que Grimes le pidiese que se detuviese, pero nadie vino a mi rescate. Estaba bastante segura de que todavía me estaban probando. Algo de lo que había hecho en la otra habitación con su cabeza síquica les había hecho volverse más conscientes de mí.

Cambié mi mirada hacia Grimes para responder.

—He estado allí, he hecho eso, no necesito la muestra.

—Explícate —dijo Grimes.

—He visto a personas quemadas vivan antes, Teniente; no tenía ganas de verlo otra vez. Además una vez que lo has visto y olido en persona, una grabación realmente no se puede comparar. —Sabía que mi mirada se había vuelto un poco enfadada, tal vez incluso hostil. No me importaba. No estaba aquí para una entrevista, estaba aquí para hacer mi trabajo.

Volví mi atención al contenido de la bolsa.

—No van a permitirte acercarte a homicidios con explosivos —dijo Grimes.

—¿Ni siquiera uno pequeño? —Hablé sin levantar la mirada.

—Lo dudo —dijo.

—Los dejaré aquí entonces —dije, y empecé a sacar las cosas que pensé que podrían permitir que llevase.

Coloqué las armas extendidas en fila en el suelo. La escopeta Mossberg 590A1 Bantam; la recortada que había fabricado a partir de una Ithaca 37; la Heckler&Koch MP5, mi ametralladora favorita; mi Smith&Wesson's MP9c. Todavía llevaba la Browning BDM que había remplazado a mi Browning Hi-Power para llevar oculta. La BDM tenía menos salientes que

pudiesen engancharse en la ropa. Aunque, honestamente, la S&W era la mejor de las tres para llevar oculta, pero entonces era una de los huecos que era construido para llenar. A continuación saqué los cuchillos. El machete, que era mi favorito para la decapitación, en su mayoría pollos, pero lo había usado contra vampiros una o dos veces. Los dos cuchillos más pequeños, que iban guardados en las vainas de mis muñecas, tenían un mayor contenido en plata que un cuchillo normal. También estaban equilibrados para mis manos. Los puse en el suelo, dentro de sus fundas personalizadas, preparadas para mis antebrazos, musculosos pero delgados. Tenía otro cuchillo extra que tenía un tamaño intermedio que había empezado a llevar desde que me hacían llevar chaleco. Encajaba entre las correas de velcro del sistema MOLLE del chaleco.

Munición extra, metida en cargadores para cada arma. Me gustaba llevar por lo menos dos para cada arma de fuego. Tres sería mejor, pero era una cuestión de espacio. Para la escopeta, tenía un cargador unido a la culata de la Mossberg que contenía cartuchos extra. Aparte tenía también una caja de cartuchos para escopeta.

Lo último fueron dos estacas de madera y un pequeño martillo. Eso era todo lo que podía llevar sobre mí o en la mochila.

—Esas no son muchas estacas de madera —dijo Hooper.

—No uso las estacas a menos que sea para una ejecución en el depósito de cadáveres, ya que es uno de los métodos legales aprobados para la ejecución de una orden. Pero, realmente, lo único que hay que hacer es acabar con el corazón y la cabeza, incluso en la morgue. La mayoría de los verdugos utilizan cuchillos o estacas de metal; estas atraviesan carne y huesos más fácil que la madera.

—¿No usas estacas cuando cazas? —Preguntó Grimes.

—Casi nunca —dije.

Los tres hombres intercambiaron una mirada.

—Creo, por esa mirada, que su verdugo local era un hombre de estaca y martillo.

—Nos dijeron que la mayoría de ustedes lo son —dijo Grimes.

Sonreí y sacudí la cabeza.

—Esa es la línea oficial, Teniente, pero confía en mí, la mayoría de nosotros somos hombres de bala de plata y cuchillos.

—Tony no creía que un vampiro estaba realmente muerto hasta que era estacado —dijo Rocco.

Cogí la Mossberg.

—Todo lo que tienes que hacer es tener el corazón y la cabeza. Confía en mí, cada una de estas armas hace su trabajo.

—¿Incluso la Smith and Wesson? —Preguntó Rocco.

—Necesitaría volver a cargarla, pero con el tiempo, sí.

—¿Cuántas veces tendrías que volver a cargarla? —Preguntó Grimes.

Miré hacia la Smith & Wesson.

—La Browning tiene que ser recargada dos veces, y hace aproximadamente el doble de daño que la Smith&Wesson, así que probablemente tendría que volver a cargarla cuatro veces, pero podría hacerlo. Un desperdicio de munición, sin embargo. —Levanté la Mossberg —. Las escopetas y el MP5 son mis preferidas para una ejecución real, pero puedo hacerlo con casi todo mi equipo. —Miré hacia abajo—. En realidad no sería fácil decapitar a alguien con alguno de estos cuchillos de muñeca, pero llegan al corazón de la mayoría de los vampiros.

Dejé la escopeta y abrí otra de las bolsas. Tenía mi chaleco y mi casco. Realmente odiaba el casco, incluso más que el chaleco. Me enfrentaba a cosas que podían separar mi cabeza de mi cuerpo, por lo que el casco me parecía un poco inútil, pero era parte del nuevo SOP creado para nosotros. No podía esperar para ver lo que nos harían llevar después.

—Así que sólo llevas las estacas porque insisten en que lleves algunas —dijo Grimes.

—Sigo las reglas, Teniente, incluso aunque no esté de acuerdo con ellas.

—No veo ninguna estaca de metal —dijo Hopper.

—No estaco fuera de la morgue si puedo evitarlo, confío más en las armas. —Me quité la chaqueta y comencé a quitarme la funda de mi arma de los hombros. No cabría bajo el chaleco, o más bien, no podría llegar al arma una vez que tuviese puesto el chaleco.

—Espera —dijo Grimes.

Me giré y le miré.

—Aparta el pelo de tu espalda, por favor.

Aparté el pelo que me llegaba casi hasta la cintura para que pudiese ver mi espalda. Sabía lo que había visto.

—Ese cuchillo es casi tan largo como tu distancia desde el cuello a la cintura —dijo—, y has estado usándolo todo este tiempo.

—Sí. —Dejé caer mi pelo de nuevo, y como si fuese magia, el cuchillo

quedó casi invisible. Agrega una chaqueta, o una camisa gruesa, y lo ocultaría por completo.

—¿Guardas más sorpresas sobre ti, Marshall Blake? —Preguntó.

—No.

—¿Es fácil de sacar?

—Lo suficientemente fácil como para haberle hecho fabricar este mismo diseño de funda tres veces para poder seguir llevándolo de esta manera.

—¿Por qué necesitaste fabricarlo de nuevo? —Preguntó Rocco.

—Por los viajes a la sala de urgencias, siempre cortan todo si no estás en condiciones físicas lo suficientemente buenas para impedírselo.

—¿Cómo conseguiste las cicatrices del brazo? —Preguntó Hooper.

Miré mis brazos, como si acabase de darme cuenta de que las viejas lesiones estaban ahí. Toqué el montículo de tejido cicatrizal de mi codo izquierdo—. Vampiro. —Toqué las finas cicatrices que se iniciaban justo debajo de él—. Bruja cambiaformas. —La cicatriz por quemadura en forma de cruz que estaba desfigurada por otras cicatrices, por lo que la cruz estaba un poco torcida—. Siervos humanos de un vampiro. Me marcaron, pensaron que era divertido. —Cambié hacia mi brazo derecho—. Pelea con cuchillos con el siervo de un maestro vampiro. —Desabroché la correa para poder sacar la funda de la pistola de mi hombro, luego sujeté la funda de la pistola con la mano en la que todavía tenía el cuchillo y utilicé la otra mano para bajar la camisa por el hombro—. El mismo vampiro que hizo polvo mi codo rompió mi clavícula. —Aparté la camisa para enseñar la pequeña cicatriz en ella—. La novia del chico malo me disparó. —Luego sonreí, porque ¿Qué otra cosa podía hacer?— Tendríamos que ser mejores amigos para enseñarte el resto de las cicatrices.

—¿Vas a ponértelo? —Preguntó Grimes.

Grimes y Hooper parecían un poco incómodos, pero Rocco no. Habíamos pasado el punto en que una pequeña insinuación nos podía avergonzar. Habíamos visto demasiado de la vida privada del otro para desconcertarnos. Había sido un extraño instante de intimidad el que lo había provocado. No me gustaba demasiado. No podía decir cómo se sentía Rocco con eso. Él no habría querido que les pillase a él y a su esposa, de eso estaba segura.

Empecé a ponerme el chaleco.

Le miré por encima del cuello del chaleco; todavía no había fijado el

velcro.

—Pensaba hacerlo, ¿Por qué?

—A menos que el vampiro que estás cazando esté con el Sheriff Shaw, lo único que vas a hacer ahora es ir a hablar con él.

—¿No me dejarán usar el equipo completo en la comisaría? —Pregunté.

—Si llevas todo esto, no te dejarán pasar. Nunca conseguirás entrar en la sala de interrogatorios vestida para la batalla —dijo Rocco.

Suspiré y saqué el chaleco por mi cabeza.

—Bien, odio el chaleco y el casco de todos modos. Los llevaré en una bolsa.

—El chaleco y el casco salvan vidas —dijo Grimes.

—Si yo no me dedicase a cazar cosas que podrían pelar el chaleco como una cebolla y aplastar el casco, con mi cabeza dentro, como una cáscara de huevo, estaría de acuerdo. Me encanta tener una insignia y ser parte del Servicio de Marshalls, pero el que está creando las reglas nos hace llevar un equipo como si estuviésemos cazando seres humanos. Confía en mí, lo que vamos a cazar aquí, en las Vegas, no es humano.

—¿Qué te pondrías si tuvieses elección? —Preguntó Grimes.

—Tal vez algo que detenga los cortes. No hay nada lo suficientemente bueno contra un ataque punzante todavía. Pero de verdad, preferiría llevar las armas y dejar el equipo de protección en casa si voy a ir sola. Me muevo más rápido sin el chaleco, y la velocidad puede salvar mi vida más que el chaleco.

—¿Tienes dificultad para moverte con el equipo completo? —Preguntó Grimes.

—Esta maldita cosa pesa unos veintidós kilos.

—¿Qué es aproximadamente la mitad de tu peso corporal?

Asentí.

—Aproximadamente, peso cerca de los 50Kg.

—Eso sería como poner un chaleco de 45Kg. a cualquiera de nosotros. No seríamos capaces de movernos adecuadamente.

Hooper fue el siguiente en preguntar.

—¿Cómo de mal te mueves con el chaleco?

—No sé lo que está pasando con ustedes, chicos. Sigo esperando que me lleven al hospital para ver a su hombre, o con Shaw para que esto empiece, y ustedes se dedican a interrogarme.

—Estamos a punto de confiar en ti con nuestras vidas en una caza que ya ha matado a tres de nuestros hombres. La prisa no los traerá de vuelta. Ni tampoco despertará al hombre en el hospital. La prisa hará que más miembros de mi equipo acaben muertos, y eso no es aceptable. Tú eres una profesional fuerte y controlada, pero si apenas puedes moverte cuando llevas el equipo completo, vas a ser un obstáculo, no una ayuda.

Miré a la cara seria de Grimes. Él tenía razón. El chaleco era muy nuevo, y cuando no estaba trabajando con el SWAT, hacía lo posible por no usarlo, pero no porque no pudiese moverme con él.

Suspiré de nuevo, dejé mi chaleco con mi otro equipo y me dirigí hacia la zona de pesas. Los hombres se estaban ejercitando, pero también nos estaban mirando. Fui hasta el banco de pesas donde el alto, moreno y guapo Santa estaba tumbado. Mercy, el de cabello liso castaño lo estaba vigilando, lo que significaba que las pesas eran pesadas para el tipo grande. Tanto Santa como Mercy tenían que pesar sobre los 90Kg. la mayor parte músculo. Observé los brazos de Santa hincharse con el esfuerzo de empujar la barra arriba y abajo sobre su pecho. Las manos de Mercy se movían cerca, y al final tuvo que guiar la barra. Eso significaba que el ejercicio estaba cerca del límite del otro hombre.

—¿Me dejan un minuto? El Teniente quiere saber si voy a entorpecerlos.

Los dos hombres intercambiaron una mirada, y luego Santa se sentó, sonriendo.

—Dinos que peso quieres y nosotros te lo pondremos.

—¿Cuánto pesa ahora?

—Ciento veinte, estaba haciendo repeticiones, —tuvo que añadir al final, para que no pensase que era el máximo que podía levantar. Cosas de chicos, lo sé.

Me quedé mirando a las pesas, pensando. Estaba a punto de hacer algo que a los chicos les encanta y que yo odio. Sabía que podía levantar eso; lo había hecho en casa. Gracias a las marcas de vampiro y a los diferentes tipos de licantropía en mi cuerpo, podía hacer cosas sorprendentes incluso para mí. No había sido tan fuerte el suficiente tiempo como para que hubiese perdido la novedad. Pero nunca se lo había mostrado a policías humanos antes. Dudé, pero era la forma más rápida que se me ocurría para demostrar mi punto.

Los otros hombres habían empezado a reunirse alrededor. Mercy se

dirigió hacia los pesos.

—¿Qué peso quieres, Blake?

Le hice un gesto con la mano.

—Este servirá.

Intercambiaron una mirada, todos ellos. Alguno incluso sonrió. Santa se puso de pie y señaló el banco como si dijera: es todo tuyo.

Fui a la parte posterior del banco. Mercy se apartó de mi camino. Los otros se movieron para dejarme espacio. Sabía que podía tumbarme en el banco y les impresionaría, pero sabía que había algo que les impresionaría aún más, y estaba cansada de que se dudase de mis credenciales. Quería pasar la prueba y empezar con la caza del vampiro antes de que oscureciera. Lo que necesitaba era algo lo bastante espectacular.

Puse mis manos sobre la barra y separé las piernas lo bastante como para conseguir una buena postura. Sabía que era lo suficientemente fuerte como para levantarla, pero mi masa no era lo suficiente como para contrarrestar, así que tenía que depender de otros músculos para mantenerme firme y en posición vertical, mientras mis brazos hacían el otro trabajo.

Puse mis manos en la barra, trabajando mi postura.

—Son 120Kg. Blake —dijo Santa.

—Lo escuché la primera vez, Santa. —Elevé la barra, tensando mi estómago y músculos de las piernas para que me sostuvieran mientras me inclinaba.

Conseguir una curvatura lo suficientemente controlada era la parte difícil, pero lo conseguí. A continuación la bajé de nuevo con un pequeño tintineo.

Mi respiración se había vuelto un poco jadeante, y todo mi cuerpo bombeaba sangre, incluso escuché un pequeño rugido en mis oídos, lo que significaba que no debería intentar levantar tanto peso otra vez. No debería pero… Se hizo un silencio absoluto entre los hombres, como si se hubiesen olvidado de respirar.

Puse mis manos en mi cintura y luché por controlar mi respiración, todo sería en vano si parecía mareada o inestable ahora.

—Oh, Dios mío —dijo alguien.

Miré al Teniente y a los Sargentos que se encontraban al borde de la colchoneta.

—Puedo cargar con mi propio peso, Teniente.

—Demonios, puedes cargarme a mí —dijo Mercy.

—¿Cómo hiciste eso? No hay suficiente de ti para levantar tanto peso —dijo Santa.

—¿Podrías hacerlo de nuevo? —Preguntó Grimes.

—¿Te refieres a que lo repita? —Pregunté.

Asintió.

Sonreí.

—Quizás, pero prefiero no intentarlo.

Puso una expresión que era casi una sonrisa, luego sacudió su cabeza.

—Responde la pregunta de Santa, Anita.

—Has escuchado los rumores. Demonios, me investigaste antes incluso de que me bajase del avión.

—Tienes razón, lo hice. Así que realmente eres el sirviente humano del Amo de tu ciudad.

—Eso no me haría tan fuerte —dije.

—Vi tu historial médico —dijo.

—Y —dije.

—Eres un milagro médico.

—Eso dicen.

—¿Qué? —Preguntó Santa, mirando de uno al otro.

—Así que realmente tienes cinco tipos diferentes de licantropía, pero no cambias.

Asentí.

—Sí.

—Espera —dijo Santa—, eso no es posible.

—En realidad —dijo Grimes—, ha habido tres casos documentados en los Estados Unidos, así que serías la cuarta. En todo el mundo ha habido treinta. Gente como tú es lo que dio la idea para las vacunas para la licantropía.

Alguien debió de haber hecho un movimiento, porque Grimes dijo:

—Sí, Arrio.

—¿Su licantropía es contagiosa?

—Anita —dijo.

—Los cambiaformas sólo son contagiosos en su forma animal, y yo no tengo forma animal, así que no.

—¿Estás segura? —Preguntó.

—No al cien por cien. No deberías beber mi sangre, y si tienes un corte,

probablemente no quieras sangre sobre él.

—Pero tienes cinco tipos diferentes en tu sangre, ¿verdad? —Preguntó Santa.

—Sí —dije.

—Entonces si sangras sobre mí, no obtendría una sola, sino todas ellas, o ninguna ¿No es cierto?

Asentí.

—Sí.

—¿Sería capaz de hacer lo que has hecho?

—Ya puedes hacer lo que he hecho.

Sacudió la cabeza, frunciendo el ceño.

—Me refiero a ser capaz de levantar más del doble de mi peso corporal, lo que sería entre 300 y 320Kg.

—He visto a un cambiaformas de cerca de tu tamaño que puede hacerlo, pero yo no soy tan fuerte como un cambiaformas real. Si lo fuera podría hacer repeticiones fácilmente, y no puedo.

—¿Así que un cambiaformas de tu tamaño sería aún más fuerte? —Preguntó Davey, el alto y rubio con la bonita boca.

—Absolutamente. —Miré hacia el Teniente—. Eso es a lo que me refiero con lo del chaleco y el casco. Simplemente no te protegerá de ese nivel de fuerza.

—Te protegerá si recibes un golpe en el pecho o en la cabeza.

—De algunos.

—Vas a llevar el equipo completo cuando vayas con nosotros, Anita.

—Tú eres el jefe.

Sonrió.

—Los informes dicen que no aceptas muy bien las órdenes.

—No lo hago.

—Pero yo soy el jefe.

—Para los hombres de esta unidad lo eres, y si quiero trabajar contigo eso significa que eres el jefe.

—Tienes una insignia federal. Podrías intentar ser el jefe.

Me reí.

—He visto la forma en que los hombres reaccionan a ti. Podría tener una docena de placas federales que ninguno de estos chicos me verán como su jefe.

—Se te permitirá tener todas tus armas en la comisaría si quieres

restregar algunas caras.

—Estoy intentando hacer amigos aquí, no enemigos.

—Entonces eres el federal más cortes que ha pasado por aquí en bastante tiempo.

Me encogí de hombros.

—Sólo quiero empezar la caza de estos vampiros antes de que oscurezca. Dime lo que tengo que hacer para que esto suceda y lo haré.

—Recoge tu equipo. Te llevaremos con Shaw.

—¿Me pongo mi equipo o sólo lo llevo?

—¿Estas pidiendo mi opinión?

—Sí.

—No llevarlo puesto es menos agresivo, pero también pueden verlo como una debilidad.

—Si te pidiese que me llevases a la escena del crimen, ¿lo harías?

—No.

Suspiré.

—Está bien, llévame con Shaw. Permitámosle que me examine también.

—¿Por qué eso suena sucio? —Preguntó Santa.

—Porque todo te suena sucio —dijo Mercy.

Santa sonrió.

—No todo.

—¿Por qué te llaman Santa? —Pregunté.

Me dirigió una sonrisa.

—Porque se quien es malo y quien es bueno.

Le eché un vistazo.

Hizo el saludo de los Boy Scouts.

—De verdad.

—No está mintiendo —dijo Spider, el de pelo castaño rizado.

Agité mis manos, como si limpiara el aire. —Bien, lo que sea que signifique. Vamos—. Comencé a caminar hacia Grimes, Rocco y Hooper y hacia mi equipo.

Mercy gritó lo suficiente fuerte para que yo le oyera.

—Dinos, Santa, Blake es mala o buena.

Sentí un escalofrío por la espalda. Eso me hizo girar y mirar hacia Santa.

—Permití a Cannibal atravesar mis escudos; tú no entrarás.

Santa tenía una expresión en su rostro, como si estuviera escuchando cosas que los demás no podíamos oír. Parpadeó y me miró, con los ojos un poco fuera de foco, como si hubiese tenido que entrar muy profundo dentro de sí mismo.

—No puedo pasar sus escudos.

—Vamos, Blake —dijo Mercy—. ¿No quieres saber si eres mala o buena?

—Soy mala, Mercer, he matado a demasiada gente para ser buena. —No esperé para ver su reacción. Me giré y me dirigí hacia mi equipo. Lo recogería e iríamos a ver al Sheriff Shaw. Tal vez debería tomarle la palabra al Teniente Grimes de que estaría bien, pero recordando la mirada en el rostro de Shaw cuando se marchó, dudé. Apreciaba su cuidado profesional, pero si esto continuaba así, se haría de noche antes de que pudiese hacer mi trabajo, y no quería cazar a Vittorio en la oscuridad. Me había enviado la cabeza del último caza vampiros que había intentado matarlo, apostaba que estaría encantado de cortármela a mí también y enviársela a alguien.



NUEVE

Una hora después todavía no había visto la escena del crimen. ¿Por qué? Porque todavía estaba sentada en una pequeña mesa en la sala de interrogatorios. Puedes ver a todos los CSI que quieras, pero la sala de interrogatorios de las Vegas era como todas las demás que había visto. El cristal y el espacio abierto era para que las cámaras pudiesen trabajar y que pareciese estupendo. En la vida real, era como todas las demás habitaciones: pequeña, sucia, pintada de un pálido y siempre ligeramente extraño color, como si en alguna parte hubiese una lista de colores adecuados para las salas de interrogatorios y para ninguna otra parte. No se permitían armas en las salas de interrogatorio, así que tuve que guardar todo en un casillero. El hecho de estar completamente desarmada me ponía un poco nerviosa, independientemente de la situación, eso habla mal del estado de mi mente. No era que pensase que Shaw o algún otro fuese a atacarme, sólo que me gusta estar armada, especialmente en una ciudad

donde sabía que un vampiro tenía la mira puesta en mí. Shaw me había pedido que respondiese a algunas preguntas acerca de la última vez que había cazado a Vittorio. No había comprendido que realmente me iba a tratar como a una sospechosa. Había pensado que sería hablar con otro policía y contarle lo poco que sabía de Vittorio. En lugar de eso estaba siendo interrogada, y no en el buen sentido.

Shaw se apoyaba contra la puerta, sus grandes brazos cruzados sobre el pecho. Había tirado el sombrero sobre la mesa hacía un tiempo. Me estaba dirigiendo su mirada más dura, y era una buena mirada, pero yo sabía que no trataría de matarme. Últimamente, mientras que la muerte o la angustia no estuviesen involucradas, podían mirarme tan duro como quisieran que yo ni me inmutaría.

—Háblame de la última vez que trataste con este chupasangre —dijo.

—Ya te lo he dicho, dos veces.

—No, eso es lo que estaba en los informes. Quiero saber lo que dejaste fuera.

—Tenía a los SWAT con nosotros, Shaw, coteje sus informes con los míos.

—He hecho eso, pero no me refiero al asalto final al piso. Quiero saber lo que tú y tu novio vampiro han mantenido en secreto.

Pensé en ello durante unos instantes y luché contra el impulso de frotarme el cuello.

—Lo único que probablemente no aparece en el informe es el hecho de que Vittorio puede esconderse de los Amos de la Ciudad.

—¿No pueden todos los poderosos hacer eso?

—No, los Amos de la Ciudad, especialmente, tienen la habilidad de recoger la energía de otros vampiros poderosos que cruzan su territorio. Para alguien tan poderoso como Vittorio, el ser capaz de ocultarse a todos los vampiros de St. Louis, incluyendo al Amo de la Ciudad, es absolutamente inusual.

—Y pensé que el viejo Max estaba mintiendo.

—¿Tu Amo de la Ciudad no le ha sentido tampoco?

—Dice que no lo ha hecho. —Otra vez la duda estaba clara en su voz.

—No está mintiendo —dije.

—O tú estás mintiendo por él —dijo Shaw.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa lo que he dicho.

—Vine aquí para ayudar.

—Viniste aquí porque un asesino en serie vampiro ha escrito tu nombre en un muro con la sangre de nuestros hombres. Estas aquí porque el hijo de puta te ha enviado la cabeza de nuestro verdugo. Necesito saber lo que hiciste para que este tío haya hecho algo como esto.

—Yo le cazé, y se escapó. Eso es todo.

—Al principio la policía de St. Louis dijo que lo tenían, pero tú dijiste que lo habían perdido. ¿Cómo sabías que no era uno de los vampiros muertos si nunca lo habías visto?

—Porque nada de lo que murió en ese apartamento era lo suficientemente poderoso para hacer todo lo que él había hecho. Si Vittorio hubiese estado en ese piso, más de nosotros habríamos muerto.

—Perdiste a tres hombres, también.

—Créeme, si Vittorio hubiese estado allí, habría sido mucho peor.

—¿No es lo bastante malo el que haya matado a tres de nuestros hombres y mandase al resto al hospital? —Preguntó.

—Puse en mi informe que pensaba que iba a aparecer de nuevo. Es un asesino en serie, el ser vampiro no cambia tanto la patología. La mayoría de los asesinos en serie siguen matando; no pueden, o no quieren detenerse hasta que mueren o son capturados.

—El asesino BTK se detuvo durante años —dijo Shaw.

—Sí. Vendas, tortura, asesinato, siempre había odiado ese apodo. El hecho de que hubiese podido canalizar el impulso de asesinar criando niños y siendo el monitor local por cuan alta es la hierba, ha desconcertado a muchos criminólogos. Todo el mundo pensó que estaba muerto o en la cárcel por algún otro cargo cuando se detuvo. Nos enseñó que los asesinos en serie no pueden detenerse durante veinte años. Se pueden detener por un tiempo, o hasta que la presión se acumula de nuevo, pero no décadas. El hecho de que él haya podido detenerse significa que otros pueden parar, si quieren hacerlo, o significa que para él se trata de control. Sólo era un asesino sexual para nosotros, pero para él era cuestión de control, y una vez que tuviese control suficiente en otras partes de su vida, podría parar.

—Hablas como si hubieses pensado en ello —dijo.

—¿Tú no? ¿No lo hacen todos los policías? Quiero decir, el asesino BTK ha tirado un montón de nuestras teorías tradicionales sobre esos tipos al retrete. Es por su culpa que sabemos menos de estos dementes de lo que sabíamos antes.

—Hablas como un policía —dijo.

—Pareces sorprendido, —contesté.

—Supongo que lo estoy. Digamos que he escuchado algunas opiniones interesantes sobre ti.

—Apuesto a que sí.

—No pareces sorprendida.

—Se lo dije por teléfono, soy una chica en un trabajo de hombres. Eso hace que los chismes se muevan rápido. Además estoy saliendo con un vampiro, y aunque legalmente no se pueda ir contra mí, no impide que los otros policías me odien por ello.

—No sólo estás saliendo con un vampiro, Blake.

—¿Entonces?

—Estás viviendo con él, ¿O vas a negar que te has mudado con el Amo de tu ciudad?

—¿Por qué iba a negarlo?

Entrecerró los ojos hacia mí.

—No te avergüenzas de ello, ¿verdad?

—Uno nunca debe de avergonzarse de amar a alguien, Shaw.

—¿Lo amas, a un vampiro?

—Son ciudadanos legales ahora, Shaw. Tienen tanto derecho a ser amados como los demás.

Una expresión de disgusto cruzó su cara, tan marcada que era desagradable a la vista. Esa mirada fue suficiente. Los vampiros eran legales, pero eso no los hacía lo suficientemente buenos para salir con ellos, o amarlos. Lo triste es que hacía unos años, yo había estado de acuerdo con Shaw.

Nos habíamos mudado al Circo para ayudar a mantener la reputación de Jean-Claude entre los otros vampiros, pero lo que no había previsto era lo que eso haría a mi reputación entre los policías. No debería haberme sorprendido, y no debería herir mis sentimientos, pero lo hacía.

La puerta se abrió y el que tenía el papel de poli bueno, frente al de poli malo de Shaw, entró sonriendo. Traía café para mí, y eso me hizo sentir mejor. Sólo el olor me ayudó a mejorar mi estado de ánimo.

Se había presentado anteriormente como el detective Morgan, aunque sospechaba que tenía un rango un poco más alto que el de un simple detective. Daba la sensación de alguien intentando mezclarse con la gente común pero demasiado acostumbrado a dar órdenes.

Morgan dejó el café frente a mí y se sentó en la silla que Shaw había dejado vacía. Cruzó sus fuertes y curtidos dedos sobre la maltratada mesa. Su cabello era de un profundo y rico marrón, corto pero aún así cayendo demasiado cerca de sus ojos, como si llevase retraso en su corte de pelo. En un principio lo había imaginado más o menos de mi edad, pero después de una hora de observar las pequeñas líneas en los ojos y alrededor de la boca, lo situé más cerca de los cuarenta que de los treinta años. Unos bien cuidados cuarenta años, pero no era el joven amistoso que aparentaba ser. Aún así apostaba que la actuación había funcionado con una gran cantidad de interrogados en los últimos años, y probablemente, también con las mujeres fuera del trabajo.

Esperó a que levantase el vaso. Aspiré el olor, y este era lo bastante amargo para saber que llevaba en el calentador demasiado tiempo, pero era café, y me lo tomaría.

—Ahora, Anita, —había empezado a llamarme por mi nombre hacía un rato, por mí bien—, sólo queremos saber porque este hombre está detrás de ti. Supongo que puedes entender eso.

Le miré a sus ojos marrones y a su preciosa sonrisa juvenil y me pregunté si lo habrían elegido porque yo era una mujer con cierta reputación con los hombres. ¿Habrían pensado que su encanto podría conmigo? Chico, estaban ladrando a la chica equivocada.

—Ya te he dicho todo lo que sé, Ed, —sí, Ed Morgan era su nombre. Éramos Ed y Anita, y él parecía pensar que eso le haría ganar puntos. Se podría llamar a si mismo Tip O`Nelly y no me hubiese importado.

La puerta se abrió y la Teniente Thurgood entró; bien. Ella era una mujer, pero una de esas mujeres que parecen odiar a las otras mujeres. Era alta y se movía con una facilidad que indicaba que se mantenía en forma. Era mayor que yo por lo menos diez años, que era por lo que había llegado a ser Teniente. Tenía el pelo descuidado, corto y rizado, pero atractivo en torno a un rostro delgado, con altos pómulos, el tipo de pómulos por los que la gente paga para que un cirujano se los ponga, pero los suyos eran naturales, ya que cualquiera que pagase por unos pómulos se habría vestido con un mejor traje. El suyo daba la impresión de haber sido prestado, o como si hubiese perdido mucho peso y nunca se hubiese molestado en renovar su armario.

—Fuera los dos. Creo que necesitamos un poco de conversación de chicas. —Lo dijo como si fuese algo malo.

Morgan le dirigió a Shaw una mirada del tipo ¿deberíamos irnos? Apostaba a que habían practicado esa rutina antes. Shaw asintió, todo estoico y me dejaron a solas con Thurgood. Perfecto.

Se inclinó sobre la mesa, utilizando su altura para intimidar. Era alta para ser mujer, y quería que yo lo supiese, pero la altura no me impresionaba. Estaba acostumbrada a que todo el mundo fuese más alto que yo.

—¿Te follas a Vittorio, también? ¿Te lo follaste y luego fuiste a por el Amo de tu Ciudad? ¿Es por eso que te envió la cabeza? ¿Un pequeño regalo por los viejos tiempos? —Se movió alrededor de la mesa para que las últimas palabras fuesen un susurró contra mi cara.

La mayoría de las personas se habrían inclinado para apartarse de ella, pero yo no estaba entre la mayoría de la gente. Me incliné hacia ella, cuidadosamente, sólo con la parte superior de mi cuerpo. De repente estuvimos lo suficientemente cerca para un beso y ella saltó hacia atrás como si la hubiese mordido. Puso la mesa entre nosotras, lo que me complació; demasiada reacción para tan pequeño movimiento por mi parte. Tenía miedo de mí, realmente me tenía miedo. ¿Qué demonios estaba pasando?

—No pensé que te gustasen las chicas, Blake.

Me puse en pie.

Se trasladó de nuevo, hacia la puerta.

Interesante. Pero no lo suficientemente interesante como para seguir con ello.

—Tenga sus pequeñas fantasías lesbianas en su tiempo libre, Thurgood. Mi escena del crimen se está enfriando mientras ustedes se dedican a joderme. Peor aún, estamos perdiendo la luz del día, y no sé ustedes, pero realmente yo preferiría no tener que cazar a esos vampiros en la oscuridad, si puedo evitarlo.

—Si queremos que esté aquí todo el día, entonces te sentarás aquí todo el día —dijo.

Eso fue un error.

—¿Me están acusando de algo?

—¿Crees que deberíamos acusarte de algo? —Preguntó.

Caminé hacia ella y se alejó. ¿Qué demonios? La puerta se abrió y Morgan entró, poniéndose entre nosotras. Shaw lo siguió pisándole los talones. Ambos eran hombres de buen tamaño, y sin realmente

amenazarme, abrumaban con sólo caminar hacia mí. Yo había hecho una versión de lo mismo con Thurgood, así que no podía quejarme realmente.

Morgan sonrió con su encantadora sonrisa. —Anita, ¿Por qué no nos sentamos a tomar otro café? —Dijo.

—No, gracias Morgan.

—Ed, llámame Ed.

—Mira, he tenido todo el poli bueno/poli malo que puedo soportar. O me acusas de algo, o me dejas ir.

Intercambiaron miradas.

—Ahora, Anita.

—¿Sabes? He cambiado de opinión, Morgan; Llámeme Blake o Marshall Blake. No más nombres propios.

—Si acabases de hablar con nosotros.

—Ya he terminado de hablar. Tengo una insignia federal, y tengo todo el derecho a visitar la escena del crimen. Así que una vez más, me acusan de algo o me dejan ir.

Los ojos marrones de Morgan habían perdido algo de ese agradable brillo.

—Y exactamente ¿De qué deberíamos acusarla, Marshall?

Yo le devolví la sonrisa, pero no fue una sonrisa agradable.

—Bien, eso está mejor; sabía que no me gustabas, tampoco.

—Dijiste que yo era lo bastante guapo para ti —dijo Shaw desde la puerta—, así que pensé en añadir a Morgan. ¿O es que no es lo suficiente guapo para ti, tampoco?

Miré a Morgan de arriba abajo, lentamente, de la forma en que algunos hombres miran a las mujeres. Me aseguré de dejar su cara para el final, así él tendría tiempo de enfadarse. Pero no estaba enfadado; estaba provocador, desafiante, pero no realmente enfadado. —¿Y bien? —Dijo.

Empecé a decir algo despectivo, pero aunque no era mi tipo, él era bastante atractivo. Suspiré, cansada de juegos.

—Iba a decir algo cortante, pero en realidad eres bastante guapo. No sabía que el Departamento de Policía de las Vegas tenía la seducción en su lista de técnicas de interrogatorio.

Pareció sorprendido.

—No entiendo lo que quieres decir.

—¿Por qué te han puesto aquí conmigo? ¿Por qué remarcar el hecho de que eres bastante guapo? ¿Qué se supone que probará eso? —Sacudí la

mano como si limpiase el aire—. No importa, no me importa.

Miré hacia Shaw.

—¿Vas a acusarme de algo?

—No tenemos nada de que acusarte, todavía. —Tuvo que añadir el todavía.

—Bien, entonces apártense de mi camino. —Estaba casi a punto de tocarlo cuando él se dignó a moverse. Abrió la puerta y la sostuvo para mí. Yo seguí caminando.



DIEZ

Shaw me escoltó de vuelta a mis armas. No me podían impedir que hiciera mi trabajo. No me podían impedir tener más armas que Dios, pero no les tenía que gustar. Bien por mí. Había ido con menos armas mostrando que intentaba no frotar en la cara mi tarjeta de identificación federal. Grimes dijo que podría verse como una debilidad. La próxima vez me gustaría llevar el equipo completo, y los policías locales podrían tratar. Traté de ser amable, ya que había tenido mi parte de ser el blanco de la actitud federal antes de que ellos nos dieran una insignia federal. Hoy en día estaba empezando a comprender lo que podría hacer que los federales estuvieran de mal humor. Siendo arrogante, no se meten tanto contigo.

La mochila era nueva, ya que había conseguido los juguetes más letales de lo que podía llevar con facilidad. Tuve que adaptar las correas para que quedara cómodamente en mi espalda, y tuve que mantenerla apretada para que no hiciera extraño el tirón de mi pistolera de hombro con la Browning

BDM. Cuando tenía que llevar puesto el chaleco, llevaba la Browning en una pistolera de muslo. La Smith y Wesson entraban en las correas delante del chaleco. Sin el chaleco, la S&W iba el pequeño de mi espalda. Había desistido de pistoleras en el interior de los pantalones cuando los vaqueros femeninos comenzaron a tener tantos malditos estilos y talles. Guardé el agua bendita, las cruces adicionales, y las hostias en las ranuras que habían sido al principio para la munición, pero no había suficientes bolsillos para compartimientos adicionales y otras cosas útiles. La mochila era realmente muy útil, pero incómoda una vez que llevaba el chaleco, que era otra razón por la que no sentía cariño por el chaleco. Tuve que ponerme las armas que usaba antes de ponerme la mochila. Llevaría el chaleco y el casco en el paquete grande como si entraran.

Era el cuchillo grande en la parte posterior, con su vaina conectada con la pistolera de hombro, lo que hizo que Shaw ensanchara sus ojos. Hice mi mejor esfuerzo para ignorarlo. Había espacio para un compartimiento adicional al otro lado de la pistolera para la Browning, por lo que puse catorce rondas en la Browning y otras catorce en el comportamiento adicional, más los dos compartimientos adicionales en la mochila. Puse la Smith&Wesson en mi cintura, inclinada hacia delante para que no se quedara atrapada en las otras correas. Tenía una funda de muslo que había modificado para tener cargadores adicionales para la Browning y la MP5, que iría en un cabestrillo táctico a través de mi cuerpo una vez que todo lo demás estuviese en su lugar. En la mochila había una escopeta Bantam con cargadores adicionales atados con una correa en el extremo, y más cargadores en la mochila. Cuando fuera el momento de cazar a los vampiros, llevaría la escopeta y dejaría la MP5 de reserva, pero no todo cabría en la mochila, así que la MP5 sólo se quedaría fuera en el cabestrillo.

—Si hubiera visto empaquetar tu equipo, no hubiese sido necesario una interrogación.

Eché un vistazo a Shaw, luego volví a ignorarlo mientras me aseguraba que todo estuviese donde quería. No quería que las cosas se deslizaran alrededor, porque necesitaba saber dónde estaban las cosas cuando las agarrase. Los segundos contaban.

—¿Me va a dar el tratamiento del silencio?

—Me trataste como a un ratero, Shaw. ¿Qué quieres que diga, que me alegra que te guste mi forma de empaquetar para el trabajo?

—Empaquetas como un soldado.

—Tuvo un buen maestro —dijo una voz desde la puerta.

Me puse de pie, tirando de las cintas en su lugar, y sonreí a Edward.

—No te puedes tomar todo mi crédito.

No era muy alto, cinco pies y ocho, de modo que Shaw le tenía por pulgadas. Era muscular, pero no musculoso. Nunca tendría los hombros que un hombre más grande, pero sabía que cada onza de él era más peligrosa que cualquier ser humano que hubiera conocido.

—Aún estabas mojada detrás de las orejas cuando te conocí —dijo, y sonrió. Era una sonrisa real que fue todo el camino hasta sus ojos. Yo era una de las pocas personas que habían obtenido la verdadera sonrisa de Edward. Tenía muchas falsas. Hizo que el detective Morgan se viese como un aficionado al fingir. Si Edward no hubiese sido tan terriblemente rubio y de ojos azules, podría haberse colocado en cualquier lugar, pero era malditamente de aspecto americano lo que le dificultaba ocultarse en cualquier lugar demasiado étnico.

—¿Dónde diablos has estado… Ted? Creí que habías dicho que el viaje en avión de Nuevo México es más corto que de St. Louis.

La sonrisa desapareció, y sus ojos hacían que aquel invierno frío los contemplara. Un minuto feliz, al siguiente el verdadero Edward salía. Él no era exactamente un sociópata, pero tenía sus momentos.

—Fui entretenido por el Departamento de Policía de las Vegas.

—¿También te interrogaron?

Él asintió con la cabeza.

—Tú no estabas en la caza de Vittorio. ¿Qué podrías decirles?

—No me preguntaron sobre él. —Miró a Shaw cuando dijo lo último. Esta no fue una mirada amistosa, y Edward hizo la mejor mirada no amistosa para alguien que yo conocía.

Shaw no palideció bajo la mirada fija, pero no pareció cómodo tampoco.

—Hacemos nuestro trabajo, Forrester.

—No, intenta echar toda la culpa a Anita.

—¿Qué te preguntaron sobre mí? —Pregunté.

—Quisieron saber cuánto tiempo habíamos estado follando.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¡Qué!

Él siguió mirando a Shaw.

—Sí, según el molino de rumores, duermes conmigo, con Otto Jeffries, y un policía de Nuevo México, ah, y otros pocos. Por lo visto, eres uno de los U.S Marshalls más ocupados.

—¿Cómo están Donna y los chicos? —Pregunté. Uno, porque quería saberlo, dos, no quería hablar más de los rumores delante de Shaw.

—Donna te envía su amor, lo mismo que Becca y Peter.

—¿Cuándo hará Peter su prueba de cinturón negro?

—Dos semanas.

—Lo conseguirá —dije.

—Ya lo sé.

—¿Cómo sigue el recital de baile de Becca?

Me dio una sonrisa real otra vez.

—Es muy buena. Su maestra dice que tiene verdadero talento.

—¿Están tratando de avergonzarme haciendo todo lo doméstico? —Preguntó Shaw.

—No —dije—, te estamos ignorando.

—Creo que me lo merezco. Pero míralo desde nuestro lado…

Levanté una mano.

—Estoy cansada de ser tratada como uno de los chicos malos por ustedes, sólo porque soy mejor en mi trabajo que el resto de los hombres.

Edward se aclaró la garganta rápidamente.

—Con excepción de la compañía aquí presente —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Pero ese es parte del problema. Soy mejor que el resto de los verdugos. Tengo más muertes, y soy mujer. No pueden soportarlo, Shaw. No pueden creer que sea tan buena en mi trabajo. Tiene que ser porque me estoy tirando mi camino a la cima. O que soy una especie de monstruo.

—No se puede ser tan bueno —dijo.

—¿Por qué, porque soy mujer?

Tenía la gracia de parecer avergonzado.

—Hay que tener una formación para ser tan bueno.

—Ella es muy buena —dijo Edward, con esa voz vacía que podía hacer que los pelos en la parte posterior del cuello se me pusieran de punta si sabía lo que estaba escuchando.

—Eres un ex agente de las fuerzas especiales. Ella no tiene ese tipo de formación.

—Yo no he dicho que fuese un buen soldado.

—¿Qué entonces, un buen policía?

—No.

Shaw frunció el ceño.

—¿Qué, pues? ¿En qué es buena? Y si dices en follar, me voy a cabrear.

—Matando —dijo Edward.

—¿Qué? —Dijo Shaw.

—Preguntó en que es buena. Yo contesté la pregunta.

Shaw me miró de arriba abajo, no de una manera sexual, sino como si estuviera tratando de ver lo que Edward estaba diciendo.

—¿De verdad eres buena matando?

—Traté de ser un buen policía. Intenté ser un buen soldadito y seguir las órdenes hasta cierto punto. Pero al final ni soy policía ni soldado. Soy un asesino legalmente autorizado. Soy la Ejecutora.

—Nunca he escuchado a otro Marshall admitir que es un asesino.

—Técnicamente, es legal, pero cuando cazo a estos ciudadanos de los Estados Unidos lo hago con la intención de matarlos. He decapitado y desgarrado el corazón de más gente que la mayoría de asesinos en serie. Quieres quedar bien, dame una orden, genial, pero sé lo que hago para ganarme la vida, Sheriff. Sé lo que soy, y estoy bien, realmente bien con eso.

—¿Alguien mejor? —Preguntó.

Miré a Edward.

—Sólo uno.

Shaw miró a Edward y de nuevo a mí. —Creo que soy afortunado por tenerlos a los dos, entonces—, aunque su voz se aseguró de que estuviese cargada de sarcasmo.

—Tienes suerte de tenernos —dije, y me fui hacia la puerta. Edward me siguió y me ofreció las llaves—. Nos conseguí un coche, para que tengamos algo de privacidad.

—Bien —dije.

—Ah, y no he mencionado a Olaf, sólo por diversión.

Me detuve en el pasillo y le miré.

—No quieres decir…

—El Marshall Otto Jeffries es uno de los Marshall del estado occidental. Estaba en tierra cuando llegué aquí.

Olaf fue un asesino en serie real. Pero él, como el asesino BTK, podía

controlar sus impulsos hasta un punto.

Él nunca había hecho lo peor en este país, a mi conocimiento o al de Edward. No podíamos demostrar nada, pero sabía lo que era, y él sabía que yo lo sabía, y le gustaba que lo supiera.

Fue cazando vampiros conmigo cuando le di a Olaf la idea que podría hacerse Marshall y hacer su pequeña rutina de asesino múltiple legalmente. No hay ningún juego en el modo de tomar el corazón y la cabeza de un vampiro. Se supone que sólo lo haces. Una vez el asesino empieza, no hay normas que protejan al vampiro.

Ninguna. Están a merced de su verdugo. Una de mis metas en la vida es nunca, nunca, estar a merced de Olaf.



ONCE

Edward había logrado conseguir un todo terreno grande. Era negro y parecía vagamente amenazante. Sabía que él no había pedido el color, pero era perfectamente apropiado. Aprobé el coche, porque si tenía que ir al desierto o incluso fuera de la carretera, sería todavía mejor.

—¿Cuándo tiempo tuviste para alquilar un coche? —Pregunté.

—Fui el primero que interrogaron. Sabía que iba a llevar un tiempo interrogar a los otros tres U.S Marshalls… Sabía que tenía tiempo.

Me detuve a mitad del paso.

—¿Has dicho otros tres U.S. Marshalls?

Se giró y asintió con la cabeza hacia mí. —Lo hice—. Estuvo a punto de sonreír, lo que significaba que me estaba escondiendo algo. Edward adoraba el misterio. El haber visto a su familia y conocer la mayor parte de su identidad secreta, no lo había curado del hábito. Sólo lo hizo más difícil encontrar oportunidades de sorprenderme.

—¿Quién es el número cuatro? —Pregunté.

Él levantó la mano. Fue un gesto que le había visto usar en el campo cuando se trataba de personas con formación suficiente para saber las señales de mano. Era el gesto de seguir adelante.

Había un pequeño grupo de policías cerca de la parte posterior del edificio rosáceo. Les había notado, de aquel modo superficial en el que comienzas a notar todo en nuestro negocio: la gente, las palmeras, el calor, la luz del sol. Olaf se levantó, y sólo estuvo de repente allí. Era medía cabeza más alta que todos excepto uno de ellos. ¿Había estado decaído? Pero era más que eso; también l levaba puesta una camiseta negra y unos vaqueros negros metidos en botas negras. Tenía una chaqueta de cuero negra tirada en un brazo, revelando sus musculosos brazos desnudos. Tenía más color en su piel que la vez anterior cuando le vi, como si hubiera estado más al sol, pero Olaf, como yo, no sólo era moreno. La mayoría de las personas con una gran cantidad de alemanes en sus orígenes tienen problemas de bronceado.

Su cabeza estaba completamente afeitada, de modo que las cejas negras destacaban en su rostro, en un marcado contraste. Había una sombra de barba a lo largo de la línea de su mandíbula, porque era uno de esos hombres que necesitaban afeitarse dos veces al día para estar realmente bien afeitado. Me pregunté si se afeitaba la cabeza o era calvo. Nunca se me había ocurrido antes.

La cabeza, la ropa, la altura, todo lo hacía destacar en el grupo de policías como un lobo entre ovejas, o un gótico entre uniformes. Pero le había perdido por completo.

Edward podía hacer eso, también. Esa invisible mierda-plana a la vista. Vi a Olaf caminar hacia nosotros, y admito que para un hombre tan grande se trasladó con gracia, pero era la gracia de los músculos y la violencia contenida.

La violencia fue ayudada junto con la pistolera de hombro, con su H&K P2000 y las recámaras suplementarias al otro lado de las correas. La vez pasada había llevado su arma de reserva en la parte baja de su espalda; lo comprobaría más tarde. Había un cuchillo más grande que mi antebrazo en su costado, atado a su muslo. La mayor parte de cazadores de vampiro llevaban cuchillas.

Él caminó hacia mí todo oscuro y amenazante, luego sonrió. Esta no era una sonrisa de amigo. Esta era una sonrisa de novio. No, más que eso. Esta

era la sonrisa que un hombre da a una mujer con la que ha tenido sexo, bueno sexo, y él esperaba tenerlo otra vez. Olaf no se había ganado aquella sonrisa.

—Anita —dijo, y de nuevo había mucha emoción cuando dijo mi nombre.

Tuve que hacer una pausa y decir su nombre falso.

—Otto.

Siguió avanzando hasta que se cernió tanto sobre Edward como sobre mí. Por supuesto, Olaf estaba a más de seis pies y a los siete fue su siguiente parada, por lo que estaba malditamente cerca de cualquiera.

Me ofreció su mano. ¿En las dos veces que le había visto, me había ofrecido alguna vez estrechar su mano? Tuve que pensarlo, pero no, él no estrechaba la mano a las mujeres. Pero allí él ofrecía su mano, con aquella sonrisa también familiar que se decolora un poco alrededor de los bordes, pero todavía allí.

La sonrisa me hizo no querer tocarle. Pero el odio patológico de Olaf hacia las mujeres hizo la oferta de un apretón de manos un gran problema. Eso significaba que pensaba que valía la pena. Además, íbamos a tener que trabajar juntos, donde la policía pudiera vernos. No quería empezar la caza con él enfadado conmigo.

Tomé su mano.

Envolvió su mano grande alrededor de la mía, a continuación, puso la otra mano más arriba en mi brazo. Algunos hombres hacen eso, nunca he estado segura de por qué, pero esta vez sabía por qué.

Tiré para alejarme. No pude evitarlo. Él apretó y me dejó saber que me tenía, o que sería una lucha para escapar. Sólo un instante de ello, un momento, pero fue suficiente para recordarme la vez anterior que nos habíamos visto.

Olaf y yo habíamos sido los que tomamos los corazones de los vampiros la vez anterior que cazamos. Eran viejos y poderosos, así que una estaca en el corazón no bastaba. Tienes que cortar la cavidad del pecho y destruyes el corazón con fuego más tarde.

Yo había enredado el corazón de alguna manera en algún trozo de vísceras en el cuerpo. Se ofreció a ayudar, y acepté. Había olvidado lo que era.

Deslizó su mano dentro del agujero que yo había hecho, de modo que su brazo se deslizó junto al mío en la cavidad del pecho. No fue hasta que

su mano ahuecó la mía, presionando ambas manos el corazón todavía caliente, que le miré. Ambos nos inclinábamos sobre el cuerpo, nuestras caras a pulgadas de distancia, con los brazos dentro del torso del hombre. Me miró sobre el cuerpo, nuestras manos alrededor del corazón, sangre por todas partes. Me miró como si fuera una comida a la luz de las velas y yo llevara puesta lencería agradable.

Había mantenido su mano libre en mi brazo, controlando la lentitud con que salíamos de la cavidad torácica. Él lo hizo el último, y me miró a la cara mientras lo hacía. En las últimas pulgadas del brazo, miró la herida y no mi cara. Vio los brazos emerger del agujero sangriento justo debajo del esternón. Mantuvo su mano sobre mi brazo y forzó que levantáramos las manos, así que por un momento tuvimos el corazón juntos, y me miró por encima del sangrante músculo.

Me había robado un beso así, nuestro primer y, si podía evitarlo, nuestro último.

—Suéltame —dije, en voz baja, cada palabra muy clara.

Sus labios se abrieron, y su respiración se hizo un largo suspiro. Era peor que la sonrisa. Me di cuenta en ese momento que me había convertido en un trofeo para matar. Un trofeo para un asesino en serie es algo que toman de la víctima o la escena del crimen, de modo que cuando lo ven o lo tocan, o lo oyen, o lo huelen, o lo prueban, trae el recuerdo de la masacre.

Hice lo que pude para no mostrar miedo, pero probablemente fallé. Edward realmente dio un paso a nuestro lado y dijo:

—Ya la escuchaste.

Volvió los ojos detrás de las gafas de sol hacia Edward. La última vez que habíamos estado todos juntos, Edward había hecho todo lo posible para protegerme, pero protegerme de Olaf ya no era sólo una cuestión de armas y violencia. Edward había tomado mi brazo la última vez, como si fuera una niña y necesitara ser guiada. Fue la primera vez, nunca, que Edward me había tocado, como si fuera una chica, porque nunca fui una chica para él. Había puesto la idea en la cabeza de Olaf de que él, Edward, pensaba en mí como una chica, tal vez su chica. Tal vez una chica que estaría dispuesto a proteger. Yo no habría permitido que nadie se pusiera en peligro por una mentira, pero si sabía que alguien podía manejar a Olaf, era Edward. Además, era amigo de Edward antes de que fuese mío, por lo que era una especie de culpa de Edward que Olaf se hubiese enamorado de mí.

Ahora, Edward lo hacía de nuevo. Puso su brazo alrededor de mis

hombros. Era un principio. Eso tampoco ayudaba a mi reputación con los otros policías, pero no estaba preocupada por la policía. Lo único que me preocupaba en ese momento era el hombre con sus manos en mi brazo y mano. Era un toque inocente, pero el efecto que tuvo sobre él, y en mí, estaba tan lejos de inocente como podías conseguir.

Edward puso su brazo sobre mis hombros, menos que un abrazo, pero mucho para marcar su territorio. Es algo que los atletas de la escuela secundaria les gusta hacer con sus novias animadoras. Una vez más, un gesto bastante inocente, pero era un signo de posesión. Esta es mía, no tuya.

Yo no era así para Edward, pero en ese momento podría haberme ofrecido para ser de alguien si conseguía que Olaf me soltara. Estaba luchando contra la memoria de nuestra matanza, y hacía que mi piel se pusiera fría incluso en el calor de Las Vegas.

Olaf dio a Edward todo el peso de la mirada que las gafas de sol cubrían, y luego, poco a poco, me soltó. Dio un paso atrás de nosotros.

Edward mantuvo su brazo sobre mis hombros y miró al hombre más grande. Me quedé allí y luché contra el impulso de temblar, y finalmente perdí. En un fuego tan caliente que hacía difícil respirar, me estremecí.

Eso hizo sonreír a Olaf otra vez, y por un momento tuve la idea muy clara de que algún día le mataría. Tal vez no hoy, ni siquiera esta vez, pero con el tiempo lo haría, había cruzado una línea y le mataría. El pensamiento constante me ayudó. Me ayudó a sentirme más yo misma. Me ayudó a devolverle la sonrisa, pero no era la misma sonrisa. La de él llegaba a lo sexual, la mía era la sonrisa, más desagradable, que ha asustado a los chicos malos de todo el país.

Olaf me frunció el ceño. Con lo que me hizo sonreír más ampliamente.

Edward me apretó los hombros en un abrazo con un sólo brazo, luego retrocedió.

Cogí las miradas de algunos de los policías que estaban fuera de la estación. Habían visto el espectáculo. Yo dudaba que entendieran todo lo que habían visto. Pero habían visto lo suficiente para recoger la tensión entre Olaf y Edward y yo. Habían llegado a la misma conclusión que Olaf, que Edward y yo éramos una pareja y no era cesión.

Ya estaban todos convencidos de que era una puta, así que ¿por qué herir mis sentimientos por hacer algo que confirmaba el rumor?

Miré a la policía que nos miraba, y encontré a dos que no nos

observaban. En el momento en que los vi, supe quien era el cuarto Marshall.

Bernardo Spotted Horse estaba de pie muy cerca de un comisario femenino. Ella tenía el pelo hasta los hombros atado atrás en una cola de caballo. Su pequeña cara triangular estaba girada hacia él, toda sonrisas y casi risueña. Incluso con el uniforme no podía esconder que era menuda y curva.

Bernardo era alto, moreno y guapo, incluso para los estándares a los que estaba acostumbrada. Su pelo era en realidad más negro que el mío, tan negro que tenía reflejos azules en el sol. Lo había recogido en una trenza que llegaba casi hasta la cintura. Dijo algo que a la comisario hizo reír, y luego se dirigió hacia nosotros.

Todavía tenía los hombros anchos y la cintura delgada, y había estado yendo al gimnasio con regularidad. Se notaba. También era Indio Americano, con la genética de pómulos perfectos que le puede dar. Era un paquete bonito, y la comisario lo vio alejarse de ella. La expresión de su rostro, decía claramente que si la llamaba más tarde, habría una cita. Pero Bernardo lo sabía. La falta de confianza con las mujeres no era uno de sus problemas.

Él sonrió mientras se acercaba hacia nosotros, deslizándose las gafas de sol sobre los ojos, por lo que parecía un modelo perfecto en el momento en que nos alcanzó.

—Fue un bonito espectáculo el que acabas de hacer —dijo él—. Están más convencidos que nunca de que el tipo grande aquí está saliendo contigo o quiere, y que Ted aquí ya lo es. He hecho todo lo posible para persuadir a la comisario Lorenzo que no tengo posibilidades de ganar tus afectos.

Tuve que sonreír, meneando la cabeza.

—Me alegra oírlo.

Él Tenía una mirada divertida en su rostro.

—Sé que significa eso, y quiero decir que es un golpe en el ego.

—Creo que te recuperarás, y la comisario parece que estará feliz de ayudar a aliviar tu dolor.

Miró atrás y mostró su sonrisa de clase mundial. Ella le devolvió la sonrisa y, de hecho parecía nerviosa. Esto era de una sonrisa a metros de distancia.

—Esto parece a Old Home Week —dije.

—¿Ha pasado qué, casi tres años? —Dijo Bernardo.

—Algo así —dije.

Olaf nos miraba, no como si fuera feliz por eso.

—Te gustaba la chica.

—Sí, lo hacía —dijo Bernardo. Su camiseta blanca se veía bien contra el bronceado de su piel. Esto era lo único que arruinaba lo que había comenzado a llamar el chic de asesino ocasional: vaqueros negros, camiseta negra, botas, chaqueta de cuero, armas, gafas de sol. Su chaqueta de cuero estaba en su brazo como Olaf, porque hacía demasiado maldito calor para llevarla puesto. Yo había dejado el mío en St. Louis.

Bernardo ofreció su mano, y la tomé, entonces levantó mi mano y la besó. Lo hizo porque le había avisado de que no era delicioso, y una parte de él lo odiaba. No debería haberle dejado hacerlo, pero con su tipo de brazo, no había ningún modo elegante de parar el gesto una vez que comenzó. Él no debería haberlo hecho por la comisario. No debería haberle dejado por los otros policías y Olaf.

Olaf no me miró a mí sino a Edward, como si estuviera esperando que hiciera algo al respecto.

Edward realmente dijo:

—Bernardo coquetea con todas; esto no es el personal.

—Yo no besé su mano —dijo Olaf.

—Sabes exactamente lo que hiciste —dijo Edward.

Bernardo miró a Olaf, luego a mí; realmente bajó sus gafas de sol para poder darme el peso lleno de sus bebés marrones.

—¿Hay algo que tengas que decirme sobre el tipo grande aquí y tú?

—No sé lo que quieres decir —dije.

—Él acaba de reaccionar como los tipos que reaccionan a mi alrededor y al de las mujeres que les gustan. Otto nunca se preocupó antes.

—No me importa —dijo Olaf.

—Basta ya —dijo Edward—. Nuestra escolta está lista para irse, así que cada uno al coche. —Parecía disgustado, eso era raro en él. Haciéndonos oír mucha emoción en su voz, quiero decir.

—Conseguí la escopeta —dijo Bernardo.

—Anita consiguió la escopeta —dijo Edward, y caminó al lado del conductor.

—Te gusta más de lo que me gustas a mí —dijo Bernardo.

—Sí —dijo Edward, y se deslizó detrás del volante.

Me metí en el lado del pasajero. Olaf se deslizó a través del asiento así que se sentaba en diagonal de mí. Yo habría puesto a Bernardo en aquella esquina, pero no podía decidirme si me molestaría más contemplar a Olaf, o saber que me miraba fijamente detrás de mi cabeza donde no podía verle.

El coche patrulla delante de nosotros encendió las luces y las sirenas. Aparentemente, no podíamos desperdiciar más tiempo. Alcé la vista al sol en un cielo brillante azul tan brillante como si el azul fuera lavado, como los vaqueros que se han lavado demasiado. Era por la tarde, tal vez cinco horas hasta la oscuridad completa. Otro coche nos siguió con luces y sirenas. Quise apostar a que no era la única que pensó que retrasar a todos los cazadores de vampiro había sido una idea mala.



DOCE

La escena del crimen era un gran almacén. Estaba casi vacío, haciendo eco en el espacio. O habría estado vacío si no hubiera policías de todos los tipos, el personal de emergencia, y los técnicos forenses por todo el lugar. Estaba menos lleno de lo que había estado hacía unos horas, pero malditamente ocupado para ser una escena del crimen de la noche anterior. Pero, por supuesto, los muertos eran su propio pueblo. Todo el mundo quiere un pedazo de ellos. Todo el mundo quiere ayudar, o sienten que están ayudando. La gente odia sentirse inútil, la policía conseguía esa cuadrícula. Nada vuelve más loca a la policía que no ser capaz de arreglar algo, es la actitud final de hombre. No me refiero al hombre de un modo sexista, o bueno, es algo de policía. Es propio de las personas que permanecen en busca de pistas, o tratando de darle sentido.

Podrían haber pistas, pero no tendrían ningún sentido. Vittorio era un asesino en serie que poseía suficientes poderes vampíricos como para

ayudar a sus vampiros menos poderosos a conseguir sus patadas. Un asesino en serie que podía compartir su patología con los demás, no por la persuasión, sino simplemente por la fuerza metafísica. Cualquier persona que se haya convertido en un vampiro puede ser obligado a unirse a su afición y compartir su perversión.

Me quedé mirando todos los marcadores donde los cuerpos habían quedado. Shaw dijo que había perdido a tres hombres, pero eso era sólo un número, una palabra. Allí, de pie mirando a los marcadores, donde los cuerpos habían permanecido, donde se había derramado la sangre, atraía más a casa. Había un montón de otros marcadores, marcando las cosas que se habían caído. Me pregunté qué tipo cosas. Armas, casquillos de bala, prendas de vestir, cualquier cosa y todo sería marcado, fotografiado, y filmado.

El suelo parecía un campo minado, marcado por tantas cosas que casi no había manera de caminar a través de todo.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

—Tiroteo —dijo Edward, bajando la voz.

Le miré.

—¿Qué?

—Tiroteo, casquillos de las armas vacíos y arrojados. Un infierno de una lucha.

—Si los marcadores son proyectiles gastados, entonces ¿por qué no hay vampiros muertos? Uno no vacía toda la carga en un espacio como este y no golpea algo, especialmente no con la formación que estos chicos tenían.

—Incluso el cazador de vampiros fue ex-militar —dijo Bernardo.

—¿Cómo sabes eso? —Pregunté.

Él sonrió.

—A la Comisario Lorenzo le gusta hablar.

Le di una mirada de aprobación.

—No era sólo flirteo, era la recopilación de información. Y yo que pensé que eras un perro que merodeaba.

—Me gusta pensar en ella como la multitarea —dijo—. Conseguí información y ella fue linda.

Olaf comenzó a caminar a través de todas las pequeñas marcas y signos que los forenses habían dejado. Se movía con gracia, casi con delicadeza a pesar de todo. Buscó alguna manera irreal, moviendo su largo y gran cuerpo a través de los marcadores de pruebas. Yo no habría sido capaz de

hacerlo sin mover las cosas fuera de lugar, pero Olaf parecía deslizarse. Pasaba la mayor parte de mi tiempo en torno a cambiaformas y vampiros, los cuales podríamos definir con el término de gracia, pero aún así era impresionante e inquietante, al observar el movimiento del tipo grande a través de las pruebas.

Habría preferido ver las pruebas y los cuerpos reales, pero entendía que no se podía dejar los cuerpos en el calor. También entendía que no podían dejar las armas alrededor, y había que tomar la munición y los casquillos de las balas para las pruebas en caso de que hubiera un juicio.

—Ellos siempre recolectan las pruebas como si fuera a ver un juicio —dijo Edward, como si hubiera leído mi mente.

—Sí —dije—, pero los vampiros no tienen juicios.

—No —dijo Edward—, no lo tienen. —Él miraba a lo largo de la escena del crimen como si pudiera visualizar lo que habían quitado. Yo aún no podía. Las fotos y el video me ayudarían más que este espacio vacío. Entonces sería capaz de verlo, pero aquí sólo eran cosas removidas, y el olor de la muerte era cada vez más fuerte en el calor de Las Vegas.

Se habían llevado los órganos, pero todavía no habían limpiado la sangre y otros fluidos, por lo que el olor de la muerte todavía estaba allí.

Lo había estado ignorando lo mejor que podía, pero una vez que la parte frontal de la cabeza pensó en ello, no pude ignorarlo. Uno de los inconvenientes reales de tener la licantropía corriendo por mis venas era que mi sentido del olfato de repente podía ir a toda marcha. Nadie quiere que eso suceda en la escena del asesinato.

El olor a sangre seca, sangre en descomposición, era espeso en mi lengua. Una vez que lo olía, tenía que verla. La sangre tenía que haber estado allí todo el tiempo, pero era como si un filtro hubiera sido despojado de mis ojos. El suelo del almacén estaba oscurecido con sangre. Piscinas de la misma en todas partes. No importa la cantidad de sangre que se ve en el cine o en la televisión, nunca es suficiente. Hay demasiada sangre en el cuerpo humano, y el suelo estaba demasiado llena de esta, se veía como una especie de lago negro congelado en el suelo de hormigón.

Nos había dado pequeños botines para ponernos en los zapatos, y ahora sabía que la razón no era por la normativa. Sin ellos habríamos estado dejando huellas de sangre por todas partes de Las Vegas.

—Los vampiros no se alimentaron de ellos —dijo Bernardo.

—No —dije—, sólo los desangraron.

—Tal vez parte de la sangre pertenezca a los vampiros. Podrían haber tenido muertos —dijo Edward.

—En St. Louis dejó a su gente detrás, como cebo y una trampa. Los dejó para vivir, o morir, y no parece que le importara un comino. No creo que sea el tipo de hombre que recoge a sus muertos, si no protege su vida.

—¿Y si estos muertos hubieran traicionada algo? —Dijo Edward.

—¿Qué quieres decir?

—Si él no se hubiera llevado a sus muertos porque era digno de hacer, tal vez se los llevaría si fuera lo más inteligente.

Pensé en eso, entonces me encogí de hombros.

—¿Qué podrían decirnos los vampiros muertos que no sepamos ya?

—No sé —dijo Edward—, es sólo un pensamiento.

—¿Cómo emboscaron a un equipo SWAT? —Preguntó Bernardo.

—¿El cazador de vampiros asesinado tenía una capacidad con los muertos? —Pregunté.

—¿Quieres decir, que era reanimador como tú? —Preguntó Bernardo.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—No, era ex militar, pero no resucitaba a los muertos.

—Eso significa que entró sin nadie que pudiera sentir a los vampiros —dije. Entonces tuve que agregar—, sé que tenían a un médico con ellos, que está entre los que murieron, pero ser psíquico no quiere decir que seas bueno con la muerte.

—No hay muchos de nosotros que tengan un talento para los muertos como tú, Anita —dijo Edward.

Estudié su rostro, pero estaba mirando la escena del crimen, o tal vez estaba observando a Olaf arrodillarse muy cuidadosamente entre la carnicería.

—Siempre me pregunto cómo pueden seguir vivos si no pueden sentir a los vampiros.

Él me sonrió.

—Soy bueno.

—Tienes que ser mejor que yo, si no tienes mis habilidades y aún te mantienes con vida.

—¿Eso me hace mejor que tú, también? —Preguntó Bernardo.

—No —dije, y sonó rotundo.

—¿Por qué Ted es mejor que tú, pero yo no?

—Porque él se ha probado a sí mismo ante mí, y tú todavía eres sólo una cara bonita.

—Llegué a estar malditamente cerca de morir la última vez que jugaron juntos.

—No lo estuvimos todos —dije.

Bernardo me frunció el ceño. La mirada fue suficiente para hacerme saber que pensaba que realmente era un error que no pensara que era tan bueno como Edward.

—¿Qué tal Otto? ¿Es mejor que tú?

—No lo sé.

—¿Es mejor que Ted?

—Espero que no —dije, en voz baja.

—¿Por qué lo dices así, esperas que no?

No sé lo que me hizo decirle la verdad a Bernardo; Edward, sí, pero el otro no se había ganado ese tipo de honestidad por mi parte todavía.

—Porque si no soy lo suficientemente buena para matar a Otto, será la tarea de Edward terminarlo.

Bernardo se acercó a mí, estudió mi rostro duro. Habló en voz baja.

—¿Estás planeando matarle?

—Cuando él venga por mí, sí.

—¿Por qué va a ir por ti?

—Porque algún día le defraudaré. Algún día no voy a poder seguir siendo su pequeña asesina en serie clavada con chinchetas, y cuando piense que soy menos divertida viva de lo que sería muerta, vendrá por mí.

—No lo sabes —dijo Bernardo.

Miré al lago de sangre seca y al gracioso tipo grande en movimiento a través de este.

—Sí, lo sé.

—Tiene razón —dijo Edward, en voz baja.

—Por lo tanto, los dos están planeando matarle, pero trabajarán con él hasta que cruce la línea. —Hablaba muy bajo, casi en un susurro.

—Sí —dije.

—Sí —dijo Edward.

Bernardo miró de uno a otro. Negó con la cabeza.

—Sábes, a veces el tipo grande no me asusta tanto como ustedes dos.

—Sólo porque no eres una mujer morena y menuda. Confía en mí, Bernardo, si encajaras en su perfil de víctima, tendrías un modo

completamente nuevo de comportarte con el tipo grande.

Abrió la boca, como si fuera a discutir, luego la cerró. Por último, asintió con la cabeza. —Está bien, te daré eso. Pero a menos que lo vayas a matar el día de hoy, iremos a trabajar—. Se alejó de nosotros, pero no hacia Olaf. Él no nos ayudaría a considerar la muerte de Olaf, pero exactamente no se opondría tampoco.

No estaba segura de donde caía Bernardo en la escala de el bueno/malo. A veces no estaba segura de que Bernardo lo supiera, tampoco.



TRECE

Dos horas más tarde había aprendido todo lo que el almacén podía decirnos. Había cajas que habían sido utilizadas como ataúdes. Habían recibido un infierno de disparos que el equipo había realizado por el M4S. Si los vampiros hubieran estado en las cajas en el momento indicado hubieran sido muertes seguras, pero no había sangre en el interior de ninguna de las cajas.

Olaf se había reunido de nuevo con nosotros, sin ningún sonido, de alguna manera, en sus botas color negro.

—Pensé que era una explosión, pero no fue así. Es casi como si hubiera algo aquí que pudiera sangrar e incapacitar, pero no matar de inmediato. Pero lo hizo sin dejar rastro en el suelo. No hay huellas en el centro de la piscina de sangre, excepto las huellas de la policía.

—¿Cómo puedes saber que fue diseñado para hacer sangrar e incapacitar, pero no matar? —Pregunté.

Él me había dado esa mirada arrogante de sus profundos ojos de hombre de las cavernas. Era el viejo Olaf mirando fijamente, el que había pensado que ninguna mujer podría ser buena en este tipo de trabajo. Demonios, las mujeres para él no eran buenas para nada.

—Esa mirada me hace no querer admitir esto, pero quiero solucionar esto más de lo que quiero ser genial.

—¿Qué mirada? —Preguntó.

—La mirada que dice que soy una mujer, y que me hace estúpida.

Apartó la mirada y luego dijo:

—No creo que seas estúpida.

Sentí que se me subían las cejas solas. Edward y yo intercambiamos una mirada.

—Gracias, Otto —dije—, por pretender que puedo mirar un suelo de hormigón y realizar un seguimiento de los sucesos de un crimen en él, sólo explícalo… Por favor. —Agregué el por favor, porque los dos estábamos tratando de ser mejores en el trato mutuo. Podía jugar limpio.

—El patrón de la sangre, los marcadores en el suelo. Las fotos y el vídeo lo confirman, pero esto era una trampa, no con una bomba o soldados humanos, sino con algo que podría ser… —Él hizo un movimiento con la mano de vacilación—, inmóvil, pero aún así en ataque. Vi algo similar a esto una vez.

Él tenía la atención de todo el mundo ahora.

—Cuéntanoslo —dijo Edward.

—Estaba en un trabajo en un recinto de seguridad.

—¿Recinto de seguridad? —Lo hice una pregunta.

—Medio Oriente, —respondió Edward.

—Sí, era un grupo de terroristas. Tenían un hechicero —dijo Olaf, y luego pareció demasiado serio para mi comodidad.

—No digas la palabra T —dijo Bernardo—, o traerán al Gobierno o a los federales, y esto se saldrá de nuestras manos.

—Cuando haga mi informe, tendré que decir lo que he visto —dijo Olaf. El coqueteo se había ido, era todo negocios ahora. Era más frío, más independiente de esta manera, una vez había pensado que más aterrador. Ahora que tenía su versión de coquetear con la que comparar su lado de negocios, era por mucho mi favorita.

—Cuando dices Hechicero, ¿estás utilizándolo de la forma en que lo hacemos en los Estados Unidos? —Pregunté.

—No lo sé.

—Aquí Hechicero significa alguien que consigue su magia de hacer tratos con los demonios y los malvados —dijo Edward.

Él negó con la cabeza.

—No, un brujo es alguien que usa sus poderes para hacer daño y nunca para hacer el bien. No teníamos a un médico, como se dice aquí, con nosotros. Así que no puedo hablar con conocimiento de la magia, más bien del daño que causó.

—¿Qué tan similar era a este? —Pregunté.

—Tengo que ver los cuerpos antes de que asegurarme, pero el patrón de la sangre no parece el mismo. Los cuerpos en… —se detuvo como si no se le permitiera decir el nombre del lugar—, donde estuve eran sustancialmente diferentes. Los cuerpos no fueron destrozados, como por una fuerza invisible que no deja pistas, y no hay pruebas físicas más que sus víctimas.

—Nunca he oído hablar de terroristas del Medio Oriente que estén dispuestos a trabajar con la magia. Tienden a matar a cualquier bruja que encuentran —dijo Bernardo.

—No eran islámicos —dijo Olaf—. Querían enviar a su país de nuevo a una época mucho más antigua. Pensaban de sí mismos, ante todo, como persas. A su juicio, el Islam les había debilitado como pueblo, por lo que utilizaban mayores poderes que los musulmanes con nuestros pensamientos impuros y diabólicos.

—Espera —dijo Bernardo—, ¿estabas trabajando con los locales?

—Tú haces mucho de eso —dijo Edward.

Me miró y no pude leer más allá de la cara en blanco, pero había admitido que había trabajado en el Medio Oriente. Eso era nuevo para mí, aunque no una sorpresa.

—Los hombres que trabajan con nosotros con gusto nos hubieran matado hace una semana, pero todos estábamos en peligro.

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo —dijo Bernardo.

Todos asentimos.

—Así que ésta puede ser una especie de bestia-fantasma Pérsica, no un demonio, sino algo similar.

—Como dije, no teníamos a los profesionales necesarios con nosotros, así que sólo puedo decir que el daño parece similar, pero no es lo mismo.

—Bueno, vamos a ver si podemos encontrar a alguien en el pueblo que

sepa más que yo de magia persa preislámica. —Miré a Edward—. A menos que tú sepas más que yo, lo cual es nada.

Él negó con la cabeza.

—Nada.

—A mí no me miren —dijo Bernardo.

Me tragué la primera respuesta, que fue, no lo hacíamos. Habría sido la medía verdad y no cierto del todo. Había descubierto la información de la Comisaria para nosotros.

—Bueno, vamos a ver si hay alguien en el pueblo que sepa más que nosotros, o incluso en alguna universidad. Habrá un experto en alguna parte.

—Los académicos no siempre son buenos con la información del mundo real —dijo Edward.

—En este momento, estamos nulos para seguir, lo que significa que cualquier información es mejor que donde estamos. —Me encogí de hombros—. No se pierde nada por preguntar.

Los detectives de homicidios llamaron al Marshall Ted Forrester para hablar. Edward se fue, volviendo la cara más abierta de su alter ego. Sabía que Ted en realidad era la mayor máscara. Era interesante que ninguno de nosotros fuera invitado a hablar con los detectives.

Me volví hacia Olaf y Bernardo.

—Bueno, vamos a comprobar el ángulo Pérsico más tarde, pero ahora tengo otra pregunta. ¿Por qué los matan de semejante manera destruyendo la posibilidad de alimentarse de su sangre?

—Tal vez a su maestro no le gustaba el sabor de los hombres —dijo Olaf.

—¿Qué? —Pregunté.

—Las víctimas de su Maestro eran preferentemente strippers, en su mayoría mujeres, ¿correcto? —Dijo Olaf.

—Sí.

Se inclinó y susurró por lo que sólo yo y Bernardo pudimos oírle.

—Simplemente he matado a hombres, limpiamente, de modo que me puedo tomar mi tiempo con las mujeres. Tal vez es lo mismo para este maestro vampiro. No se complace con la alimentación de los hombres.

—Él mató a un stripper masculino en St. Louis —dije.

—¿Pero era como esos hombres entrenados? ¿Un soldado?

Me imaginé el cuerpo en mi mente, y porque había sido la única

víctima varón, lo vi con bastante claridad.

—Era alto, delgado, pero no musculoso, más… afeminado, supongo.

—Le gusta que sus víctimas sean suaves, los hombres que fueron asesinados aquí no eran suaves.

—Está bien —dijo Bernardo—, ¿sólo se trataba de matar a los hombres para que pudiera tomarse su tiempo con las mujeres? ¿Soy él único que lo encuentra inquietante?

Miré a Olaf, y tuvimos un momento de una mirada entre nosotros, entonces los dos miramos a Bernardo.

—Sé lo que Otto es y lo que hace. Francamente, comentarios como el que acaba de hacer son una de las pocas razones por las que me alegro de que esté aquí. Quiero decir, tienes que admitir que tiene una visión única de la mentalidad de un asesino en serie —dije.

—¿Y tú estás tranquila al respecto? —Preguntó Bernardo.

Me encogí de hombros y miré a Olaf, que me miró, tan tranquilo que parecía aburrido.

—Estamos haciendo nuestro trabajo.

Bernardo negó con la cabeza.

—Los dos son extraños como el infierno, lo saben, ¿verdad?

—Sabes, puede que desees mantener tu voz baja, Bernardo —dijo Edward. Él había regresado de hablar con los detectives y el Sheriff Shaw, quien finalmente se había unido a nosotros. Todavía estaban ignorándonos al resto. De alguna manera no me dolía que Shaw no quisiera hablar conmigo.

—Lo siento —dijo Bernardo.

—Van a darnos acceso a los forenses: vídeo, las cosas etiquetadas en bolsas e imágenes.

—Podría aprender más de las fotos y del vídeo —dijo Olaf.

—Están esperándonos a todos —dijo Edward.

—Déjame ver las fotos y los videos —dije.

—Sólo quiero algo a lo que disparar —dijo Bernardo.

—Sabes, la vida debe ser más sencilla para ti —dije.

Bernardo me lanzó una mirada sucia.

—No estás más que de mal humor porque hemos estado aquí durante horas y no sabemos nada de lo que nos ayudará a encontrar a ese hijo de puta.

—Sabemos que es similar al hechicero persa que conocí en el recinto

de seguridad —dijo Olaf.

—Sé que sería raro, y demasiado casual para la vida real, pero ¿podría ser el mismo hechicero con otro hechizo un poco diferente, o lo que sea? —Pregunté.

—No es posible —dijo Olaf.

—¿Por qué no? —Pregunté.

—El hechicero no era a prueba de balas.

—Así que está muerto —dije.

Olaf asintió con la cabeza.

—Bueno, si podemos rastrear a alguien en este país que juega con la magia persa, entonces tenemos que encontrar a alguien que desapareció de su vida.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Bernardo.

—Alguien que conoce este tipo de magia y ha desaparecido de repente. Una persona de trabajo, una esposa o un miembro de la familia, cualquiera, alguien que ha sido reportado como desaparecido. Entonces podríamos estar buscando a alguien que se hizo recientemente un vampiro, —respondí.

—¿Por qué? —Exigió Olaf.

—Porque si hubiera tenido este tipo de magia en St. Louis o Nueva Orleans o Pittsburgh, la habría utilizado. Se trata de un cambio completo en la forma en que matan. Si no han desaparecido strippers que se ajustan al móvil original, que es el que tiene la orden de ejecución, entonces yo diría que es alguien que firma con el nombre de Vittorio en la nota de la pared y la nota que llegó a mi oficina, pero no era de él.

—Todavía podrían ser de dos delitos diferentes —dijo Edward.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez Vittorio está matando a strippers en Las Vegas, pero eso no significa que nuestro hechicero y la gente que mató a estos agentes sean en realidad los vampiros de Vittorio. Los operativos entraron para la caza de vampiros, durante el día.

—Sé que con la tecnología de los SWAT usan la noche para los chicos humanos malos, pero los vampiros deben ser cazados con la luz del día si es posible —dije.

—Ellos fueron durante el día, Anita. La magia que se cierne sobre nosotros, o lo que sea, mató a tres de ellos, y el hechicero o algo más puso al resto en una especie de sueño.

—Nunca he oído hablar de nada así —dije.

—Nadie lo ha hecho —dijo.

—Pero si era de día —dijo Bernardo—, ¿quién escribió la nota con la sangre? ¿Quién tomó la cabeza y te la envió? Ya era de día y hay ventanas aquí que no están cubiertas. La única razón por la que la policía opina que fueron los vampiros se debe a que el nombre de Vittorio está firmado, y se trataba de una vieja guarida de vampiros.

—¿Estás diciendo que alguien ha implicado a Vittorio y a sus vampiros en esto? —Pregunté.

Bernardo se encogió de hombros.

—Tal vez.

—Joder, no se si espero que tengas razón o que estés equivocado. Si estás en lo cierto, entonces tenemos que encontrar a Vittorio antes de que él mate a otra stripper, y a un hechicero loco que está tratando de culpar a los vampiros de este crimen. ¿Había señales de colmillos en los muertos?

—No lo mencionó —dijo Edward.

—No me digas —dijo Bernardo—. ¿Tenemos que ir a la morgue y ver los cuerpos?

—¿Tienes miedo? —Dijo Olaf.

Bernardo le dio una mirada hostil que ni siquiera perturbó al otro hombre.

—No, más bien sólo preferiría no ir.

—Tienes miedo —dijo Olaf.

—Ya basta —dijo Edward—, los dos. Vamos a ir a buscar los cuerpos. Sin embargo, Otto, podrías comenzar a contarnos todo sobre el tema Pérsico. Eres es el único de nosotros que ha visto algo similar.

—No, voy a ir a la morgue con… —me miró—, Anita. Pero llamaré a la universidad local desde la camioneta y veré si tienen al experto que necesitamos.

—Todos iremos al forense —dijo Edward.

—Otto sólo quiere verme hurgar en los cuerpos —dije.

—No —dijo Olaf—. Quiero ayudarte a hacerlo.

En ese instante quería estar sentada fuera de todo esto. Me bastaba con ver las fotos y el video y eso sería lo suficientemente bueno. No quería ir a la morgue y ver a los muertos recientemente, especialmente con esta cantidad de sangre en el suelo. Iba a ser bastante horrible, pero más que eso no quería tener a Olaf ayudándome con los cuerpos. Lo haría disfrutar. Sin

embargo, los cuerpos eran parte de la escena del crimen. Estaban llenos de pistas. Tenía que ver si podía encontrar algo que nos ayudara a coger al que había hecho esto. Ya fuera un nuevo amigo hechicero de Vittorio, o alguien más, tenían que ser detenidos. ¿Hasta qué punto estaba dispuesta a seguir para detenerles? Todo el camino a la morgue con nuestra propia mascota asesina en serie. A veces las cosas que hago para mi trabajo me preocupan.



CATORCE

Olaf utilizó su super teléfono móvil nuevo para buscar en línea a la universidad más cercana o una universidad que pudiera tener lo que fuera necesario. La Universidad de Texas en Austin fue la ganadora, contando tanto con estudios Pérsicos e iraníes y disponibles mitologías menores del Oriente Próximo. Otras universidades y colegios tenían las dos primeras pero no la tercera. Dejó un mensaje con el Departamento de Estudios del Oriente Próximo cuando nos detuvimos en el estacionamiento de la oficina del forense del Condado de Clark de Las Vegas.

El edificio era indescriptible, situado en el centro de una zona industrial, pero había un discreto cartel que nos permitió saber que estábamos en el lugar correcto. También había un pequeño grupo de coches blancos y camiones en el lado opuesto del aparcamiento del forense del condado de Clark en su lado. Salimos, y Edward nos llevó a una pequeña puerta al lado de una puerta de garaje más grande. Pulsó un botón para que

sonara la campana.

—Supongo que has estado aquí antes —dije.

—Sí.

Hablé en voz baja.

—¿Fue Edward o Ted, el que llegó a la ciudad?

Me dio esa sonrisa que decía que sabía cosas que yo no.

—Ambos —dijo.

Le estreché los ojos.

—¿Estás diciendo que has llegado como un Marshall y un ase…?

La puerta se abrió, y las preguntas tuvieron que esperar. Bernardo se inclinó hacia delante y susurró en mi oído:

—Él nunca responde a las preguntas de nadie más que las tuyas.

Miré hacia atrás por encima del hombro, seguimos a Edward por las puertas de entrada doble.

—¿Celoso?

Bernardo me frunció el ceño. No, no me estaba burlando, pero estaba nerviosa, y los ataques eran más divertidos que lo que estábamos a punto de hacer.

En la televisión hay cajones. En la vida real no hay muchos, o en cualquier depósito de cadáveres que yo frecuente. Estoy segura de que en algún lugar debe haber cajones, pero ¿alguna vez has notado que en algunos programas de televisión los cajones son tan altos, que tendrías que tener una escalera para llegar a los cuerpos? ¿Qué pasa con eso?

Olaf y yo estábamos un poco atrasados con los pequeños trajes, con dos capas de guantes en mis manos y anatómicos: un par de látex, y un par de nitrilo azul. La doble capa se había convertido en estándar en la mayoría de las morgues, para proteger contra agentes patógenos transmitidos por la sangre. Gracias a las marcas de vampiro de Jean-Claude probablemente no podría coger nada, incluso con las manos desnudas, así que había optado por una única capa de nitrilo. Uno; sudo menos, dos; si tenía que tocar, o tomar algo, era menos torpe con una sola capa. Nunca me había sentido cómoda con los guantes. Elegí nitrilo sobre el látex, porque eran más resistentes a las perforaciones.

Las morgues casi nunca son oscuras y sombrías, como las muestran en la televisión. El Condado de Clark no era la excepción, pero era brillante y extrañamente alegre. Olía a limpio, con ese toque de desinfectante y algo mas. Nunca estaba segura de lo que era el «algo mas», pero nunca me

dieron ganas de respirar profundo. Sospechaba que el «olor» era en realidad imaginario, y no existía en absoluto. Las morgues en realidad no huelen en gran parte a nada. El Condado de Clark tenía un segundo refrigerador para los organismos que podrían hacer oler a la morgue como otra cosa. Realmente apreciaba eso.

Olaf y yo llegamos a la sala de autopsias en primer lugar, todos los mostradores eran de color rojo, fregaderos de plata brillante, y las paredes de azulejos muy rojos. El esquema de color parecía la alegre cocina de alguien. Salvo que la mayoría de las cocinas no tienen cuerpos en una envoltura de plástico en una camilla cerca del fregadero y las encimeras. No pude sacar la analogía de la cocina de mi cabeza, por lo que el cuerpo no era fantasmal detrás de las capas de envoltura de plástico, sino que extrañamente era algo que se había sacado de la nevera.

Una vez los cuerpos me habían molestado, pero eso fue hace mucho tiempo. Lo que me molestaba de las morgues verdaderamente era pensar en el puñado de vampiros que estaban despiertos, mientras que yo tenía que estacarlos. Despertaban encadenados a una camilla. Los que sólo me escupían o trataban de morderme hasta el final no me molestaban. Eran los que lloraban. Los que rogaban por su vida. Esos eran los que me perseguían.

Las morgues ahora me hacían pensar en las lágrimas, y no en la mías. El Condado de Clark tenía una pequeña habitación de madera a un lado del garaje que era sólo para estacar vampiros. Estaba al lado de la habitación que se reservaba para la extracción de órganos. Las habitaciones eran casi idénticas, la única diferencia residía en que una ayudaba a la gente a vivir, y la otra les ayudaba a morir. ¡Oh, y habían cadenas y elementos sagrados en la sala de vampiros! Eran diferentes. Pero, afortunadamente, no tendría que utilizar esa habitación en la actualidad.

El Dr. T. Memphis, realmente ese era el nombre que estaba en su etiqueta, se detuvo sobre el primer cuerpo. Memphis era de cinco pies y seis pulgadas de alto y un poco redondo alrededor de la mitad, por lo que su bata blanca no estaba felizmente abotonada, pero había abotonado hasta el final hacia arriba. Llevaba la chaqueta blanca, corbata y cuello apretado. Debía haber sido el infierno en el calor del desierto, pero pasaba la mayor parte de su tiempo en lugares más frescos. Su pelo rizado estaba empezando a abandonar la lucha por cubrir todos los lados de su cabeza, y el gris le estaba ganando a lo largo al café con el que había empezado.

Pequeñas gafas redondas completaban el look.

Parecía inofensivo, y profesional, hasta que me miró a los ojos. Sus ojos eran fríos, grises y molestos. El enfado no lo cubría; él estaba cabreado, y no le importaba que lo viéramos.

Por supuesto, yo no tenía que llegar a los ojos para saber que no estaba contento con nosotros. Todo lo que hizo fue brusco y con ira. Chasqueó los guantes al ponérselos. Golpeó el lado de la camilla. Tiró el plástico fuera de la cara del cadáver, pero solamente la cara. Se aseguró de que el resto quedase cubierto.

Olaf vio todo impasible, como si el hombre no significase nada para él. Tal vez esa era la verdad. Tal vez Olaf se pasó la vida esperando a que alguien le interesara, y hasta entonces, la gente simplemente no lo hacía. ¿Era apacible el interior de la cabeza de Olaf o solitario? O, tal vez sólo había silencio.

Edward y Bernardo estaban mirando el único cuerpo que no había tenido tiempo de terminar el procedimiento. Era una habitación diferente, por lo que sólo estábamos Olaf y yo con el Dr. Memphis. Habían conseguido una doctora, cuyo nombre no había captado. Confié en Edward para averiguar todo lo que necesitara saber, y en Bernardo para saber todo acerca de la atractiva mujer que hacía apenas unos pocos minutos había conocido. De cualquier manera, estábamos cubiertos.

No me habían elegido para comenzar con el procedimiento de los cuerpos; Edward había hecho la división del trabajo. Había tratado de separar a Olaf y a él mismo en un solo equipo, y Bernardo y yo en otro, pero Olaf había puesto su pie de gran tamaño hacia abajo. Pensé que lo mejor que Edward podía hacer era darme los cuerpos que pensé que serían menos interesante para el tipo grande.

Eventualmente tendríamos que ver los demás cuerpos, pero creí que podría retrasar la parte de Edward y ambos pensamos que recibiría la mayoría de las piedras de Olaf. A veces lo mejor que puedes hacer es retrasar la peor parte, aunque tan sólo un poco.

El hombre situado en el plástico tenía el pelo castaño corto. Su tez era gris con los bordes oscuros, como alguien que tenía un bronceado, pero se había desangrado. Sólo de ver su rostro y el cuello, sabía que se había desangrado hasta morir, o sangrado antes de morir. La causa oficial de la muerte podría decir algo más, pero había vivido lo suficiente como para perder la totalidad o la mayor parte de su sangre.

—¿El desangrado es la causa oficial de muerte? —Pregunté.

El Dr. Memphis me miró, era un poco menos hostil.

—Lo es, ¿por qué me lo pregunta?

—Soy una cazadora de vampiros, veo un montón de cadáveres sin mucha sangre.

—Dijiste que este lo era. ¿Hay otras causas de muerte en los otros hombres? —Dijo Olaf.

Levantó la vista hacia el hombre más grande, y otra vez no era amigable. Tal vez no le gustaban los hombres que eran un pie más alto que él. La enfermedad de las Personas pequeñas: la actitud.

—Míralo por ti mismo —dijo Memphis, y quitó el plástico para exponer más del hombre hasta su cintura.

Sabía cómo se había desangrado; cortes. Muchos cortes. Conocía la obra de la espada cuando la veía. Eran muchas heridas, como si fueran bocas enfadadas por todas partes, pero sin labios, desmesuradamente abiertas para mostrar la carne pálida por debajo.

—Fue una hoja de algún tipo.

Olaf asintió con la cabeza y extendió la mano hacia las heridas con las manos enguantadas. Le detuve, justo antes de que tocara el cuerpo, con mi propia mano enguantada en su brazo. Olaf me miró, sus ojos profundos cambiaron hasta que se remontó al primer signo de hostilidad que había tenido antes de que le empezara a «gustar».

—Pregunta primero —dije—, estamos en la casa del médico, no en la nuestra.

Continuó frunciéndome el ceño, luego su rostro cambió, no se suavizó, acababa de cambiar. Puso la otra mano sobre la mía, para apretarme la mano en su brazo. Era mi turno para no alucinar. Pero se me aceleró el pulso, y no por la razón habitual de cuando un hombre me toca y se acelera mi ritmo cardíaco. El miedo pulsó en mi garganta como si me estuviera ahogando con un caramelo. Luché por no mostrar el miedo de otra manera. No lo hice por el bien de Olaf, sino para que el doctor no descubriera que había algo raro.

Mi voz sonaba normal cuando le pregunté al médico.

—¿Está bien si tocamos el cuerpo?

—He reunido todas las pruebas que pueda de este… cuerpo, así que sí.

Había dudado con la palabra cuerpo, no era algo que la mayoría de los patólogos tuvieran problemas al pronunciar. Entonces me di cuenta de que

había sido lenta. Él conocía a los hombres, o al menos algunos de ellos. Las probabilidades eran que había tenido que trabajar con las personas que conocía en las últimas horas. Duro.

Traté de levantar mi mano del brazo de Olaf, pero mantuvo su presión sobre la mía, por lo que me mantenía en su lugar. Por un segundo pensé que sería una pelea, pero luego alejó su mano.

Luché para no alejarme de él. Luché con casi todo lo tenía para no salir corriendo y gritando. Ver el cadáver cortado era como una cita romántica para Olaf. Hijo de puta de mierda.

—Te ves pálida, Anita —me susurró.

Me lamí los labios secos y dije lo único en lo que podía pensar.

—No me toques otra vez.

—Tú me tocaste primero.

—Tienes razón, fue mi error. No volverá a suceder.

Susurró de nuevo, inclinándose sobre mí.

—Espero que así sea.

Eso fue todo, me aparté. Él me hizo estremecer primero, muchas personas no pueden decir que lograran hacer eso, pero no podía estar allí al lado de este hombre con el cadáver cortado, este oficial de policía, y saber que para Olaf, mi contacto con el cuerpo del muerto, eran los juegos preliminares. Oh, Dios mío, no podría trabajar con este hombre. No podía, ¿o sí?

—¿Hay algún problema? —Preguntó el doctor Memphis, mirándonos con curiosidad de uno a otro. No se enfadó más, estaba interesado. Yo no estaba segura de que fuera una mejora.

—No hay problema —dije.

—No hay problema —dijo Olaf.

Volvimos a mirar el cadáver, y el hecho de que yo estuviera menos preocupada mirando al hombre descuartizado que mirando a los ojos de Olaf decía mucho acerca de lo que Olaf era para mí. No estaba segura de lo que decía, pero era algo. Algo aterrador.



QUINCE

Había esperado que Olaf fuera torpe con el cadáver, ya que tenía luz verde, pero no lo fue. Exploró las heridas con sus dedos, delicadamente, como si tuviera miedo de despertar al hombre o hacerle daño. Al principio pensé que tenía algo de respeto por los muertos. Tal vez era una cosa militar/ policía. Un respeto a sus muertos. Luego comprendí que no era eso en lo absoluto.

Fue cuando estaba en su tercera herida, y con el mismo exacto patrón de nuevo, que tuve una pista. Comenzó trazando el borde de la herida con la punta de los dedos, luego la siguiente vez en torno a la herida, sumergió sus dedos un poco más profundo, pero era todavía de alguna manera extrañamente gentil. La próxima vez metió dos dedos en la carne de la herida. No fue un movimiento tan suave, como si estuviera encontrando trocitos que detuvieran la suavidad de su progreso, pero bordeaba la herida de nuevo.

Por último, hundió dos dedos lo suficientemente profundo en la herida que hizo un pequeño sonido de chapoteo. Cuando lo hizo, cerró los ojos como para escuchar, como si ese sonido pudiera decirle algo. Pero yo estaba bastante segura de que no era eso. Quería saborear el sonido. La forma en que uno cierra los ojos por una pieza favorita de música. Cierra los ojos para que su vista no le quite algo de su audición.

Cuando comenzó por una cuarta herida, comencé a decir algo, pero Memphis me ganó en ello. —¿Hay un propósito en lo que está haciendo, Marshall Jeffries? —Su tono dijo claramente que dudaba de ello.

—Cada herida que he explorado fue hecha por una hoja diferente. Dos de las heridas fueron hechas con algo que tenía una curva pronunciada en la misma. La primera herida era de una hoja de forma más estándar.

Memphis y yo miramos a Olaf, como si hubiera hablado en lenguas. Creo que ninguno de nosotros esperaba algo útil de los toqueteos del cadáver. Maldito sea.

—Eso es exactamente correcto —dijo Memphis. El médico miró fijamente al tipo grande y, finalmente, sacudió la cabeza—. ¿Usted fue capaz de decir todo eso con sólo pasar sus dedos a lo largo de las heridas?

—Sí —dijo Olaf.

—Yo habría dicho que era imposible, decir todo eso a partir de lo que acaba de hacer, pero tiene usted razón. Tal vez pueda ayudarnos a atrapar a este… bastardo. —¿Me preguntaba lo que había previsto decir antes de que escogiera bastardo, o era sólo una de esas personas que no maldecía mucho y necesitaba practicar? Estaría encantada en ayudarle a practicar.

—Conozco el trabajo de la hoja —dijo Olaf, en su voz vacía de costumbre, aunque cuando su voz es tan vacía de profundidad, tiene un gruñido en ella.

—¿Tiene que ver todo el espectáculo? —Preguntó Memphis.

—¿Todo el espectáculo? —Olaf lo hizo una pregunta.

—Quiere decir, ¿Si tenemos que ver el resto del cuerpo al descubierto? —Dije.

Olaf se limitó a asentir, sin decir palabra, el rostro impasible.

No estaba segura de que necesitáramos ver el daño por debajo de la cintura, pero no podía negarme. ¿Y si iba toda debilucha por ello y no miraba, pero hubiera una pista vital en el cuerpo? ¿Algo metafísico que Olaf no pudiera ver, o el médico, pero yo sabía lo que era?; Olaf conocía el trabajo de la hoja, más íntimamente de lo que yo alguna vez quisiera, con

suerte. Pero yo conocía mejor la metafísica. En cierto modo, Edward, quien se desempeñaba en la metafísica bastante bien para alguien que no tiene talento para ello, y Bernardo, que era estrictamente un tipo ver-y-tirar, eran un buen equipo para buscar los cuerpos, y curiosamente, también lo éramos Olaf y yo, cada de uno de nosotros tenía las habilidades que los otros carecían, y podríamos aprender más juntos que separados, tan inquietante como para que fuera a admitirlo en mi cabeza, era cierto.

Los cortes continuaban debajo del cuerpo. No sé por qué el daño a los órganos sexuales es siempre tan inquietante, pero lo es. No había nada especial en el daño allí, solamente un corte que resultó cruzar su ingle. No era la mutilación por el motivo de mutilar, sino que era sólo otro corte. Todavía me dieron ganas de mirar hacia otro lado. Tal vez era por todos aquellos tabúes de la desnudez con que crecí, pero me pareció mal sólo quedarse mirando. Se podría pensar que había superado esa parte, pero todavía no lo había hecho. La mutilación sexual, incluso accidental, me molestaba.

Olaf se estiró hacia el cuerpo, y por un terrible momento pensé que llegaba hasta allí, pero fue a una herida en el muslo. No la exploró suavemente, como hizo con las demás, sólo metió los dedos dentro, como si buscara algo.

En realidad se arrodilló al lado de la camilla, mirando detenidamente en la herida. Había hundido sus dedos en la medida en que pudo y estaba luchando por seguir adelante. Había logrado en realidad encontrar sangre nueva.

—¿Qué está buscando? —Preguntó Memphis.

—Esta es más profunda, y desgarrada. ¿Encontró la punta de una de las armas, rota en la herida?

—Sí, —y Memphis ahora parecía impresionado por completo.

También me impresionó a mí, pero también sabía donde Olaf había obtenido su experiencia. —¿Sabías que el arma se había roto en esa herida, en particular, con sólo mirarla? —Dije.

Me miró, con los dedos aún en lo profundo de la herida, el desgarro que había hecho sacó lo poco de sangre que quedaba. Su rostro por fin se alejó del médico, por lo que me permitió ver lo que estaba pensando. Su rostro se suavizó y se llenó de calor, anticipación; cosas románticas. Joder.

—Tus dedos son más pequeños que los míos, podrías ser capaz de llegar más lejos —dijo, y se paró, sacando sus dedos, dejándolo hacer otro

sonido. Cerró los ojos y dejó que su cara mostrara el estremecimiento que había estado ocultando del médico, ya que sólo yo podía verlo. No era un estremecimiento de miedo o repulsión.

Aparté la vista de su cara y de vuelta al cuerpo.

—Estoy segura de que el médico ha conseguido todo lo de esa herida que se pueda encontrar, ¿verdad, doc?

—Sí, pero tiene razón. He encontrado la punta de un cuchillo. Vamos a analizarlo y esperemos aprender algo.

—¿Están todos los cuerpos como este? —Pregunté. Olaf todavía estaba girado de espaldas al médico. Me había movido, así no podía ver su cara. No quería saber lo que pensaba, y segura como el infierno que no quería ver los pensamientos cruzar su cara.

—¿Ya han terminado con este cuerpo? —Preguntó.

—Yo sí, no sé Jeffries aquí.

Olaf habló sin girarse.

—Conteste a la pregunta de Anita antes de que conteste a la suya.

—Los cuerpos que he procesado se parecen a este, sí, algunos peor, uno no tan malo, pero sobre todo peor.

—Entonces, sí —dijo Olaf—, hemos terminado con este cuerpo. —Su voz estaba bajo control, y se dio la vuelta, con su cara una vez más impasible y su ceño normal.

El médico cubrió de nuevo el cuerpo. Luego fuimos a ver el número dos. Olaf se quitó los guantes y consiguió otros nuevos. Yo no había tocado el cuerpo, por lo que conseguí mantener los míos.

El siguiente cuerpo era casi idéntico, excepto que el hombre era un poco más bajo, más musculoso, con pelo y la piel más pálida. Su cuerpo había sido casi despedazado. No eran sólo cortes, era como si una máquina hubiera tratado de comerlo, o… Con el cuerpo limpiado y presentado, se podía ver el daño, y todavía era difícil para mi mente tomarlo todo en detalle.

—¿Qué diablos le pasó? —Pregunté en voz alta antes de que estuviera segura que querer hacerlo.

—Las pocas heridas que he sido capaz de aislar hasta ahora parecen tener algunos de los mismos bordes de las heridas anteriores. Es el mismo tipo de arma, tal vez las mismas armas; voy a necesitar más pruebas para estar seguro.

—Pero esto es diferente, —señalé el cuerpo—, esto es… Ha sido

descuartizado.

—No, descuartizado no, no había ninguna intención de tomar la carne para comerla —dijo Olaf.

Levanté la vista hacia él. —¿Carne? —Dije.

—Has dicho que estaba descuartizado, pero eso no era exacto, la carne se arruina de esta manera.

—Es una forma de hablar, Otto —dije, y otra vez no sabía cómo interactuar con él.

Estaba mirando el cuerpo, y esta vez no pudo ocultar todo del médico. Estaba disfrutando viendo este cadáver.

Miré a Memphis y traté de pensar en algo distinto de Olaf.

—Esto parece casi mecánico —dije—. Hay demasiado para un ser humano, ¿verdad?

—No, —contestó Olaf—. Un ser humano puede hacer todo este daño, si un poco de ello fuera post mortem. He visto a gente cortar cadáveres, pero esto es, —se inclinó sobre el cuerpo, más cerca de las heridas—, diferente.

—¿Diferente cómo? —Pregunté, tal vez si sólo seguía haciendo preguntas, tendría que responder y no sería tan espeluznante.

Delineó su dedo a través de algunas de las heridas en el pecho. Cualquier otro cerca de un cuerpo hubiera señalado por encima de la piel, pero él tocó el cuerpo. Por supuesto que sí.

—En el primer cuerpo, las heridas son deliberadas, espaciadas. Esto es una locura. Las heridas se entrecruzan entre sí. El primero parece casi una lucha de cuchillo, la mayoría de las heridas no son heridas de muerte, como si el asesino hubiera estado jugando con él, haciéndolo durar. Estas heridas son profundas desde el principio, como si el asesino tuviera la intención de terminarlo rápidamente. —Miró a Memphis—. ¿Alguien interrumpió la escena? ¿Algunos civiles se encuentran entre los muertos?

—¿Crees que el asesino oyó algo y dejó de jugar, para sólo matar? —Preguntó Memphis.

—Una idea —dijo Olaf.

—No, ningún civil, sólo la policía y nuestro cazador de vampiros local.

—¿El último cuerpo está cortado como éste? —Preguntó Olaf.

Yo habría pensado en ello con el tiempo, pero estaba teniendo problemas para ser una buena investigadora en torno a Olaf. Mi factor repulsivo estaba metiéndose en mi forma de pensar.

—Uno de los otros miembros del SWAT está cortado de esta forma. Sólo el cuerpo que ya ha visto y el cazador de vampiros están cortados, como usted dice, como si jugara con ellos, u ofrecido una pelea a cuchillo.

—¿Tienen heridas en las manos y en los brazos, como si estuvieran armados con un cuchillo y se hubieran defendido? —Pregunté.

—¿Cómo sabes acerca de heridas así? —Preguntó Olaf.

—Cuando se pelea con cuchillos, aún así se usan los brazos como escudos, estas parecen heridas defensivas, pero se ven diferentes. Es difícil de explicar, pero lo sabes después de un tiempo.

—¿Por qué has tenido el mismo tipo de heridas? —Preguntó. Su voz tenía el más débil borde de deseo en ella. Casi me odiaba por responder la pregunta, pero…

—Sí.

—¿Has visto heridas como esas en los brazos de los otros hombres? —Preguntó Olaf.

Recordé, los imaginé.

—No.

—Porque no estaban allí.

—Así que no pelearon a cuchillo —dije.

—O lo que sea que combatían era mucho más rápido que ellos, no fueron capaces de utilizar sus habilidades para ayudarse a sí mismos.

Miré a Olaf.

—Ya era de día, y había ventanas descubiertas en el depósito. No pudieron haber sido los vampiros.

Me dio una mirada.

—Tú de todas las personas sabes que hay algo más que vampiros que son más rápidos que los humanos.

—Oh, está bien, quieres decir hombres animales.

—Sí —dijo.

Miré a Memphis.

—¿Fueron alguno de los ataques más frenéticos hechos con otras cosas distintas que las hojas? ¿Quiero decir, ha encontrado evidencia de garras o dientes?

—Sí —dijo—, y el hecho de que averiguara eso, me alegra de que fuera invitada aquí. Estos eran nuestros hombres, ¿lo entiende?

—Usted quería resolverlo sin la ayuda de un grupo de desconocidos —dije.

—Sí, se lo debíamos.

—Lo entiendo —dijo Olaf. Era ex-militar, por lo que probablemente lo hacía.

—Pero usted conoce a los monstruos mejor que la policía ordinaria. Pensé que para el Servicio de Marshall tener una rama sobrenatural era sólo una forma políticamente correcta de dar a un montón de asesinos una insignia. Pero ustedes conocen realmente a los monstruos.

Eché un vistazo a Olaf, pero seguía mirando el cuerpo.

—Conocemos a los monstruos, doc, es lo que hacemos. —Le respondí el doctor.

—Dejé de procesar el último cuerpo cuando encontré lo que pensaba que era daño de licántropo. Quería esperar al experto sobrenatural, que supongo es usted.

—Así nos llaman —dije.

La puerta de la sala de autopsias se abrió, y tres nuevas personas con batas y guantes entraron en la habitación, rodando otra camilla y una nueva figura envuelta en plástico. Este plástico estaba más flojo, como si hubiera sido apresuradamente vuelto a colocar sobre el cuerpo. Memphis se quitó los guantes y comenzó a ponerse otros nuevos. Nuevo cuerpo, guantes nuevos, limpiarse, quitarlos. Tiré mis guantes después de los del médico. Olaf me siguió pisándome los talones, como el juego de seguir al líder. Olaf se alzaba detrás de mí, un poco demasiado cerca. Me apresuré a dar alcance a Memphis y a los recién llegados. Tres extraños y un cadáver, y estaba ansiosa por conocerlos. Cualquier persona era un paso adelante respecto a Olaf en este momento.



DIECISEIS

Esperaba que Edward y Bernardo rastrearan el último cuerpo, pero no lo hicieron. Me preguntaba si Edward había recibido la llamada acerca de las órdenes. Los tres extranjeros ya estaban arreglados y listo para ir. Memphis presentó a uno como Dale y a la otra como Patricia. Dale tenía su cara detrás de unas gafas con la placa frontal y el cabello castaño, corto. Al parecer, quería ser muy cuidadoso. Patricia llevaba sólo gafas de protección. Era más alta que yo y tenía el pelo oscuro en apretadas trenzas. No veía a muchas mujeres adultas luciendo trenzas. Era un poco alta para el gusto de Olaf, pero el pelo era el correcto. Hubiera preferido que todos fueran hombres, o al menos una rubia. Pero no podía imaginar cómo decirlo, sin dar a conocer el hecho de que había un asesino en serie con nosotros y que no era el tipo malo que estábamos persiguiendo. Por supuesto, tal vez debería dejar de preocuparme por otras mujeres y vigilar mi propio culo, para variar. No, porque supiera lo que era Olaf, y si dañaba

a alguien, me sentiría responsable. ¿Estúpido, o realmente justo?

El último hombre en la habitación tenía una cámara en sus manos enguantadas.

—Esta es Rose —dijo Memphis.

—¿Rose? —Preguntó Olaf.

—Es la abreviatura de algo peor, —contestó Rose, y eso fue todo lo que dijo. Me pregunte ¿qué podría ser peor, para un hombre, que Rose? Pero no lo hice, algo sobre la forma en que había hecho el ultimo comentario no dejaba lugar para preguntas. El estaba listo para fotografiar una vez que Patricia y Dale comenzaran a desnudar el cadaver. El médico nos había explicado que no tocáramos el cuerpo hasta que lo señalara, porque podríamos arruinar su evidencia. Me parecía perfecto, pues nunca tenía prisa por tocar a los muertos desordenadamente. Y el cuerpo en la camilla estaba desordenado.

Lo primero que vieron mis ojos fue la oscuridad. El cuerpo estaba vestido con el mismo equipo del SWAT verde oscuro que Grimes y sus hombres habían estado usando. La sangre había empapado la tela y se convertía en su mayor parte en negro, por lo que el cuerpo era una forma oscura en la camilla de plástico color canela. Su rostro era una mancha pálida en el que le habían quitado el casco, pero su pelo era tan oscuro como el uniforme. Sus cejas eran gruesas y oscuras, también. Pero por debajo de las cejas, el rostro estaba destruido, perdido, en una ruina roja que mis ojos no querían entender.

Sabía por qué Memphis había pensado en un cambiaformas. No podría decirlo a toda la sala con seguridad, pero parecía que algo había mordido la mayor parte inferior de la cara del hombre.

Memphis habló a una pequeña grabadora digital.

—El examen se reanudó a las dos y medía horas con los Marshalls Anita Blake y Jeffries Otto como observadores. —Me miró desde donde estaba cerca del cuerpo—. ¿Va a hacer la observación desde el otro lado del cuarto, Marshall?

—No, —dije, y me adelanté. Tome una respiración profunda detrás de mi mascara final y fui a pararme cerca del médico y los demás.

Olaf vino detrás de mí como una sombra de terror, envuelto en plástico. Sabía que no estaba asustado por el cuerpo, por lo que al parecer iba a utilizar toda la cosa como una excusa para estar tan cerca de mí como fuera posible. Genial.

De cerca, la ruina de la cara era más evidente. Había visto cosas peores, pero a veces no se trataba de peor. A veces se trataba de suficiente. Últimamente, había empezado a sentir que había tenido suficiente. Si hubiera estado en cualquier cuerpo de policía normal, me habrían transferido de crímenes violentos después de dos o cuatro años. Ya tenía seis años y contando, y nadie se iba a ofrecer. No había suficientes comisarios en la rama sobrenatural que trabajaran en todo, y yo no estaba capacitada para ser un Marshall de lo normal.

Miré fijamente el cuerpo, con cuidado de que fuera el cuerpo y no el hombre. Todo el mundo lo hace frente de manera diferente, para mí es muy importante pensar en cuerpo, cosa. La cosa en la camilla no era una persona ya, y para que hiciera mi trabajo, tenía que seguir creyendo en eso. Una de las razones por las que no realizaba ya estacadas en el depósito de cadáveres era porque dejé de ser capaz de pensar en los vampiros como cosas. Una vez que una cosa se convierte en una persona, es más difícil de matar.

—Una vez quitas el plástico, te detuviste porque parecía como si algunas mandíbulas realmente grandes trituraron su cara inferior —dije.

—Exactamente lo que pensé —dijo Memphis.

Había trozos pálidos de huesos que mostrar, pero la mandíbula inferior fue arrancada, desgarrada.

—¿Ha encontrado la mandíbula inferior?

—No.

Olaf se inclinó sobre mí, estiró su cuerpo mucho más alto sobre el mío, de modo que se apoyó en mí. Se inclinó para mirar la herida, pero su cuerpo estaba tan cerca del mío que podía sentirlo a través de su bata de protección y la ropa. Cuando me puse la bata, no pensé que tendría que preocuparme por proteger la espalda. Por supuesto, un vestido de segunda no era realmente el tipo de protección que quería de Olaf; armas era lo que venía a la mente.

Mi pulso estaba en mi garganta, y no era el cadáver lo que me estaba molestando—. Retrocede Otto —dije con los dientes apretados.

—Creo que podría ser una herramienta y no mandíbulas —dijo, inclinándose aun mas, presionándose a si mismo contra mi. De repente era consciente de que estaba feliz de estar pegado a mi.

Mi piel de repente se puso caliente, y no sabía si estaba enferma o iba morir. Le empujé fuerte hacia atrás y me aparté de él y de su cuerpo. Debí

haberme movido más rápido de lo que pensaba, porque Dale y Patricia se apartaron de mi camino, y llegué al final de la mesa.

Olaf me miró, y sus ojos no eran neutrales. ¿Estaba pensando en la última vez que me vi obligada a ayudarle a cortar vampiros, y que había terminado la noche masturbándose con sangre en sus manos delante de mí? Había vomitado luego, también.

—Maldito bastardo, —pero mi voz no sonaba dura. Parecía débil y presa del pánico. ¡Mierda!

—Hay herramientas que pueden aplastar la cara de un hombre como éste, Anita. —El hablaba de negocios, pero su rostro no estaba serio. Una ligera sonrisa curvaba sus labios, y sus ojos tenían el tipo de calor que no se encuentra en una sala de autopsias.

Quería salir corriendo de ese ambiente y lejos de él, pero no podía dejar que ganara. No así delante de extraños. No podía darle al hijo de la gran puta la satisfacción. ¿Podría?

Tomé unas cuantas respiraciones profundas a través de la máscara y poco a poco tuve mi cuerpo bajo control. Concentración, facilidad de respiración, pulso normal, control. Era la misma manera que había aprendido para evitar la ascensión de las bestias. Tenía que tener ese chorro de adrenalina; si pudiera calmarlo o impedir que sucediera, entonces, a continuación, el resto no podía seguir.

Finalmente le miré con ojos tranquilos.

—Te quedas en tu lado de la mesa, Otto. No invadas mi espacio personal de nuevo, o te acuso por acoso sexual.

—No hice nada malo —dijo.

Memphis se aclaró la garganta.

—Marshall Jeffries, si no está saliendo con la joven, entonces le sugiero que haga lo que ella dice. He visto a hombres intentando cosas similares, —hizo pequeñas marcas citando con los dedos—, a las mujeres en el beisbol, golf, incluso disparando, pero nunca he visto a alguien intentándolo en una autopsia.

—Eres un hijo de puta enfermo —dijo Rose alegremente.

Olaf le dirigió una mirada que le borro la sonrisa de la cara. De hecho, Rose se quedo un poco pálido detrás de la placa frontal.

—Usted no me conoce lo suficientemente bien como para decir semejantes cosas.

—Hey, hombre, simplemente estoy de acuerdo con el Doc y la

Marshall Blake.

—¿Qué herramienta podría hacer este tipo de daño? —preguntó Memphis, tratando de hacer que todos volviéramos al trabajo.

—Hay herramientas de trituración, utilizadas en la industria de la carne. Algunas para quitar los cuernos al ganado, otras de castración, y algunas para cortar el cuello en un solo movimiento.

—¿Por qué alguien llevaría ese tipo de cosas con él? —Pregunté.

Olaf se encogió de hombros.

—No lo sé, pero digo que hay alternativas a las lesiones por licántropos.

—Entendido —dijo Memphis. Me miró, y sus ojos eran mas amables —. Marshall Blake, ¿está lista para ver el resto del cuerpo, o necesita un minuto?

—Si él se queda en su lado de la mesa, estaré bien.

—Debidamente señalado —dijo Memphis, y le dio una mirada menos agradable a Olaf.

Me moví alrededor de la camilla, poniéndola entre Olaf y yo. Era lo mejor que podía hacer y permanecer en la sala. Pero después de terminar con este cuerpo, encontraría a Edward y negociaría con él los compañeros de baile. No podía trabajar con Olaf en la morgue. Él veía todo como juego previo, y yo no podía hacerle frente. No, no podía, no quería.

Bernardo coqueteaba, pero él no quería coquetear alrededor de los cuerpos. No creía que los cuerpos recién sacrificados fueran sexy, sería francamente refrescante después de trabajar con el tipo asesino en serie, no importaba cuán indignante fuera el coqueteo.

El médico empezó a desenganchar el chaleco antibalas, pero se detuvo.

—Toma unos pocos primeros planos, Rose. —Señaló con los dedos enguantados en el lugar del chaleco. Olaf se había inclinado ya, así que si quería ver lo que había entusiasmado al doctor, tenía que inclinarme, también. Mierda. ¿Estaba tan preocupada por Olaf que no podría hacer mi trabajo?

Finalmente me incliné y vi las marcas de corte en el chaleco. Podrían haber sido cuchillas o realmente garras enormes. Era difícil saberlo a través de la tela. La piel desnuda me contaría más.

La autopsia de una víctima de asesinato es muy íntima. No es sólo el corte del cuerpo, sino quitarle la ropa. No deseas cortar o dañar más la ropa, en caso de que estropees las pistas, así que tienes que levantar el

cuerpo, mantenerlo, desnudarlo como una enorme muñeca o un niño dormido. Por lo menos el rigor había ido y venido. Un cuerpo con rigor es como tratar de desnudar a una estatua, no se siente diferente a cualquier estatua que alguna vez puedas tocar.

Nunca he envidiado a los técnicos de la morgue por su trabajo.

Dale y Patricia se movieron para levantar el cuerpo y facilitar la salida del chaleco. Nunca me gustó estar en la sala para esta parte. No estaba segura de por qué me molestó ver el cadáver desnudo, pero lo hizo. Tal vez fuese porque era una parte del proceso que no suelo llegar a ver. Para mí, los muertos se encuentran totalmente vestidos o desnudos. Al verlos pasar de un estado a otro me parecía como una invasión a su privacidad. ¿Eso sonaba a tontería? Los muertos cubiertos en la mesa no me importaba ni una mierda. Él estaba más allá de la vergüenza, pero yo no. Siempre es la vida la que jode la muerte, los muertos están bien con ella.

Olaf estaba a mi lado otra vez, pero no lo suficiente como para quejarme, aun.

—¿Por qué te molesta verlos desnudos?

Con mis hombros encorvados, cruce los brazos sobre la bata verde, doblando las manos en los guantes.

—¿Cómo sábes que me molesta?

—Lo puedo ver —dijo.

Sólo podía ver la mitad de mi cara y mi cuerpo estaba escondido detrás de la mesa. Sabía que había estado controlando cómo me levantaba y me iba, por lo que ¿cómo lo había notado? Por fin le miré y le dejé que mis ojos mostraran que había tenido un horrible pensamiento.

—¿Qué hice ahora? —Preguntó, y era casi el tono que todos los hombres usan, no todos los hombres, todos los novios. Mierda.

—¿Qué es lo que le molesta de nuevo, Marshall Blake? —Memphis se acercó a nosotros.

Negué con la cabeza.

—Dice que no, pero se ha puesto pálida otra vez. —Memphis le dio a Olaf una mirada de pocos amigos.

—Acabo de tener un pensamiento, eso es todo. Déjelo ir, Doc, sólo hágame saber cuando podemos volver y ver el cuerpo.

Nos miró de uno a otro, pero finalmente volvió a unirse a los demás. Casi lo habían desnudado de la cintura para arriba. Incluso desde aquí, estaba casi segura de que el pecho había sido destruido por garras, no

cortado.

—Te he molestado otra vez, Anita.

—Déjalo ir, Otto —dije.

—¿Qué hice mal? —Preguntó, y de nuevo era la pregunta novio.

—Nada, no hiciste nada espeluznante o desagradable. Sólo actuaste como un hombre durante un minuto.

—Soy un hombre —dijo.

Lo que quería decir era, pero tú no eres así. Eres un asesino en serie que piensa que los cadáveres son excitantes. Estás malditamente cerca de un chico malo, y estoy bastante segura de que algún día me veré obligada a matarte para salvar mi propia vida. Eres hombre, pero nunca podrás ser un hombre para mí. Pero no podía decir nada de eso en voz alta.

Él me miraba con esos ojos de párpados caídos, excepto que había un brillo muy tenue en esa mirada. Sabes cuál. Esa mirada que te da un tipo cuando le gustas y está tratando muy desesperadamente averiguar cómo comunicarse contigo, por favor, y no está teniendo éxito. Esa mirada que dice: ¿Qué hago ahora? ¿Cómo puedo ganar?

¿Cuál había sido mi pensamiento más aterrador? Que Olaf fuera sincero. De alguna manera loca, patológica, ese como, me gustó. Como en novio, me gustaba. No sólo para follar o matar, pero tal vez, sólo tal vez, en realidad quería salir conmigo, como un ser humano con otro. Parecía no tener ni idea de cómo interactuar con una mujer en una manera que no fuera aterradora, pero lo estaba intentando. Jesús, María y José, lo estaba intentando.



DIECISIETE

El pecho desnudo fue cortado en lonchas y en dados, pero no era como los demás. Nadie me convencería de que fue hecho con cuchillos. Conocía la obra de una garra cuando la veía.

—No se trata de cuchillos o herramientas —dije—. Fueron garras.

Olaf se apoyó en un lado del cuerpo, tal vez un poco más al tanto de él y de mí de lo que necesitaba, pero nada notable también. ¿Tal vez sólo estaba siendo demasiado sensible? No.

—Se que no es una cuchilla o una herramienta que yo conozca —dijo Olaf.

Miré a través del cuerpo y encontré que, sí, Olaf estaba mirándome a mí y no a él. Me puse de pie y di un paso atrás. Joder, me desconcertó y él lo sabía.

—Pero ¿Qué lo mato? —Preguntó Memphis.

Miré al médico, luego de regreso al cuerpo. Tenía razón, ninguna de las

heridas hasta el momento habían sido mortales. —El golpe de la mandíbula es terrible, pero a menos que hubiera muerto de la impresión, entonces… —Miré a la parte inferior del cuerpo, que todavía estaba cubierta.

—Si —dijo Memphis—, tenemos que seguir buscando la causa de la muerte.

—No soy un patólogo —dije—. No necesito saber la causa de la muerte, Doc. Estoy aquí sólo para ver si es algo sobrenatural o no. Eso es todo, todo mi trabajo.

—Entonces sigamos, Marshall Blake, pero antes ¿Podría confirmar que se trataba de un ataque de licántropo?

Tuve que volver al cuerpo y pasar las manos por encima de la herida. Acurruqué mis dedos en la mas estrecha imitación que pude de las marcas. Seguí el aire sobre las heridas, pero tuve cuidado de no tocar el cuerpo.

—Fueron garras y un licántropo, y estaba en forma de mitad humano, mitad animal cuando el ataque se llevó a cabo.

—¿Cómo puede estar segura de eso? —Preguntó Memphis.

Sostuve mi mano.

—Miré mi mano trazando las heridas. Las marcas fueron hechas con una mano, no una pata.

—Tu mano es demasiado pequeña para hacer marcas así, incluso con las unas —dijo la mujer, Patricia.

—Las manos se hacen mas grandes cuando una persona cambia de forma. ¿Puedo tomar prestadas tus manos por un momento, Otto?

—Es posible —dijo, y extendió las grandes manos hacia fuera.

—¿Puedes poner las manos encima de la herida como yo estaba haciendo, y seguir el rastro de la herida?

—Muéstramelo de nuevo —dijo.

Seguí mi mano derecha sobre las heridas, y él puso su mano mucho más grande sobre la mía, de modo que trazamos las heridas juntos. Traté de quitarlas, y apretó las manos a las heridas, como un animal capturándome contra el cuerpo, nuestros dedos separados. Metió los dedos en las marcas de la herida, y la extensión de los dedos era lo suficientemente grande para adaptarse a éstas. Él cubrió el cuerpo con la mano, mientras sus dedos enguantados excavaban en la carne.

Rose seguía tomando fotos.

—Basta, Otto —dije entre dientes. Cargaba sobre mí, múltiples armas, pero nada de lo que había hecho aquí justificaba pegarle un tiro delante de

testigos.

—Estoy haciendo lo que me dijiste —dijo.

Traté de retirar mi mano de debajo, pero la presionó más, apretando las manos en las heridas frescas de la carne muerta. Sus dedos emitían sonidos húmedos en las heridas, mientras me apretaba la mano, más pegada a la suya.

—Está arruinando las marcas de la herida, Marshall Jeffries —dijo Memphis.

Otto no pareció oírle. Yo tenía opciones. Podría ser débil, no. Podría lanzarme encima de él, pero el cuerpo estaba en medio. Podría ir a por un arma para la mano izquierda y dispararle. Eso era atractivo, pero no práctico. Demasiados testigos. Pensé en una elección.

Me incline y dije en voz baja.

—Si alguna vez quieres realmente salir conmigo, deja que me vaya. —Prefiero una cita con un puma salvaje, pero pensaba que estaba loco como para no entender eso.

Me miró, y no hubo sorpresa en sus ojos. Levantó la mano lo suficiente para apartar la mía. Acuné mi mano sobre la bata verde como si doliera.

—¿Está herida, Marshall Blake? —Preguntó Memphis.

Negué con la cabeza.

—Necesito un poco de aire, sin embargo. Lo siento, Doctor. —Nunca había salido antes de una sala de autopsias. Nunca me había achicado por algo antes, pero no fue el cuerpo lo que me hizo salir. Fue Olaf, allí de pie, mirándome. La mirada no era la de un asesino en serie sexual, era desconcierto. Era esa nueva manera de mirar, como si realmente estuviera intentando averiguar lo que me satisfacía. Era de esa mirada de lo que tenía que alejarme. Esa fue la imagen que me hizo volver a la puerta y luchar para no correr.



DIECIOCHO

Me quité los guantes y la bata y los arrojé a la basura. Estaba tranquila hasta que me golpeó la puerta exterior y el pasillo, y luego me alejé de esa habitación tan rápido como pude, sin correr. No huiría, pero Dios, quería hacerlo.

Estaba más molesta de lo que pensaba, porque me encontré con los malditos de Edward y Bernardo, que salían de otra habitación. Edward me agarró, o me hubiera caído.

—Anita, ¿Estás bien?

Negué con la cabeza.

—Los cuerpos están mal —dijo Bernardo.

Negué con la cabeza otra vez.

—No fueron los cuerpos. Los cuerpos están bien.

El agarre de Edward en mis brazos se tensó.

—¿Qué te hizo Otto ahora?

Seguía moviendo la cabeza y sentí la primera lágrima dura empezar a deslizarse por mi cara. Joder, ¿Por qué lloraba?

—¿Qué te hizo? —Cuando no respondí, me sacudió—. ¡Anita! ¿Qué te ha hecho?

Finalmente me calmé lo suficiente para mirarle. Negué con la cabeza.

—Nada.

Sus dedos se apretaron, casi causaron daño en mis brazos.

—Esto no se parece a nada. —Pero su voz, sus ojos, todo, me hizo temer lo que podría hacer si realmente pensaba que Olaf me había herido.

—De verdad, Edward, acaba de hacer sus cosas espeluznantes de costumbre. —Me tranquilicé lo suficiente para estar menos tensa en sus brazos. Cuando me relajé, así lo hizo el, pero sus dedos se quedaron en mis brazos. Estudió mi cara.

—Primero, es Ted, Anita, —pero su voz aun sostenía la ira, y sus ojos eran los de Edward en su momento mas peligroso.

Asentí con la cabeza.

—Lo siento, Ted, lo siento. Simplemente… —Sólo sacudí la cabeza. ¿Qué iba a decir?, ¿Que me había asustado Olaf tanto que me había olvidado de todo lo demás? Eso no sería de ayuda para calmar a Edward, ni a mi.

—Segundo, no eres tan fácil de asustar. ¿Qué hizo? —Esa última frase fue baja y deliberada, y llena de rabia contenida cuidadosamente. Comprendí en ese momento que Edward se culpaba por el interés de Olaf en mí. Supongo que el nos había puesto juntos, pero me di cuenta de que se sentiría culpable si ocurría lo peor, y ni Dios ni el Diablo mismo serían capaces de mantener a Olaf salvo de el. Por supuesto, yo estaría muerta, desesperadamente, horriblemente muerta, también. Supongo que en realidad no me importaría. Mierda.

—Vimos un cuerpo que tenía marcas de garras en el. Cambiaformas de algún tipo. El médico dio a entender que podría haber mas cuerpos así, pero la mayor parte eran de hojas.

Edward y Bernardo miraron detrás de mí. Yo no miré, porque estaba bastante segura de lo que vería.

—Antes de que llegue a nosotros, debes decirme lo que hizo que te haya molestado, Anita —dijo Edward.

—No sé si puedo explicarlo, Edward. Los patólogos no se tragaron que las manos humanas hicieran las heridas porque mis manos eran demasiado

pequeñas, por lo que pedí prestadas las manos de Olaf para mostrar el tamaño.

Edward me soltó y se dirigió hacia el tipo grande. Agarre su brazo.

—No, Edward, Olaf ha aprendido cosas de las heridas en los demás cuerpos. Realmente lo hizo. Su experiencia con una cuchilla y la tortura es valiosa. Incluso el Dr. Memphis estaba impresionado.

Edward no me miraba a mí, sino al pasillo.

Hablé con mayor rapidez.

—Nosotros no aprendimos tanto de ese cuerpo, de él, porque eran garras, y esa es mi área. Le dejé mandonearme, Edward, más de lo que debí, porque estaba siendo inteligente sobre el cuerpo. Dejé que me manipulara hasta que acabo por romperme. No fue culpa suya. No fue más lo que es, y lo olvidé por un segundo, Edward.

Edward me miró entonces y me envolvió en sus brazos. Fue tan inesperado que me puse tensa. Me miró, y no era románticamente. La mirada era intensa, enfadada, y en el fondo de sus ojos, un destello de temor. Tenía miedo por mí. Edward nunca tenía miedo, casi nunca.

—No olvides nunca lo que es, Anita —susurro, mientras se inclinaba un poco—. Cuando te olvidas de que son monstruos, te matan. —Me dio un beso en la mejilla. Sé que lo hizo por el bien de Olaf. Se que no me besó en la boca por mi bien o el de él. Hubiera sido demasiado extraño.

Le di una mirada asustada a Olaf cuando se acercó a nosotros, quitándose la bata. Los guantes ya se habían ido a la basura. Miró de mi a Edward, pero finalmente sólo a Edward.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no fue culpa tuya. Que te permitió manipularla porque habías sido inteligente con los otros cuerpos. Que tu experiencia con los cuchillos y las torturas habían sido útiles.

Olaf se sorprendió, y su voz se ajustó.

—Ella no mentía.

—¿Pensabas que iba a venir aquí y mentir, decir que habías sido un tipo grande y malo, y que pediría ayuda?

Puso sus sorprendidos ojos en mi y asintió con la cabeza.

—Las mujeres mienten, y utilizan a los hombres entre si. Es lo que hacen.

Negué con la cabeza y empuje a Edward con suavidad.

—Yo no hago cosas así. Dejé que me manipularas, y no volverá a

suceder, pero lo sabía bien. Te dejé… meterte en mi cabeza. Y lo sabía bien. —Le golpeé el pecho con la mano, lo suficiente para hacer daño—. Lo sabía bien. No pido que nadie que me proteja de mi propia estupidez.

—Me llevó mas tiempo de lo que pensé que sería capaz en darme cuenta de que sabes más que yo sobre cambiaformas. Podrías solamente negarme la entrada a la sala.

Asentí con la cabeza.

—Si, estúpido de mi parte. —Caminé lejos entonces, sacudiendo la cabeza. Tenía que alejarme de Olaf y de Edward y de los ojos interesados de Bernardo. Había tenido suficiente testosterona para el día.

El Dr. Memphis llamó desde el pasillo.

—Marshall Blake, ¿Puedo hablar con usted un momento?

Miré por encima de los otros hombres al médico. Todavía estaba en bata, sin guantes, como Olaf. Mierda. Había dejado que Olaf me asustara; no cometeré el mismo error dos veces. Pasé junto a todos ellos y señalé con el dedo al tipo grande.

—Tu te quedas aquí. Ustedes dos mantengan un ojo sobre el, para que yo no tenga que hacerlo. —Luego pase por delante de todos ellos y me fui hacia el doctor. Me había puesto otra bata, otra mascarilla, y mas guantes. Vería los malditos órganos por mi cuenta porque Olaf tenía razón: sabía de licántropos mejor que cualquiera de los demás. Me gustaría ver a este cuerpo por mi cuenta, y si Dios quería, me gustaría aprender algo que pudiera ayudarnos a entender que coño estaba pasando.

—¿El Marshall Jeffries vendrá? —Preguntó Memphis.

—No —dije, y entré por la puerta.



DIECINUEVE

Habían terminado de desnudar el cuerpo cuando Memphis me acompañó de nuevo dentro de la habitación. Quedó expuesto y no muy vivo. Parecía un cuerpo ahora, sin la ropa, y las heridas como lágrimas claras en la piel.
Desde el otro lado de la habitación podía ver que la ingle estaba ensangrentada. No podía decir qué tan malo era el daño. Realmente no quise saber qué tan malo era, pero como siempre tenía que ver todo. Mierda.

Rose había tomado todas las fotos que necesitaba o estaba demasiado conmocionado para tomarlas. Él estaba allí, con su cámara fotográfica olvidada en sus manos. Los otros dos técnicos no estaban mejor. Dale estaba ocupado con algo en los armarios.

Patricia fue a pararse delante de Rose y le dio la espalda.

—Cualquiera que necesite salir puede hacerlo —dijo Memphis.

Dale se fue por la puerta sin chistar.

—Ellos eran amigos —dijo Rose, y eso fue demasiado.

—Patricia —dijo Memphis—. ¿Necesitas salir?

—No, doctor, no, me quedaré. No le conocí tan bien como Dale, y hay algunos de los… Conocía a algunos de ellos mejor. No quiero trabajar sobre ellos, así que me quedaré. —Se dio la vuelta, pálida, los labios finos, pero una mirada determinada en su rostro. Lo haría.

—¿Rose? —Preguntó Memphis.

—Estoy bien, doctor. No lo conocía. Estoy siendo muy cobarde por la herida. Lo siento. —Él asintió con la cabeza—. Lo siento, haré las cosas mejor. —Él alzó la cámara de vuelta arriba y comenzó a sacar fotos.

Caminé alrededor del cuerpo para poder ver la herida más cerca. No es que quisiera verla, pero era una herida extraña. Por supuesto, una vez que estuve al otro lado, pude ver la parte interior del muslo derecho con claridad. Alguien lo había cortado, lo abrió desde la ingle hasta casi la rodilla. La arteria femoral había sido tostada. Uno se desangra en quince, o veinte minutos máximo. Uno puede salvarse si la herida es lo suficientemente superficial como para hacer un torniquete y la ayuda médica está en camino. Pero el que lo cortó no quería que él mismo se salvara con los primeros auxilios.

Todo lo que podría haber sido una vez un hombre, ahora no era más que sangre, pero… Los órganos genitales estaban intactos, o lo parecía. La única manera de estar segura era tocarlos y verlo, y no quería saberlo tan desesperadamente. Tuve que mirar con atención mucho más cerca de lo que quería, pero estaba en lo correcto, las heridas en realidad no cruzaban los órganos genitales, sino alrededor de ellos.

—¿Cuándo va a lavar la sangre?

—Sí —dijo Memphis—. Podremos ver esas heridas más claramente cuando hayamos terminado de limpiar el cuerpo, pero quisimos que usted lo viera primero.

Le miré.

—¿Por qué?

—Usted tiene cambiaformas en Las Vegas —dije.

—Tenemos, pero no serían admitidos cerca de una matanza de licántropos.

—Sí, igual que en casa, así que usted tiene que apañárselas conmigo.

—Si la mitad de su reputación es real, Marshall Blake, no estamos apañándonos.

Aparté la vista de sus ojos demasiado intensos. Él quería que yo solucionara esto. Quería que les ayudara a atrapar a la cosa que había matado a su gente. Quería ayudar, pero odiaba ese sentimiento de presión. La sensación de que si perdía la pista allí no habría ningún respaldo. Pensé en llamar a Edward, pero no estaba segura de que pudiera llamar a parte de mi respaldo sin que el resto regresara. Había terminado con Olaf por el día, era todo lo que podía manejar.

Me asomé lo más cerca de las heridas que pude. —Parece ser que las garras fueron alrededor de la ingle, profundamente, sino directamente dentro y fuera, sin ningún desgarro—. Me puse de pie y señalé la herida del muslo. —No como esa.

—¿Era más que un cambiaformas? —Preguntó Rose.

Fue una buena pregunta.

—Podría ser, pero no lo creo. Esto es cercano y personal, simplemente no hay espacio para una pelea de dos. No lo estoy descontando, pero todas estas heridas son tan debilitantes que una vez que ocurrieron, no hubo ninguna necesidad de que dos cambiaformas lucharan por este hombre.

—Su nombre era Randall Sherman, Randy —dijo Memphis.

Negué con la cabeza.

—Sin nombres en la morgue. Funciono porque es un cuerpo. Lamento que fuera su amigo, pero no puedo pensar en él de ese modo y hacer mi trabajo.

—Pensé que tenía que tener un nombre para resucitar a los muertos —dijo Patricia.

—Sí, pero ninguno de estos cuerpos podrá ser alzado.

—¿Por qué no? —Preguntó Patricia.

—Las víctimas de asesinato tienden a ir tras sus asesinos, ante todo. Mutilan o matan a cualquier cosa que se interponga en su camino, incluyendo a civiles inocentes.

—Oh —dijo ella.

Me quedé con la mirada fija a lo que quedaba del Oficial Randall Sherman y maldito Memphis por darme su nombre. No sé por qué eso podía hacer semejante diferencia, pero repentinamente le miré, no a un cuerpo. Me di cuenta que era alto y atlético, y había gastado un montón de tiempo permaneciendo en forma. Había pasado de los treinta, pero bien a principios de los treinta. Todo ese trabajo, para ser fuerte, ser rápido, ser el mejor, y algún monstruo viene y es más fuerte, más rápido, y mejor, sólo a

causa de una enfermedad en su sangre. Ninguna cantidad de levantamiento de pesas o correr alguna vez haría a un ser humano igual a un cambiaformas. Muy injusto, bastante cierto.

—¿Qué tipo de cabello encontró en el cuerpo y la ropa?

—Encontramos pelo humano, pero ningún pelo de animal —dijo Memphis.

Le miré.

—Sí —dijo él—. Puede parecer sorprendida. He visto otras dos matanzas de cambiaformas, y encontramos una buena cantidad de pelo animal en ambos. No puede acercarse a alguien y no arrojarlos, pero este cambiante limpió el cuerpo de pelo para que no supiéramos lo que era.

Negué con la cabeza.

—No necesariamente, doctor. Puede mirar su placa mortuoria, pero no los pequeños pedazos de su cuerpo. Vi el lugar de los hechos. Fue un infierno de pelea, y no hubo tiempo para limpiar de esa manera.

—¿Entonces qué hizo la criatura? ¿Llevaba un traje? —Él tocó su propio traje.

—Lo dudo —dije—, pero un cambiaformas realmente poderoso puede hacer un cambio parcial.

—Conozco la forma de hombre lobo o de un hombre gato —dijo Memphis.

—No, quiero decir que los realmente poderosos pueden cambiar simplemente las manos y los pies en garras. Vi a un hombre lobo trepar el lado de un edificio así.

—Ese fue uno de sus casos.

—No sé lo que quieres decir con eso, pero vi al bastardo hacerlo.

—¿Usó garras para meterse en el edificio? —Preguntó Patricia.

—Sí —dije.

—Wow, la sombra de Spiderman —dijo Rose.

—Más bien Glotón —dije—, pero el principio es lo mismo.

—Se escapó —dijo Memphis.

—Temporalmente —dije.

—¿Cómo lo atraparon? —Preguntó Patricia.

—Los obligué a aprobar a los hombres lobos, para que rastrearan al solitario hombre lobo, entonces le maté.

—¿Cómo que le mató? —Preguntó ella.

—Quiero decir, que me acerqué a él y puse una bala entre sus bebés

azules.

Su boca hizo una O sin sonido.

—¿Simplemente una bala? —dijo Rose.

—No —dije.

—De regreso al caso, pueden escuchar historias de guerra del Marshall después de que atrapemos a nuestro hombre.

—Lo siento, doctor —dijo Patricia.

—Lo siento, doctor.

—Así es que piensa que un cambiaformas muy poderoso hizo esto.

—Estoy bastante segura, y es una piscina muy pequeña de sospechosos. No hay tantos cambiantes en la ciudad que lo pueden hacer. Tal vez cinco en un grupo grande. Tal vez uno en uno pequeño.

—¿Piensa que el cambiaformas cortó en pedazos a los otros hombres?

—No, es casi como sí el que lo hizo tuviera múltiples brazos. Y un brazo por cada hoja.

—¿Sabe de alguna criatura sobrenatural que tenga brazos múltiples, Marshall?

Pensé en ello.

—Hay muchas mitologías con criaturas de muchos brazos, pero ninguno nativo de este país. Y francamente, Dr. Memphis, no estoy segura de que sean reales y existan hoy en día.

—Por lo tanto es difícil distinguir la realidad de la ficción cuando vivimos en un mundo donde el mito es real —dijo él.

—Es alguno de los extintos —dije.

—Cualquier cosa que matara a Randy Sherman no está extinto —dijo él.

Sentí que una sonrisa desagradable rizaba mis labios y me alegré de que estuviera escondida detrás de la mascarilla. No quería asustar a los locales.

—Nos dedicaremos a borrarlo del mapa.

—Necesitará una orden de ejecución —dijo Memphis.

—Cuatro oficiales de policía han muerto. Uno obviamente muerto por el ataque de un hombre animal. Conseguir la orden no será el problema.

—Supongo que sí —dijo Memphis, no sonó como si estuviera completamente feliz con eso.

—¿Algo está mal? —Pregunté.

—Es sólo que he firmado la petición que presentaron en Washington para tratar de obtener la derogación de la Ley del Peligro de Extinción de

los Preternaturales Domésticos, DPEA. Creo que las órdenes para su trabajo son demasiado amplias y violan derechos humanos.

—No es el único.

—Ahora, todo lo que quiero es agarrar a los bastardos que hicieron esto, no me importa que la orden se base en una ley equivocada. Así que eso me convierte en un hipócrita, Marshall Blake, y no estoy acostumbrado a pensar en mí mismo de ese modo.

—Ha visto a las víctimas de vampiro y cambiaformas antes —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Aquí no, sin embargo. Las Vegas tienen una de las más bajas tasas de asesinato por recursos sobrenaturales de cualquier ciudad en los Estados Unidos.

Ensanché mis ojos.

—No lo sabía. —En mi cabeza pensé, Max y Bibiana echan a andar un barco muy ajustado. En voz alta dije:

—¿Esta es la primera persona que ha visto morir de esta manera?

—No, el primer amigo, sin embargo. Creo que si en realidad creyera en mis convicciones, esto no haría ninguna diferencia.

—La emoción siempre hace una diferencia —dije.

—¿Incluso para usted? —Él me miró cuando lo preguntó.

Asentí con la cabeza.

—He oído los gritos cuando el verdugo tiene que ejecutar al vampiro durante el día. Suplican por sus vidas.

—Todo el mundo en el pabellón de los condenados a muerte es inocente, doctor, ya lo sabe.

—¿No le molesta entonces?

Tuve que apartar la vista de esa mirada escrutadora. En el momento que tuve que mirar hacia abajo, me obligué a mirarle a los ojos y dije la verdad.

—A veces lo hace.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

¿Significaba algo decir lo siguiente? No podía decir más, tal vez era sólo la verdad.

—Lamento su pérdida, doctor, de verdad, pero este momento es un ejemplo perfecto de por qué cumplo con mi trabajo. Mire lo que le hicieron a su amigo. ¿Quiere que esto ocurra a otra persona, a un amigo, a un esposo, a un hermano?

Su rostro se endureció, y estaba de regreso con la mirada hostil original.

—No.

—Entonces necesita que yo haga mi trabajo, doctor, porque una vez que un cambiaformas cruza la línea del mal, casi nunca regresa. Consiguen placer al dejar salir a la bestia. Se siente bien para ellos, y lo harán nuevamente a menos que alguien los detenga.

—Quiere decir que lo mate —dijo él.

—Sí, les mate. Quiero matar al cambiaformas que mató a su amigo, antes de que mate a alguien más.

Le tocó apartar la mirada.

—Ha dejado claro su punto, Marshall. Si lo necesita, daré por concluido que un cambiaformas hizo esto, porque es cierto.

—Gracias, doctor.

Él asintió con la cabeza.

—Pero de la manera en que la DPEA está escrita, usted no necesita que yo firme nada, ¿verdad? Sólo necesita llamar a Washington, y le enviarán por fax la orden.

—Contrariamente a los medios de comunicación populares, tenemos que asegurarles que su origen es sobrenatural.

—Asegúreles, pero no la prueba más allá de la sombra de la duda.

—Las sombra de la duda es para los tribunales, doctor.

—Este cambiaformas nunca va a ver la parte interior de una sala de tribunal, ¿verdad?

—Probablemente no.

Él negó con la cabeza.

—Se ofrecieron a dejar a alguien más el trabajo de Randy, pero es lo último que puedo hacer por él.

—No, no lo es, Dr. Memphis. Usted me puede ayudar a recoger bastantes pruebas para conseguir una orden y cazar a su asesino.

—Y veamos, ahí entra usted, Marshall, justo de vuelta a mi dilema moral.

No supe qué decirle a eso. Tenía mi propio dilema moral al que dedicarme, y no conocía a Memphis lo suficiente como para decirle que estaba entrando en la duda sobre mi trabajo, también. Hice la única cosa en la que podía pensar, volví al trabajo.

—Lamento su pérdida, ¿Pero me puede dejar ver los efectos personales que me perdí? —En mi cabeza, añadí, cuando dejé que Olaf me hiciera huir del cuarto, pero me conservé esa parte para mí misma. Fue suficientemente

humillante sin tener que compartirlo. Estaba pensando mejor sin él en el cuarto. No me había dado cuenta de simplemente cuánto me había despistado de mi juego hasta que él se fue. La división de trabajo no me dejaría sola con él otra vez, me lo prometí a mí misma.

En una bolsa de plástico había un pentagrama.

—¿Era Wiccan?

—Sí —dijo Memphis—. ¿Eso tiene importancia?

—Podría ser el por qué el cambiaformas se comió su cara primero.

—Explíquese —dijo Memphis.

—Si estoy en lo correcto, en ese entonces Sherman estaba lanzando un hechizo, y el cambiaformas le detuvo.

—No hay hechizo contra licántropos, ¿verdad? —Preguntó Rose.

—No —dije—, pero hay hechizos que impactan en otras entidades sobrenaturales. Los hechizos son casi exclusivamente para seres incorpóreos.

—Como fantasmas —preguntó Patricia. Ella había guardado tanto silencio en su esquina de la sala de autopsia que casi la había olvidado.

Negué con la cabeza.

—No, nada de fantasmas. Tú sólo los ignoras. Excepto espíritus, entidades, demonios, y otras cosas como esas.

—Quiere decir como el diablo —dijo Patricia.

—No, me equivoque, no debería haber dicho demonios. Lo que quiero decir es algo que es más energía que físico, en cierto modo.

—Lo que fuera que esgrimiera los cuchillos era muy físico —dijo Memphis.

—Los cuchillos fueron muy físicos, pero si Sherman pensó en un hechizo que pudiera ayudar en su contra, entonces tal vez lo que fuera que estuviera usando no lo era.

—No lo entiendo —dijo Rose.

—Ni yo —dijo Memphis.

Odiaba tratar de explicar la metafísica. Siempre salía mal, o en el mejor de los casos confuso.

—Necesitaré hablar con el aquelarre de Sherman, o al menos con su suma sacerdotisa, pero si era algo bueno en el lado mágico de su fe, entonces no habría perdido el tiempo inútilmente en algo que no ayudaría a salvarlos.

—Randy era muy devoto, y muy serio sobre su fe —dijo Memphis.

Asentí con la cabeza.

—Bueno, aún quiero hablar con su sacerdotisa, pero por ahora, necesito ver si puedo sacar en claro que tipo de animal hizo esto.

—No hay cabellos no humanos, Marshall —dijo Memphis.

Asentí con la cabeza.

—Ya lo escuché.

—Llevará tiempo analizar las marcas de garra.

—Eso no puede ayudar mucho de todos modos, no en esta forma modificada. Sabemos que andamos buscando a una persona más pequeña.

—¿Qué quiere decir, Marshall?

—Cuando un cambiaformas hace salir las garras, la mano crece más grande que la de un humano normal. El Marsahl Jeffries pudo esconder con la palma de su mano las marcas en el pecho. Él es un tipo grande, pero sus manos no son tan grandes como las de un cambiaformas cuándo está en forma de medio hombre. Eso significa que estamos buscando a alguien que no es tan alto, o tiene las manos más pequeñas.

—Pero usted acaba de decir que las manos crecen —dijo Patricia.

—Sí, pero hay un límite de cuánto más grande. Si toma a dos personas que son ambos del mismo animal, pero uno mide seis pies con manos grandes, y el otro mide cinco pies con manos pequeñas, cuando ambos cambian de forma, la forma animal será mayor que su forma humana, pero el hombre más pequeño todavía será un cambiaformas más pequeño que el más grande. Es una cosa de proporción de la masa.

—He leído ampliamente sobre cambiaformas, Marshall, y nunca he leído que alguien haya escrito eso.

Me encogí de hombros.

—Conozco a los cambiaformas, doctor.

—Está bien, pues andamos buscando a un hombre más pequeño.

—O a una mujer —dije.

—¿En realidad piensa que una mujer hizo esto? —Preguntó.

—He visto a los cambiaformas de ambos sexos hacer algunas cosas bastante sorprendentes, así que sí, este daño no descarta a una mujer.

—Dijo que va a intentar sacar en claro que animal hizo esto. Tenemos hisopos para ADN, y podemos tener suerte, pero si el licántropo estaba en forma humana excepto por las garras y los dientes, como usted sostiene, entonces el ADN puede darnos un humano.

—Debería haber una cierta cantidad del virus en el ADN —dije.

—Sí, y en pocos días lo tendremos de vuelta.

Negué con la cabeza.

—No tenemos unos días.

—Estoy abierto a sugerencias, Marshall.

—Ya se lo dije, llevo la licantropía, es decir que a veces puedo oler cosas que las persona no pueden.

—Va a intentar oler qué clase de animal fue.

Asentí con la cabeza.

—Pero —dijo Patricia—, si el cambiaformas estaba en forma humana, ¿Entonces no sólo olerá al humano?

—No —dije—, una vez que sabes lo que estás oliendo, hay un olor debajo. —Negué con la cabeza—. No puedo explicarlo, pero quiero intentarlo.

—Estoy deseoso de verla intentarlo —dijo Memphis.

—Tendré que bajar la mascarilla.

—Eso va contra los protocolos.

—Podría mantener el aliento, la saliva en cosas, pero no puedo coger nada del… Sherman.

—Si va a atrapar a esta criatura más rápido, entonces hágalo.

Miré los objetos e intenté decidir cuál sería la prenda de vestir o el equipo al que el licántropo habría estado más cerca. Miré todo en las bolsas, y finalmente me quedé con el micrófono de la garganta. Había sido realmente dañado por los dientes.

—Necesito que uno de ustedes lo desenvuelva y se asegure de que la cadena de prueba no se joda.

—Su olfateo no será admisible en los tribunales, ni siquiera con tantos oficiales muertos —dijo Memphis.

—No —dije—, pero no ando buscando una prueba legal. Ando buscando una pista de a donde ir para buscar a la gente que buscamos. Eso es todo lo que podemos esperar obtener de esto.

—Si huele a un cierto animal, entonces irá a hablar con ese grupo local —dijo él.

—Sí —dije.

Se acercó y cuidadosamente sacó las pruebas. Bajé la mascarilla y me incliné hacia adelante. Cerré mis ojos e invoqué esa parte de mí que no era ya muy del todo humana. Pude visualizar a las bestias dentro de mí, lobo, leopardo, león, tigre blanco y amarillo. Todos estaban a la espera en las

oscuras sombras de los antiguos árboles que había visualizado para mi lugar interior desde que cierto vampiro muy antiguo se metió conmigo. *Marmee Noir*, la Reina de Todos los Vampiros, me había dado a los tigres en un intento de controlarme. Hasta ahora, llevaba todavía la delantera; hasta ahora.

Llamé, delicadamente, a las bestias, y sentí como se movían. Ahora podía evitar que se expresaran físicamente. Podía llamar a la energía. Probé eso. Necesitaba uno que distinguiera el olor. Llamé a la loba. Vino trotando a mi llamada, blanca con sus marcas de color negro. Había hecho un poco de investigación y sabía que sus marcas significaban que la cepa de licantropía era probablemente del lejano norte, en alguna parte fría. Había más lobos blancos donde se conseguía más nieve.

Mi piel se puso de carne de gallina, y bajé mi cara hacia el pedazo de tecnología. El primer olor fue muerte. El lobo gruñó, y se escurrió por mis labios.

—Está bien, ¿Marshall? —dijo Memphis.

—Estoy bien, por favor no me hable mientras hago esto.

El olor de plástico era agudo, casi amargo. Al lobo no le gustó eso. Debajo de eso estaba el sudor, el miedo, y a ella le gustó. El miedo y el sudor querían decir comida. Alejé el pensamiento y me concentré. Necesitaba más. Olí a Sherman, el perfume de un hombre, y todavía tenía el olor a jabón y champú que había usado ese día. Fue como pelar las capas de una cebolla. Creo que si hubiera sido un lobo podría haber olido todo eso, e interpretado, pero mi cerebro humano era lento.

Sentí que mi nariz captó la cepa, y pensé, ¿Qué animal hizo esto? Olí saliva, y no era el mismo olor de Sherman. Aunque mi mente no podía interpretar cuan diferente era, acaba de hacerlo. Necesitaba el olor del animal, no de la persona. Me entregué al lobo, para sentir el pelo y las almohadillas, y… ahí. El más leve soplo de algo no humano.

Seguí ese olor apenas perceptible de la forma que encuentras un camino en el bosque. Un camino que apenas estaba allí, perdido en la maleza y en los pequeños árboles. Me abrí paso a empujones a través de esa abertura estrecha, y repentinamente el mundo estuvo lleno de… Tigre.

Los tigres dentro de mí se precipitaron rápidamente, rugiendo. Tropecé hacia atrás de la prueba, del olor, de Memphis. Caí sobre mi culo en el suelo, con el lobo corriendo a refugiarse y los tigres gruñendo dentro de mi cabeza. Una vez esto habría significado que los tigres intentarían asumir el

control de mi cuerpo, haciéndome trizas de adentro hacia fuera, pero ahora podía mantenerlos más bajo llave.

Alguien agarró mi brazo, y levanté la mirada. ¿Quién era ese hombre de plástico? Miré más allá de la placa frontal y le encontré humano, blando, y supe que toda esa educación, toda esa determinación, no era nada ante la garra y el colmillo. Tuve que intentarlo dos veces antes poder hablar.

—Espacio, deme espacio.

Él me dejó ir, pero sólo se arrodilló de nuevo. Le miré y a los otros dos. Patricia estaba asustada, y eso hizo que los tigres se agitaran dentro de mí, los felices gatitos. El miedo significaba comida.

Me puse de pies y tropecé con la puerta. Tenía que apartarme de ellos. Nunca debería haber probado esto sin Edward aquí para asegurarme… Asegurarme de que no perdía el control.

—Necesito aire, eso es todo. No me toque. —Abrí la puerta y tropecé afuera. Acabé de rodillas en el suelo, apoyada contra la pared, tratando de empujar a los tigres de vuelta a la zona de seguridad. No querían ir. Habían olido a otro tigre, y eso les excitó.

Edward habló desde una pequeña distancia.

—Anita, ¿Estás bien?

Negué con la cabeza, pero levanté la mano, pidiendo que se mantuviera alejado. Él lo hizo.

—Habla conmigo —dijo él.

Mi voz era entrecortada, pero llegó.

—Llamé a una energía de peludos para tratar de conseguir una pista.

—¿Qué pasó?

—No sé lo que mató a los otros, pero estamos buscando un hombre tigre que es probablemente inferior a seis pies en forma humana, o tiene anormalmente manos pequeñas. Y es lo suficientemente poderoso para poder hacer sólo garras y dientes, sin pelaje y ni ningún otro cambio exterior.

Sentí que Olaf y Bernardo se acercaban, antes de que levantara la mirada y los viera. Edward les mantuvo lejos, eso probablemente era igual de bueno.

—Sólo los más poderoso pueden hacer eso —dijo Edward.

—Sí —dije.

—¿Has aprendido todo eso con el olor? —Dijo Bernardo.

Levanté la mirada, y estaba bastante segura de que no fue una mirada

amigable por su reacción. —No, me enteré de la mayoría por el cuerpo, pero el tigre estaba oliendo—. Miré más allá de él a Olaf ahora en su equipo de asesino negro, me quité el traje de plástico. Le señalé con el dedo. —No podía pensar contigo allí dentro. No supe cuan inútil me hacías hasta que no estuviste allí.

—No tuve la intención de hacer tu trabajo menos eficientemente.

—Ya lo sabes, eso creo. Pero a partir de ahora trabajarás con alguien más. No más tiempo a solas durante el caso.

—¿Por qué estar a solas conmigo te distrajo? —Preguntó, y su cara era lo suficientemente neutral.

—Porque me asustas —dije.

Él sonrió entonces, un rizo pequeño de labios, pero sus ojos de cavernícola brillaban con satisfacción.

Me puse de pie entonces, y Edward fue lo suficientemente listo para no ayudarme.

—Ya lo sabes, tipo grande, la mayoría de los hombres que realmente quieren salir con una mujer no quieren que les tenga miedo.

Su sonrisa vaciló un poco, pero no mucho. Pareció perplejo por un momento, luego la sonrisa se volvió más grande y más satisfecha.

—Yo no soy la mayoría de los hombres.

Di un sonido que podría haber sido una risa, si no hubiera sido tan ruda.

—Bien, esa es la puta verdad —comencé a quitarme el equipo de protección.

—¿A dónde vamos? —Dijo Edward.

—A visitar a los hombres tigre.

—¿No son el animal para llamar del Maestro Vampiro de Las Vegas? —Preguntó él.

—Sí.

—Así que vamos a visitar al amo de la ciudad y a su esposa.

Asentí con la cabeza.

—Sí, Max y su esposa, la reina tigre de Las Vegas. Aunque el título real sea Chang y su nombre. Chang-Bibiana, en este caso.

—Espera —dijo Bernardo—. ¿Entramos allí y acusamos a uno de sus tigres de matar a un oficial de policía y ayudar a masacrar a tres más?

Miré a Edward; él me miró.

—Algo así —dije.

Bernardo se vio infeliz.

—¿Puedes por favor hacer que no me maten hasta después de haber tenido una cita con la Ayudante Lorenzo?

Le sonreí.

—Haré mi mejor esfuerzo.

—Para que nos maten a todos —dijo él.

—No es cierto —dije—. Siempre hago mi mejor esfuerzo para mantenernos vivos.

—Después de ponernos en peligro a todos, —masculló él.

—Lloriqueas como un bebé —dijo Olaf.

—Me quejaré de cualquier forma que me dé la gana.

Memphis salió y preguntó:

—¿Marshall, está bien?

Asentí con la cabeza.

—Estoy bien.

—¿Qué animal sintió usted?

¿Mentía, o decía la verdad?

—Tigre.

—A nuestro Amo de la ciudad no le gustará eso.

—No, pero la verdad es la verdad.

—Necesitará una orden judicial para entrar en su casa.

—Ya tuvimos esta charla, Memphis. Llamaremos por teléfono y nos enviarán por fax una para nosotros, pero creo que primero intentaré simplemente pedir una visita.

—¿Cree que él le dejará entrar al baile y acusar a su pueblo de asesinato?

—Creo que Max le dijo al Sheriff Shaw que me invitara a venir a jugar y que resolviera las cosas.

Los ojos de Memphis se pusieron en blanco.

—¿Lo hizo ahora?

—Así me han dicho.

—No suena como a nuestro amo.

—No, no lo hace —dije—, pero si me invitó, ¿Por qué no querría ayudarme a arreglar las cosas?

—Usted no entrará sin una orden judicial. El amo de Las Vegas es de la vieja escuela, eso le hace cuidadoso —dijo Memphis.

—Vamos a solicitar varias —dijo Edward.

Memphis le miró.

—¿Qué quiere decir?

—Tenemos una matanza de licántropos confirmada. Nevada todavía tiene leyes contra las alimañas en los libros. Podremos colocar una orden de ejecución al licántropo que hizo esto.

—Pero usted no tiene el nombre del licántropo —dijo Memphis.

Edward sonrió, sonreí, incluso Bernardo sonrió. Olaf sólo parecía siniestro.

—Sabe que no necesitamos un nombre. La orden será un poco vaga. Sigo olvidándome de las leyes de las alimañas en los estados occidentales, pero eso hace realmente más fácil obtener una orden vaga para un cambiaformas que para un vampiro —dije.

—Todavía creo que es una excusa legal para el asesinato —dijo Memphis.

Di un paso cerca del doctor, y él se mantuvo firme.

—Randall Sherman fue su amigo, no el mío. ¿No quiere que su asesino sea atrapado?

—Sí, pero quiero asegurarme de que sea el hombre tigre correcto, no sólo el que le disguste más a todos ustedes.

Le sonreí abiertamente, pero pude sentir que fue más un gruñido de destello de dientes. Los tigres aún estaban cerca—. Si a usted no le gusta la forma en la que hago mi trabajo, entonces presente una queja. Pero en la oscuridad cuando los monstruos grandes malos vienen a agarrarle, siempre nos quiere. Nos ve aquí de pie. Sabe lo que somos, lo que hacemos, y le hace sentirse incivilizado. Incluso con sus amigos en las camillas de la morgue, se echa atrás. Bien, nosotros no nos echamos atrás doctor. Hacemos lo que al resto de ustedes les da miedo hacer, —me incliné más cerca y susurré—, seremos su venganza, doctor, así puede mantener sus manos limpias.

Él dio un paso atrás como si le hubiera golpeado.

—Eso no es justo.

—¿Míreme de frente y dígame que no quiere venganza por lo que le hicieron a sus hombres? ¿Míreme de frente y dígame que no espera con ansias pesar el hígado de su asesino en una balanza?

Sus párpados parpadeaban detrás de sus anteojos. Abrió la boca, y la cerró, se lamió los labios.

—Es una mujer dura, Blake —dijo finalmente.

Negué con la cabeza.

—No hay tal cosa como una mujer dura, Memphis, sólo hombres suaves. —Con eso, me di la vuelta, y los otros me siguieron. Salimos por las puertas, y a por un teléfono, y un juez que nos diera las órdenes.

—¿Qué hizo el doctor para cabrearte así? —Dijo Edward.

—Nada, absolutamente nada.

—¿Entonces qué pasa con el acto de super perra? —Preguntó Bernardo.

Me reí.

—¿Quién estaba actuando, Bernardo, quién coño estaba actuando? —Los tigres formaron remolinos en mi interior, feliz de que estuviera enfadada, esperando con anticipación más cólera, más emoción. Querían salirse. Querían salir desesperadamente.



VEINTE

Salí al calor que no me dejaba respirar, y Edward agarró mi brazo, balanceándose a mí alrededor para que le afrontara.

Le miré.

—Anita, ¿estás bien?

Empecé a decir Bien, pero Edward no hacía preguntas a menos que algo no estuviera bien. Miré su mano sobre mi brazo hasta que él me dejó ir.

—Estoy bien.

Él negó con la cabeza.

—No, no lo estás.

Abrí mi boca para discutir, pero me obligué a detenerme y tomar algunas respiraciones profundas. Intenté pensar más allá de la sensación de ansiedad y cólera. Estaba enfadada. ¿Por qué? Memphis no había hecho nada para que me cabreara tanto. Así que él era un liberal que no aprobaba

la DPEA, ¿y qué? Había un montón de gente que se sentía así. Así que, ¿por qué ponerle los pelos de punta?

¿Por qué estaba enfadada? Bueno, eso marca, casi siempre estaba enfadada. La furia era como combustible para mí. Siempre burbujeaba debajo de la superficie. Fue probablemente una de las razones por la podía alimentarme de la cólera de otras personas. Era mi bebida favorita. La pregunta real era, ¿por qué estaba siendo una mierda con alguien que no se lo había ganado? Eso no me gustaba.

Estaba a punto de huir y ver a los hombres tigre, muchos de ellos. La energía del tigre dentro de mí estaba muy contenta con eso y un poco demasiado ansioso. El hecho de que no hubiera realmente cambiado de forma no quería decir que no lo hiciese. La otra única persona que había conocido con tantos diferentes tipos de licantropía en su cuerpo había podido cambiar a todas las formas. Él también estaba loco, pero eso pudo haber sido por otras cosas.

¿Qué ocurriría si, con mis tigres cerca de la superficie, repentinamente me encontrara rodeada por un montón de hombres tigre? No estaba segura, y esa era razón suficiente como para tomarlo con calma.

—Gracias, Ed… Ted. Lo necesitaba.

—Pareces más tranquila ahora.

Asentí con la cabeza.

—Me hiciste pensar. Primero, voy a volver a entrar y le pediré disculpas al Dr. Memphis. En segundo lugar, veré si sabe donde podemos encontrar a la suma sacerdotisa del Oficial Randall Sherman.

—¿Por qué? —Preguntó.

Les conté lo del pentagrama y mi teoría de que Sherman había estado probando un hechizo cuando el hombre tigre le mató.

—Los hechizos no funcionan contra los hombres animales —dijo Bernardo.

—No, no lo hacen —dije.

—Un practicante de brujería sabría eso —dijo Edward.

—Lo sabría.

—Lo que significa que algo más que vampiros y hombres tigre pudieron haber estado en ese almacén —dijo.

—Mis pensamientos exactos.

—¿Y si Memphis no conoce a la suma sacerdotisa de Sherman?

—Entonces buscaremos a alguien que le conozca. Llama a Washington

y comienza trabajar en esas órdenes. Una para un hombre animal que mató a Sherman, y la otra para buscar en las casas y en los negocios del Amo de Las Vegas.

—La segunda puede ser complicada. Max está muy bien relacionado aquí y es uno de los principales financiadores del grupo de presión pro-vampiro en DC.

No sabía eso último.

—Entonces debería querer cooperar con la policía.

Edward me dio esa sonrisa suya.

—Es un vampiro, Anita, siempre tienen algo de lo que esconderse.

Yo le devolví la sonrisa.

—No todos nosotros.

A eso, él no respondió, acababa de coger su móvil y comenzaba a trabajar en las órdenes. Me fui hacia la puerta para volver a entrar.

Olaf me siguió, pero le detuve.

—Tú te quedas con Edward, digo, Ted.

—El vampiro Vittorio hizo una amenaza contra ti. En realidad no deberías estar sola, no si él tiene hombres animales a su lado.

No le podría echar la culpa a su lógica.

—Bernardo, —llamé—. Tú conmigo.

Bernardo le dio a Olaf una mirada especulativa, pero vino a mi lado.

—Cualquier cosa que diga, señorita.

—No me llames así, nunca más —dije, y se acercó a la puerta.

—¿Por qué él y no yo? —Dijo Olaf.

Volví la mirada atrás hacia el hombre alto, vestido de negro. Se había puesto de nuevo los anteojos oscuros. Se quedo allí, pareciéndose a una idea de Hollywood de un tipo malo.

—Porque él no se acerca sigilosamente a mí, y tú sí.

—Yo soy mejor en una pelea que él.

—Os dejaré tener la pelea de chicos en algún momento, pero por ahora, tengo una disculpa que dar.

—¿Realmente vas a disculparte con el doctor?

—Sí.

—Una disculpa es una señal de débilidad.

—No si estás equivocado, y lo estaba. —Llegué a la puerta antes de que él interrumpiera otra vez.

—Fuiste mezquina con él, pero no estabas equivocada.

Finalmente miré al tipo grande.

—¿Qué pasa con todo la charla, Otto? ¿Miedo a perderme?

Eso lo hizo. Se dio la vuelta y se alejó. Bernardo se acercó hasta estar a mi par como una sombra alta, oscura, bien parecida. Presioné el botón para llamar la atención de alguien y que nos dejara entrar.

—Otto no es mejor en una pelea que yo. Es mejor con explosivos, y sabe donde pulsar en lo que se refiere a interrogatorios, pero no es mejor en una pelea.

—No dije que lo fuera.

—Sólo quería que lo supieras.

Le miré, y a esa infartante estructura ósea perfecta. Tenía el pelo largo y oscuro recogido en una trenza. Con el calor, estaba comenzando a debatir qué hacer con mi pelo, también.

—Sé que eres bueno en una pelea, Bernardo. Edward no se asocia con personas que no son buenas.

Tuvimos que presionar el botón otra vez y esperar a que nos dejaran entra.

—¿Entonces por qué no te gusto?

Le di una mirada ceñuda.

—No me desagradas.

—Pero tampoco te gusto.

La puerta se abrió. Era Dale, con su pelo castaño corto y sus anteojos. Nos dejó entrar pero no fue del todo agradable. No podía culparlo.

—¿Ha olvidado algo? —Preguntó.

—Una disculpa al Dr. Memphis. El caso me ha afectado más de lo que pensé.

La cara de Dale se suavizó.

—Nos está afectando a todos. —Nos dejó pasar y nos dijo donde encontrar a Memphis.

Volví a Bernardo.

—No, no me gustas. —No estaba segura de la gramática, pero decía lo que quería decir.

—Está bien, entonces eres neutral. No te gusto ni te desagrado, eso es extraño.

—¿Por qué es extraño?

En el acto dejó de caminar para mover sus manos y hacer un movimiento del voilá. Me di cuenta de que se estaba mostrando.

—No he tenido mujeres porque soy demasiado étnico para ellas. No he tenido mujeres por lo que hago para ganarme la vida. Algunas chicas odian la violencia. Pero eso no es para ti. No te importa nada de eso.

—¿Me preguntas por qué no creo que eres delicioso? —No pude evitar una sonrisa.

—No te burles de mí.

Negué con la cabeza y peleé por no sonreír más.

—No lo hago, pero lo encuentro peculiar en medio de una investigación de homicidio.

—Lo sé, primero los negocios, y me habría comportado si tú no hubieras comenzado a recibir toda esa tensión sexual alrededor del tipo grande.

—No estoy reaccionando a Otto —dije.

Él sostuvo en alto sus manos, como si estuviera rindiéndose.

—Sin intención de ofender.

—Él no me gusta de esa manera.

—No dije que te gustara, dije que estás reaccionando a él.

—¿Y cuál es la diferencia entre gustar y reaccionar?

—A ti te gusta Ted, pero no reaccionas a él. Sé que te estás poniendo toda amorosa, pero para tener a Otto lejos de tu espalda.

Le lancé una mirada dura.

—Oye, no lo echaré a perder. Estoy de acuerdo que es espeluznante que a Otto le gustes de la manera en que lo hace. Incluso no puedo discutir con lo que tú y Ted dijeron en el lugar de la escena del crimen.

—¿Entonces de qué te estás quejando?

Dos mujeres en pequeños trajes de noche pasaron caminando. Una se quedó con la mirada fija, y la otra lo hizo más disimuladamente mientras nos pasaban de largo. Bien podría haber sido invisible. Bernardo desperdició una sonrisa en ellas, luego se giró hacía mi como si nada hubiera pasado. Tuve una pista.

—Estás acostumbrado a que las mujeres reaccionen a ti, y yo no estoy reaccionando, y eso te está fastidiando.

—Sí, sé que es superficial como el infierno, pero es como si no me vieras, Anita. No estoy acostumbrado a eso.

—Estoy saliendo o viviendo con seis hombres, Bernardo.

Él me levantó las cejas.

—Mi plato está más que lleno, ¿de acuerdo? No es nada personal.

—No quiero salir contigo Anita, sólo quiero que reacciones a mí. —Sonrió, y fue una buena sonrisa—. Quiero decir, el sexo sería genial, pero pienso que Ted me mataría, y eso no me haría muy feliz.

—¿En realidad piensas que te mataría por acostarte conmigo?

—Él poder, y la fuerza es lo suficientemente bueno para él.

—Entonces, si te digo cuan guapo eres, ¿Entonces podemos volver a trabajar?

—Sí es lo que quieres —dijo, y sonó ofendido.

—Sabes, esto normalmente es un problema propio de chicas.

—Soy vano, así que demándame.

Sonreí, y fue mi turno de sostener en alto mis manos. Aspiré profundamente y me obligué a mirar a Bernardo. Empecé por su cara. Sus ojos eran de ese oscuro y sólido marrón, casi negro, más oscuros incluso que los mío. El pelo era brillante y negro, y sabía que tenía reflejos azules con la luz adecuada. La piel era esa oscuridad pareja tan agradable que sólo cierta genética determinada puede dar. Pero fue la curva de esos pómulos perfectos, la línea de esa nariz que los cirujanos plásticos sólo dan a las estrellas de cine después de que el dinero en abundancia cambiara de dueño, los labios gruesos y anchos, besables. Su cuello era largo y liso, y pude ver su pulso en el lado de su cuello como algo que necesitara un beso. Los hombros anchos bajo su camisa blanca eran agradables, y el pecho parecía que había estado yendo al gimnasio, así como los brazos. Mi mirada fija se deslizó a la esbeltez de su cintura, y luego a las caderas. Me permití demorarme, y tuve que admitirme que el bulto en sus pantalones era distraídamente abultado. Supe que el bulto crecía porque le había visto desnudo una vez. Supe que en verdad estaba tan bien dotado que hasta lo podría encontrar demasiado, y no digo eso de la mayoría de los hombres.

Me obligué a continuar bajando hacia las musculosas piernas en sus pantalones vaqueros, a las botas. Regresé hasta sus ojos.

—Estás sonrojándote —dijo él, pero estaba sonriendo.

—Estaba recordando esa vez en el bar.

Su sonrisa se amplío, obviamente complacido.

—Pensando por verme desnudo.

El sonrojo que había estado desapareciendo regresó a la vida. Asentí con la cabeza y comencé a andar.

—¿Feliz ahora? —Pregunté.

—Mucho —dijo, en una voz que lo demostró. Se deslizó a mi lado, con

las miradas fijas de cada mujer que pasamos, y de algunos hombres. Habría pensado que estaban mirándome a mí, pero Bernardo era un gusto de ida y vuelta. Estoy acostumbrada a ser la común y corriente Jane en lo que se refiere a los hombres en mi vida. Si me hubiera molestado ser menos bonita que un hombre, nunca podría haber salido con Jean-Claude… O con Asher… O con Micah… O con Richard, o con Nathaniel. Demonios, Bernardo me hizo sentir en casa.



VEINTIUNO

Me disculpé con el Dr. Memphis y recibí el nombre de la sacerdotisa de Sherman. Ella no estaba en la guía telefónica. Salimos a la calle con un calor insoportable, las gafas de sol se deslizaron sobre nuestros ojos como una especie de escudo de ciencia ficción. El gesto ya era automático, y yo no había estado en la ciudad ni un día.

Había música, y me llevó unos segundos darme cuenta de que era mi teléfono. Tocaba «I'm not in love», de 10cc, pero no era un tono de timbre que hubiera elegido. Realmente iba a tener que aprender a poner mis propios tonos de llamada. El sentido de humor de Nathaniel estaba empezando a ponerme nerviosa.

Apreté el botón y dije:

—¿Qué pasa con la elección de las canciones, Nathaniel?

—No soy tu gatito, *ma petite*, —y yo estaba de pie en el calor de Las Vegas hablando con el vampiro Maestro de St. Louis y mi cariñito

principal. Nunca me llamaba cuando estaba trabajando con la policía a menos que algo muy malo hubiera sucedido.

—¿Qué está mal ahora? —Pregunté. Mi pulso de repente estaba en mi garganta.

Bernardo me miró y me hizo un gesto con la mano, moviendo la cabeza, moviéndose hacia Edward y Olaf en el coche.

—¿Por qué debería haber algo mal, *ma petite*? —Pero su voz sonaba con una ira que no solía tener. Se podría decir que no pasaba nada, pero su voz decía lo contrario, y puesto que él podría hacer su voz tan vacía de emoción como una pared en blanco, ya fuera porque quería que supiera que estaba enfadado, o que estaba enfadado y no quería ocultarlo. Tenía más de 400 años de edad, había tenido tiempo más que suficiente para aprender a controlarse. Entonces, ¿qué había hecho para que se enfadara? O ¿Alguien más lo había hecho?

De repente quería privacidad para la llamada. Así que me metí en el SUV y los hombres se quedaron en el calor. Me ofrecí a hacerlo al revés, pero Edward había insistido, y cuando insiste por lo general hay una razón para ello. He aprendido a no discutir cuando insiste; todos vivíamos más tiempo.

Encendí el aire acondicionado y me puse cómoda mientras que los tres hombres parecían estar hablando, en voz baja, pero intensamente. Hmm.

—*Ma petite*, me despierto y te encuentro lejos.

—No estoy feliz por eso tampoco —dije. Pensé en el, y fue suficiente para verle acostado en la cama, las sabanas tiradas sin cuidado a través de su cuerpo, una larga pierna libre de las sabanas. Una mano sostenía el teléfono, pero la otra estaba jugando ociosamente a lo largo de la espalda de Asher. El estaría muerto para el mundo durante horas, sin embargo, nunca había molestado a Jean-Claude tocar a otro vampiro cuando aun estaban «muertos». Yo lo encontraba inquietante. Tal vez había estado en una escena del crimen de mas.

Miró al aire, como si sintiera que yo le observaba.

—¿Quieres ver más?

Aparté mi mente y puse atención otra vez en el SUV, el calor de Las Vegas presionando contra el coche.

—Quieres que me distraiga.

—Hay quienes darían todo lo que tienen por distraerse conmigo.

—Estás enfadado conmigo.

—Trabajamos muy duro para que la comunidad de vampiros entendiera que eres realmente mi siervo y no mi amo, y luego haces esto.

—¿Hacer qué, mi trabajo?

Suspiró, y el sonido viajó por teléfono y por mi piel como un escalofrío de anticipación.

—Irte sin mi permiso, —pero hizo que la última palabra sonara sucia, como si pedir permiso pudiera haber sido muy divertido.

—Deja eso, por favor. Estoy trabajando, o intentándolo.

—Encontré que no sólo te habías ido, sino que no te has alimentado.

—Me alimenté esta mañana.

—Pero mañana, que pasará mañana, *ma petite*.

—Crispin está aquí.

—Ah, sí, tu pequeño tigre. —No trató de esconder el sarcasmo de su voz.

Ignoré el sarcasmo.

—Cogí la llamada en medio de una investigación de asesinato.

—Estoy muy agradecido de que lo tomaras.

Era demasiado bueno para Jean-Claude, pero allí estaba, su voz, su llamada. ¿Qué demonios estaba pasando? Pero una de las cosas buenas de Jean-Claude es que no tenía que protegerlo de los horrores de mi trabajo. Había visto cosas peores, o cerca, en sus siglos de vida. Así que le dije la verdad.

—He estado en la morgue y vi lo que quedaba de algunos de los mejores EP de Las Vegas. No necesito discutir contigo, ya tengo bastante con eso.

Suspiró. El sonido estremeció mi mente, mi cuerpo como si estuviera allí mismo, justo detrás de mí, susurrando, tocándome.

Levanté escudos metafísicos en su lugar, a pesar de eso no fue fácil escudarme de mi maestro. Tenía las llaves de mis escudos si quería traspasarlos. Hoy en día, me dejó envolver mi escudo y mi ira en mí alrededor.

—¿Qué demonios fue eso? Estoy tratando de resolver un homicidio múltiple. No necesito tus juegos de mente.

—Mis disculpas, *ma petite*. Creo que mis sentimientos están heridos.

—¿Qué significa eso? —Pregunté, la voz todavía enfadada, pero el resto se calmó. No estaba segura de haber escuchado alguna vez en voz alta que sus sentimientos estaban heridos.

—Eso significa, *ma petite*, que pensé que había hecho progresos en nuestra relación y encuentro que el terreno que había ganado no es tan seguro como había pensado.

Le dije la verdad, otra vez.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir. Quiero decir, lo he oído, y era inglés, pero no entiendo de que estás hablando. —Apoyé la frente en el volante, cerrando los ojos, y tratando de respirar la frescura del aire acondicionado—. Pero siento algo muy vago de que debo pedir disculpas, de todos modos.

Dio esa risa maravillosa. Esta hizo que mi cuerpo reaccionara como si hubiera tocado una parte muy íntima y me daba de comer dulces, al mismo tiempo. Su risa no sólo era sobre el sexo, se sentía tan bien que debería haber sido para engordar.

Suspiré, pero fue sólo un suspiro. No podía hacer sus trucos de voz.

—Por favor, deja de meterte conmigo. Dios, Jean-Claude, no puedo trabajar así.

Él dio una risa más común.

—Creo que necesitaba escuchar que me echas de menos.

—¿Cómo es posible que te sientas inseguro? Por lo general ese es mi trabajo.

—Tú me haces sentir inseguro, *ma petite*, sólo tú.

No sabía qué decir a eso, pero lo intenté.

—Lo siento.

—Sé qué significa eso, y no ayuda.

¿Cómo colgaría el teléfono sin herir sus sentimientos otra vez? No tenía ni idea. Mierda. No sabía cuándo le volvería a llamar estando con la policía. Tenía la esperanza, desesperadamente, que no llegara a ser un hábito.

Me di cuenta de que estaba encorvada sobre el volante. Me obligué a sentarse con la espalda recta y evité mirar en la dirección de Edward.

La voz de Jean-Claude, cuando volvió, estaba casi muerta.

—Cuando me desperté y oí a donde te habías ido, no fui ocioso. Hay una crin de cisnes en Las Vegas. El cisne Rey, Donovan Reece, ya se ha ofrecido para la alimentación en caso de necesidad.

—Da las gracias a Donovan por mí, y aprecio que estés dispuesto a compartirme con un hombre más. Sé que hemos hablado sobre no agregar a más.

—No es la alimentación, *ma petite*, es que pareces incapaz de tener relaciones sexuales sin emoción. Si pudieras follar y alimentarte, entonces no tendría ningún problema con un centenar de amantes. Te alimentas y a continuación, no vuelves a verlos, pero recoges a los hombres, *ma petite*. Puedes follarte a una docena de hombres, pero no puedes salir con todos ellos.

—Soy consciente de eso —dije.

—¿Lo eres? —Ahí estaba ese borde de ira de nuevo.

—Simplemente no soy buena en el sexo casual. Lo siento.

—No, no lo eres, —y la ira se escuchó todavía más.

No sabía qué hacer con su ira, o con esta pelea, así que lo ignoré. Los hombres te permitirán hacer eso a veces en una relación porque no son chicas.

—Podría necesitar algo no felino que es una de las bestias que llevo dentro de mí. No llevo el cisne.

—Te digo que estoy cansado de compartirte con otros hombres, y que los recojas, y tú ¿pides más?

Iba a ser la chica. Genial. De puta madre.

—Prometo cuando vuelva a St. Louis, que podemos tener esta discusión. Te lo juro. Pero ahora, ayúdame a sobrevivir a este caso.

—¿Y cómo puedo hacer eso?

—Los hombres tigre son un poco demasiado algunas veces por la cantidad de sabores diferentes que tengo dentro de mí. —Me gustaría sólo tener un tipo de tigre, pero llevo cinco colores diferentes metafísicos. Nadie había sido capaz de explicar cómo había sucedido—. ¿Podrías encontrar a un lobo mientras estoy aquí?

—Nada de lobos; la manada local parece temer que seas una influencia interrumpida en ellos, *ma petite*.

—¿Qué significa eso?

—Significa que se ha filtrado la noticia de que el sexo contigo puede ser como la mordida de un vampiro. Un gusto y que te pertenecen.

—Eso no es verdad —dije, pero mi pulso se aceleró.

—Te mientes a ti misma, *ma petite*.

—Deja de llamarme así.

—No me has pedido que renuncie a tu nombre de mascota en muchos años.

—Es la manera en que lo estás diciendo, como si estuvieras enfadado y

tratando de no demostrarlo.

—Estoy enfadado, porque tengo miedo por ti. Vittorio fue un vicioso en St. Louis, y ha salido en todas las noticias que tres de tus SWAT han sido asesinados. Ellos no mueren fácilmente, tu SWAT.

¿Qué le digo a eso? Tenía razón.

—Lo siento, me tuve que ir sin antes hablar contigo.

—He oído cierto tono de disculpa en esa frase. ¿Qué me hubieras dicho, si hubiera dicho que era demasiado peligroso? ¿Qué habrías hecho si hubiera dicho, no vayas?

Lo pensé.

—Me habría venido de todos modos —dije finalmente.

—Ya ves, no eres mi siervo. Nunca serás un siervo.

—Pensé que la idea era hacer que la comunidad vampiro pensara que era un buen sirviente humano. No sabía que todavía pensabas que tenía que atenerme a tus instrucciones. —Tenía un poco de calor en mis palabras, de nuevo. Era un goteo de la ira que me calentaba. Por supuesto, era lo suficientemente caliente para saber que la ira no podía ser lo que necesitaba.

—Eso no es lo que quise decir.

—Es lo que has dicho.

Hizo un sonido suave, exasperado.

—Quizás aún soy lo bastante tonto como para creer que realmente serás mía.

—¿Y qué diablos significa eso?

Él se quedó callado por tanto tiempo que fue desconcertante. Los vampiros no tienen que respirar por teléfono, y sólo años de práctica me daban la certeza de que él todavía estaba allí. Esperé, y finalmente habló.

—Necesitas a alguien de nuestra gente contigo. Necesitas a tu propio leopardo o a un lobo, o a un león.

—No tengo un león propio, y lo sabes.

—Nuestro Rex local sería tuyo si se lo pidieras.

—Sí, y su Regina me daría caza y me mataría. La conozco. Está enfadada y no estoy durmiendo con él. En el momento en que le haga mi león, ella lo verá como un reto. Soy buena, Jean-Claude, pero no soy lo suficientemente buena como para ganar una pelea justa con un hombre león y su poder.

—Entonces no luches limpiamente —dijo.

—Si los engaño, luego, según la ley león pueden conspirar contra mí y matarme por eso. He estudiado la ley desde que conocí a la nueva Regina del clan de St. Louis. Confía en mí, Jean-Claude, he pensado en eso.

—¿Realmente crees que te mataría si tuvieras un reclamo más fuerte para su rey?

—Sí —dije—, porque ella me dijo que no lo compartía. Que podría ser su amante pero no su esposa. Ella era su esposa.

—No me lo habías mencionado.

—Son leones, no lobos. Mi animal, no el tuyo.

Suspiró, y no era su suspiro burlón, sólo cansado.

—*Ma petite, ma petite*, cuando vas a aprender que lo que es tuyo es mío. Si hay algún peligro para ti, debo saberlo.

—Te contaré todos mis secretos cuando me digas todos los tuyos —dije.

—*Touché, ma petite*, un corte bien profundo. —Él volvía a estar enfadado.

—¿Por qué estás enfadado conmigo? —Pregunté.

—Tienes razón, estoy siendo infantil, pero no sé cómo evitarlo. No sé cómo mantenerte a salvo en Las Vegas. ¿Entiendes, *ma petite*? No sé cómo mantenerte a salvo de Max y de su reina. No te puedo ayudar a cientos de kilómetros de distancia. No puedo enviar a nuestros guardias, porque tienes una insignia, y la policía no permitirá que los guardias te protejan. ¿Qué quieres que haga, *ma petite*? ¿Qué diablos quieres que haga? —Ahora gritaba. Casi nunca gritaba. Su pérdida de carácter me ayudó a mantener el mío. Nunca le había oído blasfemar antes. De hecho, su pérdida de control, me hizo saber lo preocupado que estaba por mí. Eso me asustó.

—Está bien, Jean-Claude, pensaré en algo. Lo siento.

—¿Porque lo sientes, Anita? —Nunca utilizaba mi nombre, era una muy mala señal.

—Lamento que tengas miedo por mí. Lamento que te haga sentir indefenso. Lamento que esté aquí, y tienes razón, no puedo ser un Marshall y tu sirviente humano al mismo tiempo. Tengo que elegir, y una vez que la policía está involucrada, significa que hay que elegir la placa. Lo cual puede ser exactamente lo que Vittorio haya previsto. Siento que Edward puede tener razón, y que esto sea una trampa diseñada para mí.

—*Ma petite*, no quise perder mi temperamento, pero no es sólo Vittorio del que te tienes que preocupar.

—Sé que está todo el tema de los hombre tigres, que quieren probar mi capacidad de control sobre los animales en mí.

—Me temo que sí.

—¿Hay algo que no me hayas contado de Max o de los hombre tigres?

—¿Debería ser evasivo, y decir que lo sabes todo?

—La verdad estaría bien.

—Recientemente, Max quería que visitaras su ciudad y dormir con más de sus tigres. Ellos ansían saber si los nuevos poderes psíquicos que Crispin y el tigre rojo, Alex, adquirieron en la alimentación del *ardeur* fue fortuito o se puede compartir con otros de su clan.

—No estoy segura de que esos sean mis poderes en absoluto. La Reina de Todas las Tinieblas, *Marmee Noir*, me poseyó durante un par de días. Con la ayuda de mi lobo interior, dejé de ser consumida por ella, pero sigo pensando que el poder extra que ganaron los tigres vino de ella, no de mí.

—Puede ser, pero a Max y a su esposa les gustaría probar la teoría.

—Pensaba que tenían miedo de que me llevara a otro tigre para alimentarme y ¿Qué estuviera enfadado porque le robé a Crispin?

—Todo lo que dices es cierto, pero en las últimas semanas, Maximiliano ha solicitado una visita, o ha hecho una petición para mandar a más tigres para alimentarse.

—Y ¿cuándo pensabas decírmelo?

—*Ma petite*, ya bastante tengo compartiéndote con otros ocho hombres, ¿o se trata de nueve? Tienes suficiente comida aquí en St. Louis, no necesitamos más en tu cama. Realmente no deseo añadir más amantes.

Sólo escucharlo decirlo de esa manera me hizo sentir como un trapo.

—¿Tengo que disculparme de nuevo?

—No, porque es mi *ardeur* el que llevas. No se puede criticar lo que te di.

—¿Por qué crees que Max cambió de opinión sobre dejarme tener algunos tigres más?

—Creo que es su esposa, Bibiana. Por cierto, *ma petite*, conociendo tu sentido del humor, tengo que advertirte que sólo Max la llama Bibi. Ella es Bibiana, o Chang-Bibi.

—Me diste esta conferencia antes de que Max nos visitara por última vez. Chang, en función de la pronunciación, es el nombre de una diosa de la luna. No voy a decirlo a la cara, pero tengo un poco de miedo de encontrarme con ella para saber que no es suficiente ser la reina; su título

significa diosa.

—Es un título tradicional, no lo eligió ella, *ma petite*.

—Si tú lo dices.

—Es la verdad.

—Está bien, voy a hacer mi mejor esfuerzo para no utilizar el apodo de su esposo, sería un grave paso en falso.

—Así es. Ella es una mujer tigre muy poderosa, y que busca más poder. Si pudiera tener a más hombre tigres con la nueva capacidad que tiene Crispin, entonces sería bueno para su clan.

—Él puede llamarse como la electricidad estática, Jean-Claude, es como un poco doloroso, pero no es un arma. Funciona mejor cuando hay metal para tocar, así que es muy limitado, sin metal a su alrededor.

—Crispin es uno de sus tigres más débiles. Los tigres que nos ofrecieron hace poco no eran tan débiles.

—Ella tiene la esperanza de que si son cambiaformas más poderosos, entonces su capacidad para hacer el rayo sería mayor.

—*Oui*.

—¿Qué quieres que haga al respecto?

—No entiendo, *ma petite*.

—¿Quieres que trate con los hombres tigres, mientras estoy aquí?

—¿Con que vas a alimentarte si no es con los tigres?

—Tengo al crin de los cisnes, gracias a ti, y me puedo alimentar de la ira ahora.

—Si pudieras evitar la alimentación con Crispin, creo que sería prudente.

—Haré mi mejor esfuerzo.

—De eso, *ma petite*, no tengo ninguna duda.

—Gracias.

—Es la verdad. No siempre se puede disfrutar de tus opciones, y ciertamente no son las mías, pero siempre intentas duramente hacer lo mejor. Eso lo entiendo, *ma petite*.

—Siento que no te gusten mis opciones, pero gracias por darte cuenta de que lo estoy intentando.

—De nada.

—Pero si tengo que alimentarme de otros tigres, ¿estaría bien por ti? Quiero decir, ¿afectará al equilibrio de poder entre los clanes del tigre blanco si el clan de repente tiene esta súper versión del poder de Crispin?

—Una pregunta inteligente, *ma petite*, pero tengo una mejor.

—Dispara.

—¿Podrías dormir con extraños?

—No lo sé, no he conocido a los extraños todavía.

Él se echó a reír, y tuvo el primer borde de esa caricia en forma de energía.

—Tan terriblemente tú, ese comentario, *ma petite*.

—Bueno, es la verdad. Si la alimentación de algunos de sus tigres hará que Max y su esposa están más feliz conmigo y contigo, entonces no es un destino peor, o lo que sea.

—Siempre has sido práctica, incluso cruel, en la violencia, pero este es el primer indicio de que he tenido que puedes estar creciendo en práctica en el dormitorio.

—No estamos aquí para mantenerme a salvo, por lo que tendré que usar lo que me has enseñado para hacerlo por ti.

—¿Y qué te he enseñado, *ma petite*?

—Que el sexo es sólo otra herramienta en el arsenal.

—¿Crees eso? —Preguntó.

—No, pero tú sí.

—No contigo, *ma petite*, nunca.

—No es cierto, cuando nos conocimos, intentaste seducirme.

—Todos los hombres tratan de seducir a las mujeres que quieren.

—Tal vez, pero me enseñaron que un poco de sexo no es un destino peor que la muerte.

—Muy sabio, *ma petite*.

—Pero ánimo, Jean-Claude, si los hombres tigres están involucrados en el asesinato, entonces tal vez Max y su esposa son parte del grupo que asesinó a los policías. Si puedo demostrar que son culpables, entonces puedo matarlos, legalmente, no como tu siervo humano, sino como un U.S. Marshall.

—Matamos el Maestro de la Ciudad de Charleston y hemos puesto nuestro propio vampiro en su lugar. Si matamos a otro Maestro de la Ciudad, el consejo de vampiros podría usarlo como una excusa para disciplinarnos.

—Disciplinarnos, ¿cómo?

—Tenemos enemigos en el consejo, como ya sabes.

—Lo recuerdo.

—Además, la muerte de Max y Bibiana dejaría un gran vacío de poder en Las Vegas —dijo.

—¿Es problema nuestro? —Pregunté.

—No, si no tienes otra opción, y realmente han asesinado a todos esos agentes de policía, pero si podemos evitar dejar un vacío de poder, sería mejor.

—Tendré eso en mente.

—Pero no lo dudes, *ma petite*. Haz lo necesario para volver a mí.

—Cuenta con ello —dije.

—Lo hago. ¿Realmente crees que lo hayan hecho Max y su reina?

—No, pero podría amañarlo un poco.

—¿Qué significa ese contexto, *ma petite*?

—Significa que podríamos tener pruebas suficientes para ejecutar, y luego, descubrir que estábamos equivocados. Aún estaría en lo legal claro.

—¿De verdad? —Preguntó.

—Sí.

—Tus órdenes de ejecución pueden ser documentos muy aterradores, *ma petite*.

—Una licencia de asesinato es como lo llamó un abogado.

—Voy a confiar en ti para ser todo lo práctica que quieras, *ma petite*. Voy a buscar a otros para enviar a Las Vegas, por razones de negocios.

—¿Qué clase de negocio?

—Siempre hay que hacer negocios, *ma petite*.

—¿Cómo cual?

—Max ha pedido a algunos de nuestros bailarines para ser estrellas invitadas en su programa.

—Hay que tener en cuenta que Vittorio puede haber tenido gente espiándonos en St. Louis. Podría saber quién es especial para mí. No le des rehenes, Jean-Claude. Así que a quienquiera que envíes, asegúrate de que pueda manejarlo.

—Voy a elegir con cuidado, *ma petite*.

—¿Cuánto tiempo te llevará mandarlos aquí?

—Mañana, a más tardar.

—Está bien, pero intentaré ver a los tigres antes del anochecer. Viven a una gran altura, por lo que Max no tiene el metro para ayudarle a despertar antes como tú. Intentaré interrogar a los tigres, mientras sólo sea la reina. Ella es su animal para llamar, lo cual significa que están separados por su

sueño durante el día, y ella no es tan poderosa.

—Según recuerdo en el ajedrez, *ma petite*, la reina es mucho más peligrosa para los hombres que el rey.

Era mi turno de reír.

—Nunca hay que olvidar que una mujer puede ser peligrosa, Jean-Claude.

—A veces uno se olvida de que tú no eres la mujer más peligrosa en una habitación.

—¿Estás diciendo que soy arrogante?

—Estoy diciendo, la verdad. *Je t'aime, ma petite*.

—Yo también te amo.

Colgó entonces, y supongo que tenía razón. Habíamos terminado, pero todavía se sentía como si la conversación hubiera ido mal, o como si no hubiera dicho todo lo que tenía que decir. Amaba a Jean-Claude, y a Asher, pero echaba de menos mi casa. Echaba de menos estar con Micah y Nathaniel en nuestra casa. También echaba de menos mí tiempo a solas con Jean-Claude. Asher, o alguien, siempre estaba con nosotros, porque finalmente nos dimos cuenta de que había un espía en medio de nosotros. O tal vez era demasiado duro, éramos unos chismosos. A los vampiros les encanta el chisme. Uno pensaría que viven tanto tiempo que los hacen grandes filósofos o eruditos, y unos pocos lo hacen, pero son personas con vidas muy largas, y les encanta un buen rumor. Así que teníamos que asegurarnos de que el rumor decía que Jean-Claude pasaba mucho tiempo con los hombres. Lo que significaba que de repente nunca estaba a solas con nadie. Me gustaba, o lo adoraba, a todos, pero un poco de tiempo a solas con ellos por separado hubiera sido bueno. Pero ¿cómo diablos sales con muchos hombres y tienes privacidad? No tengo ni idea. Y sin olvidar tener tiempo a solas conmigo misma, eso ya no ocurre. Fue hasta el punto que la única vez que estuve sola, estaba en el coche al pasar de un trabajo a otro. Las cosas tenían que cambiar, pero no estaba segura de cómo.

Pero por hoy, todo lo que tenía que hacer era encontrar a un asesino en serie. Sabía que necesitaba ver a una sacerdotisa Wicca, y la reina de todas las hombres tigres de Las Vegas, o perdón, Chang, de todos los tigres. Que tenía que hacer con los tigres antes de llegar demasiado tarde. Tenía metas claras y una limitación de tiempo. Cuando una investigación de asesinato tan terrible es más simple que mi vida amorosa, algo ha salido terriblemente mal. El problema era, ¿cómo podía solucionar lo que había

salido mal, y exactamente qué era lo que pasaba? Sabía que no era del todo feliz, y tampoco lo eran algunos de los hombres. Estaba empezando a darme cuenta de que la infelicidad podía incluir a Jean-Claude. No era bueno.

Salí del coche y vi a los tres hombres venir hacia mí, con las caras mostrando que habían estado discutiendo, también. Genial, todos podíamos estar malhumorados juntos.



VEINTIDOS

Edward había estado diciendo básicamente a Olaf que se alejara de una jodida vez de mí. Olaf había estado diciendo que a menos que él estuviera follándome, que no era de su incumbencia. Curiosamente, si Edward lo hubiera estado haciendo, Olaf habría aceptado que estaba fuera de sus límites. Aparentemente, a Edward nunca se le había ocurrido mentir sobre eso. Me alegraba porque nunca podría haber pretendido eso. Por no hablar de que si el rumor llegaba a oídos de Donna, le dejaría el corazón roto, y su hijo, hijastro de Edward, Peter, nunca nos perdonaría a ninguno de los dos. Todo era muy raro y Freudiano para mí.

La buena noticia fue que las órdenes estarían muy pronto. Edward tenía un número de fax de la policía local.

—Realmente has trabajado en las Vegas antes —dije.

Él asintió con la cabeza.

Se me ocurrió algo de repente, y me sentí estúpida por no pensar en ello

antes.

—¿Era el verdugo local?

—Sí —dijo Edward, una palabra, simplemente sí.

Estudié su rostro y supe que las gafas de sol probablemente no ocultaban nada útil en sus ojos, pero… tuve que preguntar.

—¿Te gustaba?

—Era competente.

—No era bueno, sólo competente —dije.

—Tenía más reglas que tú y yo. —Su voz fue completamente fría, sin emoción.

—Así que ¿También conocías a los agentes muertos?

Él negó con la cabeza.

—Sólo al Mago.

—¿Al Mago?

—Randy Sherman.

Estudié su rostro.

—Sólo vi a un hombre en la morgue que te conocía, habías trabajado con él, y no… —Ondeé mis manos, como si tratara de tomar la palabra correcta del aire—. ¿No te conmueve? —La pregunta fue insuficiente, pero hubiera sido demasiado estúpido preguntarle a Edward si le importaba.

—Sólo a una mujer le importaría eso —dijo Olaf.

Asentí con la cabeza.

—Tienes toda la razón, pero soy una mujer, por lo que puedo hacerlo. Me molestaría más que mirar a un hombre a quien conocí en ese país. Ya fue bastante malo como un extraño. —Me quedé pensando en los chicos SWAT que había conocido antes, y sabía que todos los muertos allí habían sido excelentes, súper profesionales, tan vitales, y ahora todos se han ido.

—Deberías tener más cuidado —dijo Edward—, pero eso no te ha detenido para hacer tu trabajo. A veces funcionas mejor cuando estas molestas.

—¿Debo dar las gracias?

—Mi reacción te molesta, Anita, pero he visto un montón de hombres muertos a quien conocí. Después de un tiempo haces lo que sea por un trabajo de escritorio. No quiero un trabajo de escritorio.

Quería gritarle. Gritar que sabía que se preocupaba por Donna y los niños. Estaba bastante segura de que aún se preocupaba por mí, pero su falta de emoción en la morgue me recordó que Edward era todavía un

misterio para mí, y tal vez siempre lo sería.

—No exageres —dijo Bernardo.

Me giré hacia él, lista para enloquecer, porque enfadarme con él sería más fácil que gritarle a Edward.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que estás siendo una niña, y tienes que ser el chico que conozco ya que estás actuando más raro que Ted aquí. Tienes que confiar en él, no dudar de él ahora.

—Confío en él.

—Entonces déjalo pasar, Anita.

Abrí la boca, luego la cerré y me giré de nuevo a Edward.

—No conseguiré esto, ¿verdad?

—No —dijo.

Hice un gesto de empujarlo lejos.

—Bien, bien, vamos a hacer algo útil.

—Cuando ejecutemos la orden, insistirán en que los SWAT vengan con nosotros. Son muy serios aquí en Las Vegas. —Su voz era todavía vacía, como si sus emociones no lo hubieran alcanzado.

—No estamos cazando. Sólo estamos recopilando información. Tú y yo estamos bastante seguros de que Max es demasiado astuto como para aprobar que su pueblo vaya por ahí matando a policías.

—Uno, si tenemos una orden en la mano, los SWAT van con nosotros en Las Vegas. Ellos quieren eso. Dos, Max está muy bien comunicado, Anita, lo que significa que los policías locales no quieren que pasemos sobre su esposa y su familia con una orden de ejecución, y nadie observándonos.

—¿Realmente piensan que entraremos y empezaremos a disparar? —Pregunté.

Edward me miró. Había más emoción de la que había visto en su cara en los últimos minutos.

—¿Mi presencia es tan mala? —Pregunté.

—La mayor parte de la policía nos ve como cazadores de recompensas con placas. A los policías no les gustan los cazadores de recompensas —dijo Bernardo.

—No podré decir las cosas que necesito decir y que no puedo decir delante de Grimes y sus hombres —dije.

—El teniente probablemente no va a venir personalmente —dijo

Edward.

—Sabes lo que quiero decir, Edward.

—Vamos a ver si podemos distraerlos para ti —dijo Edward.

—Si no se me permite hacerles daño —dijo Olaf—, entonces no seré bueno en distraerlos.

—Está bien —dije.

Bernardo me sonrió.

—Haré mi mejor esfuerzo, pero soy mejor en distraer a las señoras.

—Veré si puedo conseguir algo de privacidad —dijo Edward, y frunció el ceño, junto con los otros hombres.

—Oye —dijo Bernardo—, sólo estoy siendo honesto, pero francamente creo que el equipo SWAT se va a pegar a Anita.

—¿Por qué a mí? —Pregunté.

—La Ayudante Lorenzo es amiga de la mujer que trabaja en la oficina de su SWAT. ¿De verdad levantas con un solo brazo doscientos sesenta libras?

Luché para darle el contacto visual completo.

—No.

—Entonces, ¿qué hiciste? —Preguntó.

—Lo levanté con los dos brazos —dije.

Edward y Olaf me miraban ahora, también.

—¿Por qué llamar de esa manera la atención? —Preguntó Edward.

—Tú los has visto, Edward, si no me conocieras, ¿me dejarías trabajar con ustedes?

—Eres un U.S. Marshall, Anita. Es nuestra garantía. Esto nos retrasará.

Negué con la cabeza.

—Tenía que demostrarles que podía arreglármelas. Las pesas estaban allí. Parecía lo más rápido para demostrarles que sí podía.

—¿Cómo explicaste que puedes levantar más de tres veces tu peso? —Él parecía disgustado.

—No necesito esto de ti, Edward, Ted, lo que sea. Sé lo que se siente ser una chica. Tener siempre que demostrar tu valía. Uno se cansa de eso.

—¿Qué les dijiste?

—La verdad.

Él se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—¿Qué significa eso?

—Que estoy llevando diferentes tipos de licantropía. Grimes había

leído mi expediente, Edward, eso está ahí ahora. La policía de Philadelphia me marginó cuando estuve convaleciente y me curé después de mi fractura de cráneo.

—No tienes cicatrices —dijo.

—No, no las tengo, al igual que no tengo una cicatriz del ataque del hombre tigre en St. Louis. Has visto las cicatrices de Peter del mismo ataque. Me destripó, ¿recuerdas? —Saqué la camisa del pantalón lo suficiente para que se mostrara mi estómago sin una marca—. No puedo jugar ya a ser humana, Edward.



VEINTITRES

Tanto Bernardo como Olaf se alejaron un poco, como si la emoción fuera demasiado para ellos, o como si ellos abandonaran a la mujer histérica a Edward. Había más de una razón por la que él era el líder no oficial. Cuando haces las cosas difíciles, consigues decir la última palabra.

Me miró durante un momento y luego preguntó:

—¿Estás bien?

Fue algo extraño para preguntar así que no estaba enfadada, sólo perpleja.

—¿Qué diablos significa eso?

—Significa lo que dije. Pareces estar al borde.

—Oh, no lo sé, tengo un asesino en serie enviándome por correo partes de un cuerpo. Tuve al Teniente Grimes en realidad preguntándome si era el siervo humano de Jean-Claude. Mi análisis de sangre debió haber conseguido tirar mi placa, pero nadie ha venido a hablar conmigo al

respecto. He estado viviendo con Jean-Claude y los chicos en el Circo durante meses, y echo de menos mi casa. Echo de menos mis cosas. Echo de menos estar a solas con Nathaniel y Micah. Echo de menos estar a solas sin nadie. Hay, maldita sea, demasiados hombres en mi vida, y no sé qué hacer al respecto.

—No quieres un consejo mío, Anita.

Eso me hizo sonreír, a pesar de mí misma.

—Supongo que no.

—Pero no eres el único Marshall de la rama sobrenatural que ha sido atacado en el trabajo. Creo que a menos que realmente cambies y que puedas resultar un peligro en el tribunal, no se quejarán. Creo que tienen miedo de ser demandados, por la compensación del trabajador o algo así. Ciertamente no quieren que el primero de nosotros en los tribunales luchando para mantener su insignia seas tú.

—¿Por qué no? —Pregunté.

—Eres una mujer. Eres bonita. Eres pequeña. Te verías como el niño del cartel contra el gobierno grande y malo.

Le fruncí el ceño.

—No soy víctima de nadie, Edward.

—Ya lo sé, y tú lo sabes, pero los medios de comunicación no lo saben.

—Así que estás diciendo que si fuera un hombre, ¿habrían pedido mi placa ahora?

—No necesariamente, pero ser una chica te ayuda aquí, eso no lo envidio.

Negué con la cabeza.

—Bien, bien, lo que sea, mierda. ¿De verdad crees que los SWAT van a insistir en venir con nosotros?

—Si estamos sirviendo una autorización activa, sí.

—Bueno, entonces un viaje a los tigres es casi inútil. No puedo hablar lo bastante libremente delante de ellos.

—Podemos ver primero a la sacerdotisa, pero no vamos a evitar a Grimes y a sus hombres.

—Maldita sea.

—La mayoría de las veces es bueno tener ese poder de fuego extra y la tecnología detrás de nosotros. Sólo somos tú, Otto, y yo los que podemos hacer y decir cosas que no queremos que los SWAT vean o escuchen. Tú por todos tus secretos, y nosotros por las soluciones prácticas.

—Yo misma soy bastante práctica, Edward.

—Ted, Anita, tienes que trabajar en eso y usar el nombre correcto.

—Muy bien, Ted, hago mi parte de las soluciones prácticas. —Tomé una respiración profunda y la expulsé, poco a poco—. Podemos ver a la sacerdotisa mientras estamos esperando las órdenes. Eso me da la ilusión de que estamos haciendo algo útil.

Bernardo y Olaf habían avanzado furtivamente. El hecho de que no me hubiera dado cuenta de que estaban a poca distancia como para oírnos me dijo que estaba mucho más distraída de lo que era bueno para mi trabajo.

—Suenas desanimada, nena, ¿tu novio no muerto no viene a por ti? —Dijo Bernardo.

—No me llames nena, o cualquier otro término cariñoso, ¿de acuerdo?

Bernardo extendió las manos, como diciendo, bien.

—¿Tu amante vampiro te decepcionó? —Preguntó Olaf, y así como había sido pura broma con Bernardo, Olaf lo hizo sonar demasiado grave.

—Mi relación con Jean-Claude no es asunto tuyo.

Él sólo me miró, e incluso a través de las gafas de sol podía sentir su mirada, pesada e incómoda.

—¿Qué? —Exigí.

Edward se interpuso entre nosotros, literalmente, bloqueando mi vista del otro hombre.

—Déjalo, Anita. Vayamos a ver a la sacerdotisa de Sherman, mientras llegan las órdenes. Haremos frente a la escolta policial, cuando llegue el momento.

Me di cuenta de que Edward probablemente necesitaba conocer algunos de los problemas potenciales con los hombres tigre. Pero no les debía a los otros dos hombres la explicación.

—Tenemos que hablar, Edward —dije.

—Habla —dijo.

—En privado.

—Acaban de tener una conversación privada —dijo Bernardo.

—No, me enfadé, y ustedes dos se rescataron de la mujer histérica, y dejaron a Ed… Ted para tratar conmigo. Ahora tengo que decirle las cosas que realmente son privadas.

—Somos el respaldo. ¿No necesitamos saber lo que está pasando? —Dijo Bernardo.

—Se lo contaré a… Ted, y luego, si él cree que necesitas saberlo, te lo

diré.

No les gustó, pero fueron a sentarse en el coche con el aire acondicionado, a Bernardo le gustó más. Olaf fue porque no tenía otra opción, pero no le gustó.

Cuando nos quedamos solos en el fuerte calor brillante del desierto de Las Vegas, se lo conté a Edward. Le hablé de Max y de su reina que querían que durmiera con sus tigres. Le hablé acerca de dar accidentalmente los poderes a Crispin.

Edward se quitó el sombrero, se limpió la zona de la banda de sudor, y se volvió a poner el sombrero en la cabeza.

—Tienes los problemas más interesantes.

—¿Es eso una queja?

—Sólo una observación.

—Ahora sabes todo lo que sé, ¿tenemos que decírselo a los otros dos?

—Parte.

—Voy a dejar que les digas tanto, o tan poco, como creas que necesitamos.

—¿Qué tal si les digo todo?

—Si piensas que eso es lo mejor; confío en tu juicio.

Él asintió con la cabeza, y se dirigió hacia el coche.

—Vamos a salir del calor, y les diré algo, mientras vamos a ver a la bruja.

—Ella es una sacerdotisa Wicca, no a todos los wiccanos les gusta que les llamen brujas.

—Lo recordaré.

—Ya lo sabías —dije.

Él me sonrió.

—Ya sabes, si realmente estuviéramos durmiendo juntos, Olaf podría dar marcha atrás.

Le di la mirada que el comentario merecía.

—¿Es en serio?

—Acerca de hacerlo de verdad, no. Donna nunca nos perdonaría a ninguno de nosotros, y eso destruiría a Peter. Además, eso sería… —Él hizo un movimiento de palabrería con la mano—. Erróneo.

—Como hacerlo con un familiar —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Algo así. No es lo que somos el uno para el otro.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—¿Qué tan cerca estás de este tigre, Crispin?

—Bíblico —dije.

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Es dominante o débil?

—Débil.

—Eso no va a hacer a Olaf dar marcha atrás. Tiene que ser alguien que Olaf pueda respetar.

—No puedo ayudarte ahí. Espera, él sabe que lo estoy haciendo con Jean-Claude y Micah y Nathaniel. ¿Estás diciendo que ninguno de ellos está a la altura de sus estándares, pero tú sí?

—Él no respeta a ningún hombre en el que cree que podría ser gay, Anita.

—Sí, Otto es un bastardo con prejuicios en todo. Pero son todos los que están a mi alrededor, independientemente de quién más lo está haciendo; ¿Qué los hace semejantes a las chicas?

—Otto es como un montón de gente; los bisexuales siguen siendo gay, si lo estás haciendo hombre con hombre. —Él sonrió de repente, y fue puro Ted Forrester—. Por supuesto, chica con chica es sólo algo fuera de una fantasía.

—Por favor, ¿no me digas que crees que es verdad?

Su sonrisa suavizó los bordes, y el verdadero Edward se filtró en la cara, incluso alrededor de las gafas de sol.

—Tengo que ser Ted mientras estamos aquí, Anita. Tenemos muchos policías alrededor para ser yo mismo. —La sonrisa regresó, en su variedad de niño bueno—. Y Ted piensa que las lesbianas sólo significan que no has dado con el hombre adecuado.

—Me gustaría presentar a Ted a mi amiga Sylvie y a su pareja. Confía en mí, ninguna de ellas piensa que necesita un hombre en su vida, de ninguna manera.

—Nosotros los chicos buenos necesitamos nuestras ilusiones, Anita. —Estábamos casi en el coche.

Hablé bajo.

—Tú eres tan buen niño como yo… Ted.

—Voy a tener que ser Ted si los SWAT están con nosotros, Anita.

Le miré.

—Mierda.

Él asintió con la cabeza.

—Tú no eres la única que tiene que tener cuidado con la audiencia.

—Cuando el tener a la policía alrededor hace que tengas que mentir todo el tiempo, Edward, quizás ¿no somos los buenos?

Abrió la puerta del pasajero para mí, cosa que nunca hacía. Le dejé hacerlo, por el amor de Olaf, pero me molestaba. Edward se acercó y me susurró al oído para que Olaf pudiera pensar que susurraba palabras de amor, pero lo que realmente dijo fue:

—No somos los buenos, Anita. Somos los chicos que son necesarios.

Me instalé en el asiento, con Olaf y Bernardo preguntándose lo que Edward me había dicho. No pude hacer mi juego con su cara sonriente. No podía jugar con que había susurrado algo malo en mi oído. Sólo podía sentarme y dejar que mis gafas de sol ocultaran mis ojos y me ayudaran a mentir a la gente que se supone que me estaba ayudando.

Estaba mintiendo a la policía, mintiendo a mi respaldo, a la única persona a la que no estaba mintiendo era a Edward. Es curioso cómo suele ocurrir cuando trabajamos juntos. Él explicó que la reina de los hombres tigres podría tratar de engancharme con algunos de su pueblo, en un intento de obligarse a sí mismos a acercarse más a la base de poder de Jean-Claude. Cierto, tanto como fuera. Yo sólo miraba adelante y mantenía las gafas puestas.

Edward se giró en su asiento para poder ver mejor a los dos hombres. Comenzó las explicaciones a todos.

—Me las arreglé para que la autorización cayera por aquí, en el estacionamiento del forense. Podemos charlar mientras esperamos.

—¿Charlar? —Dijo Olaf, la sospecha en su voz normal.

Entonces Edward comenzó sin preámbulo, simplemente al grano.

—Anita tiene un amante entre los hombres tigre. Probablemente va a ser amable con ella, así que dejarle.

—¿Cómo de amable? —Preguntó Bernardo.

Me reí, no pude evitarlo.

—Digamos que Crispin es un poco más… impaciente.

—¿Cómo de impaciente? —Preguntó Olaf, y no parecía nada contento.

Me giré en el asiento para que pudiera verles a los dos.

—Ustedes chicos saben lo que necesito para alimentar el *ardeur*; bien, Crispin será probablemente mi comida ya sea esta noche o mañana por la mañana.

—Comida, ¿cómo? —Preguntó Olaf.

—Sexo, Olaf, voy a alimentarme durante las relaciones sexuales.

—Así que los rumores son ciertos, que ¿realmente eres un súcubo, entonces? —Dijo Bernardo.

—Sí, supongo que lo soy.

—No tienes que ir a los monstruos para alimentarte —dijo Olaf.

—Me he alimentado de Crispin antes, así que sé qué esperar.

—Yo estaría feliz de ayudar —dijo Bernardo.

—No —dijo Olaf—, si ella se alimenta de alguno de nosotros, seré yo.

Negué con la cabeza.

—Conozco tu idea del sexo, Olaf, no creo que sobreviviera el tiempo suficiente para alimentarme.

—Por ti, lo intentaría.

Le miré a sus ojos cubiertos con las gafas de sol con las mías. Intenté ver más allá de ese rostro impasible. Comprendí que me había ofrecido sexo, sólo sexo, no violencia, y que para él, eso era casi desconocido. Era un paso positivo para Olaf, pero no quise ser ese paso.

Miré a Edward para un poco de ayuda.

—¿Realmente tendrías sólo relaciones sexuales con Anita, no la atarías ni la cortarías en pedazos?

Olaf asintió con la cabeza.

—Me gustaría intentarlo.

Edward pasó la lengua por sus labios, un signo de nerviosismo, aunque con este calor, tal vez no.

—No pensé que pensaras en relaciones sexuales sin violencia.

—Por ella, quiero intentarlo, —repitió.

—Edward —dije—, ayúdame a salir de aquí.

—Es un gran paso para él, Anita. No tienes ni idea de lo grande que es.

—Tengo una idea, pero…

Edward bajó sus gafas lo suficiente como para darme sus ojos, y sus ojos me dijeron algo. Me decían que tuviera cuidado y no golpeara esto. Me llevó un segundo, luego me di cuenta de que tenía razón. Era un infierno mucho mejor que Olaf quisiera sexo «normal» antes que ir con todo el asesino en serie sobre mi culo.

Era un mal menor, así que intenté decir algo que no aplastara su intento de ser mejor.

—No sé qué decir a esto Olaf. Estoy… halagada y totalmente asqueada,

todo al mismo tiempo. —Sobre todo, en realidad, estaba asustada, pero no quería que pensara que había rechazado la idea de que el sexo pudiera ser algo más que la muerte. Quiero decir, tal vez si pensaba eso de mí, podría encontrar a alguien más con quien realmente podría tener una relación. Muy raro, muy raro, que Olaf pudiera ser rescatable. Pero ¿en quién diablos iba a confiar en su cama? ¿Cómo diablos me arriesgaría, con la posibilidad de que él no pudiera ir y poner mierda de mono en ella? No había buenas respuestas aquí, sólo extrañas. Tuve esa sensación de caer por la madriguera del conejo, sin que antes nunca hubiera habido asesinos en serie en Alicia en el País de las Maravillas, aunque supongo que se podría hacer un caso con la Reina de Corazones. ¡Qué les corten la cabeza!



VEINTICUATRO

Llené el silencio incómodo haciendo preguntas a Edward acerca de su última vez en Las Vegas, y lo que sabía sobre los hombres de SWAT aquí. Unos minutos después el gran SUV entró en el estacionamiento. Vislumbré a los uniformes verdes de hombros anchos antes de notar exactamente qué caras iban con los hombros.

—¿Ni uniformes ni esbirros que emitan las órdenes en las Vegas como en todas partes? —Pregunté.

—¿He mencionado que desaparecí la última vez que estuve aquí? —Preguntó Edward.

Le fulminé con la mirada.

—Así que esto es culpa tuya, no mía.

—Oh, creo que es compartido.

Las órdenes eran entregadas generalmente a cualquiera de ellos. En cambio, fue al Sargento Hooper y a uno de los profesionales. En el

momento en que los vi, supe que Edward tenía razón, ya que no iban a dejarnos trabajar a nuestra manera. Mierda. Hooper era todo seriedad. El profesional con él parecía más relajado.

Este era el de pelo marrón tan rizado que incluso con el corte de pelo corto no podía ocultar el hecho. ¿Cómo se llamaba? Spider, eso es. Si Santa pudiera decir si eran buenos o malos chicos, y Cannibal pudiera comer, ¿qué diablos podía hacer Spider? No estaba segura de querer saberlo.

Todos salimos de nuestras furgonetas y nos dirigimos los unos hacia los otros. Dos estaban aún en sus uniformes verdes, botas negras, sin concesiones al tiempo. Me pregunté qué habría que hacer en Las Vegas para que añadieran o restaran ropa de su armario.

—Sargento —dijo Edward, con su voz de Ted, arreglándoselas para poner la emoción más positiva en una sola palabra que en la mayoría de las conversaciones. Caminó hacia delante, sonriendo, alargando la mano.

Hooper tomó la mano y casi sonrió.

—Ted.

Edward se giró hacia el otro operador.

—Spider.

—Ted.

Edward presentó a Olaf y a Bernardo. Apretones de manos por todas partes. Me uní al ritual, sin decir ni una palabra, aunque tanto Spider como Hooper, dijeron: —Anita— cuando sacudimos las manos. Edward había explicado que no todo el mundo tenía apodos, algunos sólo utilizaban sus nombres de pila, como Sánchez, cuyo nombre resultó ser en realidad Arrio.

No le había preguntado a Edward cuál era el talento de Spider, pero lo haría cuando tuviéramos un poco de intimidad. Si alguna vez había privacidad en Las Vegas otra vez. Estaba empezando a preocuparme de que Bernardo hubiera tenido razón, y los SWAT iban a ser nuestros nuevos mejores amigos.

—Pensamos que traería la orden personalmente, Ted —dijo Hooper. Sonrió entonces—. ¿No queremos otro malentendido?

Ted hizo un oh, cáscaras encogiéndose de hombros.

—Fue mi primera vez en Las Vegas; siento la confusión sobre en donde era la reunión, pero una vez que el vampiro se presentó, no había tiempo para llamar a los chicos.

—Bien —dijo Hooper, no como si lo creyera, no realmente.

—Todos los Marshalls en su departamento tienen la reputación de ser el

llanero solitario —dijo Spider.

—Él era un Ranger de Texas, no un U.S. Marshall —dije.

Spider me frunció el ceño.

—¿Qué?

—El Llanero Solitario fue un Ranger de Texas, no un Marshall.

Spider sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Está bien, intentaré ser más preciso.

Eso es, Anita, corrige la conversación del hombre, eso te hará ganártelo. No podía pedir disculpas, uno, no había hecho nada malo, dos, disculpándome llamaría la atención sobre el hecho de que había sido torpe. En tierra de nadie, cuanto menos se diga, mejor. Si Spider hubiera sido una mujer habría tenido necesidad de decir algo para aplacar, pero un plus para trabajar con los hombres es que no esperan, o quieren, eso. Había estado trabajando con muchos más hombres que mujeres durante demasiado tiempo, estaba un poco oxidada en charla de chicas. Había tenido varias clientas que se quejaban de que era brusca.

Ted estaba leyendo la orden de nuevo. Me la entregó, y supe que no le había gustado algo. Ahora que las órdenes eran federales y la ejecución de DPEA, pronunciado Dopa por nuestros amigos y Dopey por nuestros no-tan-amigos, no tenías que preocuparte por diferentes jueces y tampoco por la redacción, pero… todavía había diferentes personas que las ejecutaban.

Me quedé en el calor entre los dos coches y leí. Edward leía sobre mi hombro, esperándome para que llegara a lo que le molestaba. Olaf y Bernardo esperaban, como si no tuvieran necesidad de leerlo.

La orden era amplia en su redacción, como de costumbre, y luego llegué a la parte que no me gustó.

—La orden abarca al licántropo que mató a sus operadores, pero excluye de forma expresa a los hombres tigre. —Miré a Hooper y a Spider —. Nunca antes he tenido una orden judicial federal que tuviera en cuenta la política local. Su maestro de la ciudad parece que tiene algunos contactos graves en Washington.

La cara de Hooper era ilegible. La cara de Spider todavía era agradable en una especie neutra, y me di cuenta de que era su versión de la cara en blanco de la policía.

—Aparentemente —dijo Hooper—, pero la orden cubre el daño al Mago. Eso ha probado la muerte del cambiaformas. Tú querías a los hombres tigres incluidos porque el cuerpo olía a tigre. Nadie te va a dar una

orden que tenga como objetivo a la mujer del Maestro Vampiro de Las Vegas y sus hijos sólo porque dijiste que olía a tigre.

Asentí con la cabeza.

—Está bien, es justo. Incluso si fuera un hombre animal en toda regla, mi sentido del olfato no sería admisible en los tribunales. Pero otra cosa es eximir a los tigres de la orden de registro. —Doblé la orden y Edward la puso en el bolsillo de su cazadora azul marino que tenía su U.S. Marshall en letras grandes. Yo había dejado mi cazadora en casa. En Las Vegas hacía casi demasiado calor para la ropa, los abrigos estaban fuera, así, hasta que oscurecía. En los desiertos puede hacer frío en la noche, extraño, pero cierto.

—Las órdenes de la DPEA son bastante amplias, Anita. Creo que tenían miedo de lo que podríamos hacer con ella. Su reputación, de todos ustedes, es bastante alta en el recuento de matar, y hemos perdido a tres de los nuestros. Confían en nosotros para hacer un refuerzo de los chicos, y tal vez para ser una influencia civilizadora. —Él tomó una respiración suficientemente profunda como para que se levantara todo el pecho y ahuecara fuera su bigote gris—. Creo que los poderosos tienen miedo de que podamos no ser tan civilizados según las circunstancias.

—Sus chicos han estado muy controlados desde que he estado aquí. Deben confiar en ti.

—Control es lo que hacemos, Anita, pero créame, no es fácil en este caso.

—Nunca es fácil cuando te pierdes a ti mismo —dijo Ted.

Todos tuvimos un momento para recordar. No las mismas pérdidas, ni los mismos amigos muertos, pero todos tenían nombres, rostros, que no llegarían nunca a través de una puerta. Hablan de momentos de silencio por los muertos, pero cuando se tienen suficientes detrás de ti, lo haces automáticamente.

—Te estás tomando esto muy bien, Anita —dijo Spider.

—Hablas como si esperases a que no lo hiciera.

—Lo hacía.

—¿Por qué?

—Algunas personas dicen que tienes mal genio, sobre todo si no escoges tu propio camino.

—Tengo temperamento, pero no sobre cosas como esta. Si tienes una orden sobre los tigres por el olor, más tarde no podría usarse en el tribunal.

No queremos matar a hombres animales de Las Vegas por una orden de mala fe, ¿ahora lo hacemos?

—No, no lo hacemos —dijo.

Suspiré de nuevo.

—Pero ahora me has puesto en una situación incómoda. Tengo una placa, pero no una orden para los tigres, por lo que me pueden mantener fuera de su casa, con o sin insignia.

Él asintió con la cabeza.

—Es verdad.

Entonces tuve una idea, una buena idea, una idea casi feliz.

—Seguir esta orden no nos llevará a ver a los tigres.

—No —dijo Hooper.

—Eso significa que tendré que encantar mi camino al interior y no con el destello de la insignia. Eso significa que entraré no como U.S. Marshall.

—¿Qué significa eso? —Preguntó Spider.

—Eso significa que como la novia del Maestro de la Ciudad de St. Louis, puedo pedir una audiencia con la esposa de Max, y probablemente la tendré.

—¿Por qué motivos? —Preguntó Hooper.

—Sobre la base de que la esposa de Max, Bibiana, espera mi visita antes de salir de la ciudad. Sería un acto de cortesía que si omiten sería un grave insulto. No quiero insultar al Chang de sus hombres tigre locales, ahora ¿verdad?

Hooper estaba estudiando mi cara.

—Supongo que no.

—Sin una orden judicial, todo lo que puedes hacer es preguntar —dijo Spider—, no cazar.

—Confíen en mí, chicos, no quiero echar el guante a Max ni a su equipo, mientras esté aquí. Creo que si fue uno de sus tigres, estarían dispuestos a ayudar a resolver esto, son monstruos de corriente dominante. Matar policías es malo para el negocio.

Hooper sacaba su teléfono móvil.

—Tendremos a todo el mundo para encontrarnos en la casa de Max —dijo.

—Hooper, si no podemos ir allí como Marshalls, y tengo que hacer este café de amigas, desde luego no puedo tener a un equipo de asalto táctico. Sin una orden judicial, ustedes no pasan de la puerta. Demonios, tendré

suerte si consigo que entremos Ted y yo por esa puerta.

—Y yo —dijo Olaf.

Bernardo levantó la mano y dijo:

—¡Oh, elígeme, elígeme! —Entonces me dirigió una mirada tan triste que me pregunté que había hecho mal ahora, pero no me preocupé lo suficiente como para preguntar. Tal vez lo averiguaría más tarde, o tal vez no.

—¿Ted? —Hice una pregunta.

—Me sentiría mejor si todos los Marshalls entran, pero no sé cómo los tigres se sentirán por eso.

—No sé si me siento cómoda entrando por mí misma, para ser honesta. —Tan pronto como lo dije, supe que no debí haberlo dicho. Uno, sonaba débil, dos, no estaba segura de cómo explicar mis razones reales para estar nerviosa alrededor de los hombres tigre con Shaw.

Los dos operadores me dieron caras serias.

—Oímos lo del ataque del hombre tigre en St. Louis —dijo Hooper.

Me di cuenta de que él se había tomado eso como una razón por qué sacudí la cabeza. Critiqué eso.

—Sí, ser cortado por un animal te hará desconfiar de ellos.

—Vamos a ir con usted, Anita.

—No hay manera de que la seguridad de Max me deje entrar con los chicos en su casa en una visita social. Lo siento, chicos pero son simplemente demasiado para lo que son.

No estaba segura de que tuviera sentido, pero lo aceptaron, o entendieron.

—Aún así llamaré. La esperaremos en el aparcamiento. Dé la señal de que está en peligro, y tendremos permiso para entrar y salvar sus culos.

—¿Por qué, Hooper? Ha leído las cláusulas de la orden, ¿no?

La boca de Hooper dio una sonrisa tensa y desagradable. Era cerca de la que yo tenía, y la de Ted. No era una buena vista si iba dirigida a ti, pero no tenía la intención de apuntarme a mí, estaba pensando en la gente que mató a sus amigos.

—Es Sonny, Anita, y lo leí. A ustedes, es decir, a los Marshalls, se les permite usar toda la fuerza e incluye la mortal, si crees que tú o un civil se encuentra en peligro inminente y potencialmente mortal. Además, permite a los oficiales que están con usted, o que actúe en calidad de respaldo, para usar cualquiera y todas las fuerzas para proteger sus vidas y las vidas de los

civiles.

Asentí con la cabeza.

—Agregaron el último pedazo después de que un par de cazadores de vampiros fueran asesinados, y la policía con ellos, se defendieran, salvando a los rehenes humanos, pero terminando en un juicio. Fueron absueltos, pero fue un desastre.

—Es una de las cosas que llevaron a DPEA —dijo Hooper, quiero decir Sonny.

—Sí, así que si somos atacados, entonces legalmente estamos fuera de peligro porque podemos hacer un caso para el licántropo muerto siendo una liga con el renegado en nuestra orden. Demonios, Sonny, es Nevada, allí aún tienen leyes canallas en los libros.

—No me gustaría estar citando leyes canallas si tenemos que disparar a toda la familia de Max.

—Yo tampoco, pero si tiran hacia abajo primero, legalmente no se ha roto ninguna ley.

—¿Es cierto que no tienes que tener una vista después de matar a alguien? —Preguntó Spider.

—No, hay más papeleo ahora que somos agentes federales, oficialmente, pero no, sin abogados, ni audiencias, nada realmente. Pero si nos atasen en todos esos aspectos legales, ¿quién haría todo el asesinato de monstruos?

—Así que, realmente —dijo—, ¿excluyendo a los hombres tigre de la orden judicial no los mantiene a salvo si empiezan la lucha con ustedes?

—En realidad no —dije.

—Si comienzan la pelea, ayudaremos a terminarla —dijo Sonny—, pero estén malditamente seguros de que la inicien ellos, ya que pueden salir de la cárcel gratis con su tarjeta de identificación federal, pero nosotros vivimos aquí.

—Te doy mi palabra, si todo esto estalla en llamas, no lo empezaremos.

Estudió mi rostro, ambos lo hicieron, y luego Sonny asintió con la cabeza, como si hubiera decidido algo. Me ofreció la mano. La tomé.

—Sacúdela.

Nos sacudimos las manos, y Sonny era lo suficientemente mayor y lo suficientemente hombre para que el apretón de manos significara más de lo que se suponía, por ejemplo, con Spider o Bernardo, o tal vez todos los Metro SWAT de Las Vegas eran así. Su palabra significaba algo, incluso

podías prometer tu vida a alguien para que tomara la decisión con sólo un apretón de manos. Era como un eco de un momento en que las palabras eran como ley y honor, cuando realmente significaban algo. Puesto que todavía significaban algo para mí, eso era excelente.



VEINTICINCO

Hice dos llamadas desde el coche mientras Edward nos sacaba de la zona industrial, de negocios donde se encontraba la oficina del forense, a través de las empresas que estaban en cualquier lugar, de USA. Una fue a Chang-Bibi, a la línea personal que Max se había asegurado de que Jean-Claude tuviera. Una voz culta de mujer contestó al primer timbrazo.

—Chang-Bibi, soy Anita Blake… —Dije.

—Anita Blake, nos alegramos de que haya llamado, pero no soy Chang-Bibi. Mi nombre es Ava, soy el auxiliar administrativo de Chang-Bibi.

—Lo siento, pensé que era el número privado.

—Lo es, pero, —hizo una pequeña risa—, una reina no responde a su propio teléfono.

Oh.

—Claro —dije—, error mío. Estoy en Las Vegas, y quería hablar con

Bibiana.

—Somos conscientes de la tragedia que ha caído sobre nuestra policía. ¿Es este un asunto oficial de la policía, Marshall Blake?

—Me gustaría hablar con todos ustedes sobre los asesinatos, sí.

—¿Es este un asunto oficial de la policía, Marshall Blake? —Preguntó de nuevo, con una voz que era un poco menos agradable.

—Estoy en Las Vegas en asunto oficial de la policía, sí —dije.

—¿Tiene usted una orden que nos obligue a dejarle entrar en nuestra casa o establecimientos de negocios?

Odiaba tener que decirlo, pero…

—No, no la tengo.

—Entonces es una visita social, —y su voz era mucho más feliz.

—Sí, del compañero… de un maestro a otro —dije.

—Entonces, Chang-Bibi estará encantada de recibirla.

—Necesito hablar con ella sobre los asesinatos, sin embargo, a título no oficial.

—¿Nos invita a la cortesía de hablarnos extraoficialmente? —Preguntó Ava.

—Lo estoy intentando.

—Se lo explicaré a Chang-Bibi. —La forma en que lo dijo sonó como si Bibiana pudiera tener problemas con el concepto.

—Gracias, Ava —dije.

—El placer es mío, Anita. Chang-Bibi preparará una bienvenida para usted. Esperábamos que nos visitara, si tuviera tiempo en toda su lucha contra el crimen.

—¿Qué clase de bienvenida está preparando? —Pregunté, y no pude evitar la sospecha en mi voz. Años de salir con cambiaformas me había enseñado que su sociedad podría tener algunas ideas extrañas al recibir a los huéspedes.

Ava se echó a reír otra vez.

—Ahora, ahora, eso echaría a perder la sorpresa.

—Realmente no me gustan las sorpresas —dije.

—Sin embargo, Chang-Bibi las hace, y va a visitar su casa y a pedir su ayuda.

—Tal vez me estoy ofreciendo para ayudarla.

—¿Lo está?

—Podría haber ido con una orden judicial, pero no lo hago —dije.

—No puede obtener una orden judicial por oler a un hombre tigre, Anita, —y no había nada agradable en la voz ahora.

—Hay un topo en el departamento, o ¿es su espía más federal? —Dije.

—Tenemos nuestras fuentes.

—Bien, no pude obtener una orden, pero todavía tengo que hablar con los hombres tigre.

—Nuestro clan no lo hizo.

—Por supuesto que no.

—No cree que seamos inocentes.

—Creo que todos son culpables de algo, ahorra tiempo.

Ella se echó a reír otra vez.

—Iré y ayudaré a preparar. Supongo que viene sola, ya que ésta es una visita social de un compañero de un maestro a otro. —No había el más ligero deje de humor, como si supiera que se estaba burlando de mí.

—En realidad tengo algunos otros U.S. Marshalls conmigo.

—Ahora, Anita, eso no es muy amable.

—Se me permiten asistentes cuando visito a otro Maestro de la Ciudad, de hecho, negar la entrada a mis asistentes sería un grave insulto.

—Oh, bueno —dijo Ava—, sabe cómo jugar el juego. Algunas de las esposas humanas más jóvenes, no entienden las reglas antiguas.

No la corregí en el comentario «esposas». Si a mi me trataran como a una esposa, tendría mas status, y no era como si pudiera «divorciarme» de Jean-Claude. La marca de vampiro entre siervo y amo era un infierno mucho mas vinculante que cualquier documento legal.

—Jean-Claude se aseguró de que fuese capaz de hacer el honor adecuado si visitaba a Chang-Bibiana.

—¿Cuántos de sus asistentes tienen armas e insignias?

—Según las reglas de la hospitalidad, se me permite seguridad.

—Pero sólo dos, en una visita sorpresa. Más allá de eso debe tener otro propósito para ellos. ¿Hay más de dos guardaespaldas con usted? —Una vez más, escuché el toque de risa en su voz. Pero había sido la burla de una mejor y más aterradora que Ava.

—Jean-Claude es de la línea de *Belle Morte*, por lo que se me permite la alimentación.

—Chang-Bibi está dispuesta a suplir todas sus necesidades. —¿Fue mi imaginación, o sonó un poco enfadada por eso? Hmm.

—Agradezco la hospitalidad, y aprovecharé la generosidad de Chang

antes de salir de su bella ciudad, pero como no esperaba tener tiempo en medio de una investigación de asesinato y visitarla hoy, traje mi propia merienda.

—Por lo tanto, tiene dos guardias y ¿un ponme de sang?

—No un ponme de sang, sólo un amante.

—Dicen que su ponme de sang es otro vampiro, ¿es cierto?

Se refería a London, que era un vampiro, y uno de la línea orientada del sexo de *Belle Morte*, pero su talento era para ser la última mordida de la merienda para alguien con mi *ardeur* o el de Jean-Claude. La ventaja era que London ganaba poder con la alimentación y no se agotaba en él. Sólo deseaba gustarle más. Buen amante, mal novio, si sabes a lo que me refiero.

—Todavía no he dado el título a nadie oficialmente —dije.

—Escuchamos que lo tenías, pero ahora parece que tienes a un leopardo para llamar. Nathaniel, ¿no?

No podía dejar que mi pulso se acelerase. Sabía que todos los maestros espiaban a todo el mundo, demonios, sabía que Jean-Claude tenía su propia red, pero aún así era desconcertante escucharlo.

—Sí. —Esperaba no estar regalando ningún secreto de Estado. Quiero decir que era bastante conocido, ¿no? Oh, mierda.

—¿Cuántos animales para llamar tienes ahora, Anita?

Realmente no me gustaba la forma en que la que iba esta conversación. No estaba segura de cuánto era de conocimiento general, cuanto sus espías habían descubierto, o cuánto sería muy malo para compartir con ellos. Tenía que colgar el teléfono.

—Voy a jugar a las veinte preguntas con Chang-Bibiana, pero no con su asistente. —Sí, fue grosero, pero hice el truco.

—Entonces, por todos los medios, venga, Anita. Venga a hablar con nuestra reina. Estoy segura de que sus preguntas serán mucho más interesantes que las mías. —Ella colgó. Sí, estaba loca.

No podía pedir disculpas. Creo que las dos teníamos que vivir con ello. Esperaba que no me arrepienta de joderla más tarde. Dejé el teléfono para ver que estábamos en el borde ya de y no Kansas.

El primer indicio fueron las capillas de bodas esparcidas junto a las tiendas más comunes. La mayoría de las capillas se veían gastadas y más deprimentes que románticas, pero tal vez era sólo yo. No soy buena en bodas.

Luego estaba Bonanza, la mayor tienda de regalos del mundo. Uno de

los edificios que ocupaba la mayor parte de un bloque. Es el tipo de lugar al que te detienes para las vacaciones familiares. Había un enorme aparcamiento vacío, con un cartel apoyado a las que se leía en hilera. Me di cuenta de que habían derribado La Frontera. Ese vaquero grande que se vía en todas las películas, ya no existía. Las Vegas Hilton se sentaba enfrente del camino de otro aparcamiento vacío que estaba en construcción.

—Las Vegas no guarda su historia, sino que destruye y construye en encima de la misma —dijo Edward.

—¿Cuántas veces has estado aquí? —Pregunté.

—Sólo una vez como Marshall —dijo.

—¿En otros asuntos? —Pregunté.

—No es asunto tuyo.

Sabía que era todo lo que iba a obtener del tema, así que lo dejé pasar.

Circus Circus se alzaba en el lado derecho, parecía tener una especie de gastado a la luz brillante del sol, como un carnaval que ha estado en un lugar durante mucho tiempo. La Riviera estaba al otro lado de la calle, después más espacio abierto donde algo más había sido derribado. Las señales para El Encore fueron los siguientes, pero ya no estaba allí. A continuación, algo que se llamaba El Wynn que parecía demasiado alto y demasiado moderno para el resto de Las Vegas, a pesar de que había un enorme cartel publicitario con un animado duendecillo que estaba empujando palabras en una pantalla gigante en movimiento. Era un comercial para el Wynn. De repente se movían, carteleras brillantes a cada pocos metros, o así lo sentía. Durante el día llamaban la atención, me pregunté cómo se verían por la noche. Una colección de formas extrañas en la calle se convirtió en el Fashion Show Mall. El edificio era feo; me hizo temer por la elección de las tiendas. Luego estaban los casinos en rápida abundancia: en el lado izquierdo El Palazzo, la elegancia de Venecia, justo enfrente de la calle La isla del tesoro, con su enorme barco pirata enfrente; Casino Royale, Harrah's, y después delante estaba El Mirage y El Caesar's Palace. El Caesar's era enorme y tenía un gran pedazo de bienes raíces. El Bellagio parecía elegante, también, mientras pasábamos por delante, después a través de la calle estaba el París, con una versión más pequeña de la Torre Eiffel y un enorme globo de aire caliente falso, pero aún estaba eclipsado por la torre, a pesar de que sabía que era más pequeño que la cosa real. Había una enorme construcción y una señal de que decía City Center, a continuación, El Monte Carlo, que parecía gastado, después de New York

New York, con una versión en miniatura de los rascacielos de Manhattan elevándose por encima de pequeñas tiendas y restaurantes. No había nada gastado en New York New York. El MGM Grand estaba a través de la calle, y parecía optimista, también. El Tropicana se sentaba junto a él, a continuación, El Excalibur. Edward se detuvo en el semáforo, así que tuve tiempo de leer que El Excalibur se jactaba de tres espectáculos: El Torneo de Campeones, con caballeros y justas, el cómico Louie Anderson; y El Trueno Que Cae Abajo, que eran strippers masculinos. Al parecer, podría llevar a los niños a ver la justa, papá podía ver al cómico, y mamá podía tener músculos para tocar. Estaba muy bien racionalmente rodeado de entretenimiento, en comparación con la orientada muestra de desnudos femeninos que la mayoría de lugares se vanagloriaban. Aunque habían más cómicos, y el Cirque du Soleil parecía ser la muestra más diferente en diferentes lugares que todos. El Luxor, la pirámide grande con la parte delantera de la esfinge, era el siguiente. Delante de la imitación de Egipto estaba la falsa India. El Taj Nuevo, que era el casino de Max, hotel y centro vacacional. El edificio se basa obviamente en el Taj Mahal, pero había esculturas de piedra blanca de animales esparcidos por el paisaje exuberante de la jungla. Había monos y elefantes y aves que no se podía reconocer en blanco, pero había un montón de tigres que se asomaban y paseaban entre el resto. Las estatuas eran en realidad casi desconcertantemente realistas. Bueno, supongo que habían tenido los modelos de la vida real para trabajar.

La cartelera en movimiento delante del Taj Mahal se jactaba de un acto de magia con una versión más real de los animales, y dos revistas. Uno de ellos era hombres de aspecto fornido, y reconocí una de las caras, aunque estaba agradecida de que la mayor parte de él estuviera escondido detrás de los otros hombres. El otro espectáculo era de chicas. Max estaba tratando de maximizar el atractivo de su resort, también.

Edward no fue por el camino de la autopista, sino que siguió a un camino más pequeño, camino con menos paisaje. Vi señales que prometían ser un aparcamiento. Supongo que no íbamos al valet.

—La primera vez que lo ves, piensas que es llamativo y horrible, o lo adoras. Casi no hay medio camino para esta ciudad —dijo Edward.

Me di cuenta de que había callado para que pudiera disfrutar de la vista.

—Es como Disneyland en el estallido, para adultos —dije.

—No lo vas a odiar —dijo.

—No lo llaman la ciudad del pecado por nada —dijo Bernardo.

Me di la vuelta y le miré mientras Edward se deslizaba en la sombra del estacionamiento.

—¿Has estado aquí antes, también?

—Sí, pero no por negocios.

Me debatía en preguntar para que había venido, y si me iba a gustar la respuesta, pero Edward dijo:

—Hablas como si hubieras actuado como representante de Jean-Claude antes.

—Ésta es la primera vez que lo hago sin más ayuda de casa. —Los techos siempre me parecen bajos en las estructuras de estacionamiento cuando estoy en un SUV.

—¿Quién va a actuar como tu amante? —Preguntó Olaf. Debería haber sabido que lo haría.

—No te comportaste lo bastante bien en la morgue. No confío en que seas capaz de desempeñar el papel de la forma que necesito.

—Dime lo que necesitas —dijo.

Miré a Edward, pero sus ojos estaban ocultos detrás de sus gafas de sol, y él no miraba en mi dirección. Le quería llamar cobarde, pero no lo era. Creo que, por una vez, estaba tan confundido sobre cómo manejar la situación con Olaf como yo. No era bueno que Edward estuviera fuera de su profundidad con su compañero de juego asesino en serie.

—Aguarda un momento —dije, y marqué el único número en Las Vegas que tenía programado en mi teléfono. Era el hombre cuyo rostro había reconocido en la cartelera.



VEINTISEIS

Crispin contestó al teléfono en el segundo toque, su voz todavía tenía un deje de sueño, pero era un deje feliz. Él trabajaba de noche, por lo que su patrón de sueño estaba cerca del mío.

—Anita, —y esa palabra era más feliz de lo que debería haber sido.

—¿Cómo sabías que era yo?

—He programado una canción para ti, así que sé que eres tú. —Oí las sábanas moverse cuando se giró.

¿Era la única persona que no sabía cómo programar mi propio maldito teléfono?

—Estoy a punto de aparcar en el garaje del Nuevo Taj.

Oí el pesado deslizamiento de las sábanas a través de la piel. ¿Estaba sentado?

—¿Ahora mismo?

—Sí, te habría llamado antes, lo siento. Me distraje por las bonitas

luces.

—Mierda, Anita —dijo Crispin, y oí ruidos en su lado del teléfono.

—Suenas preocupado —dije—. ¿Por qué?

—Chang-Bibi es mi reina, pero yo soy tu tigre para llamar.

—¿Me disculpo por eso otra vez?

Hubo más ruidos, y me di cuenta de que se estaba vistiendo.

—No, a menos que me dejes vivir contigo, o por lo menos mudarme a St. Louis, pero bueno tendremos que hablar en otro momento.

—Suenas asustado, Crispin. ¿Qué está mal?

Edward estacionó en un espacio, y el SUV de Hooper pasó por delante nuestro, en busca de su propio lugar de estacionamiento.

—Digamos que hay personas aquí que Chang-Bibi quiere que conozcas, y me vas a querer dentro de la distancia de toque.

—No me hagas preguntar otra vez, Crispin.

—Otros tigres de otros clanes, Anita. Quieren saber si puedes traer sus poderes en línea, también.

—No voy a alimentar al *ardeur*, Crispin, sólo hablar sobre los asesinatos.

—Si Max estuviera despierto, eso es lo que hablarías. Él es los negocios, pero Chang-Bibi puede pensar primero en los tigres, en segundo lugar en los negocios.

—¿Realmente me estás diciendo que quiere que… acabe con algunos de los tigres antes de que hable de negocios?

El teléfono se cayó, golpeó algo, y me obligó a alejarlo de mi oído. El volvió.

—Solté el teléfono, Anita, lo siento. Nos vemos abajo, en el casino antes de conocer a alguien más.

—Si haces eso, ¿Bibiana no cuestionará tu lealtad?

—Tal vez, pero no quiero que te encuentres con los nuevos tigres sin mí.

—¿Celoso? —Pregunté, y probablemente no debí hacerlo.

—Sí —dijo él, y ese era Crispin. No jugaba, en realidad. Si sentía algo, te lo decía. Eso hacía muy incómodo tratarle a veces.

—¿Debería disculparme por eso, también? —Pregunté, y mi voz era menos amistosa.

—Si no querías la verdad, no deberías habérmelo preguntado, —y ahora no sonaba feliz. Cuando nos conocimos, había pensado que Crispin

era sencillo, y sólo sobre el sexo y la comida. Había aprendido otra cosa. Era como si no pudiera estar atraída por un hombre que no era difícil de alguna manera.

—Tienes razón, si no quería la verdad, no debí preguntar. Lo siento.

Él guardó silencio durante unas cuantas respiraciones, y luego dijo:

—Disculpas aceptadas.

—Deja el teléfono, Anita. Tenemos que hablar antes de llegar allí —dijo Edward. Había apagado el motor, y nos sentábamos en silencio, mientras el aire acondicionado se apagaba.

—Crispin, me tengo que ir —dije al teléfono.

—Nos vemos abajo, en el casino.

—¿Esto te meterá en problemas con tu clan? —Pregunté.

—No me importa —dijo, y colgó. Tenía veintiún años, apenas, y la mayor parte del tiempo parecía más joven. Este fue uno de esos momentos. Sabía lo duros que algunos grupos de hombres animales podían ser si no seguías las órdenes. A Crispin no le importaba ahora, pero a los hombres tigre les podía importar. Podrían importarle mucho.

—Crispin se reunirá con nosotros en la planta baja del casino. Dice que Chang-Bibi puede tratar de fijar una cita con algunos nuevos tigres antes de hablar sobre los asesinatos.

—Fijar una cita, ¿significa tener relaciones sexuales con ellos? —Preguntó Bernardo desde el asiento trasero.

—Alimentar el *ardeur* con ellos —dije.

—Quieres decir tener sexo con ellos —dijo Olaf, como para remachar el clavo.

—Puedo alimentarme sin relaciones sexuales —dije, con una voz de muy mal humor.

—Es bueno saberlo —dijo Edward, y su voz no sonaba mucho más feliz que la mía.

—Nos dijiste que los hombres tigre podrían querer que te alimentaras de ellos, pero no que debías hacerlo antes de que hablaran con nosotros —dijo Bernardo.

—No lo sé —dije.

—¿Quieres decir que tendremos que verte teniendo sexo con algunos de los hombres tigre? —Preguntó Olaf.

Luché para no retorcerme en el asiento.

—No si puedo evitarlo. Los tigres son muy grandes en la fidelidad, el

matrimonio, y todo eso. Espero que si uno de ustedes juega a mi amante, Bibiana lo vea como si me tendiera una trampa para que lo haga con uno de sus tigres. Además, es una manera de obtener que los tres entren conmigo. Dos como seguridad, y uno como alimento.

Oí un ruido y Olaf estaba repentinamente inclinado sobre la parte de atrás de mi asiento. La altura no solía intimidarme, pero mientras deslizaba sus brazos alrededor de los lados del asiento, como si me fijara…

—Vuelve a tu asiento, Olaf. Sin tocar.

—Si voy a actuar como tu amante, entonces debo tocar.

—Y ese es exactamente el por qué no lo vas a hacer —dije.

—No lo entiendo.

—Eso espero, y esa es otra razón por la que vas a ser seguridad y no comida.

—Te he asustado de nuevo, ¿no? —Preguntó.

—Nerviosa, me has puesto nerviosa de nuevo.

—¿Qué te gustaría hacer en una cita?

Me giré en mi asiento para que pudiera ver su rostro.

—¿Qué?

—¿Qué te gustaría hacer en una cita? —Lo repitió, mirándome directamente, su cara muy neutral. Por lo menos estaba controlando su rostro, aunque el factor de rareza no iba disminuyendo para mí. No, raro iba definitivamente en subida.

—Sólo tienes que responder la pregunta, Anita —dijo Edward en voz baja.

—No lo sé. Ver películas, cenar, hablar.

—¿Qué haces con… Edward?

—Cazamos chicos malos y matamos cosas.

—¿Eso es todo?

—Vamos a cazar, y él me enseña las más grandes y espantosas armas.

—¿Y? —Preguntó.

Fruncí el ceño.

—No sé lo que quieres que diga… Otto.

—¿Qué haces cuando sales con Ted?

—No salgo con Ted. —En mi cabeza pensé, sería como salir con mi hermano, pero parte de lo que esperábamos hacer para que Olaf me dejara en paz era la idea de que Ted se sentía menos fraternal hacia mí. Entonces, ¿qué decir? Él está con Donna y tienen hijos, y no salgo con gente que ya

está pillada. Va contra las reglas.

—Honorable para una mujer —dijo.

—¿Qué diablos significa eso? —Dije—. Conozco a muchos hombres que no obedecen esa regla, tampoco. Hijos de puta que vienen en ambos sexos.

Me miró durante mucho tiempo, y finalmente parpadeó y desvió la mirada. Asintió con la cabeza.

—Bernardo no tiene esas normas.

—Eso supuse —dije.

—Estoy sentado aquí —dijo Bernardo.

—Le molesta que no te guste lo suficiente —dijo Olaf.

—Bernardo y yo tuvimos esta discusión, y lo arreglamos.

—¿Qué significa eso? —Preguntó Olaf.

—Eso significa que Anita me dejó saber que piensa que soy mono, así que mi ego está seguro.

Olaf nos frunció el ceño de uno a otro.

—No lo entiendo.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Edward, con un suspiro—. ¿Quién juega qué papel?

—A quienquiera que escoja como amante tendrá que hacer algo más que coger las manos para convencer a Bibiana ya que sería grosero ofrecer a uno de sus tigres.

—Así que Olaf no —dijo Edward.

—Y tú tampoco —dije.

—Me extraña que tú no —dijo Olaf—. Entiendo eso, pero ¿por qué Ted no?

—Pretender está muy cerca de hacerlo, y me haría sentir rara la próxima vez que visite a su familia. —Eso era realmente la verdad.

Bernardo se inclinó hacia delante, sonriendo.

—¿Significa eso que soy el tipo con suerte?

Le frunció el ceño.

—Te voy a dar otra oportunidad para actuar como mi novio, no hagas que me arrepienta.

—Hey, no fuiste tú quien terminó siendo obligado a quedarse medio desnudo a punta de pistola la última vez. —No estaba bromeando cuando lo dijo.

—¿Por qué querían desnudarte? —Preguntó Olaf.

—Me hicieron una pregunta con trampa, para ver si realmente era mi amante.

—¿Qué pregunta?

—Si estaba circuncidado —dijo Bernardo, y ahora tenía un toque de diversión en su voz—. Querían ver si su respuesta era la correcta.

—¿Lo era? —Preguntó Edward.

—Sí.

—¿Cómo sabías si estaba circuncidado? —Preguntó Olaf, y realmente parecía indignado.

Me desabroché el cinturón de seguridad y me giré en mi asiento.

—Basta, simplemente déjalo. No te has ganado el derecho a estar celoso o herido.

Olaf me frunció el ceño.

—Sonny y Spider nos están viendo discutir —dijo Edward.

Me había olvidado de que los dos policías nos estaban persiguiendo. Eso fue más allá del descuido.

—Genial, muy bien, pero lo digo en serio, Olaf. Me halaga que desees intentar salir conmigo como un chico normal, pero un chico normal no se pone celoso antes de que haya incluso besado a una chica.

—No es cierto —dijeron Edward y Bernardo juntos.

—¿Qué? —Pregunté.

Ellos intercambiaron una mirada, entonces Edward dijo:

—Yo estaba enamorado de una chica, la primera en serio. Nunca le di un beso, o incluso le cogí de la mano, pero estaba celoso de todos los chicos que estaban cerca de ella.

Traté de imaginar a un joven, un Edward inseguro y no pude, pero era bueno saber que una vez había sido un chico. A veces se sentía como si Edward hubiera surgido completamente de la cabeza de una deidad violenta, como una versión vicioso de Atenea.

—He tenido celos de las mujeres que estaban saliendo con buenos amigos. No le robas a los buenos amigos, pero a veces te disgusta hasta verlos juntos.

—Anita y yo pensamos que tú robarías —dijo Olaf.

—Hey, sólo porque me gustan las mujeres no significa que no tengo escrúpulos. Nada de novias serias de amigos, y nada de esposas de gente que me gusta.

—Es bueno saber que tienes escrúpulos. —Intenté el sarcasmo y

funcionó.

—Oye —dijo Bernardo—, ¿cuál es el viejo dicho de las casas de cristal, Anita?

—No lo hago con maridos.

—Yo no lo hago con vampiros —dijo.

Punto para él. En voz alta, dije:

—No sabes lo que te pierdes.

—No me gusta dormir con alguien que puede enrolarme con sus ojos. Es demasiado difícil recordar sin mirar.

—Así que no es moral, sino práctico.

—Eso, y algunas veces hay un problema de humedad.

—¿Qué significa eso?

—Eso significa que están muertos, Anita, y las mujeres muertas necesi tan lubricante.

—Para, sólo para, antes de que me visualice así. —Entonces agregó, antes de que tuviera tiempo de pensar en ello—. No es cierto para las mujeres vampiros que conozco. —Sabía que era verdad, lo sabía a través de los recuerdos de Jean-Claude y de Asher que habían compartido conmigo metafísicamente. Lo sabía a través de los sueños en los que me visitaba Belle.

—¿Y cómo sabes que los vampiros mujeres que he conocido no necesitan lubricante? —Preguntó.

Traté de pensar en una respuesta que no planteara más preguntas y no pude llegar a una.

—Te estás ruborizando. —Olaf no sonaba feliz.

—Oh, por favor, dime que lo que visualizo en mi cabeza es verdad —dijo Bernardo, y parecía muy feliz. De hecho, estaba sonriendo de oreja a oreja.

Edward me miraba encima de la montura de sus gafas de sol.

—No he oído rumores sobre ti y de vampiros mujeres.

—Tal vez ustedes simplemente pueden esperar fuera y yo hablaré con los tigres sola. —Salí del coche, en la penumbra del aparcamiento.

Sonny y Spider bajaron de su SUV, pero no quería hablar con ningún hombre ya. Cerré la puerta y me dirigí al lugar que decía Ascensor. Oí las puertas abriéndose y cerrándose. Si llegaba al ascensor primero, iría hasta el casino sin ellos. Tal vez no era lo más inteligente, pero el pensamiento de Edward mirando las puertas cerrándose sin él me dio una determinada

satisfacción superficial. Tal vez entendía que había tenido suficientes burlas, porque se apresuró para alcanzarme delante del ascensor.

—Subir sola sería una estupidez, y eso es algo que no eres —dijo, y parecía enfadado.

—Estoy cansada de explicarme a ti o a cualquier otra persona.

—He enviado a Bernardo y a Olaf a hablar con el SWAT, por lo que puedes hablar conmigo. ¿Hay algo más que debería saber?

—No —dije.

—Mentirosa —dijo.

Le fulminé con la mirada.

—Pensé que era Ted el que fantaseaba con lesbianas.

—Eres el siervo humano de Jean-Claude, ¿qué tan estrecho es tu vínculo metafísico, Anita?

Y así, había adivinado lo que no quería decirles.

—Nunca he estado en St. Louis —dijo Bernardo, justo detrás de nosotros—. ¿Qué mujeres vampiros tiene Jean-Claude?

—No les gusta Anita lo suficiente para dormir con ella —dijo Olaf.

Las puertas se abrieron.

—Una palabra más sobre este tema y estaré sola en el ascensor —dije.

—Irritable —dijo Bernardo.

—Déjenla —dijo Edward—, los dos.

Lo dejaron, y todos nos metimos en el ascensor. Bernardo sonreía sobre sí mismo. Olaf estaba frunciendo el ceño. La cara de Edward era ilegible. Me apoyé en la pared del fondo y luché por encontrar una expresión que no lo empeorase. ¿Era mejor que dos de ellos pensara que había estado con otra mujer a que hubiera compartido recuerdos detallados con vampiros? Sí, lo era. Hubiera sido aún mejor si Edward lo hubiera creído.



VEINTISIETE

Olaf estaba dispuesto a ponerse su cuero encima de todo, pero Edward nos paso las oscuras cazadoras con U.S. Marshall en ellas a todos.

—¿Si esta es una visita social, no será esto un mensaje erróneo? —Preguntó Bernardo.

—La nueva ley hace que sea casi imposible para cualquiera de nosotros pasar por civiles —dijo Edward—. No podemos entrar en un casino llevando este poder de fuego sin mostrar las insignias. La primera vez que nos vean en las cámaras de seguridad, pensaran que algo malo está pasando.

No podíamos discutir eso, en realidad. Nos llevó unos minutos colocar las chaquetas sobre nuestras prendas para que la mayoría de las armas quedaran escondidas. Estaba realmente recordando que tenía de llevar mi propia e ingeniosa cazadora azul oscuro la próxima vez. Siempre recordaba las armas y las insignias, pero seguía olvidando algunas de las otras cosas.

Olaf sacó de la vista todo lo que pudo en su chaqueta de cuero.

—Es invisible bajo esta chaqueta.

—No te gusta tener una insignia, ¿verdad, tipo grande? —Preguntó Bernardo, mientras deslizaba la chaqueta sobre sus propias armas.

—Me gusta algo, pero no me gusta la chaqueta.

Tuve que dejar la mochila fuera, y sólo deslicé el MP5 en su funda por lo que quedó bajo la chaqueta, y coloqué la mochila sobre la chaqueta. El MP5 era más lo que más probablemente asustaría a los mundanos y a la seguridad del casino.

Edward había reemplazado su propio amplificador Heckler Koch MP5 por la nueva FN P90. Era muy de ciencia ficción, pero juró que una vez la disparara, cambiaría mi MP5. Había dicho lo mismo de la mini-Uzi que había sido el arma que había sustituido a la MP5 para mí, así que no discutí. Edward sabía más de armas de lo que jamás lo haría yo.

Salimos del ascensor al casino. Era brillante, pero extrañamente elegante en su vulgaridad. El tema indígena continuaba, con más estatuas de animales y plantas pintadas en las paredes, con plantas reales acurrucadas bajo las luces de todo el espectro, por lo que daba la ilusión de que la luz del sol entraba por un pabellón de la jungla. Luego estaban las máquinas tragaperras. Filas y filas de ellas. Había mesas de blackjack, dados que rodaban en ellas, gente por todas partes. El ruido no era tanto como se podría pensar, pero aún así era una habitación llena de movimiento y de esa energía que la gente recibe cuando está de vacaciones e intentando disfrutar de cada minuto, como si tratara de compensar todo lo que trabajaba.

Edward sacudió la cabeza, inclinándose sobre mi, por lo que le oí por encima del ruido.

—Es demasiado abierto, y demasiados lugares para esconderse, todo al mismo tiempo. Hay muchos guardaespaldas trabajando en el casino.

Miré a mi alrededor hacia la multitud de personas, las máquinas tragaperras, el ruido, el color. Había tantas cosas que ver que era realmente difícil de «ver» algo.

Bernardo y Olaf parecían haber cogido alguna señal de Edward, porque de repente estaban en estado de alerta. De repente me di cuenta, de que nos miraban, que cualquier policía o seguridad sabía que no éramos turistas. No eran la armas o el U.S. Marshall en las chaquetas. Era esa extraña metamorfosis que los policías pueden hacer. En un minuto están

bromeando contigo, como cualquier persona normal, y al siguiente son, el Poli, y están en alerta, y ninguna cantidad de ropa civil puede ocultar que son diferentes a los demás. Todos lo estábamos haciendo. Tanto para disfrazar las armas; si yo fuera los de seguridad, hubiera estado sobre todos nosotros.

No vi nada que temer; ¿Qué había asustado a Edward? Me giré para poder mirar a los ojos de color azul pálido. Busqué en su rostro. Su rostro era solemne, y sus ojos tan graves como nunca los había visto.

Me incliné hacia arriba, y el se inclino hacia abajo, porque no podía llegar a su oído sin ayuda.

—Nunca te he visto así, Edward, no sin que la gente disparara contra nosotros.

—Es sólo por la fuerte seguridad en un lugar como este.

Me puso una mano en el brazo para no perder el equilibrio, porque estábamos demasiado cerca. Deslizó una mano a mi alrededor, convirtiéndolo en algo que parecía más íntimo. Me recordó que todavía estábamos intentando averiguar qué hacer con Olaf. Genial, otro problema.

—No soy tu cuerpo de guardia, Ted. Sólo soy una compañera cazadora de vampiros. —Miré a sus ojos, y estábamos demasiado cerca. Muy cerca de besarnos, tan cerca que podía ver sus ojos, y no había nada que besar en ellos. La mirada en sus ojos me dio miedo.

—Hay demasiadas cosas que pueden salir mal, Anita, y este es un lugar horrible para la protección.

No podía discutir eso. Me limité a asentir.

Metió la mano en la parte posterior de mi pelo y me besó en la frente. Lo hizo en beneficio de Olaf, pero era lo que estábamos haciendo cuando los hombres tigre se acercaron. Perfecto.



VEINTIOCHO

Los sentía como un viento en mi piel, una brisa de energía que provocó que mi piel se pusiera de gallina y me hizo temblar en los brazos de Edward. La mayoría de los hombres habrían tomado el crédito de aquel temblor, pero Edward levantó la mirada y alrededor. Él sabía que había percibido algo.

Su reacción puso a Olaf y a Bernardo en estado de alerta. La mano de Olaf estaba realmente flotando cerca del borde de la chaqueta, donde apenas cubría una de sus armas de mano. Estábamos todos de vuelta a ese momento de «policía».

Edward y yo nos movimos, dándonos el suficiente espacio para ir a por las armas si era necesario. Espacio suficiente que no íbamos a conseguir de otra manera. Bernardo y Olaf hicieron lo mismo. Sin hablar el uno al otro, o incluso buscando el uno al otro, los cuatro formamos puntos de una plaza para ver la habitación. Estaba segura de que por mi punto vería venir a los tigres, pero todos sabíamos nuestros puestos de trabajo. Podría haber

problemas con Olaf, e incluso con Bernardo, pero era agradable trabajar con gente que sabía cómo tratar. Cubrimos la sala, no como policías, sino más como soldados. No, cubríamos la habitación como personas que estaban acostumbradas a tirar las armas y disparar primero. Ninguno de nosotros realmente era policía. Los policías salvaban vidas, nosotros las quitábamos. Cuatro verdugos de pie en una habitación; sería mejor estar en otra parte.

Había dos guardias de seguridad uniformados y armados en la parte trasera del grupo, pero no les di mucho más de una mirada. No eran las pistolas lo que me preocupaban. Confié en que Edward viese las armas. La mujer de delante tenía el pelo rojo, y la piel pálida que va con eso. A medida que se acercaba, vi el salpicón de pecas debajo de su base de maquillaje. Sus ojos eran de color marrón y de aspecto humano. De hecho, irradiaba buena voluntad y humanidad. Los dos hombres a ambos lados de ella no perdían energía intentando hacerse pasar por humanos.

Ambos eran altos, de unos seis pies. El que estaba a su izquierda era más alto por una pulgada o dos, tenía el pelo blanco cortado al cero. Los ojos azul hielo, pero no humanos. Los tigres blancos tienen los ojos azules, y el hombre frente a mí tenía los ojos en su rostro humano que tendría en forma de animal. En cualquier otro hombre animal, habría sido un castigo provocado por ser forzado a la forma animal con demasiada frecuencia, y durante mucho tiempo, pero en los tigres se mostraba la pureza del linaje. Nacían con esos ojos.

El hombre a su derecha era un poco menos de seis pies, con el pelo rizado, algunos de los negros rizos, con algo de blanco. Sus ojos eran de un color naranja brillante, como el fuego.

La mujer tendió la mano.

—Soy Ava, y usted debe ser Anita. —Sonrió, y habrías pensado que éramos un grupo de empresarios de visita. Tomé su mano de forma automática.

La energía saltó entre nosotras como una pequeña descarga eléctrica. Eso hizo que sus ojos giraran, y su boca hiciera una pequeña O de sorpresa. Aparté mi mano y luché para no limpiármela en mis pantalones y quitar la sensación de insectos arrastrándose. No debes dejar que te vean flaquear. Podríamos estar en una visita social, pero iba a ser sobre el poder, también. Podría ser una versión más peligrosa de lo que pasó cuando conocí a los practicantes del SWAT. No, lo peor que podría ocurrir es que diera miedo,

pero nadie me había hecho daño. Aquí, no estaba segura de ello.

Ava limpió su mano sobre su vestido.

—Creo que podemos esperar hasta que estemos arriba antes de cualquier otra presentación. —Su voz era un poco entrecortada.

—No sugeriría a nadie que empujara el poder en mí, sólo para probar mis límites —dije por lo bajo.

—Sólo estoy cumpliendo órdenes, Anita —dijo.

—¿Y cuáles son sus órdenes, exactamente? —Pregunté.

Ella ignoró la pregunta y respondió a una diferente.

—Este es Dominó, y este es Roderic.

Dominó tenía que ser un apodo por el pelo. Él simplemente asintió con la cabeza hacia mí, y yo devolví el asentimiento. Pelo Blanco sonrió y dijo:

—Rick, prefiero Rick.

Asentí con la cabeza y respondí a la sonrisa con una propia. No le culpaba por la elección del nombre.

—Rick —dije.

Entonces sentí algo más. Algo más. Era Crispin, y estaba agitado. Luché para mantener mis ojos en los tigres de seguridad porque los dos tigres con Ava eran demasiado musculosos. Tal vez no era músculo profesional, pero tenían la sensación de la gente contra la que no querrías luchar, no si no tuvieras que hacerlo. Había sido la persona más pequeña en situaciones violentas durante años. Sabía juzgar el potencial. Ellos tenían el potencial, y no todo bueno. Pero esto era un esfuerzo para no apartar la mirada de la zona de peligro, un verdadero esfuerzo para no explorar a la muchedumbre buscando a Crispin. Él era mi tigre para llamar, lo que significaba que a veces podía sentir sus emociones. Estaba molesto, asustado, nervioso, simplemente estaba mal en su cabeza.

Pero así como podía sentir su agitación, también le podía sentir cada vez más cerca de nosotros. Luché para mantener mi atención en los hombres tigre delante de mí, pero habían captado algo en mí… el lenguaje corporal, la tensión, tal vez hasta mi olor había cambiado. Estaba más tensa por intentar que podía, recogía un poco de la agitación de Crispin. Los hombres animales con un poco de formación son como los súper policías. No puedes esconderte mucho de ellos.

Edward habló bajo.

—¿Qué está mal?

—Pregúntale a ellos —dije.

Rick ya no sonreía, incluso Ava no era tan feliz. Pero fue Dominó quien lo dijo:

—Se le ordenó subir y esperarnos allí.

—Él está en un pequeño conflicto —dije.

—No puede servir a dos maestros —dijo Ava, intentando suavizar su voz, pero sus palabras tenían un borde de esa tensión, como si Crispin se escapara de ellos así como de mí.

—¿Quién ha entrado en conflicto? —Preguntó Bernardo.

—Crispin —dije, y como si su nombre lo hubiera conjurado, él estuvo allí. Andaba por la muchedumbre de gente, moviéndose por ellos demasiado rápido, demasiado fácilmente, como si fuera hecho de agua y la muchedumbre fueran rocas para fluir y deslizarse alrededor.

Pero deslizarse implica gracia y facilidad, y no había nada fácil en sus movimientos. Rápido, casi parecido a un baile, pero demasiado espasmódico para ser elegante. ¿Qué estaba mal en él?

Los tigres lo sintieron, también, porque Dominó se giró a verle. ¿Estaban recogiendo su olor o su emoción? Rick mantuvo su atención en nosotros, pero había una tensión en sus hombros que parecía gritar que quería darse la vuelta y enfrentarse a Crispin. Rick asumió que el mayor peligro eran los otro hombres animal. Normalmente, él tendría razón.

Crispin llevaba una camiseta casi tan pálida de color azul como sus ojos, los pantalones vaqueros, y sin zapatos. No se había molestado en calzarse. La mayoría de los hombres animales dejarían la ropa si no hicieras que se comportaran.

Él tendió la mano hacia mí. Di un paso hacia él sin querer. Dominó se interpuso entre nosotros. Un sonido salió de mi garganta que no había querido hacer, tampoco. Le gruñí. Rodó hasta mi garganta y en mi lengua y entre los dientes y los labios. El gruñido vibró en el techo de mi boca como un sabor. Vi la tigresa blanca dentro de mí, y miramos a Crispin y era nuestro. Nada se interponía entre nosotros y lo que es nuestro.

Sentí moverse a Bernardo y a Olaf a mi alrededor, como si no estuvieran seguros de qué hacer. Edward era Edward, y se quedó quieto. Sabía que iba a seguir mi juego fuera el que fuera.

Dominó me miró, y había enfado en sus ojos de color naranja.

—Tú no eres mi reina, aún no.

—¡Fuera de nuestro camino! —Dije, y mi voz sostenía la nota de gruñido que había llegado a asociar con los hombres animales.

Exteriormente, era humana, pero el sonido en mi garganta no lo era.

Ava tocó el hombro de Dominó.

—Ella huele a tigre.

Él se libró de golpe de su mano.

—Tú no eres mi reina, tampoco.

—No hagas una escena. Bibiana fue clara en eso —dijo Rick.

—Ella no tiene derecho a darme órdenes. —No estaba segura de si se refería a mí o a Ava.

Crispin trató otra vez de moverse alrededor de los otros hombres y venir a mí. El agarre de Dominó comenzó a apoderarse de él, pero Crispin simplemente no estaba allí para agarrarlo. No podía ser músculo profesional, pero tenía los reflejos de un gato. Y por lo visto, era un gato más rápido que el agarre de Dominó.

Domino trato de seguir adelante, con aquella energía «vamos a tener una lucha». Rick agarro sus hombros, y Ava se traslado delante de el, enfrentándonos. Crispin vino hacia la mano izquierda extendida, y se situó detrás de mi, así tendría las manos libres, pero estaría protegido. Era rápido, y podía luchar cuando tenía que hacerlo, pero se trataba de una pelea que no podía ganar. El tigre blanco y negro tenía la sensación de muerte contenida y estaba esperando. Lo sabia con una certeza que me hizo querer ir a por un arma.

—Deberías estar escaleras arriba como nuestra reina te dijo —dijo Ava.

—Anita me necesitaba —dijo, y su cuerpo de seis pies, se elevó por encima de mí, sólo un poco. Me pareció mal que tanta altura, tanta gracia atlética se escondiera detrás de mi corto, no tan atlético, y definitivamente no tan elegante cuerpo.

—Te estás ocultando detrás de ella, —gruñó Dominó. Las pálidas manos de Rick se apretaron visibles sobre los hombros del otro hombre. Ambos tuvieron que alzar la vista hacia Crispin, que debería haber disminuido su acto de tipo resistente, pero no lo hizo, porque esto no era un acto.

—Ella no necesita ninguna ayuda con la violencia —dijo Crispin.

—Atraemos a una muchedumbre —dijo Edward.

Él tenía razón. Los turistas conseguían un espectáculo, o lo esperaban. Les estábamos apartando de los distribuidores automáticos, y eso toma mucho en las Vegas. No pensé que habíamos hecho algo tan interesante aún. Por supuesto podría ser el U.S Marshall con nuestras cazadoras e

insignias, con las armas que asomaban por todas partes, sí, eso podría ser suficiente para atraer algo de atención. Olaf se ha visto peligroso en cualquier lugar con toda la ropa de color negro y cuero.

—Vamos a continuar con esto arriba —dijo Ava y nos hizo señas hacia adelante de la habitación, en la dirección general de los ascensores.

Miré a Dominó aún sujetado por Rick, tan enfadado. ¿Era una buena idea entrar en el ascensor? Probablemente no, pero nada lo suficientemente espantoso había pasado aún, no que me hiciera dar marcha atrás.

—Bien —dije—, muéstranos el camino.



VEINTINUEVE

Dominó se calmó lo suficiente para estar al lado de Rick y de Ava en el gran ascensor. Era uno privado, y parecía ir sólo a un piso. El ático, asumía.
—Lo siento —dijo Rick, y sonaba como si lo dijera en serio—, pero no puede entrar en las habitaciones privadas con tantas armas.

—No podemos dejar las armas en el coche —dije—. Las nuevas normas. Una vez que una orden está en juego, tenemos que ser capaces de hacer nuestro trabajo a plena capacidad en cualquier momento, y no se nos permite dejar las armas en un lugar donde los civiles puedan apoderarse de ellas.

—Mientes —dijo Dominó.

Los tigres blanco y negro gruñeron dentro de mí. Fue sugerencia suficiente. Las tigresas no como yo dan marcha atrás con cualquiera de los machos. Di un paso más cerca de él, lo que puso a Ava entre nosotros. Rick puso una mano de vuelta en el brazo del otro hombre, sólo una especie de

forma automática.

—Dominó, si no puedes oler que estoy diciendo la verdad, entonces no eres lo suficientemente dominante para tantos problemas.

Él me gruñó, bajo y sordo, como un trueno cercano.

—No voy a responder a tu llamada, pequeña reina.

—Yo no te he llamado en ningún momento.

—Lo hiciste —dijo—, nos llamaste a todos.

Rick puso un brazo sobre el pecho del otro, moviéndose sin problemas en una sujeción más sólida.

—Lo hizo, Sra. Blake. Hace unos meses, lo hizo.

Suspiré, y la ira comenzó a desvanecerse, hasta que los tigres dentro de mí me golpearon con fuerza desde adentro hacia afuera. Me estremecí, no pude evitarlo. Me estaba acostumbrando a la sensación de las garras invisibles cortándome, pero era casi imposible no reaccionar un poco. No era un daño real. Sabía que era dolor metafísico. Dolía, pero no sangraba. En realidad me había sometido a pruebas médicas para asegurarme de esto, en un punto. Era sólo dolor. Podía ignorarlo, más o menos. Cuando los tigres se ponen puñeteros, tenía que poner un poco de atención, o se ponía peor.

El ascensor, esperaba que fuese rápido pero no, se abrió. Otros dos guardias de seguridad uniformados estaban allí, los reemplazos de los dos que habían dejado la planta baja. Ninguno de los tigres salió, estaban todos mirándome.

—No fue mi intención poner la alfombra de bienvenida a todos, pero no voy a pedir disculpas por ello tampoco. —Los tigres se arrastraron más cerca dentro de mí. Dije lo que esperaba que querían escuchar—. Si fuera lo suficientemente reina como para llamar, entonces no dependería de ti si respondes a esa llamada.

Ava y Rick flaquearon a Dominó entre ellos, mientras trataba de avanzar.

—Eres una puta.

Hubo otro golpe violento dentro de mí, como si los tigres blanco y negro estuvieran intentando jugar al baloncesto con mi columna vertebral. Joder, dolía.

Crispin me tocó el hombro, y el tacto ayudó. El tigre blanco retrocedió. No era tan dominante como quería, pero él era uno de los suyos. El tigre negro, y me refiero a negro, como un leopardo negro, con rayas que se

mostraban sólo a la luz brillante, se dio a conocer, con gruñidos y siseos, mostrando esos enormes caninos.

—Por favor, dime que Dominó aquí no es el único tigre negro que tienes.

—El clan negro está casi extinto —dijo Ava.

Llevé una mano de Crispin a mi cara hasta que pude oler el aroma cálido de su muñeca. Me froté la mejilla contra su calor. El tigre blanco se levantó cerca de la superficie y empujó al negro hacia abajo. Había otros colores de tigre dentro de mí. Tenía un maldito arco iris, colores imposibles que nunca habían ocurrido en ningún zoológico, aunque había aprendido que cada tigre dentro de mí había existido una vez como un animal real. Algunas de las subespecies se habían extinguido hacía unos pocos miles de años. No eran más que leyendas ahora.

—Tal vez si salimos del ascensor y obtenemos un poco más de espacio —dijo Edward.

—Tú no me das órdenes, humano —dijo Dominó.

—Él tiene una insignia, y tú no —dije, todavía demasiado cerca y personal del brazo y mano de Crispin. Era difícil ser fuerte con las uñas cuando besas la mano de alguien, pero algunos días lo haces lo mejor que puedes.

—El Marshall tiene razón, salgamos. —La voz de Rick sonó un poco tensa, lo que significaba que se aferraba a su amigo aún más estrechamente de lo que parecía. Eso no era bueno.

—¿Qué hará su amigo una vez que estamos en algún sitio sin cámaras de seguridad? —Pregunté rodeada por el dulce olor del brazo de Crispin.

—Él hará lo que Chang-Bibi le diga —dijo Ava.

—¿Y sería qué? —Pregunté.

—¿Qué? —Preguntó Ava.

—¿Qué quiere ella que él haga? Obviamente no es feliz por eso, independientemente de lo que sea.

—Tú —dijo Crispin.

—¡Crispin! —Dijo Ava.

—¿Qué? —Dije.

—Tú, —repitió él—, nuestra reina quiere que ambos te lo hagan.

—Crispin —dijo Ava, y su cara no era amistosa ya, casi enfadada.

Bernardo se inclinó y dijo:

—Realmente prefiero tener más espacio para la lucha que el ascensor.

Caminé fuera del ascensor, y cada uno me siguió. Sabía por qué Crispin y los otros Marshalls me esperaban, tal vez, pero finalmente descubrí que en algún nivel los hombres tigre me trataban como lo que Dominó había dicho, una pequeña reina. No lo hacían a propósito, habría apostado a eso. Esto era todo inconsciente, haciéndolo tan útil como un poco aterrador.

El vestíbulo era blanco y crema, y mucho más elegante que el casino o el ascensor. Esperé hasta que cada uno estuvo de pie en el vestíbulo fresco, amplio.

—Mira, Dominó, esto es nuevo para mí. Voy a hacer un trato contigo. Tú bajas el tono y te prometo que no estarás en el menú para el sexo. —En mi cabeza, pensé, Alimentos para la ira, tal vez, pero no el sexo.

Él me frunció el ceño.

Crispin intentó ayudar.

—Quiere decir no se acostará contigo si no quieres acostarte con ella.

—No puedes hablar por nadie —dijo Ava.

Los guardias uniformados nos miraban, sus manos en los extremos de sus armas. Vieron las insignias, pero vieron las armas, también, y habían pillado que no podíamos ponernos junto con los hombres tigre. Sería interesante ver donde se dividiría su lealtad.

Edward se inclinó.

—O nos vamos o podemos ir con ellos. Tú decides.

Suspiré. Irnos era una idea demasiado buena. Pero los cuerpos en el depósito de cadáveres todavía estarían muertos. La cabeza que me habían enviado todavía esperaría a volver a su cuerpo para el entierro. Había olido al tigre en el cuerpo en el depósito de cadáveres aquí. No me equivocaba, y para una pista sobre hombres tigre, este era el lugar al que venir.

—Anita —dijo Edward, en voz baja.

—Con ellos, vamos con ellos.

—¿Qué pasa con las armas? —Dijo Dominó.

—Tenemos un cuarto de armas, ¿si pudiéramos cerrar algunas de ellas? —Dijo Rick.

—No dejamos nuestras armas —dijo Olaf.

—Su autorización nos excluye, y no tiene a otro policía con usted. No irán ante nuestra reina con armas automáticas —dijo Rick, y era realista.

—¿Dejarías que alguien viera a tu Maestro de la Ciudad armada como esto? —Preguntó Ava.

Pensé en ello, luego sacudí mi cabeza.

—Probablemente no.

—Consigamos un poco de intimidad, y hablaremos de las armas —dijo Edward. Él había echado un vistazo al vestíbulo, cerca del techo. Su mirada fija había encontrado las cámaras de seguridad. ¿Me pregunté si era una ley en Vegas, las cámaras?

—Seguro.

Puse la mano de Crispin más firmemente en mi mano izquierda. Él la apretó.

—No me gusta violar; si no me quieres, bien. No estoy loca por ti tampoco —dije a Dominó.

Él casi gruñó, y Rick de repente tenía un apretón de dos brazos en él.

—Debo obedecer a mi reina, —gruñó Dominó. La energía de su bestia fue expulsada. Me preparé para el golpe como un golpe de riñón lanzado desde pulgadas de distancia, pero fue completamente diferente. Sin violencia, sin prisa eléctrica. Era como estar bañado en un charco de perfume cálido y caro. Salvo que el olor no me golpeó la nariz. ¿Puede algo tener un olor que llega a tu cerebro, pero no a tu nariz? Era como si el «perfume» golpeara algo más profundo dentro de mí. El tigre blanco y el negro paseaban cerca de la superficie, abriendo la boca en ese gesto/gruñido, para saborear el aroma en la parte superior de la boca donde se encuentra el órgano de Jacobson. Olía… bien.

Retrocedí y deslicé el brazo alrededor de Crispin. Su brazo vaciló al tacto de la MP5 en su funda, entonces, sólo siguió moviéndose hasta que me abrazó, tocando nuestros cuerpos hasta el fondo de lado a lado. Tocar a Crispin ayudó a despejar mi cabeza, pero los tigres me gruñeron. Les gustaba Dominó más ahora.

Dominó se había quedado en silencio en las garras de Rick. Los ojos de fuego de color naranja me miraban de manera diferente ahora.

—Hueles… como a casa. —Él no parecía enfadado, más bien perplejo.

Tenía que marcharme. Era una mala idea hacerme más cercana a cualquiera de los tigres. Pero… todo lo que parecía en peligro era mi virtud; de alguna manera no pareció valer la pena la vida de otro policía. ¿Si consiguiera una pista aquí que salvara vidas, lo merecería? Demonios, sí. ¿Quería añadir a otro hombre a mi menú? Demonios, no. Pero a veces una chica tiene que hacer lo que un hombre tiene que hacer, o algo por el estilo. En ese momento, estaba enfadada. Enfadada de que la metafísica fuese probable la que ayudara a resolver el crimen, pero iba a joderme de

nuevo. Probablemente, de manera literal.



TREINTA

La antecámara tenía azulejos y paredes blancas, todo era tan claro que era casi desconcertante. Lo único que lo salvaba era que el blanco tenía más papel de pared sobre esta. El papel tenía diseños en plata y oro. Era como estar dentro de un delicado adorno de Navidad. Era casi demasiado elegante para la comodidad, como si tuviera miedo de romper algo sólo por respirar demasiado fuerte. Las sillas eran delicadas, de respaldos débiles donde sólo las personas muy pequeñas caben, en todo caso, por la forma, no eran cómodas.

Habíamos llegado a través de una gran puerta desde el pasillo, y había otra serie de puertas dobles en la pared del fondo. Detrás de ellos, por donde Ava y Dominó se habían ido, estaba Bibiana y su círculo íntimo. Ava fue a hablar con Bibiana, pero creo que Dominó fue porque no confiaba en mí a su alrededor con todas las armas. Rick fue firme en que no iríamos ante su reina armados hasta los dientes.

Crispin estaba sentado, esperándonos hasta que la discusión finalizara. Parecía tranquilo con todo, como si no le importara lo que decidiéramos. Si la delicada silla le era incómoda, no lo parecía. Parecía más tranquilo de lo que había estado en el casino.

—La orden no incluye a los hombres tigre, por lo que puedes mantenernos fuera del vestíbulo interior. Pero no nos puedes obligar a entregar las armas —dije.

—Entonces no entrarán —dijo Rick—. Pero, francamente, pensé que al menos uno de ustedes no estaría armado. Ava dijo que uno de estos tipos se suponía que era la comida. Nosotros no armamos a nuestros alimentos.

—He sido personalmente amenazada por un asesino en serie aquí en su ciudad, pensé que era inteligente llevar alimentos que pudieran cuidar de sí mismos.

Él puso una cara de no-puedo-discutir-nada y dijo:

—Muy bien, pero aún así no entras con toda la mierda que llevas.

Había dos guardias uniformados en las puertas dobles. Los dos que se nos habían unido en el ascensor todavía estaban en el pasillo. Cuatro guardias armados, bien, pero todos humanos; interesante. Si pudiera elegir guardias, elegiría hombres tigre para proteger a hombres tigre. Pensé que era una decisión interesante usar regularmente guardias humanos como en cualquier casino. Había más de lo normal, pero aún así, era bastante ordinario para el Vampiro Maestro de la Ciudad.

—Entonces estamos en un callejón sin salida —dije—. No nos dejas entrar sin las armas, y nosotros no renunciaremos a ellas.

—Entonces debes irte —dijo Rick—, lo siento.

—¿Y si dos de nosotros nos despojamos de la mayor parte de nuestras armas, mientras que los otros dos mantienen las armas y se quedan en la puerta? —Dijo Edward.

Le miré.

—Dijiste que teníamos que venir aquí, Anita. ¿Cuánto quieres esta entrevista?

Le miré a los ojos, tan azules, tan fríos, tan reales. Asentí con la cabeza.

—La quiero, antes del anochecer; cuando los vampiros volverán a cazar.

—Las Unidades tácticas hacen esto algunas veces, cuando tienen que negociar —dijo.

Le quería decir «pero tenías un mal presentimiento allá abajo» pero no

podía decir eso en voz alta delante de los guardias al otro lado. Suspire.

—Esta bien. —Me quite la cazadora y levante el MP5 de su arnés por encima de mi cabeza—. ¿Quién puede sujetarla por mi?

Edward me tendió la mano.

Le miré con los ojos muy abiertos.

—No, tú vienes conmigo.

—No —dijo—, yo me quedo aquí fuera con todas mis armas, si gritas por ayuda, llegaré como la caballería.

Nos miramos el uno al otro durante un minuto. Pensé en lo que había dicho, traté de ser lógica, en lugar de prestar atención a mi ritmo cardíaco de repente apresurado. Le di el MP5.

—Gracias, —y supe que no era por dársela, sino por el nivel de confianza que el arma representaba para mí.

—De nada, pero ¿cómo me vas a escuchar cuando grite pidiendo ayuda?

—Tengo audífonos y radios.

Por supuesto que sí. Era Edward; siempre traía los juguetes adecuados a la cita para el juego. Dejé de hablar de armas y dije:

—Espera, ¿Quién viene conmigo, si tú te quedas aquí?

—Mierda —dijo Bernardo, con la sensación real de la palabra. Empezó a quitarse la chaqueta.

—Espera un minuto —dijo Edward. Se giró hacia Rick—. ¿Qué tan limpios quieres que estén?

—Pueden mantener los cuchillos, y una pistola.

—Gracias por el arma de fuego —dije.

Rick sonrió.

—Vas a esconder una de todos modos. De esta manera sabré dónde está el arma.

—Sólo tendrías que buscarla —dije.

—Esperé a que salieras del ascensor. De hecho todos lo hicimos. No creo que quiera tocarte, pequeña reina. De hecho, cuanto menos contacto tenga contigo físicamente, mejor.

—¿No planeabas ser comida? —Pregunté.

—Lo hacía, pero pediré ser reasignado.

—¿Debo sentirme ofendida?

—No, es un cumplido. Si fuera solamente buen sexo, entonces no habría problema. Me gusta el sexo. Pero no eres sólo buen sexo. Eres

poder. Eres cosas que no puedo ni siquiera nombrar. Pero sé una maldita cosa: Eres peligrosa, y no son las armas ni la insignia los que te hacen peligrosa para mí o para Dominó, e incluso Crispin. —Asintió con la cabeza hacia donde él estaba sentado pacientemente en una de las incómodas sillas—. Su mirada te sigue como si fuera un perro fiel.

Eché un vistazo a Crispin, que me dio un rostro apacible, como si el comentario no lo perturbara.

—No lo hice a propósito, —fue todo lo que pude pensar en decir.

—Creo que eres como un sobreviviente del ataque a uno de los nuestros. No sabes lo que eres todavía.

—Ella está ganando poderes como si fuera un tigre nacido —dijo Crispin, desde su silla.

Rick asintió con la cabeza.

—Ya me di cuenta de eso. Ahora, el que vaya a entrar, que entregue las armas.

Comencé a sacar cosas y se las entregué a Edward. Bernardo hizo lo mismo, entregando su equipo a Olaf.

Edward nos entregó a los cuatro audífonos y radios de cintura. Rick nunca protestó por la radio. Una vez más, no hacía lo que pensaba que haría.

—Tengo que configurarlos para una transmisión continua, por lo que Otto y yo escucharemos lo que está pasando.

Tuve un pensamiento.

—¿Cuál es el rango? No me gustaría que cualquiera nos oiga.

Edward sonrió.

—Prefiero no decirlo delante de nuestro anfitrión.

—No te preocupes por mí —dijo Rick.

—Pero es lo suficientemente pequeño para que si nuestros amigos locales estuvieran tratando de escuchar algo, tendrían que estar de pie en la habitación con nosotros para poder hacerlo.

—Ok. —Comprendía que no quisiera decírselo a Rick, y por lo tanto a todos los hombres tigre, cuán lejos tendrían que llevarnos a Bernardo y a mí para que pudiéramos gritar para pedir ayuda y no ser escuchados, pero… me hubiera gustado saber el rango. Pero confiaba en Edward. Confiaba en él con mi vida y mi muerte. No tenía mayor elogio para pagar a cualquier otro verdugo.

Tuve que reajustar mis correas en la pistolera, colocar las armas otra

vez sin todas las otras cosas por medio, y con la radio añadida. Las fundas ajustables son algo maravilloso. Bernardo estaba haciendo cosas similares a sus armas de fuego y cuchillos.

—¿Cómo sabías que Edward iba a escogerte para entrar conmigo? —Pregunté, mientras revisaba el último cuchillo.

Bernardo me dirigió una mirada. No estaba feliz. De hecho, esos ojos oscuros eran francamente sombríos. Se enderezó, con las manos haciendo una última revisión en la nueva ubicación de todas sus armas, de forma automática.

—Porque si es la caballería lo que quieres, los bateadores pesados están fuera, y ninguno de ustedes cree que soy un bateador lo suficientemente pesado.

No estaba segura de qué decir a eso. Edward me salvó.

—Si no te tuviera confianza, Bernardo, no te enviaría sólo con ella como respaldo.

Bernardo y él intercambiaron una larga mirada, y, finalmente, asintió con la cabeza al otro hombre.

—Bien, pero ambos sabemos que enviarías a Olaf si no creyeras que se la comería.

—Pensé que éramos los únicos que comían personas —dijo Rick, con la mano en la puerta.

Le di al hombre tigre la mirada que el comentario merecía. Él me sonrió.

Crispin se había trasladado a mi lado, esperando que termináramos con las armas. Al parecer, no tenía reparos en seguirme a cualquier lugar. Él ya había hecho lo suficiente como para meterse en problemas en la mayoría de los grupos de hombres animal que yo conocía. La insubordinación no se tolera entre los peludos.

Rick tocó el brazo de Crispin.

—Tienes que esperar aquí con el resto de tus amigos, o seguir adelante solo.

—Quiero quedarme con Anita.

—Ya has rechazado una orden directa de tu reina y maestro. No lo hagas otra vez, Crispin. —Rick suavizó su cara—. Por favor, quédate aquí, o ve por delante.

No discutí con Crispin para que se quedara conmigo porque Rick tenía razón. Crispin ya se había metido en problemas potenciales. Yo no quería

empeorar las cosas.

Se giró hacia mí.

—¿Qué quieres que haga?

Parpadeé hacia él. Lo que realmente quería era que no me hubiera preguntado eso. Realmente quería que tomara la decisión por su cuenta en caso de que regresara y lo mordiera. Pero eres la dominante o no lo eres. Joder.

Si se quedaba aquí, estaría más seguro. Si se adelantaba, podrían castigarlo, pero también podría ser capaz de volver a mi lado y ayudarme a controlar a los tigres.

—Si va por delante, ¿qué le pasara?

—Se ha ganado la disciplina, pero como es tu tigre blanco para llamar, cae bajo las reglas de los vampiros.

—No puedes hacerle daño porque sea mío.

Rick asintió con la cabeza.

—Mientras estés en Las Vegas, sí.

Nos miramos el uno al otro. No conocía a Rick lo suficiente para reconocer su mirada, pero lo hice. Su mirada, decía claramente, que si me iba de Las Vegas sin Crispin, algo malo podría sucederle. A Jean-Claude no le iba a gustar mi regreso a casa con equipaje extra, pero no podía dejar que le hirieran, ¿no?

—Adelante, Crispin. Vamos a estar justo detrás de ti.

Crispin miró de Rick a mí, y finalmente asintió. Miró a lo lejos, cruzó las puertas a toda velocidad, y estuvimos con un hombre menos.

Olaf habló finalmente.

—¿Te preguntas por qué no protesté porque Bernardo va contigo?

Me giré y le devolví la mirada. Su rostro era una máscara de ira y arrogancia, y cosas que no sabía leer.

—Pensé que podrías discutir por lo de Bernardo, sí.

—Si eres la mujer de Ted, entonces es su elección quien va contigo. Es su trabajo protegerte, no el mío.

Dejé pasar el comentario «la mujer de Ted», y me concentré en algo que podía entender.

—No necesito que nadie me proteja, Otto. Lo hago bien por mi misma.

—Todas las mujeres necesitan protección, Anita.

Bernardo me tocó el brazo.

—No tenemos tiempo para que ganes esta discusión.

Tomé una respiración profunda, la solté, luego me volví hacia el tipo grande.

—Puedes preguntarle a Edward en quién de los tres confiaría más para proteger su espalda. —Entonces asentí con la cabeza a Rick. Entonces balanceó la puerta abierta. Bernardo me dio una mirada de reojo. Di un paso hacia adelante, y él me siguió. O tal vez él no quería ser la primera persona en atravesar la puerta.



TREINTA Y UNO

Caminamos de la sala de estar a una caja. Está bien, tal vez se trataba de una habitación, pero era más pequeña que el ascensor en el que habíamos llegado, las paredes eran sólidas y grises. Sabía que eran de metal cuando las vi, y algo al respecto se sentía mal. Cuando las puertas se estaban deslizando para cerrarse dije:

—Creo que perderás la señal durante unos minutos.

—¿Por qué?

—Creo que es una habitación tranquila. —Entonces, las puertas se cerraron, y sólo hubo estática en mi oído. Lo intenté de todos modos—. Edward, Edward, dime si puedes escucharme.

—No puede —dijo Bernardo, y parecía disgustado. Miró a Rick—. Por eso no protestó por las radios; sabía que no nos harían ningún maldito bien —dije. Rick se encogió de hombros, sonriendo como si estuviera disfrutando de nuestro malestar.

—La radio funcionará una vez que entremos en la sala de más allá. Lo prometo. —Incluso hizo el saludo Boy Scouts.

—¿Realmente fuiste Boy Scout? —Pregunté.

Sus ojos se abrieron un poco, y luego asintió con la cabeza.

—Max quiso que tuviéramos la experiencia típica americana, comenzó una tropa sólo para nosotros, así no asustaríamos a la gente.

Traté de imaginar una tropa entera de pequeños hombres tigre, y era a la vez divertido e impresionante.

—¿Esa tropa sigue activa? —Pregunté.

—Estás con el actual líder explorador.

—Músculo de noche, líder explorador durante el día; ¿quién eres, Clark Kent? —Dijo Bernardo.

Rick sólo sonrió abiertamente, y dijo:

—Ahora ¿qué es diferente sobre este cuarto?

—¿Esto es una prueba, verdad? —Dije.

—¿Qué tipo de prueba? —Preguntó Bernardo.

—Las paredes están reforzadas por metal de alguna clase. Apuesto que resistentes a hombres animales y a la fuerza de vampiro, entonces nadie puede derribarlas.

Él asintió y pareció complacido.

—Muy bien.

Bernardo hizo la siguiente parte.

—Es por eso que no nos dejaron tener la artillería pesada, porque podría atravesar la puerta del fondo.

—Otro punto para ti.

—¿Vamos a ser calificados en este examen sorpresa? —Pregunté.

Él asintió, y desapareció la sonrisa.

—Oh, sí, obtendrás una calificación.

—Solamente que tú no eres el profesor, ¿verdad?

Fue solemne ahora.

—No.

—¿Podemos pasar? —Preguntó Bernardo.

—Lamentaría que nuestra reserva se pusiera demasiado nerviosa con el silencio de la radio —dije.

—Buen punto —dijo Rick—. ¿Qué más sientes aquí, Marshall Blake?

—Es una caja de metal. Es una a prueba de electrónica. Es lo suficientemente fuerte como para detener a la mayoría de los

preternaturales, o al menos retrasarlos.

—¿Qué más? —Preguntó.

Le fulminé con la mirada.

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero la energía que nos hizo a todos esperarte para salir del ascensor primero.

—Quieres que use a los hombres tigres para sentir algo.

—Sí, por favor.

—Por eso no quisiste que estuviera Crispin conmigo, porque como vampiro, podría usar las capacidades de mi animal para llamar, y no serías capaz de decir cuánto era mío y cuanto era de Crispin.

—Exactamente —dijo.

Suspiré. No podía decir en voz alta que no quería llamar a la energía del tigre cuando estábamos a punto de pasar a través de una habitación llena de ellos, pero había otras cosas dentro de mí. Me sumergí en ese lugar oscuro, tranquilo y llamé al lobo.

Vino caminando por aquel lugar oscuro, lleno de árboles que era lo que mi mente había creado y donde las bestias esperaban. No era realmente donde esperaban dentro de mí, pero mi mente humana necesitaba algo concreto para ubicarlas, y fue esto. La lupa era blanca y crema, con manchas negras. Era enorme y hermosa, y al verla siempre me hacía recordar a los huskies y malamutes y una docena de otras razas. Podías verlos en ella, pero una vez que mirabas más allá de la belleza de la piel y mirabas sus ojos, la ilusión de que era un perro se iba. Aquellos ojos eran salvajes y no había nada en ellos que se acurrucara contigo en el fuego por la noche.

—Hueles a lobo —dijo Rick, e hizo una mueca, ya fuera porque intentaba conseguir un mejor olor o porque no disfrutaba de lo que olía. En una cara de tigre, estaba saboreando el olor; en una cara humana, era repugnancia. Se veía humano, pero no tenía ninguna forma de saber cuánto pensaba como tigre.

Comencé a andar cerca de las paredes, pero no obtuve ningún olor. Con el lobo tan cerca de la superficie, había bajado algunos de los escudos que mantenía automáticamente. Algunos de mis escudos metafísicos se habían convertido en lo que era un chaleco antibalas para la mayoría de los policías. Te lo pones todos los días antes de salir por la puerta. Te lo pones tan automáticamente que a veces olvidas que tienes que quitártelo para

hacer ciertas cosas. Ahora sostenía el escudo tan fuerte que la magia que debería haber percibido fácilmente no pasaba. Me había blindado demasiado firmemente si caminaba en este espacio y no sentía esto. Lo que sólo demostraba lo realmente nerviosa que estaba de encontrarme rodeada por tantos hombres tigre, sin otro animal físico para sostenerme.

La magia en las paredes avanzó lentamente sobre mi piel. Mi piel se puso de carne de gallina.

—¿Qué mierda hay en las paredes? —Pregunté.

—¿No puedes decirlo?

Negué con la cabeza y adiviné.

—Magia para mantener fuera a la magia.

—Muy bien.

—En serio —dijo Bernardo—, si guardamos silencio en la radio mucho más tiempo vas a averiguar lo bien que resisten las puertas la artillería pesada.

—¿Es una amenaza? —Preguntó a Rick, y estaba muy serio de nuevo.

—No —dijo Bernardo, extendiendo sus manos—, pero conozco a mis amigos de allí fuera. No son hombres pacientes.

Rick me miró.

Me encogí de hombros y asentí con la cabeza.

—Ted querrá saber lo que nos está sucediendo.

—A ti, él querrá saber lo que te está pasando a ti —dijo Bernardo.

—Tú eres parte de su equipo, también.

—Sí, pero no soy su mujer, —él hizo pequeñas comillas alrededor de la palabra con sus dedos. ¿Comenzaba Bernardo a creer la mentira con la que alimentábamos a Olaf?

No supe qué decir a eso, así que mantuve la boca cerrada. En caso de duda, cállate la boca.

Rick nos miraba de uno a otro. Era una expresión demasiado pensativa para ser músculo. Pero entonces, no creí que Rick fuera sólo músculo. Si lo hubiera sido, no creí que su reina lo hubiese querido en la lista de alimentos.

—¿Hemos pasado las pruebas? —Pregunté.

—Una última pregunta —dijo.

—Dispara.

—¿Por qué hueles a lobo?

Me di cuenta de que la loba estaba justo debajo de la superficie. Había

llamado a su energía, pero no había tenido que ponerla devuelta en su caja. Ella parecía conformarse con estar lista para manifestarse más, pero no se volvió una molestia. Tuve un chorro de pura felicidad. Había estado trabajando realmente duro con las bestias dentro de mí, para ser capaz de trabajar con ellos y no luchar contra ellos.

El lobo me miró, como si estuviera de pie delante de mí. Tuve un momento para mirar los ojos de color ámbar oscuro, entonces quise que se fuera, y ella simplemente desapareció. No tuve que verla caminar por la ruta de acceso dentro de mi cabeza. Sólo se fue. Por un segundo, pensé que había desaparecido completamente, pero pensándolo un momento, la encontré pálida y distante en ese no tan real bosque. Estaba todavía allí, pero podría sacarla y devolverla sin hacer tanto alboroto.

Luché para controlar mis emociones y no estar tan feliz como me sentía, o no hacer un espectáculo. Bernardo era demasiado observador, y los hombres animales eran demasiado observadores.

—No hueles más a lobo —dijo Rick—. ¿Cómo puedes oler a tigre en un momento y a lobo en otro?

—El Maestro de la Ciudad sabe la respuesta a esa pregunta. Si él no la comparte con ustedes, no es mi problema.

Él asintió con la cabeza, como si eso tuviera sentido.

No oí que Edward machacara la puerta, sentí la vibración. Rick echó un vistazo a las puertas, luego presionó su mano en un panel delante de él que había estado de pie; era un escáner de huellas digitales. Las puertas que conducían al ático susurraron al abrirse.



TREINTA Y DOS

Edward estaba gritando en nuestros oídos. —¡Anita, Bernardo! ¡Maldita sea!
—Estamos aquí —dije.
—Estamos bien —dijo Bernardo.
—¿Qué pasó? —Preguntó Edward.
—La primera habitación es una caja a prueba de sonido y electrónica. Tuvimos que jugar a las veinte preguntas antes de que nos dejaran entrar. —Miré a nuestro alrededor mientras hablaba. Era una sala de estar, sólo una sala de estar. Era blanca y elegante, con ventanas que daban a una impresionante vista de Las Vegas Strip. Había enormes sillones blancos con cojines crema y plata. Había incluso algunos toques de dorado brillante en los pequeños cojines. La mesa del centro en medio de los sofás era de cristal y plata. Me di cuenta de que parecía una versión más grande del salón de Jean-Claude. No hizo que me sintiera como en casa. En realidad

era espeluznante.

—Habladme, chicos —dijo Edward en mi oído.

—Estamos en la sala de estar —dije.

—Hermosa vista del Strip —dijo Bernardo.

—Gracias —dijo Rick. Caminó de vuelta al vestíbulo al otro lado de la habitación. Pero antes de llegar, Ava salió. Se reunieron para hablar en voz baja, ella entró en la habitación, y Rick retrocedió hasta que desapareció por la puerta al final del pasillo. Era como un cambio de guardia.

Hablé detrás de Rick y Ava.

—¿Dónde está Crispin?

—Está a salvo —dijo Ava—, lo prometo. Sólo queremos hablar contigo sin él durante unos instantes.

—¿Más pruebas? —Dijo Bernardo.

—No exactamente.

—Ava —dije, en parte para que Edward supiera que estaba aquí—. ¿Cuándo tendremos la oportunidad de hablar con Chang-Bibiana?

—Rick le dirá lo que hablaron en la sala exterior. Entonces, o ella vendrá a tu encuentro, o se te llevará a su encuentro.

—¿Quién decide quién va a donde? —Pregunté.

—Chang-Bibi.

—¿Cuándo se reunirá Crispin con nosotros?

—Cuando Chang-Bibi lo desee.

—Ella es la reina —dije, y luché para dejar fuera el sarcasmo de mi voz. Probablemente no lo logré.

—Lo es, —respondió Ava—. ¿Quieres sentarte?

Bernardo y yo intercambiamos miradas. Se encogió de hombros.

—Claro —dije.

Tomamos los extremos opuestos del sofá. Ninguno se puso de espaldas a una puerta, y nos dio la máxima visión de nuestro entorno. Lo hicimos sin consultar con el otro. Bernardo me miró cuando nos acomodamos en el sofá, y yo le devolví la mirada. Mostró una pequeña sonrisa, no su sonrisa de coqueteo, sino una sonrisa por la forma en que nos habíamos dividido la habitación.

—¿Quieres café, té, agua tal vez? —Preguntó ella.

—Café estaría genial —dije.

—Agua para mí, si es embotellada.

—Por supuesto.

Nos dejó solos en la enorme sala, pálida, con el sol de Las Vegas golpeando contra la pared casi sólida de las ventanas. Incluso con el chorro de aire acondicionado, se podía sentir el calor presionando dentro de la habitación, como algo casi vivo y con intención malévola.

—¿Por qué agua embotellada? —Pregunté.

—Porque si viajas, el agua nueva es más probable que te enferme. Limítate al agua embotellada y podrás comer casi cualquier cosa.

—Tiene sentido, supongo.

Bernardo comenzó a informar de la habitación a través del auricular. En qué dirección estaban las ventanas, la disposición del terreno, incluyendo las puertas y todas las salidas.

Edward habló en mi oído.

—¿Quieres añadir algo más, Anita?

—No. Cubrió todo lo que veo.

—Gracias —dijo Bernardo.

—De nada —dije.

Un sonido disgustado vino a través del auricular.

—Me gustaría que estuvieras aquí con nosotros, tipo grande —dijo Bernardo.

—Sí, —fue todo lo que dijo la voz profunda, pero fue suficiente para hacerme temblar, y no en el buen sentido de feliz.

—¿Cómo te sientes sobre Otto? —Preguntó Bernardo.

Le di una mirada de disgusto.

—Ah, cierto, como si fuera a discutir mis sentimientos personales sobre los miembros del equipo a través de una radio abierta.

Él me sonrió.

—Tenía que intentarlo.

—¿Por qué?

Fuera cual fuera su respuesta, nunca la oí, porque Ava regresó desde el vestíbulo. Rick estaba con ella, y Dominó estaba detrás. Bernardo y yo nos pusimos de pie.

Ava habló con voz clara y fuerte.

—¡Chang-Bibi del Clan Tigre Blanco!

Las puertas del final del pequeño vestíbulo detrás de los tigres estaban abiertas. Chang-Bibi se dirigió a grandes pasos través de la puerta, del brazo de Crispin. Era más alta que yo, porque su cabeza estaba un poco por encima de su hombro, y luego tuve que rectificar, porque vi sus tacones.

Tacones de cuatro pulgadas, y estuve de nuevo insegura de su altura. Pero de otras cosas estaba muy segura.

El pelo blanco caía hasta la cintura en olas perfectas. Llevaba un maquillaje que enfatizaba el color azul pálido, perfecto de sus ojos de tigre en ese rostro humano. Sus ojos se inclinaban hacia arriba en los bordes, y había algo en la estructura ósea. Era como si su rostro tuviera un vínculo genético con los antiguos orígenes chinos de sus ancestros. Pero, como ya había aprendido hacía unos meses, los hombres tigre se habían visto obligados a huir de China hacía muchos siglos, en tiempos del emperador Qin Shi Huang. Había visto a todas las razas sobrenaturales como un peligro para su autoridad y les había sacrificado a la vista. Los hombres tigre habían huido a otros países y se vieron obligados a casarse fuera de la pureza de su raza, por lo que la mayoría de ellos se parecían al país al que habían huido.

Había algo muy exótico en Bibiana, y aunque tuvieran pelo y ojos similares, Crispin tenía un aspecto más ordinario. Si pudieras cambiarle sus ojos a humanos, se habría parecido como en cualquier barra o club un sábado por la noche. Chang-Bibi habría destacado en cualquier parte, como si el aura de su diferencia fuera algo que no pudiera ser escondido.

Llevaba un vestido blanco con mangas largas de seda, y escote en V por lo que mostraba sus rebosantes senos blancos. La correa en la cintura destacaba lo pequeña que era, cómo de curvilíneo era el cuerpo.

Ella procedía de un tiempo en el que ser demasiado delgada no estaba de moda, y parecía voluptuosa. Era la única palabra que tenía para ella. Era voluptuosa.

Alguien me tocó el brazo, y era Bernardo. Le miré, sorprendida.

—¿Estás bien? —Preguntó.

Asentí con la cabeza, pero tuve que tomar un aliento entrecortado. Mierda, me había hechizado como una especie de vampiro, pero no hubo contacto visual. Era como si su propia esencia me atrajera. Mierda otra vez.

Llamé al lobo otra vez, pero el tigre blanco gruñó frente al lobo. No quería que las bestias lucharan dentro de mí. Uno, duele y mucho. Dos, no quería que los hombres tigre supieran que no tenía un control perfecto de mis bestias.

Dejé al lobo deslizarse hacia el interior. Me quedé con el tigre blanco estableciendo el ritmo dentro de mí, y no sería de ninguna ayuda contra la fascinación de la reina blanca.

—Soy Bibiana, esposa de Maximilian, Maestro Vampiro de la Ciudad de Las Vegas, Nevada.

Bernardo me tocó el brazo de nuevo, y yo asentí.

—Yo soy Anita Blake, —dudé—, novia de Jean-Claude, Maestro Vampiro de la ciudad de St. Louis, Missouri, y U.S Marshall.

—Ava dijo que venía en una visita social.

—Sí, pero me gustaría hacer preguntas sobre el crimen, estamos aquí para investigar. La solución de esto ayudará tanto a su gente como a los humanos.

—¿Has venido aquí para visitarme, Anita, o a interrogarme, como un Marshall?

Me lamí los labios de repente secos. ¿Por qué tenía semejante problema de concentración? ¿Qué me hacía? Nunca había tenido esa clase de problema con un hombre animal que no fuese uno de los hombres en mi vida.

—Yo… —¿Por qué no podía pensar?

Bernardo me tocó otra vez. Eso ayudaba. Le rodeé de modo que pudiera tomar su mano derecha en mi izquierda. Eso dejaba ambas manos libres para las armas. Me levantó las cejas, pero no retiró su mano. Estaba contenta de que fuese Bernardo; alguien más en nuestro pequeño equipo, y uno de nosotros habría tenido que comprometer su mano de arma. En el momento en que su mano estuvo tibia y real en la mía, pude pensar un poco más claramente. Interesante. Ni siquiera había tenido que llamar al *ardeur*, tan sólo el tacto de otra mano humana, y la fascinación de Chang-Bibi fue menor.

—Me siento honrada de que accediera a verme, pero me honraría si responde a algunas preguntas que son más de trabajo que sociales. Le pido su comprensión, pero es más que un… crimen espantoso.

—Es muy triste que nuestros buenos policías hayan sido asesinados. —Mostró en su rostro la angustia, y abrazó el brazo de Crispin un poco más firmemente. Se movió primero, y él la escoltó hasta el sofá frente a nosotros. Se sentó, alisando su falda.

Crispin dio un paso hacia mí. Dejé ir a Bernardo y le tendí la mano. Crispin comenzó avanzar hacia mí con una sonrisa.

—Crispin —dijo—, siéntate junto mí.

Su rostro parecía menos feliz, pero hizo lo que ella dijo. Se sentó a su lado, y al momento en que puso su mano en su muslo, estuve fascinada de

nuevo. Casi podía sentir el peso de su mano en mi propio muslo.

—Mierda, —susurré, y tomé la mano de Bernardo de nuevo. El toque ayudó a estabilizarme, pero estaba empezando a darme cuenta de lo que estaba mal.

—¿Qué está mal? —Preguntó Bernardo.

—Creo que está utilizando a Crispin para llegar a mí.

—Muy bien, Anita. Soy su reina, y aunque es tu tigre para llamar, todavía soy su reina. A través de tu vínculo con él, yo soy tu reina, también, por lo que parece.

Negué con la cabeza.

—Necesito su ayuda para resolver estos crímenes. Su marido, Max, dijo a la policía que aquí me ayudarían a aclarar las cosas.

—Max te quiere aquí, y yo también —dijo. Comenzó a trazar círculos pequeños en el muslo de Crispin. Yo los sentía en mi pierna. Mierda, mierda, mierda.

—No nos va a ayudar —dije, y me giré hacia la puerta, Bernardo seguía sosteniendo mi mano.

—Tengo toda la intención de ayudarte, Anita —dijo.

Me di la vuelta, poniendo la otra mano más alto en el brazo de Bernardo. La realidad de su cálido musculo me ayudó a pensar. No estaba segura de por qué, pero era casi como si cualquier persona y cualquier cosa que no fuera tigre fuera útil. Entonces tuve una idea: ¿Qué no fuera tigre, o que no fuera tigre blanco?

—Entonces deja los juegos mentales.

—Necesitaba saber si Crispin era más tuyo que mío. Pero no sólo él no puede resistirse a mi tacto, sino que a través de él, también tengo una puerta hacia ti. Muy bien.

—¿Por qué quiere una puerta hacia mí? —Pregunté.

—Porque está ahí —dijo, y mirando su cara, no había nada que decir. Era un rostro humano, pero la expresión en ella me dio la misma sensación que había conseguido un par de veces cuando veía la cara a un animal salvaje. Tenía la misma neutralidad. Bibiana no es que quisiera hacerme daño, pero no es que no quisiera hacerme daño tampoco. No se movía en ninguna dirección. No era lo mismo que ser un psicópata, pero estaba cerca. Eso significaba que no pensaba como un ser humano. Podría decirse que era más como un tigre con cerebro humano. Cambiaba todo sobre esta entrevista. Significaba que no podría razonar con ella, de la forma en que

podría razonar con Max. Se podría decir que no podría razonar con ella en absoluto.

—¿Qué está pasando, Anita? —Dijo Edward en mi oído. Me sorprendió, me hizo saltar.

—Si tus amigos desean unirse a nosotros, hazlos entrar. Los aparatos auditivos son demasiado impersonales —dijo.

Me humedecí los labios de nuevo y traté de luchar con el aumento de mis latidos de corazón.

—Los otros Marshalls están custodiando nuestras armas. Rick no quiso que trajéramos un arsenal.

Miró a Rick.

—¿Son tan peligrosos?

—Sí, Chang-Bibi, creo que lo son.

Ella asintió con la cabeza, y se volvió hacia nosotros.

—Confío en el juicio de Roderic en esas cosas. —Tocó la mano desnuda de Crispin, y el poder saltó como una carga eléctrica atravesándome.

Bernardo saltó, también.

—¿Qué fue eso?

—Poder —dije—, su poder.

—¿Ella lo envió a través del chico, hacia ti?

No discutí con que Crispin fuese «el chico», no era sólo su edad, sino su sensación.

—Sí —dije—. ¿Quieres dejar los juegos de poder el tiempo suficiente para responder a algunas preguntas? —Pregunté.

—Así lo haré, si antes haces algo —dijo.

Sabía que era una mala idea, pero…

—¿Qué quieres que haga?

—Llama a Crispin a tu lado. Si puedes apartarlo de mí, entonces responderé a tus preguntas sin más juegos. —Sonrió mientras lo decía, pero era como ver al tigre en el zoológico sonreír. Sabes que no lo decía en serio.

Apreté la mano de Bernardo, a continuación, la solté. Se inclinó y me susurró:

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—Estoy bastante segura de que no lo es —dije.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

—Porque ella mantendrá su palabra. Si puedo llamar a Crispin a mí, lejos de ella, responderá a nuestras preguntas.

—Sigue siendo una mala idea —dijo.

Asentí con la cabeza. Entonces tomé la Browning BDM de su funda y se la entregué.

—Parece ser que Bibiana me fascina como un maestro vampiro, más o menos. Sólo en caso de que decida tratar de ver cuánto control tiene sobre mí, prefiero que tengas todas las armas de fuego.

—¿Crees que te va a joder la mente tan mal? —Preguntó.

—Creo que lo intentará.

Edward estaba en mi oído.

—Sólo sal de ahí, Anita. Podemos encontrar esta información en algún otro lugar.

—Disculpen —dije a nuestros anfitriones, y les di la espalda para hablar en voz alta con Edward—. La noche va a llegar, Edward. Lo que mató a los policías fue mortal a la luz del día. Cuando agregues a sus amos vampiros a la mezcla, será aún peor. No hay otro lugar adonde ir a buscar a los hombres tigre en Las Vegas.

—¿Puede rodarte, por completo?

—No lo sé.

—Bernardo —dijo Edward.

—Sí, jefe —dijo.

—Si ella se va, no seas un héroe, grítanos.

—No te preocupes, Ted, no soy un héroe.

—Muy bien, vamos a estar escuchando. Ten cuidado Anita.

—Como una virgen en su noche de bodas.

Se oyó un ruido, creo que fue Olaf. Tal vez le hizo gracia, o tal vez sólo pensó que estaba siendo estúpida. Podría tener razón en esa segunda parte.



TREINTA Y TRES

Normalmente no trataba de llamar a los hombres animales que estaban atados a mí metafísicamente. Eso simplemente era algo que sucedía. Mi mentora psíquica, Marianne, me dijo que mis habilidades naturales eran tan fuertes, que hacía la mayoría de las cosas sin pensar en ello primero. Eso podría ser bueno y poderoso, o malo y una debilidad. Pero había estado aprendiendo cómo ser una adulta psíquica y hacer las cosas a propósito. Era la diferencia entre conducir muy rápido en la vía pública, o conducir muy rápido en una pista con pilotos profesionales. Uno era para niños, y otro era para adultos.

Intenté primero lo sencillo.

—Crispin, ven a mí. —Sostuve mi mano extendida.

Se puso de pie. La mano de Bibiana descendió. En realidad él dio un paso en mi dirección antes de que su poder respirara a través de la habitación. Eso detuvo el aliento en mi garganta, me hizo probar el pulso

en mi lengua. La cara de Crispin era casi de dolor. Sus ojos me miraron con mucho deseo, pero no se acercó.

Pero la tigresa blanca dentro de mí se movió. Comenzó a caminar impaciente subiendo a lo largo de aquel camino muy gastado dentro de mí. Comenzó a trotar, y sabía que una vez que comenzara a correr, cuando golpeara la «superficie» de mi cuerpo, se sentiría como ser golpeada por un camión desde el interior. No me había ocurrido en meses, y tenía segundos para pararlo, si podía.

Traté de llamar al lobo, pero la tigresa estaba demasiado cerca. La tigresa se lanzó por completo hacia fuera, como una mancha blanca rayada, hacia mí.

—Joder —dije.

Rick y Dominó se habían acercado a nosotros, pero como si no pudieran evitarlo. Sólo Ava parecía capaz de resistirse, pero entonces ella no era del mismo… color.

Llamé a la tigresa negra, la llamé con un grito y un rugido dentro de mi cabeza. La forma negra se estrelló contra la blanca dentro de mí y me envió dando vueltas por la habitación. Acabé en el suelo cerca de las ventanas, con las dos tigresas gruñendo dentro de mí, tratando de desgarrarse la una a la otra, salvo que mi cuerpo era su campo de batalla.

Grité. No pude evitarlo.

—¡Anita! —gritó Crispin.

Bernardo estaba a mi lado, de rodillas. Oí gritar a Edward en mi oído.

—Anita, háblame, o entramos.

—No lo hagas… no entres. Todavía no. —Mi voz tenía el dolor que estaba sintiendo. No había nada que pudiera hacer al respecto.

Crispin estaba a medio camino de la habitación, pero ella estaba a su lado. No podía forzarlo hacía mí con su reina blanca a su lado. Dominó estaba caminando hacia mí con un ceño en su cara. El tigre negro y el blanco vacilaron en su batalla. Alzaron la vista y utilizaron mis ojos para mirarle. A las dos les gustaba.

—Dominó, ven a mí —le dije.

Sacudió la cabeza, pero la tigresa negra se liberó de la lucha, y la tigresa blanca lo permitió. La negra comenzó a acecharme más cerca. Puse esa energía en el hombre que podía ver. Le llamé con imágenes de piel oscura y ojos como fuego en la noche.

Vino a mí como si cada paso doliera. Vino a mí con una expresión en

su rostro que reflejaba la de Crispin cuando Bibiana lo alejó de mí. Pero no tenía tiempo para preocuparme o estudiarlo detenidamente. Tenía que satisfacer a las tigresas o arriesgarme a convertirme en una de verdad. Ese era el verdadero peligro en que me encontraba, que finalmente pudiera escoger un animal que no era el animal de Jean-Claude para llamar. Si lo hiciera, entonces podría terminar controlada por otra persona, como Bibiana y Max. Para evitar que eso sucediera, jodería la mente de Dominó. ¿Era malo pensarlo durante todo el camino y aún así hacerlo? Tal vez. ¿Todavía lo haría, si eso protegía mi mente de ser jodida por la reina blanca? Oh, demonios, sí.



TREINTA Y CUATRO

Bibiana intentó llamar su lado blanco, pero el tigre negro estaba demasiado hambriento. Demasiado hambriento por encontrar otro costado de pelaje negro contra el cuál frotarse. Tan solo, tan terriblemente solo. La tigresa negra no trató de estallar hacia afuera de la forma en que la blanca lo había intentado con la insistencia de Bibiana. La negra estaba olfateando el aire y haciendo sonidos bajos ansiosos cuando Dominó vino a nosotros.

Se dejó caer de rodillas a mi lado, como si alguien hubiera cortado sus cuerdas. Simplemente cayó de rodillas a mi lado en el suelo de baldosas blancas. Su cara era una máscara de cólera, miedo y nostalgia.

Su voz salió estrangulada.

—Eres una reina negra. De verdad lo eres.

Levanté mi mano hacia él. Se acercó a mí.

—¡Roderic, detente! —Gritó Bibiana.

Pero ya era demasiado tarde. Nuestros dedos se tocaron, y la tigresa

negra hizo un sonido que se derramó por mi garganta. Dominó me permitió arrastrarlo contra mi cuerpo. Me miró fijamente, y en esos ojos color de fuego todavía había miedo, y a pesar de todo, enfado, pero debajo de eso había un vislumbre de algo que se sentía mejor.

—Hueles a hogar, —susurró. Bajó la cara, no me besó, pero frotó sus mejillas, su boca, su nariz, contra mi piel. Absorbía el olor de la tigresa negra dentro de mí, como un gato tratando de rodar en la hierba gatera. Sólo que esta hierba gatera era yo, mi cuerpo.

Sentí que la tigresa negra quería tomarlo. Había sexo allí dentro, también forzarlo a su forma de tigre, pero la tigresa negra estaba contenta, feliz incluso, sólo por su cercanía. Creo que podría haber calmado las cosas. Hubiera estado bien, pero entonces el poder de la reina blanca respiró a través de la habitación como el viento proveniente de la puerta abierta del infierno. La energía de Bibiana nos golpeó. Esto hizo gruñir a la tigresa blanca y comenzó a arrastrarse hacia adelante.

—No, —y lo grité. La tigresa blanca vaciló. Miré fijamente a la cara de Dominó—. Permíteme alimentarme de ti.

—¿Qué? —Preguntó.

La tigresa blanca saltó sobre la negra, y empezaron a intentar destrozarme otra vez. Me retorcía y luchaba por no gritar en los brazos de Dominó. Sabía que si gritaba, Edward y Olaf vendrían a través de aquellas puertas.

—Mi reina, si con mi carne o mi semilla puedo alimentarla, entonces aliméntese —dijo Dominó.

No entendía todo lo que decía, pero las tigresas dejaron de luchar. Jadearon y lo miraron fijamente, a través de mis ojos. La tigresa negra gruñó bajo y suave, y eso se derramó entre mis dientes.

Tuve unos momentos para darme cuenta que entre los tigres, cuando decían alimento, querían decir carne o sexo, o ambos. Dominó me había dado permiso para quitarle la vida. La tigresa negra entendió eso, pero ella y yo estábamos de acuerdo. Había pasado tanto tiempo desde que habíamos encontrado a otro de los nuestros. No queríamos comerlo. Queríamos salvarlo. Queríamos protegerlo.

Bibiana envió otra ola de poder sobre nosotras, pero esta vez la negra y yo estábamos listas. Las dos estábamos enfadadas con ella. Enfadadas de que interfiriera en esto. No tenía ningún derecho. Él era nuestro. ¡Nuestro!

La ira se convirtió en rabia, la rabia se convirtió en mi bestia, pero tenía

otros usos para la ira ahora. No se traducía en cambiar mi forma. Llamé a esa parte de mí que eran los poderes de vampiro, que era el *ardeur*, y hubo un momento en el que podría haberse derramado en sexo, pero no era sexo lo que quería. Estaba molesta, y ahora podría alimentar esa ira. Había probado la ira de Dominó antes en el casino. Sabía que estaba allí. Todo lo que tenía que hacer era lanzar mi ira hacia él.

Dejé que mi rabia se derramara en su interior. Gritó, la cabeza hacia atrás, y la rabia era tan grande, con tanto tiempo en su interior. Su bestia comenzó a elevarse con la ira. Lo atraje en un beso, y me alimenté por el toque de su boca sobre la mía, por el apretón doloroso de sus manos sobre mis brazos, por la lucha de su cuerpo contra el mío. Lo sostuve y aspiré su rabia por sus labios, su piel, su cuerpo. Aspiré su cólera y la dejé unirse con aquella masa de rabia que bullía dentro de mí.

Me alimenté de la ira de Dominó, y con esa ira vino el conocimiento. Tuve visiones de lo que lo llenaba de tanta rabia. Lo vi como un niño, solo en una casa de acogida, llorando. Vi a los otros niños que se burlaban de sus ojos y cabello. Lo vi salvado por Bibiana, pero aún aquí, no era lo suficientemente blanco. Pertenecía, y no lo hacía. Se parecía a los demás, pero no lo era. Siempre, no estaba exactamente en casa.

Él dejó de luchar, y al final, lloró en mis brazos. Lo sostuve, y la tigresa negra se acurrucó cerca, de modo que ambas lo sujetábamos.

Entonces vi a Bernardo parado sobre nosotros, inseguro, como si no estuviera seguro de si estaba todo bien o no. Hablé a la incertidumbre en su rostro.

—Estoy bien, Bernardo.

—Tus ojos —dijo—, son completamente luz marrón y negra, como un vampiro.

Besé la frente de Dominó y probé la verdad de sus palabras. Pude probar el pulso de Dominó como un caramelo en mi lengua. Tenía esas ganas de hundir los dientes en la carne y ver si el caramelo lanzaba un chorro rojo. No se puede ser un vampiro vivo, pero en lo que me estaba convirtiendo estaba cerca.

Pero no sólo probé sangre y alimentos. Sentí a los otros tigres. No sólo al que estaba en mis brazos. Los sentí a todos. Volví la cabeza, y en el momento en que Bibiana vio mis ojos, tuvo miedo. Su miedo hizo un llamado tanto a la parte vampiro en mí como a la bestia. Miedo, quería decir comida. Si algo te tiene miedo, puedes controlarlo o matarlo.

Llamé a Crispin hacía mí. No mediante el uso de los poderes del tigre, sino de la manera que un vampiro llama a su animal.

—Crispin, ven a mí.

Bibiana trato de sujetarlo con la mano.

—Déjalo venir, o veré cuantos tigres puedo llamar hoy, —le dije.

—No te atreverías a tratar de robar el animal de otro maestro vampiro.

—¿Quieres decir, como tú que no intentaste robar al siervo humano de otro maestro vampiro? —Me senté, y Dominó se enroscó a mi alrededor, completamente pasivo, totalmente contenido.

No le dejaba ir, así que me extendí hacia ella como un vampiro. Un vampiro que podía llamar a los tigres. Soltó a Crispin, y se cogió la mano, como si su piel la hubiera quemado.

El poder de Bibiana se extendió, pero no a nosotros. Rick llegó en su ayuda, y la puerta del fondo se abrió, y más de los tigres blancos llegaron para estar con su reina. Pero no me importaba. Crispin había tomado mi mano. Me senté allí con su mano en la mía y Dominó enroscado alrededor de mi cintura, y era casi perfecto, como estar envuelta en tu manta favorita al final de un largo día de trabajo. Había aprendido que el *ardeur* podría ser sobre la amistad y no sólo el romance. En ese momento, era aún más que eso. Se trataba de ese sentimiento de pertenencia, de estar en casa.

Entonces sentí una energía diferente, en todo ese mar de poder de tigre blanco. Sentí un hilo de algo nuevo. Algo único. No sabía lo que era hasta que la tigresa azul dentro de mí salió de las sombras y comenzó a caminar hacia adelante.

Era realmente azul con rayas negras, un profundo color cobalto, casi un negro, pero no era eso. Era de verdadero azul, y había olido algo que le pertenecía.

Salió caminando del resto, una mirada de perplejidad en su joven rostro, porque era joven. Lo suficientemente joven como para hacerme comenzar a nadar hasta la superficie de mí misma. Lo bastante joven como para que supiera que todo lo que acababa de hacerle a Dominó pudiera destruirlo.

Me quedé mirando el pelo corto de color azul oscuro, una combinación perfecta para la tigresa en mi interior. Miré sus ojos que eran de dos tonos de azul, como si los ojos de Crispin se hubieran casado con los de Jean-Claude, y supe que era mío para llamar.

—¿Cuántos años tienes? —Le pregunté.

—Dieciséis —dijo.
—Mierda —dije.



TREINTA Y CINCO

La voz de Edward en mi oído, dijo:

—Tenemos al hijo de Max, Víctor, aquí afuera con guardaespaldas. Vamos a dejar pasar a Víctor, pero detendremos a los guardaespaldas.

—Tenemos otra medía docena de tigres aquí con nosotros. Salieron muchos más de los cuartos —dijo Bernardo.

—Esto se pone cada vez mejor —dijo Edward, y el sarcasmo llegó a través del auricular fuerte y claro.

La tigresa azul en mi interior se apretó aún más cerca de mi superficie. Tenía una imagen de su cara contra la mía, tratando de estar más cerca para poder oler el aire.

Las puertas se abrieron y un hombre alto, ancho de espaldas con un costoso traje a medida la cruzó a grandes pasos. Su pelo blanco era muy corto, y en uno de esos cortes que parecía que se hubiera hecho un pelo a la vez. En realidad llevaba gafas de sol de color amarillo pálido sobre los

ojos. Los cristales no eran lo suficientemente oscuros para hacer una maldita cosa contra el sol de Las Vegas. ¿Estaba tratando de pasar por humano? Si esa era la idea, entonces tenía que bajar el tono de la energía que hervía de él.

Ese baño de energía volvió a la tigresa azul gruñendo hacia él. Habría caído hacia adelante si Dominó y Crispin no me hubieran sujetado.

—Vas a traer a su bestia, madre —dijo, y siguió acercándose a nosotros. A la tigresa azul no le gustaba eso. A la blanca sí. La negra estaba contenta de abrazar a Dominó. La tigresa azul trató de girarme hacia el muchacho. A la blanca le gustaba Víctor. La negra estaba bien. Era como tener tres compañeras de habitación diferentes dentro de mí, y a todas ellas les gustaran tipos diferentes.

—No tienes derecho a interferir —dijo Bibiana.

—Padre te advirtió contra esto —dijo, y estaba a nuestro lado. Se arrodilló en el traje oscuro, sus ojos ocultos detrás de los cristales, pero ninguna cantidad de cristal de color podía ocultar el poder que se derramaba de él. El poder era suficiente para que la tigresa blanca supiera lo que iba a encontrar detrás de los cristales.

Me arrodillé. Crispin tuvo que soltarme la mano, pero me tocó el hombro. Dominó se deslizó más abajo de mi cuerpo como un reacio pedazo de ropa. Mis manos fueron a esas gafas.

Víctor tomó mis manos en las suyas. Me miró fijamente a la cara como si estuviera tratando de ver a través de mí. Me levantó las manos a su cara y olfateó mi piel.

—Imposible.

—Te lo dije, Víctor, ella se los llevará a todos —dijo Bibiana.

Se separó de mi piel. Podía ver sus ojos con claridad, pero las gafas de color amarillo pálido evitaban lo que tenía que ver. Mi voz sonó como la de una extraña en mi cabeza cuando dije:

—Quítatelas.

Él me parpadeó.

—¿Qué?

—Quítatelas. —Le repetí.

—¿Por qué? —Preguntó, y me soltó las manos.

Sacudí mi cabeza porque no estaba segura, y entonces llegó la respuesta.

—Tengo que ver tus ojos.

—¿Por qué? —Dijo, otra vez.

Me estiré para alcanzarlas, y esta vez no me detuvo. Toqué los marcos de alambre delgado de las gafas y tiré con suavidad hacía abajo, hasta que examiné esos ojos de tigre color azul pálido. Eran un azul más intenso que el de los ojos de Crispin, pero seguían siendo de un color y una forma que no confundirías con humanos, a menos que no quisieras ver lo que estaba allí.

Me arrodillé frente a él, con sus gafas en la mano, y clavé la mirada en aquellos ojos. Pero no se trataba sólo de los ojos, eran sólo un signo de lo que mi tigresa necesitaba. Era el poder en él. No había entendido hasta ese momento cuán débiles eran todos los otros hombres tigre que había tocado.

Víctor se quedó mirándome con aquellos ojos perfectos. Tragó saliva lo suficientemente fuerte como para que lo escuchara. Su voz era un poco inestable cuando dijo:

—¿Realmente eres otra reina, verdad?

Me incliné hacia él. No estaba buscando un beso. Era más como si su poder tuviera gravedad, y me arrastrara.

Se puso de pie, tambaleándose un poco. Traté de alcanzarlo, y fue Crispin quien me apartó. Él y Dominó me llevaron de vuelta a sus brazos, pero era como si pudiera escuchar una música en mi cabeza que nunca había oído antes. El poder de Víctor ahogó su toque.

Víctor se puso las gafas de nuevo y se giró hacia su madre.

—Padre expresamente te prohibió llamar a su poder hasta que él se hubiera reunido con ella.

—Yo soy Chang aquí, no tú —dijo.

—Tú gobiernas el clan del tigre blanco. Nunca he discutido eso, pero Padre me ha puesto a cargo de otras partes de su dominio. Cuando tú pones el poder de los tigres por encima del bien de esta ciudad y los demás ciudadanos, entonces has roto las normas de tu maestro, mi padre.

—¿Le negarías a Dominó y Cynric la única reina de su clan que alguna vez puedan encontrar?

—Nunca me interpondría en el camino del destino de otro clan, Madre, pero tú no puedes alimentarla con Cynric. Mira lo que ya ha hecho a Crispin y a Dominó.

Algo sobre la forma en que dijo eso me hizo mirar a los dos hombres tigre todavía a mi lado. Crispin me había mirado con esa devoción antes, pero ver eso en la cara de Dominó era simplemente incorrecto. Una

expresión de cachorro devoto en esa cara enfadada, arrogante, hizo que mi corazón doliera al verlo. No porque me preocupara por él, porque uno no puede preocuparse por alguien que acabas de conocer, sino porque ningún adulto debe mirar a alguien así. Era una mirada que había visto antes, en los rostros de los vampiros. Yo era una auténtica nigromante y llamaba a todos los muertos, pero no se suponía que llamara a los hombres animales así, no así.

—Oh, Dios —dije, y traté de levantarme. Dominó se aferró a mí, y luché contra el impulso de abofetearle en una especie de pánico—. Me alimenté de tu ira, maldita sea. ¡Me alimenté de tu ira así que no me mires de esa forma!

Me dio unos ojos tranquilos y no debería tenerlos.

—Joder —dije.

—Háblenme, Anita, Bernardo. ¿Qué está pasando? —Preguntó Edward.

—Espera, Edward, sólo tienes que esperar. —Me giré hacia Víctor—. ¿Se puede arreglar esto?

—Anita lo tiene bajo control —dijo Bernardo. La expresión de su cara no coincidía con la certeza de sus palabras, pero me estaba dando el beneficio de la duda.

Víctor miró hacia donde estaba señalando, a Dominó.

—¿Te refieres a deshacer tu posesión de él?

—Sí —dije.

—Eres reina —dijo Bibiana—, no le pides a ningún macho semejante ayuda.

—Bien, ¿puedes deshacerlo? —Pregunté.

Víctor me estudió un poco más.

—Dijiste que te alimentaste de su ira. Pensé que el *ardeur* era todo sobre sexo.

—Puedo alimentarme de la ira, también. Pensé en no alimentarme de lujuria o amor, para que tu gente no se ligara a mí. No quiero a ningún hombre más, maldita sea.

—Jean-Claude no se alimenta de la ira, ¿verdad? —Preguntó Víctor.

Eso estaba un poco demasiado cerca de las verdades que no queríamos compartir con nadie. Que tenía poderes que mi maestro no compartía. Traté de parecer indiferente sobre ello, pero mi pulso se había acelerado. Los hombres tigre son como detectores vivos de mentiras. Pueden sentir, oler,

todas aquellas pequeñas funciones involuntarias del cuerpo.

—¿Puede alguno de ustedes hacerlo para que el no esté… —hice un gesto con la mano hacia Dominó—, de esta manera?

—Puede salir por sí mismo —dijo Víctor.

—¿Estás seguro?

Él sonrió.

—No, pero lo que has hecho parece ser una combinación de vampiro y tigre Chang. Lo has enrollado. Si lo dejas solo, puede recuperarse. Si es más vampiro que hombre animal, entonces sabes que vas a tener la posibilidad de recuperarlo en cualquier momento que desees.

Me humedecí los labios y dije la única verdad que tenía.

—No quiero poseer a nadie.

—Sentí tu poder. Lo sentí empujando a mi madre. Lo sentí a cuadras de distancia.

—¿Sonaría infantil decir que ella empezó?

Dio una sonrisa rápida.

—Es un poco infantil, pero conozco a mi madre.

—Víctor —dijo Bibiana.

—Sabes que trataste de levantar a sus tigres, madre. Sabes que provocaste su poder. No lo niegues.

—Nunca lo negaría —dijo ella.

—Chang-Bibiana prometió que si la Marshall Blake podía apartar a Crispin lejos de ella, respondería a nuestras preguntas —dijo Bernardo.

Bibiana no miraba a nadie en el cuarto.

—¿Le prometiste eso a los Marshalls, Madre?

Ella asintió con su pequeña cabeza, todavía sin mirar a nadie.

—Entonces, responde a sus preguntas, como prometiste.

Hice todo lo posible para no echar un vistazo al muchacho azul.

—Creo que un poco de intimidad sería bueno antes de empezar a discutir una investigación policíal en curso.

—No me quiero ir —dijo él.

Ava tiró de él.

—Vamos, Cynric.

—No —dijo, y se apartó de ella—. No eres pura. No sabes cómo se siente ser parte de un clan.

—Cynric —dijo Bibiana, y su ira sonó como un látigo caliente a través de la habitación—, le mostrarás a Ava el respeto que se merece. Uno de

nuestros hermanos, la atacó. Él rompió la regla más sagrada entre los clanes. Ella no es alguien que buscó esta vida.

Se vio malhumorado durante un momento, luego culpable.

—Lo siento, Ava. No lo decía en serio.

Ella sonrió, pero no acabó de llegar a sus ojos.

—Está bien, Cynric, pero vamos a dejar a los Marshalls hablar con Bibiana y con Víctor. —Dejó que lo llevara a través de la puerta del fondo, pero miró hacia atrás cuando las puertas se cerraban, y lo preocupante fue que yo estaba allí para encontrar sus ojos.

Bernardo me tocó el brazo, me hizo mirarlo.

—¿Estás bien?

¿Estaba bien? Esa era una excelente pregunta. Lo que necesitaba era una excelente respuesta. Le dije lo único en que podía pensar.

—Tenemos trabajo que hacer, Marshall Spotted Horse.

Me dio una mirada con la ceja levantada y asintió.

—Sí, sí, Marshall Blake.

—Hagan sus preguntas, luego saquen la mierda de ahí —dijo Edward —, no quiero a Anita en esa habitación cuando Max se una a su esposa.

Edward tenía toda la razón. Bibiana casi me había enrollado por su cuenta, sin su maestro a su lado. Había muchas razones para aclarar antes de que los vampiros se levantaran por la noche.

El hecho de que no había manera en esta verde tierra de Dios de resolver el crimen antes de que oscureciera no sólo era decepcionante, sino más peligroso a cada minuto.



TREINTA Y SEIS

Una mujer de los tigres blancos con el pelo del color del suero de la leche pálida y los ojos como cielo de primavera, vino, y se llevó a Dominó lo más alejado en el ático. No quería dejarme, pero entre Víctor y yo, logramos que hiciera lo que queríamos. Si salía de mi presencia física y comenzaba a liberarse de la fascinación, entonces podría dejarlo aquí para que siguiera su vida. Si no comenzaba a desaparecer en absoluto, entonces tendría que llevármelo conmigo. Lo que haría con él después de eso, no tenía ni sangrienta idea. Otras personas recogen perritos callejeros, yo seguía recogiendo hombres. Mierda.

El resto nos acomodamos en los mullidos sofás. Bernardo y yo nos sentamos a suficiente distancia uno del otro en nuestro sofá de forma que no estuviéramos en el camino del otro si las cosas se iban al sur. Crispin se sentó tan cerca de mí como cualquier novio, un brazo en la espalda del sofá tocando mis hombros, una mano en mi pierna. Podría haberle dicho que

retrocediera porque estaba trabajando, pero hubiera herido sus sentimientos, y sabía lo suficiente sobre la sociedad licántropo como para saber que tocar era sólo lo que hacían.

Bibiana se sentó frente a nosotros, con su hijo y Rick. Nadie la tocaba demasiado. ¿Tal vez los tigres eran diferentes a los otros grupos de animales que conocía? Preguntaría más tarde.

—¿Qué sabes acerca de lo sucedido a la policía aquí? —Pregunté.

—Sólo lo que hemos escuchado en las noticias —dijo Víctor.

Bibiana simplemente me miró con esos ojos azules indescifrables. Su silencioso escrutinio podría haberme desconcertado, pero entre el depósito de cadáveres, Olaf, y lo que había pasado con mis tigres internos, su mirada ya no tenía el suficiente peso para moverme.

Si esto hubiera sido un interrogatorio normal, habría reglas, métodos. Podría haber ofrecido poco voluntariamente y realizado preguntas repetitivas. Pero estábamos quemando la luz del día. Una vez que los vampiros se levantaran por la noche, y Vittorio agregara su poder a sus siervos diurnos…

No tenía ni idea de lo que haría. La masacre del equipo SWAT y aquello de enviarme la cabeza por correo era arrojar el guante seriamente. Pensé que si había sido Vittorio y no algún otro tratando de incriminarlo, o incluso si así fuera, entonces cuando cayera la noche, todo el infierno iba a desatarse. No teníamos tiempo para horas de preguntas.

Crispin comenzó a mover su mano en mi muslo en pequeños círculos. Había percibido mi tensión y estaba intentando calmarme. En realidad no funcionaba, pero agradecí el esfuerzo.

—¿Anita? —Dijo Bernardo, haciendo de mi nombre una pregunta. Me miró, tratando de parecer en blanco, pero fallando para ocultar cierta preocupación en los bordes. Había visto algo de mierda seriamente extraña en mí en la última hora. De hecho, había sido un maldito buen deportista sobre todo esto. ¿Le debería algo como… flores? ¿Qué se ofrece a un compañero de trabajo por no asustarse cuando estuviste toda metafísica sobre él? ¿Una tarjeta? ¿Habría una tarjeta Hallmark para eso?

Crispin se inclinó sobre mí, su cálido aliento contra mi pelo.

—Anita, ¿estás bien?

—Anita —dijo Bernardo nuevo, y esta vez no trató de mantener fuera la preocupación de su voz.

Edward se unió al oído.

—Bernardo, ¿qué pasa con Anita?

—Estoy bien —dije—. Sólo estoy pensando. —Me giré hacia la mujer tigre en el otro sofá—. Nos estamos quedando sin la luz del día, así que voy a hablar contigo como la mujer de un maestro a otra.

Bibiana hizo un gesto majestuoso.

—Me siento honrada.

—Uno, necesito que escuches a Víctor y a Max, y no jodas a mis tigres internos hasta después de que esta investigación haya terminado.

—Podrías decirle solamente que deje a tus tigres internos en paz —dijo Víctor.

Sonrió, pero sus ojos eran apenas visibles detrás de los cristales amarillos. Una parte de mí estaba realmente molesta por las gafas, pero estaba tratando de ser humana aquí, no toda tigre, así que él podía mantener sus gafas.

Con el interés de ser un poco más humana, me alejé de Crispin, me puse en el borde del sofá. Todo lo que tenía que hacer era inclinarme hacia atrás y él estaría allí, pero tenía que pensar, y algo sobre un hombre con el que has tenido relaciones sexuales haciendo pequeños círculos en tu muslo, no siempre es propicio para las ideas claras.

—Estoy tratando de negociar de buena fe aquí. No voy a empezar pidiendo a Bibiana que prometa algo que no va a cumplir. No entiendo todo lo que quiere de mis bestias internas, pero oí decir que tal vez sea la única reina de su clan que Dominó y el niño azul, Cynric, verán nunca. Bibiana no va a dejarme salir de Las Vegas sin querer explorar esto de nuevo, ¿verdad? —La miré cuando dije esto último.

Sonrió y bajó la cabeza, muy recatada.

—No —dijo, simplemente.

Sonreí.

—Bueno, no lo niegas. Eso me gusta. Dos, ¿Estamos todos de acuerdo en que estos asesinatos son malos para los negocios, tanto para las comunidades de vampiros como de licántropos?

Todos estuvieron de acuerdo.

—Entonces lo que necesito saber, realmente, es si ustedes saben algo sobre el animal que ayudó a este vampiro a matar a esos policías.

—Tú dices animal, pero vienes a nosotros —dijo Víctor.

—Crees que es uno de nuestros tigres —dijo Bibiana. Había algo en la forma en que lo dijo, que me hizo decir lo siguiente.

—Tú también lo crees —dije.

—No he dicho que sí —dijo ella.

Me humedecí los labios, pero no porque estuvieran secos en esta ocasión.

—Conoces el borde de una mentira —dije.

—¿Qué significa eso? —Preguntó Olaf en mi oído.

—Déjala trabajar —dijo Edward.

Bibiana me sonrió. Era casi una mirada coqueta.

—No estoy mintiendo —dijo.

Le sonreí.

—Bien, entonces responde a esto: ¿Sospechas que uno de tus hombres tigre participara en estos asesinatos de alguna manera?

Ella no me miraba ahora, sino que se concentró en sus pequeñas, bien cuidadas manos sujetas tan elegantemente en su regazo. Sus tobillos se cruzaron. Era demasiado formal y correcta, pero sabía que era una mentira.

Era una de esas personas que no importaba cómo de acartonadas fueran, puedes simplemente sentir que si los arañabas lo suficiente, conseguirías estar en el lugar correcto en el momento equivocado, allí no habría absolutamente nada apropiado sobre ellos. Las mujeres tienden a emitir ese ambiente más que los hombres, pero he visto que los hombres lo hacen, también. Algunos de ellos logran que ni siquiera sepas cuánto calor están ocultando detrás de la máscara de cortesía. Pero con Bibiana se sabía; humano y remilgado no era en absoluto como realmente era.

—¿Quieres responder a la pregunta, madre?

Ella le lanzó una mirada tan feroz, tan viciosa, que convirtió esa cara bonita en algo aterrador. Allí, las máscaras bajaban.

—¿Sigo siendo la reina aquí, o tengo que recordártelo con más fuerza?

—Padre nos dijo que si preguntaba, deberíamos responder a la Marshall Blake honesta y completamente.

—Hasta que se levante por la noche, yo mando aquí —dijo.

Luché para no mirar de nuevo hacia Crispin. Él no era bueno en ocultar su expresión. En cambio, miré a Rick y le encontré visiblemente incómodo. Tenía la impresión de que esta pelea era común, tal vez incluso empeoraría. Sabía lo suficiente acerca de la sociedad de los hombres tigre para saber que todos estaban a cargo de las reinas. Era uno de los pocos grupos hombres animal llevado por mujeres. Algunos grupos tenían mujeres que llegaban a ser el perro más grande, o gato, pero eran la excepción y no la

regla. Así que Víctor, sin importar lo poderoso que era, no podía gobernar el Clan tigre blanco. Pero estaba sin duda actuando como si quisiera estar a cargo.

—Bernardo te recordó tu promesa, Chang-Bibiana. Ahora te recuerdo otra vez que he llamado a Crispin de tu lado. Dijiste que si podía hacerlo, responderías a mis preguntas. ¿Es la palabra del Chang del Clan Tigre Blanco vinculante, o no hay honor en Las Vegas?

Sentí el movimiento del sofá antes de que Crispin pusiera una mano en mi espalda. Era un toque cuidadoso, no demasiado sexual, pero era un recordatorio físico para tener cuidado. No me resentí. Si no llevaba a Crispin conmigo a St. Louis, este sería su estanque y yo le estaba jodiendo, y se quedaría solo nadando aquí.

Bibiana volvió los ojos enfadados hacia mí. Su poder comenzó a volcarse hacia mí, en unas casi visibles turbulencias de calor. Víctor se puso de pie. Se colocó entre ese poder suyo, y yo.

Eso le golpeó, y su cabeza se volvió, con los brazos a los lados, como si se sintiera bien. Su respiración se hizo un largo suspiro. Se estremeció y dijo:

—Tu Maestro de la Ciudad te dio órdenes expresas de no traer a sus bestias. Obedezco sus órdenes, incluso si tú no lo haces.

Ella hizo un sonido rugiente. Crispin se arrimó más a mí, como si tuviera miedo. ¿O tenía miedo de lo que yo haría? Luché para no ponerme rígida a su contacto o parecer demasiado nerviosa. Traté de calmarme, aunque no me sentía nada cómoda.

Bernardo había avanzado hasta el borde de su pedazo de sillón, también. Rick estaba sentado detrás, pero la tensión se mostraba en cada músculo.

—Eres la herramienta de tu padre y nada más.

—Soy el instrumento de mi padre a la luz del día. Soy su mano derecha, y no lo traicionaré.

—No es traición buscar el poder de nuestro clan y nuestra gente. —No podía verla porque Víctor estaba de pie entre nosotras.

—Se puede buscar el poder después de que los Marshalls maten al traidor y a su amo.

—¿Qué traidor? —Pregunté.

Víctor se giró, dando la espalda a su madre. No estoy segura de que yo hiciera eso, pero no era mi madre.

—Los primeros asesinatos fueron strippers, al igual que los de tu ciudad. Pero en el último había marcas de garras y mordidas de vampiros.

Maldije al PD (Departamento de Policía) de las Vegas por no mencionarme este pequeño hecho. Hubiera sido bueno saber que la última víctima había mostrado marcas de garras. Eso era un cambio al respecto a todas las otras ciudades en que Vittorio había cazado. Esto probaba que una parte de la fuerza de las Vegas no confiaba en mí. Lo que haría la resolución del crimen, cualquier crimen, más difícil aquí. Crispin percibió mi ansiedad de nuevo. Su mano sobre mi espalda comenzó a hacer círculos tranquilizadores.

—¿Qué te hace pensar que es un hombre tigre? —Pregunté.

—Madre —dijo Víctor, y se apartó para que nos viéramos de nuevo.

Ella le dio una mirada no del todo feliz, pero habló.

—He sentido que otro vampiro tira de mis tigres. Como tú trataste hoy de llamarme a ti, y terminaste llamando a algunos de mis hijos, por lo que este otro vampiro estaba indagando. Pensé que lo había impedido, pero ahora creo que se las arregló para robar a uno de los míos. O tal vez de un clan diferente, pero es tigre, él estaba llamando a los tigres.

—¿Sabes con certeza que el vampiro era «el»? —Pregunté.

Ella asintió con la cabeza.

—La energía era masculina.

—Pregúntale cómo sabes eso con certeza, —pidió Edward en mi oído.

Retiré mi mano de los hombres tigre. Me alejé un poco de la mano de Crispin, también. Él tomó la indirecta y apartó la mano de mí.

—Disculpe, ella sabe que era varón, Marshall Forrester, porque la energía probada u olida por ella era masculina.

—¿Tú puedes decir por la energía si un vampiro es hombre o mujer? —Preguntó Bernardo.

Asentí con la cabeza.

—A veces.

Bibiana me sonrió, como si hubiera dicho una cosa inteligente.

—Sí, él sabía a hombre, pero… —Frunció el ceño.

—Pero ¿qué? —Pregunté.

—¿Ustedes son de la línea de *Belle Morte*?

—Jean-Claude lo es —dije.

Ella lo desestimó con un gesto como si fueran sutilezas.

—La mayoría de las líneas de vampiros son frías, pero esta no. Está

más cerca de la calidez de los hombres animales, creo. ¿Puedes probar la energía sexual de una persona desde la distancia?

Pensé en eso.

—A veces.

Una vez más, ella sonrió como si hubiera dicho lo correcto.

—Había algo mal con la energía de este vampiro. Algo como retraso en el crecimiento, o frustración de algún tipo. Era como si el sexo se hubiera convertido en rabia.

—¿Alguna vez has sentido algo parecido en alguien más? —Pregunté.

—Tuvimos un hombre tigre que vino a nosotros. Intentamos disciplinarlo, salvarlo, pero al final tuvo que ser destruido por el bien de todos.

Para explicar lo que dijo su madre, Víctor agregó:

—Era un violador en serie. Los ataques se volvieron más violentos. —Suspiró.

—¿El atacante de Ava? —Pregunté.

Me dio una mirada de asombro.

—¿Has mirado su expediente?

Negué con la cabeza.

—Sólo una conjetura.

—No fue una conjetura —dijo Bibiana—. Leíste su postura corporal. Pudiste oler su perfume.

Me encogí de hombros porque no quería discutir, y no estaba del todo segura de que pudiera.

—¿Pero estás diciendo que la energía de este vampiro se siente similar al violador en serie que habías sentido antes?

—Sí, pero… —Se estremeció, y esta vez pude probar su miedo.

—Te provoca miedo —dije.

Asintió con la cabeza.

—Mi madre no se asusta fácilmente —dijo Víctor.

—Tengo esa impresión —dije.

Él me sonrió.

—Hemos respondido a tus preguntas. Ahora, ¿podrías responder a las nuestras?

—Lo siento, sólo una más. ¿Sáben quién es el traidor?

Ellos intercambiaron una mirada.

—Te juro que no lo hago. Si este vampiro ha robado a uno de nuestro

pueblo, lo ha hecho tan completamente que no lo sospechaba hasta que las marcas de garras aparecieron por primera vez en los cuerpos.

—Si pudiera ayudaros a reducir el campo, ¿les pedirías que se reunieran conmigo, y nos dejarías interrogarlos en la estación de policía?

Ellos intercambiaron una mirada que incluyó a Rick. Por último, Víctor asintió con la cabeza, y Bibiana dijo:

—Lo haríamos.

—¿Cómo puedes ayudarnos a reducirlo? —Preguntó Víctor—. ¿Estás insinuando que eres una mujer tigre más poderosa que nosotros?

—No, absolutamente no, pero he visto los cuerpos.

Olaf vino por el auricular.

—No compartas esa información con ellos.

No le hice caso.

—Sé que estamos buscando a alguien de menos de seis pies en forma humana, o con las manos anormalmente pequeñas para su tamaño.

—Anita —dijo Olaf.

—Sabe lo que está haciendo, Otto —dijo Edward.

—Mediste la marcas de garras —dijo Víctor.

Asentí con la cabeza.

—No me fío de los tigres —dijo Olaf.

—Deja que haga su trabajo —dijo Edward.

Hice lo que pude para hacer caso omiso de todo, cuando dijo Víctor:

—Eso lo estrecha un poco.

Los había sorprendido, a todos. No eran vampiros, por lo que no intentaron ocultarlo.

—Eso lo explica —dijo Víctor.

—¿Qué explica? —Pregunté.

—Por qué mi madre y yo no podíamos encontrar la verdad de nuestro traidor. Si es lo suficientemente poderoso como para hacer eso, entonces puede ser lo suficientemente poderoso como para mentirnos.

—Tendría que ser un maldito muy poderoso —dije.

—Sí —dijo.

Le miré fijamente, y luego a la afligida cara de Bibiana.

—¿Crees que sabes quién es?

—No, pero es una lista de posibilidades muy corta. Algunas de nuestras personas de mayor confianza están en esa lista —dijo Víctor.

Bibiana me dio una mirada de mucho dolor.

—Sea quien sea, nos duele como clan. Se socava nuestra autoridad, y nos obliga a disciplinar a nuestra gente.

—Quieres decir, que si se enteran de que perdiste a este chico escondido a simple vista, algunos de ellos harán un desafío por el liderazgo.

—Van a intentarlo —dijo ella, y había algo demasiado tranquilo, demasiado seguro, demasiado confiado. No hubiera querido ir en su contra, y con Víctor a su lado, tendría que ser muy confiada… o loca.

Entonces tuve una idea, una mala.

—Si el animal para llamar de Vittorio es el tigre, y él es Maestro suficiente como para hacer todo esto, entonces es suficiente para desafiar a Max por la ciudad.

—El Consejo de Vampiros ha prohibido las guerras entre Maestros de la Ciudad en Estados Unidos —dijo Bibiana.

—Sí, y desaprueban toda esa cosa de asesino-en-serie-matando-policías. No creo que a Vittorio le importen mucho las reglas.

—¿Crees que va a intentar ir a por mi padre? —Preguntó Víctor.

—Creo que es una posibilidad. Yo tomaría medidas adicionales de seguridad antes de que lo consiga.

—Voy a ver que se haga —dijo.

—Él tiene algo más que un hombre tigre a su entera disposición durante el día —dije.

—¿Qué más?

—No estoy segura, pero si fuera tú, pediría más seguridad ahora. Porque sería una putada perder a Max por unos minutos.

Víctor y yo tuvimos una de esas miradas, y luego simplemente se metió la mano en el bolsillo buscando el móvil y comenzó a llamar para pedir más ayuda.

Caminó hasta el extremo de la habitación así que no pude oír lo que decía exactamente. Estaba bien con eso.

Bibiana me miró.

—Eres la primera reina verdadera sin clan que hemos encontrado desde que Víctor se mostró digno.

—¿Digno de qué? —Pregunté.

—De iniciar su propio clan. No hemos tenido un rey masculino entre los tigres en siglos. Las pequeñas reinas se separan, pero es sólo porque no queremos matar a nuestras hijas. No es que no haya suficiente energía para

hacer otro clan. Víctor tiene ese poder, pero necesita una reina.

La miré fijamente.

—¿Estás insinuando que me quieres para ser la reina de tu hijo?

—Estoy diciendo que si no estuvieras tan firmemente casada ya con Jean-Claude, te pediría que te casaras con mi hijo.

La miré fijamente.

—Caramba, no sé qué decir, Bibiana.

Víctor volvió de su lado de la habitación, guardando el teléfono en el bolsillo.

—Tengo hombres extra alrededor de Padre, y voy aumentar la seguridad en nuestros clubes, por si acaso. —Nos miró de una a otra, con el ceño fruncido—. ¿Me he perdido algo?

Bernardo se echó a reír.

—Chang-Bibi te ofreció a Anita en matrimonio —dijo Crispin.

—¡Madre!

—Nunca vas a poder encontrar a otra reina con su poder, Víctor.

—Ella pertenece a otro maestro vampiro. Va contra todas las reglas interferir en eso.

—Yo soy tu madre y tu reina. Es mi trabajo intervenir.

—Deja a la Marshall Blake en paz, madre.

Bibiana nos sonrió a los dos, y fue una sonrisa que nunca quieres ver en el rostro de la madre de nadie. Esa mirada que dice que te daría la bienvenida a la familia en un segundo caliente, si sólo su hijo quisiera cooperar.

Bernardo me salvó.

—¿Cuándo podemos llevar a los hombres tigre a la estación para ser interrogados?

—Debemos hacerlo con cuidado. —Él nos miró—. Admitiré esto aquí, pero nunca en público. Funcionaría mejor si la policía en plena marcha va con nosotros de hombre tigre en hombre tigre. Si son lo suficientemente buenos para mentirnos así, entonces no seré capaz de mentirles sobre por qué queremos que vayan a la policía.

—Voy a hablar con la policía de Las Vegas. —Pero me preguntaba ¿cómo de difícil sería detenerlos, para evitar que fueran un poco gatillo fácil cazando a los hombres tigre que mataron a uno de los suyos? Todo el mundo había estado tranquilo, casi inusualmente tranquilo, sobre todo esto. Era casi como la calma entre tormentas.

—Te ves preocupada —dijo Víctor.

—¿Cuántos hombres tigre hay en esa lista?

—Cinco —dijo él.

—Seis —dijo ella.

—Madre…

—Dejarías a la mujer fuera, pero ella es poderosa, y es de menos de seis pies.

Él asintió con la cabeza.

—Tienes razón, la habría dejado. Lo siento. Consigue un equipo de personas preparadas, e intentaré reunirlos en un solo lugar. No puedo mentir lo suficientemente bien como para llevarlos a la estación por ti, pero creo que puedo arreglar algo.

—Tal vez sería mejor tomarlos en sus casas —dije.

—Tomarlos, quieres decir matarlos.

—No, realmente necesito a este chico, o chica, con vida. Tenemos que preguntarle sobre Vittorio, para averiguar su lugar de descanso durante el día. Si encontramos a este hombre tigre y hacemos que él o ella hable, entonces podríamos ejecutar a Vittorio antes de la noche.

—Te daremos las direcciones, pero si quieres preguntarles, necesitarás a Víctor o a mí presentes.

—¿Por qué? —Preguntó Bernardo.

—Porque podemos hacer cosas que les hacen hablar que ustedes no pueden —dijo.

—Si es ilegal, no creo…

—Él mató o ayudó a matar a los policías. ¿Dime que no puedes conseguir que todos miren hacia otro lado durante unos minutos?

Miré a Víctor y encontré sus ojos en sus gafas doradas. Me hubiera gustado defender a mis compañeros, pero, francamente, si maltratando a este tipo encontrábamos a Vittorio antes de que oscureciera, me gustaría desactivar las cámaras en la sala de interrogatorios personalmente. ¿Sería un error admitir esto? Sólo en el expediente. Lo cuál era otra razón por la que era todavía más asesina que policía.



TREINTA Y SIETE

Estábamos en el estacionamiento de una escuela primaria. Eran horas bastante después de que la escuela quedara vacía, sin niños mirando por las ventanas el espectáculo del exterior. Cuando decía nosotros, me refería al SWAT de Las Vegas Metro, Edward, Olaf, Bernardo, el ayudante del sheriff Shaw, un grupo de detectives de homicidios, y algunos uniformados y coches que eventualmente iban a cerrar las calles para que nadie condujera por ahí en el momento equivocado. Víctor estaba en uno de los coches porque a Shaw le había dado una pataleta por su participación en la planificación. Los poderes con los que había insistido estar cerca quizás le habían hablado al hombre tigre con tono condescendiente, como si consiguiera que una esposa hablara por teléfono con alguien que había tomado rehenes. Al menos Víctor estaba sentado con aire acondicionado a diferencia del resto de nosotros. Pero no era sólo la gente la que hacía que pareciera un espectáculo. Era cada SUV o furgoneta de un operador del

SWAT. El enorme y blanco RV que sería el centro de mando. La forma grande y negra del B.E.A.R, que habría llamado enorme si el RV no estuviera estacionado cerca de él. Había un BearCat, como un hermano más pequeño del B.E.A.R. Este era del Sargento Hooper, el cual tenía las más grandes notas adhesivas que jamás había visto colocadas sobre el capó de su furgoneta. Las grandes notas adhesivas servían para constituir la información a todo el mundo. Las notas del pequeño portátil estaban enganchadas directamente al enorme RV blanco, donde el Teniente Grimes y su equipo técnico lanzaban toda la información que podían encontrar sobre Gregory Minns, el primer hombre tigre de nuestra lista.

Parte de esa información era del diseño de su casa. En St. Louis tienen que explorar la casa real, pero en Las Vegas, debido a la gran cantidad de desarrollos de viviendas en serie, los dos operadores se habían enterado del modelo de la casa de Minns, y exploraron otra con características idénticas a cuadras de distancia.

Habían recibido la información sin ninguna posibilidad de alertar al hombre tigre, que era mucho más difícil de hacer de lo que sonaba.

—Sabemos que los hombres animales pueden percibir nuestro olor, es por eso que estamos prestando atención a los vientos predominantes —dijo Hooper.

—¿Quieres decir que andemos a hurtadillas sobre la casa como si Gregory Minns fuera una caza mayor, y estuviéramos en la selva? —Dije.

Hooper pareció pensar en ello y luego asintió.

—No es una cacería en el sentido tradicional, porque esperamos tomar al sospechoso con vida, pero sí.

Miré a Edward.

—Ellos han hecho esto antes, Anita, —él dijo.

—Lo siento, Sargento, no suelo trabajar con gente que en realidad parece entender que los licántropos no son humanos, pero todavía tienen los mismos derechos que los seres humanos normales.

—Conocemos nuestro trabajo —dijo Hooper.

—Lo sé, Sargento. Sólo cerraré la boca.

Casi sonrió, luego volvió a sus notas.

—¿Qué pasa con el hecho de que puedan escuchar los latidos del corazón a metros de distancia? —Preguntó Edward, y supe por el tono que en realidad estaba preguntando si habían encontrado una solución. Cuando Edward hace a otra persona una pregunta como esa, no hay mayor elogio.

—Nadie puede estar lo bastante tranquilo para detener su latido del corazón —dijo Hooper.

Pensé, los vampiros pueden, pero no lo dije en voz alta. No habría ayudado nada. Ninguna fuerza policíal en los Estados Unidos permitía que los vampiros se les unieran. Si fueras un policía y «sobrevivieras» a un ataque y te convirtieras en un vampiro, serías despedido. Yo tenía un amigo en St. Louis, Dave, que había sido un policía hasta que se convirtió en un vampiro en el cumplimiento de su deber, pero en lugar de un fantástico funeral de policía, fue expulsado. La policía honra a sus muertos, siempre y cuando no sean todavía capaces de andar por ahí.

—No todos pueden escuchar el latido del corazón a metros de distancia, y oyen mejor en forma de animal que en humana —dijo Bernardo.

Le miré y no pude evitar la sorpresa de mi cara. Él me sonrió.

—Te ves sorprendida, así que debo estar en lo cierto.

Asentí con la cabeza.

—Lo siento, pero a veces la actuación de coqueto me hace olvidar que en realidad hay una mente bastante buena ahí dentro.

Encogió sus anchos hombros, pero se vio complacido.

Harry, que era el líder del equipo auxiliar (ATL), era más joven que Hooper, pero más viejo que la mayoría de los otros. El SWAT era un juego de hombres jóvenes, y el hecho de que en el equipo hubiera tanta gente de más de cuarenta años era impresionante, porque sabía que se mantenían bien o salían del equipo.

—La última vez que vimos al sujeto, estaba en forma humana, por lo que la vista, el sentido del olfato, todo eso no está muy por encima de un humano normal desde una distancia, y una vez que estemos en la habitación con él, puede olernos todo lo que quiera, estaremos sobre él —dijo.

—¿Cuál es su política si cambia? —Pregunté.

—Con una orden activa de ejecución, si cambia, está muerto, —respondió Hooper sin mirar a nadie.

Todos asentimos.

—Es más fácil matarles en forma humana —dijo Olaf.

Los operadores le miraron, y era el único de nosotros al que tenían que mirar hacia arriba, incluso por una pulgada.

—Tenemos la esperanza de obtener la ubicación de la guarida diurna del asesino en serie, Jeffries, lo que significa que necesitamos a Minns vivo.

Fue bueno tener a alguien más a cargo que pudiera sermonear a Olaf. Tuve que alejarme para ocultar mi expresión de satisfacción y no hacer contacto visual con Edward o Bernardo, o me temía que pasaría de una sonrisa a la risa.

La tensión crecía más espesa alrededor de todos nosotros, la anticipación y la adrenalina en el aire. Me di cuenta de que era algo que también podían sentir los licántropos. Pero, otra vez, ¿qué podíamos hacer al respecto? Eran personas con sentidos animales, y eso les hacía difíciles de matar, peligrosos para cazar. Miré hacia el cielo y el sol se movía, inexorablemente, hacia el horizonte.

—Queremos hacer esto antes de que oscurezca, también, Blake —dijo Harry.

—Lo siento, pero cuando te pasas la mayor parte de tu vida cazando vampiros, te vuelves muy consciente de dónde está el sol en el cielo.

Se veía muy serio.

—No me gustaría hacer su trabajo todos los días.

Sonreí, sin saber qué era lo divertido.

—Algunos días yo tampoco.

El Ayudante del Sheriff Shaw se acercó. Yo esperaba que sólo fuera a observar.

—Usted sabe más de lo que nos dice sobre los tigres locales, Blake.

—Usted nos preguntó todo a cada uno durante horas, Shaw. Podríamos haber avanzado con esto, y tal vez, sólo tal vez, hacerlo antes de que oscureciera. Ahora no hay manera. Haremos nuestro mejor esfuerzo, pero si la oscuridad nos alcanza, esta situación irá de mal en peor.

—Escuché que salió de casa de Max con un nuevo amigo. De la mano de uno de sus hombres tigre. Realmente tiene algo con los strippers, ¿no es así, Blake?

Eso me dejó saber que nos habían estado observando, o Max era observado. Es más, Edward no los había notado, a ninguno, así que eran buenos, quienesquiera que fueran.

Bajé mis gafas de sol lo suficiente para mostrarle mis ojos.

—Encuentro su excesivamente intenso interés en mi vida personal, inquietante Shaw.

En realidad hice que se ruborizara un poco. Eso fue interesante. No fui la única que se percató, porque Hooper dijo:

—Es mejor que se ponga el equipo, Sheriff Shaw.

—¿Qué? —Preguntó.

—Usted viene con nosotros, ¿no es así?

—Sabe que no.

—La Marshall Blake viene con nosotros. Por favor, no la distraiga.

—¿La defiende, Hooper? —Me miró—. Pensé que no lo hacía con policías, Blake.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Eso significa que visita a los SWAT durante un par de horas, y de repente están dispuestos a confiarle sus espaldas, y contradecir a sus superiores. Debe ser tan buena como dicen.

Tú no consigues ver a los hombres así, sorprendidos, a menudo, pero los vi ahora. Ese momento en el que quedas boquiabierto cuando no puedes creer lo que sale por la boca de alguien. Se movieron a nuestro alrededor, y había esa sensación de la manada tensa cerca de alguien que no les gusta.

Hooper habló bajo pero claro, no gritó pero la emoción estaba allí.

—Esta mujer está a punto de poner su hombro junto a los nuestros y entrar en esa casa, mientras tú te quedas en el exterior, donde es agradable y seguro.

—Ya no tengo el entrenamiento —dijo Shaw. Su rostro parecía no poder decidir si quería ser pálido o rojo, por lo que intentó ambos.

—Pero lo hiciste una vez, y sabes que no es bueno ensuciar nuestras mentes tan cerca del momento.

Fue Cannibal quién se deslizó a través de los uniformados verdes y habló bajo, cerca de Shaw.

—Fastidiar a Anita no va a hacer que su esposa vuelva a casa.

—Eso no es asunto tuyo.

—Usted lo hizo nuestro asunto cuando nos acusó de follar con un agente federal en vez de hacer nuestro trabajo.

El Teniente Grimes estaba repentinamente abriéndose paso a través del grupo, pero no iba a llegar a tiempo para detener los instantes que siguieron.

—Aléjate de mí, Rocco —dijo Shaw.

—Sí, cierto, tiene miedo de los psíquicos también, pero no nos odía tanto como lo hace con los cambiaformas, porque su esposa no se escapó con uno de nosotros.

Y con eso, tuve la pista de por qué Shaw odiaba que mi culo estuviera allí. Cannibal no debió decírselo al jefe de su jefe, pero… aprecié que

defendiera mi honor, o tal vez estaba defendiendo el suyo, de cualquier manera, era bueno no estar sola.



TREINTA Y OCHO

La profesión de Gregory Minns que figuraba era como portero, pero Víctor extra oficialmente nos dijo que era un matón de su clan y, por insinuaciones, que realizaba tal vez algunas de las actividades no-tan-legales para el padre de Víctor. La mayoría de los hombres rata que custodiaban los negocios de Jean-Claude tenían antecedentes penales, o simplemente no habían sido capturados, así que realmente no podía quejarme. Últimamente, cuando no había lugar para quejarme, no lo hacía. La madurez, por fin.

Teníamos al tipo con el escudo metálico y la pequeña ventana avanzando. Incluso teníamos a un tipo con un ariete pequeño, y el resto del equipo en plena marcha, armas en ristre. Cada uno de nosotros, Edward, Olaf, Bernardo, y yo, fuimos asignados a uno de los miembros del equipo. Seguiríamos su ejemplo e iríamos donde ellos fueran. Los suburbios no eran muy grandes como para encontrar lugares para poner un francotirador,

pero los teníamos en su lugar, algunos en casas evacuadas cerca de la casa de Minns. Él tenía que saber que estábamos aquí, pero con tanta gente y con tantos procedimientos, era lo mejor que podíamos hacer. Lo bueno de ser tantas personas, sin embargo, era que teníamos ojos en la parte posterior de la casa todo el tiempo, y no había huido. Lo habían visto dentro, y nadie lo había visto salir, así que todavía estaba allí. Conseguir que todos estuvieran en su lugar llevó más tiempo. Eso era lo que menos teníamos, y yo estaba teniendo problemas para mantener la calma al respecto. No estaba siendo una perra, pero quería empezar a moverme y sabía que no podía. Era uno de esos momentos en los que fumar me parecía una idea interesante, o simplemente algo que hacer mientras esperábamos hacer esto. Vi el sol bajando en el cielo y tuve que luchar contra la aceleración de mi pulso. No quería hacer frente a Vittorio y a su gente en la oscuridad total. Me admití a mí misma, y a nadie más, que la sensación en la boca del estómago era de miedo. Un asesino en serie me envía una cabeza humana en una caja, y yo toda asustada; imagínate.

Intenté una vez más explicar cómo de precioso era nuestro tiempo, mientras esperábamos a otro miembro del equipo para que viniera desde algún lugar distante. Estaba en realidad asignada a Hooper, lo que significaba que estaría en la parte delantera de la línea. No sé cómo se decidió quién iba donde.

—Hooper, mataron a sus hombres a la luz del día; una vez caiga la noche, los vampiros serán capaces de evitarles, y será peor, mucho peor.

—¿Cuánto peor? —Preguntó.

—Si seguimos jodiéndolo todo, lo vamos a averiguar.

—No puedo ir contra las órdenes, Blake.

Asentí con la cabeza.

—Sé que no es culpa tuya, pero serán tú y tus hombres los que van a estar en peligro.

—Mis hombres y los tuyos —dijo.

Asentí con la cabeza.

—No estoy segura de que sean exactamente mis hombres, pero sí. Tus hombres y nosotros.

—Había oído que los Marshalls de lo sobrenatural no tenía una estructura de mando estricta.

Me reí.

—Esa es una manera de decirlo.

Eso se ganó una sonrisa.

—Entonces, ¿cómo se decide quién hace qué?

—Ted tiene la mayor experiencia, y frecuentemente le dejo tomar la iniciativa. A veces él me la deja a mí. He trabajado con Otto y Bernardo antes, así que sabemos cuáles son nuestras fortalezas y debilidades. —Me encogí de hombros—. Sobre todo, trabajamos por nuestra cuenta, y terminamos metidos en la estructura de mando de cualquier fuerza policial con la que estemos trabajando, pero sobre todo es por nuestra cuenta, solos.

—Al igual que el Llanero Solitario —dijo, y levantó la mano—. Recuerdo lo que le dijiste a Spider, que el Llanero Solitario era un Ranger de Texas.

Sonreí.

—Sí, pero la mentalidad de pistolero-solitario es bastante común en la rama de lo sobrenatural. Trabajamos solos por tantos años que simplemente no jugamos bien con los demás.

Un chico que parecía demasiado joven para estar haciendo esto, incluso para mí, con enormes ojos azules y el pelo completamente oculto bajo su casco, como si hubiera esperado que un corte de pelo más corto lo hiciera parecer legal, dijo:

—El rumor dice que usted juega muy bien con los demás.

—Georgie —dijo Hooper.

Parecía avergonzado.

—No son sólo cuestiones personales de Shaw, ¿verdad? —Dije.

Hooper consiguió encogerse de hombros con todo el equipo. Tal vez fue la tensión de la espera, saber que una vez que estuviéramos allí habría un nuevo conjunto de tensión bajando la carretera.

—¿Y qué oíste, exactamente, Georgie? —Pregunté.

Parecía incómodo ahora; al parecer, una cosa era insinuar, y otra era decírmelo a la cara con detalle.

—Vamos, Georgie Porgie, si tienes algo que decirme, entonces dilo. Si no tienes nada que decirme, entonces cierra la boca.

Los otros hombres estaban escuchando, mirándonos, esperando a ver qué pasaba. Cannibal estaba con el equipo de perímetro, por lo que no estaba allí para defender mi honor, y al parecer Hooper sólo me defendía contra los forasteros. Edward estaba tranquilamente cerca, dejándome pelear mis propias batallas. Él sabía que era una niña grande.

La cara de Georgie se endureció, y me di cuenta de que me lo iba a

decir. Probablemente no debería haberme burlado de su nombre. Oh, bueno.

—He oído que te has ido a vivir con el Maestro de tu Ciudad.

—Y —dije.

Su rostro enfadado intentó fruncir el ceño y todavía estar enfadado.

—¿Y qué? —Preguntó.

—Exactamente —dije.

—Ella quiere decir eso, Georgie, sí, se ha ido a vivir con el Maestro de su Ciudad, ¿y qué? —Fue Bernardo quien dijo.

—He oído que se lo está tirando, también —dijo.

Bernardo se echó a reír.

—Hombre, yo he estado intentando entrar en sus pantalones desde la primera vez que trabajé con ella.

Todo lo que podía hacer era mover la cabeza. Olaf estaba frunciendo el ceño. Edward estaba intentando una cara neutra y consiguiéndolo. Bernardo tenía la atención de todos los chicos, sin embargo.

—¿Y? —Fue Sánchez quien lo dijo.

—Pregúntele a ella, está justo aquí —dijo Bernardo.

Todos me miraron. Sonreí, no exactamente divertida.

—No.

—No —dijo Bernardo, con una voz dramática—. Dijo que no, y ha estado diciendo que no. Lo he intentado durante más de dos años, y sigue siendo no. —Hizo un gesto de voilà, como si dijera: Mira todo esto—. Chicos, si no puedo conseguir un pedazo de la acción, ¿cuántos de los bastardos que dijeron que golpearon la marca realmente piensas que lo hicieron?

—No estoy en ello —dije.

Bernardo hizo un gesto hacia mí.

—Ven, Anita no es fácil, en ningún sentido de la palabra.

Eso les hizo reír. En ese momento, Bernardo estaba más cerca de conseguir un beso de mi parte de lo que nunca antes lo había estado. Pero, extrañamente, por trabajar en defensa de mi honor, no podía ni siquiera decirle gracias. Sólo pude sacudir la cabeza con disgusto y le llamé calentorro.

La radio crepitó a la vida.

—Estamos listos —dijo Hooper. Todo el mundo reunió el equipo que había dejado abajo y lo acomodaron en su lugar. Hooper me miró—. Anita,

estás conmigo. —Podías saborear el nivel de tensión del lugar que era más caliente que el propio calor.

—Trata de no disparar a alguno de nosotros por accidente, Anita, —fue Sánchez quien habló. Dijo mi nombre de pila sólo con las sílabas que se supone que tiene.

—Si te disparo, Sánchez, no será por accidente.

Los otros hombres hicieron algunos ruidos de ánimo y otros de desprecio. A continuación, la segunda orden llegó, y no hubo tiempo para más bromas. Me habían dicho que Hopper quería que entrara detrás de él, porque era el único de los cuatro Marshalls que no tenía entrenamiento táctico oficial. Hice lo que me dijeron. Puse mi mano izquierda en la parte posterior del chaleco de Hooper, de manera que a medida que avanzaba, me movía. Mantuve mi otra mano en el MP5 en posición táctica para que no apuntara accidentalmente a nadie, y nos fuimos.



TREINTA Y NUEVE

La última vez que había estado con los SWAT, habíamos llegado a través de la puerta con granadas aturdidoras y luz verde para dispararle a todo en el interior del piso, pero había víctimas que estábamos tratando de salvar. En esta ocasión, llamamos.

El sargento Hooper gritó desde detrás del tipo con el escudo, que resultó ser Hitch, que era casi tan ancho de hombros como yo de alta.

—Policía de Las Vegas, tenemos una orden. ¡Abra la puerta! —Él tenía una bonita voz en alto, una voz de sargento. Incluso estando preparada, me hizo saltar un poco. Lo repitió dos veces más.

La energía de Víctor atravesó el calor desde detrás de nosotros, muy por detrás de nosotros. Como no estaba lo suficientemente cerca para gritar, se había comprometido a enviar su energía por delante de él. En cierto modo, era mejor que su voz. La gente puede imitar la voz, pero nadie podía imitar ese nivel de energía. En cierto modo, no era mejor que su voz. Su

voz no habría presionado mi garganta, como una mano que quisiera entrar. Tuve que levantar mis escudos metafísicos para obtener la energía necesaria para hacerla retroceder lo suficiente, hasta casi no probarla. Era como empujar contra un peso enorme, para alejar su poder de mí. Nunca había sentido a ningún licántropo con este tipo de poder.

Gregorio Minns sentiría toda esa energía viniendo del Rey de su clan, y si era un buen chico, abriría la puerta. Si era un chico malo, correría, o lucharía.

Apreté mis manos en el chaleco de Hooper y luché por mantener mi pulso firme. Podía sentir la adrenalina viniendo de los otros hombres, y mi propia tensión; había tanto que podía salir mal. El poder de Víctor acababa de ponérmelo peor. Si no hubiera luchado por dejarlo fuera, tal vez hubiera sido suave, pero no podía permitirme el lujo de abrazarlo. A los tigres dentro de mí les gustaba demasiado. Tuve una imagen detrás de mis ojos de ellos levantando la cabeza y rugiendo en esa tos, ese sonido áspero que los tigres hacen. Mi cuerpo vibró con él, y todo lo que pude hacer fue luchar para mantener el pulso firme y mi respiración lenta, porque hasta que perdiera el control de mi cuerpo, mis animales no podrían hacerme daño. No mucho.

Realmente deseaba que hubieran permitido a Víctor hablar a través de la puerta.

—¿Qué diablos es eso? ¿Es el tigre en el interior? —Dijo Sánchez.

—Silencio —dijo Hooper.

Sánchez podía sentir la energía de Víctor y tal vez la de mis tigres. Tendría que recordar que podía sentir la energía. Podría cambiar lo que hiciera cuando entráramos.

—¡Minns, abre! —gritó de nuevo Hooper.

Sentí la energía moviéndose en la casa, casi como una de las imágenes infrarrojas, excepto que era un sentimiento, no un elemento visual. Casi dije: Está en la puerta, pero todo lo que sabía con certeza era que se trataba de un hombre tigre. No tenía por qué ser Minns. Me debatía sobre si debía decir que podía «sentir» a un tigre al otro lado de la puerta cuando el hombre tigre gritó.

Una voz de hombre gritó desde detrás de la puerta.

—Estoy abriendo la puerta ahora. ¡No me maten!, ¿de acuerdo? —La puerta comenzó a abrirse, pero los SWAT nunca le dieron la oportunidad de terminar el gesto. Se volcaron dentro, y yo entré con ellos, arrastrada por

mi mano en Hooper.

Hubo un montón de gritos.

—¡Las manos en la cabeza! ¡Ponte de rodillas! —Minns hizo lo que le dijeron y se encontró en un círculo de armas y oficiales. Parecía bastante tranquilo. Más tranquilo, francamente, de lo que debería haber estado en el centro de ese círculo. La calma me molestó.

Su pelo era realmente rubio pálido, no blanco. Capté atisbos de sus ojos a través de las piernas y los cuerpos de los oficiales. Los ojos eran pálidos, perfecto azul tigre, y parecía no tener otro objetivo que mirarme. No me gustó eso.

A la tigresa blanca sí, sin embargo. Ella se paseaba cerca de mi superficie. Mantuve el control de mi respiración, contando mi pulso, pero podía sentir el poder de Minns. Otra vez, al igual que la de Víctor, era más, diferente de alguna forma. Algo en los dominantes de este clan les daba más… valor nutritivo crujiente, como si yo fuese capaz de comer el poder, habría sido algo con textura y el centro de caramelo. Algo que habría que masticar y tragar fuerte para bajarlo, pero sería dulce, y querrías otro bocado.

Se me quedó mirando mientras le esposaban y le ponían esposas en los tobillos, también. No se estaban arriesgando en nada. Los dejó hacer lo que querían y siguió mirándome, y parecía que era incapaz de moverme por el peso de esa mirada.

—Habría abierto la puerta para ti, pequeña reina, todo lo que tenías que hacer era pedirlo —dijo con una voz pesada y hubo demasiada intensidad en la misma.

Hooper me miró.

—¿Está hablando contigo, Anita?

Me limité a asentir.

Edward me tocó el brazo y eso ayudó, pero me quedé mirando esos ojos claros. Bernardo de hecho se interpuso entre Minns y yo. Rompió la línea de visión, y de repente pude dar un paso atrás. ¿Qué demonios me pasaba?

Me alejé de Minns y de los otros SWAT y me detuve cerca de la puerta.

—¿Qué pasa? —Preguntó Edward en voz baja.

Negué con la cabeza.

—No estoy segura.

—Actuaste como si tuviera la mirada de un vampiro y te hubiera

enrollado.

—Lo sé. —Traté de empujar a los tigres más profundo en mí, pero la energía de Víctor acaba de rodar sobre y alrededor mío. Era como si el aire estuviera vivo. La energía mantenía a los tigres más cerca de la superficie. Maldita sea.

Hooper se unió a nosotros.

—¿Qué pasó allí entre Minns y tú?

Odio explicar la metafísica a los no psíquicos. Es como explicar la luz del día a alguien que ha sido criado en una cueva. Sabes que el fuego es luz, pero ¿cómo se explica que el fuego que cocina los alimentos puede ser tan brillante que ocupa todo el cielo? No se puede, pero aún así lo intentas.

—Creo que le gusto.

Hooper me lanzó una mirada dura, y fue una muy buena. Sus ojos grises eran tan fríos como la que Edward podría conseguir, casi.

—Nadie hace amigos tan rápido, Blake. Le conoces, y él te conoce.

—Te juro que nunca he visto a este hombre antes.

—Tiene un nombre de mascota para ti, Blake. Pequeña reina; mono. No les das un nombre de mascota a las personas que no conoces.

Me estaba debatiendo sobre cuánto podía intentar explicar a Hooper cuando sentí a Víctor cada vez más cerca. Sabía que caminaba hacia la casa. Mierda.

Negué con la cabeza.

—Necesito que Víctor baje el tono de su energía o me voy a ahogar.

—¿Qué?

—El hombre tigre que está afuera, está empujando su poder como un maldito río dentro de la casa. Sé que calmó al hombre tigre en el suelo, pero mi piel pica con esto, Sonny —dijo Sánchez.

Hooper nos miró de uno a otro. Bajó el tono a su enfado con un visible esfuerzo.

—¿Así que Sánchez y tú están recogiendo el poder de Víctor?

—Sí —dije.

—Bien, eso explica por qué estás pálida. No explica cómo Minns, a quien dices que nunca has conocido, tiene un nombre cariñoso para ti, y dijo que habría abierto la puerta para ti, si sólo se lo hubieras pedido. Lo siento, ese tipo de conversación, dice novia seria.

—O buen polvo. —Esto vino de Bernardo.

Todos le fruncimos el ceño. Levantó las manos como si quisiera decir

lo siento.

—Sólo estoy diciendo que algunas mujeres tienen ese efecto en ti.

—No me ayudas —dije.

Hizo una mueca hacia mi y camino hacia el centro de la habitación y detrás de nuestro «sospechoso». Hooper me dio esa mirada fria de nuevo.

—Tiene razón, sin embargo.

—Mira, pequeña reina es como me llaman los tigres, al parecer.

—¿Por qué, y cómo sabe Minns eso, si acabas de llegar a la ciudad hoy?

Sánchez y yo, ambos miramos hacia la puerta porque podíamos sentir toda ese poder a punto de entrar. Sánchez realmente levantó la M4 pero no apuntó, luché para sólo acariciar la mía. Víctor entró por la puerta, como sabíamos que haría.

—Sargento, ¿puede decirle al ciudadano destacado aquí que baje el tono de poder? Voy a tener un poderoso dolor de cabeza —dijo Sánchez.

—Díselo tú, Sánchez, el Marshall y yo no terminamos de hablar todavía.

Sánchez me miró, casi con simpatía, y luego fue hacia la puerta y hacia Víctor con su escolta policíal. Hooper se volvió hacia mí. Edward se paró a mi lado, en un tipo de protección, tal vez. Olaf se había desplazado más, pero mantenía sus ojos sobre todo en el hombre tigre. Era bueno saber que no permitía que su interés en mí interfiera con los negocios. No podría decir si Edward estaba apoyando mi causa con Hooper, o si estaba más cerca de mí por el beneficio de Olaf.

—Shaw dijo que sabías más de lo que estabas diciendo, pero yo estaba dispuesto a creer que los problemas personales le nublaban el juicio. —Hooper sacudió la cabeza—. Pero ahora tu pequeño amigo te ha delatado, Blake. ¿Cuándo le conociste?

El aire parecía menos fuerte de repente, como si hubiera estado luchando por respirar, pero no me había dado cuenta hasta ese momento de que había más aire.

Miré a la puerta y encontré dentro de la sala a Víctor y Sánchez me estaba dando un pulgar hacia arriba. Le devolví el gesto. En realidad, fue algo bonito no ser la única preocupada por la mierda psíquica. A los frikis les gusta la compañía.

—Conocí a Gregorio Minns hace unos minutos. Has visto toda la interacción que he tenido con él.

—Estás mintiendo —dijo Hooper.

—No está mintiendo —dijo Edward.

—No necesito escucharlo de su novio.

—¿Sería algo bueno decir que no es mi novio? —Dije.

—No —dijo Hooper—, en el momento en que el hombre tigre la ha llamado por su apodo cariñoso, ha perdido credibilidad ante mí, Blake.

—Lamento que mi intento de calmar a Gregory se extendiera a usted y al Oficial Sánchez, Marshall Blake —dijo Víctor, mientras caminaba hacia nosotros. Su poder estaba tenso como un tambor. Podía sentir la vibración del mismo, pero eso era todo. Lo había bloqueado firmemente.

—Tanto como no fuera a propósito, estamos bien.

—Has sentido lo que mi madre puede hacer, confía en mí, a propósito, sería peor.

Asentí con la cabeza. Le creía.

—¿Cuándo fue la primera reunión con la Marshall Blake, Señor Belleci? —Preguntó Hooper.

—Esta tarde —dijo.

—¿Cuándo se reunió por primera vez Gregorio Minns con ella?

Víctor frunció el ceño.

—No creo que se hayan reunido.

—Él la llamó su pequeña reina. Eso es muy personal para los extraños.

Víctor sonrió, y luego luchó para no hacerlo.

—Pequeña Reina es nuestro apodo para la Marshall Blake.

—Usted la conoció esta tarde, y ya tiene un apodo, ok; y Minns, que justo acababa de conocerla, conocía el apodo lo suficiente para usarlo. No tire de mi cadena. Uno de ustedes, o todos, están mintiendo.

—Le juro que acababa de conocer a la Marshall Blake. Sus habilidades psíquicas son bastante inusuales y golpea el radar de los tigres como una pequeña reina. No es un apodo personal, sino más bien un título.

—Y se ganó este título, ¿cómo?

—Por la sensación de su energía psíquica.

—Sánchez —dijo Hooper.

—Ella es una psíquica poderosa, Sargento.

—Sé lo que dijo Cannibal, pero necesito saber si su poder haría lo que Víctor aquí dice, o si todo es mentira.

—Ella se escuda bien. Tendría que leerla con el propósito de responder a esa pregunta, y eso va contra el protocolo psíquico sin permiso del otro

psíquico, salvo en una situación de emergencia en la que haya vidas en peligro.

—Hablas como si estuvieras citando reglas —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Lo hago.

—Cannibal está fuera con el médico. Podría leerte otra vez —dijo Hooper.

Negué con la cabeza.

—No voy a dar mi permiso para que entre en mi cabeza de nuevo.

—Entonces quiero que Sánchez te lea. Quiero saber si eres lo suficientemente poderosa para hacer que los hombres tigres reaccionen así.

—No puede ser tan poderoso para él, ya que es humano —dijo Víctor.

—Él es mi practicante, y quiero que él la lea, y usted, quédese jodidamente lejos de mi equipo.

Suspiré y me giré hacia Sánchez.

—¿Qué necesitas de mí para hacer este trabajo?

—Baja tus escudos —dijo Sánchez.

Negué con la cabeza.

—No puedo dejarlos caer totalmente.

—Facilita la bajada, entonces —dijo.

—¿Puede Víctor estar más lejos?

—¿Por qué? —Preguntó Hooper.

—Me parece que tengo problemas de blindaje con su clan. No sé por qué, pero su poder parece joder al mío.

—Georgie, escolta al Sr. Belleci fuera del edificio —dijo Hooper.

Georgie vino y lo hizo, sin preguntar. Era una de las cosas por las que la mayoría de los policías eran mejores que esos de nosotros en el programa de Marshall sobrenatural: las órdenes son seguidas sin discusión.

Víctor se dejó llevar fuera. A continuación, los demás se hicieron un poco hacia atrás, como si se lo hubiéramos pedido, aunque no lo hicimos. Sánchez y yo nos quedamos en medio del salón de Minns, con su alfombra marrón oscura y su anodino conjunto de sala de estar. La gente siempre busca que las casas de los sobrenaturales sean inusuales, pero en realidad, la mayoría de ellas se ven como todas las demás. Ir peludo una vez al mes no te hace muy diferente.

Sánchez deslizó más su casco sobre su pelo negro mojado de sudor.

—¿Lista?

Respiré hondo y bajé un poco mis escudos. Lejos de Jean-Claude y toda mi gente, no los bajaría del todo. De ninguna manera. Era más bien como abrir una grieta en la ventana de un coche para dejar entrar la brisa.

Sánchez se quitó el guante de una mano y la sostuvo cerca de mí, como si pudiera sentir el calor.

—Dios, tu aura crepita con energía. Parece como que si permites bajar totalmente tus escudos, te quemarías. —Entonces sus ojos giraron en su cabeza, aleteando detrás de los párpados—. Pero sería fuego negro, como si la noche pudiera incendiarse y comerse el mundo.

Se tambaleó, y llegué a él de forma automática. Su mano convulsionó en la mía, y de repente mi escudo se vino abajo. Los dos estábamos de rodillas, como si hubiéramos sido golpeados. El martillo psíquico nos había golpeado a los dos, y no había nada que pudiéramos hacer, sólo remontar el poder. No había pensado que pudiera haber otro practicante que me asustara. Estaba tan acostumbrada a ser la pesadilla psíquica más grande en la habitación que nunca se me habría ocurrido que Sánchez pudiera ser uno, también. Ahora, ya era demasiado tarde, y el oso nos iba a comer a ambos.



CUARENTA

Sánchez había intentado echar una ojeada detrás de mis escudos parcialmente levantados, y era demasiado poderoso, o fue cuando estrechamos la mano y sólo él de todos los practicantes me picó. Había logrado que un simple humano me jodiera la mente por segunda vez en un día. Era un record.

Sentía su poder, pero era como mirar aguas tranquilas, no siempre ves que las rocas, apenas por debajo de ellas, rasgaban el fondo de tu barco y lo hundirán.

En un minuto estábamos en calma, al siguiente había rasgado mis escudos abriéndolos como una herida. Su poder se había vertido en aquella herida, pero otras cosas habían estado esperando, y estas siguieron la estela de su energía como un ladrón entrando detrás de tu llave. Sentí al primer vampiro, poderoso, pero sólo vampiro. Este suspiró en la estela de Sánchez. No luché contra ello, porque esperaba que fuera Vittorio. Hice entrar el

gusto de su poder en mí como el vino que sostienes en tu boca, calentándolo hasta que el bouqué llena tu boca, tu nariz, tus sentidos. Si era él, quería que su olor se quedara conmigo, porque había una posibilidad de que pudiera ser capaz de rastrearlo por su propio poder, si sólo me diera un poco más de este.

—¿Qué es esto? —Dijo Sánchez.

—El chico malo, —susurré.

Lo sentí intentando presionar en el poder, también.

—No me ayudes —dije.

—Soy bastante bueno.

—No… —pero no tuve tiempo para terminar la frase porque algo más nos encontró. *Marmee Noir* la Reina de Todos los Vampiros. Pero esto no te prepara precisamente para la onda de oscuridad viva que pasó sobre nosotros. Esta ahogó la energía sutil del poder de día de Vittorio, si es que lo había sido. Ella ahogó todo lo demás.

Me dejó arrodillada en la piedra fría, en una caverna iluminada por antorchas. Sánchez estaba arrodillado conmigo, su mano todavía en la mía. Alzó la vista. —¿Qué es esto? —Yo sabía que nuestros cuerpos estaban todavía en la casa de las Vegas, pero nuestras mentes, no tanto.

Algo se movió en las sombras entre las antorchas. Ella estaba envuelta en oscuridad, y no podía decir si era un manto negro, o si se había formado a partir de la oscuridad y sólo parecía ropa. Sus pies delicados salieron a la luz, y las perlas como diminutas semillas reflejaron la luz, con trozos de azabache negro brillante bordado entre ellos. Había visto los zapatos una vez, cuando estuvo a punto de manifestarse físicamente en St. Louis.

Su cuerpo debería estar en la habitación donde había estado escondida durante más de mil años, pero estaba aquí. ¿Era un sueño? ¿Estaba realmente despierta?

Ella respondió a mi pensamiento.

—Mi cuerpo duerme, pero ya no estoy atrapada por la carne.

—¿Qué es? —Preguntó Sánchez.

—¿Se lo mostramos, nigromante?

—No —dije.

—Vamos a ver si sobrevive su mente.

—¡NO! —Grité, y traté de devolvernos, pero ella arrojó sus amplios brazos, y la capa era de oscuridad, porque esta se estiró, hasta que nos arrodillamos mirando fijamente la perfecta oscuridad de una noche sin

estrellas. El olor de jazmín me ahogó. No podía percibir nada más.

Sánchez se aferró a mi mano.

—Anita, Anita, ¿estás bien?

No podía hablar, no podía expresarme, no podía respirar. Me agarré a él porque era todo lo que tenía para agarrarme, pero ella se vertió dentro en mi garganta. Una vez había pensado que quería matarme de esa forma, pero esta vez vi lo que pensaba con demasiada claridad. No quería matarme. Quería poseerme. Su cuerpo en el piso superior había estado demasiado tiempo sin ser usado, y no podía repararlo. Ella quería uno nuevo. Quería el mío.

Repentinamente, hubo una luz en la oscuridad, como una estrella caliente y brillante. La luz llegó como el sol al levantarse, y ella gritó cuando retrocedió. Volví en mí en la sala de estar en los brazos de Sánchez y de Edward. El cuarto estaba lleno de cruces, resplandeciendo brillantes como estrellas. Las cruces de todo el mundo brillaban cuando luché por respirar. Edward me giró, así podría toser en la alfombra. Escupí algo claro y demasiado grueso para ser agua. Eso olía a flores.

Edward me sostuvo mientras estaba demasiado débil para moverme.

—¿Era nuestro asesino? —Preguntó al fin Hooper—. ¿Era nuestro vampiro?

—Era un vampiro —dijo Sánchez—, pero no creo que esté aquí en Las Vegas.

Negué con la cabeza. Mi voz salió ronca.

—No tiene nada que ver con Las Vegas.

—La Oscuridad quiere comerte —dijo Sánchez.

—Sí, lo hace. Tengo mis escudos por una razón, Sánchez. No los jodas de nuevo.

—Lo siento —dijo—. ¿Qué coño es?

Negué con la cabeza.

—Una pesadilla.

—Joder —dijo.

—Sánchez, habla conmigo —dijo Hooper.

—La Marshall Blake es bastante poderosa, Sargento. Es lo suficientemente poderosa, si ves a través de sus escudos, es lo suficientemente poderosa como para que los tigres la llamen Jodida Annie Oakley, si tienen un título para eso.

—¿Qué has visto, Sánchez? —Dijo Hooper.

Me miró, y tuvimos un momento de comprensión.

—Pesadillas, Sargento. Ella lucha contra pesadillas, y se defiende —dijo.

—¿Qué diablos significa eso?

Sánchez negó con la cabeza y se aferró al brazo de su sargento, cuando le ayudó a ponerse en pie.

—Significa que quiero sentir el sol en mi cara, y nunca, nunca quiero hacer que Blake baje sus escudos de nuevo. Realmente no tenía intención de hacer eso, por cierto, Marshall. Lo siento.

Traté de sentarme y descubrí que podía, aunque la mano de Edward era algo bueno para mantener el equilibrio.

—Quisiera decir que está bien, pero no lo está. Casi me hiciste daño, Sánchez, mucho daño.

—Lo sé —Sánchez dio una risita que sonaba mal—. Vi lo que quería hacerte daño, Blake. Ojalá no lo hubiera visto. ¿Cómo coño puedes dormir por la noche?

Edward me ayudó a ponerme de pie, y casi me caí. Olaf tomó mi otro brazo, pero no estaba lo suficientemente estable como para alejarlo. En ese momento, toda ayuda era buena.

—Duermo muy bien —dije.

—Entonces eres una hija de puta de mierda con voluntad de hierro. —Él avanzó hacia la puerta, inestable por lo que Hooper llamó a otro oficial para que le ayudara a llegar a la puerta.

Cuando estuvo fuera, Hooper se giró hacia mí.

—Sánchez es sólido. ¿Qué coño es lo que vio para sacudirlo de ese modo?

—No quieres saberlo —dije.

—Nuestros artículos sagrados se iluminaron como el maldito Cuatro de Julio, ¿qué tipo de vampiro puede hacerlo eso desde la distancia?

—Rece porque nunca se la encuentre, Sargento. —Tomé una respiración profunda y solté a los dos hombres. Cuando Edward me dejó ir, también lo hizo Olaf.

Hooper miró de mí a Edward.

—¿Sabes lo que es, Forrester?

—Sí —solamente dijo Edward.

—¿Qué es?

—El primer vampiro —dijo.

—¿Qué diablos significa eso?

—Es la reina de todos ellos —dije—, y es más poderosa que cualquier cosa que haya sentido alguna vez. Todavía está en algún lugar de Europa. Recemos porque nunca llegue a América.

—¿Ella hizo todo esto desde Europa? —Hooper sonaba escéptico.

Lo fulminé con la mirada.

—Sí, lo hizo. Su hombre me despojó de mi escudo, es como quitarle el chaleco justo antes de dispararle un arma en el pecho. Vio lo que me pasó.

—No quise decir que Sánchez la jodiera hoy, Blake.

—Claro —dije.

Él me frunció el ceño.

—Odio la puta mierda psíquica, pero no quería que le hiciera daño. —Con esto, se encaminó hacia la puerta.

Edward se inclinó sobre mí.

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza, luego dije:

—Claro.

—Mentirosa —dijo Bernardo. Pero me di cuenta que estaba de pie más lejos que Edward u Olaf. Había un montón de razones por las que no contaba con él.

—Que te jodan —dije.

Él sonrió.

—Ojalá.

Hice girar mis ojos hacia él, pero esto ayudó a poner las cosas en perspectiva. La Madre de Todas las Tinieblas al parecer estaba esperando que bajara mis escudos para tener la oportunidad de comerme. Tenía miedo por lo que mi piel estaba fría.

Saldría al calor del desierto. Me calentaría. Sería bueno. Traté de creer eso, pero miré lo que había escupido en la alfombra.

—¿Qué es esa mierda? —Pregunté.

Edward dijo lo único que odio oírle decir.

—No lo sé. —Cuando Edward no conoce las respuestas, estamos muy jodidos.



CUARENTA Y UNO

Llamé a Jean-Claude desde el coche, mientras Edward conducía. No importaba si en el camino Olaf y Bernardo me oían. La Madre de Todas las Tinieblas estaba esperando que bajara mis escudos para comerme. Todavía podía sentir algunas de sus emociones. La principal era el miedo. ¿A qué demonios podía temer?

Jean-Claude respondió sin aliento.

—*Ma petite*, sentí algo que te alcanzaba. Algo oscuro y terrible. Si se trata de Vittorio, tienes que salir de Las Vegas ahora, ahora mismo, antes del anochecer.

—No fue él —dije.

—Entonces, ¿quién? —Preguntó.

Me aferré al teléfono móvil y al sonido de su voz como un salvavidas. Estaba todavía tan asustada que podía sentir el sabor metálico en la lengua.

—*Marmee Noir*.

—Lo que sentí era diferente a lo de antes. Era más pequeño, más… —Parecía buscar la palabra correcta—. Humano.

Asentí con la cabeza, a pesar de que no podía verme.

—Ella era pequeña como en la iglesia de St. Louis. Tenía las zapatillas con las malditas perlas puestas.

—Tal vez es lo que tiene en su cuerpo real en la sala donde descansa.

—Ella no estaba en la habitación, Jean-Claude. Tienes que llamar a *Belle Morte*, o a quien sea, y decirles que estaba caminando por la sala del fondo de la caverna. La parte de la cueva a donde dan sus ventanas. Ella estaba allí.

Maldijo largo y elegante en francés.

—Voy a llamar a los demás. Te devolveré la llamada tan pronto como pueda. Te diría que te escondas en una iglesia con elementos santos hasta que esto acabe —dijo en inglés.

—Tengo un asesino que capturar.

—*Ma petite*, por favor.

—Voy a pensar en ello —dije—. ¿Está bien?

—Eso es algo. Te amo, Anita, no dejes que te lleven lejos de mí.

—Yo también te amo, y no lo haré. Estoy blindada como una hija de puta. Tuve que dejar caer el escudo para que ella pasara.

—*Ma petite*, Anita… *Merde*, te devolveré la llamada tan pronto como haya llamado a alguien en Europa. —Colgó con más francés, demasiado rápido para mí.

El SUV giró en la esquina un poco más rápidamente, manteniéndose al día con el coche de policía delante nuestro. No habían encendido las sirenas ni las luces, pero estábamos rompiendo varias leyes de exceso de velocidad. Al parecer, no eran los únicos asustados por lo que había pasado de nuevo en la casa. Me preguntaba ¿qué les había dicho Sánchez? ¿El policía que lo vio todo, que les había dicho a cada uno? ¿Y si hubieran, como Jean-Claude, culpado de todo a Vittorio? ¿Y si los hubiese tenido que impulsar a hacer esto antes de que se levantaran por la noche los vampiros en Las Vegas?

—¿Qué dice el conde Drácula? —Preguntó Edward.

—No lo llames así, Edward.

—Lo siento, ¿qué dijo?

—Va a llamar a algunos de los vampiros en Europa.

Olaf habló desde el asiento trasero.

—¿Le has dicho que la Reina de todos los Vampiros, de la que vimos su espíritu en St. Louis, está caminando en carne y hueso en alguna parte?

—La vi en una visión. Puede que sólo sea una visión, pero he tenido visiones con ella antes, y siempre ha estado en la habitación donde está atrapada. Nunca la he visto caminando fuera de ella.

—Mierda —dijo Edward.

Le miré, porque no maldice a menudo. Ese era por lo general mi trabajo.

—¿Qué? —Pregunté.

—Me contactaron para realizar un contrato para ella.

Me giré en el asiento y le miré fijamente. Mi propio rostro había caído por el asombro con la boca abierta.

—¿Estás diciendo que alguien te contactó para asesinar a la Reina de todos los Vampiros?

Él asintió con la cabeza.

Olaf y Bernardo se inclinaron en su asiento, lo que significaba que no se habían puesto el cinturón de seguridad, pero extrañamente, por una vez, no había pensado en decirles que se los pusieran.

—¿Tienes un contrato para matar a *Marmee Noir*, y no me lo mencionaste?

—Te he dicho que me ofrecieron un contrato. No he dicho que lo aceptara.

Eso me hizo girar hasta donde el cinturón de seguridad que llevaba me dejó.

—¿Lo rechazaste? ¿No era suficiente dinero?

—El dinero era bueno —dijo, con las manos todavía con cuidado en el volante, con el rostro todavía en blanco e ilegible. Nunca sabrías a simple vista que estábamos hablando de cualquier cosa remotamente interesante. Era el resto de nosotros el que demostraba el notable interés.

—Entonces, ¿por qué no aceptaste el contrato? —Pregunté.

Él me dio la mirada más breve mientras deslizaba la furgoneta en la vuelta de la esquina, casi en dos ruedas. Todos tuvimos que agarrarnos en las partes del coche, a pesar de que Olaf y Bernardo tuvieron que sujetarse más ya que estaban sin cinturones de seguridad para ayudarlos. Íbamos disparados detrás de los coches de policía. Habían encendido las luces, pero seguían sin la sirena.

—Sabes por qué —dijo.

Empecé a decir, no, no lo sé, y luego me detuve. Tenía mis manos apretadas en el salpicadero y el asiento y estaba pensando en ello.

—Tenías miedo de que *Marmee Noir* te matara. Tenías miedo de que éste último fuera demasiado difícil —dije finalmente.

No dijo nada, eso fue todo un sí, que probablemente conseguiría.

—Pero en todos los años en que te conozco Edward, has tratado de probarte a ti mismo contra los monstruos más grandes y más malos. Buscabas probarte. Esto habría sido la prueba definitiva —dijo Olaf.

—Probablemente —dijo, en voz baja, con cuidado.

—Nunca pensé que viviría para verlo —dijo Bernardo—. Los nervios del gran Edward finalmente fallan.

Olaf y yo le miramos, pero fue el tipo grande el que dijo:

—Sus nervios no le fallan.

—Entonces, ¿qué? —Dijo Bernardo.

—No quería arriesgarse a morir por Donna y los niños —dije.

—¿Qué? —Dijo Bernardo.

—Ellos le hacen precavido —dijo Olaf, silenciosamente.

—Dije que sus nervios habían fallado, y tú me gritaste, —protestó Bernardo.

Olaf le dio el peso lleno de aquella mirada fija llana, oscura. Bernardo se movió un poco en su asiento, como si luchara para no retroceder de la mirada fija a pulgadas de distancia, pero se mantuvo firme. Punto para él.

—Los nervios de Edward nunca fallarán. Pero todavía puedes tener miedo de algo.

Bernardo me contempló.

—¿Tiene esto sentido para ti?

Pensé en ello, lo dejé rodar alrededor de mi cabeza.

—Sí, realmente lo tiene.

—Explícamelo, entonces.

—Si *Marmee Noir* viene aquí y nos ataca, entonces, Edward peleará. No va a huir. No se dará por vencido. Luchará, incluso si eso significa morir. Pero está decidido a no perseguir a los más grandes y más malos porque tiene más posibilidades de morir, y no quiere dejar a su familia. Ha dejado de cortejar a la muerte, pero si viene a buscarlo, él luchará.

—Si no temes nada —dijo Olaf—, entonces no eres valiente; simplemente eres demasiado tonto para tener miedo.

Bernardo y yo miramos al tipo grande. Incluso Edward tuvo el tiempo

suficiente para mirarle.

—¿Qué es lo que te asusta, tipo grande? —Preguntó Bernardo.

Olaf negó con la cabeza.

—Los temores no son para ser compartidos, sino que están destinados a ser conquistados.

Una parte de mí quiso saber que era lo que podría asustar a uno de los hombres más temibles que alguna vez hubiera conocido. Y otra parte de mí no quiso saberlo en absoluto. Tenía miedo que esto fuera otra pesadilla para mí, o que me hiciese compadecer a Olaf. No podía permitirme compadecerle. La compasión te hace vacilar, y un día no podría vacilar con él. Muchos asesinos múltiples tienen una infancia lamentable, historias horribles donde eran las víctimas y muchas son hasta verdaderas. No importa lo horrible que su infancia fuera, o si ellos mismos fueron víctimas. No importa si estás en su misericordia, porque una cosa tienen en común todos los asesinos en serie, y es que para sus víctimas, no hay misericordia.

Cuando olvidas esto, te matan.



CUARENTA Y DOS

Edward se deslizó en la línea intermitente de vehículos de policía para encontrar que el espectáculo estaba casi terminando. El segundo hombre tigre estaba de rodillas en el patio con las armas apuntándola, y Hooper y sus hombres se amontonaban encima de ella. Conseguí sólo una vista del pelo blanco, corto, y un destello de ojos azules de tigre antes de que la metieran en la furgoneta.

—¿Empezaste sin nosotros? —Le dijo Edward a Hooper, con su mejor voz de chico bueno de Ted. Bueno tenía una voz agradable porque estaba lista para estar enfadada.

Hooper contestó cuando cerraron las puertas de la furgoneta.

—Estaba arrodillaba en el jardín, esperándonos.

—Mierda —dije.

Él me miró.

—¿Por qué mierda? Esto fue fácil y rápido.

—Ellos lo saben, Hooper. Los otros tigres lo saben.

Consiguió mirarme.

—Nuestro tipo malo puede huir.

Asentí con la cabeza.

—Alertaste a su vigilancia —dijo Edward.

—¿Qué vigilancia? —Pregunté.

Edward y Hooper se miraron mutuamente, y luego Hooper estaba en su radio.

—En el momento en que pusimos su nombre en el sombrero, habrá vigilancia en ellos. Esto es una operación estándar, —explicó dijo Edward.

—Joder, no me extraña que lo sepan.

Edward se encogió de hombros.

—Esto es un modo de seguirlos si corren.

—Esto es un modo de asustarlos y conseguir que corran. ¿Y nadie me mencionó esto porque…?

—Hooper no quiso que lo supieras, o calculó que descubrirías que esto era operación estándar.

Respiré hondo y lo solté lento, o lo intenté.

—Joder con las operaciones estándar, la idea era la sorpresa.

Fue Shaw quién llegó.

—No tenemos que pasar todo por usted, Marshall. Si un sospechoso peligroso huye, queremos saber a dónde.

—No lo entiendes —dije—. Estos chicos pueden oír tu sangre en las venas. Pueden oler, aunque es verdad que el sentido del olfato en un tigre es mucho menor que, por ejemplo, en un lobo, pero aún así, sabrán que los policías están ahí fuera.

—Mis hombres son buenos en su trabajo, Blake.

—Shaw, no se trata de ser bueno. Se trata de ser humano y cazar cosas que no son humanas. ¿No lo entiendes todavía?

—Van a hacer su trabajo —dijo, y me dio esos ojos persistentemente hostiles.

Sí, ya sé que lo harán. Sólo espero que no los maten.

No sé lo que Shaw habría dicho, debido a que Hooper volvió.

—Tenemos la confirmación de radio en tres de las otras casas, pero no hay respuesta en una.

—Mierda —dijo Shaw.

Yo mantuve la boca cerrada, un «Te lo dije» no haría mucho bien.

Shaw me miró, casi como si me hubiera oído pensar demasiado fuerte.

—Las radios descansan, Blake. No tiene por qué ser malo.

Edward me tocó el brazo a la ligera. Entendí el gesto. Mantuve mi voz.

—Eres policía, Shaw, sabes que siempre hay que asumir lo peor. Entonces, si no es cierto, muy bien, pero sí lo es, tienes un plan.

—Los oficiales están ya de camino para ver a los hombres —dijo Hooper.

—Llévanos allí, Hooper —dije.

—Creo que mis hombres pueden tomarlo desde aquí —dijo Shaw.

—Este es un caso sobrenatural —dije—, no necesitamos tu permiso para estar aquí.

Los oficiales salieron de la muchedumbre que nos rodeaba, como si Shaw les hubiera dado un toque para el deber. Probablemente lo habría hecho. Estaban casi todos con el uniforme, excepto Ed Morgan. Me saludó con la cabeza, y una sonrisa. Las pequeñas arrugas en sus ojos le hicieron parecer agradable y sonriente, también. Me pregunté si los ojos detrás de las gafas realmente sonreían, o si su cara sólo pasaba por los movimientos.

—Morgan aquí es el jefe de detectives de homicidios —dijo Bernardo, sonriendo. Su cara pareció tan agradable como la que Morgan tenía hacía un momento. El anuncio de su verdadero título hizo que la sonrisa del detective principal vacilara un poco alrededor de los bordes. Me pregunté cómo Bernardo había averiguado la posición actual de Morgan. Le preguntaría más tarde, cuando no nos hiciera parecer menos elegantes.

—Sólo porque soy el jefe de detectives no significa que no podamos ser amigos —dijo, recuperándose por sí mismo.

Hooper se acercó.

—Hemos recibido respuesta. El coche está vacío. Hay sangre, pero no hay cuerpos.

—Mierda —dijo Shaw.

—Déjanos ayudar —dijo Edward.

—No fuiste de ninguna ayuda con Minns; de hecho, hiciste más lenta la operación.

Edward miró a Hooper.

—¿Es así cómo lo ve, Sargento?

Hooper le dio su cara en blanco.

—No, pero él me excede en grado.

—Me alegra que recordara eso —dijo Shaw.

—¿Qué hombre tigre fue apartado de la manada? —Pregunté.

—Martin Bendez —dijo Hooper.

—Sargento —dijo Shaw—, no necesitamos compartir más con los Marshalls.

—¿Su equipo va detrás de él? —Le pregunté a Hooper.

—El equipo de Henderson tiene un punto.

—Sargento Hooper —dijo Shaw—, le di la orden directa de no compartir con los Marshalls.

—Ahora es una orden directa —dijo Hooper, y se alejó para reunir a sus hombres y a su equipo e irse. Nunca miró hacia atrás, pero supe que independientemente de lo que había dicho a Shaw y a sus otros «superiores», no había sido que los hicimos más lentos. Pero tenía que relatar que había ido todo mal. Podían haber contratado a un psíquico para su fuerza, pero yo no era uno de sus practicantes. Podían ser de mentes abiertas, pero el hecho de que algo había ocurrido ya a su propio practicante no entendían que me perjudicaría. Tuve una idea.

—¿Pueden los otros Marshalls ir a la siguiente escena?

—Te lo dije, nos retrasan —dijo Shaw. Empezó a alejarse.

—¿Quieres decir que fui todo metafísica contigo y arrastré a todos? Bien, castígame, me mantendré fuera, pero nadie es mejor en el seguimiento de estos tipos que el Marshall Forrester. Deja que los Marshalls pasen a la siguiente escena. Yo me sentaré fuera.

Edward me miró. No dijo nada, sólo me miraba.

—No —dijo Shaw.

—¿Por qué no, Sheriff? Esto impedirá que el Servicio de Marshalls se moleste, y no he oído nada excepto cosas buenas de los otros —dijo Morgan.

Shaw lo miró, y otra vez sentí que Morgan llevaba más peso del que debería tener, justo como jefe de detectives.

Shaw llegó a estar por encima de mí, tratando de intimidar, como si me importaba.

—¿Por qué quieres que los Marshalls vayan?

—Porque no quiero otra escena del crimen en Las Vegas como en el almacén.

—¿Crees que no puedo manejarlo? —Preguntó Shaw, enfadado.

—Creo que confío más en que Ted me lleve al infierno, y me sacará por otro lado. Los Marshall Spotted Horse y Jeffries son hombres buenos en

una pelea. Si la mierda golpea el ventilador, no podría hacerlo mejor. Deja que te ayuden, y dimitiré, Shaw.

—¿Qué daño podría hacer? —Preguntó Morgan.

—Bien —dijo Shaw, la renuencia fue tan fuerte en la palabra que sonó como una maldición.

Edward se inclinó y habló suave y rápidamente.

—No me gusta dejarte sola.

—Estoy rodeada de uniformados, así que no estoy sola —dije.

Sabía que mirada estaba recibiendo incluso detrás de sus gafas de sol.

—Si ayudo a los locales, pero Vittorio encuentra una manera de llegar a ti, no nos hará a ninguno felices.

—Buena manera de decirlo, pero es de día, y si mantengo mis escudos en su lugar, entonces seré a prueba de vampiro.

—¿Y una vez que cae la noche?

—Un desastre a la vez. —Le di un pequeño empujón—. Ve a buscar a Martín Bendez. Si podemos obtener información de él, bien, pero sólo ayuda a mantener a nuestros amigos de la policía con vida.

—¿Por qué? —Susurró.

Me di cuenta de que quería decir eso. A veces me olvido de que cuando conocí a Edward, me asustaba casi tanto como Olaf. Entonces él dirá algo así, y recordaría que todavía es un depredador. Es mi amigo, y me gusta, pero la mayor parte de las personas son sólo cosas para él. Instrumentos para usar u obstáculos para vencer.

—Si te dijera que es lo correcto, ¿te reirías de mí?

—No, —sonrió.

—¿Vienes Forrester, o hablar con tu novia es más importante? —Dijo Shaw.

Lo dejamos ir, Edward se alejó con los oficiales que aún quedaban en la escena. La mayoría habían desaparecido cuando la llamada llegó a través del oficial.

Bernardo siguió a Edward, pero Olaf se quedó atrás y dijo:

—Me gustaría quedarme contigo.

—¿Ted? —Grité.

Miró hacia atrás, vio al tipo grande, y lo llamó:

—Jeffries, ponte al día.

Olaf vaciló, luego se giró y comenzó la marcha para ponerse al día. El entrenamiento lo decía, y volvió a caer en esa marcha rápida sin pensar en

ello.

Los vi entrar en la furgoneta. Edward nunca miró atrás. Confiaba en él para cuidar de sí mismo y deseé que así fuera. También estaba esa pequeña parte de mí que sentía, como si estuviera allí más segura, de lo que todo el mundo lo estaría. Dios ¿un complejo, yo? Por supuesto no. ¿Paranoia? Tal vez. Lo único que sabía era más que casi cualquier otra cosa en el mundo, que no quería explicar a Donna y a los chicos por qué Edward nunca llegaría a casa con ellos.

Otro uniformado guió a Víctor junto a mí y Morgan y el puñado de oficiales todavía con nosotros.

Miré a Víctor con su traje de diseñador. Parecía mucho más elegante que el resto de nosotros, pero no importaba. No importa cómo se viera exteriormente, la policía nos había marcado como monstruos, y estaban terminando de jugar con nosotros por el día. Ahora se dejaba a los humanos perseguir al monstruo y matarlo, si podían. El hecho de que estaba de pie ahí con Víctor decía, claramente, que al menos unos pocos del Departamento de Policías de Las Vegas me consideraban uno de los monstruos. No dejes que los monstruos cacen monstruos. ¿Por qué? Porque hay una parte de todo ser humano que cree que la simpatía del monstruo se encuentra con sus compañeros monstruos. Porque ahí es donde su simpatía sería mentira. Al final, no somos nosotros los que no confían, sino ellos mismos.



CUARENTA Y TRES

Víctor se paró delante de Morgan.

—Detective Morgan, sin la Marshall Blake y yo, no tienen esperanzas de coger a Martin vivo.

—Tenemos dos oficiales desaparecidos, presumiblemente muertos o heridos. No se trata de tomarlo vivo, Víctor —dije.

—Pero si él muere, se pierde la oportunidad de encontrar la guarida de Vittorio durante el día —dijo Víctor.

Negué con la cabeza.

—No importa. Podríamos pretender que lo hace, pero su tigre renunció a su seguridad cuando tocó a los oficiales.

—¿Ni siquiera intentarán traerlo vivo?

—Ellos no confían en mí, Víctor. Soy demasiado extraña para ellos.

—Su amigo Forrester, entonces.

—Hasta que encuentren a los oficiales que faltan, no importa.

—¿Y si matar a Martin quiere decir que nunca encontrarán los cuerpos de los oficiales?

Me giré hacia Morgan.

—¿Qué pasa con eso? ¿Ese Bendez Martin puede saber dónde están sus oficiales?

—Lo comunicaré por radio, pero usted lo dijo, Blake. En el momento en que toque a nuestros funcionarios, no seremos capaces de contener esto.

—Es un hombre tigre muy poderoso —dijo Víctor—. No será fácil de matar.

—¿Es una amenaza? —Preguntó Morgan.

—No, honestamente. Si Martin se ha convertido en corrupto, y no nos permite utilizar la metafísica para contenerlo, entonces, matarlo de lejos es su única esperanza.

—Así que me está diciendo que intente que nuestros hombres lo cojan vivo, y si no, que le disparen desde una distancia segura. —Morgan sonrió y negó con la cabeza, y supe lo que era esa sonrisa ahora, su versión de cara en blanco—. No se puede tener ambas cosas, Víctor.

—Ya sé que no, detective. Lo que digo es que prefiero cogerle vivo por la información que posee, pero sin la Marshall y sin mí, no tienen esperanza de cogerlo con vida. Así que si realmente nos quiere fuera de juego, entonces debe obtener a un francotirador en su lugar con municiones de plata, y llevarlo a cabo.

—Voy a dar su consejo a mis superiores. —Morgan seguía sonriendo, pero su tono dejaba claro que o bien no haría lo que decía Víctor o pensaba que el consejo era divertido.

Yo no lo encontraba divertido, lo encontré honesto. Morgan se fue, tal vez incluso para hacer lo que Víctor quería que hiciera, pero lo dudaba.

Miré a mi alrededor a los demás oficiales.

—Lamento que se perdieran la cacería de tigres por hacernos de niñera.

—Mi esposa no lo siente —dijo un hombre. Su nombre en la etiqueta decía Cox. Era mayor, tal vez cuarenta años.

—Lo siento, —uno de los otros oficiales, dijo—, me refiero a que una cacería real de un hombre tigre. ¿Con qué frecuencia ocurre esto? —Me giré hacia ese oficial, Shelby por la etiqueta con su nombre, parecía brillante y entusiasta. Luché contra la tentación de husmear el aire y seguir, hmm, novato.

—Cuando has estado en el trabajo el tiempo suficiente —dijo Cox—,

sabes que volver a casa vivo es ganar lo suficiente.

—Casarte te hizo un nenaza —dijo Shelby.

Otros oficiales se sumaron al punto de buen humor. Cox lo tomaba como el veterano de diez años que probablemente era, sabía lo que quería decir. Ni siquiera tengo mis diez años en esto, pero llegar a casa con vida con la gente que amas se ha vuelto más importante para mí que la captura del malo. Es una actitud adulta, pero a veces significa que es hora de cambiar de empleo. O montar una mesa de trabajo. Me traga el trabajo de escritorio.

Me hizo sentir menos nenaza que Edward cuando había rechazado el contrato para cazar a *Marmee Noir*. Cuando la Muerte en sí mismo, su apodo entre los vampiros, comienza a apagar su caza y puede llegar a casa sano y salvo con su familia, el mundo se convierte en un lugar diferente. O tal vez el mundo es el mismo, y éramos Edward y yo los que habíamos cambiado.

Las radios de todo el mundo se dispararon al mismo tiempo: micrófonos en mano, en hombro, todos a la vez. Cogí las palabras de la operadora. Alguien había golpeado el botón de emergencia en su ordenador de mano. Lo siguiente que oímos fue una completa llamada fuera agente herido.

Todos corrieron hacia sus coches. Me quedé pegada a los talones de Cox. Shelby, también, al parecer viajaban juntos.

—Llévame contigo, Cox.

Vaciló en la puerta de su coche mientras uno detrás de otro chillaban en la distancia, con las luces y las sirenas puestas.

—Las órdenes dicen que te quedes aquí.

—Forrester es mi pareja.

—Ustedes no ejecutan en parejas —dijo Cox.

—Él es mi rabino.

—Me dijeron que era más su Svengali —dijo Shelby.

—Cállate, Shelby —dijo Cox.

Shelby lo hizo.

Cox y yo nos dimos una de esas miradas largas, y luego asintió.

—Entra.

Víctor se deslizó a mi lado.

—Él no —dijo Cox, al abrir la puerta.

—Si uno de mis tigres ha atacado a los oficiales, podría ser capaz de

detenerlo.

No estaba segura de que fuera una buena idea, pero…

—Le llevaremos, y si lo dejamos atrás y se lastima, nos salpicará la mierda por eso, también.

Cox maldijo en voz baja.

—Ya lo sé —dijo—, unos días eliges que culo conseguirás que muerdan.

—No es verdad. —Él entro, y Shelby con él. Como no había dicho que no, Víctor y yo nos situamos atrás. Las luces y las sirenas se encendieron, y estuvimos gritando detrás de los otros coches. Todavía estaba cazando el cinturón de seguridad cuando giramos en una esquina lo suficientemente rápido como para tirarme sobre Víctor.

Él pasó un brazo a mi alrededor, me sostuvo cerca, y yo me encontré con otro problema. ¿Cómo le dices a alguien que te presiona en el asiento de un pequeño coche que te deje ir, sin hacerle daño? Respuesta: no lo hagas.



CUARENTA Y CUATRO

Hablé sobre el ruido de las sirenas. —Déjame ir.
Inclinó su boca más y habló al lado de mi oreja.
—Tenemos poco tiempo, y hay cosas que necesitas saber.

Luché para no tensar mis músculos y seguir intentando alejarle. Traté de descansar en él, pero finalmente tuve que conformarme con sólo asentir.

—Habla.

—Sentí tu poder en la casa de Gregory.

—Eso no fue sólo mi poder. Sánchez se había metido conmigo.

—No me refiero a cuando la energía cambió y no fuiste tú. —Así que había sentido a *Marmee Noir*. Me pregunté si sabía lo que había sido lo que percibió—. Sentí tu energía, Anita. Juntos seremos capaces de forzar a Bendez a salir.

—¿Cómo? —El coche giró en torno a otra esquina, y sólo el agarre de muerte de Víctor en la puerta y en mí nos mantuvo quietos. Me pregunté, si

nos destruíamos, ¿sería capaz de detenerme? Necesitaba mi cinturón de seguridad, pero siguió susurrando en mi oído, seguía sujeta, y no me dejaba apartarme.

—Puedo sentirlo, y combinados, tú y yo lo forzamos a salir.

—¿Cómo que combinados?

—Leí el artículo que escribiste para El Reanimador sobre los poderes entre tú y la combinación de dos compañeros reanimadores para levantar a más y más muertos. No es diferente a eso.

Quería girarme, ver su cara, porque había leído el diario de negocios de mi profesión. La única razón para hacer eso era para investigarme. Pero al girar la cabeza habría puesto esos labios que murmuraban en oído en mi boca, y no tenía ganas de una mejora. El coche iba a unos cien kilómetros por hora, y Cox conducía como un loco en una línea de maníacos. La velocidad, la conducción, colocaron mi pulso en mi garganta y me asustaron como el infierno, pero dejé que Víctor me sostuviera, todavía no me había apartado y quería un cinturón de seguridad. Me colocaba el cinturón de seguridad como si fuera una religión, pero era como si no pudiera moverme. Sólo podía escuchar esa suave voz y masculina en mi oído. Todo sonaba muy razonable, y en ese momento, ya no estaba segura de si era razonable o si Víctor me estaba rodando como una especie de vampiro. No podía decir más. Eso no podía ser bueno, ¿verdad?

El coche se deslizó hasta detenerse en seco. Cox abrió todas las puertas, y Víctor me dejó alejarme de él, aunque su mano se deslizó hacia abajo para mantenerse en la mía. Pero la mano era mejor. Podía pensar sin él abrazándome. Mierda.

Cox puso una mano sobre el hombro de Víctor, sacudiendo la cabeza.

—Civil, permanezca en el coche.

Seguí intentando liberar mi mano de Víctor. Él tratada de mantenerla.

—Suelte a la Marshall Blake, Sr. Belleci —dijo el oficial Cox.

Los dedos de Víctor se alejaron de mí, y yo tiré para que ocurriera antes. Algo andaba mal cuando me tocaba. Algo que nunca había sucedido con cualquier otro wereanimal, ni siquiera los que eran mis animales para llamar.

En el momento en que Víctor no me estuvo tocando, fue como si pudiera respirar más profundo. Rodeada de sirenas, luces, policías, armas, y aún sin saber qué oficial era de abajo y la profundidad de la mierda, e incluso era mejor. Saqué el MP5 de su arnés táctico hacia mis manos, lista

para salir, y seguí pegada a los talones de Cox. Era lo suficientemente alto como para que su espalda fuera mi punto de vista, pero estaba bien. Me dejaba ir, y con el tiempo me iba a encontrar a Edward.

Entonces algo voló sobre nuestras cabezas. Todos nos agachamos instintivamente, y tardé un momento para que mi mente captara lo que mis ojos habían visto. Alguien en uniforme del Departamento de Policía de Las Vegas acababa de ser lanzado completamente sobre nuestras cabezas, para golpear al otro lado de una segunda línea de coches.

—¡Joder! —Dijo Shelby.

No podría haberlo dicho mejor yo misma.



CUARENTA Y CINCO

Lo siguiente que escuché fue el sonido de un arma de fuego, muchas de ellas. Pero en el momento que vi al oficial en el aire, supe quien sería. Martin Bendez estaba a punto de morir, y no existía manera de salvarlo. Cualquier información que tuviera se iría. El pateador real era que yo hubiera estado cerca del inicio de la línea, lo que me habría ayudado a matarlo. Cuando un hombre animal va a un cierto nivel de afectación, te quedas sin opciones rápidas.

Cox avanzó aliviado, yo le seguí. Shelby cerraba la marcha. Parecía como si los otros oficiales de las Vegas se hubieran agrupado ya en la zona frontal. Habían hecho una masa en torno a algunos puntos que no podía ver. No era lo suficientemente alta como para detectar a Edward o incluso a Olaf en la parte posterior de la multitud, pero de alguna manera sabía que Edward, por lo menos, estaría cerca de la parte delantera.

Era como uno de los misiles antitanque. Un punto delante hacia el

enemigo, y asegurándose de que sabes dónde te encuentras.

No traté de empujar, Cox lo hizo por mí. Él sólo nos llevó a través de la multitud y yo seguí su estela. Shelby venía un poco separado, pero luego se alejó más, así que lo más probable era que la gente no le dejaba pasar… A veces ser más bajito es mejor.

Logramos serpentear nuestro camino lo suficientemente cerca de la parte delantera de tal forma que vislumbré a Olaf quien se elevaba sobre todos. Sabía que Edward tenía que estar cerca de él. Fui detrás de Cox y continué trabajando mi camino más cerca del tipo grande. De hecho, vi a Bernardo primero, y luego a Edward, todos con sus armas en la mano todavía. Todos seguían apuntando a algo que no podía ver sobre el terreno. La mayoría de la policía había retrocedido, incluso algunos habían enfundado.

—Está muerto. —Reconocí la voz del sargento Hooper, pero no podía verlo todavía.

—No está muerto hasta que vuelva a su forma humana —dijo Edward.

—¿Qué está diciendo, Marshall? —Preguntó otro hombre.

Sentí alivio al estar justo detrás de ellos. Pude vislumbrar un cuerpo de pelaje blanco y negro en el suelo.

—Mientras sea peludo, todavía está vivo —dije—. Muertos, vuelven a su forma original.

Edward casi se giró hacia mí, pero mantuvo los ojos y su arma en el tigre derribado.

—Más vale tarde que nunca —dijo.

Me abrí camino entre él y Bernardo con mis hombros, y apunté mi pistola junto a la suya.

—Lo siento me lo perdí.

—No —dijo Bernardo—, no lo hiciste. —Algo en la forma en que lo dijo me hizo preguntarme qué más me había perdido, además del cuerpo en el suelo.

—No está cambiando, al igual que el tigre en St. Louis —dijo Olaf.

Acomodé el MP5 de forma más estricta en mis brazos, pero no demasiado apretado, y la visión del futuro no era nada alentadora. No podía ver ningún movimiento, ni sentir nada, sólo la quietud, pero el de St. Louis había hecho eso. Fue uno que casi nos había matado a mí y al hijastro de Edward, Peter, y había matado a uno de los nuestros.

—Ya lo sé —dije, y sentí que mi cuerpo me seguía, hundiéndose en el

silencio al que me iba si tenía tiempo en una pelea. Era un buen lugar, tranquilo, para matar a las cosas desde la estática que se estrechaba dentro de mi cabeza.

Entonces el cuerpo se movió. Alguien realmente disparó, pero no fue ese tipo de movimiento. La piel se desvaneció como el océano retrocediendo desde la orilla. Lo que quedaba era un hombre pálido y desnudo acostado sobre su costado. No podía decir si había sido guapo o feo, porque no había suficiente del lado izquierdo de su cara para contestar a la pregunta. No, la luz del día se veía a través de su pecho ahora, porque las heridas se mantuvieron igual, pero el cuerpo del hombre tigre era mucho más grande, más voluminoso, una vez que cambió a forma humana, todas las heridas parecían desagradables. Menos masa, más daño tomado, como si una vez muerto la licantropía detuviera su protección hacia el huésped humano.

Me llevó unos segundos retirarme de ese lugar de silencio. Casi todos los demás en el círculo de las armas habían soltado su tensión en el momento en que me sacudí y dejé caer mis hombros.

Me di cuenta de que Olaf me miraba, cuando por fin miré alrededor.

—¿Qué? —Pregunté, y no traté de mantener la hostilidad fuera de mi voz.

Esos ojos oscuros cavernosos me lanzaron una mirada que contenía demasiado peso, y no había nada sexual en ellos. Había pensado que sus intentos de salir conmigo habían sido lo suficientemente espeluznantes, pero había algo en esa mirada que me molestaba casi lo mismo, a pesar de que no podría haber dicho que era lo que significaba la mirada.

—Reaccionas como Ed… Ted y yo.

—¿Qué, yo soy invisible? —Preguntó Bernardo.

No sé lo que habría contestado al comentario de Olaf, ya que no lo entendía, pero el Sargento Hooper estaba a nuestro lado, y había otras cosas de qué hablar. Gracias a Dios.

—Supongo que no será de utilidad para encontrar la ubicación de la guarida del vampiro —dijo.

Todos estábamos de pie en el calor que robaba el aliento y el sol demasiado brillante y miramos al cuerpo.

—Supongo que no —dije.

Oí que alguien gritaba mi nombre.

—Blake, ¿Qué coño haces aquí? —Era Shaw caminando hacia mí a

través de la multitud. Genial.

—¿Ha encontrado a los funcionarios que faltan? —Pregunté.

—Muertos —dijo Edward. No estaba mirando en el cuerpo, miraba el exterior. No estaba mirando a nada en particular. Era como si estuviera explorando el horizonte en busca de más problemas. Me hizo mirar hacia donde él estaba buscando, pero lo único que vi fue una delgada línea de pequeñas casas y el desierto más allá, se extendía hacia fuera y hacia las montañas marrones que parecían tan secas y sin vida como todo lo demás fuera de los límites de la ciudad. Un desierto es un desierto a menos que agregues agua. Intenté imaginar que con las lluvias habría flores en los cactus y un arco iris diseminado en todo ese marrón, pero no pude. No podía ver el color que podría haber sido, sólo la desolación que era, y que el policía venía hacia mí. No ves lo que podría ser una situación; tomas la verdad y la tratas. Las flores bonitas podían esperar a la lluvia, y nosotros capturaríamos a Vittorio.

Pude sentir que la rabia de Shaw era casi algo tangible. Me hizo alejarme de una mano que no había visto todavía. Levantó la mano hacia mí, totalmente inapropiado, pero me moví fuera de su alcance sin haber visto nunca la mano.

Moverme así, como magia, puso mi pulso en la garganta, así que cuando hablé soné ronca, no como yo.

—Sin tocar.

—Todos los demás excepto yo, supongo, —y lo dijo con la mayor y más desagradable inflexión que pudo reunir.

—Wow —dijo Bernardo—. ¿Cuál es su problema con la Marshall Blake, o simplemente no le gustan las chicas? ¿Esa es la razón por la que su mujer le dejó? —Bajó sus gafas de sol lo suficiente para darme un guiño cuando se enfrentó a Shaw.

Lo había hecho a propósito para hacer que Shaw se alejara de mí. Si no hubiera pensado que tomaría las cosas de forma totalmente equivocada, lo habría abrazado.

Edward comenzó a moverse lejos hacia uno de los costados de Shaw quien estaba gritando a Bernardo. Olaf se arrastró hacia nosotros como una sombra de gran tamaño; Hooper nos alcanzó a Edward y a mí. Ninguno dijo ni una palabra. Era como si todos supiéramos a dónde íbamos y que íbamos a encontrar. Supongo que los tres lo hacíamos.

El primer cuerpo era de un SWAT, aún con el equipo. Todavía tenía el

casco, así que el cuerpo era casi anónimo, excepto por la altura general. En la televisión tiene un arnés de manera para que se pueda ver bastante a los actores y verlos actuar, pero en la vida real la mayoría de los hombres se cubren desde la cabeza casi hasta los pies. Eso significaba que no podía ver las heridas que estaban haciendo el charco de sangre debajo de él. Se supone que es más seguro tener la cabeza cubierta hasta los pies con el equipo. El hombre a nuestros pies, probablemente no lo creería. Por supuesto, él no estaba realmente pensando en nada. La muerte es la muerte.

En el momento en que lo pensé, deseé no haberlo hecho, porque lo sentí. El alma, la esencia, como quieras llamarlo, flotando. No levanté la vista, no quería intentar ver lo invisible, ya que incluso para mí no habría nada que ver. Sabía que estaba flotando allí. Probablemente podría haber trazado su contorno en el aire, pero no había nada para ver realmente. Las almas no se parecen a nada para mí. Los fantasmas, los veo a veces, pero no a las almas. La mayoría de las veces no veo las almas en las escenas del crimen. Había conseguido una mejor protección hacia las almas, porque no son útiles. Acaban colgando alrededor de tres días, o menos, y luego siguen adelante. No sé por qué algunas almas andan más tiempo que otras. La mayor parte del tiempo realmente las muertes violentas envían el alma de viaje más rápido, como si no quisieran esperar un trauma mayor. Curiosamente, obtendrás más fantasmas de muertes violentas. Menos almas, más fantasmas, siempre había pensado que era interesante, pero no me hacía ningún maldito bien cuando estaba allí mirando hacia nuestro hombre caído. Su alma nos estaba mirando. Incluso podría seguir a su cuerpo hasta la morgue antes de pasar. No compartimos esa información con Hooper. Él no la necesitaba y en realidad no creo que quisiera saberlo.

Había pasado tiempo desde que sintiera un alma tan fuerte físicamente. Pero a veces la violencia era tan fuerte físicamente que les daba a las víctimas mucho vigor. Esto los hace tan fuertes que mis habilidades no pueden dejar de notarlas.

Estaba de pie en el calor, el sudor corría por mi cuello, el equipo me asfixiaba con el peso añadido al latido de la luz del sol. La gente siempre piensa que sólo se puede ver a los espíritus en la noche o en el crepúsculo, o cosas así, pero a los espíritus eso no les importa. Se van a aparecer cada vez que encuentren a alguien capaz de verlos. Maldita suerte la mía.

—¿No es uno de tus hombres? —Pregunté. Mi voz sonaba normal, como si no estuviera trabajando en no sentir el alma de alguien flotando por

encima nuestro.

—No, es Glick. Fue uno de los primero psíquicos que contraté.

—Eso lo podría explicar —dije.

—¿Explicar qué? —Preguntó Hooper.

Edward realmente me rozó el brazo con los dedos, a modo de advertencia.

—La Marshall Blake a veces recoge las impresiones de los muertos.

—No soy un psíquico como el que te traerías para ayudar a resolver un caso a través de visiones, —añadí—, pero siento a los muertos a veces, todo tipo de muertos.

—¿Puede sentir a Glick?

—Algo así.

—¿Habla en tu cabeza?

—No, los muertos no me hablan con claridad. Más bien, llámelo emociones.

—¿Qué tipo de emociones, miedo?

—No —dije.

—Entonces, ¿qué?

Me maldije por haber dicho el primer comentario en voz alta. Le dije parte de la verdad.

—Perplejidad. Está desconcertado.

—¿Confundido sobre qué?

—Sobre estar muerto —dije.

Hooper se quedó mirando el cuerpo.

—¿Quieres decir que está ahí pensando?

—No, para nada —dije.

Edward sacudió la cabeza.

—Díselo, lo que está imaginando es peor.

—Por favor, no comparta con nadie que puedo hacer esto, pero a veces puedo sentir a las almas de los muertos recientes.

—Las almas, ¿quiere decir fantasmas? —Dijo Hooper.

—No, me refiero a las almas. Los fantasmas vienen después, y en la mayor parte del tiempo me siento muy diferente.

—Así que el alma de Glick ¿está flotando por aquí?

—Sucede. Él observará por un tiempo, y luego seguirá adelante.

—¿Quieres decir al cielo?

Dije lo único que pude.

—Sí, eso es lo que quiero decir.

Olaf, que había estado tan tranquilo en todo, dijo:

—¿No podría ir al infierno?

Mierda.

Hooper miró a Olaf, a continuación, se giró hacia mí.

—¿Y bien, Blake? Glick era judío, ¿significa eso que se quemará? ¿Era un buen hombre?

—Sí. Amaba a su esposa e hijos, y era un buen hombre.

—Creo que lo bueno es bueno, por lo que irás al cielo.

Hizo un gesto hacia uno de los arbustos achaparrados.

—Matchett fue un hijo de puta. Engañó a su esposa. Tenía un problema con el juego y estaba a punto de recibir la patada fuera del equipo. ¿Está en el infierno?

Lo que quería decir era, ¿Por qué me lo preguntas? ¿Cómo puedo llegar a tener una discusión filosófica sobre los cuerpos?

—Soy cristiana, pero si Dios es verdaderamente un Dios de amor, entonces ¿por qué habría una cámara de tortura privada donde poner a la gente que se supone que debería haber amado y perdonado para ser castigada por la eternidad? Si uno lee la Biblia, la idea del infierno como en las películas y la mayoría de los libros fue inventado por un escritor. El infierno de Dante fue tomado por la Iglesia para dar a la gente algo a lo que temer, literalmente, para asustar a la gente y que se hiciera Cristiana.

—Por lo tanto, no cree en el infierno.

Filosóficamente, no. A decir verdad, una vez Católico, siempre Católico, pero no lo dije en voz alta, porque no era la respuesta que necesitaba, mientras miraba a su amigo muerto.

—No, no creo —dije. No había nada que me llamara la atención. Tal vez si te encuentras con una buena razón, consigas un pase.



CUARENTA Y SEIS

Los dos oficiales que habían estado de vigilancia en los matorrales de los arbustos estaban arrugados como muñecos rotos. Era tanto el daño que mis ojos no pudieron darle sentido al primer vistazo. Siempre es malo cuando el cerebro sigue. No, no me permito ver eso. Es la última advertencia de la mente para que cierre los ojos y no tenga algo que añadir a las pesadillas. Pero tenía una tarjeta de identificación, y eso significaba que no podía cerrar los ojos, y desear mantener lo malo a distancia.

Todos estábamos de pie, con nuestros diferentes tipos de placa, mirando lo que quedaba de los dos hombres. Uno de ellos era de pelo oscuro y del otro no pude estar segura, por la cantidad de sangre que le cubría la cabeza. Los cuerpos habían sido destrozados, como si algo muy grande, y muy fuerte, hubiera usado los cuerpos para el juego del hueso de la suerte y los hubiera tirado. Había un montón de órganos internos mezclados con la sangre, pero los órganos no eran reconocibles, como si

alguien, o algo los hubiera pisoteado hasta hacerlos papilla.

—¿Los destriparon en primer lugar? —Pregunté—. ¿Y luego caminaron sobre los órganos internos?

—Eso lo explica —dijo Edward.

Bernardo se había arrastrado detrás de nosotros. Shaw no estaba por ningún lado. Tal vez Bernardo lo había distraído lo suficiente para que se olvidara de que no me quería allí, o tal vez fue a ver a los oficiales recién muertos. Shaw tenía otras cosas de qué preocuparse que de la pequeña de mí.

Bernardo se unió a nosotros con los cuerpos, pero a la primera mirada se apartó. Y sí, era un punto contra él en mi libro. Aunque, francamente, en este caso, en cierto modo me simpatizaba.

—He visto muchos asesinatos de licántropos —dijo Bernardo—, pero nada como esto, no de uno solo.

—Bueno, sólo fue uno. Le tenemos —dijo Hooper.

Una débil y caliente brisa sopló, trayendo consigo un fuerte olor a intestinos y bilis. Sentí que mi última comida empezaba a subir por mi garganta, y tuve que alejarme lo suficiente como para asegurarme de que si perdía el control, no contaminaría la escena del crimen.

—¿Te encuentras bien, Anita? —Preguntó Olaf. Edward lo sabía, a Bernardo no le importaba lo suficiente y Hooper no me conocía lo suficientemente bien como para preocuparse de lo que sentía de alguna manera.

—Estoy bien —dije. No había devuelto en la escena del crimen en años. ¿Qué había de malo en mí?

—Ese es Michaels, por el pelo oscuro, y ese es… —señaló Hooper.

—Para —dije—, no me diga los nombres aún. Déjeme mirarlo primero sin emoción.

—¿Puede realmente ver esto y no sentir nada? —Preguntó.

La primera oleada de ira vino seguida del retorno de las náuseas. Le di una mirada poco amigable, pero parte de mí estaba agradecida por la distracción.

—Estoy tratando de hacer mi trabajo, Hooper, y me ayuda el pensar en ellos primero como en los cuerpos. Están muertos, no son personas. Ellos, eso, los cuerpos, sin pronombres personales, no les humanizo. Porque si pienso demasiado en ello, en ellos, entonces no puedo funcionar también. Si siento demasiado, vomitaré algo. Tal vez perdería la pista que nos ayude

a evitar que esto vuelva a suceder.

—Hemos matado al animal que hizo esto —dijo Hooper, apuntando de nuevo en la dirección del cuerpo del hombre tigre, y ahora fuera de la vista de la multitud.

—¿Lo hicimos? ¿Esta ciento por cien seguro?

—Sí —dijo.

Edward nos miraba como si fuéramos un espectáculo. Olaf volvió a mirar el cuerpo. Bernardo apartó la vista de todos nosotros.

—¿Alguien personalmente vio al hombre tigre que acaban de matar hacer esto?

Algo pasó a través de sus ojos, tal vez podría haber sido sorpresa, pero era demasiado policía para demostrarlo.

—No hay testigos todavía.

—Piense como un policía, no como el amigo de alguien. Estamos asumiendo que hay un único hombre tigre involucrado en todo esto, pero no podemos estar seguros. —Señalé hacia los cuerpos—. Es demasiado daño para ser hecho por un hombre tigre en tan poco tiempo. La sangre aún no ha empezado a coagularse o a secarse. En este calor, eso significa que han muerto hace poco.

—Pienso como un policía. Es usted quien está complicando las cosas, Blake. Cuando una mujer aparece muerta, por lo general es el marido, cuando un niño desaparece, los primeros sospechosos son los padres. Cuando una chica universitaria desaparece en un viaje por carretera, vigile al novio o al profesor que supuestamente la mantendría a salvo.

—Si, muchos de los trabajos de la policía es una máquina de afeitar Occam.

—Sí, la solución más simple es la correcta.

—Hasta que añade a los monstruos —dije.

—El hecho que el hombre malo fuera un hombre tigre no cambia la forma en la que hacemos nuestro trabajo, Blake.

—Quiere saltar en cualquier momento ¿Ted? —Podía escuchar la irritación en mi voz. Él podría ayudar más.

—Lo que la Marshall Blake está tratando de decir —dijo con la voz «oh-tan-razonable» de Ted—. Es que tal vez estamos buscando a mas de un hombre animal. Y que si ayudo a Bendez a hacer esto a sus oficiales, entonces tenemos que encontrar al hijo de puta.

Suspiré. Hooper tenía razón, estaba complicando las cosas. Señalé con

el dedo pulgar a Edward.

—Lo que dijo, y me disculpo por explicar mucho más de lo que necesitaba.

—Te agitaste a la vista de los cuerpos —dijo Olaf.

—¿Qué significa eso?

—Explicas demasiado cuando estás nerviosa o agitada. Es una de las pocas veces que te comportas como una niña.

No tenía ni idea de que quería decir con eso, así que lo ignoré. Rara vez me he metido en problemas por hacer eso con los hombres, a menos que estuviera saliendo con ellos. Entonces ellos tenían una cantidad limitada de ser ignorados y permitirles salirse con la suya.

—Los cuerpos fueron desgarrados, Hooper, o era algo más grande que el hombre tigre que vi muerto, o han sido dos trabajando juntos.

—No hay marcas de mordiscos en el cuerpo —dijo Olaf.

—Ni siquiera estoy seguro de que eso sean marcas de garras —dijo Edward, e hizo lo que yo no quería hacer. Se agachó junto a los cuerpos, apenas fuera del alcance de la mancha de sangre.

No quería estar más cerca, pero respirando superficialmente a través de mi boca me agaché con él. Cuando trabajo con Edward, es más bien como una competición de meadas. Él sabía que yo tenía náuseas, por lo que me haría estar más cerca de todo. Hijo de puta.

Miré más allá de la matanza y en realidad intenté ver marcas de garras. Había asumido que estaban allí, mi mente había llenado los espacios, pero realmente ¿estaban allí?

Olaf se arrodilló a mi lado, aún agachado se elevaba por encima de mí. Pero no fue la altura, fue el hecho de que había elegido estar tan cerca que las piernas casi se tocaban. No podía alejarme de él sin ponerme de pie en primer lugar, el miedo me había golpeado el borde de la sangre y el desorden. De pie parecía admitir demasiado mi incomodidad. Entonces tuve una idea.

—¿Recuerdas lo que te dije en la morgue, que no puedo pensar contigo tan cerca de mí?

—Sí —dijo con su profunda voz.

—¿Podrías arrodillarte al lado de Ted en lugar de a mi lado?

—¿Estás diciendo que soy inquietante?

—Sí —dije.

Sus labios temblaron, pero estaba sonriendo, se puso de pie y la

escondió de mí. Fue hacia el lado de Edward. Sin él a mi lado, podía pensar. Francamente, no fue la gran mejora que esperaba.

Me obligué a mirar realmente en los bordes rotos de los cuerpos.

—Mierda —dije, y me puse de pie, porque quería estar más lejos, pero tenía una rodilla mala, y no podía esconderlo siempre sin que comenzara a quejarse. Me puse de pie, pero seguía mirando hacia los cuerpos. Ya no estaba enferma o asustada, estaba trabajando. Siempre era así; si podía empujar más allá el factor asco y las emociones, podía ver, pensar y descubrir cosas.

—Creo que tienes razón. No puedo ver las marcas de las garras. Parece que simplemente los desgarraron, tal vez algún gigante.

Edward había acertado.

—Al igual que un niño arranca las alas a una mosca.

—¿Qué se supone que significa eso? —Preguntó Hooper.

—No puedo ver marcas de armas —dijo Olaf, y se puso de pie.

—Los licántropos no sólo desgarran a la gente con sus manos humanas. Ellos no son tan fuertes en forma humana ¿no? —Dijo Bernardo.

—No lo creo, pero hay cierto debate sobre eso mismo. Es una de las razones por la que algunos licántropos están luchando en los tribunales para que se les permita hacer atletismo profesional. Si pueden probar que la licantropía sólo les da una pequeña ventaja en forma humana, entonces tal vez —dije.

—La razón por la que nadie lo sabe es que cuando se trata de una pelea, son como cualquier persona. Utilizan todo lo que tienen —dijo Bernardo —. Si un hombre animal puede hacer aparecer garras en los extremos de sus manos, lo haría, al menos, para acabar con dos policías.

—Eso tendría sentido —dije.

—Pero sólo porque tiene sentido para nosotros —dijo Edward—, no quiere decir que sea lo que hizo el hijo de puta.

—¿Así que es honesta al decir que tenemos a otro licántropo delincuente en Las Vegas? —Preguntó Hooper.

—Tiene algo en Las Vegas, y no sólo a Bendez —dije.

—¿Cómo está tan segura? —Preguntó.

—Dejemos que el forense lo examine todo —dijo Edward—. Tal vez ahora no podamos ver las marcas de garras. Pero una vez que los cuerpos sean limpiados… —Se encogió de hombros.

—No se creerán eso —dijo Hooper.

Edward me miró. Negué con la cabeza.

—No, no lo hacemos.

—Por lo tanto, ¿Bendez era nuestro hombre, o todo se acaba de ir a la mierda por alguna otra razón? ¿Sigue siendo necesario preguntar a los otros hombres tigre? ¿Sólo guiamos a nuestro equipo a morir hacia el bastardo de Bendez?

—Esas son unas excelentes preguntas —dije.

—Pero no tiene unas excelentes respuestas para ellas, ¿verdad?

Tomé una respiración profunda, un error tan cerca de los muertos recientes. Luché contra mi estómago una vez más, y luego dije con calma:

—No, Sargento Hooper, no las tengo.



CUARENTA Y SIETE

Estaba de vuelta en una de las salas de interrogatorio de las Vegas, pero esta vez estaba en el otro lado de la mesa. Paula Chu en el lado equivocado en esta ocasión. Ella fue la mujer tigre que tan amablemente se arrodilló en su jardín delantero, en espera de que la policía se la llevara bajo custodia. También había sido la novia de Martín Bendez. ¿Coincidencia? La policía no creía en ellas. La coincidencia es sólo un crimen que no se ha descubierto todavía, a menos que no lo séa. Sólo porque no crees en algo no significa que no sea cierto.

Paula Chu no era mucho más alta que yo tal vez cinco con cinco o cinco con seis, su cabello blanco-rubio y corto, pero tenía bastantes mechones de pelo muy poco ingeniosos que salían aquí y allá, apostaba que si se dejaba crecer el pelo sería ondulado. Sus cejas estaban emparejadas con su pelo y sus ojos eran azules, del azul más claro que había visto nunca, casi blancos. Llevaba un maquillaje que complementaba la palidez

de su rostro y sus ojos acentuados, arrastrando el color que podría salir de ellos. Era tan pálida, que sin maquillaje en los ojos parecía sin terminar, como la masa que necesita ser horneada. Con el maquillaje era hermosa y delicada como la primera vista de la primavera.

Los hermosos ojos delineados, no tenían nada de delicados cuando se inclinó y me miró a través de la mesa. ¿Por qué no lloraba la muerte de su novio? Fácil, no sabía que estaba muerto todavía. Había entrado en este ambiente antes de los fuegos artificiales. Me senté frente a ella, sabía que el hombre que amaba estaba muerto, y no se lo dije. Lo estaba guardando para cuando pensara que podría ganar algo en el interrogatorio. ¿Eso me hace una hija de puta? Probablemente, pero después de la escena del crimen que acababa de ver, podía vivir con eso.

—¿Usted sólo se sentará ahí a mirarme? —Preguntó al fin. Su voz goteaba hostilidad.

—Estamos esperando a alguien —dije, y hasta esbocé una sonrisa, aunque no fui capaz de empujarla para que llegara a mis ojos.

Edward estaba apoyado contra la pared del fondo. Él la sonrió maravillosamente.

—Disculpe las molestias, Sra. Chu, pero ya sabe cómo es esto.

—No, dijo ella. —No sé como es, sé que la policía puso vigilancia en mi casa y me arrastró. Al parecer soy sospechosa de la masacre de los oficiales del SWAT y de nuestro verdugo local.

Reaccioné a eso, tensando los hombros, ella lo sintió, lo vio. Mi pulso subió sólo un poco.

—¿Quién te dijo eso?

Ella me sonrió. Su sonrisa no llegó a sus ojos, tampoco.

—Así que eso es por lo que estoy aquí.

—No hemos dicho eso, Sra. Chu —dijo Edward, en su alegre voz de Ted.

—No tenía por qué; ella reaccionó a eso. —Me dio todo el peso de sus ojos claros.

Miré a los ojos pálidos del tigre en el rostro humano y sentí un escalofrío de, ¿miedo, adrenalina? Se refería a mi fantasma, pero la adrenalina no es buena cuando llevas dentro bestias peludas como polizones.

Había levantado mis barreas tan fuerte como pude. Bastante difícil que no hubiera recogido el hecho de que no era del todo humana. Es interesante

saber que podía escudarme lo suficientemente bien como para pasar por presa para Paula Chu. Pero ese pequeño chorro de adrenalina fue suficiente para que la tigresa blanca se pusiera de pie y la mirara desde la distancia de ese paisaje interior. Era el turno de Chu para tensarse. Mi turno para verla y darle una sonrisa de satisfacción. Su voz era aún un poco débil en los bordes.

—No puedes ser uno de nosotros.

—¿Por qué no? —Pregunté.

Ella se tocó el pelo blanco.

—No eres pura.

—He sobrevivido a un ataque —dije. Lo cual era cierto, si ella pensaba que era una mujer tigre en toda regla, no era mi malentendido. Tenía la cara al instante con una mueca desdeñosa.

—Entonces no lo entiendes. No es culpa tuya, pero no lo puedes entender.

—Ayúdame a entender —dije.

Sus ojos se estrecharon.

—Pensaba que si te convertías en un cambiaformas, se llevarían tu placa.

—Estoy al Servicio de los Marshall de la rama sobrenatural. Las reglas son un poco más laxas.

Ella seguía dándome esa mirada sospechosa. Su nariz delicada estalló mientras olfateaba el aire.

—No es sólo el olor del tigre; hueles a nuestro clan. Hueles a tigre blanco. Eso no es posible.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no es posible?

—Deberías oler a tigre, pero de los habituales tigres naranjas. Uno de nosotros pudo atacarte y hacerte un tigre, pero todavía no serías del clan.

—¿Quieres decir que no me convertiría en un tigre blanco, incluso si un tigre blanco fuera el atacante?

Ella asintió con la cabeza, y estaba desconcertada conmigo.

—Exactamente.

El tigre blanco se había puesto de pie y comenzó a trotar por ese camino largo y oscuro a través del bosque, en un lugar en que sólo en los sueños debía haber sido real. Me concentré lentamente en ella, y luego se detuvo. Empezó a caminar alrededor del camino, como algo enjaulado.

Pero se había detenido, y eso era todo lo que me importaba.

Chu se inclinó un poco más sobre la mesa.

—Huelo a tigre blanco. Hueles como el clan. ¿Te escondes de nosotros? ¿Te tiñes el pelo y te pones lentillas en los ojos? Tu piel es lo suficientemente blanca para que pase por uno de nosotros.

—Lo siento, pero soy totalmente natural. —Quería mirar atrás y ver a Edward en su rincón, pero no me atreví. Sabía que él estaba allí y que sería de ayuda si lo necesitaba, pero sobre todo era por si acaso Paula Chu intentara tirar a todos los tigres de culo.

Nos habían dicho que esperáramos a que el detective Ed Morgan llegara antes de interrogarla sobre los crímenes. Hasta ahora, no habíamos roto esa regla. Sólo dos cambiaformas hablando de tiendas.

Ella medio se levantó de su silla. Las esposas evitaron que levantara sus manos y la mantuvo de tal manera que no estaba por completo de pie, pero aún así Edward dijo:

—Siéntese, señora Chu, estará más cómoda de esa manera.

Ella hizo un sonido que podría haber sido una risa, pero era totalmente amargo. Se dejó caer de nuevo en la silla.

—Sí, supongo que es más cómodo.

Me miró, y sentí el primer goteo de su energía como una búsqueda manual en la oscuridad, otra mano para sostener.

—No trate de leer mi energía con la suya —dije, y traté de cerrar los escudos de nuevo tan fuerte como cuando había empezado la entrevista. Sin embargo, la tigresa blanca seguía el paseo en el camino. No podía pasar mis órdenes para dejarla donde estaba, pero no tenía suficiente control para alejarla por completo. Ese conocimiento hizo que la velocidad de mi corazón aumentara un poco. E hizo que la tigresa dentro de mí empezara a moverse por el camino otra vez. Paula Chu tomó un gran y ruidoso respiro en busca de aire. Sus ojos se agitaron cerrados, y se estremeció en su asiento.

La tigresa blanca dentro de mí comenzó a venir a toda prisa por el camino. O intentaba a toda prisa sujetarla o tendría que salir de la habitación. Normalmente, la sujetaría, pero no podía permitirme el lujo de caer al suelo y empezar a retorcerme. Había estado cerca del cambio y tenía la sangre y el fluido del cambio debajo de las uñas. Si lo hiciera y la policía de Las Vegas me viera, echarme del caso sería lo menos que sucedería.

Me puse de pie. La tigresa estaba corriendo ahora, tan rápido que las

rayas negras desaparecieron en las manchas blancas.

—Anita, ¿estás bien? —Preguntó Edward, apartándose un poco de la pared.

Negué con la cabeza.

—Necesito un poco de aire —dije.

La mujer al otro lado de la mesa abrió los ojos.

—Eres poderosa, pero nueva. No tienes el control todavía —dijo.

Fui a la puerta y golpeé en ella.

—Pulsa el timbre —dijo Edward. Se había acercado a mí y a la sospechosa.

Busqué el timbre. Escuche el sonido. No pasó nada. Alguien tenía que dejarnos salir. Hasta ese momento, había estado de acuerdo con esto. Me imaginé una pared de ladrillos en el camino de la tigresa dentro de mi cabeza. Ella dejó de correr y gruñó a la pared.

Mi pulso todavía latía en mi garganta, pero hubo un alivio en el sabor de mi propio latido de corazón. Podría hacer esto, había estado practicando durante meses para poder controlar a mis animales y poder hacer viajes fuera de la ciudad sin un pelotón de hombres animales para ayudarme a controlar totalmente la lucha interna. ¿Qué había en estos tigres que hacia el control mucho más difícil? ¿O era simplemente el estar demasiado lejos de Jean-Claude y nuestra base de poder? Ese pensamiento aceleró mi pulso de nuevo. ¿Y si no podía controlar mis poderes si estaba demasiado lejos de… mi maestro? Realmente deseaba no haber pensado en eso.

El tigre en mi cabeza se agachó, empujó su cuerpo contra el suelo de esa posición imposible. Sentí que su cuerpo se tensaba para brincar y me di cuenta de mi error demasiado tarde. Los tigres pueden saltar de dieciocho a veinte metros en vertical. Mi muro no había sido lo suficientemente alto. Pasó por encima del muro en un músculo completamente consolidado, y corrió por el camino. Si llegaba al final, me golpearía. Era como ser atropellado por un camión pequeño de adentro hacia afuera.

—Tú estás bajo control, no la bestia. Eso siempre será así, —fue Paula Chu quien habló.

—Es tu energía la que me está jodiendo. —Puse otro muro en el camino del tigre. Éste era de metal, alto y brillante, tan alto que se levantaba entre los árboles. No iba a saltar este.

—No he hecho nada lo suficientemente fuerte para causar tantos problemas, incluso entre los recién transformados.

Negué con la cabeza, todavía no la miraba.

—No sé de qué va tu clan, pero su energía me jode. Simplemente lo hace.

—Eso sólo sería cierto si fueras un miembro nacido de nuestro clan, perdido y encontrado ahora, pero si tu color es real, entonces no puedes ser nacida pura.

El tigre blanco en mi cabeza gruñó y se paseó ante el muro de acero. Desnudó los colmillos relucientes y me rugió. El sonido reverberó a lo largo de mi espina dorsal como si me hubiera convertido en un tenedor ajustado al tamaño humano.

—He oído tu llamada —dijo, con voz tensa.

—No lo estoy haciendo —dije. Golpeé el timbre otra vez, pero lo supe. Shaw, o alguien, estaba mirando. Querían ver qué sería de mí sí me quedaba ahí el tiempo suficiente. Si cambiaba de forma de verdad, perdería mi placa. Lo único que me salvaría sería que tenía demasiados tipos de licantropía, y no podían probar que era un cambiaformas real. A Shaw le encantaría probar eso. No sólo me sacaría de este caso, lo haría de todos los casos, para siempre.

—Estás pidiendo ayuda. Es una llamada de socorro, pero sólo nuestras reinas pueden hacer la llamada tan fuerte.

Intenté hacer callar al tigre dentro de mí, pero ella no lo haría. Seguía pidiendo ayuda. Mierda.

—¿Qué hago para detenerlo? —Pregunté.

—Puedo ayudar a calmarlo, pero me tienes que tocar para hacerlo.

—Mala idea —dijo Edward, y dio un paso más cerca de mí.

Negué con la cabeza y le miré.

—¿Y si me puede ayudar?

—¿Y si lo hace peor? —Dijo.

Nos miramos el uno al otro. El intercomunicador en el cuarto se encendió.

—¿Qué coño estás haciendo ahí, Blake? Los otros tigres están enloqueciendo.

—Déjame salir —dije—, y mejorará.

—No lo puedes detener sola —dijo Paula.

—Vete a la mierda —dije.

—Déjame calmarte. Es la forma de calmar a los jóvenes y a personas inexpertas.

Crispin me había hecho eso una vez, cuando las cosas eran mucho peor. Pero… no la conocía, y era la novia del hombre malo, ahora muerto. ¿Quería ayudarme o hacerme daño?

—Deja que te ayude, Marshall. Una de las personas que te atacaron, era de nuestro clan y por eso nuestro clan entero tiene una deuda contigo.

—No fue un tigre blanco —dije, pero me había alejado de la puerta y estaba más cerca de la mesa.

—Anita —dijo Edward, y extendió la mano, luego la dejó caer—. ¿Estás segura de que es una buena idea?

—No —dije, pero seguí avanzando hacia ella.

—Si no fue un tigre blanco, ¿quién te atacó? —Preguntó.

—Amarillo —dije, y estaba de pie a su lado, mirando dentro de esos ojos azules. Sólo eso hizo que el tigre dentro de mí dejara de gritar. Era como si sólo estar más cerca de otro tigre blanco calmara a mi bestia.

—Un tigre amarillo —dijo, y frunció el ceño.

Asentí con la cabeza.

—El clan amarillo ha estado muerto durante siglos. No existen.

—Era el animal para llamar de un vampiro muy viejo.

—¿Qué pasó con ella? —Preguntó Paula.

—Está muerta.

—Tenías que matarla.

Asentí con la cabeza.

—Pero un tigre Amarillo te atacó —dijo.

—Lo dices como si eso hiciera una diferencia. ¿Qué más da el color del tigre que me atacó?

—El clan amarillo o dorado, era supremo a todos los demás clanes. Dominaban la tierra y todas las energías en él, incluyendo el resto de los clanes.

—Noticias para mí —dije.

Ella se encogió de hombros tanto como las cadenas se lo permitieron.

—¿De qué sirve hablar de algo que ya no existe? Pero si un tigre amarillo te atacó, entonces podría explicar por qué pareces tener tanto poder.

—Era amarilla —dije. Me giré hacia Edward.

Él sabía lo que quería sin que tuviera que decir nada.

—Era de color amarillo pálido con rayas más oscuras.

—¿Tú estabas allí?

—Sí —dijo.

—¿Atacó a alguien más? —Preguntó.

—Sí, pero según las pruebas de licantropía está limpio. Soy la única que tuvo suerte. —Sólo estar de pie junto a ella me hizo más fácil la respiración. Tal vez la idea de que podía viajar sin mi propio cuadro de hombres animales simplemente no era posible. Tal vez nunca placa federal de todos modos. ¿Qué tiene de bueno un verdugo que no podía viajar a donde los chicos malos están cometiendo sus crímenes?

El portero volvió a sonar.

—Ahora los otros tigres están tranquilos otra vez. ¿Qué estás haciendo ahí, Blake? —Era Shaw, tal y como esperaba. Lamentaba que su esposa huyera y se acostara con un cambiaformas, pero no era culpa mía.

Edward fue al intercomunicador de nuestro lado y le habló.

—Tenemos la energía del tigre bajo control, eso es todo.

—¿Qué está haciendo Blake? —Preguntó Shaw.

—Su trabajo —dijo Edward, y soltó el botón.

Miré a los ojos del tigre extrañamente suaves en el rostro de la mujer.

—¿Sabías en lo que se involucró Martín?

Ella parpadeó hacia mí. Su cara no me dijo nada, pero sus labios se entreabrieron, la respiración se aceleró un poco. ¿Fue porque sabía algo, o porque había mencionado a su novio? ¿O era sólo estar esposada de arriba a abajo y ser interrogado por la policía? Es lo que tiende a poner a la gente nerviosa, incluso reaccionan de forma exagerada. Es una de las razones por las que se prefiere interrogar a la gente en su casa o en algún lugar más informal. Pero ya era demasiado tarde para ser casual. Demasiado tarde para muchas cosas.

Estaba mirándola a los ojos, cuando dijo:

—No.

No le creí. No estaba segura de por qué, pero al mirar en los ojos azul pálido del gatito, supe que estaba mintiendo. No era por mis poderes metafísicos. Era la misma reacción visceral que cualquier policía tiene al pasar un tiempo. Sólo lo sabes. Ahora, tal vez no estaba mintiendo para esconder algo. Tal vez estaba mintiendo porque tenía miedo, o simplemente porque podía. La gente miente por las razones más estúpidas. Pero era una mentira para ocultar algo. Estaba mintiendo porque había información que necesitábamos. Eso fue útil. Nos dio un lugar a donde ir y a alguien a quien preguntar. Nos dio algo útil para todas las nuevas muertes

que había visto hoy. Si Paula Chu sabía algo, entonces tal vez los oficiales que habían muerto, y el SWAT que se encontraba en estado crítico en el hospital… tal vez, todo eso no habría sido en vano.

Me di cuenta, mirando a sus mentirosos ojos, de que ya no creía eso. Incluso si ella lo sabía todo, hasta el maldito secreto de la salsa secreta, y nos contaba todo, no importaba. No les importaba a las familias de los oficiales asesinados. No importaba que el miembro del SWAT nunca pudiera caminar de nuevo, si se despertaba. Importaba que era una mentira que diríamos para poder seguir adelante y no querer comernos nuestra pistola.

La clausura era una palabra que los terapeutas usaban para hacer creer que el dolor se detendría, y que castigaría al malo, o averiguaría por qué, trayendo tu paz. Esa era la mayor mentira de todas.

—Anita —dijo Edward—. ¿Estás bien? —Estaba más cerca de mí de lo que había estado, todo el camino al lado de la mesa con Paula y yo. No había escuchado, sentido, o visto que se moviera.

Negué con la cabeza.

—No, no estoy bien. —En mi cabeza pensé, estoy fuera de mi juego. ¿Qué había de malo en mí?

Edward me tomó del brazo y me llevó detrás de la mujer. Cuanto más lejos, más se aclaraba mi cabeza, pero el tigre dentro de mí todavía estaba ahí, agazapado al otro lado de la pared de metal en mi cabeza. Pero estaba acostada, sólo la punta negra de la cola se agitaba, haciéndome saber cómo estaba de irritada conmigo.

La puerta se abrió y el Jefe de Detectives Ed Morgan entró con una sonrisa. Estaba jugando con esos grandes ojos marrones y esas buenas miradas de chico bueno era todo lo que valía la pena en él. Él sólo irradía encanto. Ah, cierto, habíamos estado esperándole. ¿No nos había advertido Shaw abstenernos de hacer cualquier pregunta directamente relacionada con el caso hasta que Morgan llegara? Supongo que lo hizo. A la mierda.

—Buenas tardes, Paula, ¿puedo llamarla Paula? Soy Ed. —Dejó el archivo sobre la mesa entre ellos, tomó la silla en la que había estado sentada, y sonrió. Habrías pensado que Edward y yo no existíamos.

—Puedo seguir desde aquí, Marshall. Al Sheriff Shaw le gustaría hablar con usted. —Morgan sonrió, lo suficientemente amplio para ver un destello de sus hoyuelos, pero en el fondo de esos ojos marrones había una chispa poco amistosa. Pensé que conseguiríamos una reprimenda. Genial.

Edward mantuvo su control sobre mi brazo, como si no se fiara de lo que hiciese. Si hubiera habido un espejo para mirar, habría marcado lo que decía mi expresión, pero no había más que paredes. No tenían suficientes habitaciones de interrogatorio con grandes ventanas y brillantes espejos de dos ventanas, por lo que habían puesto la mujer en una donde no podían vigilarla tan bien. Había una cámara sobre ella, pero ella no consideró la ventana. Era la única con una conexión real con el hombre tigre muerto, y no estaba cualificada para el mejor cuarto, aunque ahora tenía a uno de sus mejores interrogadores. Olía a política de oficina.

Edward me condujo hacia la puerta que aún estaba abierta. Todo lo que veía o sentía de mí, o en mí, le estaba poniendo nervioso. No sentí ese miedo. No sentí mucho de nada. Una vez más, tuve ese pequeño pensamiento ¿Qué hay de malo en mí?

Me guió hacia la puerta abierta. Miré hacia atrás y me encontré a Paula Chu mirándome. En el momento en que encontré sus ojos, la tigresa en mí se puso de pie. Volvió a rugir, pero esta vez la pared de metal tembló con el sonido, como si su rugido lo hubiera golpeado como un gran gong. Me tambaleé, y Edward tuvo que estabilizarme.

Se inclinó y me susurró:

—¿Qué pasa?

—No estoy segura, pero tengo que alejarme de estos tigres.

—Cierra la puerta al salir. Paula y yo estaremos bien, ¿verdad? —dijo Morgan.

Se alejó de nosotros, pero supe que estaba perdiendo la brillante sonrisa ante ella. Ella ni siquiera le miró. Sus ojos eran todo para mí.

Empujé la puerta, y sólo el agarre de Edward en mi brazo me impidió comenzar a correr. Mi respiración estaba acelerada. Mi pulso ya corría. Podía sentir a los otros tigres en las salas de interrogatorio. Les podía sentir. Los únicos hombres animales que debería sentir eran los que estaban metafísicamente atados a mí o Jean-Claude. No estaba lo suficientemente cerca de ninguna manera a los tigres blancos de Las Vegas para sentirlos con fuerza. Algo estaba mal.

Los dedos de Edward se hundieron en mi brazo. Excavando lo suficiente como para que protestara por el dolor, pero ayudó a despejar mi cabeza. Algunos moretones valían la pena, y el momento de dolor ayudó, lo sabía bien.

—Están empezando a enrollarme… —Le susurré.

—¿Vampiro? —Él lo hizo una pregunta.

—A menos que la reina de los tigres blancos pueda hacer la mierda que sólo he visto hacer a los vampiros antes, sí.

—¿Vampiro o tigre? —Preguntó, en voz baja.

Recogimos unas cuantas miradas de los policías al pasar. ¿Veían el moratón del agarre o el susurro? ¿O eran los rumores tan buenos que nos acababa de convertirme en una curiosidad?

Miré un par de uniformados que me estaban mirando.

—¿Te gusta lo que ves?

—Déjalo, Anita. —Edward sólo nos mantuvo en movimiento más allá de ellos. Aflojó el apretón en el brazo un poco, y al instante pude sentir a los tigres detrás nuestro en las habitaciones. Casi podía verlos mirar hacia arriba intentando verme.

Me apoyé en él, y susurré:

—Tensa el agarre.

—¿Qué?

—El dolor me ayuda a mantener la cabeza clara.

Volvió a la contusión del brazo, y seguimos caminando hacia las puertas. Pude ver la presión de la calurosa y blanca luz del sol contra las puertas.

—Si la luz del sol ayuda… —dijo.

—Entonces es vampiro —dije.

—Si no es así… —dijo.

—Tigre —dije.

Ni siquiera se molestó en decir que sí. Los dos sabíamos lo que estábamos haciendo y por qué. Bernardo llamó detrás nuestro.

—¿Dónde está el fuego?

Edward miró hacia atrás, pero yo no lo hice. Tenía mis ojos en la meta, las puertas. Me concentré en la presión de los dedos de Edward en mi brazo y en la luz del sol, justo por delante.

—Necesitamos un poco de aire, —volvió a decir. Bernardo, y Olaf si estaba con él, sabría que no nos movíamos tan rápido por un poco de aire. Era la forma abreviada de las personas que se conocían entre sí. Sabían que Edward era quien mejor me conocía, pero su abreviatura en ese momento trabajaba sólo de super para todos nosotros.

Bernardo y Olaf se encontraron con nosotros cuando llegamos a la zona del vestíbulo exterior. Víctor se levantó de donde había estado sentado. En

el momento en que lo vi, la tigresa en mí rugió de nuevo, y esta vez el escudo de metal que había construido en su camino vaciló como el agua. No se rompió, pero se dobló.

Edward ni siquiera disminuyó el paso, pero saludó a Víctor, y nos mantuvo en dirección a la puerta. Bernardo tenía la puerta abierta y nos esperaba, como si hubiera recogido una urgencia. Olaf estaba en desventaja detrás de todos nosotros, no ayudaba, pero no obstaculizaba, tampoco. En este momento, lo tomé como no obstaculizar.

La tigresa saltó dentro de mí sobre el metal retorcido y comenzó a subir.

—Rápido —dije.

Edward me sacó por la puerta. El calor me golpeó en primer lugar, me robé el aliento, era como entrar en un horno. El tigre no lo dudó. Quería salir.

Entonces la luz me golpeó, y era como un faro caliente, y blanco. Cortó a través de una oscuridad que no había podido ver. Una oscuridad que Ella sujetaba. Se puso de pie en la oscuridad y me gritó. Pero la luz del sol le interrumpió, y todo con lo que tuve que luchar ahora era con el tigre que había logrado subir mis escudos y corría a toda velocidad hacia mi superficie. No sabía por qué a *Marmee Noir* le gustaban los tigres tanto, pero había hecho algo para debilitar mis defensas.

Traté de poner un escudo, y no pude. *Marmee Noir* se había ido por ahora, expulsada por el sol, pero lo que había hecho en mi interior todavía estaba ahí. Todavía me paralizaba.

Edward todavía tenía un apretón ligero sobre mi brazo.

—Anita, ¿estás bien?

—El vampiro se ha ido, pero me ha hecho algo. —El tigre estaba en plena carrera, una mancha de color blanco y negro, y si golpeó mi superficie, lo menos que ocurriría sería que cayera al suelo y casi cambiara. Lo peor, que *Marmee Noir* hiciera de mí un tigre de verdad.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó Olaf.

—Tengo una pregunta mejor, ¿Qué está sucediendo? —Preguntó Bernardo.

Si hubiera tenido un hombre leopardo o a un hombre lobo, o incluso un hombre león, podría haber distraído al tigre dentro de mí, volver a las bestias unas contra otras, o incluso a un tigre de un color diferente. Me quedé en el calor y la luz, y necesitaba cosas que no podía explicar a los

demás.

—Puedo ayudar a calmar a su tigre —dijo la voz de Víctor detrás nuestro. Él nos había seguido a la luz.

—No lo creo —dijo Edward.

—No —dije—. Quiero decir, sí.

Edward me miró.

—Anita, estuvo a punto de traer a tu bestia antes.

—Eso fue un accidente —dijo Víctor—, pero estoy capacitado para ayudar a las mujeres de mi clan a mantener su forma humana.

Edward me acercó más a él. Pero estábamos fuera de tiempo, el tigre estaba a punto de golpear la superficie.

—Déjame intentarlo, Edward, o podría ser tigre de verdad.

Levanté la mano hacia Víctor, y Edward me dejo ir, de mala gana. Víctor puso las manos a ambos lados de mi cara, de la forma en que Crispin lo había hecho cuando lo conocí en Carolina del Norte. Se quitó sus gafas de color, por lo que miré a sus ojos de color azul pálido, desnudos a la luz. Caí en sus ojos, y el tigre frenó en mi interior. No se detuvo, pero fue más despacio.

Descendió la cara hacia la mía.

Sentí movimiento a un lado y capté la presencia alta, y oscura de Olaf. Edward le impidió tocarnos.

—Déjale, —dijo Edward.

Víctor me dio un beso. Apretó la boca sobre la mía. Con Crispín había obligado a mi bestia a entrar en él y traje a su tigre, ahora Víctor respiró su poder dentro de mí. No su bestia, sino su poder. La piel hormigueó, me dejó sin aliento, como si no hubiera sentido nunca a ningún licántropo, excepto a su propia madre.

El tigre dentro de mí hizo una pausa y comenzó a trotar otra vez, tan cerca, tan cerca de estar fuera.

Víctor se retiró lo suficiente como para decir:

—Debes aceptar de buen grado mi poder. Eres demasiado fuerte para que pueda calmar tu bestia a la fuerza.

La tigresa estaba en la superficie, como si estuviera mirando desde el fondo de la piscina, y yo era la piscina. Las bestias antes se estrellaban siempre contra mí, como si fuera un objeto sólido al que desgarrar, pero ahora era agua, y la tigresa dudó.

—Mírame, no a tu bestia, Anita. —Él llamó mi atención de nuevo a sus

ojos, a su cara.

La tigresa estaba peleando con una garra hacia la parte inferior del agua que era yo, y sólo las manos de Víctor me mantuvieron de pie. Siempre antes eso me había herido más, pero ahora sabía, sabía absolutamente, que estas nuevas barreras acuosas no detenían a la bestia. Lo que fuera lo que *Marmee Noir* había hecho, ella quería que cambiara. Quería que fuera tigre. No sabía lo que estaba pasando, pero sabía que cualquier cosa que quisiera, no se la daría.

El tigre dio otro paso, y juro que sentí movimiento en mi piel.

—Sálvame, —susurré.

—Déjame entrar, —me susurró a su vez, cuando apretó su boca contra la mía una vez más.

No estaba segura de cómo hacerlo, así que dejé caer el escudo de mis bestias. El tigre lanzó un rugido de triunfo, en el mismo instante que el poder de Víctor se estrelló contra ella. Ella gritó con su tacto, pero el poder la hizo retroceder. El poder de Víctor era un viento cálido y vivo que la persiguió, suave pero inexorablemente. Entonces, de repente, ella se había ido, y yo estaba sola en mi piel. Sola en mi piel, pero aún envuelta en los brazos de Víctor.

Él se apartó del beso, pero mantuvo sus brazos en mí, como si no estuviera seguro de que pudiera quedarme de pie. Yo tampoco.

—Estás sangrando —dijo Bernardo, en voz baja.

Miré hacia abajo y no pude ver nada en el chaleco, pero Víctor tenía sangre en la parte inferior de su cuerpo.

—No creo que sea mía —dijo.

Edward se movió para bloquear la vista.

—Tenemos que salir de aquí.

—Haces amigos demasiado rápido para nuestra maldita comodidad. —Hooper estaba allí, con algunos de su equipo.

—¿Puedes levantarte? —susurró Víctor.

Pensé en ello y luego asentí.

Víctor se alejó de mí, de pie, para que los policías no pudieran ver la sangre en su parte delantera.

—Lo siento si no le gusta cómo hago amigos, Sargento —dije. Pensaba eso, de hecho. Me gustaba Hooper y me hubiera gustado mantener su buena opinión, pero… Lo más importante era alejarse lo máximo posible de los otros policías y ver que tan seriamente herida estaba.

—Yo seré tu amigo. —Esto vino de Georgie.

—Lo siento, mi tarjeta de baile está poco más que llena.

—No es una broma de mierda. —Él me dio esa mirada que no quieres ver en un hombre que se supone que es un compañero de trabajo y nunca ha sido tu novio. Su rostro demasiado joven no tenía un buen aspecto.

Pero Hooper me estaba dando una mirada que quería aún menos. Entrecerró los ojos e intentó ver alrededor del bloque de cuerpos que eran los otros hombres. Se dirigió hacia nosotros. Echamos a andar con Edward hacia el coche. Víctor venía con nosotros. Hicimos nuestro mejor esfuerzo para mantener la sangre fuera de la vista. No se mostraba en mi negro sobre negro, pero la camisa pálida de Víctor mostraba el escarlata de la sangre.

Hooper envió a los otros hombres al interior, y luego siguió caminando hacia nosotros. Sánchez se encontró con él, le retuvo para hablar. Parecía que estaban discutiendo, pero nos dio suficiente tiempo para meterme en la parte trasera del coche. Víctor cogió la escopeta para que Bernardo pudiera ir directo al médico. Edward subió a la parte de atrás conmigo, y Olaf también. Tratamos de que Olaf condujera, pero simplemente no estaba de acuerdo en conducir. Hooper se había separado de Sánchez y se movía hacia nosotros. Estábamos fuera de tiempo para discutir.

—Conduce —dijo Edward.

Bernardo condujo.



CUARENTA Y OCHO

—Quítate el chaleco, Anita. Es posible que tengamos que ejercer presión sobre la herida.

Si hubiéramos sido sólo Edward y yo en el asiento trasero, estaría bien con eso, pero Olaf estaba sentado a mi lado como una sombra amenazante. Eché un vistazo a su cara y no vi nada en su rostro que me dieran ganas de desnudarme delante de él.

—Deja de ser una niña —dijo Edward—, sólo hazlo.

—Eso no es justo —dije.

—No, y sé por qué no quieres hacerlo, pero sangrar hasta morir sólo porque no quieres que Olaf te vea medio desnuda y sangrando es una estúpida razón para morir.

Viéndolo así…

—Muy bien —dije, y dejé que la palabra contuviera toda la ira que pude. Me ayudó a sacarme las fundas y las armas. Se las di a Edward,

como lo había hecho en casa de Bibiana, porque ¿a quién más iba a confiar mis armas? Pero dejé a Edward con las manos llenas y fue Olaf quien me ayudó a desatar el chaleco. Esperaba que se fijara en cada movimiento, de la misma forma en que lo había hecho en la morgue, pero estaba extrañamente serio. Simplemente desabrochó el velcro de los laterales y me lo quitó. En el azul de mi camiseta había vetas de color púrpura en el área del estómago, donde la sangre la había empapado. No era bueno.

Olaf de repente tenía un cuchillo en la mano.

—¡No! No tienes que cortar mi camisa, —le dije. Empecé a sacar la camiseta de mis jeans. Admito que estaba tensa, lista para que me capturara el dolor de las heridas. Cortarla en realidad hubiera sido más práctico, y la camisa se arruinó de todos modos, pero la vista de ese tipo grande que se cernía sobre mí con la enorme cuchilla dentada… De ninguna manera iba a darle una excusa para que la hoja estuviera más cerca de mi piel.

Debí haber hecho un pequeño sonido de dolor involuntario, porque Edward dejó mis armas en el suelo y tenía su propio cuchillo en la mano.

—Tenemos que verlo, Anita. —Abrí la boca para protestar, pero ya había recogido lo que faltaba de la camisa y estaba cortando. Podría haberle detenido, pero tenía razón, y no tenía miedo de Edward. Cortó por el centro de la camisa, su hoja lo suficientemente afilada para hacer una línea recta, casi quirúrgica hasta el centro. Corto hasta el cuello de la camiseta donde la hoja se detuvo. Podría haber protestado que realmente estaba medio desnuda ahora, pero pude ver mi estómago, y el hecho de que todos pudieran ver mi sujetador no parecía importante.

—Mierda —dije.

Había marcas de garras sangrientas en mi estómago. Había sangrado antes, cuando estuve a punto de cambiar, pero nunca antes había tenido heridas. La sangre se había filtrado de debajo de mis uñas, pero nunca esto.

Los dedos de Olaf se cernieron sobre una herida de filo irregular. Empecé a decirle, No me toques, pero dijo:

—Los bordes de las heridas están mal.

—No fueron desde fuera, ni desde dentro —dijo Edward.

Miré hacia las heridas, pero el ángulo no era tan bueno para mí, o tal vez sólo es difícil de ver tu propio cuerpo cuando tienes un corte abierto y analizas las heridas. Traté de ser positiva.

—Bueno, al menos no es tan malo como la última herida del estómago.

—Es verdad —dijo Edward.

—Sí, sus intestinos no están fuera esta vez —dijo Olaf. Lo dijo con demasiada calma, como si no hubiera importado entonces y no importara ahora. Supongo que, ¿qué se puede esperar de un sociópata?

Puso sus grandes dedos en las heridas. Hubo un estremecimiento leve en la mano, y tuvo que mover la mano más arriba para poder flexionarla y luego volver a ponerla sobre las heridas para trazarlas.

—Parece como si algo hubiera intentado salir de un espacio reducido.

Extendió su mano sobre las marcas. Empecé a protestar, pero me di cuenta de que la mano casi podía cubrirlos todos; fue una garra elegante, como si fueran garras. Elegantes como las heridas que había encontrado en las víctimas.

—Son del mismo tamaño —dijo. Puso su mano sobre las heridas. El dolor fue agudo e inmediato, y sé que hice un pequeño sonido, porque sucedieron dos cosas a la vez.

—Olaf —dijo Edward con esa advertencia en la palabra, y Olaf dejó escapar el aliento en un suspiro que fue totalmente inadecuado para la sangre y las heridas. Bueno, inadecuado si no fueras un asesino en serie.

—Deja de tocarme —dije, e hice cada palabra tan fuerte y firme como nunca lo había hecho. No sé por qué, pero por primera vez este tipo de comportamiento suyo no me asustaba. Sólo me molestó. Vamos a escucharlo por la ira.

Él movió la mano y me miró con los ojos oscuros cavernosos. Lo que vio en mi rostro no le agradó, porque me dijo:

—No tienes miedo.

—De ti, ahora no. Piensa que hubo algo que intentó salir de mí rasgando su camino. Lo siento, pero en la escala de horrible, esto tiene mi atención. Ahora deja de usar mi dolor como juego previo y ayúdame maldito seas.

Se quitó su chaqueta de cuero, la dobló y la puso contra mi estómago.

—Te haré daño, pero si aplico presión en las heridas no perderás mucha sangre.

—Hazlo —dije.

Apretó, y me dolió, pero a veces las cosas tienen que dolerte para algo ahora, por lo que no duelen mucho más tarde. Debí haber hecho un pequeño sonido porque Edward preguntó:

—¿Te está haciendo daño?

—No más de lo que necesita —dije, y estaba orgullosa de que mi voz

fuera casi constante. Vamos a escuchar a la dura como uñas caza vampiros. Ni se inmutaba al estar cubierta por asesinos en serie o con animales en su interior. Mierda.

—Víctor —dije.

Se giró en su asiento para mirarme. Sus gafas al parecer se habían quedado en la acera porque me estaba mirando con los ojos azules, desnudos de su tigre. No, no era su tigre, los hombres tigre como Víctor, nacen, no se hacen.

—Sí, pequeña reina.

—En primer lugar, deja de llamarme así. En segundo lugar, las marcas de las garras de mi tigre ¿serían del tamaño normal, si pudiera salir?

Lo pensó durante un segundo o dos. Bernardo tuvo que preguntar:

—Hice el último giro ¿ahora qué?

Le dio más instrucciones, luego se giró hacia mí.

—Tu caso es diferente… Pero creo que sí, sería el tamaño que tendrían.

—Mierda —dije.

—Las manos de Martin Bendez son más grandes que las de Anita, incluso siendo humano —dijo Edward.

—Nuestro asesino es una mujer —dije.

—No, algunos hombres tienen las manos tan pequeñas como tú —dijo Olaf.

—¿Alguno de sus hombres tigre tiene manos tan pequeñas? —Pregunté, y levanté una mano hacia Víctor para juzgar. Levantó la mano a través de los asientos y colocó su propia mano más grande al lado de la mía.

—Sólo Paula Chu.

—Espera —dijo Bernardo—, si no era Bendez el hombre tigre que estábamos buscando, entonces ¿por qué atacar a la policía?

—Buena pregunta —dijo Edward.

Víctor nos dio una respuesta.

—Hubo una ex-esposa que levantó cargos por abuso. No había sido uno de nuestros éxitos, y si los cargos eran entregados, entonces era o bien ir a la cárcel de por vida, o…

Bernardo termino por él.

—O una orden de ejecución en el culo.

—Sí. —En otros estados, podrían ofrecerle un lugar permanente en una de las áreas del gobierno para cambiaformas, pero Nevada, como la

mayoría de los estados del oeste, todavía tiene leyes bicho en los libros. Tres golpes para nosotros en esta parte del país por lo general significa la muerte.

—Podría haber sido útil saber eso antes —dijo Edward, y no como si estuviera feliz con Víctor.

Bernardo tomó una esquina un poco fuerte, por lo que Olaf tuvo que luchar para mantener el equilibrio. Apretó más fuerte y tuve que luchar para no hacer ruidos de dolor. Puso su pierna como una cuña para mantenerse en su lugar.

—Ese dolor fue accidental —dijo.

Había estado haciendo un buen trabajo ignorándole, teniendo en cuenta que era como seis con seis pies inclinados sobre mí, con las manos y su chaqueta en mi sangre, era un testamento o el shock o mi poder de concentración. Apostaba por el shock. Pero le miré y le vi. Vi el destello en lo más profundo de sus ojos. Le vi mirándome. Lo vi pelear por no mostrar todo lo que estaba sintiendo en su rostro, y falló. Movió la cara de tal manera que la única persona que podía mirarlo directamente era yo. Me miró, con sus grandes manos en el cuero, presionando sobre las heridas de mi cuerpo, entreabrió sus labios y entrecerró los ojos suavemente. Su pulso latía en gruesas y pesadas venas contra el costado de su cuello.

Traté de pensar en qué decir o hacer, para no empeorar las cosas, y, finalmente, trate de concentrarse en el trabajo.

—Tendrían que organizarse por prioridades, sólo rutina. —Miré a Víctor cuando lo dije, porque no podía soportar mirar más a Olaf. No quería dejar que me tocara, pero sabía disfrutar del miedo, e incluso del rechazo. No conocía una reacción que pudiera reducir su placer, excepto ignorarlo.

—Pero el Marshall Forrester tiene razón, debería haberlo mencionado.

—Las marcas de garras pueden demostrar que lo hizo otra persona, probablemente Paula Chu —dije.

—Pero no podemos explicar a la policía cómo lo sabemos que sin explicar tus heridas —dijo Edward—. Podrían quitarte la placa. Tenemos un margen de maniobra mucho mayor en el poder sobrenatural, pero si creen que puedes ser peluda de verdad en el trabajo, te querrán fuera.

—Ya lo sé.

—Por lo tanto —dijo Bernardo—, sabemos algo que necesitan saber, pero no compartiremos.

—¿Lo entenderán y creerán en nosotros incluso si decidimos compartirlo? —Pregunté.

Todos nos quedamos en silencio. Por último, Edward dijo:

—Sánchez podría, pero no sé el resto. Si Anita va a perder su placa, prefiero que sea por algo que la policía tomaría en serio, no por un soplo.

—Tienen a su chico malo —dijo Bernardo—. No van a querer creer que mataron al hombre equivocado.

—Pero si se trata de Paula, entonces podríamos saber donde se encuentra su retiro durante el día —dije.

Olaf nos sorprendió a la mayoría en el coche diciendo:

—Ted, ¿puedes hacerte cargo?

Edward no discutió, se puso de rodillas para presionar las heridas. Pero me dio unos ojos muy abiertos, como diciendo, ¿Qué demonios? Estuve de acuerdo. Olaf había dado voluntariamente la oportunidad a alguien más para tocar mi sangre y causarme dolor. ¿Qué estaba mal?

Olaf estaba mirando sus manos. Estaban ensangrentadas.

—¿Recuerdas, Anita, cómo no podías hacer tu trabajo en la morgue por mí?

—Sí —dije.

Se lamió los labios, cerró los ojos, y dejó que un estremecimiento pasara por él desde la cabeza calva a las puntas de sus botas. Abrió los ojos y dejó escapar un suspiro que le sacudió.

—No puedo hacer mi trabajo, si te toco así. No puedo pensar en nada más que en ti, la sangre, y las heridas. —Cerró sus ojos otra vez, y creo que estaba contando, o hacer lo que hiciera para recuperar el control.

Estábamos todos mirándole, excepto Bernardo, que tenía que conducir.
—¿Es esto? —Preguntó Víctor.

—Sí —dijo.

Olaf abrió los ojos.

—Algunos de nosotros tenemos que volver para ver más de la mujer, Paula Chu.

—De acuerdo —dijimos Edward y yo a la vez.

—Bernardo y yo podemos regresar —dijo.

—Gracias por ofrecerte voluntario, tipo grande.

—De nada —dijo Olaf, como si no se diera cuenta del sarcasmo en absoluto.

Estábamos en una parte de la ciudad que era más descendente en la

escala de la Franja, pero más allá de eso, no podía decir mucho más desde donde estaba recostada en el asiento del medio.

Bernardo y Víctor salieron; Bernardo abrió la puerta detrás de Edward. Empecé a tratar de levantarme, pero el dolor me agarró como una mano fuerte y me hizo parar en medio del movimiento.

—Déjame hacerlo, Anita —dijo Edward. Empezó a tirar de mí hacia fuera, tan suavemente como pudo.

Víctor miraba fijamente y dijo:

—Estamos siendo observados. Tal vez incluso fotografiados.

—¿Entonces por qué nos traes aquí? —Preguntó Edward.

—Era lo más cercano, y legítimamente se puede decir que están aquí para hacer preguntas a los compañeros de trabajo de Paula Chu, pero necesitamos que Anita camine por sí misma, si es posible.

—¿Puedes caminar? —Preguntó Edward.

—¿Hasta dónde?

—Diez metros. —Él sabía exactamente la distancia a la puerta. Yo nunca he sido capaz de ser tan precisa.

—Dame el brazo, permíteme ser la dama y lo haré.

Estuve en posición vertical, y la chaqueta de cuero cayó al suelo. Olaf se arrastró sobre el asiento y la recogió, quería tomar el brazo de Edward e intentar salir de la furgoneta por mi propio pie.

Olaf se acercó y ayudó a poner mi camisa sobre las heridas. A pesar de que el rojo y el azul habían hecho un montón de color morado en la camisa. Los extremos estaban metidos en mi pantalón para ocultar la división.

Estaba en pie, aunque mis manos estaban fuertemente agarradas del brazo de Edward más fuerte de lo que nunca había agarrado a un hombre. Me dolía sólo estar de pie, y pude sentir la sangre comenzar a correr por mi estómago. No era bueno, y si duele estar de pie, dolería más al caminar. Perfecto.

Edward había escondido algunas de mis armas en y alrededor de su cuerpo, pero muchas y mi chaleco estaban en el suelo.

—Armas —dije con una voz que era un poco tensa.

—Déjalas —dijo Víctor.

—No —dije.

Olaf simplemente empezó a recogerlas metiendo lo que pudo en su cinturón. Edward ya había añadido mi mochila a su carga. Cogió la chaqueta de cuero.

—Para ocultar mis manos —dijo.

Me di cuenta de que sus manos estaban salpicadas de sangre. Lo había visto momentos antes, pero algo en la visión, y de pie al mismo tiempo, hizo que el calor del desierto nadara a mi alrededor.

—Al interior, —susurré—, necesitamos estar en el interior pronto.

Edward no hizo ninguna pregunta, sólo me ayudó en la caminata. Las cosas en mi estómago empujaron mal cuando me giré. Mi estómago rodó en el interior amenazante. Recé para no caerme mientras mi estómago estuviera cortado. Eso sería muy doloroso. Tomé respiraciones superficiales a través de la boca en el calor, aún era aire, y me concentré en cada paso. Me concentré en hacer el movimiento tan natural como fuera posible para las cámaras, y en no moverme tan rápido que aumentara la abertura de las heridas. Fue uno de los paseos más cuidadosos que podía recordar. Estaba tan concentrada que no era realmente consciente del edificio hasta que vi que Víctor sostenía la puerta para nosotros. Entonces miré, y vi la señal que decía Trixie, y que había una mujer semidesnuda de neón sentada en una enorme copa de martini. La señal era suficiente, pero alguien se había sentido obligado a poner más neón en la ventana junto a la puerta que decía simplemente, Chicas, chicas, chicas, todas desnudas, todo el tiempo.

Le di un vistazo a Víctor mientras caminábamos lentamente. Me susurró:

—El doctor está esperando en el interior, y aquí es donde Paula Chu trabaja. Puedes buscar pistas y darles algo que les permita mantener la exploración sin revelar tu secreto.

No podía discutir con su lógica, y el aire dentro de la puerta estaba fresco. En este punto si podía acostarse y contaba con aire acondicionado, no me importaba donde lo hiciéramos. Me tragué la náusea una vez más y dejé que Edward me metiera en la fresca penumbra de Trixie, todos desnudos, todo el tiempo. Al menos el infierno se estaba enfriando.



CUARENTA Y NUEVE

La música sonaba fuerte, aunque no tan fuerte para dejarnos sordos como en algunos clubes. La música sonaba apagada, o tal vez era yo. Mis ojos se acostumbraron y vi pequeñas mesas esparcidas alrededor de un cuarto sorprendentemente grande. Había un escenario principal y unos más pequeños con mesas y asientos alrededor. Era antes de las siete de la tarde, y los hombres ya estaban sentados en la sala oscura. Las mujeres se arrastraban alrededor de las mesas, cuando se desnudaban mientras hacían la señal prometida. Aparté los ojos, ya que algunos puntos de vista deberían de ser vistos sólo por su ginecólogo o un amante.

El escenario principal estaba vacío, pero era enorme. Tenía una pequeña pista y un área circular con asientos alrededor. Nunca había visto un escenario como el de algún club de strippers, fuera de una película antigua. Víctor nos llevó a través de las mesas, y le seguimos, porque de haberme llevado por delante de los clientes no ayudaría a nuestra historia

de tapadera.

Edward no trató de consolarme, simplemente siguió con su brazo flexionado y sólido bajo mis dos manos y caminó lentamente. Olaf y Bernardo estaban detrás de nosotros. Víctor llegó a una pequeña puerta a un lado del escenario principal antes de que me las arreglara para llegar allí. El dolor se había ido más allá de sólo el dolor y estaba mareada. Mi visión estaba empezando a nublarse, lo que no era bueno. ¿Cuánta sangre había perdido, y cuánta estaba perdiendo?

Mi mundo se redujo a concentrarme en el movimiento de mis pies. El dolor en mi estómago era cada vez más distante, cuando mi visión comenzó a desdibujarse y ha entretejerse con la luz y las oscuras serpentinas a mi alrededor. Tuve un apretón de muerte en el brazo por Edward y confié en él para sacarme corriendo de cualquier cosa.

Escuché la voz de Edward.

—Anita, estamos al otro lado. Anita, puedes dejar de caminar. —Tuvo que agarrar mi hombro, me miró. Sólo le miré, viendo su rostro pero no entendía por qué las luces eran tan brillantes.

Una mano me tocó la frente.

—Su piel está fría al tacto —dijo Olaf.

Edward me levantó, y eso también me hizo daño, tanto que grité, y caí en el mundo de las brillantes serpentinas. Me concentré en no vomitar, y eso me ayudó a través del dolor. Entonces entramos en una habitación que estaba en penumbra de nuevo, pero no tan oscura como el club. Me habían puesto en una mesa bajo una luz. Había un paño debajo de mí, y el crujido de plástico debajo de eso.

Alguien estaba hurgando en mi brazo izquierdo. Vi a un hombre que no conocía.

—Edward —dije.

—Estoy aquí, —y se acercó al lado de mi cabeza.

La voz de Víctor se escuchó.

—Este es nuestro médico. Realmente es médico, y ha ayudado mucho a mi gente. Es muy bueno en la sutura hasta para nosotros, así que no tendrás cicatrices.

—Esto va a doler un poco —dijo el médico. Me puso una vía intravenosa y empezó a pasar líquidos. Yo estaba en shock. Sólo tuve una impresión del pelo oscuro y de la piel oscura, y que era más étnico que Bernardo o yo. Más allá de eso, era una especie borrosa.

—¿Cuánta sangre ha perdido? —Preguntó.

—No parecía mucha en el coche —dijo Edward. No hubo movimiento, y empecé a intentar mirarle, pero Edward me tomó la cara entre las manos.

—Mírame, Anita. —Era la manera en que un padre trataría de impedir que mires al médico feroz.

—Oh —dije—, esto no es bueno.

Él sonrió.

—¿Qué, no soy lo suficientemente interesante? Puedo traer a Bernardo para que puedas levantar la mirada. Es más mono.

—Estás bromeando, intentas distraerme. Mierda, ¿Qué es lo que está a punto de suceder?

—Él no quiere darte analgésicos, entre la pérdida de sangre y el shock. Si estuviéramos en un hospital con más equipo, habría posibilidades, pero sin eso, no quiere correr ese riesgo.

Tragué saliva, y esta vez no fueron las náuseas, fue el miedo.

—Hay cuatro marcas de garras —dije.

—Sí.

Cerré los ojos y traté de frenar mis impulsos, y luché contra el deseo de bajarme de la mesa y salir corriendo.

—No quiero hacer esto.

—Ya lo sé —dijo, pero mantuvo sus manos en mi cara, no era exactamente que me sostuviera, pero me mantenía mirándole.

Olaf dijo, de alguna parte a la derecha.

—Anita ha sanado peor que esto. No tuvieron que coser sus heridas en St. Louis.

—Eso es porque ella cicatrizó demasiado rápido como para necesitarlo —dijo Edward.

—¿Por qué no puede hacer eso ahora? —Preguntó.

Me había alimentado del rey cisne, y a través de él y de todos los hombres cisne en toda América. Había sido un incremento increíble de poder. Suficiente para salvar mi vida, y la de Richard y la de Jean-Claude. Habíamos estado todos terriblemente heridos. Tanta energía que, incluso después, cuando me habían cortado mucho peor que esto, me curó el corte abierto en un tiempo récord, casi como un licántropo real. Pero no quería explicárselo a los extraños, por lo que en voz alta les dije:

—No tengo la energía.

—Habría necesidad de una fuente muy grande —dijo Edward.

—Ah —dijo Olaf—, los cisnes.

—¿Quieres decir el *ardeur*? —Preguntó Víctor.

—Sí —dije.

—¿Qué tan grande sería el alimento que necesitas? —Preguntó.

—Se alimentó antes de estar herida. No creo que el sexo en estas condiciones fuese tan divertido. —Yo estaba de acuerdo con eso.

Las manos levantaron mi camisa de nuevo, lejos de la herida.

Traté de mirar.

—¿Qué está pasando? ¿Qué está haciendo? —Le dije al médico.

—Sólo estoy limpiando la herida. ¿De acuerdo?

—No, pero sí.

—Sólo mírame, Anita. —Los ojos azul pálido de Edward me miraban del revés. Yo nunca había dicho que su rostro fuera amable, pero ahora había simpatía donde nunca había pensado verla.

Las manos comenzaron a limpiar la herida con algo frío y sórdido.

—Mierda —dije.

—Me ordenaron que no quedara cicatriz. Si te mueves mucho, no puedo prometértelo.

—¿Quién te hizo prometer eso? —Preguntó Víctor.

—Sabes quién —dijo, y parecía lo suficientemente asustado como para que lo atrapara.

Edward me apretó la cara un poco más fuerte.

—Anita, es necesario que permanezcas inmóvil.

—Ya lo sé —dije.

—¿Puedes saberlo? —Preguntó.

—¿Quién? —Preguntó Víctor al doctor.

—Bibiana.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Víctor—, mi madre lo sabe. Alguien ha hablado con ella. Prefiero no tener a Anita aquí cuando ella llegue.

—No te muevas —dijo Edward.

El médico limpió un poco demasiado profundo, y me moví de nuevo, mis manos convulsionaron en la mesa.

—No lo puedo evitar, —admití finalmente.

—Bernardo, Olaf —dijo él.

—Mierda —dije. No quería que me ayudaran a sostenerme, pero… no había manera de que fuera a luchar contra algo. No los podía dejar.

Era curioso cómo ninguno de nosotros discutió que no quería estar aquí cuando l a madre de Víctor llegara. Me había casi enrollado bajo su poder cuando estaba bien, ahora débil, estando herida… No sabía si podía mantenerla fuera de mi cabeza.

Bernardo me tomó del brazo derecho y lo sujetó por dos sitios. Víctor me cogió del otro brazo con el goteo IV todavía en él. Cuando sentí una mano en uno de mis muslos, sabía quién tenía la mano izquierda tocándome: Olaf.

—Mierda —dije.

—Basta con mirarme, Anita. Habla conmigo.

—Háblame —dije.

Sentí las manos sobre mi estómago.

—¿Qué estás haciendo? —Y odié la forma alta en que mi voz sonó asustada.

—Voy a empezar a coserte. Siento que te cause dolor. —Entonces sentí el primer pinchazo de la aguja al pasar, pero no sería el último. Para evitar las cicatrices tendría que utilizar una aguja más fina, un hilo más fino. Se necesitaría más tiempo, más puntos en total. No estaba segura de que mi vanidad valiera la pena.

Edward me habló, mientras que los otros trataban de mantenerme quieta. Habló de Donna y los niños. Susurró sobre las misiones en América del Sur donde nunca había ido con él, y había matado a cosas que nunca había visto fuera de los libros. Me dio detalles más personales de lo que hubiera dado nunca. Si tan sólo pudiera permanecer inmóvil, habría seguido susurrándome sus secretos.

Seguí esperando a que el dolor se apagara, pero un poco de dolor no lo hace. Esto era fuerte y nauseabundo, y la sensación que mi piel tenía era más de lo que mi estómago podía tomar.

—Voy a vomitar, —logré decir.

—Va a vomitar —dijo Edward, y las manos se alejaron. Traté de girar muy rápido hacia mi costado, y perdí la comida que había intentado mantener dentro en la última escena del crimen. Las Vegas se estaba convirtiendo en un pueblo muy divertido.

El dolor y el corte en algún lugar de mi estómago estaban frescos en medio del vómito. El médico me limpió la boca, entonces me puso de nuevo sobre mi espalda.

—Saltó algunos de los puntos de sutura que había hecho.

—Lo siento, —me las arreglé para decir.

El doctor parecía enfadado.

—Necesito que la sujeten, aún está en movimiento, y si sigue vomitando por el dolor, los puntos no podrán soportarlo.

—¿Qué quieres que hagamos? —Preguntó Víctor.

Me alegraba de que él no me estuviera cosiendo. Podían hablar eternamente si no empezaba de nuevo. Me di cuenta que no era sólo dolor, sino las sensaciones.

—Sujétenla —dijo el médico.

Los fluidos habían ayudado a aclarar mi mente y mi visión, para que pudiera verle claramente. Era afroamericano, con un corte de pelo cerca de su cabeza, constitución media, con pequeñas manos seguras. Llevaba una bata verde quirúrgica sobre su ropa, junto con los guantes a juego.

Las manos de Edward se movieron de mi cara para presionar los hombros a la mesa. Víctor tomó mis piernas y le dejó a Olaf el brazo que había estado agarrando, cuando el hombre protestó, Víctor le dijo:

—Soy un hombre tigre, ningún ser humano, no importa qué tan fuerte sea, me puede igualar.

A Olaf no le gustó, pero puso una mano en mi brazo, por encima del codo, y Víctor sujetó a la mesa la parte inferior de mi cuerpo. Era fuerte. Todos eran fuertes, pero gracias a las marcas de vampiros de Jean-Claude, yo también. Edward estaba presionando lo suficiente para sostener mis hombros todavía, pero no podía dejar de moverme, la aguja comenzó a moverse a través de mi piel otra vez.

—Grita —dijo.

—¿Qué?

—Grita, Anita, tienes que dejarlo salir de una manera u otra. Si gritas, tal vez no sigas moviéndote.

—Si me pongo a gritar, no pararé.

—No lo vamos a contar —dijo Bernardo en el brazo que estaba presionando, con una especie de desesperación en la mesa.

La aguja mordió mi piel, y tiró. Abrí la boca y grité. Puse todo el miedo, toda la lucha o huida a ese sonido. Grité tan rápido como pude respirar. Grité fuerte, largo, y me dejé caer en él. Grité y lloré y maldije, pero había dejado de moverme tanto.

Cuando el médico terminó, estaba temblando y cubierta de sudor y con náuseas, no podía enfocar mis ojos, y me dolía la garganta, pero habíamos

acabado.

El médico cambio la bolsa vacía de líquido claro por una nueva.

—Está en shock otra vez. Eso no me gusta.

Alguien trajo una manta y me cubrió con ella. Me las arreglé para hablar, con una voz que sonó tan dura, no era la mía.

—Tenemos que irnos. Bibi estará aquí y Paula Chu necesita ser vigilada.

—No vas a ir a ninguna parte hasta que haya otra bolsa de líquidos en ti —dijo el médico.

Edward estaba de vuelta en mi cabeza, alisándome el borde de mi pelo, los rizos se había pegado a un lado de mi cara.

—Tiene razón. No puedes salir así.

—Nos aseguraremos de que Paula Chu no se aleje —dijo Olaf.

—Sí —dijo Bernardo—, podemos hacer eso.

Se fueron, y me pusieron otra manta encima, porque mis dientes comenzaron a castañear. Edward me tocó la cara de nuevo.

—Descansa, me quedaré aquí.

No quería dormir, pero una vez que dejé de temblar, me pareció demasiado difícil mantener los ojos abiertos. Bibiana iba a venir, pero no había ni una maldita cosa que pudiera hacer al respecto. Me dormí y dejé que mi cuerpo comenzara a sanar. Lo último que vi fue a Edward tirando de una silla para sentarse a mi lado y poder vigilar todas las puertas, al mismo tiempo. Me hizo sonreír, y luego me fui al calor de las mantas y al cansancio de mi cuerpo.



CINCUENTA

Soñé y en el sueño caminaba por un pasillo blanco con puertas a ambos lados. Sabía que había algo detrás de las puertas, pero no sabía qué. Una de las perillas de las puertas se sacudió, y me asusté. Empecé a avanzar más rápido por el pasillo y me di cuenta de que llevaba algún vestido largo, blanco. Era pesado y difícil para caminar, en mi vida nunca había poseído nada igual. Los espejos se mostraban entre las puertas, y me entreví en ellos. Con la cara pálida ovalada, cabello negro apilado en la parte superior de mi cabeza, rizos hábilmente colocados por los hombros. Tenía una pluma en el pelo y joyas alrededor de mi garganta. Este no era mi sueño.

El espejo de al lado mostró una segunda figura a la par conmigo. Ella vestía de rojo, el color del terciopelo y pétalos de rosa. El oro brillaba aquí y allá, mientras se movía. Me puso en blanco y plata, con el destello de los diamantes. Ella vestía de oro y rubíes.

Me obligué a dejar de correr por el pasillo que no parecía tener más

camino. Me enfrenté a uno de los espejos, y allí estaba ella mirándome, de pie justo por encima del hombro de mi reflejo.

—*Belle Morte* —dije en voz baja, y fue como si su nombre fuera un conjuro, porque sentía que su mano se deslizaba alrededor de mis hombros, tirando la espalda contra su parte delantera. Ella era un poco más bajita que yo, pero la altura se la dio los tacones. Nuestro cabello era casi del mismo tono de negro, pero mientras que mis ojos eran marrones oscuros, los de ella eran casi ámbar.

—*Ma petite*, has sido una chica muy ocupada. —Susurró, y puso sus labios carmesí contra el blanco de mi cuello.

—No —dije. Dejó sólo una impresión perfecta de su lápiz de labios en mi piel. Me sonrió por encima del hombro, poniendo su cara junto a la mía.

—¿No te gusta nuestro tiempo juntas, *ma petite*?

Quería decir que no, pero su ego era demasiado grande y demasiado extraño y frágil para las verdades. Si se tratara de una verdad. Ella había venido a mí cuando estaba inconsciente, cerca de la muerte, y habíamos tenido relaciones sexuales. Me dio de comer suficiente energía como para ir a alimentarme en el mundo real y salvarme a mí misma, a Jean-Claude y a Richard, aunque no estaba segura de lo mucho que se preocupaba por nuestro rey lobo. Pero quería salvarme y a Jean-Claude. Todavía no estaba del todo segura de por qué lo había hecho. Belle nunca hacía nada sin una ganancia para sí misma.

Su mano se deslizó por la parte delantera de mi vestido blanco hasta que sus dedos empezaron a deslizarse hacia el corpiño. Le agarré de la muñeca para detener el movimiento.

—Si hubieras querido sexo, nos habrías puesto en una cama. ¿Qué hay detrás de las puertas?

Ella me hizo un mohín, esa boca suave, se inclinó vanidosa. A través de los recuerdos de Jean-Claude me acordé ese adorable mohín. Recordaba haber pensado que tenía la boca más besable en el mundo.

—Abre una puerta y mira.

—Tengo miedo.

—Son partes de ti misma, Anita. ¿Por qué tener miedo de ellas?

Eran mis bestias.

—Acabo de ser suturada de nuevo junto con uno de ellos. Prefiero no repetirlo. —Ella envolvió sus brazos tensamente alrededor de mi cintura, por lo menos no estaba tratando de tentarme.

—¿Sabes por qué no te podías curar, no?

—No tenía la energía suficiente.

—Has estado alimentando el *ardeur*, apenas lo suficiente para mantenerlo saciado, pero no lo suficiente para crecer más fuerte.

—No quiero ser más fuerte.

—Pero yo sí, *ma petite*.

—Yo no soy tu *ma petite*.

—Tú eres todo lo que digo que eres, —y sus ojos se ahogaron en el fuego ámbar.

Cerré los ojos como un niño escondido debajo de las sábanas por un monstruo, pero la mirada de vampiro realmente se puede evitar simplemente no mirándola. Su voz me susurró al oído.

—La Madre de Todas las Tinieblas está intentando convertirte en su instrumento levantando a tus tigres. No sé por qué es tan importante para ella, pero he sentido lo que te ha estado haciendo. Debes abrazar el *ardeur* porque es un poder que no entiende. Debe crecer fuerte en las partes de tu poder que son mi linaje, *ma petite*, o la oscuridad te alejará a mí y de Jean-Claude.

—¿Por qué te importa?

—Porque ella está tratando de usar tu cuerpo como su recipiente. Quiero que muera aquí y ahora, no que escape contigo. Debe morir aquí, por lo que debes ser lo suficientemente fuerte para mantenerla fuera. Abraza el *ardeur*, Anita, y tendrás un poder como nunca has soñado. Yo te ayudaré.

—No quiero…

Ella respiraba en mi oído.

—He oído tus pensamientos. No quieres alimentarte de tu amigo. No lo entiendo, es bastante guapo. Creo que sería adecuado.

El pensamiento me hizo abrir los ojos.

—No, —mi ira estalló, y sentí que era de la buena—, él es familia, no lo haces con la familia.

—Bastante puritana, pero muy bien, los tigres lo harán.

—No, —y pude mirarla a los ojos chispeantes, porque mi enfado ayudó a impulsar el suave poder, insistente de nuevo.

—De verdad te puedes alimentar de la ira, es interesante. No viene de mi línea de sangre. —El primer chorro de miedo a través de mí ahogó la ira. Eso era algo que no quería que nadie supiera.

—Es oscuro, y está en ese lugar donde los cuerpos de los vampiros duermen, *ma petite*.

—Deja de llamarme así.

—La reina tigre se mantuvo lejos de ti por tu amigo y su hijo, pero ahora los vampiros están despiertos, y serán malos. Si son tan traviesos como creo que van a ser, te daré la capacidad de defenderte.

—¿Qué vas a hacer? —Pregunté, y el miedo fue real. Necesitaba romper el sueño antes de terminar lo que ella había planeado.

—No puedes escapar a menos que lo permita, Anita, por favor. Eres poderosa, pero no has tenido aún una vida para practicar tus habilidades. No puedes ganar contra mí, y sin mi ayuda, no puedes aspirar a ganarle a la Madre de todos los Vampiros.

—¿Qué vas a hacer? —Pregunté de nuevo.

—No confías en mí.

—No —dije.

—¿Después de haberte salvado a ti y a mi Jean-Claude, todavía dudas de mí?

—Tengo miedo de ti. —Ella de repente se puso frente a mí, presionándonos juntas, procediendo a besarme.

—Bien, eso es bueno. Prefiero que me ames, pero sin amor, el miedo lo hará.

—Maquiavelo —dije.

—¿De dónde crees que lo sacó él? —Se echó a reír, mientras apretaba su boca contra la mía. Facilitando su voz a través de mi cabeza, o tal vez se hizo eco en el pasillo—. Si no te atacan, entonces mi regalo permanecerá latente. No puedo ser más justa que eso, *ma petite*.

Fue un beso, pero también fue calor. Los vampiros se supone que son algo fríos, pero ella no lo era. Me quemaba con toda la vida que la había alimentado durante siglos, y empujó ese fuego dentro de mi boca, en mi cuerpo. Un minuto estaba besando a Bella Morte, al siguiente me despertaba, jadeando, mirando a un techo que no conocía, y tenía un brazo sobre mis hombros. Por un momento el sueño y la realidad se reunieron, y entonces vi los músculos y que era un hombre. No era Belle, pero ¿qué coño? Edward estaba de pie sobre mí y a él pertenecía el brazo.

—Empezaste a entrar en shock, y dijeron que estar cerca del aura de otro hombre animal como tú podría ayudar.

Giré la cabeza para encontrar a Víctor parpadeando hacia mí, como si

también él hubiera dormido. Por la sensación de las cosas, no estaba segura de que llevara toda la ropa.

—¿Y esto te pareció una buena idea, Ed… Ted?

—Me ayudó, Anita. En el momento en que te tocó de esa manera, ayudó.

—Ves, eres uno de nosotros, Anita. —Era la voz de Bibiana.

Edward me dio la Browning BDM antes de quitarme las mantas de encima, lo que me hizo saber que las cosas no eran buenas. Víctor tensó su cuerpo a mi alrededor, donde se había acurrucado en el sitio. La tensión repentina me hizo saber que no podía haber sabido que su madre estaba allí. Yo estaba en un sueño narcotizado lo que era una cosa, pero ¿por qué Víctor había dormido a pesar de todo?

Edward me ayudó a sentarme.

—¿Cómo te sientes?

Esperé a que doliera.

—No está mal. —Me sentía demasiado bien, en realidad—. ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo?

—Ya han pasado cuatro horas.

Víctor tenía su brazo envuelto alrededor de mi cintura, y tuve que admitir que se sentía sólido y real y no algo malo. Pero desde luego, cuando estaba canalizando a mis bestias, el tacto era siempre bueno.

Pude ver más de la sala ahora. Bibiana estaba sentada en un sofá pequeño que estaba a un lado de la habitación. Esta era la primera vez que había visto realmente el ambiente. Era un pequeño apartamento completo con una cama redonda que se hubiera visto muy bien en una casa de putas. El sofá de terciopelo rojo era igual. Había sillas y cojines y una pequeña cocina. En la mesa en la que estaba acostada era la mesa del comedor, con sillas talladas apartadas para hacer espacio al médico y a todos los demás.

El médico todavía estaba allí. Se acercó para comprobarme, y Edward le permitió comprobar el pulso. Estaba sin camisa, por lo que comprobar los puntos de sutura fue bastante fácil. Tuvo que mover el brazo de Víctor para mover las vendas a un lado.

—Está casi curada. —Me miró—. Vi que las marcas de garras habían venido de dentro de ti, como si algo estuviera arañando su salida, no eres humana, ¿verdad?

—Compartí mi energía con ella —dijo Víctor. Se sentó en su lado de la mesa tirando la manta alrededor de su desnudez.

—Pero si no hubiera tenido su propia tigresa blanca para que pudieras compartirla con ella, no habría funcionado —dijo Bibiana.

—Lo que sea —dije. Dejé a Edward que me ayudara a levantarme. Podía soportarlo. ¡Sí!

Edward me miró, y luego movió su mano. Me puse de pie por mi cuenta.

—Bueno, nos vamos de aquí entonces. —Me puse la mochila al hombro.

Él ya había agregado algunas de mis armas a su visible arsenal. Nos dirigíamos a la puerta.

Entonces lo sentí, como una brisa fría en la espalda.

—Vampiro —dije.

Edward me agarró del brazo y nos empujó contra la puerta, donde Rick y algunos de los tigres blancos estaban bloqueando el camino. Apuntándonos con sus armas al unísono.

—Sólo diremos que nos saltaste —dije—. Con todos los policías muertos en esta ciudad, lo comprarán.

—Anita Blake, me alegra que visitaras a mi pequeña familia.

Ni siquiera me giré.

—Hola Max. Gracias por la hospitalidad. —Entonces grité a los hombres que bloqueaban la puerta—. ¡Muévanse, o sangrarán!

La voz de Max sonó.

—Dejen pasar a los Marshalls. Ella es policía federal, no se metan con los federales. Es malo para el negocio.

Los tigres en la puerta miraron a otra parte de la habitación. Estaban buscando a Bibiana.

—Yo soy el amo de esta ciudad, y yo mando. Apártense del camino de los Marshalls. —Su voz se había puesto fea con la rabia. Los hombres tigre se movieron un poco.

—Sigan —dije, y esperamos a que se alejaran de la puerta. A medida que se movían, fui hacia ellos, así que tenía detrás a Edward y mi mano vacía en su espalda, para poder sentir su movimiento y seguir mirando la habitación. Edward sabría que habría más allá de la puerta y de la sala.

Abrió la puerta con un audible chasquido, y nos movimos a través de ella. Aparté la vista de los hombres tigre lo suficiente para ver a Max en una puerta al otro lado de la cama grande. Vestía como un gángster chic de 1940, calvo sobre todo, alto, pero sólido. Si no sabía lo que estaba viendo,

diría que era grasa, pero todo era duro y músculo. Bibiana estaba mirándole.

—Gracias, Max —dije.

—Dile a Jean-Claude, que yo conozco las reglas.

—Eso haré. —Y Edward fue a través de la puerta, y mi mano sobre él me llevó con él. Fuimos a la otra habitación, todo lo que tenía que hacer era abrir la puerta cerrada.

Bibiana tenía que tener la última palabra.

—Has dormido con mi hijo. Dime, ¿Qué soñaste? —La pregunta fue tan extraña que me hizo tropezar en el umbral.

—Anita —dijo Edward.

—Está bien —dije. Me concentré en la pistola en mi mano y miré la habitación. Le di una patada a la puerta y se cerró detrás de nosotros, y de repente estaba en la oscuridad y el ruido del club estaba más allá.

Edward se movió a mi lado, tanto poniendo su brazo a mi alrededor como bajando la mano armada a mi lado. Se inclinó y me susurro-gritó al oído:

—Es fácil bajar.

El club estaba lleno de gente, sobre todo con los hombres en las mesas y los escenarios. Las únicas mujeres eran las camareras y las bailarinas.

Edward comenzó a guiarme a través de la multitud. Se deslizó en ese medio borracho-novio-que-lleva-a-mi-novia-al-club-de-strippes como alguien que había encendido un interruptor. De repente era el muchacho que estaba teniendo un buen, buen momento. Lo mejor que podía hacer era parecer no demasiado incómoda bajo el brazo e intentar que nadie golpeara el arma en mi mano. Aunque nadie se dio cuenta de las armas una vez que nos apartamos de la puerta, o tuvieron el pretexto de que no lo hicieron. Me di cuenta de que un arma de fuego negra sobre los jeans negros en un oscuro club era bastante invisible.

Todavía estaba intentando mantener la puerta en mi visión periférica, aunque estaba bastante segura de que ni Max ni Bibiana querían ensuciar la parte delantera del club. Tenían que ocultar la ropa sucia.

¿Qué había significado mi sueño? Aparté la idea e intenté alejar ese sentimiento de ardor entre mis omóplatos, también. Quería correr a toda velocidad por el extremo de la pista, pero estábamos fingiendo, y eso significaba que nos mezclábamos, por lo que pretendía ayudar a mi novio a pasar a través de la multitud. Aunque sabía que Edward estaba observando

todo y estaría directo en la acción en un abrir y cerrar de ojos.

Una mano salió de la nada y trató de buscar a tientas mis pechos. Le había agarrado la muñeca y se la había retorcido antes de que tuviera tiempo para pensar.

—Oye —dijo, y tenía en el rostro esa mirada suave y confusa de alguien muy borracho.

Edward se inclinó sobre mi cabeza, mirando de reojo al borracho.

—Mía, —gritó.

—Claro, hombre, claro —dijo el borracho, como si hubiera sido Edward el que había protegido mi honor y no yo. Tal vez si disparaba al borracho que me miraba como si fuera una persona real, pero eso probablemente sería demasiado por intentar tocarme. No era por tocarme, sin embargo, era la actitud de que las mujeres no eran reales, pero ninguno de nosotros en el club éramos realmente personas iguales que la mayoría de esa gente. Lo había visto con las clientes femeninas en Placeres Prohibidos y cómo trataban a los strippers masculinos. Los bailarines no eran exactamente lo mismo que la gente real, o nunca serían capaces de actuar como lo hacían en un club. Era probablemente una de las razones por las que nunca me había sentido cómoda en uno de ellos, incluso antes de estar saliendo con un bailarín de striptease, nunca me olvidé de que todo el mundo era real.

Nos detuvimos en el pequeño bar/zona de tienda de regalos y me compré una camiseta. Era blanca y tenía un remolino de Trixie justo a través de los pechos, pero era mejor que el negro con la chica desnuda en la copa de martini en la parte delantera.

—Te queda bien. —Esta fue de una de las bailarinas que llevaba una túnica corta y, ya que estaba abierta, mostraba que era todo lo que llevaba puesto. Tenía el pelo castaño corto y una cara abierta, bonita, como la novia de secundaria que todo el mundo supone que tiene, pero que nunca tuvo.

—Gracias —dije. Si la camiseta se le ajustaba a cualquiera en el pecho me habría arrancado los pantalones como el Increíble Hulk. Ella se acercó, acariciándome con la mano, no exactamente tocando mi pecho, pero si el borde de todo.

—Vamos al escenario, te daré una vuelta de baile gratis. —Dio una sonrisa que logró contener fácilmente la inocencia y la promesa de algo malo, escondido en el capricho de un hoyuelo y unos profundos ojos color

avellana.

Edward me llevó hacia su cuerpo con un movimiento un poco descuidado y sonrió a la mujer.

—Lo siento, pero tenemos que irnos. Pero la próxima vez, me encantaría verlo.

Ella sonrió, brillante, encantadora, y vacía como una bombilla. Tenía una sonrisa como un de cliente difícil. Pasó a coquetear con él, poniendo un brazo en la medida de lo que pudo con la mochila en su camino.

—Prométełо.

—Oh, sí, —y se echó a reír.

La bailarina se inclinó y me susurró:

—Pregunta por Brianna. Estoy aquí seis noches a la semana desde hace seis años.

Asentí con la cabeza.

—Lo recordaré.

Su mano se quedó debajo de mi brazo hasta que efectivamente posó las yemas de los dedos, cuando Edward me llevó hacia la puerta exterior. Salimos, y Edward mantuvo su acto de borracho a medía cuadra, y luego se enderezó y pudimos caminar con normalidad.

—Sé que atraes a los hombres animales y a los no muertos, pero ahora también a las mujeres humanas. ¿Qué fue todo eso?

—Vamos a encontrar un callejón oscuro y me das todas mis armas. Voy a volver a armarme y te lo explicaré.

Hicimos lo que le sugerí. Era la parte de la ciudad en la que había una gran cantidad de callejones oscuros. Me entregó la primera capa de fundas, y comencé a rearmarme.

—Si puedes conseguir que una clienta te arroje algo de ropa mientras estás jugando con ella, a los hombres les encantaría. Puedes hacer un montón de dinero.

—La vieja fantasía lesbiana —dijo.

—Si. —Tuve la funda de Browning con su munición extra, y el gran cuchillo de la espalda establecida en su lugar. Mi mochila era lo siguiente, apretándola lo suficiente como para que no se moviera.

—Parecía que le gustabas más de lo que le gustaba yo —dijo.

—Te has dado cuenta de eso, también. —Tuve la MP5 guardada en la mochila, en la que no encajaba, y la tira táctica a mi alrededor—. Lo he visto con algunos bailarines masculinos, incluso el más directo de ellos

puede estar bastante disgustado con la forma en que actúan las clientas femeninas. Me imagino que es lo mismo para las mujeres con los clientes masculinos. Si sus experiencias son lo suficientemente malas, pueden a su vez ser un poco bisexuales.

—Interesante, ¿igual que lo son algunos de los hombres de tu vida?

—Creo que la sexualidad de los hombres de mi vida fue creada antes de que ninguno de ellos empezara a trabajar como strippers. Además, sólo Nathaniel y Jason en realidad usan el tanga, y Jason es nuestro amigo en la cama.

—¿Qué pasa con Jean-Claude?

—Él no usa tanga.

—Se pone en el escenario, Anita. Lo he visto besando por dinero. —Eso era un acto suyo bastante reciente, y la pregunta me hizo mirar a Edward.

—¿Cuándo has estado en el club para ver su actuación?

Salió a la luz lo suficiente para que pudiera ver esa sonrisa. La que usaba cuando sabía algo que quería saber, pero que no me iba a decir.

—¿Estabas espiándonos?

—No exactamente.

—¿Qué es exactamente? —Y mi voz fue un poco gruñona.

—No confío en él, y sólo en caso de que un día decidas no confiar en él tampoco, sólo quería saber qué pasa en St. Louis.

—No trates a Jean-Claude como una marca, Edward. —Tenía todas mis armas en su lugar y me alejé de él, dándome un poco de espacio.

—¿Es una amenaza? —Preguntó.

—Estás espiando a uno de los amores de mi vida. No estoy entrando en la tienda de Donna y fingiendo ser un cliente.

Él asintió con la cabeza.

—Muy bien. —Pero su voz fue cuidadosa, fría.

Oí que un coche se detenía ante la luz que golpeaba la boca del callejón. Protegí mis ojos. Edward dio un paso atrás más lejos en las sombras. Si hubiera sido una emboscada, me habrían matado, y él no. Todavía había momentos en su formación más estándar y en mi método aprende-cuando-sigas para mostrar los agujeros en mi educación. Traté de desaparecer de la luz y entrar en las sombras, pero la luz me siguió.

—Las manos donde pueda verlas, ¡ahora mismo! —Una voz masculina, muy seria. Luego, tardíamente—: La policía.

De otra manera hubiera sido mejor, pero ya había hecho lo que quería antes de que lo agregara. Estaba muy segura que era de parte de la policía antes de que lo dijera. Junté las manos en la parte superior de mi cabeza sin que nos lo dijera, a continuación, se trasladó, poco a poco, de modo que la tarjeta de identificación en su cuerda de seguridad captara la luz, o ese era el plan. Llevaba algunas armas de fuego, visibles. Si yo no me conociera, estaría nerviosa, también. Edward se quedó donde estaba, invisible en las sombras. Demonios, sabía que él estaba allí y tenía que mirar para verlo. ¿Cómo hacía eso? Pero tenía otras cosas de qué preocuparme, al igual que el policía nervioso.

—Salga, lentamente. —Hice lo que me dijo, con las manos todavía firmes en mi cabeza. Intenté identificarme.

—U.S. Marshall. Soy U.S. Marshall. —No pareció que me escuchara la primera vez.

—De rodillas, ¡ahora!

Si no podía ver la insignia, o la cantidad de armas que podía ver lo hacía ciego a todo lo demás. Supongo que no podía culparlo. Probablemente fue el MP5, o tal vez el chaleco táctico visible, o tal vez las dos armas de mano, o mierda, todos juntos. Estaba cargada de forma monstruosa, lo que significaba que estaba sobrecargada de manera humana. Caí de rodillas, intentando no golpear demasiado fuerte, sin necesidad de más magulladuras. Intenté seguir hablando con él.

—Soy la U.S. Marshall Anita Blake, estoy cumpliendo una orden activa de ejecución.

—¡Al suelo, ahora!

Alcancé a ver la silueta de armas que me apuntaba. Estaba en el suelo, preguntándome que estaba planeando hacer Edward. Por supuesto, si salía del callejón ahora, podía recibir un disparo. El policía estaba bien y verdaderamente me mantenía a salvo. Otra persona estaba fuertemente armada y, así, los accidentes ocurren.

La acera no estaba tan limpia como me hubiera gustado que estuviera contra mi mejilla. No tenía miedo, y probablemente debería haber sido así. Un buen tipo con un arma me podría matar pensando que era una chica mala. Este era uno de esos momentos en que me preguntaba si la gente que escribía las leyes entendía cómo era estar caminando por ahí con ese poder de fuego para muchos de nosotros. Necesitaríamos insignias en nuestros chalecos operativos o en algún lugar más llamativo de lo normal, o algún

verdugo de vampiros recibiría un disparo por la policía.

Me quedé pasiva sobre una rodilla, mientras me esposaban. Empezó a cachearme hacia abajo y encontró la segunda placa junto a la pistola en la cintura. Él sin pensar la sacó a la luz.

—Mierda —dijo, con verdadero sentimiento.

No dije te lo dije. Todavía estaba esposada, y llevaba todavía mis armas. Lo intenté, una vez más, dije:

—Soy la U.S Marshall Anita Blake, estoy con la rama sobrenatural, y estoy sirviendo en una orden activa de ejecución.

—¿Usted es la caza vampiros aquí? —Preguntó.

—Ese es mi trabajo, oficial. —Estaba realmente intentando levantar mi mejilla del hormigón para hablar, pero no estaba segura de si tenía que considerar el levantarme. No quería otro malentendido.

Él se arrodilló de nuevo, pero esta vez su rodilla no estaba en mi espalda. Vi todas las armas, y luego trató de ocultarlas. Me quitó las esposas, y luego dio un paso atrás.

—¿Puedo levantarme? —Pregunté.

—Sí.

Me levanté con cuidado. Siempre está esa urgencia después de uno de estos malentendidos haciendo algo sorprendente al tipo que sólo esposaron y le hicieron comer pavimento. Luché contra el impulso, ya que podía conducir a alguna parte no muy buena. Me devolvió mi placa. La tomé y la coloqué de nuevo al lado de la Browning.

—Mi compañero está en el callejón. Marshall Forrester, ¿puede salir para que el oficial le pueda ver? —No estaba segura de que eso fuera lo que a Edward le gustase hacer, pero teníamos insignias, y cuando se tiene placa tienes que jugar por lo menos con algunas de las reglas.

Edward salió con las manos muy visibles a su lado y un poco hacia arriba, por lo que mostró que estaban vacías. Se había cerrado la cazadora con la gran U.S. Marshall escrito a través de ella. Yo ni siquiera sabía lo que le había sucedido a la cazadora que me había prestado.

—Oficial —dijo Edward con su voz de Ted, e incluso esbozó una sonrisa.

—Marshall —dijo el uniformado. Había levantado la pistola, pero la funda estaba sin abrir—. Voy a comprobar la radio. No es nada personal.

—Si yo viera a gente con este poder de fuego, me gustaría revisarlo, también —dijo Edward, siendo gentil y sonriente. Él no lo habría

comprobado; se habría encargado de eso él solito, o ignorarlo como un problema que no era suyo.

El oficial Thomas, de acuerdo con su placa de identificación, se alejó un poco de nosotros, sin darnos la espalda. Encendió el micro en el hombro y habló en voz baja. Fue lo suficientemente lejos como para no oírle, lo que estaba bien. Estaba intentando conseguir que alguien nos reconociera. Mientras no hablara con el Ayudante del Sheriff Shaw, estaríamos bastante seguros.

Hizo un ruido de uh-uh; sólo desde la distancia se notaba que simplemente estaba de acuerdo. Apartó su mano del micrófono y se dirigió hacia nosotros.

—Ya está comprobado. Perdón por el malentendido.

—No se preocupes por eso —dije, y quería decirlo. Tendría que encontrar a alguien para dar una nota acerca de la idea de la nueva ley de llevar siempre un pequeño arsenal con nosotros iba a hacer que nos dispararan a algunos verdugos de vampiros.

Edward bajó las manos y sin dejar de mirarlo agradablemente.

—Nos vendría bien un viaje de regreso a la estación, sin embargo —dijo.

—No hay problema —dijo Thomas. Tomó aliento, como si le fuera a preguntar algo, entonces se detuvo. Apostaba que quería preguntar dónde estaba el coche, pero no lo hizo. Es tanto un policía como algo de que hombres no hacen demasiadas preguntas. Además, me había hecho ya besar el pavimento, por lo que probablemente nos trataría de una manera mejor.

—Hago un llamada rápida —dijo Edward.

—Muy bien —dije.

Algo en esa única palabra le había dejado saber que no estaba contenta. Sólo nos conocíamos demasiado bien como para ocultar mucho de nada. Me miró, con una mitad de la cara en la sombra y la otra mitad en la luz de una lejana farola.

—Denos un minuto —dijo a Thomas. Entonces nos tocó dar un paso lo suficientemente lejos del oficial para no ser escuchados.

Quería contarle a Edward al menos una parte de mi sueño, y preguntarle acerca de lo que pensaba sobre que Bibiana me hubiera preguntando por él. ¿Cómo lo había sabido? ¿Qué sabía ella? *Belle Morte* había cambiado el sueño, ¿o estaba en contacto con los Tigres de Las

Vegas? Los gatos eran sus animales para llamar, al igual que *Marmee Noir*. Pero la metafísica como ésta no era realmente el fuerte de Edward. No quería saber más acerca de esto que yo. Necesitaba hablar con alguien que pudiera saberlo. Necesitaba hablar con Jean-Claude, a solas.

—¿Estás bien? —Me preguntó en voz baja, de espaldas al oficial Thomas.

—No estoy segura. Tengo que preguntarle a Jean-Claude algunas cosas en privado, pronto.

—Ella te preguntó sobre tus sueños. —Le miré y me di cuenta que lo había pillado y entendido más que la mayoría.

—Tuve un sueño, y fue una pesadilla.

Él sonrió.

—Una pesadilla, está bien. ¿Puedes esperar para hablar con Jean-Claude, o me necesitas para entretener a Thomas?

Pensé en eso.

—Volvamos con Olaf y Bernardo. Vamos a ver lo que está pasando con Paula Chu y el caso. Intentaré poner la metafísica en un segundo plano por un tiempo.

—Ok, si estás segura.

—¿Estoy segura? En realidad no, pero estoy aquí con una tarjeta de identificación, actuaremos como que soy un marshal real y no un monstruo.

Me tocó el hombro.

—Anita, esto no es como tú…

—Sí, lo es, Edward. Me pregunto si puedo hacer mi trabajo, o si la metafísica es demasiado profunda para mantener una tarjeta de identificación.

—La metafísica te ayuda a ser mejor en el trabajo.

—A veces, pero acabo de pasar cuatro horas curándome en un sueño envuelta alrededor de un hombre tigre desnuda, por lo que los otros policías no pudieron ver que mi bestia interna me había cortado desde adentro hacia afuera. Tuvimos que alejarnos tanto tú como yo del caso, mientras pasaba. Eso no es bueno, Edward. Ahora es noche cerrada, y Vittorio está ahí fuera. Hemos perdido un tiempo importante porque estábamos tratando de ocultar lo que soy.

—Entonces vamos a dejar de discutir sobre esto e ir a la estación. Bernardo nos va a poner al día.

—No lo ves, Edward, Ted, lo que sea, para ti y para mí en las últimas

cuatro horas, para curarme, esconderme, era más importante que el caso. Así no es como piensan los policías.

—Pensamos bastante bien, Anita. —No sé lo que se mostró en mi cara, pero él me agarró del brazo—. No te hagas esto. No llores por ti misma.

—Es la verdad.

—Es sólo la verdad si piensas que es. Sí, hemos perdido cuatro horas, pero estás curada, y sabemos que Max no está de acuerdo con lo que Bibiana está haciendo. Sabemos que Víctor no está contento con su madre y está del lado de su padre. Conocer la política de los monstruos de una ciudad es fundamental, Anita.

Quería discutir, y podría hacerlo, pero Thomas dijo:

—Perdón por interrumpir, pero si me dejo la patrulla, necesito llevarles a la estación, para después volver.

—Ya vamos —dijo Edward. Aún me tenía del brazo—. ¿Es necesario llamar a Jean-Claude ahora?

Negué con la cabeza.

—Me puedo esperar. Hemos perdido bastante tiempo.

Me miró un momento más, me miró a los ojos claro y directo. Soltó mi brazo y dio un paso atrás y se giró de nuevo a Thomas todo sonrisas.

—Lo siento, Thomas, no le quise hacer esperar.

—Está bien, pero tengo que responder a mi supervisor, ¿sabe?

—Lo sabemos —dije. En realidad, no lo hacíamos. Una de las razones por la que al el Servicio de U.S Marshall no les gustaba tenernos en su equipo era que no estábamos metidos en ningún tipo de personal de apoyo adicional. Básicamente, éramos marshalls, pero no teníamos que responder mucho a su jerarquía. La rama sobrenatural era casi una ley en sí misma. Mientras que los otros marshalls llenaban toneladas de papeles cada vez que disparaban sus armas en el cumplimiento de su deber, nosotros golpeábamos a la gente sin ninguna documentación requerida. Nuestras órdenes de ejecución eran los únicos papeles. Habían experimentado con que algunos de nosotros hiciéramos informes, pero los detalles eran tan sombríos, tan inquietantes, que algunos trajeados de la línea decidieron que el Servicio de Marshalls no estaba seguro de que quisiera explorar la rama sobrenatural e inmortalizado en papel. En el trabajo normal de la policía, los informes se suponen que son para cubrir el culo, pero a veces cuando estás muy mal, puede ser usado en tu contra más tarde. Nunca había tenido que ver los informes antes, y hasta ahora todavía no lo hacía. Eso podría

cambiar, pero por ahora, era una especie de no preguntar, sin hablar de la política.

Me senté en la parte trasera del coche patrulla reflexionando sobre lo que significaba tener una tarjeta de identificación cuando la descripción de tu trabajo no había cambiado. Éramos asesinos. Legales, el gobierno contrataba a asesinos. Algunos de nosotros tratamos de ser buenos marshalls, pero al final, los otros marshalls salvan vidas, y nosotros todo lo que hacíamos ere quitarlas. Al final, todas las placas en el mundo no habían cambiado lo que éramos y lo que hacíamos. Trasladada a través de la oscura ciudad hasta que vi el Strip sobre los edificios como una fuerza de la naturaleza que brillaba intensamente contra la noche. No nos dirigíamos allí, pero sabía que estaba allí, como ser capaz de sentir el mar a pesar de que no lo puedes ver.

Thomás nos alejó de las luces brillantes, y así era como me sentía esa noche, como si estuviera alejándome de la luz, más lejos de lo que significaba ser humano, además de pensar en que era y quien pensaba que era. Me senté en la parte trasera dejando las suaves voces de Edward y Thomas arrastrarse sobre mí. Hablaban de tiendas, todos los policías lo hacían. Hablaban sobre la delincuencia o las mujeres, y conmigo en el coche, no lo hacían. Edward lo vería, y Thomas todavía estaría en su mejor comportamiento.

Me senté allí y dejé que mi confusión me lavara hasta que fue una especie de depresión. No sabía cómo ser una buena policía y una buena monstruo, al mismo tiempo. Mis dos mundos empezaban a chocar, y no tenía ni idea de cómo detenerlo.



CINCUENTA Y UNO

Edward y yo conseguimos enseñar las insignias y bajar por el pasillo que llevaba hacia los cuartos de interrogatorio, pero oímos la discusión a la vuelta de la esquina. Reconocí la voz de Bernardo y la de otro hombre. Capté las palabras: —¿Cómo sabes…? No puedes dejarla ir… ¿Por qué no?

Dimos la vuelta a la esquina para encontrar al detective Ed Morgan discutiendo con Bernardo. No había notado que Morgan era un poco más bajo de seis pies hasta que lo vi al lado de los seis pies de Bernardo. Siempre era más difícil elevarse sobre la cara de alguien si tienes que mirar hacia arriba, pero Morgan lo estaba intentando. Olaf estaba apoyado contra la pared, encorvado por lo que no sobresalía sobre todas las personas, con aire aburrido.

Morgan se giró hacia nosotros como una tormenta en busca de un lugar donde caer. Nos señaló con el dedo.

—Ustedes saben algo que no nos están diciendo acerca de Paula Chu.

—Acabamos de llegar —dije—. Ni siquiera sé de qué se trata la pelea.

Olaf se empujó en posición vertical.

—Quieren dejar que los hombres tigre se vayan, y Bernardo está intentando retener a Paula Chu —dijo.

Bernardo nos miraba, sus ojos color negro mostraban ira. Los huesos de la cara se apretaban con ella.

—Pero no me dirá por qué quiere retener a Chu —dijo Morgan, caminando por el pasillo hacia nosotros. Edward y yo seguimos caminando, por lo que fue una especie de reunión en el centro. Él hizo un gesto con el dedo hacia la cara de Edward, y luego a la mía—. Y uno de ustedes le dijo a él que la mantuvieran aquí, pero no el por qué. ¿Por qué? ¿Qué están escondiendo?

Su ira vibraba fuera de él en ondas. Tuve la idea de que podría alimentarme de esa ira. Me sentiría mejor, y la lucha terminaría. No, mala, Anita, mala idea. Traté de poner las manos en los bolsillos, pero había demasiadas armas en el camino.

—Tal vez sea el hecho de que ella es la novia que vivía con el hombre tigre que enloqueció esta tarde —dijo Bernardo, acercándose detrás de todos nosotros. Olaf se arrastró detrás de él.

—Eso no es suficiente para detenerla —dijo Morgan.

—Sé que la puede mantener durante más tiempo, Morgan —dijo Edward.

Tuve una idea.

—¿Y si hacemos un molde de las garras de todos estos tigres, para saber cuál coincide con las heridas? Podemos dejarlos ir después de eso, si lo desea.

—No alentaremos a estas personas a cambiar de forma dentro de la estación de policía, Blake. De ninguna manera.

—No es necesario cambiar totalmente, sólo las garras —dije.

Frunció el ceño.

—¿Qué?

—Dije al Médico Forense que las marcas de garras fueron hechas por un cambiaformas muy poderoso que puede sacar sólo las garras y luego retraerlas, algo así como navajas.

—Teníamos las notas sobre los licántropos —dijo Morgan—. Los poderosos tienen dos formas: animal pleno y hombre-animal. Y una vez que cambian, pueden sucumbir al deseo de carne fresca y matanza. No

pueden volver a cambiar durante al menos seis u ocho horas, y una vez que cambian, están en coma durante horas después de eso. No pondré a los hombres tigre sueltos en nuestra estación, cuando no podemos garantizar que pensarán como personas para dejarnos tomar un molde de sus garras.

—Confíe en mí, si pueden sacar las garras al instante, entonces pensaran bien, y sólo los licántropos muy nuevos tienen la necesidad irresistible de alimentarse inmediatamente después de que cambian.

—Y se supone que debo creer en usted en vez de a nuestros propios expertos —dijo Morgan, con el desdén engrosando su voz.

—Es a ella a quien llamo cuando estoy confundido —dijo Edward.

Le miré y traté de ver detrás de esa agradable cara de Ted.

—Gracias, Ted.

—Es la verdad.

—No me importa que usted confíe en ella. Yo no confió en ella. No me fío de ninguno de ustedes.

—Su experto o los cazaba o los estudiaba académicamente, ¿verdad? —Dije, tratando de ser paciente.

Morgan frunció el ceño, pensando en ello, y luego asintió.

—Sí.

—Yo vivo con dos de ellos. Confíe en mí cuando digo que sé más de cambiaformas que su experto.

—Así que ¿por qué se está tirando a algunos cambiaformas, debo confiar en usted?

Le sonreí, pero no era mi sonrisa feliz, era la que hacía cuando estaba intentando no enfadarme.

—Sí, en realidad, conozco a los cambiaformas de una manera que el experto no podría imaginar.

—No necesito escuchar sus desviaciones, Blake.

Tomé ese último paso, invadiendo su espacio personal. Caminé hasta que tuve que detenerme o nos tocaríamos. Él se mantuvo firme, por lo que era un pelo de distancia. Desde cualquier distancia en absoluto, uno pensaría que nos estábamos tocando.

Morgan parpadeó hacia mí. Ese parpadeo fue un gesto nervioso, su anuncio, como en el póquer. A él no le gustaba tenerme así de cerca, o…

Hablé con cuidado, dejé que se filtrara la ira en mi voz.

—Mis desviaciones sexuales no son de su incumbencia, Morgan. La captura de este hijo de puta lo es. ¿Quiere que le ayude a atraparlo, o

atraparla, o quiere cabrearse y quejarse y criticar mi vida sexual?

—¿Qué se supone que debo pensar cuando me dice que está viviendo con dos de ellos?

—Se supone que debe pensar que soy un invaluable recurso de información acerca de una minoría poco conocida en este país, y que mi visión puede ser muy valiosa para esta investigación. —Hablé más y más bajo, y lo vi inclinarse para oír.

Tenía la cara casi tocando la mía cuando terminé. Tenía una extraña expresión en su cara cuando dijo, en voz baja:

—Invaluable.

No le besé, no me interesaba en absoluto, pero en ese momento se entregó a mí, y me alimenté de su ira. Un aliento y estuve dentro de él, al siguiente, estaba en mi piel como una ráfaga de aire caliente. Cerré los ojos y respiré en ell a, y fue bueno, y no lo había querido hacer.

Edward me tocó el hombro y eso me ayudó a retroceder del detective. Morgan se quedó de pie, mirando a dónde había estado, como si no me hubiese movido.

—Tus ojos —me susurró Bernardo.

Escuchamos a alguien detrás de nosotros. Edward tomó sus gafas de sol de su bolsillo y me las entregó. No le pregunté por qué, la mirada en las caras era suficiente. Mis ojos se habían convertido en los de un vampiro. Me había pasado una o dos veces, pero siempre había sido capaz de sentir que esto sucedía. Me puse las gafas y decidí que no lo había hecho a propósito, pero Morgan estaba allí de pie, mirando a la nada. Sin saber lo que le hice, o cómo llegó a esto, no sabía cómo sacarlo de allí. Alimentarme de la ira de alguien nunca antes había hecho esto. Mierda.

Bernardo comenzó a caminar por el pasillo.

—Sheriff Shaw, ¿cómo está esta noche?

Por supuesto, era Shaw. Doble mierda.

—Sácalo de esto, Anita, —susurró Edward.

—No sé cómo hacerlo.

—Haz algo —dijo Olaf en voz baja y se movió, no hasta el final del pasillo, sino bloqueando la vista de Shaw hacia Morgan y yo. Con su ancha espalda en el camino, me acerqué al detective.

—Morgan, Morgan, ¿está usted ahí? —Dije.

—Date prisa —dijo Edward.

Chasqueé mis dedos frente a su cara. Nada. En mi desesperación, le

sacudí por los hombros, lo suficiente para moverle la cabeza, y dije con dureza:

—Morgan.

Él parpadeó y levantó la cabeza. Miró a su alrededor como si no esperara estar de pie en el pasillo. Esperé a que me acusara de usar la magia en él, una grave violación de muchas leyes, pero miró a nuestro alrededor.

—Iré a trabajar en las citaciones.

—¿Las citaciones? —Dije.

—Sí, entonces podremos conseguir los moldes de las garra de los hombres tigre. Esto los limpiará, o sabremos si tenemos a nuestro chico malo, o chica. —Me sonrió, una verdadera sonrisa. Entonces se movió delante de nosotros hacia Shaw, quién finalmente logró pasar a Bernardo.

—¿Qué demonios sucede aquí? —Preguntó Shaw.

Morgan, sin dejar de sonreír, explicó lo de las citaciones y todo.

—No es posible para ellos cambiar sólo las garras —dijo Shaw.

Morgan le corrigió y repitió de nuevo, casi palabra por palabra lo que le había dicho.

Shaw miró más allá de Morgan hacia mí, cuando dijo:

—¿Y quién te dijo todo esto?

—La Marshall Blake.

—Ella lo hizo, ¿Verdad?

Morgan asintió con la cabeza y se fue a hacer lo que quería que hiciera, y que minutos antes nunca hubiera hecho en absoluto. ¿Madre de Dios, qué había hecho? ¿Y esto era algo bueno o malo?



CINCUENTA Y DOS

Shaw avanzaba por el pasillo, tan enfadado que bordeaba la rabia, y esa pequeña voz en mi cabeza dijo, Comida. Podría aspirar su ira y alimentarme. La rabia no era una alimentación tan completa como la lujuria o el romance para el *ardeur*. Era un aperitivo, pero no una comida. Habían pasado casi doce horas desde que había alimentado el *ardeur*. Tomé la energía para curar heridas, y aunque había dormido a la sombra de la energía de Víctor, no me había alimentado de él. Mierda, mierda, mierda, tenía que estar lejos de los otros policías, y pronto.

—Usted le hizo algo a Morgan. No sé qué, ni cómo, pero le hizo algo.

Me moví un poco detrás de Edward así no habría ninguna posibilidad de que Shaw se acercara demasiado a mí. No confiaba en mí misma alrededor de toda esa rabia.

—No se puede ocultar detrás de Forrester para siempre, Blake.

—Piense en ello como algo más para su protección que para la mía —

dije, sonriendo dulcemente. Lo cual era algo incorrecto para decir, e incorrecto para hacer. ¿Por qué había hecho eso? ¿Qué había de malo en mí?

Su rostro comenzó a motearse con su ira. Sus grandes manos se plegaron en forma de puños.

—¿Me está amenazando?

—No —dije, y traté de hacer esta palabra inofensiva.

Su teléfono móvil sonó, y se alejó, a un costado de nosotros, como si no quisiera darnos la espalda, ladró al teléfono.

—Shaw, ¿qué? —Estuvo en silencio durante unos minutos escuchando, y luego asintió y dijo—: Vamos para allá.

Se acercó de nuevo a nosotros, con un nivel de ira más bajo, y su cara afilada, con líneas que no habían estado allí un momento antes. Yo estaba casi un cien por cien segura de que trataba la noticia.

—Tenemos a otro stripper muerto. Parece que es Vittorio de nuevo.

No lo cuestionaría por no darnos los archivos sobre las muertes de los strippers anteriores. El cansancio en su rostro mostraba cuánto estaba costándole este caso.

—Le seguiremos —dijo Edward.

—Muy bien. —Se giró y se fue en la forma en que había llegado. Fuimos detrás de él.

Edward se rezagó un poco y murmuró:

—¿Estás bien?

—No lo sé —dije.

Bajó la voz aún más.

—Te alimentaste de él de alguna manera.

—Su ira —dije.

—Nunca te he visto hacer eso.

—Es nuevo.

—¿Qué más nuevo hay? —Preguntó, y la mirada en sus ojos no era la que me gustaba ver en Edward. Era mi amigo, mi buen amigo, pero todavía había una parte de él que se preguntaba quién de nosotros era mejor. Yo sabía quién era mejor, él, pero él no estaba seguro a un cien por ciento de eso. Había una parte de él que ya no estaba seguro de que ganase, y una parte aún mayor quería la pregunta contestada. Ahora me miraba, no como un amigo, sino como si se preguntara cuánto más poderosa me había vuelto, y lo que eso podría significar si alguna vez nos cazábamos el uno al

otro.

—No vayas por ahí… Ted —dije.

Me miró tan fríamente como un cielo de invierno.

—Es necesario que me cuentes de las cosas nuevas.

—No —dije—, no con esa mirada en tu cara, no lo haré.

Él sonrió entonces, y fue una sonrisa que coincidía con sus ojos. No era tan diferente de la forma en que un cambiaformas te mira cuando se preguntaba que sabor tendrás, excepto que la sonrisa de Edward no era tan caliente.

Estábamos en la oscuridad alumbrada por luces de neón, pero aún era demasiado oscuro para las gafas… ¿habrían vuelto mis ojos? Esperé hasta que seguimos a Olaf y a Bernardo al SUV. Cuando todos estuvimos en nuestros asientos, me bajé las gafas lo suficiente para que Edward pudiera darles un vistazo.

—¿Cómo me veo?

—Normal —dijo, y su voz se arrastraba de vuelta de ese frío Edward, a algo que no asustara a los niños pequeños si lo oyeran.

Entonces le devolví las gafas.

Él negó con la cabeza.

—No, quédatelas por si acaso.

—¿Qué pasó con las mías?

—Rotas. —El motor arrancó y comenzamos a seguir la línea de coches de policía que salían, las luces y sirenas llenaban la noche, como si estuviéramos tratando de despertar a todos.

—¿Cómo se rompieron mis gafas, y que le sucedió a la cazadora que me prestaste?

—Bibiana y sus tigres querían poner a otro hombre tigre en la cama contigo y con Víctor. Yo no estuve de acuerdo.

Bernardo se inclinó sobre el asiento de atrás, aferrándose al asiento mientras Edward tomaba una curva un poco rápido.

—¿Qué ocurrió en el pasillo, Anita?

—Ella le hizo algo al detective —dijo Olaf.

Miré de nuevo al tipo grande, casi perdido en las sombras del coche.

—¿Cómo sabes lo que hice?

—No sé lo que le hiciste, pero sé que hiciste algo. Vi cambiar tus ojos.

—No dijiste nada —dijo Bernardo.

—Pensé que no quería que el otro policía lo supiera.

—Lamento haberme perdido eso —dijo Bernardo, mirando a Olaf, y luego de nuevo a mí.

—Pero ¿qué le hiciste a Morgan?

Miré a Edward.

—Díselo, si así lo deseas.

—Viste lo que le hice.

—Lo hiciste estar de acuerdo contigo —dijo Olaf.

—Sí.

—¿Cómo lo hiciste? —Preguntó Bernardo.

—Si digo no lo sé, ¿me creerías?

Bernardo dijo no, y Olaf dijo sí.

Bernardo le frunció el ceño de nuevo.

—¿Por qué crees eso?

—Por la expresión de su cara cuando se dio cuenta de lo que había hecho. La asustó.

Bernardo pareció pensar en ello, y luego frunció el ceño de nuevo.

—No parecía asustada, nerviosa, tal vez.

—Era miedo.

—¿Y estás seguro de eso? —Preguntó Bernardo.

—Sí —dijo Olaf.

—Porque conoces a Anita tan bien.

—No, porque conozco la mirada de miedo en la cara de alguien, Bernardo, hombre o mujer. Reconozco el miedo cuando lo veo.

—Bien. —Bernardo se giró hacia mí—. ¿Eres un vampiro?

—No. —Entonces pensé en ello—. No en el sentido tradicional.

—¿Qué significa eso?

—No me alimento de sangre. No estoy muerta. Los objetos sagrados y el sol no me molestan. Voy a la iglesia casi todos los domingos y nada arde. —No pude evitar la amargura en mi voz en la última parte.

—Pero puedes nublar las mentes de los hombres y obligarlos a hacer lo que quieras, como un vampiro.

—Esta fue la primera vez.

Los coches de delante se habían detenido, las luces de las burbujas se dispersaban mezclándose con el neón de los edificios. Estábamos justo fuera de central Strip, por lo que las luces más brillantes de la misma se proyectaban sobre los edificios que nos rodeaban como una aurora artificial, presionando contra la noche.

—Llegamos —dijo Edward.

—¿Esa es tu manera de decir, deja de hacer preguntas? —Dijo Bernardo.

—Lo es —dijo Edward.

—Creo que tenemos derecho a hacer preguntas cuando estamos ayudando a encubrir lo que sea que esté haciendo.

No podría discutir realmente eso.

—Ambos se ofrecieron a alimentarla con sexo —dijo Edward—. Puede ser que quieras entender para qué te estás ofreciendo voluntariamente antes de que abras la boca. —Con eso, Edward abrió la puerta y salió. No esperé una invitación. Salí, también, dejando a nuestros pasajeros del asiento trasero que se levantaran y nos siguieran. Bernardo se levantó. Olaf sólo pareció salir fuera del coche y caminar detrás de nosotros. Era curioso que Bernardo estuviera asustado, y sin embargo Olaf parecía estar bien conmigo. Por supuesto, si quería que pasara por alto todo eso del asesino en serie, tendría que ser un poco más comprensivo conmigo. Vampiro vivo, asesino en serie; po-tay-a, po-tah-a.



CINCUENTA Y TRES

El cuerpo estaba tendido en un montón roto en un callejón detrás del club en el que ella trabajaba, como si cuando arrojaron el cuerpo la hubieran traído a casa. El último cuerpo tirado en St. Louis había estado a las afueras del club en el que el bailarín trabajaba, también. Pero había estado limpio en comparación con esto, los vampiros sólo muerden. Muerte por desangramiento. Esta mujer no había tenido tiempo de morir desangrada.

Me di cuenta de que éste, al igual que la mayoría de los cadáveres en St. Louis, estaba en un lugar donde las sombras ocultaban algunos de los daños. Casi como si incluso el asesino, no pudiera enfrentarse a lo que había hecho a la luz brillante.

El cuello de la mujer estaba en un ángulo tan agudo que podía ver la columna vertebral empujar contra la piel del cuello, no llegando a atravesar la piel, pero casi. Lo del cuello era feo e incorrecto, pero eso no era nada comparado con lo que él, o ellos, habían hecho con el resto de su… cuerpo.

Había quemaduras en la mitad de su cara, e iban hacia abajo por un lado del cuerpo. La piel era de color rojo encendido y ennegrecida y descamada, y la otra mitad de su cuerpo era perfecta. Pálida y joven y hermosa, en contraste con la ennegrecida ruina de su otra mitad.

Bernardo inhaló con fuerza y caminó un poco por el callejón. Me obligué a permanecer en cuclillas sobre el cuerpo, y traté de no oler nada. El callejón no olía bien, para empezar, pero generalmente la carne quemada domina sobre todo lo demás. Esta no lo hacía. Las quemaduras no eran tan frescas, o hubiera olido más.

Tragué fuerte y me levanté, permitiéndome mirar a la gente a mi alrededor en lugar del cuerpo. Tenía que seguir pensando en eso, con mucha fuerza, como el cuerpo, porque humanizarlo sería demasiado. No me ayudaría a resolver este crimen pensar en lo que esta mujer había pasado. Honestamente, no lo haría.

Shaw se quedó allí, mirando hacia el cuerpo, con una mirada en su rostro que sólo podría describir como perdido. Morgan se reunió con nosotros, diciéndonos que tenía las citaciones trabajando. Ahora parecía pensar que era su idea, y volvió a no ser muy amable conmigo. Me sentí aliviada en realidad. Todo lo que le había hecho parecía ser de acción corta. La Detective Thurgood se había unido a nosotros en su traje de falda holgado, prácticos tacones altos, y mala actitud. Pero ninguna actitud era especialmente atractiva, por lo que estaba bien.

—¿Los demás cuerpos se parecía a esto? —Les pregunté.

—No como esto —dijo Shaw.

—No —dijo Morgan.

Thurgood se limitó a sacudir la cabeza, tenía los labios en una línea tan delgada que su boca era casi invisible en su rostro. Por los labios y por su falta de habla, estaba apostando a que estaba luchando contra las náuseas.

—¿Los demás cuerpos fueron quemados? —Pregunté.

—Los dos últimos, pero ni de cerca tan mal —dijo Shaw.

—¿Estás segura de que incluso es el mismo tipo de St. Louis? Él nunca hizo nada como esto en tu ciudad —dijo Morgan.

—¿Cómo sabes lo que hizo en mi ciudad? —Pregunté.

—Hemos hablado con el teniente Storr, y él nos informó —dijo Shaw.

No quería decirles que Dolph no me había hablado sobre la investigación de Las Vegas. No quería admitir que alguien con quien se suponía que debía estar trabajando me había cortado el lazo

completamente. Así que hice como que ésta no era una noticia y volví a intentar fingir que la mitad de los policías con los que trabajaba no me trataban como un asesino.

—Vittorio y su gente no quemaron ninguno de los cuerpos, pero sí, estoy bastante segura de que es él.

—¿Cómo puede estar segura, si este no era su modus operandi en St. Louis o en cualquiera de las otras ciudades? —Preguntó Morgan.

Edward se había parado a mi lado, no demasiado cerca, pero lo suficientemente cerca como para hacerme saber que había entendido que Dolph no me había informado. Que entendía lo mucho que me había molestado.

—Porque esto es lo que la Iglesia solía hacer a los vampiros que podían capturar con vida. Usaban agua bendita, que los quema como el ácido. Se suponía que iba a quemar al diablo para expulsarlo. Sin embargo, los dos únicos que conozco personalmente que fueron tratados así eran bellos, muy bellos. Hay mucho sobre el lado oscuro de la Iglesia; decían que lo hacían para salvar el alma, pero por lo general la selección de las víctimas se hacía para satisfacer alguna necesidad en ellos.

—¿Estás diciendo que la Iglesia era como un asesino en serie? —Thurgood finalmente habló con una voz que sonaba un poco ahogada, pero bastante enfadada.

—Sólo conjeturo, sólo parece interesante que los dos únicos hombres que conozco que fueron tratados así eran muy bellos de cara y cuerpo, y fueron quemados así. Nunca he oído hablar de un vampiro que comenzara así su vida mientras que claramente lo hacían. Me interesaría saber si era el mismo sacerdote, o un grupo de sacerdotes.

—¿Estás diciendo que los hombres hermosos eran el perfil de víctimas de algún sacerdote? —Thurgood de nuevo.

—Creo que dos no es un patrón, tal vez una coincidencia, pero si me entero de un tercero, entonces sí, eso es lo que estaría diciendo.

—Eso es una mentira monstruosa —dijo ella.

—Hey, soy cristiana también, pero hay chicos malos en todas las profesiones.

—¿Qué importa lo que un sacerdote que ha muerto hace cientos de años hizo o dejara de hacer? —Dijo Bernardo. Había vuelto a reunirse con nosotros junto al cuerpo—. No podemos atraparlo; ya está muerto. Tenemos que coger a Vittorio.

—El Marshall tiene razón —dijo Shaw. Por un momento no fue muy claro a qué Marshall se refería, entonces dijo—: Tenemos que atrapar a los vivos.

—¿Está diciendo que este vampiro está tratando de duplicar sus propias heridas? —Preguntó Morgan. Era casi como si estuviera haciendo caso omiso a ambos.

—Eso parece —dije.

—Los otros murieron por la pérdida de sangre, no les habían roto el cuello —dijo Shaw.

—Tal vez se apiadaron de ella —dijo Bernardo.

Todos le miramos.

Él asintió con la cabeza hacia el cuerpo.

—Tal vez una de las personas de Vittorio la sacó de su miseria.

—O tal vez se cansaron de sus gritos —dijo Olaf.

Nos fijamos en él, entonces, creo que cualquier cosa era mejor que buscar en el cuerpo. Olaf seguía mirando el cuerpo. Si le molestaba, no lo mostró.

—O tal vez se desmayó por el dolor, y ya no era divertido —dijo Shaw.

—Tú no te desmayas por esto —dijo Bernardo—. No duermes. No descansas. No haces nada pero duele a menos que puedas conseguir suficientes drogas, e incluso entonces, a veces el dolor las anula.

—Hablas como si lo supieras —dijo Shaw.

—Tuve a un amigo que se quemó bastante. —Él miró hacia otro lado para no mirarnos a ninguno. Cualquiera que fuera la expresión en su rostro, quería mantenerla para sí mismo.

—¿Qué pasó? —Preguntó Shaw.

—Él murió. —Entonces Bernardo se alejó de nosotros. Esta vez caminó más lejos, abriéndose paso entre la multitud, hasta que encontró un trozo de pasillo para apoyarse. Eso lo puso más cerca de los periodistas, que empezaron a gritar preguntas cuando vieron su placa y los guantes en sus manos. Hizo caso omiso de todos ellos, sólo cerró los ojos y se apoyó. Todo lo que estaba viendo, o tratando de no ver, cortaba todo lo que podían gritarle.

—¿Está en lo cierto —pregunté a Olaf—, nunca dejas de gritar o te desmayas?

—No lo sé —dijo Olaf—. No me gusta el fuego.

Me di cuenta de que, aunque no parecía molestarle mirar el cuerpo, no

lo estaba disfrutando de la forma en que lo hizo con los cuerpos en la morgue. Le gustaban las hojas y la sangre, pero no el fuego. Bueno saberlo, supongo.

Me giré hacia Shaw.

—Tenemos que ver las otras fotos, las otras víctimas. Especialmente los dos últimos.

Me miró con el ceño fruncido. Yo estaba teniendo un montón de estos en Las Vegas.

—No hay nada en los informes de St. Louis sobre que realmente hayan visto a Vittorio. ¿Cómo sabes que está quemado?

Luché para aún mantener mi cara vacía, incluso para no ampliar mis ojos, porque lo había olvidado. Sabía el destino de Vittorio por una carta de su amada, que le había dejado atrás en St. Louis, temiendo por su vida y la vida de su nuevo amante. No había sido capaz de lidiar más con su locura. Ella incluso nos ayudó en St. Louis, poniendo los cuerpos donde pudiéramos encontrarlos antes, tratando de dejar pistas. La carta había llegado a Jean-Claude, como Maestro de la Ciudad. Nunca se me había ocurrido compartir eso con la policía.

Jean-Claude había comprobado con el consejo de vampiros lo de Vittorio y lo había confirmado. Pero, de nuevo, no lo había compartido con la policía. No me había parecido importante entonces.

Pensé en qué decir ahora.

—Le pregunté a algunos de mis vampiros informantes si tenían antecedentes sobre él. —Incluso a mí me sonaba cojo.

—¿Qué más te dijeron tus vampiros? —Dijo Shaw, y la incredulidad se mantuvo firme en su voz.

—Sólo que las quemaduras con agua bendita son bastante malas de forma que él probablemente no pueda tener sexo, por lo que pone toda esa energía en esto.

—¿Los vampiros te dijeron eso? —Eso vino de Thurgood. Con bastante desprecio. El callejón en sombras, no podía ocultar el desprecio, o tal vez era sólo que con el pelo corto se veía claro y duro. O tal vez estaba siendo demasiado sensible.

—No, me dijeron que las quemaduras eran lo bastante malas para que no pudiera funcionar. Hice el salto lógico de lo que ese tipo de frustración puede hacer a alguien que tuviera que vivir eternamente en un cuerpo que está dañado.

—Debe dejar el perfil a los profesionales, Blake —dijo Shaw.

—Bien, pero he dicho lo que sé.

—¿Por qué no está en las notas sobre el caso?

—Porque no lo sabía, mientras el caso estuvo abierto. De hecho, durante algún tiempo se dijo que el caso estaba cerrado.

—Me dijo por qué fue la única que creía que no habían matado a Vittorio en esa propiedad en St. Louis.

—Ninguno de los que matamos era lo suficientemente potente como para ser él —dije.

Shaw se acercó, inclinándose sobre mí.

—¿Sabe lo que pienso, Blake? Creo que vio a Vittorio. Creo que lo vio cara a cara. No creo que supiera nada de esto de sus amigos vampiros. Creo que lo supo en persona.

—Entonces, ¿por qué no está muerto?

—¿Estás tan segura de que podría matarlo?

—Bien, entonces ¿por qué no estoy muerta? Porque le prometo esto, Shaw, si nos encontramos cara a cara, seríamos el uno o el otro.

—Tal vez era uno de sus amantes vampiros.

Miré hacia el suelo, tratando de no enfadarme.

—¿No lo va a negar, entonces?

Finalmente alcé la vista y no traté de ocultar que estaba enfadada.

—He tratado de ser un buen deportista aquí, pero ya se lo he dicho, si los informes son exactos, entonces él no es capaz de tener sexo. Y confíe en mí, si lo hubiera visto, habría tratado de golpear su culo.

—El coito no es posible, pero una chica tan ocupada como usted debe saber que hay otras cosas que se pueden hacer.

Thurgood y Morgan se acercaron a Shaw.

—Señor, ¿por qué no retrocedemos un poco? —dijo Thurgood.

Edward me tocó el hombro, lo que significaba que había hecho, probablemente, algún movimiento involuntario hacia él. Edward se inclinó y me susurró:

—Presenta una queja.

Asentí con la cabeza.

—¿Quiere que presente una denuncia por acoso sexual? ¿Es eso lo que quiere?

—Hágalo, maldita sea, pero sabe más de lo que está compartiendo con los humanos, Blake.

—Incluso si eso es cierto, Sheriff —dijo Morgan, ahora en realidad de pie entre nosotros—, ésta no es la forma. Tenemos periodistas observando.

Shaw miró hacia atrás y después hacia adelante.

—Estaba dispuesto a creer que los rumores no eran verdad hasta que la vi de la mano de uno de hombres tigre de Max y luego besar a su hijo, también un hombre tigre. Dice que acababa de reunirse con él, y que acababa de conocer a Gregorio Minns, pero nadie, nadie, hace amigos tan rápido. Se las arregló para convencer a algunos de mis mejores hombres de que está diciendo la verdad. Pero yo sé, —se golpeó el enorme pecho duramente— que te follaste al menos a uno de los guardias de Bibiana, tal vez más. Sé que no eres más humana que las cosas que torturaron a esa chica. —Señaló dramáticamente al cuerpo.

Lo que acababa de decir estaba equivocado, no cuadraba.

—¿Qué guardia dices que me follé? —Pregunté, mirándolo a la cara.

Pareció escucharse a sí mismo y movió la cabeza.

—Cómo lo puedo saber, todos los gatos son pardos en la oscuridad —dijo.

—¿Cómo sabe que me follé a alguien cuando fui a visitar a Bibiana? —Pregunté.

Luchó para poner su cara de policía, pero era débil en los bordes.

—Saliste de la mano de uno de sus tigres.

—Crispin es un stripper, como dijiste, no un guardia. Si me vas a acusar delante de otros policías, necesitas más pruebas que verme de la mano de alguien.

—Es posible que tu reputación te preceda, Blake. —Le dio sentido, pero carecía de un cierto borde.

Estaba bastante segura que ahora sabía por qué Shaw había pasado de desconfiado a hostil, y no eran sólo problemas con su esposa. Había escuchado las cintas de nuestra visita con Bibiana, lo que significaba que alguien había puesto micrófonos en los apartamentos. Tenía que ser federal de algún tipo, y había dejado a Shaw escuchar lo suficiente para mandar mi reputación al infierno.

Traté de pensar lo que podría haber escuchado si todo lo que tenía era el sonido con Dominó y Crispín y el resto. ¿Sonaría como sexo? Tal vez. Lo sería, si esa era la interpretación que quisieras darle. A menudo encuentras lo que estás buscando, si eso es todo lo que buscas; la expectativa se convierte en realidad.

Bernardo había llegado detrás de todos nosotros cuando parecía que iba a ponerse interesante. Había escuchado, así que tenía qué decir:

—¿Qué tipo de federal es su amigo, Shaw?

Morgan y Thurgood habían retrocedido, como si de repente tuviera algo contagioso, y tal vez lo hacía. Algún Federal le había permitido escuchar una investigación en curso, y acaba de derramar el hecho de que habían pinchado con éxito la casa de Max y a la persona que Shaw pensaba que había jodido con su pueblo y estaba quizás más de su parte que del de la policía.

—Shaw —dijo Morgan.

Thurgood se quedó allí, con las manos a los costados, sin mirarlo, como si eso lo hiciera mejor. Si no lo ves, entonces no ocurrió, tal vez.

Sabía que la había jodido, estaba allí en sus ojos, atrapados en una línea de luz en las sombras. Entonces nos dijo.

—No sé de lo que están hablando, Marshalls. Con la reputación de Blake, ¿por qué no creería que se folló a todos los tigres del lugar?

Había intentado salir del paso, pero le sonreí con dulzura.

—¿Qué es tan gracioso?

—Todavía puede salvarse de esto —dije—, sólo pregunte.

—No sé de lo que está hablando.

Iba a fingir que no había dicho demasiado. Thurgood y Morgan probablemente le respaldarían. ¿Él confiaba que trabajaría en equipo sólo porque tenía una insignia?

—Irónico —dije—, acabas de decirme que estoy más del lado de los monstruos, pero ahora cuentas con que sea un buen policía. Me has acusado de follar con múltiples hombres tigre, pero estás dependiendo de que honre la placa por encima de mis supuestos amantes. ¿O sólo fingirás que no lo dijiste, y te irás? No pensé que los policías hicieran eso. Pensé que los policías miraban las cosas de frente.

—Tú lo has dicho, Blake, eres una asesina, no un policía.

Le sonreí, pero ésta no era dulce.

—Perfecto, Shaw, perfecto.

Edward me apartó con una mano en mi hombro, así que él se enfrentaba a Shaw.

—Bernardo, lleva a Anita a dar un paseo, en esa dirección. —Señaló lejos de los reporteros.

Bernardo comenzó a caminar, y tomé el ritmo a su lado. Yo casi

esperaba que Olaf protestara porque quería ir al paseo, pero se movió detrás de Edward. Era bueno saber que estábamos allí para respaldarnos mutuamente. Ya no estaba segura sobre algunos polis de las Vegas.

Bernardo me llevó más allá del cuerpo, y como si hubiéramos estado de acuerdo, no lo miramos mucho. Solamente caminamos hasta que el callejón estuvo un poco más oscuro, sin las luces que habían colocado en el otro extremo. Aunque, lo que logró detenerme fue que el olor era menos amargo allí, y unos pies más y estaríamos corriendo en otro grupo de polis que investigaban el otro extremo del callejón.

—Eso fue interesante —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—Tienen el lugar pinchado.

Asentí otra vez. Traté de pensar en todo lo que había dicho en el apartamento. No podía recordar todo, pero había sido suficiente.

—Estás tratando de recordar todo lo que dijiste, ¿no?

—Sí.

—Si todo lo que tuviera fuera el sonido, podría pensar que fue sexo, y creería que puedes cambiar de forma de verdad.

—¿Lo que me costaría mi placa?

—No hasta que admitan cómo hicieron la grabación —dijo.

—¿Con Shaw parloteando, quién sabe?

—¿Sientes el conflicto?

Le miré, estudiando su rostro en la penumbra, lo poco que podía.

—Quieres decir, ¿si voy a ir a contárselo a los tigres?

Se encogió de hombros.

—No —dije.

—No querrías que la casa de Jean-Claude tuviera micrófonos.

—No, pero rastreamos para localizar aparatos de escucha regularmente. Max debería hacerlo, también.

—¿Así que no se lo dirás porque es un descuido en las prácticas de negocios por parte de Max? —Él comenzó a apoyarse contra la pared, luego lo pensó mejor y se detuvo a mitad del movimiento.

—En parte, pero también porque soy un agente federal. Tengo una insignia. Max tiene actividades criminales. ¿Cómo podría soplar una operación que puede salvar vidas?

—Por lo tanto, primero la placa —dijo, en voz baja.

Le fulminé con la mirada, sin estar segura si podía verla en la penumbra.

—¿Qué, crees lo que decía Shaw, que soy más leal a los monstruos que a la policía?

Levantó las manos como si quisiera detenerme.

—Eso no es lo que quise decir. Es que si tuviera todos tus problemas, puede ser que me sintiera en conflicto.

Suspiré.

—Lo siento, pero estoy cansada, Bernardo. Estoy cansada de tener a los otros policías pensando que soy uno de los monstruos. —Negué con la cabeza—. Demonios, no estoy segura de que estén equivocados. He empezado a preguntarme si puedo servir a la insignia y a mi otro maestro, al mismo tiempo.

Se inclinó hacia delante.

—¿Estás pensando en renunciar?

Era mi turno de encogerme de hombros.

—No lo sé, tal vez.

—No puedo imaginarte no haciendo esto, Anita.

—Tampoco yo puedo, pero… Shaw no es el primer policía en pensar que mis lealtades están divididas. No será el último. Soy un pleito caminante de acoso sexual últimamente. Es como si dormir con los vampiros y los cambiaformas ofendiera a la policía a un nivel muy básico.

—Ah, conozco eso.

Levanté la vista hacia él.

—¿Qué quieres decir?

Sonrió, y pude ver el destello, incluso en las sombras.

—Es la idea de que, si prefieres a los monstruos, entonces el rumor de que son mejores en la cama que nosotros los simples mortales puede ser cierto. Eso repele a muchos hombres, y una insignia no cambia eso. De hecho, tal vez los policías son más chicos que la mayoría de los chicos, por lo que les molesta más.

—Eso suena… infantil para un policía.

—No he dicho que estuvieran pensando con la parte frontal de la cabeza, pero en algún lugar de la parte posterior, donde todavía viven todos esos impulsos neandertales, se preguntan si ser sólo humano los hace ser menos, de alguna forma, que los monstruos.

Traté de mirar más allá del destello de la sonrisa y ver lo que estaba

debajo, pero había demasiada sombra. Finalmente dije:

—¿Es así como te sientes?

Él negó con la cabeza.

—Tuve a una dama que dejó a su amante hombre animal por mí.

Sonreí, no pude evitarlo.

—Eso debe haber sucedido en los últimos dos años, porque cuando nos conocimos, estabas un poco inseguro acerca de mi amante hombre lobo.

Se encogió de hombros y extendió las manos.

—Qué puedo decir, soy tan bueno como creo que soy.

Eso me hizo reír.

—Oh, nadie es tan bueno.

—¿Estás diciendo que soy vanidoso?

—Sí.

Se echó a reír, y luego su rostro se puso serio y se giró, así que su cara captó algunos parches dispersos de luz. Estaba repentinamente serio, pintado en luz y sombra como algunas fotos abstractas.

—Ningún alarde, Anita, sólo un hecho. Me encantaría probarte eso algún día.

—No necesito tener a otros policías oyendo esta clase de mierda de otro hombre en este momento.

—Todavía estoy dispuesto a ayudarte a alimentarte.

—Pensé que estabas asustado por lo que pasó con Morgan.

Frunció el ceño, pensando en ello.

—Lo estaba.

—Pensé que la oferta para alimentar el *ardeur* estaba fuera de la mesa.

Frunció el ceño fuertemente, haciendo pliegues entre sus ojos grandes y oscuros.

—Sí, en realidad pensé que había cambiado de opinión.

—Así que, ¿por qué la nueva oferta?

—El hábito, tal vez. —Pero el ceño se quedó.

Tuve una idea, y no una buena. Me haría falta alimentarme pronto. De hecho, me sentía con más energía, menos «hambre», porque Víctor se supone que había ayudado al compartir su energía conmigo. Pero tal vez todo lo que había sido capaz de hacer era ayudar a curarme. Había utilizado una gran cantidad de energía curándome y luchando, y *Belle Morte* estaba en lo cierto acerca de que últimamente me alimentaba sólo lo mínimo para sobrevivir. También estábamos más allá de la marca de doce horas, cuando

el alimento era generalmente una buena idea. Entonces me di cuenta de que no había comido ningún alimento sólido, tampoco. Mierda, lo sabía bien. Un hambre alimentaba a la otra, y si no comía suficiente comida de verdad, las dos, mis bestias y el *ardeur* aumentarían más rápido y más fuerte. Lo sabía, pero en medio de un caso, era difícil encontrar tiempo para ser humano. ¿Podría estar ahora haciendo accidentalmente las compras para alimentarme? ¿Estaba tratando de hechizar a Bernardo sin saberlo? Era el no saberlo lo que me asustó más.

—Tengo que conseguir algo de comida.

—¿Puedes comer después de ver eso? —No se movió hacia el cuerpo, sólo lo implicó alzando la voz.

—No, no tengo hambre.

—Entonces yo…

—Si no como comida sólida con suficiente frecuencia, se hace más difícil controlar todas las otras hambres —dije.

—Ah —dijo, y frunció el ceño—. Estoy pensando en algo muy inapropiado, incluso para mí.

—¿Lo quiero saber? —Pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Te molestaría.

Si era lo suficientemente malo para que Bernardo no lo dijera en voz alta, entonces, era malo. Que hubiera pensado en ello, y entonces lo pensará mejor, era una señal de que algo andaba mal. Apostaba a que yo era lo que estaba mal. ¿Era el *ardeur* llamando a Bernardo? Ni siquiera sabría decirlo.

—Bueno, vamos a volver con… Ted, y ver si podemos obtener los archivos que necesitamos de los locales.

—Si quieres comer esta noche, tiene que ser antes de que veamos más fotos de los crímenes.

—De acuerdo —dije.

Nos dimos la vuelta y comenzamos a caminar hacia el montón de hombres y los restos de la última víctima de Vittorio.



CINCUENTA Y CUATRO

Morgan estaba diciendo:
—Tendrán todo lo necesario en un par de horas, pero primero tenemos que terminar aquí.
—Llama a alguien —dijo Edward.

Shaw estaba a corta distancia en el callejón hablando con algunos de los técnicos de la escena del crimen. Sólo estaban Thurgood y Morgan para vernos acercarnos y fruncir el ceño. Morgan sólo parecía irritable en general, pero Thurgood había pasado a hostil.

—Vamos a obtener la información, pero tendrán que esperar hasta que uno de nosotros vuelva a la estación.

—¿Por qué? —Preguntó Edward.

—Porque vas a tener que pedir prestado uno de nuestros ordenadores, y alguien va a tener que cuidar a los niños.

—¿No confían en nosotros para darnos copias en papel? —Pregunté.

—No confiamos en ti —dijo Thurgood.

—Tanto por mi hermandad.

—No soy tu hermana —dijo—. Las mujeres como tú hacen más difícil, para el resto de nosotras, hacer nuestro trabajo. Mujeres como tú hacen que sea más difícil para nosotras ser tomadas en serio por los otros policías.

—Las mujeres como yo —dije—. ¿Qué significa eso? —Lo sabía, pero quería ver si ella lo decía en voz alta.

—Anita —dijo Edward.

—¿Qué? —dije.

—Sabes lo que eres —dijo.

—Thurgood —dijo Morgan.

—Sé lo que piensas que soy —dije.

—Es suficiente —dijo Edward—. Las dos.

—Tú no eres mi superior —dijo Thurgood.

—Ya lo veremos, cuando nuestros superiores sepan que el Departamento de Policía de las Vegas nos impide realizar nuestro trabajo —dijo Edward. Su voz era baja y fría, con un borde de calor en ella. Normalmente no perdía el control. Al parecer, Edward no había sido capaz de calmar las cosas.

—Simplemente no la queremos a ella y a sus amantes pasando por nuestros archivos.

—Demonios —dijo Bernardo—, porque eres una puta, somos putas, también.

—Cállate, Bernardo —dijo Edward. Él comenzó a caminar por el callejón lejos de ellos y hacia los periodistas. Que era donde nuestro coche estaba aparcado, por desgracia. El resto de nosotros fue tras él. Todos nos quitamos los guantes en la entrada del callejón y los pusimos en el cubo de basura que alguien había colocado para ello. Había un guardia uniformado para asegurarse de que nadie tomaba un recuerdo. Creerás que estoy bromeando, pero la gente se vuelve loca con los casos en serie. El guante estaría en eBay esa noche, si lo catalogaban legalmente antes de adquirirlo. Los de eBay lo intentaron con la policía misma, pero la gente aguanta mierda extraña.

Otro uniformado sostuvo la cinta, y fuimos de repente cegados por los destellos de las cámaras y las luces de las cámaras de video. Habían movido todos los equipos más grandes hacia atrás, pero el material móvil se había deslizado hacia adelante.

No hicimos caso de todas las preguntas. Esta no era nuestra ciudad, y uno de los caminos más rápidos para enfadar a los locales era dirigirse a los reporteros. Algunos uniformados realmente tuvieron que vadear la multitud y hacer un agujero.

Las preguntas fueron al principio acerca de los asesinatos, y luego alguien del público me reconoció. Pensarías que un vampiro asesino en serie sería más interesante que mi vida amorosa con un vampiro diferente, o tal vez sólo pensaron que realmente podría contestar aquellas preguntas.

—Anita, Anita, ¿Qué piensa Jean-Claude de que caces y mates a otros vampiros?

Lo ignoré, como si todo lo demás fueran tonterías. Porque había aprendido que no importaba lo que dijeran, iba a ser peor que si no decía nada. No importaba qué preguntas contestara, los locales lo verían y pensarían que hablaba del caso. Ya estaban enfadados conmigo; no tenía que ayudarles a odiarme.

Olaf se movió a mi lado, bloqueando los micrófonos y las manos alcanzándome. Edward se movió delante de mí, y Bernardo tomó la espalda. Me protegían de la prensa, de la muchedumbre. No era correcto. O era un verdadero U.S. Marshall y un igual del equipo, o era sólo una muchacha estúpida que necesitaba protección. Mierda.

Los uniformados tuvieron que escoltarnos al coche. La prensa nos siguió. Jean-Claude había aparecido recientemente en algunas revistas importantes de celebridades. No en la portada o algo, pero dentro de las trivialidades. Imágenes de lo que estaba haciendo, retratado en uno de los clubes más populares de vampiros en el país. Había sido captada dos veces a su lado en las imágenes. Peor aún, había admitido que era su novia en una entrevista. La prensa parecía fascinada porque un cazador de vampiros estuviese saliendo con un vampiro.

Había rechazado varias entrevistas por aquel pequeño detalle de que la mayor parte eran asesinatos.

¿Por qué no le advertí a Edward? Honestamente pensé que un caso de asesino en serie, haría que la prensa ignorara la mierda estúpida. Algunos seguían gritando preguntas sobre el asesinato, pero en medio de ello, como las pasas en un pedazo de pan tostado, planteaban preguntas sobre citas y vampiros. Esto sí que haría que el DP de Las Vegas me tomara en serio. Oh, sí.

Subimos al coche y nos movimos fácilmente a través de la maraña de

vehículos oficiales. Más allá de eso, estaban las furgonetas de prensa con las enormes antenas de ciencia-ficción. La policía había hecho un pasillo entre todos, para cualquier persona que estuviera tratando de salir de la escena. Creo que fuimos los primeros.

—Si la sacerdotisa de Randy Sherman está en casa, vamos a ir a verla —dijo Edward.

—Sí, pero primero comamos —dije.

—Comer sería bueno —dijo Olaf.

—¿Para llevar o para comer en el sitio? —Preguntó Edward.

—Que sea para llevar —dije—, siempre y cuando haya carne implicada. —Había aprendido que la proteína ayudaba a mantener a raya a las bestias, más que las verduras.

—¿Soy el único que no quiere comer, después de lo que acabamos de ver? —Preguntó Bernardo desde el asiento trasero.

—Sí —dijo Olaf.

—Ya te lo dije, Bernardo, tengo que comer.

—¿Cuándo fue tú última comida? —Preguntó Edward, mientras se movía por el luminoso y brillante Strip.

—Alrededor de las ocho, para el desayuno y el *ardeur*.

—Más de trece horas —dijo—. ¿Cómo te sientes?

—Como si necesitara un poco de proteína —dije.

Me dio su teléfono móvil con la pantalla iluminada.

—Llama al número, a ver si nos recibe, mientras encuentro un lugar.

Oprimí el botón y esperé a que me diera tono de marcado.

Edward no preguntó nuestras preferencias, sólo nos metió en el primer lugar de comida rápida que encontró. Burger King estaba bien para mí, me gustan las Whoppers.

Pensé que iba a saltar el contestador, pero después de siete timbres contestó una mujer.

—Sí —dijo. Su voz sonaba prudente.

—Soy la U. S. Marshall Anita Blake. Estoy investigando el asesinato de uno de los miembros de su secta, Randall Sherman.

—Y todos los otros que murieron con él —dijo la voz que seguía siendo suave.

—Sí —dije—, pensé que podría ser capaz de ayudarnos con algunas preguntas.

—Sé muy poco sobre los vampiros y los cambiaformas.

—Es más una cuestión de magia, y lo que Randall Sherman habría hecho en una situación determinada.

—Esa es una pregunta distinta a las que me han hecho los otros policías.

—Déjeme adivinar: pensaron que podría estar implicada sólo porque es Wicca.

—Algunos de ellos son hombres buenos, pero algunos no confían en una bruja.

—Estoy consiguiendo mucho de eso mismo —dije—, y tengo una insignia.

Eso la hizo reír, sólo un poco.

Edward me llamó la atención, y me indicó que necesitaba saber que pedir. Levanté un dedo.

—¿Sábe cómo llegar?

—Tenemos la dirección.

—Entonces vengan, y hablaremos acerca de la magia y Randall Sherman.

—Gracias, Phoebe Billings.

—Por nada, Anita Blake. —Había algo en la forma en que lo dijo que tenía un toque, casi de poder.

Colgué antes de que pudiera preocuparme por ello. Un problema a la vez. Edward repartió la comida. Bernardo había superado sus problemas lo suficiente para conseguir patatas fritas y un sándwich de pescado, sin salsa. Supongo que no quería todo el asunto chorreante después de la escena del crimen.

Me comí mi sandwich, con su salsa pegajosa, y ni me inmuté. Érase una vez, que no habría podido comer un chorreante bocadillo después de una escena así. Pero eso había sido hace un tiempo. Logras superarlo, o no. Supongo que lo había conseguido.

—¿Te acuerdas de la dirección de la sacerdotisa? —Pregunté.

Edward sólo me miró, y la mirada fue suficiente. Por supuesto que se acordaba de la dirección. Y había estado en la ciudad antes, y él era Edward, lo que significa que recordaba el camino. Se comió el bocadillo desordenado, con una sola mano, mientras conducía. Hizo que se viese limpio, fácil, y yo luchaba por no derramar la salsa sobre mi chaleco con las dos manos y un montón de servilletas. La Coca-Cola estaba buena, sin embargo, y no la derramé sobre mí.

Mi teléfono móvil sonó. De hecho, salté, derramando sólo un poco de Coca-Cola. Era mucho para estar tranquila. Puse la bebida en el portavasos, y busqué el teléfono de mi bolsillo.

—Sí.

—Anita, soy Wicked, estamos sobre territorio de Las Vegas. ¿Dónde estás?

Traté de imaginarlo al otro lado del teléfono. Estaría vestido con algo de diseño, bien equipado y muy moderno. Su cabello rubio, corte largo, pero limpio. Era uno de esos hombres totalmente masculinos que también lograba ser bonito, aunque apuesto probablemente lo habría hecho más feliz.

—Aparte de Truth, ¿quién más está contigo? —No le pregunté si Truth estaba con Wicked. Habían sido Truth y Wicked durante siglos. Dos hermanos, dos mercenarios, dos vampiros, que eran unos de los mejores guerreros que jamás había visto, pero más impresionante, eran algunos de los mejores guerreros que Jean-Claude conocía en toda vampirolandia. Ahora eran nuestros músculos, pero no eran alimento. Había cruzado esa línea sólo una vez para salvar la vida de Truth, pero aparte de eso, no los había tocado.

—Requiem, London, Graham, Haven, unos pocos hombres leones, y algunos hombres hienas.

—¿Los leones y las hienas son músculo o comida? —Pregunté.

—Músculo.

—Bien —dije.

—Ponme al corriente.

—¿Eres el hombre a cargo de esto?

—Jean-Claude me puso a cargo del músculo.

—¿Cómo se tomó Haven eso?

—Con el tiempo el Rex león y yo vamos a tener una charla, pero esta noche no. —Traducción: Haven había querido estar al cargo, pero había cedido a la autoridad de Jean-Claude, de mala gana.

—Espera, has dicho que estás a cargo del músculo. ¿Qué más hay para estar a cargo?

—Bueno —dijo—, técnicamente, soy jefe de la guardia en esta operación, pero Requiem es el tercero en la estructura de poder en St. Louis, por lo que es el jefe.

—Eso tiene sentido, supongo. —No estaba segura de cómo me sentía

sobre Requiem estando al cargo, incluso en Las Vegas. Era un maestro vampiro, pero también era temperamental como el infierno, y él y yo no nos llevábamos excepcionalmente bien últimamente. Había tratado de dejarlo fuera de la lista de alimentación, y ahora aquí estaba en Las Vegas cuando estaba lejos de casa y de mis hombres habituales.

—Estás pensando demasiado, Anita —dijo Wicked—. ¿Por qué no estás feliz de que Requiem esté aquí?

No le debía a Wicked una explicación sobre Requiem y yo, así que…

—Le dije a Jean-Claude que no enviara a nadie que no pudiera manejar una pelea. Nunca he visto pelear a Requiem.

—Lo hace bien, pero realmente, Jean-Claude no quería enviarnos al territorio de otro vampiro, sin alguien que pudiera ser más diplomático que el resto de nosotros. Requiem está aquí por si acaso tenemos que negociar con Max y su pueblo.

—Como he dicho, Wicked, tiene sentido.

—Ahora, pregúntame cómo obtuvo Requiem su cubierta para esta tarea.

—Cubierta, está aquí para representar los intereses de Jean-Claude, ¿verdad?

—Lo es, pero sólo si las cosas van mal con Max. Él vio como un insulto el enviar esta cantidad de gente, pero Jean-Claude explicó que estaban preocupados por tu seguridad con el asesino en serie.

—Tiene sentido —dije, no como si estuviera feliz.

—Max quería poner a sus guardias a tu alrededor, Anita.

—No —dije.

—Este es el trato.

—¿El qué? —Pregunté, y no pude evitar la impaciencia de mi voz.

—Requiem está siendo prestado como bailarín al espectáculo musical de Max.

—Odia desnudarse.

—Sí, y yo odio torturar a las personas, pero estoy realmente, realmente bien con eso.

No sabía qué decir a eso, así que lo ignoré.

—¿No podemos simplemente decirle a Max que todo el mundo es alimento para mí?

—Podemos justificar los guardaespaldas para ti. Podemos justificar un pomme de sang para ti, que es London. Pero no podemos decirle a Max que

necesitas esta cantidad de alimento, Anita. Estaría muy cerca de admitir que no tienes el control del *ardeur*. Requiem está aquí para visitar el club de Max para un papel como posible invitado, y si funciona para él, entonces, Jean-Claude ha acordado la posibilidad de prestar a otros bailarines ocasionalmente.

—Max ha estado esperando eso por un tiempo —dije.

—Con lo que explicamos a Requiem.

—¿Por qué me estás diciendo esto tú y no Requiem?

—Está calmando los sentimientos heridos entre nuestro pequeño grupo.

—¿Cuán molestos están entre ellos? —Pregunté.

—Tú le dijiste a Jean-Claude que escogiera gente que pudiese manejarse en una lucha, Anita. Eso significa que tienes muchos perros grandes en un cuarto, que luchan por el mismo hueso. Requiem y yo podemos manejarlo, pero pensé que deberías saberlo antes de que entres en ello.

—Gracias —dije.

—Ahora, ¿dónde estás?

—En el camino a las afueras de la ciudad. Vamos a entrevistar a un testigo.

—¿Te has alimentado?

—De comida sólida sólo hace unos minutos.

—¿Pero no comida húmeda? —Alimento húmedo era una jerga entre los vampiros para la sangre, y últimamente me había dado cuenta de que algunos se referían a mi alimentación del sexo, o a la emoción, de la misma manera. No podía discutirlo, supongo, aunque parte de mí quería.

—No —dije.

—Te acercas a catorce horas entre comidas, Anita. ¿Tienes alguien contigo, por si acaso?

Me humedecí los labios.

—Desde luego tengo voluntarios de emergencia, pero no, no realmente.

—¿A qué distancia estás, y cuál es el camino? —Preguntó.

Le pregunté a Edward, y me lo dijo. Se lo repetí a Wicked.

—A esta hora de la noche, será más rápido si uno de nosotros vuela hacía ti.

—¿Quién de ustedes puede volar también? Y si se trata de Requiem, no puede venir solo. Puede estar bien en una pelea, pero bien no es suficiente. No quiero que ninguno de los nuestros ande solo hasta que tengamos a este

hijo de puta.

—¿Realmente piensas que Vittorio podría apoderarse de tu gente?

—Sígueme la corriente. ¿Quién puede volar bastante bien para venir?

—Yo puedo. Truth puede. Preguntaré a los demás. —Puso el teléfono en silencio mientras esperaba. Conociendo a Wicked, sólo preguntaría a London y a Requiem cuál de ellos volaba mejor. No tenía ni idea.

—No podemos tener a los hombres de Jean-Claude reuniéndose con nosotros en casa de un testigo, Anita. Eso sólo va a confirmar lo que el Departamento de Policía piensa —dijo Edward.

—Lo sé, Edward. Espero que él llegue hasta nosotros después.

—¿Planeas alimentarte antes de que conduzcamos de vuelta? —Preguntó Olaf.

—No, pero han pasado catorce horas, y tuve que curar mucho daño. Eso toma energía. Él nos encontrará, pero es sólo una precaución.

—Dije que yo te alimentaría —dijo Olaf.

—Gracias, Olaf, lo digo sinceramente, pero… —Pensé en que decir después—. Creo que no queremos que nuestra primera vez juntos sea en la parte trasera de una furgoneta.

Pareció pensar en ello durante un minuto o dos, luego dijo:

—Más tiempo y una habitación serían bienvenidos.

No había consentido en tener sexo con Olaf, pero había logrado no aplastar sus buenas intenciones de sexo que no implicara matar a su compañera. Edward me había pedido intentarlo, y lo intentaba.

El teléfono volvió a la vida en mi mano.

—Me reuniré contigo.

—Wicked, acabo de decirlo, nadie viaja solo.

—Si logran tomarme, entonces nos mataran a todos, así que si no lo logro, tú sales de la ciudad, y te llevas a nuestra gente contigo.

—¿Te estás ofreciendo como cebo?

—No, ¿Estás segura de que estás preocupada por mi seguridad, o por el hecho de que puede que debas tener relaciones sexuales conmigo?

—Eso no es justo, Wicked. ¿Sabes por qué estoy tratando de reducir el alimento?

—Lo sé, no estoy en plan de alimento. Resulta que ninguno de los otros dos vampiros son realmente buenos en el vuelo. Y tú asustas a mi hermano.

—Yo no le asusto, sino que simplemente no quiere ser comida.

—Tienes razón, no lo hace, pero yo también tengo razón. Le asustas, y

Truth no tiene miedo de mucho.

—¿Y tú no temes que te posea, o algo así?

—Voy a tomar mis opciones. Además, tú misma lo has dicho, tienes el control ahora mismo. Yo sólo estoy por si acaso. —Parecía amargo.

—Wicked.

—Sí.

—No necesito esa actitud de tu parte, también.

—Puedes darme órdenes, y tengo que seguirlas, pero no puedes dictar cómo me siento.

Tenía un punto, pero… Lo que quería decir era que no entendía por qué todos los hombres querían estar en la lista de alimentación. Tenía un espejo, sabía lo que estaba viendo, y aunque era bonita, y tal vez incluso debido al traje correcto, hermosa, no estaba al mismo nivel magnífico que los hombres perseguían. Pero cada vez que me cansaba de decirlo en voz alta, me acusaban de ser humilde, o mentirosa. No pensaba que fuera humildad, sólo honestidad.

—No voy a pedir disculpas por tratar de mantener mi lista de alimentación sin crecimiento, Wicked. Jean-Claude hace escándalos al no quererme compartir con ningún hombre nuevo, y ahora no me manda nada, pero casi. ¿Qué pasa con eso?

—Él prefiere verte a ti y a toda su gente de regreso a casa en St. Louis, vivos, después salvará su ego.

—¿Qué significa eso?

—Eso significa que está de acuerdo con tu evaluación de Vittorio. Si él enviara alguien que pudiera ser usado como rehén y no pudiera manejarse en una lucha, podría ser demasiado tentador. Sobre todo teniendo en cuenta que la elección de víctimas son en su mayoría strippers, y la mayoría de tus más cercanos amantes son strippers.

Eso me hizo un nudo apretado en el estómago.

—Siento tu miedo, Anita. Él pensó que ya habías deducido esto.

—Lo hice, sólo que no así, sin rodeos.

—Estoy sorprendido. Por lo general tú eres la más directa de los dos.

—Sí, sí —dije—, pero no siento que esté a punto de perder el control ahora mismo.

—Entonces yo viajaré de regreso contigo y los verdugos agradables. Pero al regresar al hotel, vas a tener que alimentarte de alguien. —Su cuidada voz de vampiro contenía burla de sí mismo, y sabía que no era lo

que sentía. Era su tono cuando escondía lo que sentía—. Pero si te alimentas esta noche de vampiros, entonces, por la mañana vas a tener que elegir a uno de los hombres animales, porque un vampiro sólo funciona por la noche cuando estamos sobre la tierra.

—Ya lo sé.

—Sólo lo estoy diciendo, piensa en tus opciones de menú, porque no deseas perder el control del *ardeur* porque has sido delicada.

—No soy delicada.

—Si no es así, entonces, porqué no te has acostado con Haven.

Lo dejé ir porque probablemente tenía más razón de lo que quería admitir.

—¿Con cuántos otros nunca he dormido?

—La mayoría de los hombres animales.

Hice un sonido exasperado.

—Anita, dijiste que no enviaran a nadie del que te preocuparas demasiado, y sólo enviaran a gente que pudiera luchar. Esto corta la mayoría de tus clientes habituales. Cualquiera que signifique mucho para ti, o que no pueda luchar vale un centavo. —Por un momento hubo un eco de un acento, sobre todo uno perdido hace mucho tiempo—. Lucha contra el *ardeur*, y no hará falta que nos toquemos.

—No es eso, maldita sea. Es que estoy tratando de recortar la lista de los hombres, no que se sumen a ella.

—Lo entiendo también, pero no sólo te resistes a mis encantos, también te molesta activamente pensar en tener sexo conmigo, ahora, realmente hace daño al corazón de un viejo vampiro.

—Maldita sea, Wicked, no tengas ese sentimiento de daño.

—Haré mi mejor esfuerzo.

—Wicked.

—Voy a esperar en el coche, fuera de la casa, así que no pondré en peligro la investigación. —Colgó.

—No sabía que Wicked estuviera en el menú —dijo Edward.

—No lo está.

Edward me miró, levantó una ceja pálida.

—No empieces tú también. —Me enrosqué en la esquina de mi asiento, crucé mis brazos, e hice un puchero. Sí, era infantil, pero cada vez que pensaba que estaba teniendo un mejor control de mis poderes, estaba equivocada. No quería añadir más hombres que con los que ya dormía, de

verdad. ¿Por qué no quería dormir con hombres magníficos que estaban por lo general bastante bien en la cama? Porque me di cuenta de que aunque podía tener sexo con muchos hombres, no podía tener «citas» con ellos. No podía ser su roca emocional. Lo intentaba, y fallaba, pero parecía incapaz de sólo joder y alimentarme. Jean-Claude tenía razón; tenía que o dejar de necesitar tanto, o dejar de aspirar a la emoción con mi sexo. Sólo no tenía ni idea de cómo hacer eso. ¿Si esto no importase emocionalmente, por qué tener sexo en absoluto? Ah, porque tú eres un súcubo, y morirías y drenarías la vida de la gente que amas, entonces ellos morirían primero. Sí, esa era razón suficiente. Supongo que Wicked tenía razón, todavía estaba tratando de fingir que no era mi realidad.

—Así que ¿un vampiro va a reunirse con nosotros en la casa del testigo? —Preguntó Bernardo.

—Sí. Va a estar esperando en el coche cuando salgamos.

—¿No estará allí su coche, también? —Preguntó Bernardo.

—Va a volar —dije.

—Volar… oh, te refieres a volar. —Bernardo realmente agitó sus brazos un poco.

—Sí, pero en realidad no aletean los brazos. Es más levitación que realmente volar.

—Al igual que Superman —dijo Olaf.

Le miré en el coche oscuro.

—Sí, supongo que sí, como Superman.

—¿Te sientes tan inestable como para necesitar encontrarlo aquí fuera? —Preguntó Edward.

—No, pero tiene razón, estoy cerca de las catorce horas. Sólo vamos a decir que te amo como un hermano; no quiero tener que explicar el tabú de incesto entero a Donna y a los niños.

—Así que, si pierdes el control… —No terminó la frase.

—Podría ir mal —dije. Me obligué a sentarme derecha. No pondría mala cara en la esquina, maldita sea.

—¿Es decir, podrías sólo perder el control del *ardeur*? —Preguntó Bernardo.

—Sí —dije, y dejé salir el primer indicio de ira en esa palabra.

—¿Cuánto control pierdes? —Preguntó Olaf.

—Esperemos que ninguno de ustedes lo descubra.

—Llegamos a la casa —dijo Edward.

—Vamos a poner nuestra cara de policía —dije alegremente—, y pretendamos que uno de nosotros no es un vampiro viviente que se alimenta de sexo.

—No dejes que los otros policías te hagan sentir mal por eso, Anita.

—Edward, esto es malo.

—Todo lo que te ha pasado sucedió porque estabas tratando de salvar a alguien más. Los poderes de vampiro son lo mismo que una herida de bala, Anita. Tuviste ambos en el cumplimiento de tu deber.

Le miré a la cara, lo estudié.

—¿De verdad crees eso?

—No digo cosas que no quiero decir, Anita.

—Mientes como la mantequilla que no se derrite en tu boca, Edward.

Él sonrió.

—No te miento.

—En serio —dije.

La sonrisa se convirtió en una mueca.

—Está bien, no la mayoría de las veces, no mucho. —Su rostro se puso serio—. No estoy mintiendo ahora.

Asentí con la cabeza.

—Tomaré eso.

—Me siento como un mirón —dijo Bernardo.

Los dos fruncimos el ceño. Él levantó las manos.

—Perdón por arruinar el momento conmovedor, pero en verdad, si quieren tener conversaciones de corazón a corazón, vamos a salir del coche. No estoy bromeando con la parte de mirón.

—¡Fuera! —Dijo Edward.

Abrió la puerta y lo hizo, sin preguntar otra cosa. La cara de Olaf se mostró claramente en la repentina luz del techo. Estaba estudiándonos a los dos, como si nunca nos hubiera visto antes.

—¿Qué? —Pregunté.

Él sólo sacudió la cabeza y salió, también. Nos quedamos solos en el coche. Edward me dio unas palmaditas en la pierna.

—De verdad quise decir lo que dije, Anita. Es como una lesión o una enfermedad que obtienes en servicio. No dejes que el resto lleguen a ti.

—Edward, nunca he tocado íntimamente a Wicked, y ahora está apresurando su paso por la noche para ofrecerse para el sexo y tal vez más.

Él me frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir, con tal vez más que el sexo?

—Es como cuando me alimento de los hombres preternaturales, ellos están bajo mi poder, o algo. Es por eso que su hermano, Truth, no quiere dormir conmigo. Tiene miedo de que lo posea.

—¿Lo harías?

—No a propósito.

—¿Cuánto de esto puedes controlar?

—No lo suficiente —dije.

Nos miramos el uno al otro cuando la luz sobre nuestras cabezas perdía intensidad y salimos.

—Lo siento, Anita.

—Yo, también. Sabes, Edward, si no puedo viajar sin tener que alimentarme, entonces no puedo viajar.

—Lo solucionaremos.

—Se está metiendo en mi camino de hacer las cosas de Marshall.

—Trabajaremos sobre ello, Anita.

—¿Qué pasa si no podemos?

—Lo haremos, —y sonaba muy firme cuando lo dijo. Conocía ese tono, discutir no me ayudaría. Era el tono que utilizaba cuando simplemente esperaba que lo escucharas y que hicieras lo que decía.

Lo escuché, pero incluso el gran Edward no podía resolverlo todo. Me gustaría pensar que sería capaz de ayudarme a seguir trabajando como Marshall, aún teniendo que alimentar el *ardeur*, pero algunas cosas no se pueden corregir.

—Vamos a preguntarle a la bruja.

—A la mayoría de ellos no les gusta que les llamen así.

Me dedicó una sonrisa mientras abría la puerta y la luz se encendió de nuevo.

—Voy a dejarte al cargo. Eres nuestra experta en magia.

Me di cuenta de que me dejaba estar al cargo no sólo porque era el experto en magia, sino porque quería que sintiese que tenía el control de algo. Para un loco como yo, no me sentía controlada de mucho últimamente. Pero salí, cerramos las puertas con llave, y caminamos en la oscuridad de Nevada hacia la casa de Phoebe Billings, sacerdotisa y bruja.



CINCUENTA Y CINCO

Quedamos frente a una modesta casa suburbana en una calle llena de modestas casas de los suburbios. Había alumbrado público suficiente para que tuviéramos una buena visión incluso en la oscuridad. La gente se olvida de que la famosa Strip de Las Vegas, con sus casinos, espectáculos, y luces brillantes es sólo una pequeña parte de la ciudad. Quitando el hecho de que la casa se asentaba sobre rocas, arena y plantas nativas del desierto, podría haber sido una de un millón de viviendas en cualquier parte del país.

En la mayoría de las otras casas había hierba y flores, como si estuvieran tratando de fingir que no vivían en el desierto. El calor del día quemaba la hierba y las flores. Deberían de tener un límite en cuánto al agua que podían usar, porque he visto patios en los desiertos, tan verdes como un campo de golf. Estos patios parecían tristes y cansados en la fría oscuridad. Todavía estaba caliente, pero tenía la promesa de que a medida que avanzaba la noche, se haría más fría.

—¿Una alta sacerdotisa vive aquí? —Dijo Bernardo.

—De acuerdo a la guía telefónica, sí —dije.

Dio la vuelta al coche para detenerse en la acera junto a nosotros.

—Se ve tan… ordinaria.

—¿Qué esperabas, decoraciones de Halloween en el mes de agosto?

Tuvo la gracia de parecer avergonzado.

—Creo que lo hice.

Edward se acercó a la parte trasera del coche y la abrió. Metió la mano en su propia bolsa de trucos y sacó una de las cazadoras de U.S Marshall.

—Hace demasiado calor para eso —dije.

Me miró.

—Estamos armados hasta los dientes, y todo es visible. ¿Dejarías que entráramos en tu casa si no estuvieras segura de que somos policías? Pero me he quedado sin ellas. Alguien sigue devolviéndolas todas llenas de sangre.

—Lo siento.

Me colgué mi tarjeta de identificación alrededor del cuello. Era lo que me ponía en St. Louis cuando el calor era demasiado para usar una chaqueta.

—¿Ves? —Dije—. Soy legal.

—Te ves más inofensiva que nosotros —dijo Edward, y empezó a repartir chalecos a los otros hombres.

Bernardo lo tomó sin hacer ningún comentario y sólo terminó de deslizarse dentro, sacando la trenza a su espalda con un tirón experimentado. Algunos gestos no son sobre ser niña o niño, sino sobre cuán largo es tu cabello.

Olaf tenía su tarjeta de identificación en un cordón alrededor de su cuello, también. Me molestaba que ambos lo hiciéramos, pero ¿dónde más pones una insignia cuando estás usando una camiseta? Yo tenía uno de esos clips y había puesto la insignia en mi mochila un par de veces, pero estuve en situaciones en las que me quité la mochila, y quedé separada de ella y de mi placa. Tenía la insignia en el cinturón con la Browning, porque uno siempre quiere mostrar una insignia si tienes un arma de fuego.

Sólo son buenas habilidades de supervivencia, y salva a otros policías de ser llamados por algún civil asustado que pudo verla. Quieres tu insignia en medio de una pelea entre la policía y los malos. Ayuda a la policía a no pegarte un tiro. Sí, era una chica con aspecto de policía ayudando a los

buenos, pero los accidentes suceden cuando estás ahogado en adrenalina. Con la insignia visible, por lo menos el accidente no sería culpa mía.

Edward hincó su placa sobre su ropa para que fuera doblemente visible, y Bernardo siguió su ejemplo. Todavía había momentos en los que Edward podía hacerme sentir una novata. Me pregunté si alguna vez llegaría el momento en que realmente creyera que éramos iguales. Probablemente no.

No era realmente fanática de la jardinería del desierto, pero alguien con ojo para eso podía ver que habían arreglado el césped con cactus y rocas para que todo fluyera. Daba la ilusión de agua, de agua seca, que fluye con la forma y el color de la piedra y las plantas.

—Lindo —dijo Bernardo.

—¿Qué? —Pregunté.

—El jardín, los patrones son lindos.

Me miró y tuve que darle un punto por darse cuenta.

—Son sólo rocas y plantas —dijo Olaf.

Tomé aire para decir algo, pero Edward interrumpió.

—No estamos aquí para admirar su jardín. Estamos aquí para hablar con ella sobre uno de sus feligreses que fue asesinado.

—No creo que los llamen feligreses —dijo Bernardo.

Edward le dirigió una mirada, y Bernardo extendió las manos como si dijera: Lo siento. ¿Por qué Edward estaba tan tenso, de repente?

Di un paso hacia él, y de repente lo sentí, también. Era un débil zumbido por la piel, por los nervios. Miré alrededor de la puerta y finalmente la encontré en el porche. Era un pentagrama de mosaico en piedra de un bonito color, situado en el hormigón del pórtico. Estaba cargada, con un hechizo de emoción.

Toqué el brazo de Edward.

—Es posible que desees bajar de la alfombra de bienvenida.

Me miró, y luego a dónde señalaba. No discutió, sólo se hizo a un lado. Una tensión visible se levantó del conjunto de sus hombros. Tal vez Edward sólo creía que no podía sentir las cosas. Ser un poco psíquico explicaría cómo se las había arreglado para mantenerse con vida durante todos estos años mientras que cazaba bichos sobrenaturales.

—No lo vi —dijo—, y lo estaba buscando.

—Yo tampoco lo vi hasta que actuaste demasiado tenso —dije.

—Es buena —dijo, mientras tocaba el timbre.

Asentí con la cabeza.

Olaf nos estaba mirando a los dos, como si no supiera qué demonios había sucedido.

—Un signo hexagonal en el porche. Pasa a su alrededor —dijo Bernardo.

—No es un signo de maleficio, —tuve tiempo de decir antes de que la puerta se abriera.

Un hombre alto, abrió la puerta. Su pelo oscuro estaba afeitado, y sus ojos oscuros no estaban felices de vernos.

—¿Qué quieren?

Edward se deslizó al instante en el buen pequeño Ted. Uno pensaría que me había acostumbrado a la facilidad con que se convertía en otra persona, pero todavía me asustaba.

—Ted Forrester, U.S. Marshall, llamamos con anticipación para asegurarnos de que la Sra. Billings estaría en casa. O, mejor dicho, la Marshall Anita Blake fue la que llamó. —Sonrió mientras lo decía y sólo irradiaba encanto. No era el encanto viscoso de algunos hombres, sino del saludos-amigo-que-bueno-encontrarte tipo de energía. Sabía que algunas personas lo tenían naturalmente, pero Edward era la primera persona que había conocido que podía encenderlo y apagarlo como un interruptor. Siempre me pregunté si mucho antes de que el ejército se apoderara de él, habría sido más como Ted. Sé que sonaba raro, ya que era Ted, pero la cuestión era que aún valía la pena meterse con él.

El hombre echó una mirada a la ID de Edward, y luego miró por encima de él hacia nosotros.

—¿Quiénes son?

Levanté mi insignia de su cuerda de seguridad para que fuera más evidente.

—Marshall Anita Blake, ya había hablado con la Sra. Billings.

—Bernardo Spotted Horse, U.S. Marshall —dijo Bernardo, con una voz tan alegre y bien intencionada como la de Ted.

Olaf le gruñó al tipo desde detrás de nosotros.

—Otto Jeffries, U.S. Marshall. —Mostró su placa por lo que el hombre podía verla por encima de nuestros hombros.

Bernardo hizo lo mismo.

Una voz de mujer llamó desde lo más profundo de la casa.

—Michael, déjalos entrar.

El hombre, Michael, presumiblemente, nos frunció el ceño, pero abrió

la puerta de tela metálica. Pero antes de dejarnos cruzar el umbral, nos habló en voz baja.

—No la molesten.

—Haremos todo lo posible para no molestarla, señor —dijo Edward con su voz de Ted. Entramos por la puerta, pero había algo en Michael a mi espalda que me hizo girar para poder tener una mejor visión periférica. Era un poco incómodo entrar en el pequeño vestíbulo, con todos dentro calculé que medía poco más de seis pies, un poco más alto que Bernardo, pero más bajo que Olaf, incluso que Edward, siempre era difícil recordar que él no era tan alto como los otros hombres, de cinco con ocho. Era una persona que parecía más alta de lo que era, a veces la estatura no es sobre cuán alto eres.

El salón probablemente decepcionaría a Bernardo tanto como el exterior porque se trataba de una habitación típica. Había un sofá, un par de sillas pintadas de un alegre azul claro, con toques de color naranja rosado en los cojines y algunos adornos. No había un juego de té en la mesa de café, pero sí tazas de té suficientes para todos nosotros. No le había dicho cuantos éramos, pero ella lo dio por sentado al poner cuatro tazas. Psíquicos, tienes que amarlos.

Phoebe Billings se sentaba allí, con los ojos rojos por el llanto, pero con una sonrisa serena del tipo sabedora. Mi mentora Marianne tenía una sonrisa así. Significaba que sabía algo que yo necesitaba saber, o me miraba trabajar a través de una lección que tenía que aprender urgentemente, pero era obstinada. Las brujas que también son consejeras, son grandes respecto a que tomes tus resoluciones a tu propio ritmo, por que las prisas de alguna manera pueden dañar tu lección kármica. Sí, Marianne me volvía loca a veces con su falta de dirección, pero puesto que pensaba que una cosa sobre la que tenía que trabajar era la paciencia, todo esto era muy bueno para mí. Irritante, pero bueno, así lo dijo. A mí sólo me parecía irritante.

—¿No quieren sentarse? El té está caliente.

Edward se sentó en el sofá junto a ella, sin quitar su sonrisa de Ted, pero era más comprensivo ahora.

—Siento mucho su pérdida, Sra. Billings.

—Phoebe, por favor.

—Phoebe, yo soy Ted, ellos son Anita, Bernardo, y Otto.

Michael había tomado una posición cerca de ella, con una mano en la

muñeca de la otra. Reconocía una posición de guardaespaldas cuando la veía. Era, ya fuera su sacerdote o su perro negro, aunque la mayoría de los aquelarres no tenían sólo uno de estos sino más. En los aquelarres que aún lo tenía como un oficio por lo general había dos. Eran guardianes y hacían una minuciosa protección mágica cuando el aquelarre estaba trabajando. La mayor parte de su trabajo era de naturaleza espiritual, de protección, pero érase una vez, hace tiempo, los perros negros habían cazado duendes que eran más carne y menos espíritu. Michael daba la sensación de ser alguien que podía hacer las dos cosas.

Phoebe nos miró a todos, y finalmente regresó a Ted.

—¿Qué quieren saber, Marshalls? —Tuvo una pequeña vacilación antes de llamarnos por nuestros títulos.

Sirvió el té en las tazas. Puso el azúcar en dos, y dejó dos sin endulzar. Luego se las entregó a Michael para pasarlas a cada uno de acuerdo a quien estaban destinadas.

Edward tomó su taza, al igual que los demás. Yo tomé la última. Ni ella ni Michael tenían tazas. Yo no tenía absolutamente ninguna razón para desconfiar de Phoebe Billings, pero a menos que ella bebiera el té, yo no lo tocaría. El hecho de ser una bruja no quería decir que era una bruja buena.

Nos sonrió mientras nos sentábamos con nuestras bebidas intactas, como si hubiéramos hecho exactamente lo que ella sabía que haríamos.

—Randy no hubiera tomado el té, o cualquiera… —dijo—. Para la policía, todo es sospechoso. —Ella se secó los ojos y suspiró.

—Entonces, ¿por qué nos dio el té si sabía que no lo beberíamos? —Dije.

—Digamos que era una prueba.

—¿Una prueba sobre qué? —Pregunté, y debí haber sonado un poco más hostil de lo que quería, porque Edward me tocó la pierna, sólo un empujón para hacerme saber que debía bajar el tono. Edward era una de las pocas personas de quien tomaría la indirecta.

—Pregúntame de nuevo en unos días, y responderé a tu pregunta —dijo.

—Ya sabes, sólo porque eres Wicca y psíquica no significa que tenga que ser misteriosa —dije.

—Háganme sus preguntas —dijo, y su voz era demasiado triste y sombría para que coincidiera con la luminosa habitación en la que estábamos sentados, pero el dolor llega a todas las habitaciones, sin

importar el color de la pintura.

Edward se recostó cómodamente en el sofá, dándome la mejor visión de ella que podía tener sin cambiar de asiento. Era su forma de hacerme saber que me dejaba tomar la iniciativa, como había dicho en el coche. Bien.

—¿Qué tan buen mago era Randall, Randy Sherman?

—Era tan competente en la magia como en todo lo que hacía —dijo. Apareció una mujer más en la casa. Llevaba una bandeja con otra taza en un plato. Tenía el cabello castaño largo de la sacerdotisa, pero su cuerpo era delgado y más joven. No me sorprendió cuando Phoebe la presentó como su hija, Kate.

—Entonces, si Sherman hubiera empezado a decir un hechizo en medio de un tiroteo, ¿Sería porque tenía una razón para pensar que podía ayudar?

La mujer sirvió el té a su madre de la jarra y se lo entregó.

—Randy nunca desperdiciaba las cosas, ni municiones, ni esfuerzo físico, ni un hechizo.

Bebió de la taza. Bernardo hizo lo mismo e hizo un trabajo bastante bueno tratando de no mirar de reojo a la hija mientras caminaba hacia la cocina con la bandeja vacía. Edward tomó un sorbo de té, también.

Phoebe nos miró a Olaf y a mí.

—¿Todavía no confían en mí?

—Lo siento, pero soy una bebedora de café.

—A mí no me gusta el té —dijo Olaf.

—Kate podría ofrecerles un poco de café.

—Prefiero seguir con nuestras preguntas, si eso está bien. —No significaba que no confiara en ella, sino que por su experiencia como bebedora de té, podría hacer un mal café.

—¿Por qué creen que Randy podría estar diciendo un conjuro durante un tiroteo?

Miré a Edward, y él se hizo cargo. No estaba segura de cuánto decirle.

—No podemos compartir demasiada información sobre una investigación en curso, Phoebe. Pero tenemos buenas razones para pensar que Randy estaba diciendo un conjuro en medio de la pelea.

—¿Decir? —Preguntó.

—Sí.

—Randy era muy bueno, pudo haber simplemente pensado una bendición en medio de una pelea.

—¿Qué clase de hechizo tendría que decirse en voz alta? —Pregunté.

Ella frunció el ceño.

—Algunas brujas necesitan hablar en voz alta para ayudar a enfocarse, Randy no lo hacía. Así que si estaba recitando en voz alta, entonces era algo ritualista y viejo. Algo que habría memorizado, como un viejo encantamiento. No sé cuánto saben ustedes acerca de nuestra fe, pero la mayoría de los rituales se crean de acuerdo al propósito de un caso en particular. Es un proceso muy creativo y fluido. Cuando hablan de un conjunto de palabras, entonces es más sobre magos ceremoniales, que de Wiccanos.

—Pero Randy era Wicca, no un mago ceremonial —dije.

—Correcto.

—¿Sería algo conocido o algo que estaba pensando, para decirlo en medio de una pelea? ¿Qué le obligaría a pensar en un cántico antiguo, una pieza memorizada?

—Si tiene una grabación de lo que dijo, o incluso si recuerda alguna palabra que me pueda ayudar, podría darles alguna pista.

Miré a Edward.

—No tenemos nada que podamos darle para escuchar, Phoebe, lo siento. —Era correcto, no es que no tuviéramos una grabación, sólo que no podíamos dejar que la escuchara. Yo sólo habría dicho que no teníamos una, era por eso que había dejado responder a Edward.

Ella apartó la mirada de nosotros y hablo con voz inestable.

—¿Es tan horrible?

Mierda. Pero Edward se movió suavemente, incluso tocó su mano.

—No es eso, Phoebe. Es que se trata de una investigación en curso, y tenemos que ser cautelosos con la información que dejamos salir.

Ella lo miró muy de cerca.

—¿Piensa que alguien de mi aquelarre pudo haber participado?

—¿Y tú? —Preguntó, con una voz nada sorprendida, como diciendo, sí ya lo habíamos sospechado, pero dejaremos que nos diga la verdad. Yo habría sonado sorprendida y la habría asustado.

Ella examinaba sus ojos de cerca, de pronto el que tuviera su mano sobre la de ella era lo más importante. Sentí el cosquilleo de energía, y sabía que no tenía nada que ver con hombres animales o vampiros.

Él le sonrió y apartó la mano.

—Tratar de leer psíquicamente a un oficial de policía sin autorización

es ilegal, Phoebe.

—Necesito saber más de lo que me están diciendo para responder a sus preguntas.

—¿Cómo puedes estar segura de eso? —Preguntó, con una sonrisa.

Ella sonrió y puso su taza de té sobre la mesa junto al resto.

—Soy psíquica, recuérdalo. Tengo la información que necesita, pero no sé lo que es. Sólo sé que si hace la pregunta correcta, le diré algo importante.

Salté.

—¿Lo sabes psíquicamente?

—Sí.

Me volví hacia los hombres que me miraban y traté de explicar.

—La mayoría de las habilidades psíquicas son bastante vagas. Phoebe sabe que tiene información que será importante, pero hay una pregunta que debemos hacer para encender ese conocimiento en ella.

—Y ella lo sabe, ¿cómo? —Preguntó Bernardo.

Me encogí de hombros.

—Ella no podría decirte cómo, y yo tampoco puedo. He trabajado lo suficiente con psíquicos como para saber que esto es tan bueno como conseguir la explicación algunas veces.

Olaf frunció el ceño.

—Eso no es una explicación.

Me encogí de hombros de nuevo.

—Es lo mejor que tenemos. —Me giré de nuevo a la sacerdotisa—. Volvamos a la pregunta del Marshall Forrester. ¿Alguien en su aquelarre podría haber participado?

Ella negó con la cabeza.

—No. —Fue un muy firme no.

Lo intenté de nuevo.

—¿Podría alguien aquí en la comunidad mágica haber participado?

—¿Cómo puedo responder a eso? No sé qué conjuros se usaron, o por qué creen que Randy estaba tratando de decir algo. Por supuesto, hay gente mala en todas las comunidades, pero sin más información, no puedo decirte qué talento podría tener. —Parecía impaciente, y supongo que no podía culparla.

Miré a Edward.

—¿Tiene el sello de secreto de confesión de un sacerdote?

Ella sonrió.

—Sí, la Corte Suprema confirma que en verdad somos sacerdotes, entonces lo que me diga está cubierto por la ley.

Miró a la figura amenazante de Michael.

—¿Es un sacerdote?

—Todos somos sacerdotes y sacerdotisas si somos llamados por la Diosa —dijo. Era una respuesta muy sacerdotal.

Respondí por ella.

—Él es su perro negro.

Ambos Phoebe y Michael me miraron, como si hubiera hecho algo interesante.

—Ellos vienen aquí fingiendo no saber nada sobre nosotros, pero nos han investigado. Están mintiendo.

—Ahora, Michael, debes saber antes de sacar conclusiones. —Ella volvió los ojos marrones suaves hacia mí—. ¿Nos ha investigado?

Negué con la cabeza.

—Le juro que, aparte de descubrir que era la sacerdotisa de Randy Sherman, no.

—Entonces, ¿cómo sabe que Michael no es mi sacerdote?

Me humedecí los labios y pensé en ello. ¿Cómo lo había sabido?

—Hay un vínculo entre la mayoría de los sacerdotes y sacerdotisas que he conocido. O bien son una pareja, o el trabajo mágico como equipo sólo forma el enlace. No hay sensación de ello entre tú y él. Además, él sólo grita músculos. El único trabajo en un aquelarre que es todo sobre músculos, ya sea espiritual o físico, es el del perro negro.

—La mayoría de las cofradías ya no los tienen —dijo.

Me encogí de hombros.

—Mi mentora me habló de la historia de su arte.

—Veo la cruz, ¿Es el símbolo de su fe, o sólo es que la policía la hace llevarla?

—Soy cristiana —dije.

Ella sonrió, y era un poco demasiado enigmática.

—Entonces, encontrará algunos preceptos de la Iglesia, limitantes.

Luché para no retorcerme.

—¿Qué sí creo que la actitud de la Iglesia sobre mi tipo psíquico es limitante? Sí.

—¿Y cuál es su tipo?

Empecé a responder, pero Edward hizo un movimiento y me detuve.

—Los dones de la Marshall Blake no importan.

No sé por qué Edward no quería que compartiera eso con ella, pero confiaba en su juicio.

Phoebe nos miró de uno al otro.

—Son una gran asociación.

—Hemos trabajado juntos durante años —dijo.

Ella negó con la cabeza.

—Es más que eso. —Ella sacudió la cabeza como si se sacudiera ese pensamiento. Entonces me miró, y sus ojos ya no eran apacibles.

—Haga sus preguntas, Marshall Blake.

—Si Michael sale de la habitación, entonces hablaremos más libremente —dijo Edward.

—No voy a salir con ellos aquí —dijo el tipo grande.

—Son policías, igual que Randy lo era.

—Ellos tienen insignias —dijo—, pero no son policías como Randy.

—¿Mi dolor me ha cegado? —Preguntó.

Su rostro se suavizó.

—Creo, que sí, mi sacerdotisa.

—Entonces dime lo que ves, Michael.

Volvió los ojos oscuros de nuevo a nosotros. Señaló a Olaf.

—Este tiene el aura oscura, manchada por la violencia y cosas malas. Si no lo sintió desde que cruzó su puerta, entonces tiene la cabeza ciega de dolor, Phoebe.

—Entonces sé mis ojos, Michael —dijo.

Se volvió hacia Bernardo.

—No veo nada malo en este, aunque no le confiaría a mi hermana.

Ella sonrió.

—Los hombres guapos son rara vez dignos de confianza con las hermanas de la gente.

Me saltó y fue directo a Edward.

—El aura de ese es oscura, también, pero oscura del modo en que la de Randy era oscura. Oscura del modo en que la de algunas personas que han estado en el combate son oscuras. No lo querría a mi espalda, pero no significa que haga daño aquí.

Tengo que admitir que mi pulso se había acelerado. Michael me miró, y luché para no mirar hacia abajo, sino enfrentar esos ojos demasiado

perspicaces.

—Ella es un problema. Está firmemente blindada. No puedo leer mucho más allá de sus escudos. Pero es muy poderosa, y hay una sensación de muerte en ella. No sé si atrae a la muerte, o si la muerte la sigue, pero está ahí, como un perfume.

—El destino es pesado para algunos —dijo Phoebe.

Él negó con la cabeza.

—No es eso. —Me miró, y sentí que empujaba mi escudo. Después de lo que había ocurrido con Sánchez, no quería que pasaran mis escudos de nuevo.

—Deja de empujar mis escudos, Michael, o vamos a tener problemas.

—Lo siento, —él parecía avergonzado—, pero no encuentro muchos que no sean Wicca que puedan protegerse de mí.

—He sido entrenada por los mejores —dije.

Miró a los hombres que estaban conmigo.

—No por ellos.

—Nunca dije que aprendí mi blindaje psíquico de otros policías.

—No son policías, hay algo sin terminar, algo salvaje, en todos ustedes. En la policía sólo he conocido a otro que se sentía así, era alguien que había estado tanto tiempo con ellos que casi se había convertido en uno de los chicos malos. Se levantaba, hacía su trabajo, pero cambió. Se hizo menos policía y más criminal.

—Sabes lo que dicen —dije—, una de las cosas que nos hace buenos atrapando a los malos es que podemos pensar como uno de ellos.

—Puede que lo haga la mayoría de los policías, pero hay una gran diferencia entre pensar como uno y ser uno de ellos. —Él nos estudió a todos—. Las insignias son reales, pero es como ponerle una correa a un tigre. Nunca dejará de ser un tigre.

Y eso era estar un poco, demasiado cerca de la verdad.



CINCUENTA Y SEIS

Michael no se iría. Pensaba que éramos demasiado peligrosos. Hicimos nuestras preguntas, pero Edward no quería hablar acerca de la mandíbula aplastada, y otras cosas, por lo que era como caminar en un cuarto oscuro como boca de lobo. Sabrías que lo que quieres está en alguna parte, pero sin un poco de luz, nunca lo podrías encontrar.

Yo creía que Phoebe sabía algo, pero necesitábamos la pregunta correcta para desbloquearlo. No podía decirnos lo que no sabía que queríamos saber, o algo así. Era uno de los interrogatorios más frustrantes que había hecho nunca, aunque dejé a Edward hacerse cargo antes de perder la paciencia por completo.

¿Si hubiera estado sola, le habría dicho todo lo que creía que necesitaba saber? Tal vez. Casi seguro le diría cosas que a los otros policías no les gustaría que un civil supiera. ¿Eso me hace un poli malo? Tal vez. ¿Eso hacía a Edward un policía mejor? Probablemente.

En realidad estaba paseándome por el otro lado de la habitación. Ella era una practicante mágica, por todo lo que sabía, ella o Michael podían estar implicados. No era probable, pero… y sin embargo hubiera derramado los frijoles con ella. Me cuestionaba a mí misma sobre todo. No me gustaba, esto no se parecía a mí, pero, si no se parecía a mí; entonces, ¿a quién?

Entonces lo sentí: vampiro. Sólo sabía que había uno ahí, podía sentirlo.

—Hay un vampiro afuera —dije.

Oí las armas salir de las fundas. Tenía la mano sobre mi Browning, también, pero…

—¿Es un buen vampiro o un vampiro malo? —Preguntó Bernardo.

Edward se acercó a donde me encontraba de pie junto al ventanal grande y empujó las cortinas.

—¿Puedes decir quién es? —Susurró.

Puse mi mano izquierda contra la cortina, lo suficiente para presionar el vidrio detrás de ella. Me concentré, sólo un poco, y pensé en ese empuje de energía. Tenía la opción de retroceder o simplemente abrirme lo suficiente como para probarla. Estaba bastante segura de que era Wicked, porque quien fuera, no había tratado de ocultar su presencia de mí. Vittorio era capaz de ocultarse no sólo de mí sino de Max, y si podía ocultar su señal de energía del Maestro de la Ciudad, entonces seguro como el infierno que podría evitar mi radar.

Pero era mejor estar seguro, así que me acerqué un poco más a este poder frío como viento-de-sepulcro. Toqué esa energía, sentí un gusto al poder de Jean-Claude. Todos los vampiros unidos a él, tenían un sabor a él, como una especia que hubiera tocado toda su piel. Entonces mi poder tocó a Wicked, y él me pudo sentir, como si la palabra debiera estar en letras llamativas. Sentí que veía el aire, como si fuese capaz de verme flotando. Si hubiera sido Jean-Claude, podría haber usado sus ojos para mirar hacia donde él miraba, con Wicked era sólo una sensación.

—Es él —dije bajito a Edward. Empecé a decir, más fuerte—: Está bien, está de nuestro lado, —pero me detuve a mitad de la frase, porque un poder distinto había empujado a través de la apertura en mi escudo. La apertura que había tenido que hacer para detectar al vampiro. Me había olvidado de Michael. Me había olvidado de que era un psíquico, y que su sacerdotisa le había ordenado sentir mis habilidades.

Hubo un momento en el que quedé atrapada entre la detección del vampiro y tratar de empujar fuera de mi escudo al brujo. Debería haber sido simplemente una cuestión de cerrar la puerta que había abierto, pero algo sobre el poder de Michael abrió más la puerta. Fue como si hubiera abierto una puerta, y se convirtiera en una boca de túnel lo suficientemente grande como para conducir un semi remolque a través de él. La puerta la hubiera podido proteger, pero la otra abertura era demasiado grande. Y todos los túneles son oscuros.

La oscuridad hirvió hacia mí. Podía verla con el ojo de mi mente como una nubosidad de noche, lista para derramarse por la apertura. Michael estaba en esa visión, la visión de mí misma era la frase. Michael podía verla, también. No perdió el tiempo preguntando, ¿Qué es? Él actuó. Era el perro negro, el hombre negro, e hizo su trabajo. Es una costumbre muy antigua que ningún invitado se vea perjudicado en su casa.

Un brillo de oro apareció en su mano y creció como un relámpago para formar una espada. Se enfrentó a la oscuridad que se acercaba, con la espada ardiente en la mano. Hubo una segunda sombra sobre él, si es que una sombra pudiera resplandecer con luz. Era más grande que el hombre, y la oscuridad lo enmarcó, se levantó hasta comerse la habitación en la que sabíamos que teníamos que estar de pie, la figura que brillaba intensamente era más nítida, y vi por un momento la sombra de grandes alas, en llamas.

Mi primer pensamiento fue «demonio», sabia que era sólo la parte frontal de mi cerebro. Sabia como se sentía lo demoníaco, y esto no lo era. Era poder, crudo y real, y la destrucción estaba en ese fuego, pero era fuego sagrado, y sólo lo profano lo temía. Pero se necesitaba fe para estar tan cerca de la llama y no tener miedo. ¿Qué tan fuerte era mi fe? ¿En que creía mientras la oscuridad se extendía hacia arriba y Michael se paraba allí con su espada y la sombra de los ángeles a su espalda? Tuve un latido de corazón para pensar, Oh, Michael, lo entiendo.

El hombre se paró entre la oscuridad y yo, no podía dejarlo solo. Me moví para estar junto a Michael el hombre, y esa sombra brillante, recitando conforme me movía.

—San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla, —el fuego ardía brillante contra la oscuridad—. Sé nuestro amparo contra la perversidad y el acecho del diablo. —Era como el fuego que se producía en los objetos sagrados cuando la fe era lo único que tenían contra los vampiros—. Que Dios lo reprenda, pedimos suplicantes, y tú, Príncipe de las huestes

celestiales… —Era como si estuviera viendo la fuente de todos los objetos brillantes santos que jamás había visto, quemándose delante de mí—. Por el poder de Dios, arroja al infierno a Satanás… —Estaba en el borde de las alas en llamas, y por un momento dudé. La oscuridad se extendió sobre el hombre y brilló y supe que tenía segundos para decidir. ¿Qué era yo, de qué lado estaba? ¿Era lo suficientemente buena para entrar en esa luz?

La voz de *Marmee Noir* habló en mi cabeza, o tal vez la oscuridad que nos rodeaba habló.

—Un pedazo de mí está dentro de ti, nigromante, si entras en el fuego de Dios, serás destruida al igual que cualquier vampiro.

¿Tenía razón?

Entonces Michael el hombre dio un paso al frente, para ponerse en peligro otra vez. Se enfrentó a ese océano abrumador de oscuridad, cuando se le había dado la oportunidad de quedar fuera de ella. Sin pensarlo, me trasladé hacia adelante, porque estaba tratando de tomar mi daño, mi golpe, mi destino, y no podía dejar que lo hiciera. Avancé hacia el fuego y esperé ser cegada por la luz, pero no fue así. Era como si el mundo fuera luz, y sólo podía ver la luz, parpadeante y real a mi alrededor. El hombre frente a mí era real, y el fuego era real, pero…

—¡Nigromante, ayúdame!

No entendí lo que quiso decir, pero no importaba. El mal siempre miente. Terminé la oración.

—Y a todos los otros espíritus malignos que andan dispersos por el mundo buscando la perdición de las almas. Amén.

Era como si la energía que nos rodeaba tomara un respiro, de la forma en que harías antes de soplar una vela. El poder tomó un respiro, y luego lo soltó, pero ese aliento era como estar en la zona cero de una bomba nuclear. La realidad sopló hacia fuera, y a continuación, se volvió a formar. Casi esperaba que la casa estuviera destruida a nuestro alrededor, pero nos quedamos parpadeando en la sala de la casa de Phoebe Billings. Nada más que un vaso de agua se había movido.

Edward se encontraba muy cerca de nosotros, pero Phoebe lo retenía, diciéndole:

—Espera, Michael sabe lo que está haciendo.

Yo estaba de pie detrás de Michael, como lo había estado en la «visión», no había ninguna espada ardiendo en su mano, pero de alguna manera sabía que, si la necesitaba, estaría allí.

Se dio la vuelta y me miró con sus ojos marrones oscuros, pero aún había una luz en ellos, un toque de fuego en sus profundidades. No era la luz de los vampiros, sino de otra cosa.

—Anita, habla conmigo —dijo Edward.

—Estoy bien, Edward, gracias a Michael. —Y lo decía con doble sentido. Iba a encontrar una iglesia y a encender una vela para el Arcángel Miguel. Era lo menos que podía hacer.

—Que alguien me explique lo que acaba de suceder —dijo, y parecía enfadado.

—¿Qué viste? —Pregunté.

—Levantaste la vista y viste algo, algo que te asustó como el infierno. Entonces él… —y señaló con el pulgar en la dirección de Michael—, fue a tu lado. Traté de llegar hasta ti, pero ella me dijo que no era cuestión de armas.

—Ella tenía razón —dije.

—Entonces, cada objeto sagrado en la habitación explotó en llamas.

—¿Quieres decir que brillaban? —Dije.

—No, llamas, se quemaron.

—Bernardo entró en pánico —dijo Olaf—, y se quitó la cruz.

Miré al tipo grande. Casi le pregunté cómo justificaba la fe en Dios siendo un asesino en serie, pero no lo hice. Tal vez más adelante si le quería enfadar.

—Una vez que perdí la cruz —dijo Bernardo, y me di cuenta que era el único que no estaba parado cerca de nosotros—, vi… las «cosas».

—¿Qué? —Pregunté.

—La luz, la oscuridad. —Me miró desde el borde del sofá—. Vi… algo. —Se veía pálido y agitado.

Empecé a preguntar ¿Qué? de nuevo, pero Michael me tocó el brazo. Le miré. Él negó con la cabeza. Asentí. Bueno, dejemos a la visión de Bernardo sola. Le había asustado como la mierda y lo hizo en privado. Lo diría, o iba a emborracharse e intentar olvidarlo. No todos los días se ven ángeles y demonios.

Marmee Noir no era técnicamente un demonio, pero era un espíritu maligno.

—¿Qué es lo que te está cazando? —Preguntó Michael.

—Lo viste —dije.

—Lo hice, pero nunca había visto algo así antes.

Le miré.

—¿Te interpusiste en su camino, dos veces, y no sabías lo que era, o lo que podría haberte hecho? —No podía ocultar el asombro en mi voz.

Él asintió con la cabeza.

—Soy el perro negro, el guardián del círculo. Eres nuestra invitada, y ningún daño ha de sufrir alguien a mi cuidado.

—No tienes ni idea de lo que podría haberte hecho.

Sonrió, y fue la sonrisa de un verdadero creyente.

—No podría haberme tocado.

—¿Estás diciendo…? —Y Edward dudó.

—*Marmee Noir*.

—Madre Oscura —dijo Phoebe.

Asentí con la cabeza.

—La diosa oscura no siempre es temible, a veces está tranquila.

—Ella no es una diosa, o si lo es, no hay lado bueno en ella, confía en mí en esto.

—Eso no era la energía de la diosa —dijo Michael.

—¿No pudiste verla? —Pregunté.

—La sentí, pero me concentré en la reparación de los daños causados a nuestras guardas para que no la siguieran más. Confiaba en Michael para expulsar a los que habían cruzado nuestras fronteras y mantenerte a salvo.

—Eso es mucho para confiarle a alguien —dije.

—Usted lo ha visto armado para la batalla, Marshall, ¿cree que mi confianza está fuera de lugar?

Recordé la imagen de Michael con la espada ardiente y la sombra de las alas sobre él. Negué con la cabeza.

—No, no está fuera de lugar.

—Alguien me lo explica —dijo Edward—, ahora.

—Bajé mis escudos para ver si el vampiro era nuestro, y Michael aquí trató de probar mi poder por lo que la apertura se hizo un poco más grande.

—¿Te refieres a lo que ocurrió con Sánchez antes? —Dijo Edward.

Asentí con la cabeza.

—No dañé sus escudos deliberadamente —dijo.

—Te creo —dije—. Y la Madre de Todas las Tinieblas trató de comerme de nuevo. Pero Michael se lo impidió, y la expulsó.

—¿Al infierno? —Preguntó Bernardo, todavía se veía asustado.

Negué con la cabeza.

—No lo creo, solamente la sacó de aquí.

—¿Cómo ha podido atravesar nuestras guardas? —Preguntó Michael.

—Creo que llevo un trozo de ella dentro de mí todo el tiempo —dije—. Una vez atravesaste mis guardas, ella tuvo una entrada.

—Usted no sabe a maldad, Marshall.

—Ella me hizo algo hoy. Confundió mis habilidades psíquicas, me abrió, de alguna manera.

—Creo que podemos ayudar ahí, y me encantaría saber más sobre qué es y cómo llamó su atención.

—No tenemos tiempo para esto, Anita —dijo Edward.

—Ya lo sé —dije.

—La Oscuridad ha tratado de comérsela dos veces en el mismo día — dijo Olaf—. Con el tiempo, si Anita no aprende cómo protegerse mejor, va a perder.

Edward y yo miramos al tipo grande.

—¿Cuánto ves o sientes? —Pregunté.

—No mucho —dijo.

—Entonces, ¿Por qué eres el que me anima a obtener todo lo metafísico?

—*Marmee Noir* te quiere, Anita. Yo entiendo la obsesión. —Me miró con esos ojos oscuros como cavernas, y luché para no mirar hacia otro lado. No podía decidir qué era más inquietante, la intensidad en su mirada o la falta de cualquier otra emoción. Era como si, en ese momento, estuviera reducido simplemente a la necesidad en sus ojos.

—Ella te ha elegido como su víctima, y a menos que puedas arreglar el daño dentro de ti, protégete mejor, o mátala primero.

Duro una risa brusca.

—¿Matar a la Madre de Todos los Vampiros? No es probable.

—¿Por qué no? —Preguntó Olaf.

Fruncí el ceño.

—Si ella puede hacerme todo esto a miles de kilómetros de distancia, entonces no quiero ver lo que es capaz de hacer si estoy físicamente más cerca. Todos los poderes de vampiro crecen con la proximidad.

—Una bomba podría hacerlo, algo con un rendimiento de alta temperatura.

Busqué en su rostro, tratando de leer algo que realmente pudiera llegar a manejar y comprender, pero era casi tan malo como la mirada fija en las

caras de los cambiaformas en sus formas medio-humanas. No podía descifrarlo.

—Todavía tendría que llegar a la ciudad en que se encuentra, y sería demasiado cerca. Además, no sé nada de bombas.

—Yo sí —dijo.

Finalmente tuve una idea.

—¿Te estás ofreciendo a ir conmigo?

Él se limitó a asentir.

—Maldita sea —dijo Edward.

Le miré. Negué con la cabeza.

—No te voy a pedir que vayas.

—No puedo dejarte ir sola con él a su caza. —Lo dijo como si fuera un acuerdo, un hecho.

Negué con la cabeza, y agité las manos como si borrara algo en el aire.

—Yo tampoco iré. Ninguno de nosotros se acercará más cerca a ella.

—Si no la matas primero, seguramente te va a matar —dijo Olaf.

—¿Deberíamos estar hablando de esto en presencia de testigos? —Preguntó Bernardo. Se había movido por fin más cerca de nosotros.

Miramos a Phoebe y a Michael como si los hubiéramos olvidado. Casi lo había hecho. Edward nunca se olvidaba de nada, pero cuando me miró, me di cuenta de que había culpa en sus ojos. Yo nunca lo había visto así con nadie, sólo con Donna y los niños.

Extendí la mano y puse los dedos en su brazo, un toque suave.

—Si hubieras muerto tratando de matar a *Marmee Noir* no me hubieras ayudado ahora. Estarías muerto, y yo estaría a solas con estos dos.

Eso casi me hizo ganar una sonrisa.

—¿O estaría muerto, y tú estarías a salvo?

Lo tomé del brazo, apretándolo.

—No cuestiones tus decisiones, Edward, no eres bueno en eso. La certeza es todo lo que tenemos en una mierda como esta.

Él sonrió, entonces.

—Mira quién habla, la Sra. Dudo-de-Todas-Mis-Decisiones.

—¿Estás diciendo que tiene un cuerpo físico, en este plano, en este momento? —Preguntó Michael.

Pensé en la pregunta, y luego asentí.

—He visto donde se encuentra su cuerpo, así que sí.

—Pensé que nunca habías estado físicamente cerca de ella.

—Sólo en mis sueños y pesadillas —dije.

Sonó música, «Wild Boys» de Duran Duran, y todavía me llevó un minuto darme cuenta de que era mi teléfono móvil. Lo saqué de mi bolsillo, prometiendo escoger una canción diferente para que Nathaniel pusiera en el teléfono para que pudiera deshacerme de esta.

—Anita —dijo Wicked—, ¿estás bien?

—Estoy bien.

—¿Estás siendo obligada?

—No, no, estoy bien, de verdad.

—No puedo entrar… No puedo ni siquiera pisar la puerta… —La voz de Wicked sonaba con miedo, si no era por la vida de su hermano, nunca lo oía con miedo.

—No tienes que hacerlo, Wicked, sólo tienes que esperar afuera. Iré a ti en un rato.

—Sentí a la Madre de todas las Tinieblas, y entonces sentí… —Parecía que había perdido las palabras.

Casi le ayudé a terminar, pero él era un vampiro, y eso habían sido ángeles. Yo quería saber lo que había percibido.

Finalmente, habló de nuevo.

—Cuando llegué por primera vez, podría haber entrado en la casa con una invitación, pero ahora no me atrevería. Brilla como algo sagrado.

—La sacerdotisa tuvo que rehacer los escudos —dije—, para mantener fuera a *Marmee Noir*.

—Si algo va mal allí, no podré ayudarte.

—Estoy cubierta, Wicked, de verdad.

—Sé que tienes a Edward contigo, pero yo soy tu guardaespaldas, Anita. Jean-Claude me ha encargado tu seguridad. Si te dejo morir aquí, Jean-Claude me mataría a mí y a mi hermano. Es probable que mate a Truth primero y me haga verlo, y después me mate a mí. Y en este mismo segundo, no puedo alcanzarte. Mierda.

—¿No es que por lo general mi línea? —Dije.

—No bromees con esto, Anita.

—Mira, siento que no puedas pasar las guardas, pero estamos bien, y no podrías haberme protegido de *Marmee Noir*, incluso si hubieras estado conmigo.

—Y ese es otro problema. La veía como una tormenta negra elevándose sobre la casa. Me ignoró como si no existiera, pero sentí su poder, Anita.

Todo el entrenamiento de armas en el mundo no la detendrá.

—Aparentemente, la magia lo hace —dije.

—¿Las guardas pueden mantenerla fuera?

—Tal vez.

—Pero tampoco dejarán pasar a cualquier otro vampiro y Vittorio también tiene hombres animales para enviar detrás de ti, por lo que Jean-Claude me dijo.

—Estoy bastante segura de eso, sí.

—Entonces, necesitamos estar contigo —dijo.

—De acuerdo.

—Necesitamos mantenerte a salvo de la Madre de todas las Tinieblas, también. ¿Cómo hacemos ambas cosas?

Que tuviera que preguntarme no era una buena señal.

—Lobos —dije finalmente.

—¿Qué?

—Lobos, no puede controlar a los lobos, sólo a los gatos.

—¿Qué pasa con las hienas?

—No lo sé, sólo lo he comprobado con los lobos.

—Tenemos a Graham.

—Otros lobos serían de gran ayuda.

—Llamaré a Requiem y veré lo que podemos encontrar. —Luego colgó. Me dejó para regresar a la sala y decir—: Eh, no, ni idea de cómo explicarlo, así que no voy a intentarlo.

—Está usando algo que se supone que la ayuda contra la oscuridad —dijo Phoebe.

Casi toqué la medalla en la cadena con la cruz, me detuve a mitad del gesto.

Ella sonrió.

—Muy bien —dije—, pero no importa, ya que parece haber dejado de funcionar.

—Si me permite verlo, creo que sólo necesita ser limpiado y recargado. —Debió haber sido la expresión de mi cara, porque agregó—: Sin duda, quien le enseñó a protegerse lo suficiente como para mantener a Michael fuera, le enseñó esto también.

—Ella lo intentó, pero no pongo mucha atención en la joyería.

Ella volvió a sonreír.

—Sin embargo, cree en la pieza de metal alrededor de su cuello.

No estaba segura si estaba hablando de la cruz o la medalla, pero de cualquier manera, tenía razón.

—Tiene razón, mi mentora me ha hablado sobre las piedras y otras cosas. Yo sólo no creo en eso.

—Hay cosas que no requieren su creencia para hacer que funcionen, Marshall.

—Tengo cosas en mí —dijo Bernardo—, que simplemente funcionan, Anita.

—¿Las piedras? —Pregunté.

Él asintió.

—Se supone que te ayudarán a ver a tu presa, pero cuando te quitaste la cruz, sólo tenías lo que le permitía ver más en el mundo de los espíritus y nada para protegerte de eso —dijo Phoebe.

Se encogió de hombros.

—Conseguí exactamente lo que pedí, tal vez no sabía lo que necesitaba.

Le miré. Se había puesto nuevamente la cruz, pero todavía tenía una tensión alrededor de los ojos. Todo lo que había visto de *Marmee Noir* le había asustado.

—No te ves del tipo jerga —dije.

—Tú lo has dicho, Anita, la mayoría de nosotros no tiene tu talento con los muertos. Así que conseguimos la ayuda que podemos.

Miré a Edward.

—¿Tienes ayuda?

Él negó con la cabeza.

Miré a Olaf.

—¿Y tú?

—Ni piedras ni magia.

—¿Entonces qué?

—La cruz ha sido bendecida por un hombre muy santo. Se quema con su fe, no con la mía.

—¿Una cruz no funciona para ti, personalmente? —Pregunté, entonces casi deseé no haberlo hecho.

—El mismo hombre que bendijo la cruz me dijo que estoy condenado, y ninguna cantidad de avemarías u oraciones me salvarán.

—Todo el mundo puede ser salvado —dije.

—Para ser perdonado, primero tienes que arrepentirte de tus pecados. —Me dio todo el peso de su mirada de nuevo.

—Y no estás arrepentido —dije.

Él asintió con la cabeza.

Pensé en eso, su cruz quemaba con la fe de un hombre santo que le había dicho que iría al infierno a menos que se arrepintiera. Él no se arrepentía, pero aún llevaba la cruz que el hombre le había dado, y todavía funcionaba para él. La lógica, o falta de ella, hacía que me doliera la cabeza. Pero al final, la fe no es siempre acerca de lógica, a veces se trata de un salto.

—¿Le mataste? —Preguntó Bernardo.

Olaf le miró.

—¿Por qué matarlo?

—¿Por qué no lo harías?

Olaf pareció pensarlo por un momento y luego dijo:

—Yo no quería, y nadie me pagaba para hacerlo.

Allí, perfectamente Olaf, no es que no matara a un sacerdote porque fuese un error, sino porque no le divertía en el momento, y nadie le había pagado. Incluso Edward en su momento más inquietante no habría tenido la misma lógica.

—Estamos hablando frente a ustedes demasiado casualmente —dijo Edward—. ¿Por qué?

—Tal vez simplemente se sienta a gusto.

Él negó con la cabeza.

—Tienes un hechizo permanente de algún tipo en la habitación, o la casa.

—Todo lo que he puesto es que la gente pueda hablar libremente si lo desean. Al parecer, sus amigos sienten la necesidad, y usted no.

—No creo que la confesión sea buena para el alma.

—Ni yo —dijo ella—, pero puede liberar partes de ustedes que están bloqueadas, o ayudar a calmar la mente.

Sacudió la cabeza, luego se giró hacia mí.

—Si tienes que hacer algo con el medallón, hazlo. Tenemos que irnos.

Pesqué la segunda cadena de debajo del chaleco. Había tratado de llevar la cruz y el medallón en la misma cadena, pero demasiadas veces necesitaba la cruz visible, y me cansé de que la gente preguntara lo que significaba el segundo símbolo. La imagen en el metal era de un gato grande de muchas cabezas, si veías directamente el metal suave, se podían discernir rayas y símbolos alrededor del borde de la misma. Había

intentado hacerlo pasar como medallón de un santo, pero simplemente no se parecía a nada que pudiera domesticarse.

Se lo tendí a Phoebe. Ella lo tomó con cautela por la cadena con sólo dos dedos.

—Esto es muy viejo.

Asentí con la cabeza.

—El metal es lo suficientemente suave como para que se doble con la presión, y a veces sólo con el calor del cuerpo.

Empezó a caminar hacia la puerta por la que su hija había llegado con el té. Esperaba ir todo el camino a su cuarto-altar, pero nos dejó en una cocina pequeña y brillante. Su hija, Kate, no estaba a la vista.

Phoebe respondió como si hubiera preguntado en voz alta.

—Kate tenía una cita esta noche. Le dije que podía ir después de que el té estuviera servido.

—Así que se perdió el espectáculo metafísico.

—Sí, aunque muchos talentosos en el área pueden haber sentido algo. No se llama al bien y al mal sin alertar a aquellos que pueden sentir esas cosas.

—No suelo recoger cosas pérdidas —dije.

—Pero usted no está capacitada para ello. La exhibición de esta noche habría atraído tanto al inexperto, que no pudo bloquearlo, como al entrenado, que está abierto y alerta.

Negué con la cabeza.

—¿Estamos aquí para una conferencia o para limpiar el amuleto?

—Demasiado impaciente.

—Sí, lo sé, tengo que trabajar en ello.

Sonrió, luego se volvió hacia el fregadero.

—Entonces no voy a haceros perder más tiempo. —Se giró hacia el agua y esperó unos momentos dejándola correr, mientras cerraba los ojos y miraba hacia arriba a nada que yo pudiera ver o sentir.

Pasó el amuleto y la cadena bajo el agua corriente. Cerró el suministro de agua, a continuación, sostuvo el amuleto en sus manos y cerró los ojos otra vez.

—Está limpio y listo para usarse.

La di una mirada.

Ella se echó a reír.

—¿Qué, esperaba que lo pusiera en el altar y le llevara a bailar desnuda

a la luz de la luna?

—He visto a mi mentora limpiar la joyería, y ella llama a los cuatro elementos: Tierra, agua, aire y fuego.

—Pensé en ver si podía limpiarlo haciendo algo que realmente pueda hacer usted misma.

—¿Quiere decir que sólo lavó las cosas malas?

—Deje correr el agua durante unos minutos, y piense, «Toda el agua es sagrada». Seguramente sabe que el agua corriente es un obstáculo para el mal.

—En realidad nunca he encontrado a un vampiro que no pueda cruzar el agua para llegar a mí. He tenido demonios atravesando un arroyo.

—Tal vez con la corriente, como con su cruz, usted tiene que creer.

—¿Por qué el agua no es como las piedras, y funciona por su cuenta?

—¿Por qué sería el agua como la piedra? —Preguntó.

Era una de esas preguntas irritantes que Marianne hacía de vez en cuando. Pero había aprendido este juego.

—¿Por qué no lo sería?

Ella sonrió.

—Ya veo por qué ha trabajado tan rápido y sin problemas con Michael. Los dos tienen una cualidad exasperante.

—Eso me han dicho.

Secó el medallón con cuidado sobre un paño de cocina limpio, y luego me lo entregó.

—Esto no es como su cruz, Marshall. No es un elemento que mantiene automáticamente las cosas malas fuera. Se trata de un objeto neutro, ¿entiende lo que significa?

Dejó el conjunto de medallón y cadena en la palma de mi mano.

—Eso significa que no es malo o bueno, es más como un arma de fuego. Cómo se utiliza depende de quién está apretando del gatillo.

—La analogía sirve, pero nunca he visto nada como esto. Usted no me conoce, pero no digo esto muy a menudo.

Miré el brillo mate del metal en mi mano.

—Me dijeron que mantendría a *Marmee Noir* lejos de mí.

—¿Le dijeron algo más sobre él?

Pensé, entonces tuve que sacudir la cabeza.

—Puede que no lo supieran, pero creo que ya que la protege a la Madre Oscura, también puede llamar a otras cosas hacia usted.

—¿Qué tipo de cosas? —Pregunté.

—Hay algo muy animal, casi chamánico, en la energía de la pieza, pero eso no es suficiente, tampoco.

Quería preguntarle, ¿llama a los tigres hacia mí? ¿Era el mismo medallón el que estaba causando que me sintiera atraída por ellos? ¿Podría preguntarle sin darle demasiada información?

—¿Por qué me preguntó cuán bueno era Randy como brujo?

Sentí la compulsión de simplemente contárselo. Ella tenía razón, quería contárselo, parecía que debíamos reclutar un poco de ayuda del talento local, pero no era mi llamada. Edward era mejor en esto, e hice una reverencia a su experiencia. ¿Qué podría decirlo?

—Los chicos malos, o las cosas, no se preocuparon por dar un golpe mortal. Sus primeros ataques fueron para evitar que hablara. Era un chico bien armado, y plenamente capacitado de equipos especiales. Esto es, bastante peligroso como para simplemente matarlo, pero quien lo haya golpeado, vio su capacidad de hablar como más peligrosa que las armas.

—Me preguntó por un hechizo, pero no puedo pensar en alguno que obligara a Randy a hablar en voz alta. Vio a Michael y lo que hizo. Su invocación fue silenciosa.

—Sí, pero se necesita concentración para hacer ese tipo de invocación, ¿no? ¿Randy podría llamar ese tipo de energía en el medio de un tiroteo?

Pareció pensar en ello.

—No lo sé. Nunca he tratado de hacer un trabajo en medio de un combate. Tenemos otros hermanos y hermanas que son soldados. Puedo enviar un correo electrónico y preguntar.

—Simplemente pregunte si han intentado hacer magia en medio de un tiroteo. Sin detalles.

—Le doy mi palabra.

¿Y si hubiera dicho demasiado? No sentía que lo hubiera hecho.

—Digamos que por el bien del argumento, si su gente le dice que no puede hacer magia, silenciosa y normal, durante el combate. ¿Qué se pudo enfrentar a una unidad armada, una unidad SWAT, para que Randy Sherman hubiera pensado que las palabras, un hechizo, sería más eficaz en su contra que las balas recubiertas de plata?

—¿Está usted segura de que eran balas de plata?

—Es el procedimiento estándar de las unidades tácticas, como el SWAT, utilizar munición recubierta de plata que llevan en todo momento,

en caso de que uno de los malos resulten ser un vampiro o cambiaformas. Eran refuerzos de un cazador de vampiros, por lo que tendrían munición de plata.

—Pero usted no lo comprobó —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Lo haré, pero he visto a estos chicos en el trabajo, y no cometerían un error tan grave.

Ella asintió con la cabeza.

—Randy sin duda no habría cometido ese tipo de error.

—No ha respondido a mi pregunta, Phoebe.

—Estaba pensando —dijo. Frunció el ceño, frunciendo un poco los labios. Parecí a un viejo hábito nervioso que casi había perdido. Me pregunté si decírselo. ¿Significaba que estaba mintiendo, o estaba más nerviosa de lo que debería estar? ¿Podría tener algún vínculo con lo que estaba sucediendo? Bueno, sí, no, pero no se sentía bien. Pero entonces, ¿cuánto era su magia y la propia casa con todos sus pupilos las que afectaban mi reacción ante ella? Mierda, quisiera no haber pensado en eso, o haber pensado en ello antes. Que no lo hubiera pensado antes significaba que me estaban confundiendo otra vez. Mierda.

—Un demonio, algunos espíritus malignos, como viste con tu Madre Oscura. —Frunció el ceño.

—Ha pensado en algo —dije.

Ella negó con la cabeza.

—No, es sólo, que podría ser casi cualquier cosa. Ni siquiera me contó cómo impidieron que Randy hablara. Supongo que fue una especie de mordaza o daño que hizo imposible que hablara.

Sinceramente, para que ella fuera realmente una fuente de información valiosa, necesitaba más pistas, pero Edward me había dicho expresamente que no le diera ninguna. Mierda.

—Sé que no confía en mí, Marshall.

—¿Por qué debería? Tiene esta casa tan cableada con la magia que ha tomado la mayor parte de nuestro cinismo natural. Hemos hablado más abiertamente a su alrededor de lo que deberíamos.

—El cinismo no siempre es propicio para el estudio y realización de la magia.

—Pero para los policías, es esencial.

—Yo no protegí mi casa con la idea de que la policía viniera y me

preguntase.

—Muy bien, pero ¿cómo podemos saber lo que fue a propósito y lo que no? Ni siquiera puedo decir si estábamos hablando mucho antes de que rehiciera las guardas, o sólo después. Si fue después, lo hizo a propósito para tratar de hacernos brindarle más información acerca de la muerte de Randy Sherman.

—Eso sería una cosa muy gris para una sacerdotisa wiccana, Marshall.

Sonreí, y era una verdadera sonrisa.

—Usted lo hizo, ¿no? Ha utilizado la emergencia para modificar los hechizos, así estaría más habladora. —Sacudí un dedo hacía ella—. Eso es ilegal. Utilizar magia sobre la policía en el centro de una investigación es detención automática. Podría acusarla de cometer actos mágicos ilegales.

—Eso sería una sentencia de cárcel automática de al menos seis meses —dijo.

—Lo sería —dije.

Nos miramos la una a la otra.

—La pena me hace tonta, y me disculpo por eso, pero quiero saber qué pasó con Randy.

—No —dije—, no quiere.

Frunció el ceño, y luego su rostro se nubló.

—¿Es tan horrible?

—Usted no quiere que la última, —dudé—, imagen de su amigo sean las fotos de la escena del crimen, y definitivamente no una visita a la morgue. —Me acerqué para ofrecer una mano reconfortante, pero me detuve. Tenía poco conocimiento de las habilidades psíquicas humanas. ¿Crecen con el tacto, como las de un vampiro? Las mías no lo hacían, pero las mías eran muy especializadas. Dejé caer mi mano—. Confíe en mí en esto, Phoebe.

—¿Cómo puedo confiar en usted cuando está amenazando con meterme en la cárcel? —Había un hilo de ira en su voz ahora. Supongo que no podía culparla.

En realidad no había dicho que la pondría en la cárcel. Sólo mencioné que podía ponerla en la cárcel. Hay una gran diferencia, en realidad, pero si suponía que era una amenaza, estaba bien. Si conseguía más información sobre los asesinatos, o Randy Sherman, o cualquier cosa, mejor aún. No estaba aquí para ganar concursos de popularidad, estaba aquí para resolver crímenes.

Hubo movimiento en la puerta más interna de la casa. Mi arma estaba de repente en mi mano. Pensamiento y acción son uno, saltamontes.

—Es mi hija —dijo Phoebe, pero ella miraba el arma. Como si fuera una cosa muy mala. Ni siquiera estaba apuntando a nadie, y ya estaba asustada. De sacerdotisa poderosa conectada a la deidad y la magia, a civil miedoso en un solo movimiento.

—¿Puedo hablar con usted, o sólo quiere matarme? —La voz de Kate sonaba furiosa. Una bonita oleada roja de ira, teñida de miedo, salió de ella. Eso hizo que mi estómago se apretara firmemente, como si me hubiera quedado con hambre, pero sabía que no era esa clase de hambre.

Me distancié tanto de la madre como de la hija. Me moví de modo que mi mano vacía abriera la puerta, y pudiera escapar de esa ira tentadora, si el hambre aumentara demasiado rápido y demasiado difícil de controlar, tenía a Wicked fuera, y si tuviera que elegir entre el *ardeur* con él o la violación psíquica de una bruja, entonces me quedaría con el sexo y el vampiro. Por lo menos él estaba dispuesto.

—¿Me tiene miedo? —Preguntó Kate, cuando entró con cuidado en la habitación.

Había añadido una chaqueta corta a sus pantalones vaqueros, y tenía las manos metidas en sus bolsillos.

—Déjame ver tus manos —dije, la voz baja y uniforme.

Ella hizo una mueca, pero su madre dijo:

—Haz lo que ella dice, Kate.

La niña no podía ser mucho más joven que yo, cinco años o menos, pero había vivido una vida diferente. No creía que le pudiera disparar, pero su madre lo hacía.

—Kate, como tu sacerdotisa, te ordeno que hagas lo que dice.

La niña dejó escapar un suspiro, a continuación, sacó las manos, con cuidado, de sus bolsillos. Las manos estaban vacías. La ira brotó de ella como un aroma rico, espeso, como si su rabia tuviera mejor sabor que la mayoría.

—No dejaré que te metan a la cárcel —dijo, todos los ojos oscuros en su madre, como si no estuviera allí de pie con un arma en la mano. Esperaba que no tuviera que pegarle un tiro, sería como dispararle a un Bambi furioso. Ella no sabía lo que hacía. Su ingenuidad me ayudó a recuperar el control del hambre. Tomé una respiración profunda, e incluso tuve pensamientos relajantes, vacíos.

—Kate —dijo Phoebe—, dejé a mi dolor interferir en el camino de mi buen juicio. Eso no es culpa del Marshall.

Kate negó con la cabeza lo suficiente para que la cola de caballo marrón girara alrededor de sus hombros.

—No. —Luego volvió sus ojos enfadados hacia mí—. ¿Si yo te diera el nombre de alguien que pudiera haber hecho esto, dejarías a mi madre en paz?

—Kate, ¡no!

—No le debemos lo suficiente como para que pueda ir a la cárcel, ¿y si él tuviera algo que ver con esto? Entonces la próxima vez qué matara a alguien, sería parte de nuestro karma, también. Yo no le debo eso.

—Yo era su sacerdotisa, Kate.

Ella negó con la cabeza de nuevo.

—Yo no lo era. —Ella se giró hacia mí—. Estoy saliendo con un policía. Él dijo algo sobre los cuerpos destrozados, y no todos son hombres animales. Quiero decir, siempre que sale en las noticias cada vez que reciben un cuerpo mutilado, culpan a los hombres animales locales en primer lugar.

Me limité a asentir. Estaba en un estado de ánimo para hablar, si no lo estropeaba de alguna manera.

—Sin embargo, dijo que algunos de los cuerpos fueron cortados con cuchillas. Que él nunca había visto nada igual, y ustedes tampoco.

Su novio era demasiado hablador, pero si me daba el nombre, no lo delataría. Podría tratar de averiguar quién era y decirle que mantuviera la boca cerrada, pero no lo delataría. Si ella sólo dijera el nombre.

—¿Eso es cierto? —Preguntó por fin.

—No estoy autorizada para hablar de una investigación en curso. Lo sabes.

—Si es verdad, entonces necesita hablar con Todd Bering.

—Dejó sus medicamentos otra vez —dijo Phoebe—. Usted tiene que entender eso. Es un buen hombre cuando toma sus medicamentos, pero cuando los deja…

—¿Por qué toma medicinas?

—Fue diagnosticado con esquizofrenia porque oía voces y veía cosas. Podría haber sido una enfermedad leve, pero también es uno de los brujos naturales más poderosos que he conocido.

—¿Qué quieres decir con «brujo natural»? —Pregunté.

—Al igual que usted —dijo Kate—, su poder sólo llegó, ¿verdad? No tuvo que estudiar, sólo podía hacerlo.

—Tuve que aprender a controlarlo —dije.

—Y eso es lo que intentamos hacer por Todd. —Kate no parecía enfadada, sonaba un poco triste. Yo estaba contenta con la tristeza, que volvía el borde de ira menos delicioso.

—¿No funcionó? —Pregunté.

—Funcionó —dijo Phoebe, y suspiró—, pero cuando empezó a estar enfermo otra vez, llamó a cosas que nunca deben ser tocadas en nuestro camino. Hay algunas cosas que usted no puede hacer y ser una bruja buena.

Asentí con la cabeza.

—Eso he oído.

—Llamó a un demonio. Se sentía tan malo, como si no pudieras respirar más allá de su maldad —dijo Kate, que estaba mirando al suelo, pero sus ojos estaban asustados, como si todavía pudiera sentirlo.

—He sentido lo demoníaco antes —dije.

—Entonces ya lo conoces —dijo, levantando sus ojos atormentados hacia mí.

Asentí con la cabeza.

—Lo conozco.

—Tenía esas grandes cuchillas, como ganchos en las manos. Por lo que sé, aún está dentro del círculo en su casa, pero si tomó el control… —Se encogió de hombros.

Las miré a ambas.

—El escenario más probable es que cuando salió del círculo, sólo le mató y volvió por donde vino. ¿Qué tan probable es que este Todd Bering sea lo suficientemente poderoso y sano para controlar algo así?

Phoebe asintió con la cabeza.

—Él sería capaz.

—Usted debería haber informado de esto a las autoridades tan pronto como lo vio —dije.

—Pensé, como tú, que eso saldría del círculo y lo mataría. Sería karma instantáneo. No imaginé que podría ser capaz de controlarlo, o que podría atacar a los policías. El rumor habla de que fue un vampiro asesino en serie y hombres animales. Nadie habló de demonio o cuchillas. Las noticias reportaron que el policía había sido destrozado por garras y colmillos.

Teníamos una fuga grave en el Departamento de Policía de las Vegas, y

tendría que informar de ello. Hablar con tu novia es una cosa, hablar con la prensa es otra. No podía correr el riesgo de que su novio fuera nuestro Sr. Hablador.

—Cuchillas, mamá, cuchillas.

No la corregí que eran ambos. No había necesidad de compartirlo, además.

—Agradezco la información.

—Si simplemente me hubiera dicho que fue cortado con cuchillas, Randy, quiero decir, yo le hubiera hablado de Todd.

—Lo sé, pero es difícil saber en quién confiar. Necesito su dirección.

Intercambiaron una mirada, a continuación, Phoebe tenía un bloc de notas para el teléfono y lo escribió para mí.

—La Diosa de mayo me perdone si él ha cometido esos terribles asesinatos.

Enfundé la Browning y tomé el papel con la mano izquierda.

—No puedo ocultar de dónde me llegó la información.

—¡Van a investigarnos a todos! —Gritó Kate, y dio un paso hacia mí. Su ira estaba ahí tan de repente, tan cerca, tan…

Sentí que la puerta detrás de mí se abría, y me moví para que Edward pudiera atravesarla.

—¿Está todo bien aquí?

Negué con la cabeza, y luego asentí.

—Tenemos un brujo loco que invocó a un demonio con cuchillas en las manos. La última vez que lo vieron, estaba dentro del círculo de invocación. Tenemos que ver si todavía está allí.

—Si aún está allí, entonces él no lo hizo —dijo Kate.

Le di un vistazo, y luego tuve que apartar la vista, pero la vista no era lo que enviaba su ira hacia mí como un dulce aroma. Mi estómago se apretó de nuevo, y fácilmente rodeé la orilla de la puerta abierta.

—Sólo porque esté en el círculo ahora no significa que no lo dejó salir y volver —dije.

—Vas a arruinar nuestra reputación. Vas a arruinar todo lo que hemos construido, todo lo bueno que ha hecho mi madre se perderá con la noticia de que uno de los miembros de nuestro aquelarre invocó a un demonio asesino. —Kate estaba gritando de nuevo y avanzando hacia mí.

Yo no podía dejar que me tocara, porque querría alimentarme. Quería succionar toda esa ira fuera de ella.

—Tengo la dirección, y necesito un poco de aire.

Edward me miró.

—Sería perverso quedarme en el interior en este momento —dije en voz baja.

—Ve —dijo, también en voz baja, luego se giró para calmar a la chica enfurecida y a su madre triste.

Michael se mantenía fuera de la cocina con Olaf y Bernardo. Nadie estaba con las manos esposadas, y sin embargo…

Dije al pasar por delante de todos ellos.

—Debería habernos hablado de Bering y el demonio. —Entregué el trozo de papel a Bernardo cuando pasé por delante.

Él lo tomó.

—¿Qué es? —dijo.

—La dirección de un demonio con cuchillas en las manos.

—Anita, —llamó Olaf.

Negué con la cabeza y estaba en la puerta. Sentí las guardas como una presencia física, casi como agua caliente o alguna burbuja gruesa que se aferraba a mí conforme me movía. Sin embargo, estaban diseñadas para mantener las cosas fuera, no dentro y me deslicé fuera de la barrera cálida y protectora para encontrar el fresco de la noche, el desierto, y a Wicked apoyado en nuestro coche.



CINCUENTA Y SIETE

Wicked se apartó del coche, llamando mi atención. Cada centímetro de altura estaba de repente ahí, por lo que sus anchos hombros daban un aspecto aún más impresionante. Tenía una gabardina marrón sobre un traje de color similar. Su pelo rubio plateado por la luna, las puntas rozaban los hombros de la chaqueta. Su rostro era casi dolorosamente masculino, la luna y las farolas recortaban sus altos pómulos y la barbilla con hoyuelo en ángulos y planos, más agudos y más masculinos de lo que sabía que era verdad. Sus ojos eran azules y grises, en esta luz, eran de plata y gris. Sus ojos se abrieron al sentirme viniendo hacia él.

No importaba que él nunca me hubiera alimentado antes, no importaba que nunca hubiéramos tenido relaciones sexuales. Todas mis buenas intenciones se habían ido para el momento en que crucé el patio y golpeé la acera.

Oí el sonido de la llave desbloqueando las puertas del coche y miré

hacia atrás lo suficiente como para ver a Edward en el porche. Había abierto el coche. Siempre práctico, mi Edward.

Me giré hacia el vampiro, y él habló con una voz que estaba ya áspera con el borde de mi hambre.

—Anita, ¿qué pasa?

Quería simplemente caer sobre él como una bestia. Era como si todas las hambres que me llegaran a través de las marcas de vampiro, y mi propia magia, hubieran aparecido en un remolino enorme de necesidad que me ahogaba.

Miré a ese cuerpo alto, guapo y pensé comida. Pensé carne y pensé sangre y, sólo de forma distante, sexo. Cerré los ojos y traté de mantener algo parecido al control.

Si lo tocaba de esa forma, no estaba segura si iba a tratar de follarlo o tomar un bocado de él realmente.

La idea de hundir los dientes en la carne hasta que estallara en el caliente, rojo líquido en mi boca… Pero el vampiro era un frío alimento para eso. El viento soplaba contra mi espalda, y pude oler a Edward aún en el porche. Este era más cálido. Empecé a darme la vuelta y me detuve a la mitad del movimiento.

—Wicked —susurré.

—Estoy aquí.

—Algo está mal.

—Siento tu hambre. Si fueras un vampiro, te llevaría a cazar ahora.

—Ayúdame a alimentarme.

—¿Puedes convertir la sed de sangre en *ardeur*?

—No lo sé. —Y era verdad. Me asusté lo suficiente para empezar a sacar mis armas y colocarlas en el suelo. Volví a llamar—. Edward, recógelas después de que estemos en el coche.

—Hecho —dijo.

Me quité el chaleco, y una vez que retiré su peso, fue como si pudiera respirar mejor. Mi piel continuaba caliente, como si quemara al tacto. Algunos licántropos elevaban su temperatura antes de cambiar.

—Anita, —la voz de Wicked sonaba mucho más cerca.

Abrí los ojos y estaba de pie frente a mí. A esa distancia la luz cayó de lleno sobre él, y pude ver todas las líneas y curvas, de su rostro. Podía ver sus ojos plateados. Mirando de lleno su cara, a centímetros de su cuerpo, y mi mirada cayó a su cuello, donde el cuello y la corbata lo mantenían a

salvo y bien protegido. Me quedé mirando un lado de su cuello y busqué ese pulso, pero la piel estaba en silencio. Su corazón no latía. Di un paso atrás, esto no estaba bien. Esto no era lo que quería. Yo quería algo… caliente.

Me giré hacia la casa, el porche, el calor. Me agarró del brazo, me tiró fuerte contra su cuerpo. Algo en su brusquedad, y la fuerza misma, me sobresaltó. Por lo que pude pensar por un segundo.

—Llévame lejos de ellos, Wicked. Llévame a algún lugar. Hazme pensar en sexo y no en carne.

Puse mis manos en la parte delantera de la camisa abotonada y tiré, haciendo volar la mitad de los botones. Desgarré la camisa hasta que pude envolver mis brazos alrededor de su piel desnuda. El toque de tanta carne de su musculoso cuerpo me ayudó a pensar en cosas distintas a cuánto me gustaba la sangre en las venas de mi amigo.

—Tu piel corre caliente esta noche. —Envolvió sus brazos alrededor de mi cintura, me levantó de la tierra, y mis brazos se deslizaron a una parte de su pecho demasiado grande para que la rodeara. Un instante después íbamos hacia el cielo. Sentí la fuerza como un impulso sólido de algo invisible contra el suelo, y mis pies colgaron en el aire vacío.

El miedo ayudó a despejar mi cabeza y atenuar el hambre. Nunca había volado con los vampiros, y me encontré con que mi miedo a volar funcionaba muy bien de esa manera, tal vez peor que en un avión. Clavé los dedos en la camisa que había desgarrado, aguantando por mi preciada vida. El pulso me ahogaba, y un grito burbujeaba en mi garganta. Apreté mi rostro contra el pecho desnudo y luché contra ese impulso horrible, perverso de mirar hacia abajo.

Al final perdí la batalla, y lo hice. El desierto se extendía debajo de nosotros como una alfombra en movimiento. No era tan bajo como había pensado. Había imaginado coches pequeños y casas de juguete, pero no estábamos tan arriba. Lo suficiente para que si él me soltara, sólo pudiera quedar paralizada de por vida, no morir. No era un buen pensamiento. Entonces me di cuenta de que el suelo estaba cada vez más cerca.

—Es difícil tomar tierra cuando se está llevando a alguien —dijo Wicked, su retumbante voz sonaba a través de su pecho y mi oído—. Giraré para tomar el golpe.

—¿Qué? —Pregunté.

—Mantén los brazos donde están —dijo—. Estarás bien.

El suelo estaba acercándose muy rápido, y yo tenía segundos para decidir qué hacer. Empecé a envolver mis piernas a su alrededor, pero dijo:

—¡No envuelvas mis piernas!

Me detuve, pero me quedé con sólo mi miedo, y los segundos para decidir qué hacer con él. Cerré los ojos a la tierra precipitándose y me aferré a él.

Sentí la sacudida cuando sus pies tocaron tierra, y luego se fue rodando hacia adelante, dejando que el impulso nos llevara hacia abajo otra vez. Terminamos en el suelo, sobre nuestros costados, con sus brazos a mi alrededor, así que tomó el impacto. Yo estaba allí, tratando de volver a aprender a respirar, envuelta en sus brazos atrapada contra su cuerpo.

—Anita, ¿estás bien?

No estaba segura de cómo responder a eso, pero me las arreglé.

—Sí, sí —Mi voz sonaba entrecortada y con miedo.

Me soltó, alejándose hasta que pudo mirarme. Estudió mi rostro, luego sonrió y puso su gran mano contra mi cara.

—Ha pasado mucho tiempo desde que hice eso. Estoy fuera de práctica.

—La mayoría de los vampiros no pueden llevar a alguien —dije, todavía con esa voz asustada.

—Te lo dije, Truth y yo somos muy buenos para volar. —Él sonrió de nuevo, y esta vez supe qué clase de sonrisa era. Ayudaba el que él se inclinara hacia mí.

Lo detuve con una mano en el pecho.

—No creo que sea necesario alimentar el *ardeur* ahora. Lo has asustado.

Se rió, era un sonido masculino. Todo en él y su hermano era muy masculino. Me suelen gustar mis hombres con un poco más de energía femenina en ellos, pero aún así era una buena risa.

—Tu piel todavía está caliente al tacto, como si tuvieras fiebre. Todo lo que pasó en la casa no te ha dejado. Cuando el miedo se desvanezca, el hambre volverá. —Su rostro se puso serio—. Debes alimentarte antes de que vuelva a suceder, Anita.

Mi voz se apretó de nuevo.

—Quería volver a la casa y alimentarme, Wicked. No pensaba que era Edward, o personas, sólo que estaban calientes.

Él asintió con la cabeza, aún por encima de mí, apoyado en un codo, mientras que la otra mano trazó el borde de mi cara. El toque era más

reconfortante que sexual.

—Necesito que liberes el *ardeur* antes de que suban otras hambres. Debes alimentarlo.

—¿Qué está mal conmigo, Wicked?

—No lo sé, pero si alimentas el *ardeur*, las otras hambres estarán satisfechas.

—Durante un tiempo —dije.

Sonrió, pero había tristeza en los bordes.

—Siempre es por un tiempo, Anita. No importa lo que necesites, lo necesitarás de nuevo. —Tomó el lado de mi cara y se inclinó de nuevo. Puso sus labios contra los míos y me besó por primera vez.

Fue el más suave de los besos, un toque desnudo.

Se echó hacia atrás, lo suficiente para susurrar contra mi boca.

—Libera el *ardeur*, Anita, aliméntalo para que puedas volver con tus amigos policías.

Pensé en Edward y el resto yendo a una casa con un demonio, y yo no estaría ahí para cuidar su espalda. Cuidaría la espalda de cualquier agente de policía con el que entrara, pero seamos sinceros, la de Edward era por la única que nunca me lo perdonaría.

Miré a Wicked a la cara.

—¿Cómo supiste que eso me haría hacerlo?

—Eres leal y honorable, y no dejarías a tus amigos encontrarse con el peligro sin ti. Aliméntate, y te llevaremos de nuevo con ellos.

—¿Nosotros?

—Llamé a Truth para que se uniera a nosotros.

Fruncí el ceño, y fue tan sospechoso que se echó a reír otra vez.

—¿Por qué? —Pregunté.

—Porque si lo hacemos bien, no voy a ser capaz de caminar de inmediato, y mucho menos volar. —La mirada en sus ojos me hizo sonrojar y bajar la mía, lo que me dejó mirando su pecho desnudo, donde había desgarrado su camisa.

Eso me avergonzó más, y me empecé a alejar de él. Me dejó sentarme, pero se quedó a mi lado en el terreno desigual. Me di cuenta de que no era más que tierra desnuda, arena y rocas hasta donde podía ver. La ladera de una colina se cernía sobre nosotros, a nuestra espalda, y eso era todo. Bueno, no todo, porque por encima de nosotros estaba el cielo nocturno. Se extendía perfectamente negro por encima de nosotros, con las estrellas,

tantas estrellas. Parecían arder con una luz blanca, de una manera que nunca lo hacía en la ciudad.

—¿A qué distancia estamos?

—¿Quieres decir de la ciudad? —Preguntó.

—Sí.

—No lo sé, es difícil medir las millas desde el aire.

—Estamos lo suficientemente lejos para que no haya contaminación lumínica.

Se volvió para mirar todo ese cielo brillante.

—Es bonito, pero entonces recuerdo cuando la mayoría del cielo era así, casi en cualquier lugar al que iba. No había suficiente luz en la noche para ocultar las estrellas, no importaba cuán grande fuera la ciudad.

Miré fijamente el manto de estrellas brillantes y traté de imaginar un mundo donde el cielo siempre fuera así, pero no pude hacerlo. Este era el cielo en mitad del desierto, en mar abierto; en lugares donde había gente, no lo era.

Me tocó la mano, jugueteando indeciso con los dedos. Bajé la vista hacia él. Miraba nuestras manos, donde trazaba con las yemas de los dedos sobre mi piel, una ligera exploración táctil. No podía ver sus ojos o gran parte de su expresión.

—Suelta tu control del *ardeur*, Anita, por favor. No soy lo suficientemente poderoso como para obligar al *ardeur* a subir, y no te sientes atraída lo suficiente hacia mí para que esto suceda por accidente.

—No es nada personal Wicked. Veo que eres apuesto.

Él me miró, y había algo que no esperaba ver en su rostro: incertidumbre.

—¿Lo haces, Anita?

Fruncí el ceño.

—No estoy ciega, Wicked. Veo como te ves.

—¿Lo haces? —Él miró hacia abajo, sus dedos seguían la línea de mi brazo. Encontraron el hueco en la curva del brazo y trazó con una sola yema alrededor de ese punto suave y cálido. Me hizo temblar, y mi aliento salió agitado.

Sonrió entonces.

—Tal vez lo haces.

Siguió jugando en ese lugar hasta que me retorcí.

—Eso hace cosquillas ahora, —le dije.

—No creo que sientas cosquillas —dijo, y se sentó. Sentado a mi lado, todavía era mucho más alto. Puso sus manos sobre mis dos brazos, y pasó sus manos sobre mi piel—. Déjame entrar, Anita, déjame entrar.

El doble sentido me hizo fruncir el ceño de nuevo, pero sus manos en mis brazos me distrajeron de estar infeliz con él. Me había acusado de ser escrupulosa por teléfono, con sus manos jugando en mi piel y su peso tan cerca, me di cuenta de que tenía razón. Había caído en el hábito de luchar contra el *ardeur*. Podría tardar más tiempo entre comidas, así que seguía empujándolo. Todavía estaba luchando contra él, aunque sabía que Edward llamaría a la policía local. Iban a crear una redada en la casa de Todd Bering. Iban a entrar, y habría por lo menos un demonio, tal vez vampiros, y sólo tendría a alguien como Sánchez con ellos como refuerzo mágico. Sánchez era un poderoso psíquico, pero no sabía de muertos, y estaba bastante segura de que no sabía de demonios. Si no estaba allí y todo se iba a la mierda, siempre creería que podría haberlo detenido. Siempre creería que podría haber salvado algunas vidas.

Todo lo que tenía que hacer era tener relaciones sexuales con el hombre a mi lado y alimentar el *ardeur*, y entonces podría ir a salvar el día. Sonaba bastante simple cuando se decía de esa manera. Sexo, alimentar el *ardeur*, a continuación, cazar un demonio, algunos vampiros, y tratar de mantenerlos vivos a todos.

Sí, sencillo.

Pero primero, tenía que dejarlo ir. En primer lugar, tenía que estar dispuesta a ser vulnerable, pero con un hombre más. Esa parte no me gustaba mucho, de hecho, lo odiaba. No me gustaba ser vulnerable, con nada ni nadie.

—No soy lo suficientemente poderoso como para llegar a través de tu escudo, Anita —dijo con una voz tranquila y neutral.

Incluso ahora, estaba de nuevo controlada. Pensé que podría hacer que me llevara de nuevo con Edward y los demás. Pero… ¿y si perdía el control en medio de la redada en la casa del brujo? ¿Qué pasaría si el hambre aumentaba en el coche con Edward, Bernardo y Olaf? Hay cosas peores que podría hacer que tener relaciones sexuales con mis amigos. Podía arrancar sus gargantas y bañarme en su sangre, que era exactamente lo que podría haber hecho si Wicked no me hubiera llevado muy lejos de ellos.

No, lo que fuera lo que me pasaba, la alimentación del *ardeur* realmente era el mal menor. Una alimentación rápida, y luego de vuelta a

resolver el crimen. Miré al hombre alto, apuesto, a mi lado y dije lo que pensaba.

—Lamento que la primera vez tenga que ser rápido. Eres digno para tomarse tiempo, Wicked.

Él sonrió, y su rostro se suavizó.

—Eso es lo más lindo que alguna vez me has dicho.

Yo también sonreía.

—Una vez que libero el *ardeur* después de no alimentarlo por largo tiempo, puede ser un poco duro.

—Tendré cuidado —dijo.

—No quise decir eso. —Sacudí la cabeza, y sólo me quité la camiseta que habíamos conseguido en Trixie. Me senté allí con tan sólo el sujetador, en la noche extrañamente caliente.

Wicked me miró con los ojos muy abiertos.

—Quiero decir que podríamos terminar rasgando nuestra ropa lo suficiente como para que no tengamos nada para ponernos de nuevo.

Se encogió de hombros y comenzó a deshacer el nudo de la corbata.

—Hubiera preferido una revelación más sensual, pero tú eres el jefe.

Suspiré.

—Me gustaría que fuera realmente cierto.

—Dices que tenemos que desnudarnos, y lo estoy haciendo; confía en mí, eso te hace el jefe. —Se quitó la corbata, y la gabardina fue la siguiente.

—Querías desnudarte lentamente, ¿verdad? —Pregunté, con las manos vacilando en mi cinturón.

—Si, quería. —Tomó los restos rotos de la camisa, y sólo de verlo desnudo de cintura para arriba tuve que mirar hacia otro lado. La primera desnudez con alguien que no conoces bien siempre me hacía sentir incómoda.

Mi regla solía ser que si desvestirse se sentía incómodo, entonces tal vez deberías dejarlo, vestirte, y regresar a casa. Había dicho a Jason, en St. Louis, que me estaba perdiendo. Ahí estaba yo, lejos de casa, y no era que los hombres en mi vida me hicieran sentir perdida, era el poder dentro de mí. Y de eso, no podía huir. Era como esa vieja broma: donde quiera que vayas, ahí estás. No podía dejarme atrás, así que no podía escapar.

Unas manos vinieron desde atrás para deslizarse sobre mis costillas, pero dudaron en la base de mi sostén. Alcancé los tirantes, para bajarlos por

mis hombros, pero sus manos llegaron primero, y bajó los tirantes, lentamente, porque besaba mis hombros, conforme los desnudaba. Sus manos se deslizaron hasta la parte posterior de mi sostén, y lo desabrochó. El aro cedió, y todo se deslizó por mis brazos, y mis senos se derramaron.

Las manos de Wicked se deslizaron sobre ellos, ahuecándolos en sus grandes manos, apretándolos, amasándolos, explorándolos. Sentía aumentar la humedad, sólo con eso. Esas manos expertas me sacaron pequeños sonidos. Mis manos se deslizaron hasta la parte superior de mis pantalones para desabrocharlos, pero sus manos estaban allí en primer lugar, deslizándose por mis pechos, para descomprimir el pantalón y abrirlos fácilmente, por lo que su mano se deslizó por el frente abierto para acariciar el pelo entre mis piernas y alcanzar más abajo.

Me reí.

—Tu mano es demasiado grande, y los pantalones muy apretados.

—Podemos arreglar eso —dijo, con voz grave y áspera al lado de mi oreja. Sacó los pantalones por las caderas de un tirón duro que me desnudó hasta la parte superior de los muslos. Mi ropa interior había bajado con los pantalones, así que estaba desnuda a la luz de la noche.

Su mano tocó mi trasero desnudo, acariciando, ahuecando, explorando. Se me aceleró la respiración y puso mi pulso en la garganta.

—Wicked —dije.

—Esa es la forma que quiero escucharte decir mi nombre. —Y sus manos se deslizaron hacia el frente, me arrodillé en el suelo. Sus dedos se deslizaron entre mis piernas, rozando mi parte más íntima, haciéndome cosquillas, jugando, hasta que grité. Su otra mano empujó hacia abajo los pantalones vaqueros hasta que pudo abrir mis muslos más ampliamente, y los dedos expertos pudieron alcanzar más, tocar más, acariciar más.

Trató de alcanzar más entre mis piernas, pero el ángulo no era del todo adecuado. Su mano era demasiado grande para el espacio que había hecho. Hizo un sonido bajo, frustrado en su garganta y movió su mano para poner una mano en cada lado de mis pantalones vaqueros y tiró hacia abajo hasta mis rodillas. Entonces me tiró contra la parte frontal de su cuerpo, y pude sentir cómo de grande y duro era, cómo de preparado estaba ya, pero la otra mano estaba de nuevo entre mis piernas. Su dedo se deslizó dentro de mí, y volví a gritar. Empujó los dedos dentro de mí, y luego se deslizó hacia fuera, para poder jugar con mi propia humedad en ese punto pequeño, dulce, cerca de la parte delantera. Su otro brazo apretado alrededor de mi

cintura, apretándome contra su dureza. Me hizo moverme más fuerte contra él. Sus dedos jugaban entre mis piernas, acariciando, bromeando, hasta que sentí construirse el peso del placer.

—Cerca —suspiré.

Cambió el ritmo de sus dedos, más rápido, una y otra y otra vez, hasta que jadeé sin aliento —¡Wicked!— Y sus dedos me derramaron sobre el borde, condujo un grito a mi garganta, me envió en espasmos contra el frente de su cuerpo, mientras que sus dedos jugaban, sonsacaban, y seguían trayendo el orgasmo, hasta que no pude decidir si era un gran orgasmo o si traía muchos pequeños con tanta rápidez, uno tras otro, que se confundían en uno.

Grité mi placer en el brillo de las estrellas, y sólo después de que me derrumbé en sus brazos dejó de mover su mano, sólo entonces me separó un poco de su cuerpo, y sentí la cabeza empezar a empujar contra mí. Mis piernas no estaban funcionando todavía, así que sostenía mi peso con un brazo a mi alrededor, mientras que con el otro se ayudaba a encontrar el ángulo que estaba buscando. Dije su nombre otra vez —Wicked— entonces él me dejó en la gabardina que había extendido en el suelo y se alejó de mí.

—¿Qué pasa? —Pregunté.

—Nada —dijo—, absolutamente nada. —Yo estaba allí esperando a que mi cuerpo funcionara de nuevo, y lo vi. Estaba buscando a tientas entre su ropa hasta que encontró un condón. Yo tomaba la píldora, pero la regla era que todos los hombres que no fueran mis caramelos principales tenían que usar condón. Si ocurría un accidente, necesitaba ser con alguien que amaba. Que hubiera olvidado esa regla, y que él hubiera tenido que recordarla, decía qué tan lejos había ido esta noche.

Wicked se arrastró de nuevo hacia mí, el condón ya se extendía a lo largo de él. Puso su brazo alrededor de mi cintura y me levantó por el estómago, así que estaba casi sobre mis manos y rodillas. Volvió a buscar ese ángulo perfecto, su sensación rozándome tentativamente trajo pequeños sonidos ansiosos por mi parte. Dije su nombre otra vez. Luego encontró mi apertura y comenzó a empujar a su ritmo hasta el interior, no tenía más aire para las palabras.

Me volcó hacia adelante en la capa que había extendido, con la mejilla pegada a la chaqueta y la tierra debajo, y el resto de mí hacia arriba, con él dentro de mí. Se abrió paso dentro de mí hasta que no pudo ir más lejos, su

cuerpo unido al mío, parando, unidos entre sí. Dudó así por un momento y luego comenzó a encontrar un ritmo, dentro y fuera, empujándose a sí mismo en largos, lentos y profundos barridos de su cuerpo, hundiéndose en mí hasta que no pudo ir más lejos, pero con cuidado, como si temiera hacerme daño, entonces saliendo de nuevo.

Me las arreglé para decir:

—No me harás daño.

—Estoy golpeando tu cérvix, voy a hacerte daño a menos que tenga cuidado.

—Me gusta.

—¿Qué?

—Has hecho el trabajo de preparación, Wicked, se siente maravilloso.

—Vamos a levantar el *ardeur*, y voy a ir más rápido. —Mantuvo ese ritmo cuidadoso, aunque podía sentir la tensión en su cuerpo como si luchara contra sí mismo.

—Más fuerte —dije.

—Ardeur —dijo, con una voz que mostraba la tensión, como el temblor de sus músculos, como su lucha por ser cuidadoso conmigo. Yo no quería que tuviera cuidado.

Hice lo que quería, hice lo que necesitaba, metí la mano en esa parte de mí donde estaba el *ardeur*, y no era como un escudo que tuviera que bajar, era más como que simplemente dejaba de luchar contra él. El *ardeur* estalló sobre nosotros, en una oleada de calor que nos hizo gritar a ambos.

—Fóllame, Wicked, sólo fóllame.

Dejó de ser cuidadoso, y usó todo lo largo, todo lo ancho, fuerte y rápido, golpeándose a sí mismo en mí hasta que el sonido de la carne golpeando carne fue fuerte, y grité, chillaba para él, esa sensación orgásmica cuando pegaba en ese lugar profundo dentro de mí, y tenía que parar, y todavía no lo hacía.

Empezó de nuevo, esta vez un poco más bajo, un giro un poco diferente de las caderas, y sentí el peso caliente, pesado creciendo dentro de mí otra vez. Empecé a decir su nombre, una y otra vez, mis palabras cada vez más al ritmo de mi cuerpo y el suyo.

—Wicked, Wicked, Wicked, Wicked. ¡Dios! —Grité el orgasmo saliendo de mi boca, saliendo de mis manos al revolver la chaqueta y el suelo de abajo. Si pudiera alcanzarlo, habría cortado mi placer en su piel, pero me quedé luchando para encontrar maneras de conseguir sacar toda

esa pasión.

Gritó encima de mí, y su cuerpo perdió ese ritmo experto y de repente me estaba follando tan fuerte y rápido como pudo. Pensaba que ya había hecho eso, pero comprobé que aún había tenido cuidado. Sentí el impacto de su cuerpo dentro de mí, y sin el *ardeur*, podría haber sido algo increíble, además, pero el *ardeur* se llevó cualquier cosa aparte de la lujuria y el placer de hacerlo.

Me trajo una vez más, y sólo entonces perdió el control. Sólo entonces hizo que su cuerpo empujara esta vez más profundamente en el mío por lo que gritamos juntos, y sentí su cuerpo temblar dentro del mío, y sólo entonces me alimenté.

Me alimenté del empuje de su cuerpo dentro del mío, me alimenté de la sensación de tenerlo derramándose dentro de mí, me alimenté de la fuerza de su cuerpo mientras se sostenía sobre mí en sus rodillas. Me alimenté de su mano, que se apoderó de mi hombro y se preparó para apoyarse en un último estremecedor impulso. Me hizo gritar de nuevo, y luego se desplomó contra mi espalda. Se sostuvo en sus brazos, y era lo suficientemente alto para formar un puente con su cuerpo sobre el mío, la humedad de su pecho desnudo presionando mi espalda desnuda, su cuerpo todavía muy dentro del mío, de modo que nos arrodillamos a cuatro patas juntos, presionados tan cerca como los cuerpos podían estar, nuestra respiración tronaba en nuestros oídos, y los latidos del corazón golpeaban contra mi espalda. Su corazón latía para mí ahora.

Él mismo se retiró, con una sonrisa y un estremecimiento. Di un último grito, suave, y me desplomé de lado, con él enroscado a mi alrededor. Nos quedamos allí, volviendo a aprender a respirar, y sólo entonces vi a Truth en la noche de pie a la luz de las estrellas.



CINCUENTA Y OCHO

Truth estaba allí con sus ojos serios, y su pelo oscuro en contraste con el de su hermano. Mirándonos fijamente con sus ojos grises y una cara que concordaba con la de su hermano, bajo la barba parcial que escondía esa agradable mandíbula y le permitía ser un poco más invisible que Wicked.

Esperé que apartara la mirada nuestro modesto Truth, pero no lo hizo. Nos miraba, su rostro frío y pálido a la luz de las estrellas con ese borde de pelo oscuro. Nos miraba y había algo que nunca había visto antes en la cara de Truth: Hambre. Nos miraba como un hombre hambriento, o tal vez ahogándose. Wicked recorrió con su mano el frente de mi cuerpo, desenroscando mis piernas a fin de que mi parte frontal estuviera desnuda a los ojos de su hermano.

Comencé a decirle que dejara de molestar a su hermano, pero las palabras no dichas murieron porque Truth caminaba hacia nosotros. Tiró su chaqueta de cuero al suelo, y su camiseta negra le siguió. Sus torsos eran

casi idénticos, anchos y fuertes, sólo una cicatriz larga y curvada, lustrosa por la edad, mostraba una diferencia. Sus manos estaban en su cinturón cuando reintenté decir algo. Fue cuando dejó caer su arma de fuego, su pistolera y todo, al suelo sin una mirada hacia atrás que supe que algo andaba mal. Truth y Wicked eran siempre cuidadosos con sus armas, siempre.

Comencé a decir algo, pero sus manos estaban en su cinturón y los pantalones se deslizaron, y me encontré con que no eran sólo sus torsos los que eran casi idénticos.

—Truth —dije, y entonces lo sentí. El *ardeur* no se había ido. Cuando me alimentaba, volvía a estar dormido, siempre, a menos que se hubiera extendido a los otros en el cuarto. Pero tenía que tocar a alguien para que se extendiera. Truth estaba demasiado lejos, intenté pensar en la lógica de eso, él estaba balanceándose en una pierna para quitarse una bota, luego la otra, estaba frente a nosotros, deslizando sus pantalones hasta sus tobillos y quitándoselos.

Aún tendida en el suelo, abrazada al cuerpo de su hermano, me quedé con la mirada fija en él. Tuve un momento para decidir cómo me sentía al respecto, y entonces estaba arrodillado a nuestro lado, tratando de alcanzarme.

—Truth, —logré decir y entonces me separó de Wicked presionado a mi espalda. Me quedé mirándole. Cayó sobre mí, puso su boca sobre la mía, y me besó como si quisiera meterse y bajar por mi garganta. Le devolví el beso, lo besé en la boca, con los brazos alrededor de su espalda, bajando por su columna vertebral, deslizándome hasta la inflamación de su cuerpo donde la cintura termina y otras cosas comienzan. No podría alcanzarlo más allá de eso, era demasiado alto.

Me besó, largo y duro, hasta que sonidos suaves, de protesta salieron de sus labios, luego se levantó, demasiado alto para besarme y hacerme el amor. Separó mis muslos con la fuerza de sus manos. Tuve un momento para ver toda su gruesa longitud, y entonces la mano de Wicked estaba allí, sujetando un condón.

Truth hizo un sonido grave con la garganta, pero lo tomó y se lo puso. Para cuando terminó estaba haciendo un sonido que era casi un gruñido, grave y persistente. La impaciencia no comenzaba a describir ese sonido en la garganta de un hombre. Presionó toda su enfundada longitud contra mí. Le observé empujarse dentro de mí, una pulgada a la vez. Simplemente

observarlo deslizarse dentro de mí lanzó hacia atrás mi cabeza y me hizo gritar. Pude ver el cielo nocturno y un millón de estrellas bailando cuando Truth empujó su camino dentro de mí.

Se mantuvo a sí mismo sostenido sobre mí, de nuevo en sus rodillas, por lo que casi la única cosa que me tocaba era la deslizante longitud de su carne, que se mantenía entrando y saliendo de mí.

Grité su nombre a las estrellas, y comenzó a golpear en mi interior, más duro, más rápido, su respiración cada vez más rápida y desigual cuando comenzó a perder su ritmo. Me quedé con la mirada fija en su cuerpo por encima del mío, sus ojos miraban a la noche y no a mí. Empecé a decirle que me mirara, pero el orgasmo me agarró por sorpresa, y me dejó gritando, chillando, con mis manos tratando de alcanzar cualquier parte de él que pudiera, trazando mi placer en su carne. Él envolvió sus brazos alrededor de mi cintura y levantó la parte inferior de mi cuerpo alejándolo del suelo como lo hizo antes, vibrando por el duro empuje, enterrándose profundamente dentro de mí tanto como pudo, cuando se corrió dentro de mí, el *ardeur* se alimentó.

No me alimenté sólo del sexo y su suave sudor, sino también de su miedo. Él le tenía miedo al *ardeur* desde que *Belle Morte* se lo dio a probar hacía unos siglos. Tanto miedo, pero lo había atrapado nuevamente, le atrapó en la noche del desierto bajo el brillo de las estrellas y el dulce aroma de los cuerpos desnudos. Se desplomó hacia delante, todavía de rodillas, sus manos cerradas alrededor de mi cuerpo, la cabeza caída hacia delante sobre mis pechos. Me las arreglé para tocar su pelo, era más fino que el de Wicked, fino y sedoso en mis manos.

Acaricié su pelo mientras aprendía a respirar otra vez, y mi pulso volvió a subir a mi garganta, así que el aire limpio del desierto sabía a champán frío en mi garganta.

Su cuerpo comenzó a temblar, y me di cuenta de que estaba llorando. Acaricié su pelo.

—Truth, Truth, ¿estás bien? —Dije.

Él alzó su cara hacia mí, las lágrimas brillaban intensamente a la difícil luz de las estrellas.

—Quise decir que no, pero no pude. No pude resistirme a ti desnuda a la luz de la luna.

—Oh, Truth, lo siento, —y lo decía en serio. Sabía lo que era no tener elección.

Wicked vino hacia nosotros, colocando un brazo a través de los hombros del otro hombre.

—Está bien, ella no es como Belle.

Truth nos alejó a ambos.

—El *ardeur* les hace a todos monstruos al final.

Me senté derecha y, muy cuidadosamente, muy suavemente, me acerque a él. En realidad se veía asustado, sequé sus lágrimas con mis manos. Me dejó, pero sus ojos estaban muy abiertos, mostrando demasiado blanco, como un caballo a punto de escaparse.

—Ayúdame a no convertirme en un monstruo, Truth.

Frunció el ceño y me miró, no como si fuera una mierda, o algo que temer, sino como si me viera, lo que sea que eso quiere decir.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó, su voz todavía llena de lágrimas.

—Quiero decir, que me digas si me estoy convirtiendo en un monstruo. Me dirás si el poder me está convirtiendo en algo diferente.

—Jean-Claude te dirá eso.

—Él me dijo una vez que confiaba en que lo mataría si se volviera tan despiadado como *Belle Morte*. Que contaba conmigo para no permitir que fuera un monstruo.

—¿Me estás diciendo que te mate si pierdes el control? —Preguntó, cuidadosamente.

Pensé en ello.

—Todavía no, pero si la Oscuridad me lleva, y no hay otra forma, entonces sí.

—No sabes lo que estás pidiendo —dijo Wicked.

—Sé que todos los demás me aman demasiado, pero si todo lo que queda de mí es el *ardeur*, entonces yo ya me habré ido.

Los hermanos intercambiaron una mirada, y luego me devolvieron las miradas casi idénticas.

—¿Cómo sabremos cuándo te has ido? —Preguntó Truth.

Pensé en eso.

—No lo sé.

Truth tocó con un dedo mi mejilla y tomó una lágrima temblorosa.

—Lo dices en serio.

Asentí con la cabeza, y envolví los brazos alrededor de mis rodillas, sosteniéndome a mí misma.

—Pensé que se trataba de los hombres. Que vivir con Jean-Claude y

todos los demás me estaban haciendo perder el control de mí misma, pero no están aquí. Soy yo. Soy yo, Truth, ¿no lo ves? No sé lo que me está ocurriendo, y no sé cómo controlarlo. —Coloqué mi cabeza sobre mis rodillas y lloré. Sabiendo que debía vestirme, y que había un demonio esperándome, y que no sabía dónde estaba Edward, pero en todo lo que podía pensar era que ya no confiaba más en mí.

Truth envolvió sus brazos a mi alrededor, y Wicked llegó a mi espalda, por lo que me sostuvieron entre ellos mientras lloraba. Me sostuvieron mientras les confesaba algo que no estaba segura de que pudiera decirle a Edward, o a cualquiera de los hombres que amaba. ¿Cómo le pides a alguien que te ama, que te mate si te vuelves demasiado poderoso, demasiado malo? Jean-Claude me lo había pedido una vez, y le había maldecido por ello. Ahora dejé a los dos hermanos sostenerme, y les confié mi miedo más profundo.

Truth susurraba contra de mi pelo.

—Si el *ardeur* te toma y te vuelves tan mala como *Belle Morte*, prometo…

—Prometemos —dijo Wicked.

—Prometemos —dijo Truth—, que no te dejaremos caer en esa maldad.

—Me mataran —dije suavemente.

Guardaron silencio durante unas cuantas respiraciones, y luego sus brazos se apretaron a mi alrededor, y dijeron a la vez:

—Te mataremos.

Y eso fue lo mejor que podría conseguir, si el *ardeur* o la Oscuridad me tomaban, Truth y Wicked me matarían antes de que pudiera hacer cualquier cosa que la bruja del oeste quisiera que hiciera. No importaba si eso podría matar a alguien ligado metafísicamente a mí, porque si *Marmee Noir* me poseyera, o me convirtiera en nada más que una vasija para el *ardeur*, cualquier cosa que estuviera dentro de mí se extendería a ellos eventualmente. El pensamiento de lo que todos nosotros podíamos hacer, si nos volviéramos realmente malos, realmente sin piedad, era demasiado horrible de contemplar. Podríamos regir a los vampiros y a la mayor parte de los hombres animales en este país, y entonces podríamos movernos a Europa. Si *Marmee Noir* me dejaba fuera y poseyera todo lo que pertenecía a Jean-Claude y a mí, no habría nada que se lo impidiera a menos que los dos vampiros que me sostenían ahora me detuvieran a tiempo, y acabaran

conmigo.

Me senté allí en la noche estrellada, en los brazos de las únicas dos personas que pensé que podrían ser lo bastante buenos, lo suficientemente crueles, y lo suficientemente honorables como para matarme si se lo pedía. Una vez había pensado que Edward lo haría si fuera necesario pero ahora sabía que hasta él vacilaría. Él también me quería demasiado. Pero Truth y Wicked no me amaban, todavía no, y si éramos precavidos, nunca lo harían. Necesitaba que mantuvieran su promesa. Necesitaba saber que si fallaba, total y completamente, tenía un mecanismo de seguridad. Un mecanismo de seguridad, echo de espadas y balas, y dos de los mejores guerreros que alguna vez hayan caminado por el planeta. Como mecanismo de seguridad, no estaba mal.



CINCUENTA Y NUEVE

Nos vestimos, porque extrañamente, cuándo el *ardeur* se fue y el profundo dolor me dejó, la noche desértica estaba fría. Truth me dio su chaqueta de cuero. Cuando protesté, dijo:

—Realmente no siento el frío como un humano.

No, ya lo sabía, pero las revelaciones emocionales me habían sacudido un poco. Cuando me tendió la chaqueta, vi sus brazos. En sus antebrazos había marcas de mis uñas, y un poco de sangre. Incluso había logrado sangrar la palma de su mano derecha.

—Dios, Truth lo siento.

Él echó un vistazo a los arañazos como si recién los hubiera notado, también.

—No es nada.

—Aún así lo siento, no pregunté cómo te sentías acerca de las uñas.

Me dio una pequeña sonrisa.

—No tuvimos mucho tiempo para negociar.

—Supongo que no.

—Lo tomaré como una marca de mis servicios hacia ti y Jean-Claude —dijo.

Me estremecí un poco.

—No lo llames servicio, eso suena demasiado…

—No lo hagas más de lo que quiso decir, Anita —dijo Wicked—. No quiso darle otro significado.

Dejé morir la conversación porque era excesivamente confusa para mí. La chaqueta de Truth era lo bastante grande para que las mangas cubrieran mis manos, y me cubriera hasta la mitad del muslo. Me veía como si tuviera cinco años de edad y estuviera jugando a disfrazarme con las ropas de papá, pero estaba caliente. La policía de la moda me podría detener más tarde.

Llamé a Edward desde el móvil de Truth. El mío estaba probablemente en el patio de Phoebe Billings. Esperaba que Edward lo hubiera encontrado. Llamé para averiguar dónde estaba, y si ya era demasiado tarde para ayudarle a cazar al demonio.

—Anita, —y sonó medio aliviado y medio asustado, no era algo que escucharas de Edward a menudo.

—¿Estás bien?

—Yo te debería estar preguntando eso, —y bajó la voz, como si tuviera miedo de ser escuchado por casualidad.

—Lo último que vi, es que te ibas con un vampiro, y le dejaste hacerlo, y una hora y medía más tarde, no estás de vuelta. Pensaba que si tenías que alimentar el *ardeur*, un rápidito lo habría hecho.

Luché por no echar un vistazo a los dos vampiros.

—Confía en mí, Edward, fue un rapidito. ¿Me perdí algo? ¿Había un demonio en la casa de Bering?

—No te has perdido nada. ¿Intentaste alguna vez conseguir una orden judicial basada en que un demonio podría estar en una casa?

Casi dije que sí, entonces tuve que detenerme y pensar en ello.

—No, en realidad.

—Pues bien, conseguimos un juez que piensa que los demonios son simplemente malos espíritus. Sostiene la opinión de que los demonios posiblemente no podrían matar a nuestros policías.

—Normalmente, tendría razón, pero no tiene importancia. Nuestra

autorización de ejecución nos debería meter en la casa de Bering —dije.

—Shaw no piensa así, y él es el ayudante del sheriff.

—Déjame adivinar, Bering es rico, o bien relacionado, o algo por el estilo.

—Su familia ha sido muy importante por aquí durante el tiempo que Max ha estado a cargo. Él es el último de su familia a menos que se reproduzca, que no parece probable si alguna vez podemos meternos en la casa.

—Tú sólo puedes presionar la orden judicial, eres federal, y eso supera en rango a los locales.

—Quise darte tiempo para regresar —dijo él.

—Mierda, Edward, no tenías que retrasar la investigación porque tengo una anomalía metafísica.

—Ponlo de esta manera, ¿conoces a alguien más aparte de tú y yo que querrías que te respalde contra un demonio?

Pensé acerca de eso.

—El teniente Grimes y sus hombres son buenos —dije.

—Son algunos de los mejores, pero no los he visto rezándole a los ángeles y haciendo que todo brille intensamente.

Oh.

—Bueno, dime dónde estás, y Wicked me llevara.

Él estaba de regreso en el centro de operaciones del SWAT.

—Hemos tenido la sesión informativa acerca de la casa de Bering. Estamos a la espera de la orden, o de presionar con la que tenemos.

—Mis armas están guardadas allí, ¿Podrías cambiar algunas cosas? No hice el equipaje con el demonio en mente.

—Ya he hecho la maleta por ti, y encontré tu teléfono en el patio con tus armas. Puedo enumerar lo que empaqueté para ti —dijo él.

—Está bien, confío en lo que empaquetaste por mí. Sin embargo, francamente, la mayoría de las veces un demonio no es lo suficientemente sólido para que trabajen las armas normales de cualquier clase. Los raros que son lo suficientemente sólidos como para atacar, son sólidos sólo por el instante de ese ataque, por lo que estaríamos disparando sobre el otro, sí esto saliera mal.

—Ves, ninguno de sus practicantes sabía eso, como tampoco lo hace el sacerdote que tienen aquí y que ha estado bendiciendo nuestras balas —dijo Edward.

—¿El sacerdote ha estado haciendo qué? —Pregunté.

—Escuchaste bien.

—Hmm, nunca he probado eso.

—Yo, tampoco —dijo.

—¿Me pregunto si las balas brillarán?

—Vamos a averiguarlo —dijo.

Suspiré.

—Sí, vamos a averiguarlo.

—No suenas bien —dijo.

Abrí mi boca, y la cerré, entonces dije la única cosa acerca de la que podía pensar.

—Estoy cansada de ser una víctima de mis propios poderes metafísicos, Edward.

—¿Estás bien ahora?

—He alimentado el *ardeur*. Debería estar bien durante doce horas al menos, tal vez veinticuatro.

—¿Por qué el doble? —Preguntó.

—Digamos que fue una buena comida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo—. Llega tan pronto como sea posible.

—Así qué, entro, y juego la carta del federal y cabreo a todo el mundo, ¿a fin de que tú seas él razonable y yo la perra?

—Jugaría como el matón si pudiera, pero he sido demasiado razonable. No podría explicar el cambio.

—Así que soy la perra.

—Imagina la cara que va poner Shaw cuando tú lo hagas.

Sonreí, y sabía que no era una sonrisa agradable.

—Bien, que así sea. Bueno, voy a ser el policía malo, pero a ti te toca la próxima vez.

—Tú no dañarías tu reputación por hacer eso.

—Y tú podrías —dije.

—Ted es una buena persona —dijo él.

—Ya sabes, siempre me pones de los nervios cuando hablas de Ted en tercera persona.

Él se rió, y fue una buena risa para Edward.

—Simplemente ven lo más pronto posible. ¿Tienes una insignia?

Mis manos fueron a mi cinturón y encontré que en el cinturón, la insignia, y la funda vacía habían sobrevivido a la noche.

—Sorprendentemente, sí.

—Entonces aparece, y ven a explicarle a todos que no tenemos que esperar a Shaw y al juez.

—¿No hará eso que los otros Marshalls se vean débiles?

—Ya piensan que somos unos mamones, ¿Por qué decepcionarlos?

Me encogí de hombros, me di cuenta de que no me podía ver, y dije:

—Esta bien, pero por favor advierte a Bernardo y a Olaf de lo que estamos haciendo para que no me culpen.

—Se lo diré. Simplemente ven. —Oí ruido al otro extremo del teléfono, y su voz se escuchó lejana—. Hola, Detective Morgan, sí, es la Marshall Blake. —Movimiento, y entonces—: Pregunte amablemente, y tal vez lo haga.

Al parecer, preguntó amablemente.

—¿Dónde diablos está usted, Blake?

—Siguiendo una pista —dije.

—¿Qué clase de pista?

—Vampiros —dije.

—¿Y qué pista sobre vampiros sería esa?

—Una que no llevó a ninguna parte.

—Así es que usted acaba de desperdiciar una hora y medía de nuestro tiempo, —y su voz era hostil.

—La mayoría de las pistas no salen bien, ya lo sabe. Además, no soy yo la que está intentando empapelar doblemente mi culo.

—Sólo traiga su culo a aquí.

—Usted no es mi jefe, Morgan. Ponga a Ted de nuevo.

—¿Él es su jefe?

—Lo más cercano a uno en Las Vegas, sí.

Hubo más ruido, y movimiento, y entonces Edward regresó de nuevo.

—Lamento eso, Blake —dijo en su voz alegre de Ted. Le oí caminando, botas de vaquero que golpeaban una superficie dura, y entonces habló con su voz normal—. Morgan no estaba de acuerdo con que Shaw fuera a un juez. Piensa que deberíamos lanzar a Bering a los lobos.

—¿Así que descarga su furia con Shaw en nosotros?

—Gritarnos no hará que lo despidan o degraden.

—Estoy realmente cansándome de ser la chivo expiatorio de todo el mundo, Edward.

—Sí. —Dejó de caminar—. Ven, Anita. Necesitamos hacer esto.

Quedé con un teléfono zumbando. En realidad, deberíamos abordar al demonio a la luz del día, pero había dos problemas con eso. Uno, algunos demonios no aparecen a la luz del día, así que si quieres matarlo o enviarlo de vuelta, necesitas que esté oscuro. Dos, si los vampiros estuvieran allí dentro, de nuevo, preferiría esperar hasta que hubiera luz del día, pero mientras esperamos y jugamos a lo seguro, podrían matar a alguien más. No es aceptable. Gran parte de mi trabajo, últimamente, era escoger un desastre u otro. Supongo que así era en gran parte el trabajo policíal, sin embargo.

Me giré hacía los vampiros.

—Tengo que regresar a Las Vegas y ayudarlos a ejecutar nuestra orden judicial para entrar en una casa.

—Pensé que tu orden judicial cubría cualquier casa que necesitaran —dijo Wicked.

—Lo hace, pero tenemos a un Sheriff remilgado y a un juez que no avala las órdenes de ejecución. Muchos jueces no lo hacen.

—¿Por qué no les gustaría eso? Es una excusa perfectamente legal para matar a cualquier cosa en tu camino —dijo Wicked.

—Suena como si no lo aprobaras.

—No es mi trabajo aprobarlo o no aprobarlo.

—Muy bien, Truth, tú me llevas a Las Vegas.

—No he dicho que no lo haría —dijo Wicked.

—Entonces deja de quejarte. He tenido suficiente de eso por parte de los locales.

Su rostro se suavizó.

—Lo siento, Anita, pero soy un vampiro, y los ejecutores me podrían matar mañana con casi ninguna prueba de un delito y sin juicio.

—Oye, al menos ustedes no pueden ser asesinados a la vista en este país, mejor que en la mayor parte del resto del mundo.

Wicked y Truth vinieron a pararse frente a mí, dándome esa mirada de espejo como si estuvieran pensando en lo mismo.

—Te llevaremos a donde necesites ir —dijo Truth.

—¿No tienes miedo de tocarme? —Pregunté.

Él negó con la cabeza.

Estudié esa cara seria.

—¿No te da miedo el *ardeur*?

—Sí.

—No tiene miedo de ti, Anita. Sabemos que quisiste decir lo que dijiste. Belle nunca le pediría eso a nadie. A ella le gusta ser el monstruo., —respondió Wicked.

Temblé, y no fue de placer esta vez.

—He sentido su toque. —Pensé en su visita en el sueño. Estaba casi segura de que había impedido que Víctor el hombre tigre me hiciera algo en el sueño, pero a cambio le había hecho algo al *ardeur*. ¿Y si hubiera sido ella quién causo que el *ardeur* se propagara a distancia? No lo sabía, y si le preguntaba, me mentiría.

—Quien hará esto, llevarme volando a donde está Edward.

—Ella teme a las alturas —dijo Wicked.

—¿Cuánto se asusta? —Preguntó Truth.

—Bastante —dijo.

Truth me miró, evaluándome.

—Nunca te dejaríamos caer.

Alejé ese pensamiento.

—Es una fobia, no es lógica. Acaben de decidir quién me llevará antes de que pierda el ánimo.

Se rieron, y fue como oírlo en estéreo.

—Puedes perder un montón de cosas, pero nunca pierdes el ánimo —dijo Wicked.

—Es bonito pensar eso, ¿Ahora quién va a pilotear de regreso?

—¿Por qué no se lo ordenas a uno de nosotros? —Preguntó Truth.

—Porque no puedo volar y no sé si Wicked está cansado de llevarme y alimentar el *ardeur*. Así es que confío en ustedes para decidir quién pasa por esto.

Wicked me sonrío.

—Estoy casi tan honrado porque confíes en nosotros, en vez de ordenarnos, como lo estoy sobre el sexo.

Me encogí de hombros.

—De nada, supongo. Ahora, quien sea, pero tengo que volver a la ciudad.

—Yo la llevaré —dijo Truth.

—He tenido más tiempo para recuperarme —dijo Wicked.

—La llevaré, —repitió Truth. Los hermanos se miraron durante un largo momento. Uno de esos momentos ilegibles que se sienten simplemente en el aire como un motón de cosas no dichas, y

repentinamente me sentí como una mirona en la vida de alguien más. Me di cuenta de por qué Bernardo había dicho algo parecido antes sobre Edward y yo. Tenía razón.

—Como quieras —dijo Wicked finalmente.

—Yo lo haré —dijo.

Otra vez, tuve la impresión de que estaba escuchando mensajes en clave, y que había una docena de cosas manteniéndose bajo la superficie de esas pocas palabras, pero se supone que nunca se debe dejar a las personas saber que uno oye cosas que no se han dicho. Los pone nerviosos. Asusto bastante a las personas sin ir de chica intuitiva, además.

Truth me miró.

—¿Está listas?

Tomé una respiración profunda, y solté el aire lentamente, luchando por evitar temblar, luego asentí.

Él cerró la distancia entre nosotros. Vaciló, y luego dijo:

—Necesito tomarte en brazos.

Asentí con la cabeza otra vez.

—Ya lo sé. —Mi voz sonaba sólo un poquito infeliz. Podía hacer esto, maldita sea. Eran sólo las alturas, y el vuelo, y… Oh, diablos, no quería hacer esto, pero estábamos demasiado lejos para conducir, incluso si tuviéramos un coche. Ésta era la forma más rápida, y Edward me había estado esperando todo este tiempo.

Truth me tomó en sus brazos, como si tuviera la intención de caminar conmigo. Algo debió haber visto en mi cara porque dijo:

—Es la forma más segura para ti.

—Es que Wicked me trajo de manera diferente.

—Temí que pudieras comenzar a luchar contra el hambre. Llevándote contra mi cuerpo, tendría más control de ti que si te hubieras vuelto… loca mientras volábamos —dijo Wicked.

Truth se dio la vuelta conmigo en sus brazos.

—Dijiste hambre, no *ardeur* —preguntó.

—El hambre que llegó primero a ella era de sangre y carne. Se había dado la vuelta hacia los humanos cuando me pidió que la llevara a alguna parte donde no fuera tentada.

Truth me miró, su rostro en blanco y serio, había comenzado a percatarme cuándo su rostro estaba en blanco. Era lo que hacía cuando no quería que nadie supiera lo que estaba pensando.

—¿Qué? —Pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Te llevaré con tus amigos, pero si las otras hambres están levantándose más que el *ardeur*, entonces necesitas poner más cuidado en comer alimentos sólidos, y… —Vaciló.

—Lo que está tratando de decir es que para asegurarte que no intentas atacar a tus amigos humanos, necesitas alimentar el *ardeur* más regularmente, así como, también comer más comida real.

—¿Piensas que debería alimentarme antes de que me vaya a dormir esta noche?

—Pienso que un bocadillo de medía noche no sería una idea mala —dijo Wicked.

—De acuerdo —dijo Truth.

—Mierda —dije—. En realidad no quisiera hacerlo con alguna de las personas que trajiste de St. Louis.

—Pienso que un poco de sexo con hombres dispuestos es el menor de los males aquí, Anita.

Asentí con la cabeza. Veamos, sexo con más hombres, o tratar de romper el cuello a Edward, a Olaf, y a Bernardo. Déjame pensar… En voz alta dije:

—Sé que es el menor de los males, pero aún así no tengo que estar feliz con eso.

—Si estuvieras feliz con eso, no serías tú —dijo Truth.

—Pero si estuvieras algo más feliz con eso —dijo Wicked—, tendrías un mejor control del *ardeur* en primer lugar. Tienes que aceptar tus poderes de vampiro para verdaderamente poder usarlos bien.

—Sábes, si sólo vamos a charlar, entonces ponme en el suelo.

—Pienso que la señora está cansada de hablar —dijo Wicked.

—Entonces pongámonos en marcha —dijo Truth, y sentí ese empujón de energía hacia el cielo. La arena y la grava diminuta formaron remolinos hacia arriba con la fuerza de éste, dejando en el suelo una nube.

Tuve una visión vertiginosa de la tierra debajo de sus botas. Una oleada de náusea trato de trepar por mi garganta. Cerré mis ojos con fuerza y me apoyé contra su pecho. La náusea disminuyó, aunque mi pulso estaba todavía tratando de salir por el lado de mi garganta, mi corazón palpitaba tan rápidamente que lastimaba mi pecho. Luché por no apretar demasiado mi brazo alrededor de su cuello. Pero no podía dejar de apretar un puñado

de su camiseta, como si la delgada camiseta realmente ayudara si todo se fuera al infierno. Pero a veces, cuando realmente te asustas, la ilusión es todo lo que tienes. Aférrate a eso, cariño, aférrate a eso.



SESENTA

Realmente fui capaz de abrir los ojos antes de que llegáramos a las Vegas. Sólo tuve que mantener mi mirada continuamente fija en el hombro de Truth o en el cielo. Incluso podría admitir que el estar en la oscuridad, rodeada de estrellas, era hermoso. Era el no estar en tierra lo que hasta ahora lo estropeaba.

Truth había preguntado una sola vez si estaba bien. Cuando le contesté que sí, tuvo que dejarlo ir. Sabía que sentía el miedo en mi cuerpo. No había manera de ocultar mi ritmo cardíaco y mi pulso. Pero antes de aterrizar, los dos nos habíamos calmado. Todavía estaba asustada, pero creo que no podía permanecer en ese nivel de miedo sin tener un ataque de pánico o desmayo.

Las estrellas comenzaron a decolorarse, y al principio pensé que era de día, a pesar de que sabía que sería un momento completamente equivocado, entonces me di cuenta que eran las luces de Las Vegas. Se elevaban contra

el cielo como un falso amanecer, diluyendo la luz de las estrellas, convirtiendo el cielo en un negro pálido. La ciudad se levantaba sobre la noche como un amanecer permanente, siempre empujando contra la oscuridad, manteniendo a raya las estrellas.

Truth tenía que ir más alto sólo para mantenerse por encima de los edificios. Algunas azoteas estaban tan cerca que pensé que si me asomaba podría tocarlos. Tanto miedo como le tenía a las alturas, y todavía tenía aquel impulso perverso de extender la mano. Obligué a mis manos a apretarse más firmemente en Truth, y parecía pensar que significaba que estaba más asustada.

—Estaremos allí pronto —dijo, y su voz sonaba tensa.

Lo miré y casi le pregunté si estaba bien, pero si no lo estaba, ¿qué podría hacer? Dejamos atrás los altos edificios de la Strip y volamos sobre casas y tiendas normales. Estábamos volando en Alguna parte, de EE.UU. Entonces la tierra comenzó a acercarse, y la primera cosa que vi fueron las luces centellantes de la pista de aterrizaje del aeropuerto. Durante un momento, pensé que Truth iba a usarla, pero entonces avanzó en ángulo hacia los edificios que estaban a la orilla. No habría reconocido el edificio desde el aire, en la oscuridad. Estaba un poco preocupada sobre aquella parte entera de rodar-en-tierra con hormigón y edificios para golpear. La tierra se precipitó, y tuve que cerrar mis ojos o estaría enferma. Entonces me di cuenta de que esto no era sólo visual, sino también la sensación de bajar en picada en mi estómago. Abrí mis ojos para encontrar un edificio a nuestro lado, y Truth aterrizó corriendo. Tropezó ligeramente con el impacto, pero siguió avanzando, conmigo en sus brazos. La carrera redujo la marcha, y finalmente fue capaz de parar, todavía oculto en la sombra del edificio. Tuve un vistazo de la calle con el salpicar de coches que conducían por ella, el beso eléctrico de sus faros cortando la oscuridad. Truth nos llevó hacia atrás a corta distancia, a la sombra del edificio, entonces seríamos menos visibles desde la calle. A nuestra espalda estaba el área abierta que rodeaba al aeropuerto.

Apoyó la espalda contra el edificio, como si estuviera cansado, abrazándome más cerca, de la forma que lo harías con un niño.

—Puedes bajarme Truth —dije.

Abrió los ojos y parpadeó hacia mí, como si hubiera estado lejos de pensarlo. Me soltó y me dejó resbalar de sus manos. Se apoyó contra el edificio, su pecho subía y bajaba como si hubiera estado corriendo. Los

vampiros no siempre respiraban, o tenían que hacerlo, el hecho de que respirara pesadamente significaba que estaba cansado o algo más.

Le toqué el brazo desnudo con mi mano. Su piel estaba caliente al tacto.

—Estás caliente.

—Tócame donde no te sostenía contra mí —dijo, con voz entrecortada.

Me estiré y toqué el lado de su cara. Su piel estaba helada.

—¿Entonces era sólo el calor de mi cuerpo el que te calentaba?

Él asintió con la cabeza.

—¿Por qué respiras de esa manera? ¿Cuánta energía usaste para esto?

Tragó saliva lo suficiente para ver trabajar su garganta.

—Suficiente.

—Mierda, debiste dejar que Wicked me trajera.

Sacudió la cabeza, todavía apoyando los hombros y los brazos contra el edificio.

—No habría importado. Te alimentaste más profundamente de lo que pensaba, esto es todo.

—¿Qué quieres decir?

Me miró con esos ojos grises que nunca parecían tan azules como los de su hermano.

—Así como podemos tomar menos sangre, o más, en una comida, así es con el *ardeur*. Fuiste como un vampiro que no se había alimentado en mucho tiempo. Necesitaste más.

—Pero un vampiro sólo puede beber tanta sangre como su estómago puede contener —dije—. El *ardeur* no funciona así, ¿verdad?

Sólo me miró.

Mierda.

—¿Cuánto te duele?

—No es dolor, sólo cansancio.

—Muy bien, ¿cuán cansado estás?

—Necesitas ir con tus amigos policías —dijo.

—No te puedo dejar en la calle estando débil. Ni siquiera puedes ponerte de pie. Si la gente de Vittorio te encuentra ahora, acabarás siendo una víctima.

Sus ojos fueron todo vampiro hacia mí, con un brillo gris claro en su mirada.

—Yo no soy víctima de nadie, —estaba enfadado cuando lo dijo, y luego sus ojos volvieron a la normalidad y comenzó a deslizarse por la

pared. Lo sostuve, estabilizándolo. Puso una mano sobre mi hombro, y sentí su cuerpo luchar por permanecer en posición vertical.

—Lo siento —dijo.

—No, soy yo quien lo siente.

—Volar toma una gran cantidad de energía, y si llevas a alguien; toma más. Había olvidado cuánto más.

—Así que no es el que me alimentara, sino que hiciste algo extenuante después —dije.

—Sí, hubiera estado bien simplemente dormir después, o alimentarme.

—¿Alimentarte ayuda? —Pregunté.

Él asintió con la cabeza, mientras su cuerpo temblaba en un esfuerzo por permanecer apoyado contra la pared. Incluso con mis manos para sostenerlo, aún tenía problemas.

—No puedo dejarte así, Truth. O bien vienes conmigo, y dejas que la policía te mantenga a salvo, o… —No quería abrirme una vena para él. Lo había hecho una vez antes para salvar su vida, cuando había sido apuñalado con una cuchilla de plata tratando de ayudarme y al policía para capturar a un vampiro muy malo, pero no me gustaba jugar al banco de sangre ambulante. Pero no había manera de que Grimes y sus hombres quisieran a un vampiro dentro de su casa. ¿Cómo iba a explicarles a los otros policías, y cómo explicarles lo que estaba mal con él? Cuando abrirte una vena es el menor de los males, es necesario replantear tus prioridades.

—Toma mi sangre —dije.

—Tú no donas a nadie. —Su voz era áspera, y sus piernas comenzaron a ceder. Ayudé a aliviarlo a una posición sentada, con su sólida espalda contra el edificio.

—No es lo usual, pero esto es una emergencia, así como necesité alimentar el *ardeur* de ti.

Él me dio una mirada nerviosa.

Sostuve su cara entre mis manos.

—¡Maldita sea, Truth, no te atrevas a pasar de mí!

Sus ojos se abrieron, y lo vi luchar para hacer lo que había pedido. Hice lo único que pude pensar, le ofrecí mi muñeca izquierda. Dolería más que en el cuello, pero sería más fácil esconderlo de los otros policías.

—No soy un vampiro lo suficientemente fuerte como para nublar tu mente. Sólo puedo hacerte daño.

—Aliméntate, maldita sea —dije.

Levantó sus manos temblorosas y envolvió una de ellas alrededor de mi muñeca y mano, y usó la otra para retirar la manga de su chaqueta lejos de la muñeca. Las mangas eran tan grandes para mí, que no tuvo problemas al empujar el cuero del camino y exponer mi antebrazo.

Me preparé para la mordedura, luego expulsé el aire lentamente y traté de relajarme. Si me ponía tensa, dolería más, igual que un tiro.

Truth abrió su boca amplia, entonces tuve un vislumbre de colmillos antes de que golpearan. Me tensé en el último momento; no lo puede evitar. Me debatía entre la urgencia aguda del dolor y la sensación de su boca cerrada alrededor de mi muñeca, formando un sello apretado, mientras los colmillos se enterraban más profundamente. La parte más profunda dolió, pero su boca en mi muñeca, y la succión, se sentían bien. Había estado alimentando a Jean-Claude y a Asher más a menudo en los pocos meses pasados, y por lo visto mi cuerpo había comenzado a interpretar la alimentación como placer. Había comenzado a asociarlo con el sexo, porque con Jean-Claude y Asher, habíamos hecho la sangre parte de nuestros juegos previos, y a veces parte de nuestras relaciones. No me había dado cuenta hasta este momento de lo mucho que había influido en cómo me sentía.

Me quedé allí, atrapada entre el dolor y el placer, mientras mi cuerpo trataba de decidir en qué caja ponerlo. Truth se sentó, alejándose de la pared, sus manos tan fuertes alrededor de mi brazo, su boca alimentándose más fuerte, su garganta tomando, tragándome.

Tuve que poner una mano sobre la pared para arrodillarme y no caer, porque mi cabeza había decidido finalmente que se sentía bien. Tan bien que me sentía pusilánime.

Fue Truth quien se detuvo, apartando su boca de mi muñeca. Mantuvo sus manos en mi brazo y puso su frente contra mi piel. Me apoyé en el hormigón fresco de la pared, más pesadamente, luchando para no ceder a ese sentimiento pusilánime. Estaba mojada, mi cuerpo preparado para lo que solía venir después. ¿Cuándo fue la última vez que había donado sangre a un vampiro cuando el sexo no estaba involucrado? No podía recordarlo. No donaba sangre fuera del sexo. Mierda.

La voz de Truth era áspera, pero no jadeante, un poco más profunda. No fue la enfermedad o cansancio lo que profundizó su voz.

—Tú sabor… tu energía… Tú no sabías de esta manera cuando me diste de comer por última vez.

—Te estabas muriendo. Simplemente no lo recuerdas.

Levantó la cara y me miró. Sus ojos brillaban completamente grises plateado en la penumbra.

—Un vampiro no olvida el sabor de la sangre, Anita. Algo ha cambiado en ti desde que nos conocimos. —Me lamió la herida en el brazo, un movimiento largo y sensual. Cerró sus brillantes ojos y lamió sus labios, como si saboreara cada gota de sangre. La herida todavía sangraba, y lo haría por un tiempo, debido al anticoagulante en la saliva de los vampiros.

—Suelta mi brazo, Truth —dije, y mi voz era un poco insegura. Él no estaba actuando como él, y no me gustaba la idea de que mi sangre tuviese un sabor diferente. ¿Qué significaba eso?

Abrió los ojos pero no movió sus manos. Me miró con los ojos ciegos con los poderes de vampiro.

—Me siento increíble, Anita. Tu sangre tiene más fuerza que la de un cambiaformas.

—Déjame ir, Truth, ahora. —Mi voz fue más firme en esta ocasión.

Él sonrió y me dejó ir.

Me aparté de él, usando la pared para ponerme de pie. Nunca lo había visto sonreír de verdad, no así.

Sólo se sentó contra la pared, sonriéndome.

—¿Estás borracho? —Pregunté.

—Tal vez. —Sonrió feliz.

Sólo había visto a un vampiro reaccionar así, y se había alimentado de Jason y de mí. Un hombre lobo con un cazador nigromante había hecho que Jean-Claude riese borracho.

—Tengo que irme, Truth.

—Vete —dijo, con su amplia sonrisa.

—Necesito saber que estás bien antes de irme.

—Oh —dijo, y se puso de pie, en un movimiento que fue demasiado rápido para verlo. Un minuto estaba sentado y al siguiente, de pie. Los vampiros son más rápidos que un humano normal, pero para el truco de ponerse en pie, tienen que usar poderes mentales de vampiro para parecer rápidos. Si hubiera tenido un arma, habría tratado de apuntarle, sólo por hábito.

Me había movido hacia atrás, fuera de su alcance, pero después de aquella velocidad, sabía que eso no me serviría de nada.

—Mierda —dije.

—No fue mi intención asustarte, pero como puedes ver, estoy muy bien.

Mi corazón estaba en mi garganta.

—Esto no fue un truco, —logré decir.

—¿Te refieres a la velocidad? —Preguntó.

—Sí, a la velocidad.

—No —dijo.

—Nunca he visto a un vampiro moverse así.

Me dio una pequeña reverencia desde el cuello.

—Grandes elogios de tu parte, pero era un rasgo de nuestra línea de sangre.

—Te refieres a la velocidad sin trucos de la mente, todos los de tu linaje podían hacerlo.

—Sí.

—No es de extrañar que fuesen la elite guerrera. Eso es más rápido que la mayoría de los licántropos.

—Una vez, si el consejo de vampiros quería cambiaformas muertos, enviaban a nuestra línea de sangre.

—Pero ahora tú y wicked son los últimos, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

—Te he visto luchar, no eras tan rápido.

—No me he sentido tan bien en mucho tiempo. —Extendió sus brazos hacia el cielo, por lo que los músculos de sus brazos se movieron—. Me siento hecho de nuevo. Me siento… —me miró, y sus ojos drenaron del brillo de plata anormal—. Como era antes de que matáramos al cabeza de nuestra línea. —Frunció el ceño—. Tú me has ligado a Jean-Claude con tu sangre y su poder. ¿Qué has hecho, o qué te han hecho, desde aquella última alimentación?

—No sé qué quieres decir con eso —dije.

Tenía el ceño fruncido más fuerte, pensando con más fuerza.

—Quiero decir, Anita, que me siento nacido de nuevo, como si nuestro viejo maestro caminara por la calle y nos saludara. —Él se movió hacia mí, y me moví hacia atrás, manteniendo la distancia. Eso le hizo detenerse—. ¿Tienes miedo de mí?

—No sé lo que pasó, así que vamos a decir que estoy siendo cautelosa.

Él asintió con la cabeza, como si eso tuviera sentido para él.

—Vigilaré que estés a salvo con tus amigos, y luego volveré al hotel.

—Bien —dije, y entonces, porque era yo, no podía sólo dejarlo—. No te ofendas, pero no pareces preocupado de que esté nerviosa por ti, ahora.

Encogió sus anchos hombros.

—Te sorprendí, y no sé lo que pasó hace un momento, tampoco. Hasta que no descubra si era tu sangre, tu poder, o el mío, la prudencia no es algo malo.

—De acuerdo —dije—, entonces sólo mírame caminar alrededor de la esquina, y te puedes ir.

—De acuerdo. —Él me hizo un gesto hacia adelante. Caminé a su alrededor, en una especie de círculo entre ambos hasta que llegamos a la esquina del edificio. Todo lo que tenía que hacer era caminar a la vuelta de la esquina, y a pocos metros estaría Edward y todos los demás. Un grupo de coches zumbaban por la calle, ajenos a lo que estábamos haciendo. Era casi sorprendente ver los coches y saber que había gente un poco más allá, como si hubiéramos estado en un pequeño mundo de bolsillo en los últimos minutos.

Una cosa que noté en la danza circular que estábamos haciendo era que el arma de Truth en su funda del cinturón era visible sin la chaqueta de cuero. La camiseta negra no era suficiente o lo suficientemente amplia como para esconder la pistola.

¿Tenía permiso para llevarla en este Estado? No lo sabía, pero sabía que un tipo grande de negro, mostrando un arma de fuego, podría hacer que algún policía ansioso lo detuviera. Ser un vampiro no lo ayudaría cuando sucediera.

Me quité la chaqueta de cuero y se la tendí.

Negó con la cabeza.

—Ya te lo dije, no siento el frío como tú lo haces.

—Es para ocultar tu arma —dije—. Prefiero que no seas detenido por un puñado de policías.

Estuvo a punto de tocar la pistola en su espalda, pero se detuvo en mitad del movimiento. Tomó su chaqueta, teniendo cuidado de no tocarme mientras hacíamos el intercambio. Eso me hizo saber que el hecho de que estaba asustada todavía se notaba. Oh, bueno.

Tomó el abrigo y se lo puso. Abrazó la piel a su alrededor. Por un momento pensé que tenía frío, pero me di cuenta de que estaba oliendo el cuero. Me olía en él. Una vez más, era más un gesto de cambiaformas que de vampiro. Lo miré fijamente a la luz más intensa de las farolas, y se veía

con las mejillas sonrosadas y saludables. Si no supiera lo que estaba viendo, podría haber dicho humano. ¿Qué coño?

Me paré en la acera.

—¿Tu línea de sangre tiene otros super poderes? —Pregunté.

—Nos podemos hacer pasar por humanos, incluso brujas.

—¿Algo más? —Pregunté.

—Unos pocos, ¿por qué?

—Nada. Te veo mañana por la noche.

—¿No estás planeando estar en casa antes del amanecer?

—No contaría con ello.

—Me siento desgarrado, Anita. Debería estar a tu lado, cuidándote, sin embargo, debo dejarte ir hacia el peligro sin mí. Parece primitivo.

—Es mi trabajo, Truth.

Él asintió con la cabeza.

—Te esperaré en el hotel. Espero que llegues a casa antes del amanecer. —Se giró y me dijo por encima del hombro—, sigues sangrando.

Miré hacia abajo para encontrar que la sangre corría por mi mano y goteaba en la acera. Puse presión sobre la herida y la sostuve en alto. ¿Cómo no había sentido eso?

—¿Cómo vas a explicar la herida?

—Ya se me ocurrirá algo. Ahora vete, Truth, sólo vete.

La música clásica sonó, en un tono un poco alto, pero reconocible como Beethoven. Truth metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó su teléfono móvil. Respondió con un sí.

Me despedí y me dirigí a la esquina.

Truth me llamó.

—Anita, es para ti.

Me detuve y me giré para mirarlo.

—¿Quién es?

—Tu amigo, el Marshall Ted Forrester.

Regresé, tomando el teléfono que sostenía hacia mí.

—Ted, estoy a la vuelta de la esquina.

—No lo creo —dijo. Oí ruido.

—¿Estás en tu coche?

—Recibimos una llamada.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Club invadido por vampiros. Dejaron que algunos de los clientes se fueran, pero mantienen a todos los bailarines. Los rehenes liberados describen a un vampiro que se ajusta a las cicatrices de agua bendita que tú describiste en Vittorio.

—Mierda —dije.

—Dijiste que el número de muertos aumentaría esta noche, Anita. Tenías razón.

—Créeme, Edward, no quería tener razón en este caso.

—Te daré la dirección.

—¿Hay alguien que pueda llevarme? —Pregunté.

—Esto tiene a todas las manos ocupadas, Anita.

—Mierda.

—¿No tienes transporte?

—Sí, Truth todavía está aquí. Dejé que me trajera.

—Asegúrate de situarte muy detrás de las barreras de la policía. No me gustaría que los uniformados de las barreras vieran a un vampiro que vuela con una mujer en sus brazos esta noche.

—Entiendo.

—Llegamos, pero no puedo esperar por ti, Anita. Enviaron la oreja de uno de los bailarines con los clientes que liberaron. Los vampiros amenazan con enviar el resto del cuerpo del bailarín, una pieza a la vez.

—Estaré allí lo antes posible, Edward. —Pero estaba hablándole al aire. Había colgado.

—Mierda —dije, y puse mucho sentimiento en ello.

—Escuché la mayor parte. ¿Cuál es la dirección?

Se la dije. Me pidió su teléfono de vuelta, e hizo algunas cosas en la pantalla. Me asomé a la pantalla y encontré un pequeño mapa. Lo estudió durante unos minutos y luego dijo:

—Ya lo tengo. ¿Estás lista?

—No puedo alimentarte de nuevo tan pronto, Truth.

—Me siento bien, Anita; confía en mí, no tendrás que alimentarme cuando lleguemos.

Sólo tomaría su palabra en eso. Dejé que me cargara de nuevo, y tuve que mantener la presión sobre la mordedura de la muñeca en lugar de aferrarme a él. Esperaba que si seguía presionando sobre la misma, el sangrado se detuviese antes de aterrizar. Si así fuera, sería lo único que habría ido bien esta noche.



SESENTA Y UNO

Me encajé contra del cuerpo de Truth tan fuerte como pude, sin poderme aferrar a él, pero finalmente no pude soportarlo más. Dejé de presionar mi muñeca y puse mis brazos alrededor de su cuello. Me agarré y enterré mi cara contra él. Se sentía caliente ahora, cálido, con mi sangre, mi energía. Había un pulso en su cuello moviéndose contra mi mejilla, como si el ritmo de su corazón estuviera llamándome.

La curva de su cuello olía a limpio, fresco, como las sábanas limpias que han sido secadas al aire libre, en el viento y el sol. Era casi como si su piel guardara una pista de todos los días soleados que nunca volvería a ver.

Sentí que algo cambió en la forma en que Truth me sostuvo. Me hizo mover mi cara para que pudiera mirar. Había luces y un montón de policías abajo, pero no demasiado cerca. Truth aterrizó a un lado de un centro comercial a oscuras. Tuvo que correr un poco para perder impulso, pero fue más suave que el último aterrizaje. O él estaba tomando práctica, o sólo se

sentía mejor.

Caminó en la sombra más densa por la tienda a oscuras y miró hacia la calle con todas las luces que destellaban.

—Las barricadas de la policía están más adelante.

—Puedes bajarme ahora —dije.

Tuve un vistazo de su sonrisa en la penumbra. Él me bajó sin decir una palabra.

—¿Sigues sangrando?

Miré mi mano y hallé que la sangre se había secado.

—No.

—Bien.

Nos quedamos allí por un momento incómodo. Había una tensión como la que percibes en una primera cita, en la que no sabes si sólo debes besar o abrazar. Esto era malo, nunca me había sentido así a su alrededor antes. Se inclinó hacia mí, y di un paso atrás.

—Lo siento, Truth. No sé lo que está pasando, pero no creo que sea voluntario por nuestra parte.

Se irguió, me miró, con su cara en su mayor parte en la sombra.

—¿Crees que estoy hechizado por ti?

Me encogí de hombros.

—Pero no soy sólo yo, Anita, tú sientes el tirón, también.

Me acordé de algo que Jean-Claude me había dicho una vez.

—Muchos de los poderes de los vampiros de la línea de Belle cortan en ambas direcciones y sólo corta tan profundo como el vampiro está dispuesto a ser cortado.

—Entonces debes querer ser cortada hasta el corazón —dijo.

No sabía que decir a eso, entonces me escondí detrás del trabajo.

—Me tengo que ir. Tienes que irte. —Sacudí mi cabeza—. Vete, Truth, sólo vete, ve a otra parte.

En un momento él estaba allí en las sombras, al siguiente estaba en el cielo, soplando mi cabello en mi cara.

Me di la vuelta hacia la muchedumbre y las barricadas de la policía. Tendría que asimilar todo antes de que los uniformados me dejaran pasar para hablar con el equipo SWAT. Quería encontrar a Edward, no por el trabajo de policía o por motivos prácticos, sino porque necesitaba a un amigo. Necesitaba a un amigo que no quisiera follar conmigo o enamorarse de mí. Necesitaba a alguien que no quisiera nada de mí.

La lista se hacía más pequeña cada noche.



SESENTA Y DOS

Estaba casi al borde de la multitud cuando un hombre con una sudadera con capucha gris se volvió y me cerro el paso. Abrí la boca para decir: «Disculpe, señor», pero tuve un vistazo de la cara bajo la capucha y las palabras se congelaron en mis labios.

Tuve un vislumbre de sus ojos marrones oscuros, pelo negro, piel oscura pálida, un rostro hermoso, masculino, hasta que se movió en la luz y las cicatrices de quemaduras en su lado derecho fueron visibles.

Mi mano alcanzó la Browning, pero no estaba allí, no había nada. Estaba desarmada, y él estaba de pie frente a mí.

—No te comuniques con tus vampiros a través de la mente, lo sentiré, y les diré a mis vampiros que maten a los bailarines dentro del club. Y, sí, sabía que estabas desarmada. No pensé que alguna vez tendrías ese descuido, pero nos da la oportunidad de hablar.

Me lamí los labios secos e hice lo único en lo que podía pensar: dar un

paso atrás, darme espacio, para lo que me iba a servir.

—¿Por qué tomar el club? ¿Por qué dar tiempo a la policía para que atrape a tus vampiros? —Pregunté, mi voz seguía siendo tranquila. Punto para mí.

—Era el cebo, para ti, Anita.

—Joder, y la mayoría de los hombres sólo envían flores —dije.

Me miró con sus ojos marrones sólidos. No pude leer su expresión por completo, pero creo que mi reacción no fue la que esperaba, o tal vez no era lo que quería.

—Si llamas por ayuda de cualquier forma, ordenaré a los vampiros que controlo, que empiecen a matar a las prostitutas.

—Son bailarines no prostitutas —dije—, pero lo entiendo, eres maestro suficiente para ponerte en contacto con tu gente mente a mente —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Como tú —dijo.

Tomé una respiración profunda y luché para conseguir un cierto control sobre el pulso y la frecuencia cardíaca. No sabía qué decir a eso, así que lo dejé pasar. Rara vez te metes en problemas manteniendo la boca cerrada.

Me miraba de arriba a abajo, no de la forma en que un hombre mira a una mujer, sino como si estuviera mirando un coche que planeara comprar. Era sin duda más de compra que de cita, esa mirada.

Traté de hacerle hablar.

—Bien, ¿quieres hablar conmigo? Vamos a hablar.

—Ven conmigo, ahora. —En realidad me ofreció una gran mano, de dedos largos. Era una mano grande, más grande de lo que me gustaba, pero elegante, como su voz.

—No —dije.

—Tendré que matar a las prostitutas que hemos tomado a menos que vengas conmigo.

Negué con la cabeza.

—Probablemente vas a matarlas de todas formas.

—¿Y si doy mi palabra?

—Sé lo que eso significa, pero también eres un asesino en serie y un sádico sexual. Lo siento, pero eso no me hace confiar en ti, —me encogí de hombros y comencé a pensar furiosamente en la dirección de Edward, sin magia, sólo el deseo en mi cabeza mira hacia acá, ven por este camino, avisa. Pero era demasiado baja y la multitud bloqueaba la visibilidad. Me di

cuenta de que el vampiro delante de mí estaba bloqueando la vista aún más. Dudaba que fuera un accidente.

—Puedo ver tu punto —dijo. Se acomodó la capucha sobre su lado derecho—. Fíjate bien, Anita. Mira lo que los humanos me han hecho.

Traté de no mirar, porque no estaba segura de si se trataba de una técnica de distracción, pero es difícil apartar la mirada de algunas cosas. Las cicatrices faciales de Asher eran sólo en el lado de la mejilla, se arrastraban hasta el mentón. Toda la mejilla derecha de la cara de Vittorio, desde donde el borde de la capucha tocaba los labios y la punta de la barbilla, era todo tejido cicatricial endurecido.

Dejó caer la capucha para ocultar su rostro, y me di cuenta de que tenía la mano izquierda tendida a su lado, hacia la multitud como si esperara a alguien para que tomara su mano. Una joven llegó hasta él. Pensé, por un momento, que era otro vampiro, pero una mirada en los ojos grises y lo supe mejor. Iba vestida con la elegancia de una golfa, la falda demasiado corta, mostrando estómago, sus senos, pequeños montículos que era todo lo que podía conseguir. Antes de que se convirtiera en moda, hubiera dicho puta, pero muchos de los adolescentes usaban este tipo de mierda, me hizo preguntarme que llevaban las verdaderas prostitutas.

Se apartó el cabello lacio castaño de la cara. Sonrió distraídamente hacia él.

—Déjala en paz —dije.

Le acarició la mejilla, y ella lo abrazó como un gatito. Volvió la cara hacia mí, así pude ver cómo de joven era bajo el maquillaje: catorce, quizás quince años, no más. Era difícil saberlo bajo tanto maquillaje y la ropa. Tienden a añadir años que las niñas no han ganado.

—He dicho, déjala en paz. —Mi voz ya no era débil, mostraba el primer borde de ira. La abracé, alimentando la ira con dulces pensamientos de venganza y lo que haría con él cuando tuviera la oportunidad.

—Si levantas a tu bestia, romperé su garganta. —La atrajo contra su cuerpo mientras lo decía.

Tenía que dominar mi rabia entonces, tragármela de nuevo, porque estaba en lo cierto, no podía garantizar, con este estrés, que la ira no me inclinaría a algún tipo de problema licántropo. Si pudiera cambiar de verdad, me habría dado armas, pero no era un arma para mí, era sólo otro problema.

Extendió su otra mano, y un hombre se acercó a ella. Era alto, más alto

que el vampiro. Sus ojos grises coincidían con los de la niña, incluso el pelo corto era del mismo tono de marrón. Veía hacia adelante, sin ver nada.

Vittorio comenzó a abrir la sudadera, dejando al descubierto su pecho. Sabía lo que vería, porque esas eran las peores cicatrices de Asher. Pero, otra vez, era peor. El agua bendita no había marcado sólo la piel, había carcomido hasta el tejido más profundo, exponiendo los ligamentos y los huesos de las costillas. Parecía que su cuerpo había tratado de volver a crear un poco de tejido sobre ellos, pero el lado derecho de su pecho y estómago parecían un esqueleto con una cubierta dura de cicatrices. Su estómago era un poco cóncavo, donde no había habido ningún hueso para apoyar la curación.

Si hubiera querido hacerme daño en ese momento, podría haberlo hecho, porque estaba fascinada con el daño y que hubiera sobrevivido.

—Si hubiera podido morir de una infección, lo habría hecho, pues no había antibióticos cuando me hicieron esto.

—Si quieres morir, espera aquí, conseguiré un arma y te ayudaré.

—Hubo un tiempo en que eso era lo que buscaba, pero nadie era lo suficientemente poderoso como para matarme. Lo tomé como un mensaje de que yo era la muerte, porque la muerte no podía tocarme.

—Todo muere, Vittorio —dije, y no pude evitar que mi mirada fuera entre la hija y el padre.

—Tan frágiles, los seres humanos, ¿no?

—¿Los trajiste para usarlos como rehenes?

—Los encontré en la multitud. Al principio pensé, —se abrazó a la muchacha—, que era una puta, pero sólo fingía. —Besó la parte superior de su cabeza, y ella se acurrucó contra él—. Huele a inocencia y a cosas no probadas.

—¿Qué-quieres? —Y cada palabra contenía la rabia que estaba realmente teniendo problemas para combatir. Hubiera dado casi cualquier cosa en ese momento por un arma.

Él miró a la muchacha cuando se abrazó contra él, con los brazos en el interior de la sudadera, envolviendo sus brazos a su alrededor por completo. Ella lo miró como si fuera la mejor cosa desde el pan rebanado.

—Ella ve lo que era antes. Fui hermoso, una vez.

—Entonces, haces la gran revelación, y eso es parte de la emoción para ti. Lo entiendo.

Habló mirándome, no a ella.

—Puedo salir de aquí con esta familia o contigo. ¿Vas a negociar tu libertad, por la de ellos?

—No hagas esto —dije, la voz más suave.

—¿Vendrás conmigo para salvarlos?

Miré al hombre, con su mirada vacía, y a la chica embrutecida.

—No matas a los niños o a los hombres. A menos que los hombres sean strippers. Estas no son tus víctimas de elección. Que se vayan.

—¿Y si despierto al padre lo suficiente como para ver y saber lo que hacemos a su hija?

—¿Qué quieres, Vittorio? —Pregunté.

—A ti —dijo.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Tenía una leve sonrisa en su rostro, yo no lo hacía.

—Yo, ¿de qué manera?

Se echó a reír, y fue un sonido amargo.

—Oh, tu virtud está segura, Anita, la Iglesia se encargó de eso hace mucho tiempo.

—¿Se trata de los vampiros en St. Louis? ¿Es por eso que me querías aquí?

—La venganza es para los pequeños de mente, Anita. Aprenderás que tengo pensamientos más grandes, grandiosos.

La chica comenzó a besar la parte en ruinas de su pecho. Ella comenzó a hacer pequeños sonidos dispuestos con la garganta.

Él había hecho algo más con ella, de mente a mente, y yo no lo había sentido. Estaba de pie a unos pies de distancia de él, y no había sentido absolutamente nada. No había conocido a un vampiro, en años, que pudiera hacerme eso.

—Tengo espías en el campamento de Maximiliano. Él lo sabe, y yo lo sé ahora, que Jean-Claude no te ha dado la cuarta marca.

Luché para mantener la cara en blanco y supe que había fallado por una ampliación de ojos, la retención de la respiración, la velocidad del pulso.

—Tu maestro ha dejado la puerta abierta para otros, Anita. Bibiana quiere que Max camine por esa puerta. Cree que si amaras a Jean-Claude, se lo habrías permitido, te hubieras casado con él por ahora. Ella ve tu indecisión como prueba de que no has encontrado a tu verdadero amor.

—Ella está pasada de moda en ese sentido —dije, porque ¿qué otra cosa podía decir? Él sabría si estaba mintiendo. Con los Vampiros y

hombres animales era como caminar entre detectores de mentiras si eran lo suficientemente poderosos, y él lo era.

—Pero no te preocupes por Max y su esposa, porque he decidido que es mi puerta para abrir, no la suya.

Parpadeé hacia él, la ira murió bajo la confusión. Había pensado en un montón de cosas que este conejo loco podría haber querido de mí, ésta no había sido una de ellas.

—¿Quieres hacerme tu siervo humano?

—Si.

—¿Por qué? —Pregunté—. Todo el mundo sabe que soy un dolor en el culo de Jean-Claude. ¿Por qué quieres lidiar con eso? —No podía pedir ayuda de ninguna forma, o alguien más moriría. No podía ir todo licántropo, porque no me ayudaría. ¿Qué podía hacer? ¿Qué diablos podía hacer sin un arma?

Se rió de nuevo, pero esta vez fue bajo, más atractivo, más seductor.

—El poder, Anita. Eres la primera nigromante en siglos, y con tantos otros poderes. —Se acercó un poco más, arrastrando a la niña con él. El hombre los siguió un paso detrás como una especie de robot.

Vittorio acercó la mano que no envolvía alrededor de la niña. Di un paso atrás. Todos los poderes de vampiro aumentaban con la proximidad, y especialmente con el tacto. Había hecho cosas que eran casi imposibles, y no quería saber lo que podría hacer su contacto.

—Anita, me harás el Maestro de la Ciudad más poderoso en todo el nuevo mundo.

—¿Así que me llevas, y luego le quitamos las Vegas a Max? —Estaba pensando furiosamente, repasando mis opciones. No parecía haber muchas de ellas. Sólo sabía que no saldría de la zona con él. Una regla con los asesinos en serie: haces que te maten en público, porque lo que harán contigo en privado será peor. De igual forma, no podía dejarlo ir con la niña y su padre. Pero no podía volar con dos personas, tendría que alejarse caminando. Podía detener eso, ¿no es así? Mierda. Piensa, Anita, piensa.

—El Tigre es mi animal para llamar, Anita. Matamos a Max y a su esposa, y se acabó.

—Víctor, tendrías que matar a su hijo, también —dije.

Él sonrió, y se acercó a mí otra vez. Me moví fuera de su alcance de nuevo.

—Sí, por supuesto. Lo que te hará una reina de nuestro imperio de

sangre y dolor. —Su voz era alegre, como si no estuviéramos hablando de asesinato.

—Permíteme un toque, sólo para poner estos dedos al lado de tu mejilla, —sostuvo la mano hacia arriba, como un mago, nada en la manga. Claaaro.

—No te muevas. —Era la voz de Edward. Me costó casi todo lo que tenía para no darme la vuelta y buscar dónde estaba, pero continué mirando al vampiro delante de mí. La ayuda estaba aquí, si yo no lo jodía.

El padre se mudó al lado de Vittorio, y hubiera apostado todo lo que tenía a que estaba bloqueando el disparo de Edward.

—El hombre está hechizado, Edward —dije, y de nuevo tuve que luchar para no buscarlo, pero Vittorio era demasiado poderoso como para mirar hacia otro lado, ni por un segundo. No estaba segura de lo que su contacto me haría. Tal vez nada, o tal vez algo malo. Era más rápida que un humano normal, gracias a Jean-Claude, así que si no dejaba de mirarlo, podía ponerme fuera de su alcance, o ese era el plan.

—Amigos míos, venid a mí —dijo, y esta vez sentí el más mínimo tirón de energía. La multitud en la barrera se giró hacia nosotros y se volcó hacia él.

—¡Está hechizando a la multitud! —Empecé a correr, pero la niña aún estaba en sus brazos. Me hizo dudar. La multitud nos rodeaba. No sólo lo protegían de cualquier arma de fuego, sino que también trataban de agarrarme. Era como si fueran zombis, los ojos ciegos, levantando las manos, sin pensar. ¿Cómo había enrollado la mente de tanta gente? ¿Cómo diablos lo había hecho?

Traté de no hacerles daño, al principio, pero cuando me di cuenta de que estaban tratando de superarme en número, dejé de ser amable. Pateé una rodilla y sentí darle. Un hombre gritó y luego dijo:

—¿Qué está pasando? ¿Dónde estoy?

Golpeé la cara más cercana, viendo como mi objetivo la frente de aquel rostro, de la forma en que nos enseñan en las artes marciales. Él simplemente cayó y desapareció entre la multitud. Eliminé a dos más con golpes conjuntos y una hemorragia nasal. El dolor los había sacado del trance, y se arrastraron lejos, ya no eran una amenaza, pero había esperado demasiado tiempo, y había demasiados.

—¡El dolor, quedan libres de él cuando los dañas! —Grité. No estaba segura de que alguien me escuchara, hasta que escuché gritos de dolor

desde el exterior de la multitud. Alguien se acercaba, alguien de mi lado. Pero las manos me sujetaban, el peso de toda la gente, y yo no podía moverme.

Vittorio se arrodilló junto a mi cabeza. Puso su mano en mi cara. Traté de seguir adelante, pero no había nada que pudiera hacer. Sus ojos se llenaron de fuego marrón. Yo sabía lo que iba a hacer.

—¡Edward! —Grité.

En un momento escuché los cuerpos tocar el suelo, al siguiente no había nada, sólo el toque del vampiro y sus ojos, como una llama de cristal marrón, flotando frente a mi cara. Presionaron contra mi cara. Cerré los ojos y grité.



SESENTA Y TRES

Esperé a que empezara a hundirse en mí para asumir el control, pero no pasó nada. Las manos me seguían reteniendo, todavía podía sentir la presión del poder, esa llama color café, pero eso fue todo. Abrí los ojos sólo un poco, y la llama marrón dorado me deslumbró, pero no se acercaba.

Un disparo sonó tan cerca que me quedé sorda por un segundo. Entonces la llama desapareció, y la cara de Vittorio estuvo sobre la mía. Pensé que iba a besarme, me di cuenta de que se estaba agachando. Sonó otro disparo y la gente dejó de mirarme y se movió para formar un escudo humano alrededor del vampiro arrodillado.

—Otra noche —dijo, y de pronto estuvo de pie y en movimiento, un movimiento que no pude seguir con mis ojos. Me senté, mirando como se alejaba, mi corazón en la garganta. Sólo había visto a otro vampiro que pudiera moverse así sin trucos mentales: Truth.

Los hombres gritaban.

—Joder, ¿de donde vino? ¡Ya esta! ¿Has visto eso?

De pronto Edward estaba de pie encima de mí, su mano extendida. La tomé, y me puso de pie. Me balanceé un poco, y él me estabilizó.

—¿Estas bien? —Preguntó.

Asentí con la cabeza.

Me lanzó una mirada.

—Trató de marcarme, pero no pudo ir mas allá de mis escudos en el tiempo que tuvo.

Olaf se cernía sobre nosotros.

—¿Está herida?

—Estoy bien —dije, y me obligué a soltar la mano de Edward, aunque lo que realmente quería hacer era dejarme caer en sus brazos y sujetarme.

Los SWAT con sus uniformes verdes habían llegado, y la multitud se desplazaba a su alrededor mientras la gente empezaba a moverse, preguntando qué había pasado.

Hooper estaba allí, su rostro era el único claro en el equipo.

—¿Qué diablos pasó, Blake?

—Los rehenes, el club, era una trampa.

—Una trampa ¿para que? —Preguntó Hooper.

—Para mi.

Georgie se colocó al lado de su sargento.

—No es nada personal, Blake, pero entonces ¿por qué no te mató?

—No me quiere muerta.

—¿Qué quiere? —Preguntó Hooper.

—A mi, como su siervo humano.

—Tu ya perteneces al maestro de St. Louis, ¿no? —Dijo Cannibal, avanzando desde el otro lado de la multitud que se dispersaba.

¿Qué iba a decir?

—Algo así.

—Entonces es demasiado tarde —dijo Cannibal.

—El cree que es lo bastante fuerte como para llevarme con él.

Hooper estaba allí de pie, sin moverse, pero mirando mi cara.

—¿Lo es?

—Esta noche no, no lo fue.

La boca de Hooper hizo un pequeño movimiento, tal vez era una sonrisa, tal vez no.

—No hay que darle otra noche.

—Amen a eso —dije.

Me volví hacia Cannibal, alias Sargento Rocco.

—Tu tienes algunos poderes. —¿No has sentido a Vittorio trabajando en la multitud?

—Lo siento, Anita, pero solamente funcionan con los recuerdos.

—Mierda, ¿ninguno de ustedes ha sentido lo que pasaba? ¿Dénde está Sánchez? —Pregunté.

—¿Para qué? —Preguntó Olaf.

—Pensé que podría haber sentido la metafísica.

—Está con el segundo equipo. Van a explorar la casa de Bering —dijo Edward—. Grimes quería a sus practicantes para ver si podían sentir al demonio.

—¿Por qué no estás con Sánchez? —Le pregunté a Rocco.

—Mi habilidad es el tacto y los recuerdos. No voy a tocar a un demonio a propósito, y no quiero sus recuerdos.

—Están tratando de ver si pueden detectar al demonio, para hacer la entrada mas cerca de los objetivos o mas lejos de ellos, dependiendo de lo que encuentren —dijo Edward.

—Dame un arma, y vamos.

Edward estaba a mi lado, sacó mi propia arma de repuesto de uno de los bolsillos de sus pantalones tácticos.

—Hay vampiros aquí, ¿por qué perseguir demonios? —dijo Rocco.

—Esta es una situación de rehenes. Yo no soy un negociador.

Bernardo se acercó. La sangre corría por su rostro desde un corte en la frente, al parecer alguien le había devuelto el golpe.

La multitud, que había logrado salir del infierno gracias a los agentes de policía, estaba recibiendo mantas y bebidas calientes de los trabajadores de la Cruz Roja. El médico del equipo les estaba examinando, con su instrumental a su lado. Oí a un hombre decir:

—Yo sabía que lo que estábamos haciendo estaba mal, pero no podía parar. Tenía que hacer lo que la voz en mi cabeza me decía que hiciera. Quería parar, pero no pude.

Di un paso por delante de Rocco, y se detuvo, mirándome.

—Si Sánchez y los otros pueden detectar al demonio, el también puede sentirlos. Si es lo que mato a los demás operadores, podría seguir el camino de su propia magia.

—La mayoría de los demonios no son tan brillantes —dijo Edward.

—Somos conscientes de que algunos seres sobrenaturales pueden detectar las habilidades psíquicas, Marshall. Debemos de tener cuidado por lo que su —hizo un movimiento con la mano—, firma se interrumpe.

Estaba impresionada y así lo dije.

—La capacidad psíquica es sólo otra parte del trabajo para nosotros \1\4\2\3\5os vampiros se han rendido. Han liberado a los rehenes y se han rendido.

—¿Cuál es el truco? —Pregunté. Si alguien me había oído, no me contestó, pero sabía que había un truco, con los vampiros siempre había uno.



SESENTA Y CUATRO

Alguien había encendido las luces en el club por lo que estaba cubierto de luces brillantes. Los clubes de menor categoría no tienen luces brillantes, ya que éstas revelan todas las grietas y los parches de los malos trabajos de pintura. Crean una ilusión a partir de una mentira. Una mentira sobre el sexo, y la promesa de tenerlo, si estás dispuesto a pagar un poco más de dinero. Nathaniel, el amor de mi vida, me había explicado que los bailarines se ganaban la vida con la esperanza del cliente de que el sexo real es posible. Se trata de publicidad, nunca se vende realmente. Bajo las duras luces del techo, la mujer escarlata me hacía pensar que, incluso si lo estuviera vendiendo, no lo quería comprar.

El bailarín que había perdido una oreja fue llevado de urgencias al hospital, con la idea de que podrían ser capaces de coserle la oreja de nuevo si la herida era lo bastante reciente. Los bailarines se encontraban en los cuartos traseros esperando a ser entrevistados, porque teníamos a los

vampiros en la zona frontal. Los vampiros estaban encadenados con grilletes del nuevo metal especial que algunas de las más poderosas fuerzas de policía habían financiado para los delincuentes sobrenaturales. Era un súper metal de la era espacial. No lo había visto puesto a prueba todavía, así que había que esperar antes de que pudiera poner mi fe en ello por completo.

Los vampiros estaban sentados en una fila con aspecto triste, sus manos torpemente sujetas delante de ellos, ya que la cadena estaba sujeta a su cintura y tobillos. Tuve que admitir que, aunque el metal se rompiera, probablemente no serían capaces de romper la cadena lo suficiente para atacar antes de que pudiéramos dispararles. Tal vez los grilletes eran una buena idea, aunque tenías que pararte cerca y personalmente para ponerle los grilletes a un preso, y que yo supiera, la única persona en esta sala que era inmune a la mirada de los vampiros era yo.

Olaf se desplazaba entre los vampiros encadenados. Se mantenía fuera de su alcance, pero les observaba, igual que un ganadero mirando por encima a un rebaño que está pensando en comprar. O tal vez era sólo yo proyectándome. Tal vez.

Edward y Bernardo estaban entrevistando a los bailarines. ¿Por qué estaba con Olaf? Debido a que los bailarines conocían a un depredador cuando lo veían, e incluso después de una noche como rehenes de los vampiros, algunos de ellos percibían lo que era, y eso no ayudaba a calmar sus nervios. Para obtener una buena entrevista, era necesario mantener a Olaf apartado. ¿Por qué no había entrevistado a las mujeres? Porque podía estar tan cerca como fuera posible sin el riesgo de ser hechizada. Mi especialidad me llevó directamente a la otra habitación. Pero Edward le había dicho algo al sargento Rocco, también conocido como Cannibal, porque él o uno de sus hombres estaban en todo momento a mi lado. Eran cuidadosos en no mirar directamente a los vampiros, pero permanecían cerca. Francamente, Rocco me ponía un poco nerviosa después de nuestro encuentro en la sede de los SWAT, pero después de la primera vez que interpuso su cuerpo entre Olaf y yo, sutilmente, pero lo suficiente para obligar al hombre más grande a alejarse de mi alrededor, acabé disfrutando teniendo a alguien cuidando mi espalda.

—Muy bien, chicos, estas son las instrucciones. Les acompañarán a otra habitación y les pedirán que cuenten lo que paso. No hablen entre ustedes hasta que nos hayamos ido. El Marshall Jeffries y algunos de los

SWAT permanecerán en la habitación, así que cuiden sus modales.

Todos respondieron como impacientes niños de guardería. No había un vampiro en la habitación al que tuviera miedo, de uno a uno. Pero había diez de ellos, y diez eran muchos. Diez vampiros de cualquier tipo era algo aterrador. Demonios, diez humanos a la vez y tampoco podrías con todos.

Los oficiales ayudaron a los vampiros a desplazarse a una pequeña habitación detrás de la barra. Era donde almacenaban el licor, y sólo añadieron una silla que habían encontrado. Me arrodillé ante el primer vampiro y me encontré mirando a la cara de un hombre un poco regordete, con pálidos ojos marrones y el pelo a juego. Me sonrió, con cuidado de no mostrar los colmillos. Estaba tratando de ser útil, inofensivo y amable, pero yo sabía que de todos ellos, él era el mayor. Podía sentirlo en mi cabeza, como un eco del tiempo. Tenía trescientos años si no me equivocaba. Estaba vestido cuidadosamente muy apropiado para el calor, para la ciudad, para lo que pretendía ser. Llevaba pantalones claros y una camisa marrón más oscura, por dentro de los pantalones y abotonada. El cinturón era de buen cuero y los zapatos a juego. Su cabello de un castaño indescriptible había sido cortado hace poco y bien. El reloj en la muñeca era de oro y caro, como no decía Rolex, no podía decir qué era, sólo que gracias a Jean-Claude sabía distinguir la calidad cuando la veía.

Le sonreí. El me devolvió la sonrisa.

—¿Nombre?

—Jefferson, Henry Jefferson.

—Bueno, Sr. Henry Jefferson, dígame lo que pasó.

—De verdad, oficial, yo estaba en el casino, jugando al póquer, y el se paró junto a la mesa, apenas por fuera de las cuerdas.

Las cuerdas, quería decir que había estado en una de las mesas de rango alto, donde una mano podría comenzar en quinientos, mil, diez mil, o mas.

—Entonces, ¿qué? —Pregunté.

—Entonces el me hizo cobrar y me dijo que me fuera con el. —Me miró, y hubo desconcierto y una pizca de miedo en su rostro—. Maximiliano es un poderoso Maestro de Ciudad. Él nos protege, pero este hombre acababa de salir de la nada y no pude decirle que no.

El vampiro siguiente era mucho más joven, en todos los sentidos. Tal vez sólo unos pocos años muerto, y apenas legal cuando cruzó al otro lado, a la tierra de los no muertos. Las heridas de aguja en las curvas de sus codos habían sanado. Había estado limpio mucho tiempo. Tuve una

corazonada.

—Iglesia de la Vida Eterna, ¿verdad? —Era la iglesia de los vampiros, y la de mas rápido crecimiento del país—. ¿Quieres saber que se siente al morir? Pregunta a un miembro de la iglesia que se haya ido con anterioridad. Eso es lo que ellos dicen. Los miembros de la Iglesia llevan una pulsera de identificación médica por lo que, si están en una situación en la que peligra su vida, se llama a la Iglesia y mandan a un vampiro a terminar el trabajo.

Los ojos del hombre se ampliaron, y su boca se abrió lo suficiente como para poder echar un vistazo a los colmillos antes de que recordara cerrarla. Chico, sí que era nuevo. Se recuperó y trató de hacer lo que le dijeron todos los vampiros de cierta edad que debía hacer a la hora de hablar con la policía: juega al humano. No finjas ser humano, sólo no seas un vampiro.

—Si —su voz era susurrante, tan asustada—. ¿Cómo lo…?

—La aguja me dio una pista. La Iglesia te ha limpiado de las drogas, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Steve.

—Bueno, Steve, ¿Qué pasó?

—Yo estaba en el trabajo. Vendo recuerdos en esta misma calle. A la gente le gusta comprarle a un vampiro, ya sabes.

—Ya lo sé —dije.

—Pero el se acercó al mostrador y me dijo: Ven conmigo, y lo hice. —Me miró, con los ojos muy abiertos y asustados—. ¿Por qué hice eso?

—¿Por qué un ser humano va contigo cuando los hipnotizas con tu mirada? —Pregunté.

El negó con la cabeza.

—Yo no hago eso. Las normas de la Iglesia…

—Dicen que no debe usarse la mirada de vampiro, pero apuesto a que lo has probado, por lo menos una vez.

Parecía avergonzado.

—Está bien, Steve, no me importa si haces que los turistas jueguen a bofetadas y cosquillas con tus ojos. Este vampiro ¿Te capturó con los ojos?

Frunció el ceño de nuevo.

—No, yo juraría que no era su mirada. Era casi como si dijera: Ven conmigo, y yo tuviera que hacerlo.

—Por lo tanto, ¿Era su voz?

Steve no lo sabía.

Ninguno de ellos sabía por qué lo habían hecho. Habían dejado sus puestos de trabajo, sus fichas, su dinero en las mesas de dados, y sólo le siguieron. A veces, Vittorio había hablado, a veces simplemente había estado cerca de ellos. De cualquier manera, le habían seguido y hecho lo que dijo.

La chica, miraba a su alrededor, aparentaba unos diecinueve años, pero sólo Henry Jefferson, era mayor que ella. Doscientos años, era mi conjetura, y supongo que los tenía. Su cabello era largo y oscuro y caía sobre su cara, por lo que estaba tratando de abrir y cerrar los ojos.

Habíamos pasado ya por el nombre, rango y numero de serie, cuando dije:

—Sara, ¿Quiéres que te aparte el pelo de los ojos?

—Por favor —dijo ella.

Retiré cuidadosamente el pelo de sus amplios y centelleantes ojos grises. Fue la primera en preguntar.

—¿Me estás mirando a los ojos? La mayoría de los seres humanos no lo hacen. Quiero decir, no te rodaría ni nada, pero los policías se entrenan para no mirarnos a los ojos.

Sonreí.

—No tienes la edad suficiente para rodarme con los ojos, Sarah.

Ella me frunció el ceño.

—No lo entiendo. —Entonces sus ojos se abrieron, y el poco color que había en su piel desapareció. No se ve a un vampiro palidecer muy a menudo.

—Oh, Dios mío —dijo ella, y había terror en su voz.

—¿Qué está mal? —Preguntó Rocco.

—Ella se ha imaginado quien soy —dije, en voz baja.

La vampiro Sarah comenzó a gritar.

—No, por favor, el me obligó. Era como si yo fuera un humano. Sólo me rodó. ¡Oh, Dios, te lo juro! No lo hice. No era mi intención… ¡Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios. Eres La Ejecutora! ¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío, vas a matarnos a todos!

—Es posible que quieras salir. Trataré de calmarla —dijo Rocco, y tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima de sus gritos.

Lo dejé con la vampiro histérica y volví a la parte principal del club.

Hooper y Olaf discutían en voz baja pero acaloradamente, en la esquina de la habitación, lejos de los prisioneros. Todavía había un montón de guardias con los vampiros. Caminé hacía ellos y los vi mirándome. Las miradas eran hostiles o asustadas. O bien habían oído los gritos de Sarah o alguien más lo había descubierto. Por supuesto, había otra posibilidad.

Me acerqué a los dos hombres y capté algunos fragmentos.

—¡Hijo de puta! No se permite amenazar a los prisioneros.

—No fue una amenaza —dijo Olaf con su profunda voz—. Simplemente estaba diciéndole al vampiro lo que les espera a todos.

—Nos están diciendo todo lo que queremos saber, Jeffries. No es necesario asustarlos para que confiesen.

Ambos me miraron y me hicieron espacio para que pudiera unirme al pequeño círculo.

—¿Qué le dijiste a la chica?

—¿Cómo sabes que era una chica? —Preguntó Hooper.

—Haré algo mejor, te diré a qué chica. La de pelo largo, castaño ondulado, pequeña.

Hooper entrecerró los ojos hacia mi.

—¿Cómo diablos sabes eso?

—Otto tiene un tipo —dije.

—Estaba hablando en voz baja con ella, pero se aseguro de que los otros pudieran oirlo. Le dijo que iba a cortar su corazón mientras aun estaba viva. Le dijo que se aseguraría de hacerlo al oscurecer, así estaría despierta para todo eso. —Hooper estaba más enfadado de lo que nunca lo había visto. Había un indicio de temblor en sus manos, como si estuviera luchando contra la necesidad de convertirlas en puños.

Suspiré y hablé bajo.

—¿También le mencionó quién soy?

—Le dije que éramos cazadores de vampiros, y que teníamos a La Ejecutora y a la Muerte con nosotros.

—Sé que Blake es la Ejecutora, pero ¿Quién es la Muerte? ¿Ted?

—Ted —dije. Fulminé a Olaf con la mirada—. ¿Querías que tuvieran miedo? Querías ver el miedo en todas sus caras, ¿no?

Él sólo me miró.

—¿Cuál es su apodo, Jeffries? —preguntó Hooper.

—No tengo.

—El no deja sobrevivientes —dije.

Hooper nos miró de uno a otro.

—Espera un minuto, ¿Me estás diciendo que todos estos vampiros van a ser ejecutados?

—Están involucrados con el asesino en serie que nos enviaron a destruir. Están cubiertos por la orden actual —dijo Olaf.

—La multitud humana atacó a los agentes en las barricadas, pero cuando dijeron que el vampiro los obligó, les creímos.

—Les creo a los vampiros también —dije.

—No importa —dijo Olaf—. Tomaron rehenes humanos, amenazaron la vida humana, y han demostrado estar asociados a un maestro vampiro que está cubierto por una orden de ejecución. Han perdido sus derechos, todos sus derechos.

Hooper se quedó mirando a Olaf por un segundo, luego se volvió hacia mi.

—¿Es verdad?

Me limité a asentir.

—Nadie murió esta noche —dijo—, y quiero que siga siendo así.

—Tu eres un policía, salva vidas. Nosotros somos verdugos, Hooper; no salvamos vidas, las quitamos.

—¿Me estás diciendo que te parece bien matar a esta gente?

—Ellos no son personas —dijo Olaf.

—A los ojos de la ley, lo son —dijo Hooper.

Negué con la cabeza.

—No, porque si fueran realmente personas bajo la ley, tendría otra opción. La ley, tal como está escrita, no hace excepciones. Otto tiene razón, han perdido su derecho a vivir bajo la ley.

—Pero estaban bajo el poder de un vampiro, al igual que la multitud humana.

—Si, pero la ley no reconoce eso como una posibilidad. No cree que un vampiro pueda hacerse cargo de otro vampiro. Sólo se protege a los humanos contra el poder de los vampiros.

—¿Me estás diciendo que no hay otra opción para estos vampiros?

—Se van de aquí a la morgue. Van a ser encadenados a una camilla con objetos sagrados, o tal vez con estas nuevas cadenas, no lo sé. Pero serán llevados a la morgue y atados de alguna manera, para esperar hasta el amanecer, y cuando se queden dormidos para el día, los mataremos, a todos ellos.

—La ley no dice que haya que esperar al amanecer —dijo Olaf.

No podía evitar mostrar el disgusto en mi cara.

—Nadie lo hace voluntariamente mientras están despiertos. Sólo lo haces cuando no tienes otra opción.

—Si lo hacemos tan pronto como sea posible, entonces podemos seguir adelante y ayudar a Sánchez y a los otros practicantes.

—Enviaron un mensaje —dijo Hooper.

—¿Qué paso? —Pregunté.

—La casa estaba vacía. Había sido vuelta al revés por algo, y Bering, o lo que suponemos que era Bering, está muerto. Llevaba muerto un tiempo.

—Por lo tanto, estamos en punto muerto, sin juego de palabras.

—Pensé que sólo iban a explorar la casa psíquicamente, y a esperarnos al resto para entrar en ella —dijo Olaf.

—No sintió nada en la casa. Lo transmitió por radio y el teniente hizo la llamada. —Hooper se giró hacia mi—. Si pudiéramos demostrar que estos vampiros estan diciendo la verdad, ¿Podría retrasar las ejecuciones?

—Tenemos cierta discreción en cuanto al momento de poner la orden en vigor —dije.

—Cannibal puede obtener sus recuerdos.

—Se abrirá psíquicamente a los vampiros. Eso es diferente a jugar en el cerebro humano —dije.

—No importa por qué hicieron lo que hicieron —dijo Olaf—. De acuerdo con la ley, serán ejecutados, independientemente de por qué.

—Se supone que debemos proteger a toda la gente de esta ciudad. —Señaló Hooper volviéndose hacia los vampiros que esperaban—. Que yo sepa, ellos se califican como personas.

—No sé que decirte, Sargento. Ninguna cárcel los aceptaría, y no podemos dejarlos durante días encadenados a una camilla con objetos sagrados. Se considera cruel e inusual, por lo que finalmente tendríamos que ejecutarlos de manera oportuna.

—Así que ¿Es mejor matarlos que dejarlos simplemente en la camilla?

—Te estoy diciendo lo que marca la ley, no lo que creo —dije—. Francamente, creo que si los pusiéramos en ataúdes envueltos en objetos sagrados por un tiempo se mantendrían a salvo y fuera del camino, pero eso es considerado cruel e inusual, también.

—Si fueran humanos, no lo sería.

—Si fueran humanos, no estaríamos hablando de ponerlos en una cajita

y empujarlos en un agujero en alguna parte. Si fueran humanos, no se nos permitiría encadenarlos a una camilla y quitarles el corazón y la cabeza. Si fueran humanos, estaríamos sin trabajo.

Me miró fijamente, con una lenta mirada que era casi repugnancia.

—Espera aquí, voy a hablar con el teniente.

—La ley es la ley —dijo Olaf.

—Me temo que tiene razón, Hooper.

Me miró, haciendo caso omiso de Olaf.

—Si hubiera otra opción, ¿La aceptarías?

—Depende de la opción, pero me encantaría tener un recurso legal, para momentos como este, que no incluya el asesinato.

—No es asesinato —dijo Olaf.

Me volví hacia el.

—¿No crees que, si no fuera asesinato, no lo disfrutarías tanto?

Me miró con esos vacíos ojos oscuros, y hubo un atisbo de ira en las profundidades. No me importaba. Sólo sabía que yo no quería matar a Sarah, o a Steve, o a Henry Jefferson, o a la chica que él había hecho llorar. Para evitar que Olaf estuviera a solas con las mujeres, las mataría yo misma, pero no mientras estuviera oscuro, no mientras pudieran verlo venir, no mientras tenían miedo.

—Realmente no disfrutas matándolas, ¿verdad? —Preguntó, y parecía sorprendido.

—Te dije que no lo disfrutaba.

—Lo hiciste, pero no lo creí.

—¿Por qué me crees ahora?

—Vi tu cara. Estás tratando de pensar en formas de salvarlas o de disminuir su sufrimiento.

—¿Puedes deducir todo eso de una mirada?

—No sólo de una mirada, sino de una serie de miradas, como nubes que pasan sobre el sol, una tras otra.

Yo no sabía que decir a eso, era casi poético.

—Estas personas son inocentes de cualquier delito. No merecen morir por no ser lo suficientemente fuertes como para resistirse a Vittorio.

—Ted diría que ningún vampiro es inocente.

—Y tu ¿Qué dices? —Pregunté, tratando de sentirme enfadada, porque era mejor que la sensación temblorosa en mis entrañas. No quería matar a esta gente.

—Yo digo que nadie es inocente.

Hooper volvió con Grimes a su lado.

—Tenemos un abogado que ha estado queriendo probar una suspensión de la ejecución en casos como éste —dijo Grimes.

—Te refieres a esa llamada de última hora del gobernador en las películas —dije.

Grimes asintió con la cabeza. Sus ojos castaños, tan sinceros, estudiaron mi rostro.

—Necesitamos un verdugo para redactar y firmar que él o ella piensa que la ejecución de estos vampiros sería un asesinato y no un bien público.

—Deja a Cannibal leer algunas mentes, asegurémonos de que no hemos sido engañados, y entonces firmaré el documento.

—Anita —dijo Olaf.

—No, simplemente no lo hagas, y mantente alejado de los prisioneros.

—No estoy a tu cargo —dijo, y había principios de ira. Genial.

—No, pero al mio si —dijo Grimes—. Manténgase alejado de los presos, hasta nuevo aviso, Marshall Jeffries. Les diré a los otros Marshall lo que estamos haciendo.

Caminaron hacia el cuarto de atrás y hacia los ex rehenes y Edward. Olaf dijo lo que pensaba.

—A Edward no le va a gustar lo que estás haciendo.

—No tiene que gustarle.

—La mayoría de las mujeres valoran la opinión de su novio.

—Que te jodan —dije, y me alejé de el.

Hablo detrás de mi.

—Pensé que no querías.

Seguí caminando. Los vampiros en el suelo me miraron como si fuera Vittorio, o alguna otra cosa igualmente aterradora. Había odio en los ojos de algunos, pero debajo de todo había miedo. Pude probarlo en la parte posterior de la lengua, como algo dulce, que contenía un poso de amargura, como el chocolate negro cuando es un poco demasiado oscuro.

La puerta del fondo se abrió y Cannibal estaba ayudando a la vampiro Sarah a atravesar la puerta. Ella me vio y empezó a gritar de nuevo.

—¡Ella nos va a matar! ¡Va a matarnos a todos!

Por lo general, estaría en lo cierto, pero tal vez, sólo tal vez, esta noche podría salvar de verdad a todo el mundo.



SESENTA Y CINCO

Faltaban menos de dos horas para el amanecer. Estaba cansada, dolorida, pero los vampiros aún estaban con vida. Estaban encadenados a las camillas en la morgue, y ya que la morgue tenía una habitación diseñada para un sólo vampiro, el forense y toda su gente, no habían estado demasiado felices al ver a diez de ellos, pero Grimes había utilizado a sus propios hombres como guardias extra. La guardia era voluntaria, y ninguno de sus hombres le había mirado como si estuviera loco, si él decía que era algo bueno, lo era. Además, él lo explicó así: —Nadie murió esta noche, si hacemos esto, nadie morirá mañana tampoco.

Edward no estaba contento conmigo. A Bernardo le había hecho gracia. Olaf me había dejado sola, atrapado en sus propios pensamientos de los que no quería formar parte. De hecho, había dejado al Sargento Rocco llevarme a mi hotel porque Edward no se había ofrecido. Normalmente, habría herido mis sentimientos, pero no sobre esto.

—Nunca antes había probado mi talento en un vampiro real —dijo en la tranquilidad del coche.

—¿Qué tan diferente fue? —Pregunté, sin dejar de mirar hacia los oscuros edificios en la calle. Como la mayoría de calles en la mayoría de las ciudades, en esta calle todo estaba cerrado. Justo antes del amanecer, incluso las strippers consiguen ir a casa.

—Siguen siendo personas, pero es como si sus pensamientos fueran más lentos. No —dijo, y algo me hizo mirarlo. Su perfil entre la luz y la sombra de las farolas estaba muy serio—. Era como esos insectos congelados en ámbar, como si los recuerdos entre más viejos, fuera más claros, y lo que sucedió esta noche con nuestro asesino fuera brumoso para ellos.

—Apuesto a que sólo fue en el caso de Henry y Sarah Jefferson —dije.

Apartó la vista de la carretera para mirarme.

—Sí, ¿cómo lo supiste?

—Eran los más antiguos. Ya sabes lo que ocurre con algunas personas cuando envejecen, el pasado resulta más claro que el presente para ellos.

Asintió con la cabeza.

—Creo que para algunos vampiros, es así. Los que no han tenido éxito, sino que sólo sobreviven. Creo que miran hacia atrás a sus días de gloria.

—¿Suele hacer eso tu novio vampiro?

Me resistí a la tentación de preguntar, ¿Cuál? Y jugué limpio.

—No, pero él es el maestro de su ciudad.

—¿Estás diciendo que es feliz ahora?

—Sí.

—Henry lleva un reloj que cuesta más que este coche. No lo está haciendo mal, ¿por qué su recuerdo más vivo corresponde a una época en que las mujeres llevaban vestidos largos y rizos, y él llevaba traje con chaleco, un reloj de bolsillo y un sombrero de copa?

—¿Tal vez amaba a la mujer? —Pregunté.

Rocco pensó en eso, entonces dijo:

—Sí. —Me miró de nuevo—. Nunca he sido capaz de recoger imágenes de amor antes, Anita. Soy bueno con la violencia, el odio, las cosas oscuras, pero esta noche obtuve imágenes suaves y tuve que esforzarme en las duras. ¿Me hiciste algo mientras te leía?

—No fue a propósito —dije—, pero tiendo a causar ese efecto sobre los poderes de vampiro.

—No soy un vampiro —dijo.

—Sólo lo somos, Rocco, y querías hablar conmigo a solas, por lo que esto está de más. Ya lo sabes, y yo lo sé, y tus hombres lo saben, te alimentas de los recuerdos que reúnes.

—No lo saben.

—Tu apodo es Cannibal. Lo saben. En algún nivel, lo saben, —se acomodó en el asiento, y entramos en Strip, y de repente sabía dónde estaba todo el mundo; estaban aquí. La calle tenía el mismo aspecto en las horas antes del amanecer que cerca de la medianoche—. Creía que Nueva York era la ciudad que nunca duerme —dije.

Rocco se echó a reír.

—Nunca he estado allí, pero el Strip no es de dormir mucho. —Me miró de nuevo, luego volvió a las luces brillantes y los carteles animados —. Te alimentaste de mis recuerdos, también.

—Tú me enseñaste a hacerlo.

—Mientras me alimentaba de tus recuerdos, aprendiste a devolvérmelo, ¿así como así?

—Al parecer —dije.

—¿Dónde te alojas?

—En el Nuevo Taj —dije.

—Un lugar de Max. —Lo dijo como si fuera algo malo.

—Max sabe que si deja que cualquier cosa nos suceda, puede ser malo. Va a mantenernos a salvo y a mantener la paz.

—¿Tan importante es tu novio en el mundo de los vampiros?

—Lo hacemos bien —dije.

—Eso no responde a la pregunta.

—No, no lo hace.

—Bien. —Estábamos en el semáforo frente al Bellagio, con el falso horizonte de Nueva York cerca de la vista de la Torre Eiffel. Era como si el mundo se hubiera reducido y comprimido en una calle.

—Pregunta lo que quieres preguntar, Rocco.

Medio esperaba que protestara, pero no lo hizo; finalmente preguntó.

—Eres como yo. Te alimentas de tu poder.

—¿De levantar a los muertos? No lo creo.

—Tiene algo que ver con el sexo o el amor. Yo me alimento de la violencia, de los recuerdos de ella, pero tú te alimentas de emociones más suaves, ¿no?

Me debatía sobre cómo responder, tal vez estaba cansada porque le dije la verdad.

—Sí.

—¿Voy a seguir sintiendo las cosas más suaves?

—No lo sé. Es como si intercambiáramos un poco poder. —Miré el barco pirata, el fuego, y era surrealista, irreal, como un sueño en el que nada tiene sentido.

—¿Alguna vez has compartido el poder así antes?

—Puedo actuar como foco para la capacidad psíquica de resucitar a los muertos.

—¿Qué significa eso?

—Puedo compartir el poder con otros reanimadores, y combinándolo podemos levantar más muertos, o más viejos.

—De verdad —dijo.

—Sí, escribí sobre ello para la revista El Reanimador hace unos años.

—Envíame un correo electrónico con el artículo, y lo leeré. Tal vez los practicantes de aquí puedan hacer algo parecido.

—Sus habilidades no son muy similares.

—Las nuestras tampoco lo eran.

—Los dos somos vampiros que estamos vivos, Cannibal. Eso es bastante similar.

Él me miró, y fue una larga mirada.

—La ley no se ha expandido a los vampiros psíquicos todavía.

—Ellos no desean entenderlo lo suficiente para regularlo.

Él sonrió.

—Muchos políticos estarían en el lado equivocado de la ley.

—Probablemente —dije.

Él me dirigió de nuevo esa mirada.

—¿Tú conoces a alguno?

—No, sólo estoy siendo cínica.

—Eres buena en eso.

—¿Debería darte las gracias? Es un gran elogio viniendo de un policía. —Tuve la sensación de que todavía no había hecho todas sus preguntas. Esperé en el silencio del brillante neón, enmarcada por la oscuridad entre las luces, como si la noche fuera más oscura en cualquier lugar en que la luz no brillara. Mi estado de ánimo se reflejaba en mi cara.

Se colocó ante la entrada circular del Nuevo Taj. Me di cuenta de que

debería haber llamado antes y algunos de los nuestros estarían esperándonos. Esperaba llegar con Edward y los chicos, y habría estado bastante protegida. Ahora estaba sola.

—¿Quieres que te acompañe?

Le sonreí, la mano en la puerta.

—Soy una niña grande.

—Ese vampiro tiene algo serio contigo, Anita.

—¿Has hecho todas las preguntas que querías hacerme en privado? —Dije.

—¿Nadie te ha dicho que eres muy directa?

—Todo el maldito tiempo.

Se rió de nuevo, pero había un borde nervioso en la risa.

—¿Alguna vez has tenido la tentación de alimentarte más de lo que debes?

El portero, o el valet, o alguien estaba en la puerta. Le indiqué que se alejara.

—¿Qué quieres decir, Rocco?

—Yo puedo tomar un recuerdo, Anita. Puedo tomarlo y borrarlo de sus mentes. Lo hice por casualidad un par de veces. Es como si se convirtiera en mi recuerdo, no el de ellos, y eso es lo máximo. Es una urgencia. Creo que si me lo permitiera, podría tomarlos todos, cada mal recuerdo que han tenido. Tal vez más. Tal vez podría tomarlos todos y dejarlos en blanco. Pienso en lo que se sentirá al tenerlo todo.

—Te tienta, ¿no? —Dije.

Él asintió con la cabeza y no me miró.

—¿Alguna vez lo has hecho?

Él me dirigió una mirada de sorpresa, de horror.

—No, por supuesto que no. Estaría mal.

Asentí con la cabeza.

—No se trata de poder hacer algo, Rocco. Ni siquiera se trata de pensar en hacerlo. Ni siquiera se trata de tener la tentación de ir demasiado lejos.

—Entonces ¿de qué se trata? —Preguntó.

Miré en esa cara muy adulta, muy competente, y vi la duda en sus ojos. Sabía cuál era la duda.

—Se trata de decidir no hacerlo. Se trata de ser tentado, pero no ceder. No son nuestras habilidades las que nos hacen malos, Sargento, es el ceder a ellas. La capacidad psíquica no es diferente de ser bueno con un arma de

fuego. Sólo porque podrías entrar en un grupo de gente y matar a la mitad de ellos no quiere decir que lo hagas.

—Puedo encerrar mi arma, Anita. Pero no puedo sacar esto de mí y ponerlo en un lugar seguro.

—No, no podemos, por lo que cada día, cada noche, debemos tomar la decisión de ser buenos chicos y chicos malos.

Me miró, con las manos aún sobre el volante.

—¿Y esa es tu respuesta? ¿Somos buenos, porque no hacemos cosas malas?

—¿No es eso lo que es ser un buen chico? —Pregunté.

—No, un buen chico también hace cosas buenas.

—¿No haces cosas buenas todos los días?

Él frunció el ceño.

—Lo intento.

—Rocco, eso es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer. Intentarlo. Hacemos nuestro mejor esfuerzo. Nos resistimos a la tentación. Nos mantenemos en movimiento.

—Debo ser al menos una década mayor que tú, ¿por qué te estoy pidiendo consejo?

—En primer lugar, creo que soy más vieja de lo que parezco. En segundo lugar, soy la primera persona que has conocido que pensaste que podría sentir la misma tentación. Es difícil cuando crees que eres el único, no importa la edad que tengas.

—Eso suena como la voz de la experiencia —dijo.

Asentí con la cabeza.

—A veces, a veces tengo tanta compañía que no sé qué hacer.

—Como eso, —y asintió con la cabeza hacia la ventana. Truth y Wicked, esperaban pacientemente a que termináramos nuestra conversación. Ni siquiera estaban mirando hacia mí, ¿cómo habían sabido que estaba aquí? ¿Quería preguntar? No a menos que estuviera lista para la respuesta.

—Sí, así es. —Me volví hacia él y le ofrecí la mano—. Gracias por el paseo.

—Gracias por la charla.

Nos dimos la mano, y no hubo magia entre nosotros. Los dos estábamos cansados, nuestros fuegos atenuados por el uso y la emoción. Salió y nos ayudó a descargar el coche. Al botones demasiado ansioso sólo

le estaba permitido tocar mi maleta y nada más. La mayoría de mis cosas eran realmente peligrosas hasta para un SWAT, así que no quería que el personal lo llevara. Wicked y Truth cogieron las bolsas adicionales. El Sargento Rocco les ofreció la mano. Se sorprendieron por la oferta, a pesar de que probablemente no dieran señales de ello. Se estrecharon la mano. Él me dio las buenas noches.

—Hasta mañana.

—Empezaremos en la zona donde encontró todas sus víctimas vampiro esta noche.

—Sí, tal vez su guarida esté en la zona. —Se dirigió a su furgoneta. Nos acercamos a las puertas. Hubiera querido recordarle que era posible que Vittorio no sólo cazara cerca de su guarida. Parecía un error evidente, y él no me parecía de los que cometen ese tipo de errores.

Wicked y Truth no dijeron nada hasta que llegamos al ascensor y nos quedamos solos.

—Pareces cansada —dijo Truth.

—Lo estoy.

—Te has alimentado de los dos, y ya estás cansada —dijo Wicked—. ¿Deberíamos sentirnos insultados?

Sonreí y sacudí la cabeza.

—Fue una noche tensa, y no, no es ningún reproche sobre cualquiera de ustedes. Saben lo buenos que son ambos.

—Un elogio ambiguo, pero lo tomaré —dijo Wicked.

—No estaba pescando, estaba diciendo que pareces cansada.

—Lo siento, Truth, lo siento, sólo fue una maldita noche.

Ellos intercambiaron una mirada que no me gustó.

—¿Qué significa esa mirada?

—Requiem está esperando en tu habitación —dijo Wicked.

—Me imaginaba que los ataúdes estarían en mi habitación, o en el cuarto de al lado.

—Eso no es lo que quiere decir —dijo Truth.

—Mira, estoy más allá del simple cansancio, sólo dímelo.

—Está esperando para alimentarte —dijo Wicked.

—Me he alimentado de los dos hace menos de, —miré el reloj—, hace menos de seis horas. No necesito alimentar el *ardeur*.

—Jean-Claude le dio instrucciones de que debías tener alimento disponible más a menudo si lo querías.

—¿Lo hizo ahora?

Las puertas del ascensor se abrieron.

—Está preocupado porque pierdas el control con la policía como única comida, Anita —dijo Wicked.

Pensé en eso y no pude negar que eso sería muy malo.

—No me siento con el estado de ánimo apropiado, chicos.

—Sólo estamos transmitiendo órdenes, Anita —dijo Wicked.

—¿Le dijeron que me había alimentado de los dos?

Intercambiaron miradas de nuevo.

—¿Qué?

—Llegamos a la puerta, y dijo: «Ella se alimentó de ti. Ella se alimentó de los dos».

—¿Cómo lo supo? —Pregunté.

Se encogió de hombros, y fue como un gesto reflejo.

—Dijo que podía olerte en nuestra piel.

—Es un vampiro, no un hombre lobo.

—Mira —dijo, Wicked—, no mates al mensajero. Pero él está esperando en tu cama, y si lo rechazas, no sé cómo se lo va a tomar.

Apoyé la espalda contra la pared entre dos puertas que no eran las nuestras.

—¿Estás diciendo que está celoso de que me alimentara de ustedes?

—Celoso tal vez sea una palabra demasiado fuerte —dijo Wicked.

—Sí, está celoso —dijo Truth.

Wicked frunció el ceño a su hermano.

—No tienes que estar a la altura de tu nombre todo el tiempo.

Truth se encogió de hombros.

—Y esa es exactamente la razón por la que Jean-Claude te puso a cargo durante el turno de noche, y no a Requiem —dije.

—Porque es un hijo de puta malhumorado —dijo Truth.

Asentí con la cabeza.

—Sí. —Me separé de la pared y miré el reloj—. Tenemos una hora hasta el amanecer. Mierda. —Dejé de caminar, porque iba delante—. Señores, no sé en qué habitación estamos.

Wicked abrió la marcha, Truth iba detrás, conmigo en el centro. Llegamos a la habitación. Wicked utilizó la pequeña tarjeta llave, abrió la puerta y la sostuvo para mí.

Era una habitación muy agradable. Grande, un poco demasiado roja y

demasiado exuberante para mi gusto, pero en conjunto era agradable. No tendríamos ninguna queja acerca de la hospitalidad de Max cuando volviéramos a casa. La sala exterior era un auténtico salón, con una mesa para cuatro personas cerca de las ventanas que daban hacia el brillo del Strip. Había un ataúd junto a la puerta, pero sólo uno.

—¿Dónde estás durmiendo?

—Nuestros ataúdes están en la otra habitación por esta noche. Tienes menos de una hora, disfrútalo.

—Pusieron mi equipaje junto a la puerta de la habitación, y luego se fueron.

—Cobardes, —susurré.

Wicked asomó la cabeza por la puerta.

—No le gustan los chicos, y a nosotros tampoco.

—Nunca antes te ha importado la audiencia —dije.

—No, no me importa, pero a Requiem sí. Buenas noches. —Cerró la puerta, después de colocar en ella el cartel de no molestar. Me di cuenta de que Jean-Claude no sólo había puesto a Wicked a cargo de los vampiros esta noche, sino también de mí. Supongo que, para ser justos, Requiem no era el único hijo de puta malhumorado de la habitación.

Pero este tipo de cosas era exactamente lo que había conseguido colocar a Requiem más abajo en mi cadena alimenticia. Era como uno de esos novios que cuanto más se intenta romper con ellos, más se aferran. Era también el tipo de cosa que me hacía querer volver a mi casa y dejar a la mayoría de ellos en otro lugar.

Sólo quería dormir un poco antes de que tuviera que volver a salir a cazar a Vittorio.

La puerta de la habitación se abrió, justo lo suficiente para mostrar la línea de su cuerpo, una mano, un brazo, un derrame de pelo largo, espeso y oscuro. En la penumbra de la habitación, con la luz de fondo, el pelo hasta la cintura se veía muy negro. Era difícil decir dónde comenzaba el traje negro que llevaba y donde terminaba el pelo. La piel del pecho, el cuello y la cara estaba pálida como la primera luz del alba, una belleza fría como la nieve. La barba y el bigote negro, a lo Van Dyke, eran más oscuros que el pelo. Enmarcaban su boca como lo haría un marco con una obra de arte, guiando tus ojos hacia ella.

Dejé que mis ojos subieran, realmente fue mi error. Yo era un hombre de ojos, o una mujer. Un par de bonitos ojos podía conseguir cualquier cosa

de mí, siempre habían podido. Sus ojos eran azules y verdes como el mar del Caribe bajo el sol, uno de los tonos de azul más sorprendentes que jamás había visto fuera de las gafas de contacto, y los suyos eran naturales. *Belle Morte* tenía una fijación con los hombres de ojos azules, y trató de poseerlo, como lo hacía con Asher y Jean-Claude, así tendría el azul más oscuro, el azul más claro, y el azul verdoso que todavía era azul. Requiem había huido del continente europeo para evitar convertirse en otra de sus posesiones.

Hace un minuto, hubiera dicho: —He estado buscando asesinos en serie durante todo el día, cariño, ¿podemos dejarlo?— Ahora lo único que podía hacer era mirarle, y comprender que estaba admirando una obra de arte.

Dejé caer las bolsas de las manos y me acerqué a él. Deslicé mis manos dentro de la bata medio abierta para acariciar la suave perfección de su piel. Puse un beso en su pecho y fui recompensada con el sonido de su respiración dejando escapar su aliento.

—Estabas enfadada conmigo cuando entraste en la habitación.

Miré hacia arriba su cuerpo de más de metro ochenta, manteniendo las manos en su pecho. Todavía llevaba demasiadas armas para caer en sus brazos.

—Entonces te vi allí de pie, y me di cuenta de que habías estado preocupado toda la noche. Preguntándote dónde estaba, y lo que estaba sucediendo, y no llamé. Te quedaste esperando, preguntándote si llegaría al amanecer y aún no sabrías si estaba a salvo.

Él asintió con la cabeza, en silencio.

—Soy un mal esposo, Requiem, todo el mundo lo sabe.

Sus manos se posaron en mis hombros, bajaron por mis brazos, mientras hablaba.

—«… cicatrices del corazón: reclamos / pena que he sufrido desde la niñez, / lo viejo y lo nuevo, y ahora más que nunca, / porque no he sufrido ningún dolor nuevo, / ninguna aflicción fresca contra la que luchar».

—No conozco el poema, pero suena deprimente.

Me ofreció una pequeña sonrisa.

—Es un poema muy antiguo, el original era anglosajón. Se llama «La queja de la esposa».

Negué con la cabeza.

—Estoy tratando de disculparme, y no sé por qué. Siempre me haces sentir como si hubiera hecho algo malo, y estoy cansada de ello.

Dejó caer las manos.

—Ahora te he hecho enfadar.

Asentí con la cabeza, y comencé a alejarme de él hacia el dormitorio. Nadie era lo suficientemente bonita para este nivel de necesidad. Sólo no sabía qué hacer con él. Le di la espalda mientras me despojaba de la chaqueta, las armas, toda la parafernalia de mi día. Los dejé amontonados en mi lado de la cama. Era el lado en que dormía cuando había sólo un hombre conmigo en la cama. Últimamente, no había ocurrido a menudo. No me importaba estar en el medio, Dios lo sabía, pero algunas noches había demasiados, y esta era una noche en que uno sólo se sentía como demasiado.

Oí caer la bata sobre la alfombra; la seda tiene un sonido distintivo. Le sentí justo detrás de mí, sentí como se acercaba.

—No lo hagas.

Sentí que se quedaba muy quieto detrás de mí.

—Sé que no me amas, mi estrella nocturna.

—Tengo muchos hombres en mi vida para amar, Requiem, ¿por qué no podemos simplemente ser amantes? ¿Por qué me tienes que recordar constantemente que me amas, y que yo a ti no? Tu decepción es una presión constante, y no es obra mía. Nunca te he ofrecido amor, nunca te lo he prometido.

—Serviré a mi señora, en cualquier forma en que ella quiera tenerme, porque no tengo orgullo en lo que a ella se refiere.

—No quiero ni saber lo que estás citando. Déjalo ya.

—Mírame y dime que me vaya, y me iré.

Negué con la cabeza obstinadamente.

—No, porque si te miro, no lo haré. Eres hermoso. Eres maravilloso en la cama. Pero también eres un dolor en el culo, y estoy cansada, Requiem. Estoy muy cansada.

—Ni siquiera te he preguntado cómo ha ido tu noche. Sólo pensé en mis propios sentimientos, en mis propias necesidades. No soy un verdadero amante, por haber pensado sólo en mí.

—Me dijeron que estabas aquí para alimentar el *ardeur*.

—Los dos sabemos que es mentira —dijo, su voz suave y densa—. Estoy aquí porque se me rompió el corazón al saber que te acostaste con Truth y Wicked.

Empecé a decir algo, enfadada.

—Calla, no puedo dejar de sentir lo que siento, mi estrella nocturna. Le he pedido a Jean-Claude que me encuentre una nueva ciudad, una en el que pueda ser el segundo al mando en lugar de ocupar un distante tercer lugar —dijo.

Me giré entonces y busqué en su rostro.

—Estás diciendo la verdad.

Él me ofreció esa leve sonrisa.

—Lo hago.

Le abracé, moldeando nuestros cuerpos juntos de la forma en que se hace con alguien cuando se ha perdido la cuenta de cuántas veces han estado juntos. Cuando conoces el cuerpo del otro. Cuando conoces la música de su respiración, cuando el sexo perfuma el aire. Lo abracé contra mí y me di cuenta de que le echaría de menos. Pero también sabía que tenía razón.

Me acarició el pelo.

—Es bueno saber que me echarás de menos.

Levanté la cara para mirar esos ojos azules con destellos de verde alrededor de las pupilas.

—Ya sabes que te encuentro hermoso y sorprendente en la cama.

Él asintió con la cabeza y me ofreció esa sonrisa triste de nuevo.

—Pero todos tus hombres son hermosos, y todos son buenos en la cama. Quiero ir a un lugar en el que tenga una oportunidad de brillar. Una oportunidad de tener una mujer que me ame, Anita, sólo a mí. Nunca me amarás sólo a mí.

—No estoy segura de que ame sólo a cualquiera —dije.

Sonrió un poco más.

—Eso es algo, saber que también frustras a Jean-Claude. Nunca pensé que fuera a ver a nadie que se le pudiera resistir.

Le fruncí el ceño.

—No me he resistido exactamente.

—Tú eres su amante, su siervo humano, pero no eres suya.

Empecé a dar un paso atrás, y él me abrazó más cerca.

—Él dijo casi lo mismo por teléfono. ¿Tengo que darte las gracias por esa pequeña charla?

—Le dije por qué tenía que irme, y él estuvo de acuerdo. Es por eso que estoy aquí en Las Vegas, para ver si me gustaría vivir aquí.

—No creo que sea tu tipo de ciudad.

—Ni yo, pero es un comienzo. Veré su espectáculo, bailaré, y las mujeres me considerarán hermoso, y me querrán, y eventualmente las querré.

—No hay suficiente de mí, Requiem, no para todos ustedes. Puedo tener relaciones sexuales con muchos hombres, pero no puedo amarlos a todos; ninguna mujer podría.

Él asintió con la cabeza.

—Ya lo sé. Ahora, bésame, bésame como si lo quisieras. Bésame como si me extrañaras. Bésame rápido, antes del amanecer, porque cuando termines la caza de tu asesino, no volveré contigo. Si no me gusta Las Vegas, el Maestro de Philadelphia está buscando un segundo, y solicitó un hombre de la línea de Belle si puede tenerlo.

Miré su cara y me di cuenta de que era real. Lo decía en serio. Me acerqué de puntillas, y bajé su rostro hacia el mío. Le besé en los labios, suavemente al principio, como el que toca una obra de arte, con miedo a romperla, y luego dejé que mis manos y mi boca le besaran de la forma en que estaba destinado a ser besado. Le besé como se besa a alguien cuando el toque de su boca, el peso de sus manos, el aumento de su cuerpo es como comida y bebida para ti. No podía darle mi corazón, pero le di lo que pude, y no era mentira. Me encantaba su cuerpo, y su poesía triste, pero no le quería. Dios sabe que había tratado de amar a todos, pero mi corazón no parecía poder extenderse tanto.

Él se apartó en primer lugar, riéndose, los ojos brillantes por la atención.

—Estamos demasiado cerca del amanecer para que haga justicia a ese beso. Sé que no dejas ni siquiera al maestro permanecer en tu cama una vez que muere para el día, así que me iré a mi caja. Te enviaré compañeros de cama más cálidos, para que no estés sola, y te puedas alimentar al despertar.

—Requiem, —comencé, pero me tocó los labios con sus dedos.

—«Ella camina en la belleza, como la noche / De climas despejados y cielos estrellados / Y todo lo que es oscuro y brillante / Se congrega en su cara y en sus ojos».

No estaba segura de por qué, pero sentí la primera dura y caliente lágrima recorriendo mi cara. Movió los dedos de mis labios para atrapar mis lágrimas. Las besó en su piel y, a continuación, las besó en mi cara.

—Que llores por mí partida significa mucho. —Luego se fue, cerrando

la puerta suavemente detrás de él.

Fui al baño y comencé a prepararme para la cama. Me lave las lágrimas. Ni siquiera estaba segura de por qué estaba llorando. Estaba cansada. Oí ruidos y cerré el agua.

—Somos nosotros, Anita —dijo Crispin en voz alta.

Tuve un momento para pensar en quienes eran «nosotros», porque Crispin no conocía a ninguno de los otros hombres animales que habían llegado de St. Louis, o no lo suficientemente bien como para llevarlos a la cama con el. Había descubierto que los hombres heterosexuales son muy exigentes sobre a quien llevar a la cama, chicos prudentes. Tiene mas que ver con la amistad que con el sexo. Mas con la confianza, que con la lujuria. Pensé en asomarme y mirar, pero parecía demasiado problema. Estaba muy cansada. Crispin y el otro estarían allí cuando saliera. Salí del baño vistiendo la bata que colgaba tras la puerta, que me cubría desde los hombros hasta los dedos de los pies. Los dos hombres en mi cama estaban cubiertos unicamente por la sabana hasta su cintura. Dos hombres desnudos en la cama, ambos bastante lindos. El problema era que uno de ellos nunca me había visto desnuda.



SESENTA Y SEIS

Crispin era tan delgado y musculoso como lo recordaba. Se sentó con una sonrisa, la sábana amontonándose en su regazo, para que pudiera ver su cadera, y supiera con certeza que no había nada entre él y mis sábanas. Su pelo corto, blanco y rizado estaba iluminado por la lámpara, y la luz jugaba en sus rizos formando un halo brillante de color blanco. Me ofreció esa sonrisa torcida con hoyuelos sólo en un lado de la boca. Él podía parecer un ángel en mi cama, con su halo, pero si era un ángel, era de los caídos.

Dominó yacía de espaldas al otro lado de la cama, con un brazo estirado sobre las almohadas, tocando el cabecero. Sus rizos en blanco y negro enmarcados por el blanco de la almohada. Me di cuenta de que su cabello no era todo negro. ¿Habría sido antes más homogéneo? Sus ojos eran de color naranja brillante, el color del fuego, pero el fuego no tiene vetas de oro atravesándolo. El fuego no puede agitar sus largas pestañas hacia ti, intentaba mantener una expresión neutra pero sus ojos lo

delataban. Sus ojos mostraban necesidad, deseo.

Esperaba sentirme molesta, pero no lo estaba. De pronto, de entre todas las personas de Las Vegas, no podía pensar en otros dos hombres entre los que prefiriera acurrucarme. Le había dicho a Truth que la línea de *Belle Morte*, sólo puede ser tan poderosa como el vampiro que lo hace si está dispuesto a ser cortado, pero era más que eso. Sólo podía penetrar en el corazón de alguien tan profundamente como estuviera dispuesta a sumergirme en el mío. Tenía todo este poder, y ni idea de cómo protegerme de esa hoja de doble filo que penetraba hasta el hueso.

Todo lo que podía pensar cuando los vi fue casa. Un profundo sentimiento de satisfacción, que Crispín no se había ganado todavía, y Dominó era un extraño para mí. Pero a veces te encuentras con un extraño y desde el momento que lo ves existe una conexión, casi un recuerdo, como si esa piel, ese olor, hubiera estado antes en tus sábanas, como un eco. Hubiera luchado, discutido con él, pero estaba demasiado cansada. Mis ojos ardían.

Dije lo único que podía pensar en decir.

—No necesito alimentarme todavía. —Mi voz sonaba pequeña e insegura. Me aclaré la garganta con fuerza, lo intenté de nuevo—. No es nada personal, pero estoy…

—Cansada —dijo Crispin—, lo sabemos. Podemos sentirlo.

Miré más allá de él a Dominó. Podía sentir su incertidumbre, y lo mucho que quería que eso fuera cierto. No tenía contra qué luchar, me sentía bien, bueno, extrañamente bien. Por una vez en mi vida, no hice preguntas. No les pregunté, ¿Pueden ambos comportarse aunque todos estemos desnudos? Porque eran hombres animales y estar desnudos no significa necesariamente sexo para ellos. Simplemente significa que no llevas ninguna ropa. Era mi mente humana la que lo volvía sucio.

Me desabroché el cinturón de la bata y me dirigí hacia la cama. Crispín sonrió, pero Dominó observó la delgada línea de mi cuerpo mientras me movía. ¿Tal vez, en ese momento, estar desnudo no era sólo no tener ropa para él?

Habló, y su voz era áspera, por lo que tuvo que aclararse la garganta antes de terminar.

—El sexo sería maravilloso, pero siento tu cansancio como un gran peso que te empuja hacia abajo y nos empuja también a nosotros. Deja que te sostengamos, Anita, sólo sostenerte.

Estudié su rostro durante un par de segundos. Levantó la mano de las almohadas y las tendió hacia mí. Dejé caer la bata al suelo y me arrastré sobre la cama entre ellos. Crispín me ayudó a meterme debajo de las mantas, y luego deslizó su cuerpo a lo largo del mío, por lo que pude sentir que no era únicamente Dominó el que iba a tener problemas para dormir.

Miré a Crispín, que estaba apoyado en un codo, sonriéndome.

—Hay una hermosa mujer desnuda en la cama conmigo, y soy un chico.

Eso me hizo sonreír. Luego la cama se movió, y me giré para ver a Dominó avanzando hacia nosotros. Su rostro era inseguro, como si no estuviera seguro de ser bienvenido. Tampoco yo.

La parte superior de su cuerpo era más voluminosa que la de Crispin, y con ambos apoyados en los codos, me di cuenta de que los pocos centímetros de altura extra de Crispin estaban todos en la cintura. Dominó mantenía unos cuantos centímetros de distancia entre nosotros en lugar de frotar su cuerpo contra el mío como Crispín. Aprecié la restricción.

Extendí la mano para tocarle el pelo. Los rizos eran suaves, pero no tan suaves como los rizos blancos de Crispin.

—¿No era tu pelo una mezcla más homogénea de blanco y negro?

Él sonrió.

—He cambiado a tigre negro desde entonces, cuando vuelvo a mi forma humana, mi cabello refleja el color de la piel de mi última forma.

Le miré.

—¿Puedes cambiar en tigre blanco y negro?

Él asintió con la cabeza, frotando su cabeza contra mi mano, para que acariciara más sus rizos, de la forma en que se acaricia a un gato cuando se frota contra tu mano. Moví la mano por su cabello hacia el lado de su cara, y puso su mejilla en mi mano, presionando, por lo que sujetaba su cara. Sus ojos se cerraron, y su rostro se relajó, como si algún peso le hubiera abandonado de repente.

Me levanté para darle un beso, pero cerró esa pequeña distancia entre nosotros, y me di cuenta de que a él le gustaría no sólo estar en la cama, tan duro e impaciente que hizo que el aliento se quedara atrapado en mi garganta y se me escapara un pequeño sonido de sorpresa.

Él se apartó de mí.

—Lo siento, Anita, no puedo evitar reaccionar.

Negué con la cabeza.

—No es eso… ¡Oh, demonios! No te disculpes por ser un hombre, Dominó. Me gusta.

Él sonrió, casi avergonzado.

Mi mano se deslizó por la parte delantera de su cuerpo. Sus ojos se cerraron de nuevo, y volvió la cabeza, como si hubiera pasado mucho tiempo para él.

Crispin pareció leer mi mente.

—El Clan del Tigre Blanco se enorgullece de ser de pura sangre. Nuestra reina está feliz de encontrar sangre de tigre negro, pero la mayoría de las mujeres de nuestro clan no se arriesgarían a traer al mundo un descendiente no puro.

Miré fijamente al hombre que todavía se cernía sobre mí. Mi mano se había congelado en la parte superior de su estómago. Todavía tenía los ojos cerrados, pero empezó a alejarse, empezó a darse la vuelta.

Detuve el movimiento con las manos en su hombro y su pecho.

—No pasa nada malo contigo, Dominó. Eres hermoso.

Él negó con la cabeza.

—No.

—Guapo, entonces —dije.

Me miró casi con timidez.

—No puedo creerlo.

—¿Por qué no?

—Porque nunca le he importado a nadie lo suficiente para tratarme como si fuera cierto.

En ese momento supe, cansada o no, que no podía estar tan cansada.

—Voy a decir algo que probablemente nunca diré de nuevo.

Me miró, de nuevo con precaución.

—Sólo tenemos tiempo para un polvo rápido.

Él sonrió, sorprendido.

Yo le devolví la sonrisa.

—Realmente necesito dormir antes de que la policía me llame y tengamos que volver a cazar a los malos, pero quiero que sepas que no es un reproche para ti. Eres hermoso, y si lo que sentí contra mi cadera es una indicación, todo tu cuerpo es hermoso, condenadamente bueno.

En realidad parecía avergonzado, la cabeza inclinada. Le había calculado unos treinta años, pero estaba actuando como si fuera más joven. Tal vez sólo fuera una enorme falta de experiencia.

Le toqué la cara, le obligué a mirarme.

—Hazme el amor.

—Hacer el amor toma tiempo si se quiere hacer bien —dijo.

Le sonreí.

—Muy bien, fóllame.

Él se sobresaltó.

—Su conversación de almohada, suele ir directa al grano —dijo Crispin.

Volví la cabeza para poder fruncirle el ceño.

Se encogió de hombros en el aire.

—Bueno, es verdad.

Fruncí el ceño con fuerza, y luego me volví hacia Dominó.

—Cualquier palabra que desees utilizar.

—¿Sólo así? —Preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Sí, sólo así.

—¿Por qué?

—Porque quiero expulsar esa mirada de tus ojos.

—¿Por qué te importa la mirada que tengo en mis ojos?

—Porque es una herida de doble filo.

—¿Qué significa eso?

Negué con la cabeza.

—Cierra la boca —dijo Crispin—, y toma la oferta, para que todos podamos dormir.

Dominó le lanzó una mirada menos que amistosa, a continuación, me miró.

—He pasado mi vida sin ser capaz de confiar en las mujeres a mi alrededor. Sólo los sobrevivientes me tocarían, nunca mi propio clan.

—Soy una sobreviviente —dije.

Él negó con la cabeza.

—No, —y se inclinó sobre mi pelo y respiró hondo, profundo.

—No, hueles como yo: oscuridad y luz, todo al mismo tiempo.

Deslicé mi mano más abajo en su cuerpo y descubrí que no estaba tan duramente tembloroso como lo había estado; tanto hablar había ablandado las cosas. Envolví mi mano a su alrededor y le apreté suavemente. Agitó los ojos cerrados y envió su aliento en un suspiro.

—Basta de hablar —dije.

Tuvo que tragar antes de que pudiera susurrar:

—Está bien.

Seguí trabajándolo con la mano mientras bajaba por un beso, y de repente me estaba besando. Él me besó como si mis labios fueran alimento y se muriera de hambre. Tenía mis manos de nuevo sobre él; mis piernas se deslizaron por sus muslos para envolverse alrededor de sus piernas. Puso todo su peso encima de mí mientras nos besábamos, ferozmente, por completo. Su cuerpo nuevamente estaba duro y tembloroso. Sólo la sensación de tenerlo en el exterior de mi cuerpo, apretado entre nosotros, me hizo gritar.

Crispin estaba de pie junto a la cama con un condón en la mano.

—Anita me hizo prometerlo después de la primera vez que estuvimos juntos.

Dominó y yo salimos del beso, jadeando. Miré a Crispin como si no supiera quién era o de lo que estaba hablando.

Dominó se puso de rodillas, y de repente pude ver lo que había estado tocando. Trajo un, ¡Oh, Dios mío! de mí.

Dominó tomó el condón y lo deslizó sobre sí mismo. Fue a cuatro patas sobre mí.

Él se miró a sí mismo, entonces a mi cara.

—No hemos hecho ningún trabajo de preparación en ti, y yo soy…

—Nada pequeño, —terminé por él.

Él negó con la cabeza.

—Ella es apretada, pero estará mojada —dijo Crispin.

Le fruncí el ceño.

—¿Necesitas juego previo para esto? —Preguntó, con las manos en las caderas, como si me estuviera regañando.

Pensé en ello.

—El juego previo es precioso, pero… —Miré hacia el cuerpo de Dominó, y todo lo que podía pensar era…—, no, quiero esto dentro de mí.

—No quiero hacerte daño, no en nuestra primera vez.

—Voy a decirte si me duele, pero, —y me detuve, porque nadie quiere oír que tienes otros amantes mejor dotados que él, no especialmente en este momento—. Por favor, Dominó, sólo fóllame. Ahora.

No volvió a preguntar. Dejó caer su cuerpo sobre el mío, extendiendo mis piernas un poco más ampliamente, con un movimiento de sus caderas y muslos. Tuvo que usar su mano para guiarse, pero una vez que empezó, no

necesitó más ayuda. Era bastante amplio de forma que tuvo que trabajar su camino dentro de mí, los pocos primeros golpes.

Empezó por encima de mí, sobre sus manos, su cuerpo bajo presionando entre mis piernas, para que pudiera mirar hacia la línea de mi cuerpo y verlo abrirse camino dentro y fuera de mí. Sólo verlo me hizo gritar de nuevo.

—Dios, tienes razón, ella es demasiado apretada, pero húmeda.

Crispin había vuelto a su lado de la cama, y estaba viendo simplemente.

—Te lo dije.

El cuerpo de Dominó me trabajó un poco más abierta, y de pronto pudo encontrar su ritmo. Vi su cuerpo deslizarse más rápido, más hábilmente, más profundo, en mi interior. Esta era una posición que si el hombre era de cualquier tamaño, por lo general da en el blanco, y lo era, y lo hizo.

Sentí un peso cada vez mayor entre las piernas.

—¡Oh, Dios, casi! —Susurré.

—¿Casi qué? —Preguntó, pero no como si estuviera realmente escuchando la respuesta. Su voz era entrecortada y sus ojos se cerraron con la concentración.

Luego, entre un golpe y otro, el peso se derramó hacia arriba y por encima, mi piel se bañó en el calor y el placer. Arrancó un grito de mi boca y clavé las uñas en sus antebrazos. Se quedó paralizado sobre mí.

—No te detengas, —escuché la voz de Crispin.

Empezó de nuevo, pero había perdido sólo el borde del terreno. Alcanzó a murmurar.

—Pensé que te había hecho daño.

—Es una gritona —dijo Crispin.

Yo podría haber frunció el ceño, pero Dominó tenía de nuevo ese ritmo sobre mí, y no me importó nada más. Luchó para mantener ese ritmo, intentando traer otro orgasmo para mí, creo, pero su cuerpo empezó a perder el suave movimiento del mismo. Su respiración se volvió irregular. Luchó, un golpe, dos, cuatro. El peso se construyó entre mis piernas de nuevo.

Di un grito ahogado.

—Cerca, muy cerca de nuevo.

Luchó contra su cuerpo para mantener el bombeo, y se obligó de nuevo en un ritmo más suave. Me hice subir sobre los codos, por lo que la vista era aún mejor, y el ángulo un poco más agudo, y eso fue todo. Me derramó

sobre el borde de nuevo, y grité el placer al techo.

No se detuvo esta vez. Su ritmo cambió, pero no importaba, mientras él continuara yendo dentro y fuera de mí. El orgasmo creció, y fluyó de una sensación a otra, ya que su ritmo se hizo más desesperado, su cuerpo en movimientos más fuertes, más rápidos, y finalmente bajó su cuerpo para poder usar toda su longitud y golpear el final de mí. Fue un placer diferente, pero me había trabajado lo suficiente para que fuera placentero.

Di un grito ahogado.

—Más fuerte, más profundo.

Él no preguntó si lo decía en serio esta vez, sólo tomó mi palabra. Me golpeó lo más fuerte y profundo que quiso, como yo quería, el peso y la fuerza me fijó debajo de él, fijándose conmigo a la cama, mientras su cuerpo se estremecía por encima del mío. Abrió los ojos, de repente, pulgadas por encima de los míos, y nos miramos a los ojos del otro, con los suyos muy abiertos, y su respiración volviéndose irregular otra vez, y su cuerpo comenzando a resistirse, luchando por un mayor ritmo. Entonces me golpeó profundamente, y fue sólo placer. Grité y clavé las uñas en su espalda, las piernas envueltas alrededor de su cintura, y pinté mi orgasmo por su cuerpo con sangre y gritos.

Él gritó por encima de mí, una exclamación gruesa y ronca:

—¡Oh, sí! —Luego empujó dentro de mí una última vez, tan profundamente como pudo. Eso me hizo venirme nuevamente, por lo que nuestros cuerpos temblaron juntos, y enterré mi boca contra su cuello, amortiguando mis gritos con su carne.

Se desplomó sobre mí, su corazón golpeaba contra mi cuerpo, el pulso de su cuello era un ruido sordo en mi boca. Solté su cuello porque tuve la necesidad repentina de morder más fuerte. Pude saborear el dulce metal y supe que le había hecho sangrar.

Me recosté en la cama y lo sujeté con mis brazos, mis manos, mis piernas todavía envueltas a su alrededor. Lo tenía dentro de mi cuerpo, tan cerca como podía.

Finalmente se levantó, y me desenvolví de él para que pudiera deslizarse en el centro de la cama, a mi lado. Yacía sobre su espalda, tratando de volver a aprender a respirar, teniendo problemas para tragar más allá de su pulso.

—Si eso fue un rapidito —dijo Crispín—. No puedo esperar por un larguito.

Dominó sonrió, los ojos aún medio cerrados. Se las arregló para decir con voz jadeante.

—Quería que fuera bueno. No quería decepcionar.

Tendida en mi lado de la cama, su lado de la cama, incapaz de mover cualquier cosa por debajo de la cintura y sin querer mover mucho más. Me las arreglé con una risa temblorosa.

—Decepcionar, demonios, no puedo esperar a ver que se siente hacerlo con juegos preliminares.

—¿Así que me quieres de nuevo? —Y su voz era vacilante, su rostro perdido.

Yo palmeé su estómago porque era la cosa más fácil de alcanzar.

—Si pudiera moverme ya, te daría un beso y te diría que todas las mujeres que alguna vez te dieron la espalda fueron unas tontas.

Él palmeó mi muslo.

—Creo que esa es la cosa más dulce que cualquier chica alguna vez me dijo.

Por alguna razón me pareció triste, pero no dije esa parte en voz alta. Cuando fuimos capaces de caminar, nos limpiamos y nos metimos en la cama. Me pusieron en medio, y eso estaba bien para mí. Había descubierto que los hombres heterosexuales que están dispuesto a tener relaciones sexuales con otro hombre en la cama todavía no están, por lo general, lo suficientemente seguros para dormir con uno de ellos en el centro. Valoraba a los hombres de mi vida que no sudaban por cosas como esa, pero no culpaba a los demás. No me gustaba dormir desnuda con otra mujer a mi lado, como lo había descubierto con algunos de los hombres leopardo en St. Louis. Eran sólo una gran pila de perritos desnudos, o más bien una pila de gatitos, pero aún así, prefiero ser intercalada entre pastel de carne, no entre pastel de queso. Entonces, ¿Quién era yo para ser una perra?

Algunos hombres se acurrucaban mejor que otros; había descubierto que Crispín dormía boca abajo, de modo que acurrucarse no funcionaba para él. Pero Dominó se acurrucó contra mi espalda y envolvió todo su alto cuerpo a mi alrededor, como si fuera su osito de peluche favorito y no pudiera dormir sin mí. Pensé que sería difícil dormir con un extraño. Quiero decir, el sexo es una cosa, cuando se trata de un nuevo amigo, pero dormir… era estar indefenso. No me gusta estar indefensa alrededor de gente que acabo de conocer. Pero su cuerpo se sentía como si estuviera

hecho para encajar con el mío, su brazo manteniéndome apretada contra él, del modo que Micah hacia en casa. Tuve un pensamiento para mi rey leopardo. Lo extrañaba. Extrañaba a Nathaniel. Me preguntaba cómo se llevaría Dominó con ellos. Alejé el pensamiento; un problema a la vez. Tenía que matar a Vittorio antes de poder ir a casa. Para hacer esto, tenía que encontrarlo. Más tarde, Rocco y yo empezaríamos a buscarlo.

Pero no tuve que encontrar a Vittorio, él me encontró a mí.



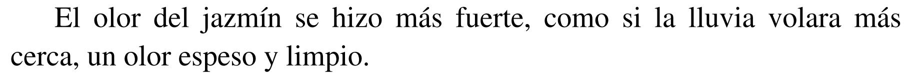
SESENTA Y SIETE

Pero él no me encontró primero. Ella me encontró. Me encontraba en la habitación donde sabía que yacía su cuerpo. Parecía pequeña debajo de la sábana de seda; no, encogida. Por primera vez, parecía un cadáver bajo la sábana. Esperé a que se moviera, escuchar su respiración, ver el movimiento, pero no había nada. Se había ido.

Entonces estaba en una noche de hace mucho tiempo, con el olor del jazmín y la lluvia en el aire. El aire estaba caliente, pero no húmedo, como si no hubiera mucha humedad. Pero tenía ese borde de lluvia, y casi podías sentir el suelo bajo tus pies, ansioso, como un amante esperando un abrazo.

Ella había caminado en esta noche como una mujer, y como la noche misma, pero ahora era una voz susurrante contra mi piel.

—Nigromante, vienen a matarme. Ellos vienen con armas modernas y cosas que no entiendo. He abandonado la cáscara en la habitación. Pueden tenerla.



El olor del jazmín se hizo más fuerte, como si la lluvia volara más cerca, un olor espeso y limpio.

—¿Qué quieres?

—A ti, nigromante. Quiero tu cuerpo.

—No —dije.

—No, porque me has mantenido fuera. Tú y tus lazos con tus hombres. Pero necesito poder, lo suficiente para sobrevivir cuando mi caparazón se consuma. No puedo tomar tu cuerpo, Anita, pero creo que puedo alimentarme a través de ti.

—Alimentarte ¿cómo? —Pregunté, y sentí el primer tirón en mis entrañas. El primer indicio de temor.

—Los tigres, pequeña nigromante, ¿crees que los has encontrado por casualidad?

—No, sabía que me habías hecho algo.

—Simplemente aliméntate de todos los colores del arco iris y dame la energía a mí. Eso me dará la fuerza suficiente para sobrevivir hasta que pueda encontrar un huésped.

—¿Me estás preguntando o diciéndome que haga esto?

—¿Si te lo pido, lo harás? —Preguntó la voz.

—No.

—Entonces, te digo que lo hagas.

—No —dije.

—Puedo obligarte a que lo hagas, nigromante, pero será menos agradable.

—No te ayudaré a encontrar otro cuerpo, sólo porque no puedes tener el mío.

—Recuerda, nigromante, te di una opción. Has elegido el camino del dolor. Ahora, si te quedas embarazada, es demasiado tarde para que me seas útil.

—¿Qué has dicho?

—Cuando me di cuenta de que no podía conseguir entrar en ti, intenté hacer que quedaras embarazada de uno de los hombres tigre, pero te quedaste muy lejos de ellos durante demasiado tiempo. Ahora yaces con dos de ellos, y tienes un tigre azul a mano. Un color, incluso que pensé que se había perdido. Incluso hay dos reyes de dos líneas de sangre puras diferentes a poca distancia de ti. Yo te habría dado la oportunidad de utilizar protección cuando te alimentaras para mí, pero si no lo haces de

buena gana, entonces haré lo que hice la primera vez que te reuniste con el tigre blanco.

—Espera —dije, porque ahora tenía miedo. Había conocido a Crispin en Carolina del Norte, cuando había viajado a una despedida de soltera VIP, y había sido huésped en el mismo hotel. Me había despertado dos días más tarde, desnuda, golpeada, arañada, con dolor de garganta, con tres hombres desnudos a mi alrededor. Uno de ellos había sido Jason, pero el otro había sido Crispín, a quien acababa de conocer, y Alex, que era sólo un inocente reportero que cubría la boda, que también resultó ser un tigre rojo. De repente podía saborear el pulso en mi garganta.

—No —dije.

—O te alimentas de los tigres voluntariamente y me dejas tomar el poder, o te tomaré otra vez. No voy a hacerlo durar días, porque, como he dicho, embarazada ahora no me sirves. Así que el sexo será más rápido.

—¿Por qué querías que quedara embarazada de un hombre tigre?

—Porque era nigromante en vida, Anita, como tú, y una mujer animal. Los tigres son el gato más poderoso que hay sobre la tierra. Pensé que si el bebé era parte tigre y parte nigromante, habría una mayor posibilidad de tomar tu cuerpo.

Tenía miedo todavía, pero la rabia empezaba a estar allí, también.

—No tenías ningún derecho.

—Has estado dentro de mi mente, pequeña nigromante, ¿de verdad crees que me preocupa el bien y el mal?

El aroma de jazmín era espeso en mi lengua.

—No —dije en voz baja. La lluvia casi estaba ahí, el viento fresco con ella. La noche era demasiado oscura.

—Esta es la última elección que puedes hacer, Anita. ¿Estás dispuesta, o será por la fuerza?

—Si te ayudo, vas a usar la energía para escapar de los asesinos y esconderte en el cuerpo de otra persona. Lo tomarás y escaparás.

—Sí —dijo ella.

La lluvia sopló el fino vestido contra mi cuerpo. Llevaba sandalias que nunca había poseído. Mi cabello soplaba sobre mi cara. Todo lo que podía saborear era el jazmín, como si hubiera bebido perfume. Las primeras salpicaduras de lluvia remontaron el viento.

—El tiempo corre, nigromante. ¿Tu respuesta?

Sabía lo que el jazmín en mi lengua quería decir. Era su creciente poder

en mí, como dedos en el gatillo de una pistola, que ya se estaban moviendo para apretar.

Tragué saliva, y fue como si me doliera al tragar más allá del sabor dulce de la misma.

—No puedo dejarte tomar el cuerpo de otra persona. No puedo sacrificar a alguien para salvarme.

—Sería un desconocido para ti —dijo la voz en la oscuridad.

Negué con la cabeza. El viento me golpeó, y la lluvia llegó como un muro, de modo que en un momento estaba seca, y al siguiente estaba calada hasta los huesos. La lluvia era fría, y el mundo sabía a jazmín.

—No puedo —dije.

—Oh, puedes, y lo harás, nigromante. Me darás de comer. Me salvarás. Soy la Madre de todas las Tinieblas, no voy a morir porque una niña terca dijo que no.

Me quedé allí en una noche desértica que había existido mucho antes de los libros o las ciudades. Me estremecí en una lluvia fría que no había caído durante miles de años. Probé el jazmín en mi lengua y sentí cortárseme la respiración mientras deslizaba su poder en mi garganta.

Me las arreglé para decir:

—¡No significa que no, perra! —Entonces no hubo más palabras.



SESENTA Y OCHO

La lluvia se detuvo bruscamente, como si alguien hubiera apagado un interruptor. El jazmín se retiró de mi garganta. Respiré con un jadeo enorme. El mundo ya no olía como la lluvia. No había aroma de flores, la lluvia se había ido. El aire era seco, y un viento salió del desierto que las palmeras ocultaban de la vista. El desierto que había conocido siempre estaba allí, en esta visión.

Un torbellino estalló en la arena.

—No, no puede ser. —La Madre de Todas las Tinieblas susurró en mi oído.

El torbellino se detuvo en la forma de unos pies; conforme el viento moría, Vittorio era revelado. Pero no era el Vittorio que había visto en Las Vegas. Éste mostraba una cara bonita, sin marcas al claro de luna. Sus ropas estaban ricamente bordadas, coincidían con el fino vestido y sandalias que yo llevaba. Su pelo corto era largo otra vez, y salió del

viento, como un mago de cuento de hadas que aparece en el último momento. Él me había ayudado, ¿por qué? Ni siquiera me importaba cómo, pero ¿por qué?

—Sé que todavía estás aquí, Madre Oscura. Te puedo sentir, flotando en la noche, como un mal sueño.

La voz llegó.

—Padre del día, no has cambiado nada. Veo que tus pequeñas mascotas están nuevamente contigo.

Él hizo un movimiento y algo apareció a su lado. Era casi como si no pudiera verlo, pero desde el rabillo de mi ojo, un hombre enorme estaba de pie detrás de él. Titubeante, y moviéndose como una mala imagen en una pantalla que necesitas ajustar, pero estaba ahí, en el sueño por lo menos.

—¿Puedes llamar a la gente del viento sólo en sueños? —Preguntó ella.

—No, las habilidades de las que me despojaste vuelven más cada día. A medida que te debilitas, pierdes el control de lo que me robaste. Vuelven a mí.

—Debí matarte.

—Sí, debiste hacerlo. Yo te hubiera matado.

—Era muy sentimental —dijo la voz.

—No fue el sentimiento el que me salvó, Madre de las Tinieblas. Recuerdo tus palabras, muy bien. Tú dijiste: Si estuviera segura de que hay un infierno, entonces te mataría, para que pudieras ser atormentado por toda la eternidad, pero como no estoy segura, voy a dejarte con vida, para caminar en esta tierra, en tu propio, impotente infierno.

—Hace mucho tiempo, no recuerdo exactamente mis palabras, —suspiró ella.

—Siempre fuiste cuidadosa de recordar tus propios actos.

Quería decir algo, pero tenía miedo de llamar su atención sobre mí. Me preguntaba si… ¿podría romper el sueño y sólo despertarme?

—No te vayas, Anita —dijo Vittorio, como si hubiera leído mi mente —. ¿No quieres ver qué sucede?

Tragué saliva y dije, tratando de no sonar con tanto miedo como sentía.

—Parece que ustedes dos tienen un montón de cosas para poneros al día. Los dejaré con ello.

Ellos hablaron a la vez.

—No, nigromante, no te vayas.

—No, Anita, no puedo dejarte ir.

Mierda.

—¿La luz del día no te mantiene preso?

—Siempre me envidiaste eso. Nunca pudiste hacerlo.

—Como no podías resucitar a los muertos verdaderos.

—Como no podías llamar el viento a tu mano.

—Ambos teníamos nuestros ejércitos de esclavos, Padre del Día.

—Tuviste hordas arrastrándose a tus pies, y yo tenía a mi ejército de jinns. Voy a tener mi ejército de nuevo, pero tú no lo harás. —Su voz se había vuelto baja, y malvada, de alguna manera.

Quería preguntarle si con jinn, querían decir genios, pero no quería la respuesta lo suficiente como para que se volvieran hacia mí.

La voz de ella tenía ese primer hilo de miedo.

—Me impedirías salvarme.

—Oh, sí, mi amor, lo haría.

—Ambos amamos el poder mas que a cualquier otra cosa. No fue el sentimiento el que te impidió dar el primer golpe, mi amor, —y ella hizo que «el amor» sonara como un insulto.

Él levantó sus manos y dijo palabras que no entendí, pero los pelos de mis brazos, se levantaron de todos modos, como si una parte de mi cerebro que no podía entender supiera exactamente lo que significaban las palabras.

Tocó un anillo en su dedo.

—Pronuncias las palabras, pero el anillo es lo que hace que suceda. No eres lo suficientemente fuerte aún para ordenarles sin él —dijo.

—Todavía no, pero gracias a tus planes, lo seré pronto. —Pronunció las palabras extrañas otra vez, y mi cuerpo se estremeció con ello.

—Ellos están casi aquí.

Por un momento pensé que se refería a los genios, y entonces sentí que miraba hacia atrás, como si hubiera una ventana que no podía ver detrás de donde venía la voz. Tuve un momento para entre ver a una chica delgada, oscura, y luego el viento la golpeó. El viento mantenía las cuchillas como un torbellino de plata, la rodeó y la cortó en pedazos.

—¡Nigromante, no confíes en él! —Ella gritó. Entonces se fue, pero no eran las cuchillas aquí. Sentí que una roca explotaba en la boca de mi estómago, como si mi cuerpo fuera la habitación de la que había salido. Caí de rodillas con un dolor agudo, ardiente.

—Usaron explosivos modernos. Está muerta, —y estaba triunfante. El viento en las hojas se calmó, como si nunca hubiera estado, pero tenía otra

imagen de una segunda figura grande detrás de él. Había dos de ellos. ¿Eran genios? Si era así, no eran nada como en las caricaturas, salvo que el anillo en el dedo le ayudaba a controlarlos. Eso fue extraído de las antiguas historias infantiles.

Se volvió hacia mí, sonriendo, pero no fue una buena sonrisa. Era el tipo de sonrisa que las serpientes darían si pudieran, justo antes de comerse al ratón.

Decidí que no tenía nada que perder al hacer preguntas.

—Los genios mataron a los policías, ¿no?

—Sí, mi siervo de día compartía algunas de mis habilidades a través de las marcas de vampiro.

—Él sólo toma el anillo —dije.

—No, el anillo nunca me deja.

—Si no tuvieras el anillo, ¿podrían volverse contra ti?

—Se trata de esclavos. Los esclavos siempre se resienten a las cadenas.

—Romperé el sueño ahora, y despertaré —dije, y tratando que mi voz sonara tan segura como me sentía.

Él se rió, y fue una buena risa, pero en comparación con Jean-Claude no era normal. Una vez más, fue como si leyera mi mente, porque dijo:

—La línea de *Belle Morte* tiene poderes que ni ella, ni yo, poseíamos. Belle era algo nuevo. Todos los demás descienden de nosotros, pero no ella ni el Dragón. Ella nunca fue humana, para empezar, por lo que siempre fue diferente a nosotros.

—Así que no comparten el poder con la línea de Belle —dije.

—Comparto de sobra, pero ha pasado mucho tiempo desde que he tenido a alguien para decirle la verdad.

—Eso te hace un solitario —dije.

—Puede, pero tengo a mis siervos de regreso, y a mi magia.

—Fantástico por ti. Ahora ¿me puedo ir, por favor? —Odiaba añadir el por favor, pero si salía el infierno de aquí, diría cosas peores.

—La Madre de Todas la Tinieblas siempre fue una buena estratega. Es por eso que me derrotó. Es un buen plan.

—¿Qué plan? —Pregunté.

—Tú alimentándote de los tigres de todos los colores, y un vampiro desviando la energía. Hubiera sido suficiente poder para salvarla, y también será suficiente para volver a mi antigua gloria.

—Te faltan tigres de dos de los colores en el clan de Max. Necesitas

amarillo y rojo —dije.

—Tú viste los anuncios, Anita, hay un tigre rojo en el espectáculo de Las Vegas. Fue prestado al clan de Max durante este año.

—Pero Max no lo posee.

—No estoy llamando sólo a los tigres que pertenecen a Max, Anita. Tuve muchos nombres, uno de ellos era el Padre de los Tigres. Voy a llamarlos a tu habitación, y tú, y ellos, harán lo que quiero.

—Todavía te falta uno amarillo —dije, más allá del pulso que estaba tratando de trepar por mi garganta.

—¿No lo entiendes, Anita? Tú eres el tigre amarillo. Era un tigre amarillo el que te golpeó.

—Pero eso me hace tan sólo una sobreviviente, no una sangre pura. No puedo cambiar de forma a un tigre normal.

—No, Anita, no lo haces. ¿Cómo crees que los clanes se iniciaron? ¿Realmente crees en las historias de tigres acoplándose con seres humanos y teniendo hijos? No, son cuentos de hadas. Todos fueron sobrevivientes de diferentes cepas de tigre. Se han convencido a sí mismos de que son mejores por ser de raza pura, pero se han olvidado de su propia verdad. Ellos fueron una vez como tú, nada más. Huelen el tigre dorado en ti, Anita. El clan dorado lideró a todos, una vez, y todavía responden al poder. Si no fueras tigre dorado verdadero, entonces no reaccionarían a ti, como lo hacen.

—No —dije.

—No te necesito con un niño, de hecho, eso complicaría las cosas, así que haremos que sea más rápido. Sólo necesito que te alimentes de ellos y sometas a todas las líneas en sus poderes. Para eso necesitamos una alimentación completa de las habilidades de *Belle Morte*.

—¿No me vas a dar una oportunidad de cooperar contigo? —Pregunté.

—¿Por qué habría de hacerlo? Veo mi muerte en tu mente, Anita. Por suerte para ti, te necesito viva. Ahora, aliméntame del poder que alguna vez fue mío antes de que la Oscuridad me deje desnudo.

—¡No! —Yo le grité. Entonces no hubo más que oscuridad, y esta vez no hubo ninguna voz en la negrura, no había nada.



SESENTA Y NUEVE

Me desperté en la penumbra de una cama, intercalada entre cuerpos calientes. Pensé que estaba en casa, entre Nathaniel y Micah. Suspiré, contenta, y me metí más firmemente abrazada contra Micah, tirando de Nathaniel, apretándolo contra mi frente. Era la forma en que solía dormir, pero el hombre detrás de mí era demasiado alto para ser Micah y sentí que algo andaba mal. El hombre en mis brazos era demasiado bajo, y no tenía los músculos o la forma de Nathaniel.

Mis ojos se abrieron de repente, mi cuerpo se tensó. No podía ver quién estaba detrás de mí, pero el hombre al frente tenía el pelo corto y oscuro. Tenía la cara enterrada en la almohada para que no pudiera ver su rostro. Contuve la respiración y comencé a mover el brazo lentamente de su cintura. Todavía tenía que mover el brazo del otro hombre en mi cintura, pero un problema a la vez.

—No se despertará —dijo una voz.

Salté, y miré a mi alrededor. Vi a un tercer hombre al otro lado de la cama, con un brazo colgando. Sabía que era Crispin, que dormía desnudo sobre su estómago por encima de las sábanas.

—Vas a tener que levantarte para verme —dijo Víctor de nuevo.

Empecé a arrastrarme hacia arriba, sosteniendo el brazo del segundo hombre de la muñeca, así no le molestaría.

—Sinceramente, Anita, no se despertarán. Todos en la cama tendrán que dormir para salir del cambio. Eso no sucederá durante horas.

Ahora le veía, sentado en la silla grande de la esquina. Se había puesto una de las batas de baño que viene con el cuarto. Su cabello blanco corto estaba alborotado, como si hubiera estado recorriendo sus dedos a través de él, o tal vez ese fuera su peinado al levantarse.

Luego tuve una imagen, no de la vista, sino del tacto. Me acordé de recorrer mis manos por su pelo, y forzarlo a mirarme a los ojos cuando nosotros…

—Oh, mierda —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Eso lo cubre.

Estaba sentada ahora, de espaldas a la cabecera de cuero. Podía ver al hombre al otro lado ahora. Tenía el pelo largo y oscuro derramado sobre su cara más allá de sus hombros. Era musculoso y alto, y no lo conocía.

—¿Quiénes son?

—Debes reconocer a uno de ellos.

Mantuve mi voz baja, como si sólo estuvieran dormidos.

—No conozco al que está a mi espalda.

—Es probable que le hayas visto en la cartelera fuera del Taj. Es nuestra estrella invitada durante el próximo mes, y entonces debe volver a casa. Tu Requiem está tomando su lugar durante un mes.

Recordé la imagen parpadeante de la pelirroja sonriendo con las palabras «Ven a ver el cambio de Beefcake en gatito», y la señal cambiando de una persona a un tigre rojo.

—Oh, no —dije.

Hubo un ruido cerca de la puerta. No podía ver nada, pero me acordé que en Carolina del Norte había habido un tigre en el suelo. Un hombre se sentó, con un gemido.

Tenía el pelo negro lacio que caía sobre sus hombros, y un rostro de ojos pequeños, como Bibiana, pero su piel no era pálida. Era morena y

parecía que estar al aire libre era lo suyo. Puso su rostro entre las manos y gimió de nuevo.

—¿Qué pasó? —Preguntó.

—¿Qué recuerdas? —Preguntó Víctor.

Miró la habitación hasta que me vio sentada en la cama.

—A ella.

Víctor asintió con la cabeza.

—Sí, a ella.

—No lo hice a propósito —dije. Recordaba un sueño. Un sueño con Vittorio y la Madre de Todas las Tinieblas. El sueño me volvía más rápido que lo que fuera que había sucedido en esta habitación.

—El Padre de los Tigres lo hizo —dijo el hombre en el suelo.

Lo miré cuando Víctor dijo:

—¿Quién?

—Vittorio —dije—, es uno de sus antiguos nombres. ¿Cómo es que conoces ese título?

—Era su tigre.

—¿Eras? —Pregunté.

Víctor de repente tenía una pistola en la mano, apuntando al hombre. Era una de mis armas.

—Me llamó desde el otro lado del mundo. Tuve que responder. Fue mi maestro antes, y cuando recuperó el poder suficiente, no lo pude resistir. —Parecía estar mirando a la nada, pero la mirada en su rostro, decía que todo lo que recordaba no era nada bueno—. Pensé que me había librado de él para siempre, pero no hay escape, no si él te quiere.

—Entró en el hotel —dijo Víctor—. Me tocó y tuve que venir aquí. Ni siquiera escuché que se me acercaba. No oí nada hasta que me tocó, y entonces sólo hice lo que quería. No podía detenerlo. No podía pedir ayuda. No podía decirle que no.

—No, es como si fueras su esclavo, o títere. Puede obligarte a hacer cosas horribles, y no puedes parar.

—¿Quién eres tú? —Pregunté.

—Para él, soy Kong, pero para mí mismo y durante siglos, he sido Sebastian.

—Muy bien, Sebastian, dijiste era, como en tiempo pasado, que eras su animal para llamar. ¿Qué cambió?

—Tú me cambiaste. —Se puso de pie, y era tan inconsciente de estar

desnudo como todos los hombres animales. Tuve un repentino recuerdo de él encima de mí, los espasmos de su cuerpo, la cabeza hacia atrás, perdido en el orgasmo, y la sensación de él dentro de mí. Me hizo tener que tomar una respiración profunda y soplar hacia fuera, lentamente. Era bajo, de mi tamaño. Miré sus manos, eran pequeñas, casi tan pequeñas como las mías.

—Puede que se haya alimentado de la energía de lo que hicimos en esta habitación, pero al momento en que tuvimos relaciones sexuales, al momento en que sentí que te alimentabas de mí, fue como si algo se rompiera dentro de mí. Se rompió su dominio sobre mí.

—Eso no es posible —dije.

—La Madre Oscura lo hizo hace siglos. Fue una de sus especialidades el poder romper los enlaces entre amos y siervos. Ella despojaba a otros maestros de ese poder, lo mantenía para sí misma.

—Víctor, lánzame un arma —dije.

Me miró.

—Sólo hazlo.

Miró si estaba asegurada, y eso me gustó, luego me tiró mi Smith & Wesson. La comprobé, quité el seguro, y apunté hacia Sebastian.

—¿Mataste al practicante del SWAT?

Él se limitó a asentir.

—Puede ser que odiara al amo, pero gané poderes, como antaño. Podía controlar a los dos genios que había encontrado, y el mago de la policía conocía un hechizo muy antiguo. Habría perdido el control sobre ellos. A los genios no les gustan ser esclavos, y si tienen la posibilidad se volverán contra sus amos.

—Como un demonio —dije.

—Sí, a veces.

Estaba sobre mis rodillas, apoyando el arma contra ellas, aún apuntándole.

—Sé que asesinaste a un policía. Debo entregarte, pero también sé que no tenías otra opción. Él puede obligarte a hacer cosas. Cosas que no quieres hacer.

—El huele a verdad, Anita —dijo Víctor.

—Estoy de acuerdo.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé todavía. Háblanos de los jinns.

Se quedó allí, con las manos a los costados, tratando de estar muy

quieto mientras le apuntaban con un arma.

—Háblanos de los jinns.

—¿Quieres decir genios? —Dijo Víctor.

—Si lo que vi detrás de Vittorio era un genio, las películas y los libros de historia esta equivocados.

—Lo tomo como que no conceden deseos —dijo Víctor.

Sebastian y yo nos reímos, pero no estábamos felices. Nos miramos el uno al otro, y me di cuenta de que sus ojos eran del mismo color que los de Dominó, como el fuego tallado en forma de ojos.

—¿Dónde está Dominó? —Pregunté.

—A los pies de la cama —dijo Víctor.

Asentí con la cabeza.

—Bien, ahora háblanos de las criaturas.

—Pueden fijarse o ser atrapados en un objeto, y entonces pueden ser obligados a cumplir las órdenes de un hechicero o mago. Gran parte de las historias son verdad —dijo Sebastian.

—Como su anillo —dije.

—Exactamente.

—¿Si pierde el anillo, pierde el control de los jinns?

—Sí, hasta que se restablezca a plena potencia. Una vez con toda su fuerza, les puede ordenar salir del aire sin ayuda mágica. Es su don.

—Hubo viento, y luego aparecieron —dije.

—Son un segundo tipo de gente, Anita, creados a partir del aire, como nosotros fuimos creados de la tierra. Son espíritus muy poderoso, tan poderosos que el rey Salomón, los destruyó como pueblo y los hizo esclavos a su voluntad, y se redujeron a criados, o sólo a ser espíritus, cuyas mayores habilidades se encuentran en susurrar el mal en nuestros oídos para manipularnos.

—El rey Salomón había hecho un sello que usó para encarcelar a la mayoría de los de su raza, o algo así, ¿verdad? —Dije.

Él asintió con la cabeza.

—Sí. Algunas historias dicen que los usaban para construir sus grandes templos.

—Si podemos conseguir el anillo que tiene, entonces ¿controlaremos a los genios y a su vez podremos matarlo?

—Puede ser, o pueden simplemente huir. Él es a su raza lo que el hombre del sacó es a la tuya.

Me di cuenta de que decía los tuyos, como si no fueran los de él. Me salté eso y traté de decidir qué hacer con él. Había matado a un miembro del SWAT y ayudado en otras matanzas. Pero creía que Vittorio le había obligado a hacerlo, al igual que a los vampiros en el club la noche anterior y a los humanos en la multitud.

—Tenemos que matarlo antes de que recupere todos sus poderes —dije.

—De acuerdo —dijo Sebastian.

—¿Cómo? —Preguntó Víctor.

—Conozco su lugar de descanso durante el día —dijo Sebastian.

Bajé el arma, y Víctor siguió mi ejemplo.

—Enciende algunas luces, encuentra algo de ropa, y dime la dirección. Dime todas las direcciones de cualquier lugar donde se ha quedado en Las Vegas desde que regresaste con él.

—Felizmente, ¿eso significa que no voy a ser ejecutado?

—Sí, creo que sí.

—¿No les hablarás de mí?

—Voy a tratar de no hacerlo.

—Gracias.

—No me des las gracias, ayúdame a matarlo antes de que se convierta en El Padre del Día de nuevo.

—Sí —dijo Sebastian—. Si él recupera sus plenos poderes, será capaz de conjurar ejércitos de genios del aire que respiramos.

—Tengo la pluma y el papel —dijo Víctor.

—Dale las direcciones. —Empecé a gatear a lo largo del otro hombre en la cama, pero al arrastrarme, pude ver mejor su cara—. ¡Oh, Madre de Dios, no! —Dije.

Caí de la cama, aterrizando sobre Dominó, que dio un gruñido y se despertó.

—Anita, ¿estás bien?

—Amortiguaste su caída —dijo Sebastián.

Me puse de pie y miré hacia la cama. Crispin todavía estaba allí, y el tigre rojo/stripper, cuyo nombre ni siquiera conocía, pero el tercero no era un hombre en absoluto. Era un niño. Era el tigre azul, Cynric, quien tenía dieciséis años.



SETENTA

Lo único que impidió que este fuera uno de los momentos más socialmente torpes de mi vida fue que el niño no se despertó. Me vestí en el baño, y le dije a mi reflejo en el espejo que la histeria no ayudaría a esta situación. Mi reflejo no me creyó, pero gané la discusión.

Cuando salí, vestía de negro de pies a cabeza para coincidir con mi estado de ánimo, Crispin estaba despierto así como el pelirrojo. Bueno, no rojo como el rojo de los humanos, o incluso como el anaranjado del tigre rojo, sino rojo. Su pelo era en realidad más rojo que el de Damian, el siervo vampiro que tenía de regreso en casa. Sí, mi siervo vampiro, escuchaste bien. A nuestro entender, yo era la primera sierva humana que lo había logrado.

El pelo de Damian era de un rojo que no había visto el Sol desde hacía siglos, como el de las lámparas encendidas, el rojo del tigre era del rojo de una barra de lápiz Crayola. Era el rojo que te dicen en la escuela que es

rojo, excepto que había un borde negro en el mismo, como si alguien hubiera arrojado un poco de color extra en el bote.

La cara era un poco larga para mi gusto, pero era bastante guapo. Sus ojos eran de color amarillo, como si alguien hubiera derretido hojas de otoño en su cara. Fue cuando se dio la vuelta y vi todos sus músculos moverse con gracia al caminar hacia mí, que me ruboricé y me giré. Fingí estar ocupada acomodando las armas.

Crispin se me acercó y me abrazó brevemente.

—¿Estás bien?

—No.

—Mi padre y mi madre están desaparecidos —dijo Víctor.

Me volví hacia él.

—¿Qué?

—El Maestro pensó en tomarlos, se lo dije a Víctor, pero es demasiado tarde, se han ido.

—¿Cómo diablos hizo para tomar a Max y a Bibiana? Quiero decir, tus padres no son exactamente una presa fácil.

—Dijo que esperaría hasta que fuera lo suficientemente poderoso como para tener a los dos juntos.

Miré a Sebastian.

—¿Cuánto ha recuperado?

—No lo sé.

El tigre rojo se acercó a mí. No me avergonzó más. Estaba demasiado preocupada para eso.

—Soy Hunter —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Bien por ti, lo siento pero no recuerdo mucho. Ya volverá a mí.

Su rostro pasó de arrogante ha decepcionado.

—¿No te acuerdas?

—Mira, Hunter, si ese es tu nombre real y no un nombre artístico, ¿entiendes que el Maestro de la Ciudad, y la Reina de los tigres locales están desaparecidos? Estoy a punto de llamar al SWAT e ir a cazar vampiros.

—Lo siento, trataba de ser amable.

—Vamos a ser agradables mañana. Hoy, vamos a seguir con vida, ¿de acuerdo?

Él parecía un poco lastimado, y me pregunté qué tan brillante era o qué

tan poco brillante. Pero, de nuevo, no era importante en este minuto.

—¿Quieres que le diga a la policía lo de tus padres, o tú y tus chicos quieren manejarlo por ustedes mismos? —Le pregunté a Víctor.

—No se lo digas todavía. Si los tiene en su lugar de descanso de día, genial, serán rescatados, pero si no, tal vez deseemos ser un poco menos legales en la búsqueda.

—Bueno, debe ser tu llamada, voy a dejarlos fuera por ahora. —Entonces llamé al primer número en mi teléfono que me había proporcionado el SWAT. Estaba alfabéticamente, por lo que fue el teniente Grimes.

—Marshall Blake, hemos estado intentado llamarla durante una hora, ¿estás bien?

—Sí, de hecho tengo el lugar de descanso de Vittorio durante el día.

—Dame la dirección —dijo.

Lo hice.

—Podemos sacar un equipo ahora. Los otros Marshalls ya están aquí.

—Mierda, preferiría que me esperaran.

Grimes habló con alguien por teléfono, luego me habló de nuevo.

—Ted parece confiar en que podemos pasar sin ti.

—¿En serio? Muy bien. ¿Puedes poner a Ted al teléfono un segundo?

Edward contestó.

—Forrester aquí. —Parecía frío y no como él mismo.

A la mierda.

—Edward, Vittorio no es su verdadero nombre. Es el nombre que tomó después de que la Madre de Todas las Tinieblas le despojara de sus poderes y le echara fuera. Es originalmente el Padre del Día, o Día del Padre. Es tan antiguo como La Oscuridad, y ha estado ganando poder porque ella lo ha estado perdiendo.

—¿Cómo sabes todo esto? —Preguntó, no parecía enfadado ahora.

—Visitó mis sueños la noche anterior, y también ella.

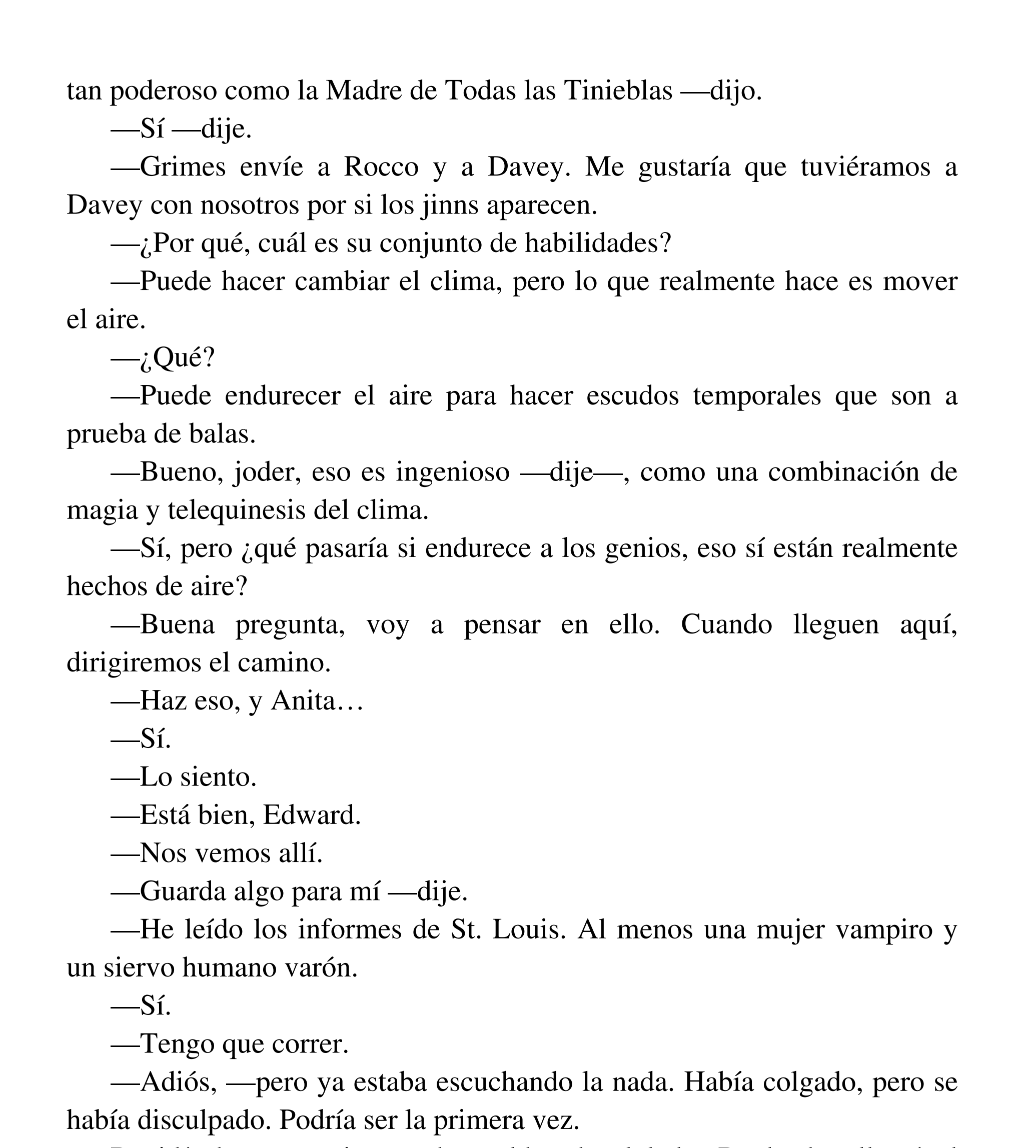
—Anita, estás…

—Bien, por ahora. Alguien más hizo tu trabajo, y creo que la hicieron explotar anoche.

—¿Él puede caminar en el día?

—No sabemos cuándo fue la última vez, pero si aún no puede, está cerca de hacerlo, pero eso no es lo peor. —Le dije lo de los jinns.

—Si recupera todo su poder, vamos a tener un vampiro en esta ciudad



tan poderoso como la Madre de Todas las Tinieblas —dijo.

—Sí —dije.

—Grimes envíe a Rocco y a Davey. Me gustaría que tuviéramos a Davey con nosotros por si los jinns aparecen.

—¿Por qué, cuál es su conjunto de habilidades?

—Puede hacer cambiar el clima, pero lo que realmente hace es mover el aire.

—¿Qué?

—Puede endurecer el aire para hacer escudos temporales que son a prueba de balas.

—Bueno, joder, eso es ingenioso —dije—, como una combinación de magia y telequinesis del clima.

—Sí, pero ¿qué pasaría si endurece a los genios, eso sí están realmente hechos de aire?

—Buena pregunta, voy a pensar en ello. Cuando lleguen aquí, dirigiremos el camino.

—Haz eso, y Anita…

—Sí.

—Lo siento.

—Está bien, Edward.

—Nos vemos allí.

—Guarda algo para mí —dije.

—He leído los informes de St. Louis. Al menos una mujer vampiro y un siervo humano varón.

—Sí.

—Tengo que correr.

—Adiós, —pero ya estaba escuchando la nada. Había colgado, pero se había disculpado. Podría ser la primera vez.

Decidí checar a mis guardaespaldas de al lado. De hecho, llamé al número de Haven. Él respondió:

—Anita, pensé que estarías ocupada todo el día. Si querías una fiesta, teníamos suficientes hombres aquí. —Parecía disgustado.

—¡Vaya guardaespaldas que eres! Pasé toda la mañana con la mente jodida por Vittorio.

—¿Qué?

—¿No creíste que era extraño que tantos hombres tigres entraran en mi habitación?

—Estuviste en la puerta y me dijiste que estaba bien. Que los habías invitado a todos.

—¿No notaste que parecía extraña?

—No, te veías bien, normal. Te lo juro.

—Yo no habría estado de acuerdo con algunos de los que entraron aquí.

—¿Te refieres al adolescente? —Dijo, con tanta naturalidad, que me encabronó.

—Sí, es menor de edad.

—Hey, dieciséis en primer lugar, es mayor en las Vegas, y en segundo lugar, siempre y cuando sea mayor, ¿Qué está mal con los jóvenes?

—Ah. —Le di el teléfono a Víctor—. Dile las malas noticias sobre tu familia.

Fui con Sebastian, que todavía estaba desnudo.

—¿Alguien dejó ropa?

—Parece que alguien me arrancó la ropa —dijo.

—Pues consigue una bata. —Se giró obedientemente hacia uno de los baños—. Espera, ¿hay algún otro plan, o algo que debas decirme acerca de Vittorio?

—Los policías en el hospital están dormidos. Vittorio podía ver a través de mis ojos cuando atacaron, y me ordenó matar al mago, pero dijo que sólo incapacitara a los demás. Me dio espacio suficiente para ponerlos a dormir.

—¿Hay una manera de sacarlos del sueño?

—Sí, un beso de amor.

—¿Qué?

—Sólo necesitan un beso de alguien que los ame.

—¿Quieres decir como la Bella Durmiente?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, es el poder original que se inició en la línea de *Belle Morte*, un poder de vampiro que era impulsado por el amor. —Él frunció el ceño—. Realmente pensé que la esposa de alguno de ellos ya los habría besado por ahora, tal vez por accidente.

—¿Tiene que ser en los labios?

—Sí.

—¿Tiene que ser un beso profundo?

—Más que un besito, y cierta emoción en ello.

—¿Cómo si pensaran lo mucho que los aman, o la lujuria que sienten

por ellos?

—Sí.

Cada vez que pensaba que había escuchado sobre el más extraño poder vampiro, me equivocaba. Empecé a marcar mi teléfono móvil para poder llamar al SWAT y decírselo a alguien, pero golpearon la puerta.

Fui hacia ella, pero Crispín llegó primero.

—Déjame comprobar, Anita.

Estaba en lo cierto. Así que lo dejé. Se apartó de la mirilla, sonriendo.

—Es el SWAT. ¿Quieres que nos ocultemos?

—Sí.

Se ocultaron. Les dije que se vistiera y no dejaran a Sebastian por su cuenta. Abrí la puerta y eran Rocco y Davey.

—Tenemos la dirección de su guarida durante el día.

—Mierda, ¿Tú hiciste la llamada?

—Sí, y los encontraremos ahí, pero tengo otras noticias.

Cerré la puerta detrás de mí, asegurándome que cerraba, caminé con los dos operadores mientras los ponía al corriente. Tuve un vistazo de pelo azul monstruo-come-galletas, alrededor de la rendija de la puerta. Asentí con la cabeza hacia él, que era lo único que podía hacer. Haven tenía un registro de antecedentes penales y hasta hace poco era un agente de la mafia. No se podía jugar con él y con la policía. Primero lo intentaríamos legalmente, luego, si fallábamos, iríamos fuera de la ley. Guardé ese pensamiento para mí misma, mientras ponía a Rocco y Davey al tanto de las noticias de la mañana.

Davey sonrió.

—Para las balas, no es cien por cien confiable hasta la fecha.

—¿Cuál es su porcentaje?

—Ochenta.

—Setenta —dijo Rocco.

—Aún así, en un apuro, ingenioso.

Él sonrió, esa hermosa boca apenas haciendo una sonrisa feliz. Le hizo parecer más joven, más fresco, de alguna manera.

—Sin embargo, un monstruo que se hace del aire, creo que puedo manejarlo.

Estaba feliz por él, y el setenta por ciento de éxito era bueno para uno de los talentos más raros, pero, francamente, no estaba segura de querer ir contra un gigante que puede destrozar a alguien con armadura en el cuerpo,

o cortar a alguien en pedazos con un torbellino de cuchillas. El setenta por ciento sonaba como buenas probabilidades hasta que tu vida estaba sobre la línea, entonces, no era tan bueno. Pero, francamente, ¿qué más teníamos? Entonces me di cuenta de que estaba siendo estúpida. Sabía que el practicante que había muerto tenía un hechizo que Vittorio temía.

Empecé a buscar en mi teléfono el número de Phoebe Billings. Si algún miembro de su aquelarre sabía el hechizo, entonces lo más probable era que como su sacerdotisa lo conociera también, estaba de pie junto a dos practicantes. Si todos podíamos aprenderlo, tal vez tendríamos una oportunidad.



SETENTA Y UNO

Estaba sentada en el asiento del pasajero dentro del coche de Rocco cuando recibí una visión de algo. Al principio pensé que lo había visto por la ventana en el brillante sol de Las Vegas, pero luego se movió a través de mi visión de nuevo, y me di cuenta que estaba en mi cabeza.

—Estoy viendo cosas —dije en voz alta.

—¿Qué tipo de cosas? —Preguntó Rocco. Davey se inclinó hacia delante en el asiento trasero. Era una buena pregunta, pero no tenía una buena respuesta.

—No lo sé, se ha ido ahora, pero era brillante.

—Dinos cuándo la veas de nuevo y lo que ves.

—Lo haré. —Tenía la secreta esperanza de no ver nada más, pero era agradable estar trabajando con policías que no pensaban que estaba loca por ser psíquica.

Mi teléfono sonó, era Phoebe Billings devolviéndome el mensaje.

—La policía no ha tocado a mi puerta. No nos implicaste ni a mí ni a mi gente.

—No vi un motivo para ello, pero me enteré de lo que mató a Randy, y lo que estaba haciendo cuando murió. —Se lo expliqué.

—¿Jinns, de verdad, en Estados Unidos?

—De verdad.

—Espere un minuto, voy a buscar. Conozco el hechizo del que habla, pero es muy antiguo, y está en un libro aquí. Randy sabía mucho de la historia de nuestro arte. Recuerdo una noche que hablamos de los genios y cuánto de la leyenda era cierto. —Le oí moverse—. Aquí está. ¿Habla árabe?

—No.

—Randy lo hacía, era una de sus especialidades en el ejército. ¿Alguien más en el equipo SWAT habla árabe?

Les pregunté en voz alta a los demás.

—Moon lo hace, porque la familia de su madre es de Irán —dijo Davey.

—Puedo leerlo —dijo Rocco—, Moon dice que mi pronunciación es aceptable.

Le pase el teléfono, y Phoebe le repitió el hechizo. Lo repitió nuevamente, e hizo que el pelo de mis brazos se pusiera de punta, como en mi sueño.

—Ella quiere que anotes el hechizo.

—No puedo escribir en árabe.

—Sólo tienes que escribirlo como ella te lo dicte, una letra a la vez. Va a tratar de decirte la forma en que se pronuncia. Quiere ver si recitándolo sin saber su significado seguirá funcionando.

—Ah, como una verdadera palabra mágica, que tiene poder incluso si la mencionan por accidente —dije.

—Sí.

—Son muy raros —dijo Davey—. La mayoría de los hechizos no funcionan en absoluto sin un poder detrás de ellos.

Dejé que Phoebe dictara el hechizo para mí, una letra a la vez. No tenía más sentido en inglés que lo que tuvo en árabe. Pero estaba dispuesta a intentarlo. Cuando lo tuve todo, lo repetí de nuevo.

—Ahora, léelo más rápido —dijo.

Lo leí más rápido. No había ningún hormigueo, sólo sonido.

—Dime lo que se supone que debe hacer —dije.

—Les envía de vuelta a través del sello de Salomón. Los atrapa fuera de nuestra realidad de nuevo.

—Es un hechizo de destierro, como para un demonio.

—Sí, eso es.

Lo intenté de nuevo, pensando lo que tenía que hacer, puse mi atención en los sonidos que formaban palabras, y aún así no funcionó. Davey me entregó sus notas, y de nuevo sentí los pelos de mis brazos que se ponían de punta.

—Creo que no estás pronunciando bien aquí y aquí mismo —dijo.

Seguí practicando mientras nos dirigíamos, más fuerte y rápido, tratando de alcanzar a todo el mundo. Teníamos a Davey, y teníamos un hechizo. Las armas no detendrían a estas cosas.

—Llama a Moon —dijo Rocco—, dile las palabras. Él sabrá cómo pronunciarlas.

Davey hizo la llamada.

Le pregunté a Rocco, mientras daba vuelta a una esquina y me agarraba de la puerta.

—¿Por qué aprendiste a leer árabe?

—Quería ser capaz de leer el Corán y la Biblia por mí mismo sin que los traductores se enredaran con ellos. La mayoría de las personas no se dan cuenta de que algunos de los libros originales de la Biblia fueron escritos en arameo.

—Sabía eso, pero no pensé en leerlos así.

—También he leído el griego antiguo por la misma razón.

—Debes ser un feligrés muy fiel —dije.

—Todos los domingos a menos que tenga llamada.

Le sonreí.

—Yo también —dije.

—Yo soy luterano, ¿y tú?

—Episcopalista.

No perdió su sonrisa conmigo.

—La iglesia del gordo Henry.

—Oye, sé la historia de mi Iglesia, y estoy bien con ella.

—Mientras lo sepas, es genial.

—Sí, mi iglesia existe porque el gordo Henry no podía obtener el divorcio como católico.

Oí a Davey repetir las sílabas por teléfono. Danzaban hacia abajo por mi espalda.

—El Mago murió tratando de decir esas palabras —dijo Rocco.

—Sí, lo hizo.

—Esto es por El Mago.

—Por El Mago —dije, y aunque nunca lo conocí vivo, lo dije en serio. Por supuesto, tenía al hombre tigre que lo había cortado en mi habitación, pero era tan inocente como los vampiros que estábamos tratando de salvar, y los humanos que había dejado ir la noche anterior. De ninguna manera compartiría lo de Sebastian con Rocco y con Davey. ¿Qué habría hecho yo si hubiera sido Edward el de la camilla, y el hombre animal decía que no había tenido elección, que se había visto obligado a hacerlo? Respuesta fácil: lo habría matado.



SETENTA Y DOS

Nos perdimos la fiesta. Había tres sirvientes humanos muertos tendidos en el suelo con las manos y los pies encadenados. Tú encadenabas a todos, hasta a los muertos, por si acaso. Era el POE (Procedimiento Operativo Estándar). Edward, Olaf, y Bernardo salieron con más sangre sobre ellos que los demás operadores. Desde luego era una porquería poner monos de trabajo sobre todas las armas, así consigues retroceder. Olaf tenía más sangre en él.

—Estacó a sus vampiros, y los jodidecapitó —dijo Bernardo, mientras caminaba junto a mí—. Ted y yo les disparamos a los nuestros. —Siguió caminando, como si no quisiera estar cerca de Olaf justo en ese momento.

—Vittorio no estaba allí, Anita. Hay un ataúd vacío, pero no está allí —dijo Edward.

—¡Mierda! —Tuve otra visión de algo. Vi a alguien vestido de blanco, de rodillas.

Edward me agarró el brazo.

—¿Anita?

—¿Tuviste otra visión? —Preguntó Rocco.

—Alguien de blanco, arrodillado. Es alto, mucho más alto que yo. Estoy viendo a través de los ojos de alguien, creo.

—¿Quién?

—Vittorio —dijo Edward.

—¿Qué? —Dijo Rocco.

—Se enfadó contigo, ¿verdad? Quiere que seas su siervo humano.

—Sí.

—Sabes cómo es cuando un vampiro se mete contigo, Anita. Cuanto más juegan, más probabilidades hay de que consigas sus poderes, al menos temporalmente.

—Sí, ella hizo eso conmigo —dijo Rocco.

Tal vez Edward no captó que el sargento había dado a entender que era un vampiro, o no le importó.

—Concéntrate, Anita, trata de ver.

Cerré los ojos y pensé en Vittorio. Pensé en la mirada de su rostro, la profundidad de las cicatrices en su pecho y estómago. El mundo vaciló, y estaba mirando a Bibiana, encadenada y amordazada en el suelo, junto a una cama. Vittorio volvió la cabeza, y Max estaba atado totalmente extendido sobre esa cama, cubierto de objetos sagrados. La cama era de terciopelo rojo y enorme. Conocía esa cama. Sabía dónde estaban. Luché para no estar excitada, sino mantener la calma. Luché para separarme, sin que él lo supiera.

—No te vayas todavía, Anita; quédate, y mira a quién más tengo. —Volvió hacia el área de la cocina. Rick, el guardia estaba encadenado con los brazos sobre su cabeza. La parte superior de su cuerpo estaba desnuda y ensangrentada—. No te sientas mal por Maximiliano; tenían los ganchos en el techo. Apuesto a que ha tenido su parte de enemigos aquí. —Junto a él estaba la striper que se había ofrecido a darme un baile privado. Bri-algo, Brianna.

Vittorio levantó una pequeña antorcha de butano. Quemando con llamas azules.

—Ella no es nada para mí.

—Entonces no te importa que arruinemos su belleza.

—¿Por qué? Sabes que sabemos dónde estás ahora.

—¿Está la policía contigo?

—Sí.

—Tenemos un invitado más, Anita. —Se volvió y vi la gran mesa en la que había dormido con Víctor.

Alguien estaba atado a la parte superior de la misma. Se acercó y era Requiem. Mi estómago cayó a mis pies, y sólo las manos de Edward me mantuvieron sobre mis rodillas.

—Mierda.

Vittorio se trasladó para que pudiera mirar hacia abajo con él en esos ojos verde mar. No había cinta en la boca que había besado hace sólo unas horas. Estaba atado con cadenas y objetos sagrados. Lo habían despojado de su camisa, como lo habían hecho con Rick, por lo que estaba desnudo de la cintura para arriba. Pero mientras que Rick ya estaba sufriendo, Requiem estaba sin tocar todavía, pálido y perfecto contra la madera.

—Su ataúd estaba en mi habitación, —susurré finalmente.

—Pero ¿comprobaste que estuviera en él esta mañana?

Mierda.

—No.

—Lo trajimos en una bolsa grande mientras estaba muerto para el mundo, mientras el resto de ustedes estaban muy ocupados en la habitación. Pero lo desperté. Solía ser capaz de despertar temprano a cualquier vampiro. Me alegro de que regresara como un poder. Es mucho mejor cuando pueden gritar. —Tocó la cara de Requiem.

Requiem se apartó, y Vittorio lo golpeó con el dorso de la mano, casualmente. Abrió un corte en su mejilla. Vittorio miró el gran anillo en su mano.

—Esto hará un desastre de esa cara bonita, pero no quiero dañar el anillo. No cuando tengo algo mucho mejor para la tarea. —Buscó en el bolsillo de su abrigo y sacó un pequeño frasco de agua bendita.

No pude detenerme.

—No.

—Di por favor.

—Por favor.

—Bien, entonces si quieres verlo entero de nuevo y vivos a los demás, entra en el cuarto de atrás sola, y desarmada. Deja tus objetos sagrados detrás, también.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque sabes lo que haré si te niegas, y puedo sentir que te preocupas por él, que te lastimaría verlo quemarse.

Repetí lo que vi, lo que dijo.

—No te dejaremos ir sola —dijo Rocco.

—Ellos no me lo permitirán.

—La policía, creo que podrían. —Se acercó a la puerta que daba a la parte principal del club. Había bailarines, clientes, estaba lleno—. Llegué ayer por la noche, y los detuve a todos. —Se volvió hacia las dos únicas puertas de salida, el aire resplandeció trémulamente ante una, y parecía que había espadas flotando en frente de la puerta principal. Algo se movió en el escenario, como un reflejo del calor del verano. Era un tercer genio, y no sabíamos lo que éste hacía. Mierda.

—Si la policía no te deja entrar sola y desarmada, haré que mis siervos maten a toda esta gente bonita. Si vienes a mí, liberaré a todos los clientes.

—Si liberas a los clientes, entraré.

—No sola —dijo Edward.

—¿Puedo llevar a una persona conmigo?

—Por supuesto, pero no uno de tus Marshalls, uno de los SWAT. Parecen morir con bastante facilidad.

—No —dijo Edward.

—Oh, ese es La Muerte, conozco su reputación. A él no se le permite entrar.

Repetí lo que dijo.

—Elige con cuidado, Anita; será simplemente otro rehén para usar en contra tuya, pero por supuesto me ayudará a torturarte más. —Él parecía tan alegre por ello, y me di cuenta de que lo estaba, tenía una habitación llena de víctimas. ¿Qué más podría pedir un asesino en serie?

—Pero liberarás a los clientes primero.

—De acuerdo, tan pronto como te vea afuera con tu amigo SWAT. Ahora, creo que cerraré esto entre nosotros. Pensé controlarte, y miré a hurtadillas esta mañana, todo un espectáculo.

Estaba muy asustada y demasiado enfadada para estar avergonzada.

—Entonces sabes lo que le pasó a tu otro sirviente.

—Sí, rompiste mi control sobre él, al igual que la Oscuridad podía hacer. Sus talentos como ser humano eran muy similares a los tuyos, debería haberlo pensado, pero no esperas encontrar a dos nigromantes de tal poder en el transcurso de una vida.

—Qué afortunado —dije.

—Te dejaré con una imagen de despedida, para inspirarte a hacer exactamente lo que te he pedido. —Regresó a la otra habitación, y yo no quería, porque nada de lo que estaba por hacer sería bueno.

Fue hacia Requiem, como había sabido que haría. Destapó el frasquito de agua bendita.

—Ya voy, maldita sea, has marcado tu punto.

—Oh, no estoy haciendo esto para marcar mi punto, Anita. Estoy haciendo esto porque quiero y porque te lastimará, y porque es bello y lo odio por eso.

—¡Vittorio!

Resbaló el agua a lo largo de las costillas de Requiem. Este humeó al instante, y la columna vertebral de Requiem se arqueó, un grito incluso llegaba a través de la visión.

Vittorio tapó el frasco.

—Voy a esperar para el resto. Tienes media hora para llegar, Anita, o voy a probar un trozo más tierno de él.

—Ya voy, hijo de puta, ya voy.

—Temperamento, temperamento.

—Esto no es enfado, Vittorio, no me has visto enfadada.

—Tú a mi tampoco, Anita, tampoco a mí. —Él me empujó, cerró el vínculo, y me dejó parpadeando en la luz del sol, aferrándome a los brazos de Edward.

—¿Quién va contigo? —Preguntó Bernardo.

—Será Cannibal —dije. Busqué y encontré a Rocco. Se encontró con mi mirada, sin pestañear.

—¿Qué quieres que haga?

—Habla árabe para mí, y luego nos comemos a esos hijos de puta.

Una sonrisa cruzó su rostro, estaba complacido y un poco Olaf-izado. Conocía esa sonrisa, porque había algo acerca de tener una habilidad, cuando siempre has sido bueno, que te hace preguntarte que se sentiría ser el malo. Estaba a punto de darle a Cannibal la oportunidad de ser tan malo como quisiera ser, tan malo como tuviera el estómago. Había más de una manera de despellejar a un gato; bueno, había más de una manera de comerse a un vampiro.



SETENTA Y TRES

A Grimes no le gustó que me fuera, y seguro como el infierno que no quería que Rocco fuera conmigo. A Edward no le gustó que me fuera sin él. Pero teníamos las discusiones en los coches, así podríamos discutir en el camino y cumplir con el plazo de medía hora.

—Teniente —dijo Rocco—, puedo decir el hechizo que desvanece al genio, y Anita no puede.

—Sé que su pronunciación no es lo suficientemente buena.

—Hablo árabe —dijo Edward.

—Pero no eres un practicante, y necesitamos un poco de magia con las palabras —dijo Rocco.

—¿Qué no me están diciendo ustedes dos? —Preguntó Grimes.

Los dos luchamos para no mirarnos el uno al otro, y delatarnos.

—¿Qué están planeando hacer allí?

—La frase que está buscando, señor —dijo Edward—, es negación

plausible.

Grimes nos frunció el ceño.

—¿Están pensando hacer algo ilegal?

Una vez más, luchamos para no mirarnos el uno al otro.

—No, señor —dijo Rocco—, todo va a ser perfectamente legal.

—Prométalo —dijo Grimes.

—Es legal —dije.

—Sólo no quiero saberlo de todos modos, ¿es eso?

—¿Qué respuesta me conseguirá llevar ahí al sargento Rocco?

—Bueno, al menos eso es honesto. El cuarto interno de Max en Trixie interfiere con la electrónica.

No le pregunté cómo sabía eso, sólo lo acepté como verdad. No me sorprendió, como Vittorio dijo, los ganchos en el techo para colgar a la gente habían estado en el techo cuando llegó allí. Estaba apostando a que era donde Max hacía algunos de sus trabajos sucios.

—Estará entrando ahí sin forma de pedir ayuda —dijo Grimes.

—Si tenemos que llamar para pedir ayuda, teniente —dije—, no serán capaces de llegar hasta nosotros a tiempo.

Estudió mi cara.

—Creo que realmente lo piensa.

—Lo hago.

—Parece tranquila.

—Tengo mis metas.

—Sus objetivos —dijo.

—Si le gusta.

—¿Y son?

—Rescatar a mi amigo antes de que le haga más daño. Salvar a todos los civiles. Enviar a los genios de vuelta a donde pertenecen. Rescatar a Max y a su encantadora esposa, su guardia personal y a cualquier otro hombre tigre, quienes son buenos chicos. Ah, y matar a Vittorio antes de que pueda manifestar el poder suficiente para hacer una explosión nuclear sobre las Vegas parece la mejor idea.

—¿Es realmente capaz de tanto daño?

—Piense en un ejército de las cosas que mataron a sus oficiales desatados sobre la ciudad. Piense en Vittorio siendo capaz de transmitir su control mental sobre la población.

—¿Cree que es tan bueno?

—Todavía no, y tenemos que mantenerlo de esa manera. Creo que tenemos que hacer todo lo que esté a nuestro alcance para asegurarnos de que muera hoy.

—Tal vez le interese saber, Marshall Blake, que el gobernador firmó el aplazamiento de la ejecución para los vampiros en el club la noche anterior.

—Eso está bien, teniente. Quiero decir que, no merecen morir.

—Su informe llevaba peso.

Asentí con la cabeza, pero ya estaba mirando hacia la calle, a los coches de policía, las barricadas, y la próxima pelea.



SETENTA Y CUATRO

Rocco y yo estábamos de pie fuera del Trixie con las manos entrelazadas sobre nuestras cabezas. Nos habían quitado las camisetas, los pantalones y las botas a él, los zapatos de correr a mí. Un hombre que parecía humano, pero hablaba como Vittorio y tenía la mano sobre su culo, estaba diciendo:

—Dense la vuelta, lentamente, para que podamos verlos.

Hicimos lo que dijo que hiciéramos.

El hombre parecía estar escuchando algo en su cabeza. Asintió y caminó hacia adelante. Nos palmeó, completamente, de arriba abajo.

—No tienen armas, muy bien —dijo, pero eran las inflexiones de Vittorio—. Ahora, únanse a nosotros.

—Deja que los clientes se vayan primero, como prometiste.

—Oh, sí, supongo que lo hice. —El hombre estaba hablando, pero en realidad era Vittorio utilizando su cuerpo el que tenía la conversación. Su habilidad para manipular a los seres humanos se había vuelto más

compleja, más completa, en menos de veinticuatro horas. Tenía que morir.

El hombre regresó hacia la puerta. Unos minutos más tarde, la gente salió corriendo. Docenas de ellos derramándose hacia la calle a los brazos de la policía que esperaba, conduciéndolos a la seguridad.

El hombre estaba en la puerta. Hizo un gesto hacia ella.

—Después de ustedes, Anita, y Sargento Rocco —dijo.

—Sí.

—Vamos a bajar —dijo, en un simulacro de voz de locutor.

—Deja que el hombre se vaya, también —dije.

—Dijiste los clientes; él trabaja detrás de la barra —dijo el hombre, hablando de sí mismo en tercera persona. Incluso tenía la sonrisa que Vittorio había utilizado en el sueño. Era un eco inquietante en el rostro del desconocido, como un rostro en la persona equivocada.

El cuerpo que estaba usando sostuvo la puerta para nosotros.

—Vamos adentro, lejos del calor.

Rocco y yo nos miramos el uno al otro, y luego bajamos nuestras manos, poco a poco, y fuimos hacia la puerta. Ninguno de los dos miró hacia atrás, queríamos darle a nuestros ojos el mayor tiempo posible para ajustarse al interior oscuro del club.

Los bailarines estaban amontonados en el centro de la sala, en las sillas donde los clientes suelen sentarse. Se veían esperanzados mientras entrábamos, pero el genio con los cuchillos que estaba frente a nosotros, llamó nuestra atención. Era tentador hacer que Rocco dijera las palabras ahora, pero estaba segura que si hacíamos eso, mataría a algunos de los rehenes. Nuestro objetivo era sacar a todos, no sólo a una parte, por lo que esperaríamos por un mejor momento.

Tengo que reconocer que mirar fijamente en la nada que sostenía todas aquellas cuchillas era difícil. Volver nuestras espaldas a eso era más difícil, pero seguimos al hombre.

Sentí el aire moviéndose cerca de mí y me eché hacia atrás instintivamente. Sentí el paso del viento. Un genio diferente había intentado tocarme.

—Evitaste su contacto; no muchos seres humanos son lo suficientemente rápidos o psíquicos para eso, pero desde luego, no eres humana, ¿no? —dijo el hombre.

No hice caso de la pregunta, pero juro que la atención de los genios no era tan neutral ahora. Diría que casi hostil, pero tal vez eso era sólo los

nervios hablando. Tal vez.

—No creo que les gustes ahora. —Susurró Rocco.

—Lo sientes, también.

—Oh, sí.

El hombre abrió la puerta y la sostuvo para nosotros, con una sonrisa. Fui por delante de Rocco, como habíamos acordado.

Vittorio me quería viva, no tenía el mismo sentimiento acerca del sargento. Así que tuvo que morderse el orgullo y dejarme tomar la mayoría de las decisiones. Además, lo necesitábamos con vida para decir las palabras sobre los genios.

El cuarto de atrás estaba como lo había visto con los ojos de Vittorio. Rick y Brianna estaban parados, los brazos extendidos hacia el techo, donde estaban encadenados. Brianna estaba llorando, su bata se había abierto, y ella estaba tan desnuda debajo, como lo había estado la primera noche, cuando Ted y yo estuvimos aquí. Me miró por encima de la cinta que atravesaba su cara. Podía sentir su terror viniendo de ella en oleadas. Eso agitó a los animales dentro de mí, y les dije que se callaran. Por una vez, escucharon. Rick no tenía miedo, estaba enfadado.

De hecho, estaba tan enfadado, que me pregunté por qué no había cambiado todavía.

Ava estaba cerca de Rick. Tenía un cuchillo en la mano y lo pasaba a lo largo de su piel, mientras yo miraba. No lo cortó, sólo lo acarició. Había hombres tigre dispersos por toda la habitación. Su energía zumbaba en el aire como cables pelados, por lo que podías sentir la picadura de ésta si te acercabas demasiado.

La mayoría de ellos estaban en blanco, como si esperaran instrucciones. ¿Cuánta gente podía controlar a la vez, y qué tan bien?

Me obligué a ver la habitación poco a poco, y no ir directamente a Requiem. No quería dar a Vittorio ninguna razón más para hacerle más daño. Cuanto más me importara, en más peligro estaría Requiem.

Pero Vittorio no estaba parado junto a la mesa, estaba sentado en el borde de la cama con Max y Bibiana.

Se había desnudado de la cintura para arriba, para que sus cicatrices fueran muy, muy visibles. Habían trasladado a Bibiana a la cama, estaba atada con las manos sobre su cabeza, alrededor de una pata de la cama, por lo que su cuerpo atravesaba uno de los brazos de Max, donde su brazo todavía estaba atado al poste. Sus pies estaban encadenados a una de las

patas de la cama, pero era lo suficientemente pequeña para que sus piernas no cruzaran el cuerpo de su esposo a la altura de las piernas. Se veía pálida y delicada, el cliché de una princesa esperando por el rescate. A Max le faltaba la camisa. Al parecer, habíamos tenido un poco de strip-tease mientras esperaban, pero había cumplido su palabra. No hubo nuevos daños a sus cuerpos, sólo a algunas de sus ropas.

—Estamos aquí. ¿Y ahora qué?

—Quiero lo que he querido desde que te invité a Las Vegas con mi regalo.

—¿Te refieres a la cabeza humana en una caja?

Sonrió feliz y asintió con la cabeza.

—La próxima vez, sólo envía una caja de chocolates —dije.

—Ah, pero cualquier hombre puede hacer eso. Pensé que mi regalo sería único.

Sonreí, y pude sentir que no era una buena sonrisa.

—De hecho, recibí una cabeza en una cesta una vez, como regalo.

La sonrisa se había ido, como si no hubiera existido. Los viejos podían hacer esa… expresión, luego nada en un abrir y cerrar de ojos.

—Bueno, entonces, Anita, tendré que hacer algo para demostrarte que soy único entre tus admiradores.

Hubiera dado mucho por recuperar ese comentario imbécil. Había sido cierto, pero podía haberlo mantenido para mí misma.

—Oh, confía en mí, ésta invitación fue única.

—No, Anita, tienes razón, tengo que esforzarme más. —Estaba enfadado conmigo, como si lo hubiera insultado—. Vamos a jugar un juego.

—Vinimos aquí para negociar la liberación de los rehenes —dijo Rocco.

—Y lo haremos, sargento. —Dio unas palmaditas en el estómago desnudo de Max—. Acérquense más para que puedan ver.

Dudamos.

—Aquí está la primera regla. Cuando me hagan repetirme, algo le pasará a uno de sus rehenes.

Se oyó un ruido desde el otro lado de la habitación. Ava estaba tallando un nuevo corte en el pecho de Rick. No gritó, pero un pequeño sonido se le había escapado. Ava levantó la hoja hasta su boca y lamió la sangre delicadamente.

Me volví hacia Vittorio.

—No te has asustado o siquiera impresionado. ¿Supongo que has visto algo similar antes?

Lo hice, en realidad, más de una vez. En voz alta, dije:

—No sé qué reacción quieres de mí; sólo dímelo y trataré de dártela.

—¿Cuál es la primera regla? —Preguntó.

—Que si te hacemos repetir tus peticiones, lastimarás a alguien.

—Esta es la segunda regla. Les ofrezco la oportunidad de hacer algo agradable; y si se niegan, entonces haré algo doloroso para la persona en su lugar. ¿Eso es lo suficientemente claro, oficiales?

—Como el cristal —dije.

—Sí —dijo Rocco.

—Vengan junto a la cama, los dos.

Lo hicimos, en esta ocasión, sin vacilar. Nos pusimos de pie al final de la cama sobre su estrado, mirando a Max y a su esposa, y al sociópata sonriente junto a ellos.

—Anita, dale a Max un beso.

—¿Y si no? —Pregunté.

Sacó una cuchilla de debajo de las sábanas.

—Lo haré sangrar; un corte por un rechazo.

Tomé una respiración, y luego la dejé salir. Parecía una pequeña petición, pero estaba apostando a que las solicitudes no se quedarían pequeñas.

—Está bien, pero si hacemos esto, liberarás a uno de los rehenes.

—Por un beso, tendría que ser un cierto beso.

Me encogí de hombros.

—Si me niego a liberar a alguien, ¿estás preparada para observarme cortar en rebanadas al Maestro de la Ciudad?

Pensé furiosamente, y no sabía qué hacer. Vittorio hizo un corte superficial en el estómago de Max.

—No he dicho que no.

—Rompiste la regla número uno. Dudaste. Ahora te lo pido de nuevo: besa a Max o lo cortó.

Sólo me dirigí hacia la cama, caminé rodeando de lejos a Vittorio, y subí junto a Max. Miré a sus ojos azules.

—Lo siento, Max —dije. Me incliné más y puse un beso en la boca encintada.

—Bueno, hiciste lo que te pedí, pero no vale la pena la liberación de un rehén. —Golpeaba ligeramente la cuchilla contra su pierna.

—¿Quieres que le bese mejor?

—Quita la cinta, y muéstrame un poco de ese talento que sé que tienes.

Bibiana hizo un sonido a través de su cinta. La miré.

—Lo siento, Bibiana. —Tomé la cinta y la quité de la boca de Max.

—Nos va a matar de todas formas, lo sabes.

—Ahora, Max, ¿qué dije acerca de hablar?

—Dijiste que no te hablara. Estoy hablando con Anita.

—Es verdad. —Tap, tap, tap la cuchilla seguía golpeando contra su pierna—. Bueno Anita, bésalo, como dices, en serio y dejaré que tu sargento observe a uno de los bailarines irse.

Me agaché y lo besé de lleno en la boca. Su boca estaba aún bajo la mía. Miré hacia atrás a Vittorio.

—Un bailarín en libertad.

—No.

—¿Qué estuvo mal con ese beso?

—Bésalo en serio. —No había humor en él ahora, sólo una seriedad que pensaba que era más peligrosa.

Miré a Max. Era sobre todo calvo, y de cara redonda, pero sus bíceps eran enormes, con los hombros muy musculosos. Había comenzado su vida como un sicario, y se mantuvo en forma para ello. Pude ver su fuerza, sólo que él no me ponía. Me gustaban mis hombres guapos y un poco refinados. Max era como un matón: grande, atemorizante, y nada delicado, pero me incliné sobre él una vez más. Toqué su cara, cerré los ojos, y lo besé. Delicado, al principio, luego con más presión, dejando que mis brazos se deslizaran sobre la dura y musculosa desnudez suya, y poniendo algo de expresión corporal en esto. Max estaba absolutamente inmóvil contra mí. Bibiana estaba haciendo un sonido de alta frecuencia a través de la cinta.

Me volví hacia Vittorio.

—Muy bien, una bailarina, pero quiero que el siguiente esfuerzo sea mejor, o no hay trato. Ava elige quien queda libre, y el sargento… Rocco, ¿verdad? observará desde la puerta que el bailarín se aleja.

Ava salió, Rocco observaba desde la puerta, y al parecer dejaron ir a un bailarín porque Rocco volvió asintiendo con la cabeza.

—Te voy a dar un trato de dos-por-uno —dijo Vittorio—. Deja que la bailarina de allí te de un baile en el regazo. Si es bueno, la liberaré a ella y

a otra bailarina.

Me acerqué a Brianna sin dudarlo, pero una vez que llegué, le pregunté.

—¿Qué quieres aprender obligándome a hacer esto?

—Tal vez sólo soy como todos los hombres y tengo mis pequeñas fantasías lesbianas.

—No sé qué decir a eso.

—Siéntate en la silla junto a Ava.

Me senté en la silla, no me haría daño, y no quería darle otra excusa para lastimar a nadie.

—Desata a la chica.

Ava hizo lo que le dijeron. Brianna se quitó su propia cinta de la boca, luego me miró. Su maquillaje se había corrido por su rostro como lágrimas negras. Se frotó las muñecas y dio un tembloroso paso hacia mí, en sus sandalias de tacón de aguja.

—Te estoy ofreciendo el mejor consejo que jamás conseguirás, Brianna. Dale a la Marshall un baile envolvente, y si es lo suficientemente bueno, te dejaré libre a ti y a otro de tus amigos.

Brianna dio otro paso hacia mí tambaleándose. Pensé, no va a ser capaz de hacerlo, tiene demasiado miedo. Él debió haberlo pensado, también, porque, dijo:

—Si te niegas, o no haces un buen trabajo, voy a utilizar la antorcha en esa suave y perfecta piel rosada. —Estuvo a punto de sonar aburrido.

Brianna dejó caer su bata al suelo y se quedó delante de mí.

—Espera —dijo Vittorio. Las dos le miramos—. Sargento, tome el lugar de Anita, déjela bailar para usted.

Rocco sólo comenzó a caminar hacia nosotros. Me levanté, él se sentó, y Brianna comenzó a bailar. No tenía música, pero lo que estaba tocando en su cabeza era algo con ritmo. Empezó un poco brusca, pero luego cerró los ojos y encontró su ritmo. Era un ritmo agradable. Movió su cuerpo en oleadas hacia arriba y abajo de Rocco, quien tenía un apretón de muerte en la silla en la que estaba sentado, porque las reglas son que los bailarines pueden tocarte, pero tú no puedes tocar a los bailarines.

Brianna terminó en su regazo, a horcajadas sobre él, frotando sus partes más íntimas en la parte delantera de sus pantalones.

Su cara lucía severa, y apostaba a que estaba tratando de pensar en béisbol, impuestos, gatitos muertos, cualquier cosa menos lo que la mujer en su regazo estaba haciendo.

Sentí ambos, pena por él y feliz de que no fuera yo.

Con un último contoneo, ella se inclinó hacia atrás, por completo, con las piernas envueltas alrededor de Rocco y la silla misma. Se inclinó de nuevo en un gracioso arco, sus pechos tirantes y elevados derramándose hacia atrás, demostrando una vez más que eran reales.

Vittorio en realidad aplaudió.

—Muy bien, y el sargento ha mantenido la compostura admirablemente. Huye, pequeña bailarina. Anita, vigila que vaya hacia la seguridad, no creo que nuestro querido sargento pueda caminar todavía.

Brianna tomó su bata y se fue hacia la puerta tan rápido como sus zapatos de tacón alto pudieron llevarla.

—Elige a otra bailarina para salir contigo, Brianna. —Ella redujo el paso. Dejé la puerta abierta y la vi dirigirse a la bailarina más cercana, agarrarla de la mano y correr hacia la puerta con ella.

Hice un recuento rápido. Quedaban seis bailarines. Seis, y entonces podríamos deshacernos de los genios y tratar de matar a Vittorio. Sólo seis más.

—Yo hago que los bailarines me entretengan antes de matarlos, Anita. No suelo dejarlos ir, sin embargo.

—Así que esto es parte de tu… costumbre. —Me detuve ahí porque cualquier palabra podría llegar a sonar demasiado parecida a un insulto.

—Sí. —Se levantó y se dirigió hacia Rick—. Podría controlarlo, pero sólo en parte. No puedo controlarlo o a Víctor completamente como puedo con los demás. Son demasiado dominantes, demasiado tigres. Podría hacer de uno de ellos mi siervo a través de las marcas, pero no puedo poseerlos como poseo a los de la esquina. —Se movió tan rápido, que fue apenas visible.

—Me jodió la mente —dijo Rocco.

—No, no lo hizo —dije—, es así de rápido.

Vittorio estaba parado donde empezó, en el momento en que la sangre comenzó a correr por el estómago de Rick.

—No nos pediste que hiciéramos algo —dije.

—Así es no lo hice. Ava, deja ir a otra puta.

Ava sólo fue hacia la puerta, y vi como golpeó a otra mujer. La mujer salió corriendo por la puerta hacia un parpadeante cuadrado de luz solar. Quedaban cinco.

—Anita, bebe la sangre de la herida que acabo de hacer en el hombre

tigre.

No me gustaba esto, pero fui hacia Rick y me arrodillé delante de él. El corte estaba justo por encima de la línea de los pantalones, por lo que podía alcanzarlo. Estaba apostando a que la ubicación no había sido accidental.

Puse mis manos en su cinturón para no perder el equilibrio, luego me incliné y lamí la herida. Era sangre, caliente, salada y metálica. Puse mi boca contra la herida y chupé. Eran centavos de cobre dulces en mi lengua. Pero era más que eso, era la carne del vientre, suave, por encima de los músculos, y esa sensación de que justo por debajo había cosas suaves y tiernas. Mis manos se cerraron en torno a la parte posterior de su cuerpo, y luché para sólo succionar la herida, no morder, no tomar más carne. Me aparté de la herida con un suspiro tembloroso. Me sentí mareada, desorientada. Me di cuenta por primera vez que a pesar de que me había alimentado con todos los hombres esta mañana, Vittorio había tomado toda la energía. Más allá de eso, había tomado más de mi energía, por lo que en realidad estaba por detrás de la curva. Joder.

Me puse de pie, teniendo que sujetarme contra el cuerpo de Rick mientras me paraba. Me limpié la boca con la mano, y sabía que necesitaría un trapo o algo para quitar la sangre.

—La mayoría de la gente habría dudado antes de beber la sangre de un licántropo —dijo Vittorio.

—Si dudamos, les harás daño.

—Ava, otro bailarín. —Esta vez Rocco vio al rehén salir. Sólo cuatro ahora.

Se paseó en un círculo, golpeando la cuchilla contra su pierna.

—Debo llegar a cosas que te desagraden, o me quedaré sin rehenes antes de llegar a lastimar a nadie más. —Se volvió hacia mí con una sonrisa enorme. Esto tiraba de la parte quemada de su cara, de modo que la sonrisa no funcionó—. Chupa algo más, puedes escoger a cualquiera de los hombres, sólo lo traeremos. Para darte más incentivos, voy a utilizar el agua bendita en tu bello amigo de nuevo, si te niegas.

Miré de Rick a Requiem.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Puedes.

—¿Has alimentado a Requiem?

—No.

—Entonces, sabes que no puede ser tomado oralmente o por cualquier

otro medio, hasta que haya tomado sangre.

—Entonces, eso te deja con sólo dos opciones a menos que desees incluir al sargento.

Luché para no parecer tan incómoda como esa sugerencia adicional me hizo sentir.

—Max no se ha alimentado desde esta mañana tampoco, por lo que tiene que ser Rick. Sólo estás fingiendo darme opciones.

—Entonces hazlo. —Estaba de pie junto a Requiem ahora, y me di cuenta de que había una fila de frascos de agua bendita en la mesa por encima de su cabeza.

Fui hasta Rick y comencé a desabrochar su cinturón. Rick hizo un pequeño ruido de protesta. Tomé una respiración, y la solté.

—No es un destino peor que la muerte, Rick. —Susurré.

Él se quedó inmóvil en sus cadenas y me miró abrir sus pantalones. No estaba segura si la paciente observación era menos incómoda para mí, o las luchas y los ruidos. Tenía sus pantalones con la cremallera abierta y bajé sus pantalones sobre su culo; quería la cremallera fuera del camino tanto por su seguridad como por la mía. Había dejado su ropa interior en su lugar, y sólo la moví a un lado una vez que estuve de rodillas delante de él. Era tan hermoso por debajo de la cintura como por encima, y aquí no había cortes todavía, esperaba mantenerlo de esa forma.

Miré hacia arriba la línea de su cuerpo y lo encontré mirándome. Sus ojos azules estaban enfadados, sí, pero había algo más en ellos ahora, también. Al parecer, había tomado mi no es un destino peor que la muerte en serio, porque tenía esa oscuridad en sus ojos que todo hombre consigue en momentos como éste. Lo tomé en mis manos y lo acerqué a mi boca. Ya estaba lo suficientemente erecto para que tuviera que traerlo hasta mí, porque estaba presionado contra el frente de su propio cuerpo. Se deslizó dentro de mi boca, tan pleno, suave y bueno como cualquier otro. Me gustaba dar sexo oral. Me gustaba la sensación de esto en mi boca, y la mirada en el rostro de un hombre mientras lo hacía. Me gustaba el sonido que hacían, y la forma en que sus cuerpos reaccionaban. Me entregué por completo al hombre frente a mí, y la sensación de mi boca yendo sobre y alrededor de él. Besé, succioné y lamí, usando mi mano sobre él para orientar, acariciar y apretar. Me dejé arrastrar hacia el sexo, y no hubo nada más. Miré hacia arriba y encontré sus ojos muy abiertos. Su respiración se aceleró. Estaba tan duro ahora, a excepción de la piel suave de la punta. Su

cuerpo retorciéndose en las cadenas, y no era dolor esta vez. Cerró los ojos, la cabeza echada hacia atrás, y lo trabajé dentro y fuera de mi boca más rápido, dentro y fuera, dentro y fuera, tan rápido como pude. Probé el primer indicio de que estaba cerca; cambió la textura, muy levemente, como un adelanto de lo que estaba por venir.

La voz de Vittorio.

—Dos bailarines, si lo dejas irse en tus senos.

No dudé. Me saqué de un tirón la camiseta sobre mi cabeza y la dejé caer. Lo sostuve en mi mano, trabajándolo, manteniéndolo cerca, no quería perder terreno. Tuve que soltarlo para quitarme el sostén y tirarlo por encima del hombro al suelo con la camisa. Entonces hundí mi boca de nuevo sobre él, catando, jugando y jugueteando hasta que lo sentí apretándose en mi boca. Lo solté justo a tiempo, acariciándolo con la mano mientras se derramaba hacia arriba, hacia el exterior, en una lluvia espesa y caliente. Salpicó a través de mis hombros, mis pechos, y eché la cabeza hacia atrás, empujando mis pechos hacia adelante, y también lo mantuve fuera de mis ojos.

Rick se retorció por encima de mí, sacudiendo las cadenas, haciendo pequeños sonidos contra la mordaza.

Vittorio estaba acurrucado contra la encimera, me miró, a Rick, a la manifestación de esto, con una ansiosa mirada de horror.

Oí a Ava y a Rocco ir a la puerta para permitir a más rehenes irse. Empecé a gatear hacia el vampiro, con mis pechos colgando, y el líquido caliente comenzando a gotear. Él se puso en pie y gritó:

—¡Mátalos!

Mi piel se erizó con esa magia sibilante, y supe que Rocco había dicho las palabras, y los genios se habían ido.

Ava gritó, y corrí el riesgo de echar una mirada para encontrar que Ava había enterrado el cuchillo en el costado de Rocco, pero él tenía su muñeca, y sabía lo que podía hacer con ese toque aparentemente inocente.

Desviar la mirada fue un error. Vittorio usó esa velocidad cegadora para estar al lado de Requiem. No me podía mover lo suficientemente rápido, pero tenía un poder que era tan rápido como el pensamiento. Abrí el *ardeur* y lo empujé como si fuera un arma hacia el vampiro. Podría no haber funcionado, salvo que acababa de tenerme haciendo una de sus fantasías. La idea sobre mí y el sexo ya estaba firme en su mente. Quiso mirar.

No corrí. Aceché, me retorcí, hice que todo funcionara, y no pudo apartar la mirada. Todavía estaba mirándome cuando envolví mi mano alrededor de la suya y sosteniendo el frasco de agua bendita, enviándolo a romperse en pedazos sin causar daños al suelo.

—Lo arruinaré, —susurró.

—Esto no es lo que quieres.

—No puedo tener lo que quiero —dijo.

Puse sus manos vacías en mis pechos, y sostuve su mirada con la mía. Sus manos comenzaron a esparcir el líquido a través de mis pechos, como si no se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

—Tus ojos —dijo—, tus ojos están llenos de fuego, como diamantes de coñac.

—Dilo, —susurré.

Inclinó el rostro hacia abajo, mientras me enderezaba.

—Dilo, —susurré.

—Liberación, quiero liberación.

Su boca encontró la mía y nos besamos. Un momento era suave, al siguiente se alimentaba de mi boca, tan duro que sus colmillos cortaron mis labios y llenó nuestras bocas con el dulce sabor de la sangre. La sangre hizo que mi hambre aumentara, pero era demasiado tarde para cualquiera de las otras; lo único que quedaba era el *ardeur*. Lo había negado, traté de enjaularlo, controlarlo, pero en ese momento entendí por qué los reyes le habían ofrecido a *Belle Morte* sus coronas, por qué las mujeres habían ofrecido todo por una noche más con Jean-Claude; comprendí lo que significaba ser de la línea de *Belle Morte*. El *ardeur* no era algo que tuviera que alimentar para seguir con vida, era la forma en que me alimentaba. Era mi sangre.

Vittorio hizo pequeños ruidos ansiosos contra mi boca, sus manos ansiosas en mi cuerpo. Sentí la creciente presión de esto construyéndose dentro de él, y sentí el *ardeur* mezclándose con el poder de las bestias, todo esto tan cálido y vivo, tan no vampiro. Su respiración se aceleró, su cuerpo se tensó, y conduje el *ardeur* y el poder de los tigres dentro él, como una mano buscando, y le di, por un momento, una muestra de ello. Le di la sombra de lo que había perdido, y su boca se apartó de la mía en un grito, mientras su cuerpo se sacudía contra el mío, con sus manos agarrándome. Se desplomó en el suelo junto a la mesa, llevándome, aún en sus brazos, hacia el suelo con él. Estaba llorando y riendo.

—¿Cómo hiciste eso?

—Soy de la línea de *Belle Morte*. Pertenezco a Jean-Claude. Estamos destinados a dar placer.

Su mano buscó en el suelo, y supe lo que quería hacer antes de ver el destello de plata. Me di la vuelta alejándome de él, pero venía a por mí, y era simplemente demasiado rápido.

Entonces, una mancha blanca se estrelló en su costado, y una segunda se le unió. Los dos hombres tigres lucharon con el vampiro, y su velocidad no sirvió de nada porque ya lo tenían. Me arrastré hacia atrás para poder ver la cama, y las cadenas estaban vacías. No sabía dónde estaba Max, pero sabía dónde estaban su esposa y Rick. Los otros hombres tigres salieron de la esquina donde habían estado congelados. Pensé por un terrible momento que tenían la intención de atacarnos, pero fueron hacia la lucha y Vittorio.

Max apareció por la cocina. Me dio una toalla. Me levanté y empecé a limpiarme. Los dos manteníamos la mirada en la lucha, pero era un manchón de garras y dientes.

—Le jodiste la mente, y esa era la debilidad que necesitaba. Los tigres son míos otra vez.

Rocco llegó a mí, manteniendo la presión sobre la herida del costado. Ava yacía detrás de él en el suelo mirando sin ver al techo.

—¿Cómo se sintió? —Pregunté.

—Bien —dijo—. No estaba siendo controlada. Ella te traicionó, Max.

—Lo sé. Sintió que la tratábamos como un tigre de segunda clase, y tenía razón.

La sangre roció a lo largo de la habitación.

—Eso era rocío arterial —dije.

—La lucha ha terminado —dijo Max.

Dejé caer la toalla al suelo, cogí la camiseta y el sostén del suelo, y fui hacia Requiem. Salté sobre la mesa y solté sus cadenas. Se quitó su propia mordaza. Lo abracé y jadeó. Toqué las quemaduras, y sentí que mis ojos se calentaban.

—Lo siento mucho.

—Me salvaste.

Sólo pude asentir.

—Vístete, Anita —dijo Rocco—. Tengo que llamar a la caballería y advertirles que los tigres están de nuestro lado. —Miré hacia donde estaba mirando, y encontré a los tigres blancos, algunos en forma de hombres

tigre, cubiertos de sangre. Vittorio estaba hecho pedazos en el suelo. Ahora que estaba muerto, habían dejado de alimentarse. El vampiro es carne amarga, así me dijeron.

Me vestí y me prometí una ducha más tarde. Max se ofreció a llevar a Requiem a su propio lugar de descanso bajo tierra hasta el anochecer. Besé a Requiem, y me giré hacia la policía, mientras entraban a través de la puerta detrás de Rocco, pero todo había terminado. Esta vez Edward y los chicos se habían perdido la fiesta.



EPÍLOGO

Requiem pasó el resto del día en el área de la planta baja con Max. Rocco y yo teníamos un montón de explicaciones que dar. Dejamos algunas cosas fuera. Ava le atacó y se vio obligado a utilizar el máximo de su poder. Probablemente podría haberse detenido antes, pero ¿por qué? Estaba muerta de cualquier manera debido a la orden.

Bibiana preguntó, en privado.

—Le diste su primer placer en siglos; ¿Por qué te atacó?

Max y yo nos miramos.

—Él sabía que haría cualquier cosa por tener esa sensación de nuevo. Sabía que Anita debía detenerle, bloquearle, y moverse rápido, y no podría tener eso —dijo él.

—¿Preferiría tener poder que placer? —Preguntó ella.

—Sabía que sería una opción —dijo Max—. Creo que la correa de Anita puede ser más corta que la que tú mantienes en mí. —Ellos se habían

reído de buen humor y se abrazaron.

Requiem sugirió que redujéramos las quemaduras la noche siguiente, y tratáramos de curarlas con el sexo, como habíamos hecho con otras heridas recientes en el pasado. Funcionó. Él es perfecto otra vez. Esto me da la idea de intentar lo posible con Asher. Pero vamos a empezar con un pequeño pedazo de piel, sólo en caso de que en las quemaduras más profundas no funcione.

Denis-Luc, la hermana de St. John nunca le dio mi mensaje. Llamó, molesto porque se había perdido todo, pero su hermana no lo sentía, estaba vivo. Yo como que estaba de acuerdo con su hermana.

El teniente Grimes dijo que si alguna vez me cansaba de ser un cazador de vampiros, se lo hiciera saber, me pondría a prueba y vería si podía ser su primera miembro mujer. Me sentí halagada, muy halagada. En realidad no dije que no. No me puedo ver viviendo en Las Vegas, pero podía verme trabajando en una unidad SWAT como la de ellos. Su programa piloto de uso de profesionales tiene suficiente éxito para que otras ciudades estén hablando de ello, no de St. Louis hasta el momento, pero tengo esperanzas. ¿Podría realmente renunciar a la caza de vampiros? Aún ayudaría a cazarlos, pero la idea de trabajar en una unidad donde la idea es salvar vidas y no tomarlas es muy atractiva.

Me llevé conmigo a casa a Crispín y a Dominó, a St. Louis. Al pelirrojo, lo envié a casa a su clan. Su reina ha solicitado una visita en una ciudad neutral, ya que mantengo la caza furtiva de sus hombres, uno de ellos siendo su hijo, el primero de ellos, Alex. Hasta ahora, los tigres rojos no parecen tan afectados por mí como los blancos o los negros. Sebastian volvió a su vida. Está atraído hacia mí, pero no quiere regresar a la servidumbre de nadie. No le culpo.

Cynric era un problema diferente. Sí, era legal en Las Vegas, y sí, sus representantes legales, Max y Bibiana, estaban bien con él, así que no hay tasas judiciales, pero él está loco por mí. Es peor que Crispin, porque tenía menos protecciones internas. Él era demasiado joven, tan abierto, y porque los tigres, o por lo menos el clan blanco, practica la monogamia, yo fui su primera vez. La idea de una alimentación masiva del *ardeur*, con un grupo lanzado en una orgía, como la primera vez de alguien me hace enfermar.

Ellos le mantendrán en Las Vegas durante al menos un año, porque para el próximo cumpleaños será legal en Missouri. Le dije a Bibiana que no importa, que todavía sería un niño, pero ella dijo:

—Le has hecho tu tigre para llamar, Anita, debes asumir la responsabilidad por ello.

—No le jodí la mente, Vittorio lo hizo.

—Pero tú eres por quien él suspira.

—¿Qué quieres que haga con él? —Cometí el error de preguntar.

—Déjale que vaya de visita el próximo año.

Le dije que discutiríamos eso, pero en realidad, no sólo no, pero infiernos que no.

Los operadores del SWAT en el hospital están todos despiertos. Ellos encontraron a una novia, o esposa, o hijo, o padre para darles un beso de amor. Todo funcionó, aunque a un operador que nunca se había casado y los padres estaban muertos finalmente le trajeron a su perro, una buena lamida de cara más tarde y su maestro estaba de pie. ¿No es grande el amor?

Jean-Claude, Asher, y yo hemos hablado sobre lo que pasó en Las Vegas, con el *ardeur* y Vittorio al final. Estamos de acuerdo con Max acerca de por qué me atacó, pero ¿por qué el sexo interrumpió todas las capacidades de ese vampiro antiguo? Finalmente Jean-Claude dijo:

—Todo el mundo cree que la línea de *Belle Morte* es débil, porque nuestro poder es el amor, pero en realidad, *ma petite*, ¿qué es más poderoso que el amor?

Podría haber discutido que había visto al amor convertirse en odio, o violencia, o… pero al final, tal vez tiene razón. Sé que Vittorio no fue golpeado por el poder. Fue golpeado por la oferta de amor —la belleza fue la que mató a la bestia— decían en la vieja película. Fue el amor el que mató a éste, o tal vez la lujuria, pero a veces no estoy segura de que haya tanta diferencia como nos gusta pensar entre los dos. No, si es en serio.

No estaba mintiendo cuando le ofrecí el *ardeur* a Vittorio. En ese momento, quería devolverle lo que había perdido porque podía sentir su necesidad, sentir el gran dolor que se había convertido en semejante rabia. Quería retenerlo y hacerlo mejor, y lo hice, y él trató de matarme por eso. Hombres, ¿quién sabe lo que realmente quieren?

FIN